LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA Y LITERATURA

AÑO II — ENERO DE 1920

NUM. 17 — Edición extraordinaria

1920-21

569-5

COLEGIO DE LA CRUZ BLANCA

INTERIOR DEL CLAUSTR

CRETONAS

Acaba de llegar hermoso surtido

CREACIONES Y NOVEDADES

En estos Géneros de **Gran Moda** para tapizar y forrar muebles.

COJINES

CARPETAS

Etc., Etc.

CRETONAS de hilo 1.30 de ancho desde $ 7.90 metro.

CRETONAS de 80 c|m. de ancho gran variedad desde $ 3.90 metro.

GASAS para cortinas con vuelos en ambos lados, varios dibujos, $ 4.90 metro.

GASAS para visillos en crema blanca y colores, desde $ 2.90 metro.

Cortinas de gasa con vuelos en ambos lados, $ 45 par.

ALMACENES INGLESES

STRUTHERS, y Mc. ROSTIE

Estado esq. Huérfanos. — Casilla 956.

CASA NORTE-AMERICANA

246

ESTADO

246

Nuestras zapaterías surten a lo más selecto de la sociedad santiaguina.

M. Artigas y Cía.

Casilla Núm. 2970 — *Teléfono Inglés Núm. 83*

Por su variado stock de Calzados finos importados y nacionales.

AHUMADA
235

AHUMADA
239

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras

en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnituras, Blanco y ropa de uso doméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogo general que distribuye la Casa a principios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Cigarrillos

"My-Lord"

Son los Mejores

Este maravilloso lienzo obtuvo las más altas celebraciones y recompensas de crítica y público, por la corrección impecable del dibujo y por su colorido severo. Sirvieron de modelo al gran artista, las dos obreras de la famosa **Perfumería Floralia** que envasaron respectivamente el primer frasco de **Colonia** y la primera pastilla de jabón **"Flores del Campo"**. Por este cuadro pagó la gigantesca fábrica de perfumería 180.000 pesetas y hoy decora uno de los regios salones de sus oficinas de Madrid.

"CONSUELO Y SAGRARIO"
Cuadro del laureado pintor español, Julio Romero de Torres, adquirido por la **Perfumería Floralia, de Madrid.**

FRANCISCO MUÑOZ DE ARCE

OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

GIROS Y CARTAS DE CREDITO SOBRE España, Francia, Italia, Inglaterra, Norte-América, Japón, República Argentina, Uruguay, Brasil, Perú y Bolivia

GIROS TELEGRAFICOS - CAMBIO DE MONEDAS

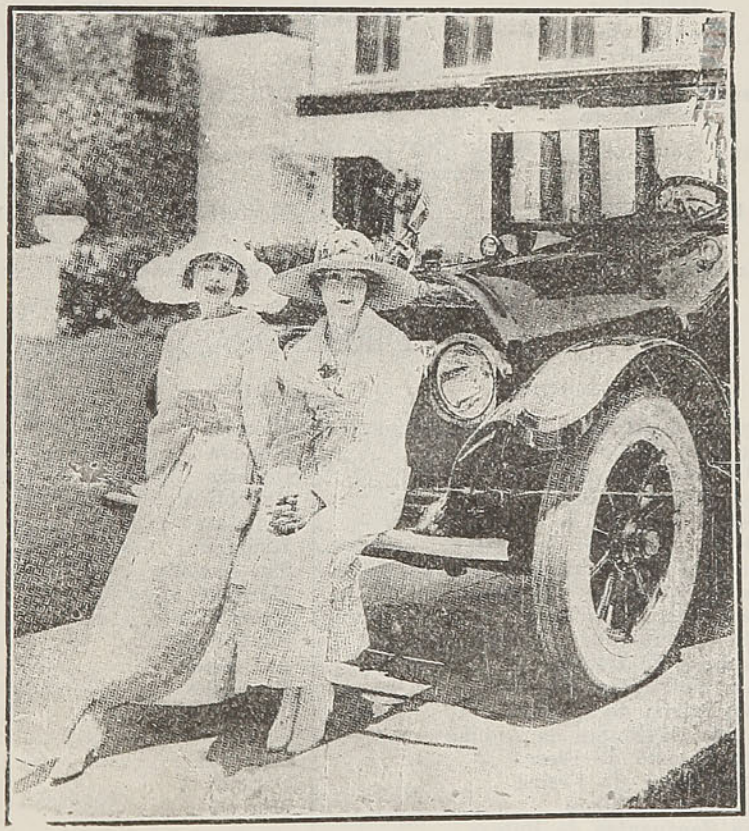
Compra y venta de toda Clase de monedas nacionales y extranjeras

CALLE ESTADO, 251-257

Cadillac

El Automóvil Aristocrático

QUE SINTETIZA LA MAS ALTA EXPRESION DE ELEGANCIA, CONFORT Y CALIDAD :: :: :: :: ::



WILLIAMSON BALFOUR & Co., Valparaíso.—WILLIAMSON & Co., Santiago Concepción, Valdivia, Etc.—Unicos Agentes.

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amela Echazarreta de Errázuriz Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lidia Edwards de Pérez Pro-Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	2420

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Herquíñigo	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiburen de Aldunate	Agustinas	710	696
Blanca Salomó de Fierro	Catedral	1843	2634
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes			
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruma			

NOMINA DE SOCIAS DE "LA CRUZ BLANCA"

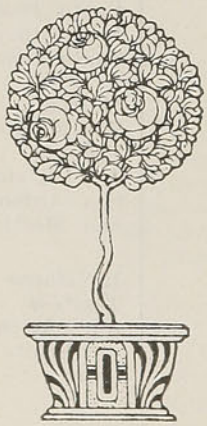
NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Balmaceda Z. Elvira			
Bascuñan de Montes Eugenia	Agustinas		
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	356
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	2420
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	1431
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Brown María Teresa	Viña del Mar		
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena	Merced	322	
Danberg de Molina, Clotilde	Parque Forestal	560	
Dublé de Tonkin, Julia			
E			
			318
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	1413
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia			
Eguiguren de Matte, Laura	Compañía	1712	
Edwards de López, Elena	Galería Alessandri	24	
Edwards de Pérez, Lidia	Huérfanos	1580	
Echavarría de Barriga, Sara	Compañía	1373	
Edwards, Lucía	Moneda	1625	
Eguiguren de Méndez Laura	Dieciocho	133	1360
F			
Ferrari de Edwards, Josefina	Av. República	301	Parque 173
Fóster, Josefina	Huérfanos	1642	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Domingo	Delicias	1731	
Foster de Zegers Rosa	Av. República	157	
G			
G. de Carvallo Elena	Viña del Mar		
González de Segovia Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarillas de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	2700
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	1129
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 155
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Diciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia			
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
Morandé Campino Sara	Dieciocho	146	
Moreira de Barros, Teresa	Agustinas	2573	
Méndez de Gana, Leonor			
Manzano de Urrutia, Carmen			
O			
Ortúzar de Tagle, Inés	Ejército	450	
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	2830
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	1307
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	2375
Palma de Vial, María	Teatinos	148	1202
Prats Bello, Ana L.	Manel Montt	2280	
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	2938
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	
Pinto de García Zegers Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mercedes	Moradé	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	2251
			2921
			339
S			
S. de Klimesca Estafanía	Maestranza		
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	989
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	2634
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia			
Silva de Amunátegui, Eva	Merced		Parque 9
Serrano de Cabieses, Carmela	San Martín	77	
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Ejército	495	
Soto Rojas, Magdalena	Av. Inglaterra	161	
Sánchez de Arnolds Mercedes	San Antonio	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Martín		
T			
Tagle de Vergara, María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena			
Elisa Tupper de Cuevas	Cerro	91	
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	732
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	152
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	2632
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	230
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			
Walker de Freire, María	Delicias	520	785
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zegers de Echeñique, Isidora	Agustinas	1673	
Zañartu de Besa, Elena	Av. República	105	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.



CLAUSTRO DE LAS RELIGIOSAS

COLEGIO DE LA CRUZ BLANCA

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — Santiago de Chile, enero de 1920 — NUM. 17

SUMARIO

	Págs.
INAUGURACION DEL COLEGIO REFORMATORIO "LA CRUZ BLANCA". . .	409
LOS NIÑOS POBRES. **Jorge Hurtado Baquedano**	413
ESPAÑA POR EL CORAZON DE JESUS. **A. de Mirabal**	414
LOS ENIGMAS	420
DISCRETEO, **Ginés de Alcantara**	421
HONOR DE LANCE	430
RENUNCIACION. **Concha**	431
CONOCIMIENTOS UTILES. **Profesor E. Reale**	434
MISTICA, **José Montero**	439
UNA VISITA A GABRIEL Y GALAN, **José Sánchez Rojas**	441
DE JACINTO BENAVENTE	444
CHASCARRILLOS	446
SOFIA CASANOVA. **El Caballero Audaz**	447
UN CASO.... **E. Morales de Acevedo**	452
ALMANAQUE DE "LA CRUZ BLANCA" 1920	456
REFRANES	558

Inauguración del Colegio reformatorio "La Cruz Blanca"

Concurren S. E. el Presidente de la República, el Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo, Ministros de Estado, el Ministro de España y numerosas familias de nuestra sociedad.

En la tarde del 1.o de Diciembre se efectuó con toda solemnidad la inauguración del Colegio reformatorio de niñas La Cruz Blanca, que se encuentra ubicado en la antigua capilla Antofagasta esquina de Dolores.

Minutos después de las 3 de la tarde llegaban al templo, que a esa hora se encontraba ya totalmente ocupado por una concurrencia selecta de familias de nuestra sociedad, S. E. el Presidente de la República, el Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo, don Crescente Errázuriz, Monseñor Misuraca, Encargado de Negocios de la Santa Sede; Iltmo. señor Obispo de Dodona, D. Rafael Edwards.

Acto seguido, los numerosos invitados, cuyo número no bajaría de mil personas, se trasladaron al edificio en que se han instalado las diversas reparticiones del Reformatorio, visitando conjuntamente con S. E. y el Iltmo. señor Arzobispo, las secciones dormitorios, comedores, salas de talleres, de las asiladas, admirando la rapidez con que las distinguidas damas organizadoras de esta hermosa institución de caridad, han convertido en un sitio de aspecto alegre las antiguas instalaciones de la vieja y colonial capilla de Dolores, transformación que se ha operado en el corto espacio de un año con que cuenta La Cruz Blanca desde su fundación.

Por el momento, el Reformatorio puede dar cabida a 100 niñas y se espera que, conti-

nuando la obra con igual actividad, se pueda disponer de mayor comodidad para asilar a otras tantas jóvenes en desgracia.

Antes de darse por terminada la visita, en uno de los patios interiores en el que se encuentra una preciosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús que se hallaba adornada con banderas nacionales y españolas, el senador don Juan Enrique Concha pronunció un discurso alusivo al acto, a cuyo final ofreció su concurso como miembro del Parlamento.

Una banda militar amenizó la fiesta ejecutando escogidas piezas musicales.

En resumen, podemos manifestar que la opinión unánime del público asistente consideró esta hermosa fiesta como la más hermosa, significativa y brillante del presente año.

Damos en seguida el discurso pronunciado por el Iltmo. señor Obispo de Dodona.

* *

Del Iltmo. señor Edwards

In cruce salus. En la cruz está la salvación.

En vano buscan los hombres el remedio para los males que aquejan a la sociedad moderna, en los complicados mecanismos de las leyes y de las humanas instituciones.

El mal tiene raíces tan hondas que hasta ellas no logran llegar los remedios humanos.

Las leyes pueden señalar a los hombres un camino, y pueden reprimir y castigar con severas sanciones a los que se apartan de él.

Pero, las leyes no podrán jamás inspirar los pensamientos, ni mucho menos dirigir o vigorizar las humanas voluntades.

Para lograr este objetivo, el único fecundo en positivos resultados, es necesaria una fuerza que penetre a lo más íntimo del hombre, que ilumine los entendimientos, que se enseñoree de las voluntades, que excite sus fuerzas y constantemente las avive y las sostenga.

Una fuerza semejante no puede venir sino de Dios.

Ella contradice, en efecto, nuestras naturales inclinaciones y eleva nuestra vida orientándola, no ya por los limitados horizontes de la tierra, sino hacia las visiones de lo infinito.

Tales pensamientos cobran nuevo colorido, más recio vigor y ponen más de manifiesto su indubitable verdad, cuando fijamos nuestra vista en el hondo, triste y pavoroso problema que evocan los muros de esta santa casa.

I

Es la mujer flor hermosa y delicada, que, erguida sobre el ondulante tallo de la planta, muestra al sol sus colores y envía al cielo sus perfumes.

El vendaval de las pasiones suele agitarla, y roto el frágil tallo que la sostenía se inclina hasta la tierra y cae sobre el lodo.

Otras veces es la mano artera del hombre la que, con engaño o con violencia, la corta para arrojarla muy pronto sobre el cieno infecto de la deshonra y de la culpa.

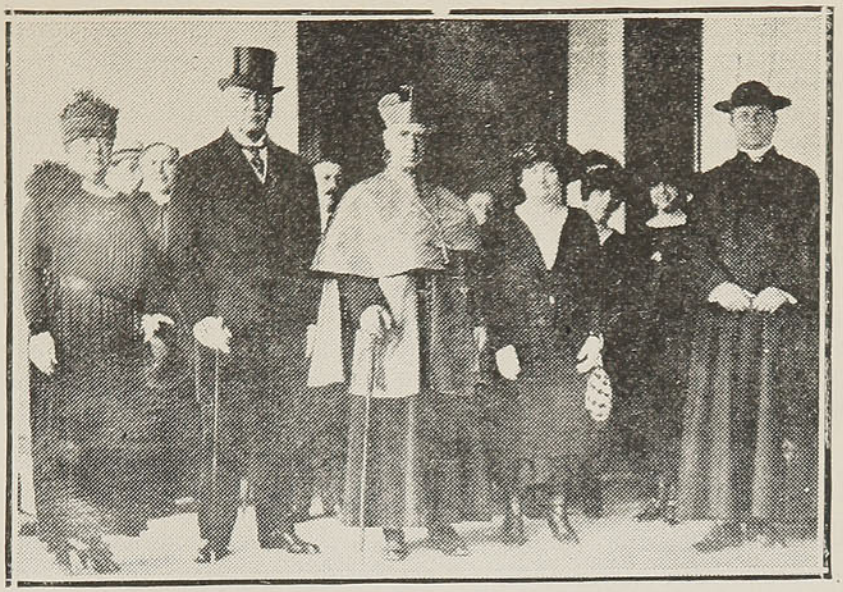
¿Quién la defenderá de tantos peligros? ¿Quién amparará su debilidad? ¿Quién la recogerá después de caída para devolverle lo que ha perdido?

Si la mujer todo lo debe temer del sensualismo, si la mujer no tiene más amparo que el de la honestidad, no esperéis nada del mundo y de lo que ha dado en llamarse la moderna civilización.

En efecto, a medida que las sociedades se alejan del cristianismo y de su espíritu, van haciéndose más y más sensuales hasta no reconocer más Dios que el capricho, la ambición y los placeres.

Nunca, por otra parte, ha habido un conjunto de circunstancias más adecuado para impulsar a los hombres por la pendiente de todas las pasiones, para debilitar la resistencia de la mujer y para reducirla, en el concepto de ellos, a un mero instrumento de placeres.

Pero, se ha ido aún más allá. Se ha elevado el desenfreno a la categoría de un principio al cual han rendido acatamiento las autoridades y las leyes...



Durante el recorrido de las diferentes secciones del establecimiento.— Se ve al Iltmo. y Rvdmo. señor arzobispo, a monseñor Misuraca, a S. E. el Presidente de la República, al Iltmo. señor Edwards y a las directoras del Reformatorio.

De aquí ha nacido la extensión siempre creciente de una de las más vergonzosas plagas de la moderna civilización.

¡Oh, qué fuerte se levanta de la tierra al cielo, como condenación de nuestra pretendida cultura, la voz de millares de mujeres, sacrificadas para siempre ante las aras impúdicas del más torpe paganismo!

Son ellas niñas incautas arrancadas al calor de los hogares, son jóvenes seducidas con falsas promesas o pérfidos halagos, son mujeres arrojadas al cauce turbulento y cenagoso del vicio.

¡Infeliz la que cayó una vez!

¿Cuál fué la piedra en que tropezó? ¿Cuál la red en que se vió cogida?

¡Imposible decirlo...! Bastaría, sin embargo, el solo conventillo para explicar—iba decir equivocadamente "para justificar"—todas las caídas; agregad la desorganización de las familias, los vicios y no pocas veces la brutalidad del padre, la miseria y la impreparación de la madre, los errados rumbos de la enseñanza femenina, el callejeo, el taller, el bajo salario, la inmoralidad ambiente, el impune atrevimiento de la muchachada; sumad a esto el contagio del libro, del diario, de la conversación, del biógrafo...

Decidme si habrá leyes para remediar todo eso...

¿Y la que ha caído...? ¡Ay de las vencidas! Para ellas la organización social no tiene una mano que las levante y las redima. ¿Qué digo? La sociedad escribe, sobre el umbral de la desgracia, el fatídico: "Lasciate ogni speranza o voi ch'entrate".

La mujer caída pasa a ser una vil e irremediable mercancía del tratante que despiadadamente la explota con más sórdida avaricia, con más despiadada crueldad que la que se usa con los famélicos jamelgos de nuestros coches de comercio.

Y son mujeres, y tienen alma, y tienen corazón y suele no faltarles, aún viviendo en la obscuridad y en el fango, el aguijón del remordimiento, el asco de su miseria y el ansia de Cristo.

Y así nació la Cruz Blanca.

Desde hace muchos años otras santas mujeres, inspiradas y urgidas por la misma ca-

ridad del Buen Pastor, tenían casas y asilos para las caídas, y han hecho y seguirán haciendo prodigios para inspirar en esas pobres almas el amor de Cristo que quema y vivifica, y para formar a su lado nuevas Magdalenas a quienes mucho se ha perdonado, porque han amado mucho.

Pero, la Cruz Blanca quiso abrazar el problema desde su origen y ante toda su pavorosa realidad y amplitud.

Ella se ha propuesto estudiar y remediar las causas que predisponen a las caídas; impedir la trata de blancas; concluír con la explotación del vicio; quebrantar la clausura y las cadenas que hacen perpetua la más abyecta de las esclavitudes; borrar de las frentes el estigma de la deshonra; cauterizar el horrible cáncer de la civilización.

Ellas sabían que en la Cruz está la salvación y a ejemplo de los cruzados que la cargaron en siglos ya remotos para librar el sepulcro de Cristo, la han colocado sobre sus pechos para salvar a las mujeres redimidas por el mismo Cristo y al grito de "¡Dios lo quiere!" han vencido los obstáculos y pueden hoy presentarnos el primer capítulo de lo mucho que realizarán más tarde.

II

Aquí, en estos claustros que inspiran al alma pensamientos de paz, estará el cuartel general de las buenas y valientes cruzadas que, con la Cruz Blanca sobre el pecho, saldrán a esgrimir las armas de su pureza y de su amor contra la obra brutal del egoísmo y de las pasiones.

Aquí se guarda el divino secreto de la fortaleza y de la constancia que Jesús infunde en las almas humildes que quieren cooperar generosamente a su obra redentora.

Al pie del Sagrario estarán de día y de noche las santas religiosas ofreciéndose como víctimas delante de Jesús para detener el brazo de su justicia y para hacerle dulce violencia a fin de que apresure la hora de sus misericordias.

Aquí al lado del Sagrario veremos bendecidas por Dios y cuidadas por estas santas religiosas a las almas que manchó el pecado y lavará la divina gracia, y en este jardín florecerán al lado de los lirios morados, símbolos de la penitencia, las blancas azucenas de pureza inmaculada.

Lo que las leyes y las instituciones humanas no pueden realizar, lo hará aquí la Cruz de Cristo: salvar las almas a quienes perdió el pecado.

Vosotras, vírgenes santas del Señor, seréis los instrumentos escogidos por la misericordia divina para realizar esta obra redentora.

¡Bienvenidas seais! Hebéis dejado a vuestros padres y vuestros hogares; habéis abandonado el suelo de nuestra querida España (madre nuestra por la fe y la sangre) y atravesando los mares, habéis venido a abrazar contra vuestro pecho enardecido por la caridad de Cristo a las más desgraciadas y abyectas de las creaturas de este suelo.

¡Oh, cuán grande aparece la caridad de Cristo a nuestros ojos al considerar que ella os ha traído a este lejano rincón para haceros las humildes servidoras de las más tristes de las esclavas!

¡Cómo se ve de quien sois hijas y que la ilustre y santa vizcondesa de Jorvalán supo templar vuestras almas en el fuego de la caridad, y en el yunque de la mortificación religiosa!

Las bendiciones de nuestro amado e ilustre Metropolitano os acompañarán en vuestra labor, y serán fecundas en frutos para esta casa y para esta obra.

Vuestras oraciones y vuestra acción no solamente harán que este asilo sea la casa de Dios y la puerta del cielo, sino que darán impulso y eficacia a la obra redentora de la Cruz Blanca, para que veamos en un porvenir no lejano libertada a la mujer de la más vergonzosa de las esclavitudes, y ennoblecida la sociedad al sentirse inmune de la abyección en que hoy las pasiones y las complicidades humanas la tienen sumergida...

¡Dios lo quiere! señoras; salvaréis a la sociedad entera cuando las mujeres salven a las mujeres.

PERSPECTIVA DE LA IGLESIA
DESDE EL CORO DE LAS
ALUMNAS

COLEGIO
DE
LA CRUZ BLANCA

Dentro de pocas horas las sombras de la noche envolverán nuestra ciudad... las iglesias cerrarán sus puertas, delante de los tabernáculos sólo quedará palpitando la débil luz de la mística lámpara... el pecado volverá a provocar sobre nuestras cabezas la ira del cielo, pero aquí, al pie de este Sagrario, contemplará Jesús a estas santas mujeres que estarán rendidas de amor ante El, implorando para nosotros su misericordia, su gracia y su perdón.

¡Oídlas, Señor, y tened compasión de vuestro pueblo. Oídlas y bendecid esta obra redentora!

Yo no acierto a explicar qué afinidades.
Hay entre el mar y el pensamiento humano;
Entre esas dos augustas majestades
que encierran el abismo y el arcano . . . .
Hondas tormentas, sordas tempestades
Agitan la razón y el océano...
Sólo que ruge el mar cuando batalla,
Y la razón, en sus tormentas calla . . . .

NUÑEZ DE ARCE.

LOS NIÑOS POBRES

Sin hogar y sin pan... Mirad, señora
Ese andrajoso niño abandonado
Que trémuo se acerca a vuestro lado
Y en su mirada compasión implora...

Sin madre y sin amor... Por eso llora,
No por el hambre, siempre la ha saciado;
Es que busca un cariño y no lo ha hallado:
Que hay también corazones sin aurora!

Y puesto que sois madre, hacéos cuenta
Y pensad que vuestro hijo idolatrado
Llevara esa miseria por afrenta...

Mas, perdonad, señora si posible,
Mi necio suponer os ha dañado:
Que ser niño y ser pobre es tan horrible!

JORGE HURTADO BAQUEDANO.

ESPAÑA POR EL CORAZON DE JESUS

Don Alfonso XIII, como jefe supremo del Estado, consagra España al deífico Corazón de Jesús en Mayo último.

EL ACTO

''Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la ciencia y de las letras y en nuestras leyes e instituciones patrias''. (Del acto de consagración).

Bajo el azul cobalto de los cielos, de sol resplandeciente e inmenso del altar elevado en el centro de la Patria por la devoción de todo un pueblo que ama a Dios sobre todas las cosas, destaca la imagen soberana de Cristo, cuyo continente de majestad arroba el ánimo de los creyentes y suspende sus miradas en estática contemplación deleitosa.

Tiene la figura la severa prestancia, la serenidad atrayente, la dulzura imponderable que acompaña siempre a la efigie del Redentor; su mano diestra se tiende sobre las llanuras castellanas, que bajo las llamaradas del sol español evocan el paso de las generaciones patrias, dominadoras del mundo, defensoras de la fe, misioneras del Evangelio, siervas del Ideal, señoras de la Historia; y en otra mano, vuelta hacia el pecho, señala el lugar donde brota el manantial inagotable del amor divino, como si repitiera aquella frase dicha a la beata de Alacoque: ''Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres...''

Se eleva el Monumento al Sacratísimo Corazón de Jesús en un paraje de paz; no tiene límite a simple vista el horizonte; en los confines parecen unirse los cielos límpidos con la tierra, engalanada por las sementeras, todavía verdes; y en la calma augusta de los campos, regados con el sudor de los humildes, que son sostén de la Patria y propulsores de su riqueza, dijérase que se extiende, como un eco nacido en el ara del altar labrado en piedra, la promesa del Salvador, hecha ya una realidad viva: ''Reinaré en España, y con más **veneración que en otras partes.**

Y así reina Cristo Jesús en esta nación predilecta de su Corazón. El genio del arte ha dado plasticidad al anhelo público de que la imagen de Jesús que pregona la devoción española defendiendo la puerta de los hogares católicos tenga un trono en el centro de la Península, trono elevado a la Divina Majestad, trono elevado al Rey de los reyes y Señor de los que dominan, trono levantado sobre la tierra madre de donde brotó la savia vivificadora de nuevos continentes, pero que tiene sus cimientos en los corazones de la colectividad nacional, cuya bandera, puesta a los pies de Cristo Rey, ha paseado en triunfo todas las latitudes del planeta.

Ayer, mientras la ''Marcha Real'' llenaba el aire de acordes marciales, mientras la Corte española, de rodillas ante el Santísimo Sacramento, ponía a los pies del Rey de los Cielos la majestad de la tierra; mientras se abatía la enseña nacional y el Ejército rendía

sus armas; mientras el Poder Público inclinaba la frente y el jefe supremo del Estado, con la voz plena, el tono enérgico y viril y la actitud gallarda, daba lectura al acto de consagración de esta Patria española, que será católica o no será, nuestro fervor todo, estaba puesto en la súplica que al final de la oración regia formularon todos los labios exclamando: ¡Así sea...!

Y así ha de ser, porque el acto de que fuimos ayer testigos, es el acto más rotundo, más grandioso y más transcendental que se ha celebrado en España; un acto que nos ha transportado a los días de la espléndida religiosidad de los Austrias, un acto que testimonia la fe viva de todo un pueblo, un acto que hace saber al mundo que en España reina Dios, y un acto por el cual, la inmortal nación confiesa a Cristo ante los hombres, para que El reconozca y confirme en el día supremo ante el Padre celestial.

Quisiéramos poseer el dominio pleno de la armoniosa lengua castellana para describir, con la mayor aproximación posible a la verdad, la solemnidad de ayer; quisiéramos que nuestra pluma respondiera al caminar sobre el papel, a los sentimientos que agitan nuestro corazón, a la emoción que nos domeña.

Lamentamos, hoy más que nunca, tener que ser reporteros más que cronistas, pero supla nuestro deseo a nuestra inferioridad.

Cuando llegamos a la estación del Mediodía, a las 9.45 de la mañana, para trasladarnos al Cerro de los Angeles, ya está formado el largo convoy que ha de conducirnos.

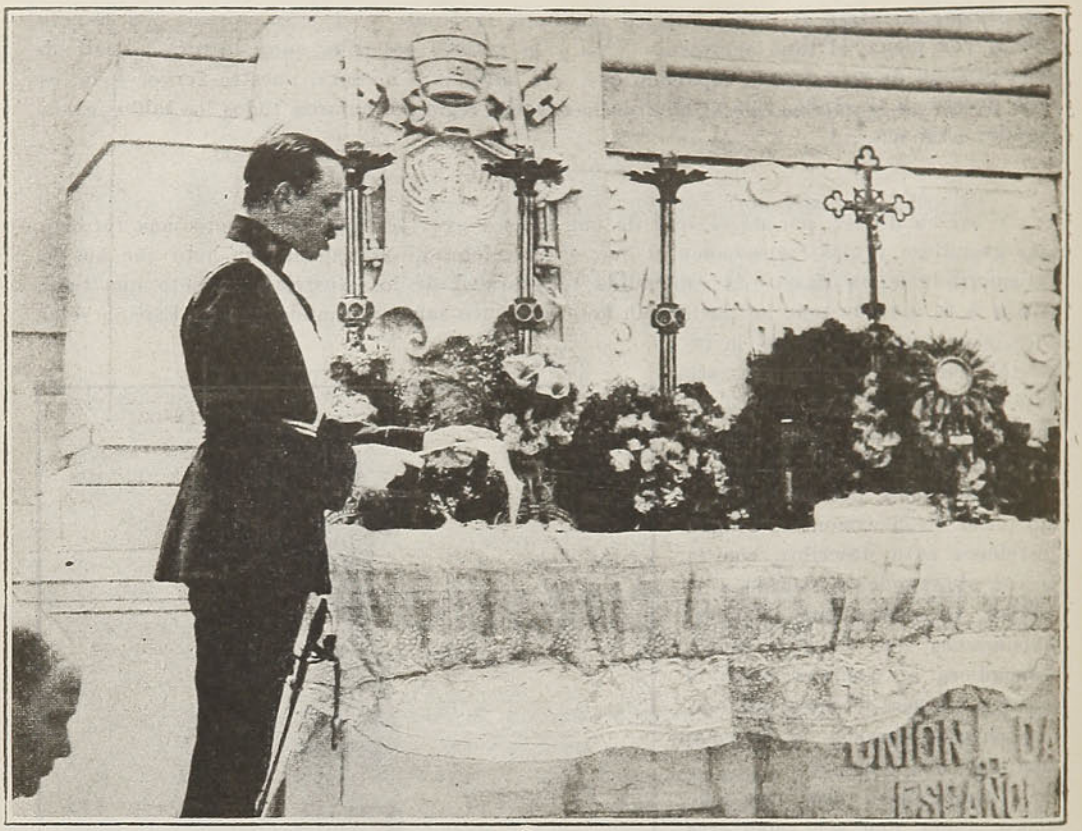
La organización es admirable. No falta detalle alguno, no hay la menor perturbación. El tren va atestado.

La prensa de Madrid y las Agencias informativas han enviado sus represntantes.

A la hora designada arranca el tren que, media hora después se detiene en la estación del pueblo de Getafe.

¿Cómo descubrir al panorama que se extiende ante los ojos en este momento? El camino que conduce al lugar donde está em-

El hermoso monumento al Sagrado Corazón de Jesús está emplazado en la cumbre del Cerro de los Angeles, centro geográfico de España, como queriendo simbolizar que lo es también de su reinado espiritual en la Península. Sobre la base, de forma piramidal, elévase la figura sublime de Jesús, extendiendo sus divinas manos protectoras sobre la Humanidad doliente. En el pedestal, dos gallardas figuras angélicas sostienen el escudo de España, completando la ornamentación una paloma, símbolo de la paz; los escudos de Su Santidad y del prelado de la diócesis, y entre ambos la dedicatoria del monumento, que dice: "España al Sagrado Corazón de Jesús". Figuran en la base del mismo grupos admirables de inspiración, representando la Humanidad santificada y la que aspira a santificarse. Las dimensiones del monumento son: 28 metros de altura por 31,50 de ancho y 16 de fondo. Mide la imagen de Jesús nueve metros de altura, constando de 45 piezas.



S. M. el Rey leyendo el documento relativo a la consagración del Sagrado Corazón de Jesús en España.

plazado el Monumento, ofrece aspecto de una romería. Centenares de automóviles, de coches y de todo género de vehículos, avanzan por la carretera en formación perfecta. El auto que nos conduce rueda lentamente guardando la formación. Ello nos permite observar la grandiosidad del espectáculo.

En la espléndida mañana primaveral, el sol vuelca su luz sobre los campos dilatados y envuelve en una luminación ardiente la pétrea masa del Monumento que destaca gallardísimo en lo más elevado del cerro, centro geográfico de España.

Una mancha polícroma se extiende por todos los alrededores. Son miles y miles de personas que, desde muy temprano se encuentran ya en el sitio donde la consagración oficial de España al Corazón de Jesús, va a celebrarse.

La previsión de los organizadores ha dispuesto recintos acotados para cuantos han de asistir a la fiesta por invitación, y en ellos se agrupan, elementos de la aristocracia y elementos populares, a los que está incorporado el vecindario de Getafe.

Podemos ver de cerca el grandioso Monumento. En otro lugar damos su descripción, hecha por sus propios autores, para mayor fidelidad. En el altar, donde se destaca una lápida de mármol en que se lee: "España, al Sagrado Corazón de Jesús", se amontonan los claveles, y de entre las masas de flores surgen seis soberbios candelabros. Otros dos enormes candelabros dorados se elevan sobre las pilastras laterales, también cubiertos de ramos de flores, y orlados de palmeras; junto al Monumento el viento agita los egregios colores de la bandera nacional. Un rico tapiz cubre la gradería, y de allí se extiende hasta la ermita, cubriendo el suelo en un trayecto de casi un kilómetro.

En el presbiterio se han colocado sillones para todos los prelados asistentes al acto.

A la derecha del Monumento se alza la tribuna regia revestida con tapices de Palacio, y sobre la cual ondea el morado pendón real...

A las once de la mañana comenzaron a llegar los elementos oficiales, el Ministro de la Gobernación, señor Goicoechea; el de Hacienda, señor La Cierva; el de Fomento, señor Ossorio; el de Estado, señor Hontoria; el de Instrucción, señor Silló; el de Abastecimientos, señor Maestre; el de Marina, señor Miranda; el de Guerra, general Santiago... Poco después llegó el presidente del Consejo señor Maura, que es recibido con una calurosa ovación. Todo el Gobierno asiste de gran uniforme. Le acompañan el gobernador civil de la provincia señor Aparicio y el alcalde de Getafe, que es la primera autoridad local.

Un pasodoble algarero desgrana la alegría de sus notas, y las fuerzas del regimiento inmemorial del Rey desfilan con la bandera desplegada, a cuyo paso surgen los vivas a España, que la bandera representa.

Al punto de las once y treinta suena la Marcha real. Es la Corte que llega. Aparecen en la escalinata de la tribuna regia doña Victoria Eugenia y don Alfonso. Las tropas presentan las armas y un griterío acoge al jefe del Estado: ¡Viva el Rey Católico! dice una voz. Y el viva de contestación es unánime.

LA CEREMONIA

En el momento de comenzar el acto, el espectáculo sobrecoge y emociona.

Están en ambos lados del altar del Monumento los Excelentísimos Nuncio de Su Santidad, Cardenal Arzobispo de Toledo; Obispos de San Luis Potosí, Sión, Cuenca, Segovia, Sigüenza, Fesea, Barcelona, Palencia, Zamora, Calahorra, Madrid; auxiliares de Toledo, Málaga y Valladolid; administrador apostólico de Jaén; dimisionario de Manila; el Reverendo Padre Alsina, superior de los Misioneros del Corazón de María, que representa al señor Obispo de Tenerife, y el Reverendo Padre Ramonet, que representa al de Almería.

En la tribuna regia la Corte española se coloca en los reclinatorios colocados al efecto, en el orden siguiente:

Príncipe don Raniero, príncipe don Genaro, el Rey, la Reina, la Reina madre, la Infanta Isabel, la duquesa de Talavera, el infante don Carlos y el infante don Fernando.

Dando frente al Monumento donde se habían colocado los sillones que habían de ocupar, se colocó el Gobierno, guardando los Ministros el mismo orden que guardan en el banco azul.

La escuadra de gastadores del regimiento del Rey, da guardia de honor al pie del altar, colocándose en el centro el oficial abanderado con la enseña patria. A la derecha se alínea la compañía que manda el propio coronel del regimiento.

Caballeros de las Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, tienen puesto también en el presbiterio. Con ellos se halla el Excelentísimo señor marqués de Comillas, que viste el vistoso uniforme de Caballero de San Gregorio el Magno.

Es una orgía de colores la que se agrupa a los pies del Monumento. El sol pone puntos de luz en las bayonetas y reverbera en los bordados de los ornamentos sagrados y en el oro de los uniformes. Y en tanto cobijando a todas las representaciones de la España oficial, flamea al viento como una llama la bandera cuya seda cruje al ser agitada.

El Nuncio de Su Santidad, Monseñor Ragonesi, revestido de pontifical bendice el Monumento, y seguidamente comienza la Misa que celebra el Excelentísimo señor Obispo de Madrid, asistido por los presbíteros señores Rodríguez del Valle, Tortosa y Calvarro.

Terminado el Santo Sacrificio, el Maestro de ceremonias de la Catedral de Madrid da lectura al siguiente telegrama de Su Santidad Benedicto XV:

"ROMA 28.—El Santo Padre ha sabido con particular satisfacción la inauguración del Monumento nacional dedicado al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles de esa Diócesis. Concede de muy buen grado a V. E. la facultad de dar la bendición papal, con indulgencia plenaria, en las condiciones ordinarias, a todos los que asistan a la ceremonia religiosa.—**Cardenal Gasparri**".

Acto seguido el Excelentísimo señor Melo, da a los fieles que se prosternan, la bendición papal.

LA CONSAGRACION DE ESPAÑA AL CORAZON DE JESUS

Hay un momento de silencio imponente. El duque del Infantado, con el señor Obispo de Sión, desciende del presbiterio y llega a la tribuna regia. Ante el Rey hace una reverencia, y le entrega el artístico pergamino miniado, donde, en letra gótica, va escrito el texto del acto de consagración de España al Corazón de Jesús.

Don Alfonso lo toma, y avanza gallardamente hacia el altar. En el trayecto le envuelven los aplausos y las aclamaciones. La Reina, y con ella toda la Corte, abandona la tribuna regia.

El Rey sube la gradería, hasta colocarse junto al ara del altar. La Reina se arrodilla en el suelo, en el centro de la esplanada. Todo el séquito real imita a la soberana.

Se dan vivas al Rey cristiano y a la España católica.

Todos los concurrentes caen de hinojos. Solamente el Rey permanece en pie.

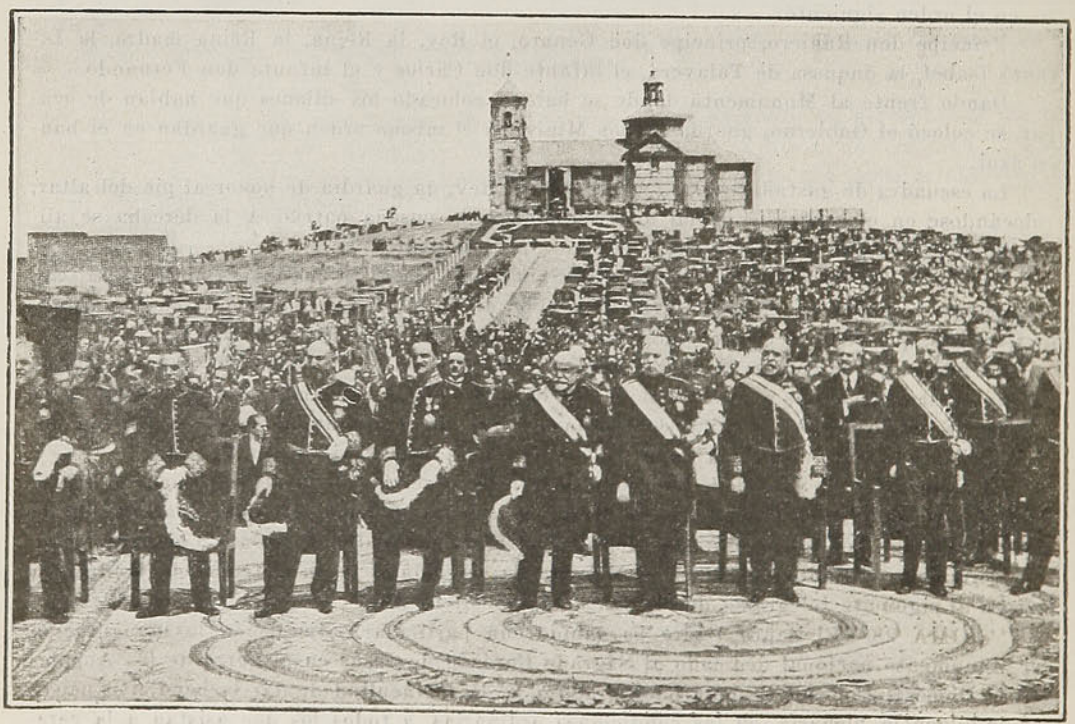
Don Alfonso, con voz potentísima, clara y firme, y en tono declamatorio y viril, lee, en medio de un silencio religioso, el siguiente hermosísimo

ACTO DE CONSAGRACION

"Corazón de Jesús Sacramentado, Corazón del Dios Hombre, Redentor del mundo, Rey de reyes y Señor de los que dominan:

"España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones, se postra hoy reverente ante este trono de tus bondades que para Ti se alza en el centro de la Península.

"Todas las razas que la habitan, todas las regiones que la integran, han constituído en la sucesión de los siglos y a través de comunes azares y mutuas lealtades esta gran Pa-

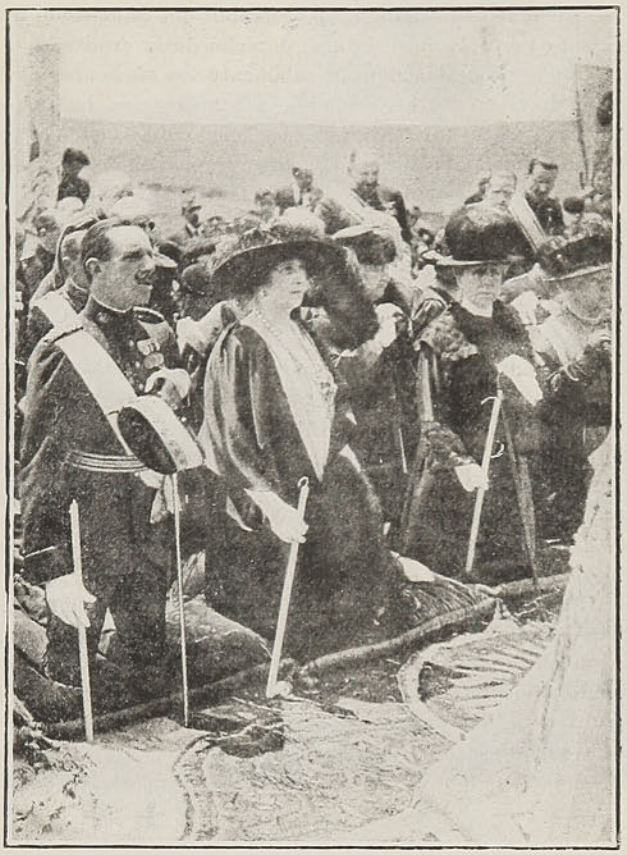


El Gobierno en el acto de la inauguración.

tria española, fuerte y constante en el amor a la Religión y en su adhesión a la Monarquía.

"Sintiendo la tradición católica de la realeza española y continuando gozosos la historia de su fe y de su devoción a Vuestra Divina Persona, confesamos que Vos vinísteis a la tierra a establecer el reino de Dios en la paz de las almas redimidas por vuestra sangre en la dicha de los pueblos que se rijan por vuestra santa Ley; reconocemos que tenéis por blasón de vuestra divinidad conceder participación de vuestro poder a los príncipes de la tierra y que de Vos reciben eficacia y sanción todas las leyes justas en cuyo cumplimiento estriba el imperio del orden y de la paz.

"Vos sois el camino seguro que conduce a la posesión de la vida eterna; luz inextinguible que alumbra los entendimientos para que conozcan la verdad y principio propulsor de toda vida y de todo legítimo progreso social, afianzándose en Vos y en el poderío y suavidad de vuestra gracia todas las virtudes y heroísmos que elevan y hermosean el alma.



Don Alfonso XIII, Doña Victoria, Doña María Cristina y Doña Isabel durante la misa celebrada al pie del monumento erigido en el Cerro de los Angeles en honor al Sagrado Corazón de Jesús.

"Venga, pues, a nosotros tu Santísimo Reino, que es reino de justicia y de amor. Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la ciencia y de las letras y en nuestras leyes e instituciones patrias.

"Gracias, Señor, por habernos librado misericordiosamente de la común desgracia de la guerra, que tantos pueblos ha desangrado; continuad con nosotros la obra de vuestra amorosa providencia.

"Desde estas alturas que para Vos hemos escogido como símbolo del deseo que nos anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid a los pobres, a los obreros, a los proletarios todos para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales encuentren justicia y caridad que haga más suave su vida, más llevadero su trabajo. Bendecid al Ejército y a la Marina, brazos armados de la Patria, para que en la lealtad de su disciplina y en el valor de sus armas sean siempre salvaguardia de la nación y defensa del Derecho. Bendecidnos a todos los que aquí reunidos en la cordialidad de unos mismos santos amores de la Religión y de la Patria, queremos consagraros nuestra vida, pidiéndoos como premio de ella el morir en la seguridad de vuestro amor y en el regalado seno de vuestro Corazón adorable.

Los circunstantes responden: Así sea".

Una ovación clamorosa llena el ambiente, y de nuevo los vivas atruenan el aire.

En tanto se organiza la procesión del Santísimo, desde el Monumento al altar portátil elevado junto al muro lateral derecho de la ermita.

En la procesión figuran solamente los elementos de la Corte y los elementos oficiales.

Primeramente los prelados, a continuación la Custodia, que es conducida por Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Toledo. La Custodia pertenece al Palacio Real, y va bajo un riquísimo palio de tisú de oro, propiedad de las religiosas Reparadoras de Madrid.

Las varas de plata del palio las llevan el infante don Carlos, el Ministro de la Guerra, el duque del Infantado, los marqueses de Aguilafuente y Vistahermosa y el vizconde de Val-de-Erro.

Detrás del palio el Rey con la Reina, y, seguidamente, la Reina madre, los infantes y príncipes.

Luego el señor Maura y los Ministros de la Corona.

Se dan vivas estruendosos al Corazón de Jesús, a España y al Rey católico.

Y de nuevo los acordes de la Marcha Real llenan el ambiente de majestad y de bizarría, mientras las espadas cabrillean un instante en el rápido y marcial movimiento que las tiende en el suelo.

Cuando, pasados quince minutos, la procesión llega a la ermita, el Cardenal de Toledo asciende hasta el altar, y con el Santísimo en las manos da la bendición a Madrid, capital de España, cabeza de la nación, y al pueblo que se congrega de rodillas a los pies de Jesús Sacramentado.

Las dulces armonías del **Pange Lingua** entonan alabanzas al Señor y, finalmente, las briosas notas del himno del Congreso Eucarístico coronan el acto solemnísimo de la Consagración de España al Corazón de Cristo, que si tiene prometido que bendecirá las casas donde sea expuesta y honrada la imagen de su corazón, igual ha de bendecir a esta nación, que ayer le ha confesado por medio de su Rey y de su Gobierno, representación oficial de los ciudadanos.

A. DE MIRABAL

⚜ ⚜

LOS ENIGMAS

¿Por qué te inquietas y preocupas de los enigmas del Universo, si pronto vas a morir y te dará la muerte contestación a todos ellos?

¿Cuántos años te separan aún del fin? Diez, veinte, medio siglo? ¡Qué corto es de todas suertes el plazo! Día a día marchas hacia el inmenso misterio, que, como gran estatua negra, te aguarda inmóvil al final del camino, con los brazos cruzados y los grandes ojos llameantes de respuestas.

¿Por qué, pues, tanta impaciencia?

Deja tus dilemas dormir, con sus aceradas tenazas, que rematan en puntas crueles.

Te dicen: "tiene que ser esto o tiene que ser aquello; pero esto es absurdo, y aquello.... también."

Deja tus dilemas dormir, como tenazas de alacranes ponzoñosos.

El, que todo lo sabe, está, con los enormes brazos cruzados, en medio de cada dilema.

Entre el SI y el NO, están sus inmensas pupilas radiantes.

Se alza como un coloso antiguo en los límites de la Noche y del Día. Cada hora volandera, en sus brazos impalpables, te lleva hacia él. Y cuando llegues a lo que aquellos que te sobrevivan llamarán muerte, será para tí principio de vida. Quién sabe si entonces verás (¡oh dulce milagro!...) que El te sonríe.

DISCRETEO

(DIALOGO)

Un saloncito íntimo lleno de "carácter", que conserva el indefinible aroma de flores de las estaciones todas del año que en él lucieron: mimosas, lilas, violetas, juncos; y de todas las flores que el alambique martirizó para aromar mujeres elegantes, que en esa salita rieron y charlaron, exaltadas o adormecidas por las armonías de la música, que suena a amor, o de las frases de amor, que también suenan a música...

Esta habitación, alumbrada discretamente por un "plafonier", se comunica con el salón de baile.

A la salita llegan, como fatigados del bullicio de la fiesta, suspiros de violines, que dan la nota sentimental en las languideces de un vals de moda.

En un ángulo, con dejadez aristocrática, charlan, sonríen y meditan, Raquel y Luis.

Ella, tiene el óvalo perfecto de una virgen de Botticelli; y apoyada en un clavicordio (que la dueña de casa heredó de un ascendiente melómano), parecería el alma del Renacimiento, si no rectificaran la impresión mística que sugiere el perfil, la expresión,—mezcla de candidez y picardía—de los ojos febriles y enormes, y la *toilette* llamativa, de última moda.

Una *toilette*, que a tener estilo, tendría el del alma de quien la lleva: indefinible, tal vez fantástico, por aunarse en él todos, y no pertenecer a ninguno.

El, que aunque físicamente va vestido conforme al último figurín, espiritualmente no sigue la moda, porque es un algo sentimental, y un mucho artista, (lujos que ya no se llevan en esta época de positivismo práctico) permanece casi en éxtasis ante ese perfil de animada *Madonna*, que de tanto como le gusta, le desconcierta.

Luis.—Y a todo esto, Raquel ¿ha leído usted el libro que le envié?

Raquel.—Sí y nó. Dejé los lirismos y leí las consideraciones filosóficas.

Luis.—Es usted tan arbitraria al clasificar los lirismos, que, ¡pobre de mi dedicatoria!...

Raquel.—Tiene usted una escritura tan personal, tan interesante, tan armónicamente fascinadora, que me atrajo por sus rasgos vigorosos, sin convencerme del todo por sus conceptos.

Porque disiento en absoluto de aquello: "Para rimar con unos ojos fosforescentes, yo sólo encuentro una palabra..."

Luis, (con timidez).—Y la palabra es...

Raquel.—Sí, amor. Ya ve usted que no me ruborizo al pronunciarla. Pero ya que no cayó usted en la cursilería de escribirla ¿a qué voy a tener yo el mal gusto de...

Luis.—¡Es usted tan original!

Raquel.—¡Y usted tan obstinado!

Luis.—Si los hombres hasta olvidamos que lo somos, cuando se trata de expandir las fronteras de nuestra patria, ¿iremos a renunciar al purísimo sueño de expansión de las fronteras de nuestro espíritu? Y hay tan pocos vecinos sentimentales con quienes se puede vivir en armonía, para que vayamos a desechar las probabilidades de una alianza ventajosa!...

Aquí de las palabras de nuestro gran poeta: "Por esos mares de la vida, entre vaivenes y tormentas, saluda uno tanto barco pirata, tanto pabellón extranjero, que al divisar en alta mar nuestra bandera, el corazón pusiéramos por enseña para responder al saludo."

Raquel.—¡Hoy se siente usted simbolista!

En verdad que es un aspecto espiritual que le sienta a usted a maravilla. Estoy tan fatigada de la uniformidad, que le vivo agradecida a quien la contraría.

El patrón por el que cortan los trajes impecables de nuestros elegantes, hace pensar en que tal vez hay otro al que todos adaptan sus conversaciones.

Y ¿no es un tormento, ver acercarse a una persona, y saber anticipadamente de todo lo que va a hablarnos?

Luis.—¡Tiene usted razón! No hay encanto comparable al encanto que nos proporciona lo imprevisto; aquello que sin ser esperado, se recibe con igual alegría que si lo hubiéramos estado esperando siempre.

Aquello que lo mismo puede ser una flor, que una sonrisa... (Recalcando con timidez ruborosa)... que una esperanza...

Raquel.—¡Esperanza! Pero para esperar, es necesario haber creído o creer...

Luis (con ansiedad, descubriendo su alma sin intentarlo).—¿Pero acaso usted no me ha creído?

Raquel (Desviando el sentido de la pregunta, y fingiendo con estudiada ingenuidad haberla interpretado mal). ¡Me ha hablado usted de tantas cosas supuestas con un fervor de creyente!...

Luis. (Dolido).—¡Supuestas! Cuando son para mí toda mi vida.

Raquel.—¡Qué tono más solemne!

Luis.—Hasta cuando se ensaña, es usted divinamente encantadora...

Raquel.—No emplee usted esa palabra, porque su papá *"c'est un bigot"*, y la tomaría a irreverencia. Divino no es más que Dios.

Luis. (Con exaltación).—Y sus reflejos; belleza, armonía, inteligencia. Cada uno aislado, y todos confundidos en usted, que es mi vida toda, iluminada por Dios, porque la ilumina su alma.

Raquel.—¿Mi alma?... ¿Acaso sabe usted lo que es ella?... Acaso la ha creído usted comprender cuando se falseaba con más traición...

Luis.—¡Raquel!

Raque.—Sí, Luis, cuando se falseaba con más traición... (Pensativa, haciendo ambiente para la confidencia.) Creo que su sinceridad tiene derecho a exigirme lo que nunca me ha exigido, y, por eso mismo, voy a darle: la verdad, la relativa verdad que he podido sorprender en mi espíritu.

Luis.—Mil veces le he repetido que yo no quise saber sino que usted es para mí toda mi vida...

Raquel.—¿Y fué usted tan... niño, que al ver que yo era para usted toda su vida, creyó lo más natural que su amor fuera para mí lo más íntimo y sagrado de mi alma?....

¡Qué cándidos, y qué presumidos, y qué egoístas son ustedes los hombres!... (Ríe). ¡Pero qué ingenuamente cándidos!...

Luis. (Amostazado).—Raquel, no somos dos chiquillos, y yo creí interpretar sus miradas...

Raquel.—¿A qué va a tener usted la cursilería de decir que mis ojos son flecheros...?

Luis.—Los míos son los que por última vez le repiten que la adoro.

Mil veces se lo han dicho a usted y los suyos no se han ofendido. Yo me dí a esperar...

Raquel.—¿Acaso cree usted que debí desengañarle?

Si sus palabras envuelven una queja, suya será la responsabilidad de la confesión que pienso hacerle.

Luis.—¡Confesión! ¡Responsabilidad!... Son palabras demasiado severas para esos labios demasiado bonitos....

Raquel.—¡Linda teoría para el que habla de amor!...

Luis.—Tiene usted razón; las palabras de amor deben ser siempre las más solemnes...

Raquel.—Por aquello de que el verdadero amor tiene la solemnidad de los grandes sacrificios...

Luis.—¿Acaso quiere usted exigir alguno de mí? Ya estoy en actitud de víctima...

Raquel.—En ésta nuestra vida frívola son tan escasas las almas que tienen el valor

de sus convicciones, que siempre nos produce malestar oír lo que todos pensamos sin que haya nadie que se atreva a confesarlo...

¿Me perdonará usted algunas verdades, algunas cursis verdades, que en nuestro dorado mundo parecen único patrimonio de gente humilde, de gente sin aplomo, de gente de medio pelo, a quien no se le enseñó a disimular sus sentimientos, ni a esconder sus plebeyos impulsos?

¿Me guardará usted rencor, si destruyo algunas de ésas que Ibsen denominó (ya ve usted si aprovecho mis lecturas) "mentiras vitales", dando tal vez a entender que al destruirlas, destruíamos también, algo muy íntimo y muy adherido a nuestra vida?

Comprendo su estupor ante mi afectación retórica; me mira usted no creyendo a sus oídos, que piensa usted que le engañan. ¡Si sus ojos no le mienten! ¡Si soy yo misma quien le hablo! Yo, que quiero dar a mis palabras la suprema significación de las verdades, y el supremo encanto del misterio, que, alguien ha dicho, es otro nombre de poesía.

Luis. (Comiéndosela con los ojos).—¡Raquel!

Raquel.—¡Luis! (Se miran. Pausa).

Luis.—Yo espero...

Raquel. (Reaccionando; roto el encanto de la pasajera emoción).—¡Ah! sí... las verdades. (Transición brusca). Querido amigo; yo era crédula, pero muy crédula.

Luis. (Desalentado; añorando la fugitiva intimidad, y delatando su despecho con una vulgaridad completa).—¿Y sigue usted siéndolo?

Raquel. (Con aplomo. Sonriendo, al darse cuenta del estado de alma de su interlocutor.) —Va usted a verlo.

Cuando salí del colegio, yo era una chicuela cándida, crédula y llorona; pero muy llorona, a quien dos razones necias conmovían en seguida.

Creía que la maldad no estaba sino en el infierno, y que los ángeles, cuando hacían excursiones por la tierra se disfrazaban de jóvenes elegantes... Los mismos que yo veía entrar al salón de nuestro colegio, en los días de visita, con el derecho de ser hermanos de mis condiscípulas.

Recuerdo como si fuera hoy, mi última tarde de colegiala.

La Madre Superiora me llamó a su escritorio.

Era una monja distinguidísima, imponente; que hablaba con un arrastrar de "erres" muy característico. El mismo que traen nuestras elegantes cuando regresan de una larga estadía en París.

—"Va usted al mundo, hija mía,—me dijo la monja—al mundo traidor y engañoso; pero acuérdese que de todos los amores, sólo el de Dios es eterno; que entre todas las hermosuras, la del alma es la mayor; que de todas las realidades, la de la muerte es la más terrible. Grabe en su corazón estas verdades, confúndalas con los afectos santos que en él se hallan, y encontrará la paz, la tranquilidad, la dicha, y hasta el consuelo, en las mayores amarguras de esta vida, que nos parece corta para gozar, siendo que nos lo debiera parecer para sufrir ya que tiene el cielo por premio, y la eternidad por límite..."

Y me dió un beso en la frente, aquí en la frente, con una pudibundez, un recato, y una distinción supremos. Con la reverencia y el respeto que en las grandes ceremonias místicas, yo le había visto besar las reliquias en la capilla del colegio.

En el salón me esperaba mamá, que me besó repetidas veces en la boca, llamándome "tesoro".

Aquella noche, cuando yo gozaba del placer desconocido, de acostarme a las doce, y después de haber bailado mucho, en una tertulia de confianza dada en mi honor, vi que mamá entraba en mi cuarto y se sentaba en una de las coquetonas butaquitas forradas de rosa; de un rosa muy pálido, muy desvaído, que armonizaba a maravilla con las flores de mi tocador, invadido por cachivaches de *toilette*, todos *de plata.*

Los había de todas variedades; yo, entonces, sólo conocía el *polissoir* y las tijeritas de uñas... Mamá me hizo sentar a su lado; echó una ojeada fiscalizadora a mi *toilette* nocturna, (una batita preciosa), y ví en sus ojos un relampagueo de satisfacción de mujer elegante que puede morir tranquila, en la certidumbre de que habrá quien, heredando su rasgos físicos, le asegure elogios póstumos...

—Yo te peinaré, nena,—me dijo,—tienes un cabello precioso, que es un regalo peinarlo. El mismo que yo tenía a tu edad. Y suspirando levemente, empezó a dejar sobre el tocador, horquillas y peinetas rubias.

Sentada a los pies de mamá, yo la miraba en el espejo de enfrente.

Eran sus ademanes tan señoriales, que, al peinarme con gravedad y mimo, parecía la sacerdotisa de un extraño rito.

Un lazo remató la trenza y un mútuo beso la tarea.

Yo me volví; y siempre a los pies de mamá me dispuse a oírla.

Estaba tan hermosa, que sentí vanidad de ser su hija. Cinco minutos pasarían sin que nada nos dijéramos:

mamá parecía estar en otro planeta, tal era la abstracción reflejada en sus ojos.
—¿Me quieres mucho, nenita? fué lo primero que dijo al volver de su ensueño.
Yo, de un salto, me levanté, y la eché los brazos al cuello; y muy juntas, con tentaciones de morder la orejita rosada, que parecía demasido pequeña para soportar el peso de la perla demasiado grande, le dije al oído: "¡Con toda el alma!"
Y como si necesitara desahogo la invasión afectiva que sentía ascender del fondo de mi espíritu, le cubrí la cara de besos.
—"¡No me mates, locuela! protestaba entre disgustada y risueña, mientras se miraba al espejo para corregir los desperfectos que mi aturdimiento había hecho en su tocado.
—"¡Vamos a ver si es cierto que quieres tanto a tu madre... porque tú tienes que ser mi discípula! Esta noche en la reunión te he observado, y de mis observaciones, dimana esta conferencia. Tienes mucho aire de colegiala; eres demasiado ingenua; o todo lo crees o te pasmas de todo. Bailas sin ritmo. Se te conoce en la cara el efecto que te producen las personas. Demuestras interés cuando se murmura. Intentas saber hasta la edad de la gente. Tu único tema son las monjas. Andas, o con dejadez de aburrimiento o con pasos que pudieran ser gimnásticos...
Y sobre estos motivos, se desarrolló un sermón que duró hasta las dos de la madrugada...
Estos sermones se repetían diariamente; y llegaron a atemorizarme de tal modo, que los golpecitos discretos que precedían a mamá, me parecían los fatídicos que en su última hora escucha un condenado a muerte.
Al examen de conciencia, a que me acostumbraron en el colegio, lo reemplazó otro muy detallado, para ver si todos mis actos del día habían sido del mejor tono.
Poco a poco, casi sin sentir, vi que física y moralmente me transformaba. Que mis antiguas rebeldías ante lo injusto de la sociedad,, ante lo parcial de sus juicios, ante el ensañamiento con muchos seres inofensivos, se tornaba en una amable transigencia. Que todas mis protestas se cifraban en una sonrisa... Pero una sonrisa, como la que me había enseñado mamá, que no se sabía si era de aprobación o era de desprecio.
Cuando murió mamá, ya se había completado su obra.
Yo lloré mucho, pero el fondo de mi sér consciente se rebelaba en una pregunta de sinceridad. Su muerte ¿me dejaba un vacío sentimental acaso?
En ella perdía la fiel compañera de mis paseos; la asesora de mis toilettes más llamativas; el experimentado mentor de mis afortunados mariposeos por los salones elegantes... Pero, esa mujer escultural como una diosa, y tal vez adorablemente frívola, no había sabido ser madre...

Luis. (Extrañadísimo ante la audacia).—¡Pero Raquel!...

Raquel.—¿Se pasma usted?...
¡Así es la vida y así somos!...
Cuando adopto aires de languidez y de coquetería, y reparto sonrisas y flirteos, y sonrío, y alocadamente hablo, usted, psicólogo sutil, que alardea de conocer el alma femenina, sonríe satisfecho ante la esperanza de haber encontrado un gran modelo espiritual par trasladarlo con todos los caracteres de veracidad al libro...
Y cuando en un arranque de sinceridad, y como indemnización a muchos años de falsía, mi alma primitivamente ingenua y cándida, arroja la máscara para que usted la observe como es en realidad, sin los afeites que la desfiguran, entonces usted retrocede...
¡Qué necios son ustedes los hombres!
Pretenden conocer la vida, cuando apenas sorprendieron algunos de su aspectos!... (Pausa).

Luis.—Y si yo le dijera a usted que un hombre emocionado por sus razones, en admiración por su sagacidad, descubriendo nuevos y desconocidos horizontes en su gran espíritu, le ofrece conmovido...

Raquel.—¿Qué?... ¿Casarse conmigo? No sea usted sensiblero...

¡Si no podríamos ser felices!

Si usted sería el primero en lamentarlo y en llamarse a arrepentimiento...

Me tendría usted desconfianza; lo desconcertaría.

Una mujer que ha sabido fingir durante tantos años ¿no sabría fingir... hasta el amor, que es lo único que yo no quiero fingir?

Al darle mi amistad, tal vez le ofrezco lo mejor de mi espíritu.

He amado tantas cosas frívolas y pequeñas en mi vida, que no sé si sabría amar, como deben amar las mujeres buenas.

Al deformar mi alma, me hicieron escéptica, meditativa y calculadora; y la asfixia de mis ilusiones me produjo tedio del vivir.

Además, si usted fuera mi marido, yo lo analizaría a usted... Y ¿hay alguien que pueda resistir un frío y calculador análisis?... (Pausa)

¡Se queda usted triste! Pero no quiero atribuir a mis palabras el mérito de su tristeza.

Es la música, es el ambiente, es el aroma de tantas flores, y entre ellas de la verdad, flor, que en nuestros salones apenas si florece cada cien años. (Pausa).

Luis.—¡Es usted un mujer cruelmente encantadora!...

Raquel.—Y lo dice usted con emoción; con contagiosa emoción, porque yo también me voy emocionando... (Los dos se quedan en silencio).

Raquel se levanta; abandona precipitadamente la salita, y en el preciso momento en que su risa nerviosa y diablesca se desgrana en un círculo de jóvenes elegantes, la orquesta termina un bailable como termina este episodio sentimental: con una nota muy leve y trémula.

GINES DE ALCANTARA.

Dr. BENGURIA

Especialista en las Afecciones del Cabello

Casilla 2426. Moneda Núm. 875

Teléfono Inglés 882 Santiago

El Directorio de la Cruz Blanca

Ana Echazarreta de Sanfuentes

PRESIDENTAS HONORARIAS

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards

Adela Edwards de Salas
PRESIDENTA

Amelia Echazarreta de Errázurriz
VICE-PRESIDENTA

Juana Quindos de Montalva
SECRETARIA.

Elena Pinto de Marre.
VICE-PRESIDENTA

Josefina Foster
TESORERA

Lidia Edwards de Pérez
PRO-SECRETARIA.

Hortensia Reyes de Torres
PRO-TESORERA.

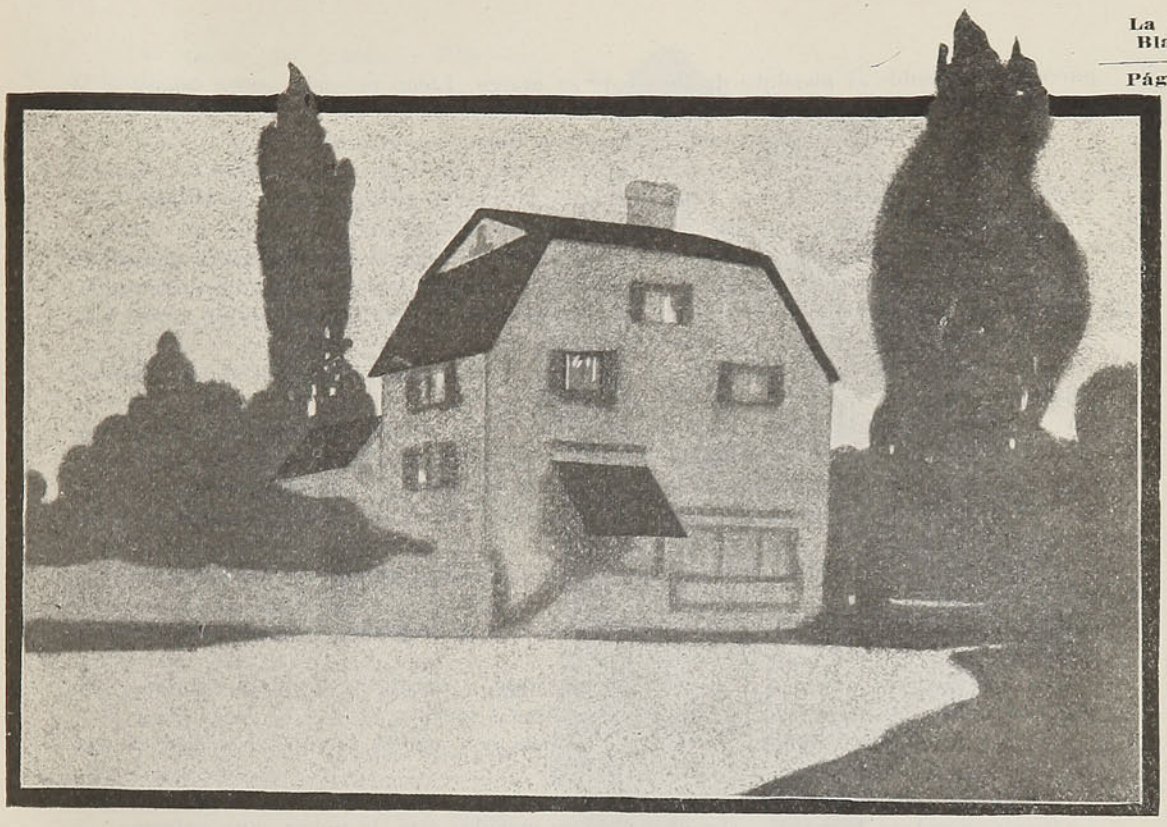
Josefina González de Valdes
PRESIDENTA de la 1ª SECCION

Inés Rivas de Errázurriz
PRESIDENTA de la 2ª SECCION.

Maria Besa de Díaz G.
PRESIDENTA de la 3ª SECCION.

HONOR DE LANCE

—Cuando diga ¡alto!, me refiero a los dos...



RENUNCIACION

Fueron juntas al colegio, y cogidas del brazo pasearon muchas tardes hermosas y muchas noches de fiesta. Juntas bajaban en el estío a la honda playa y entraban, de la mano, espumas adelante, a buscar las olas bravías del Sardinero, Juntas hacían las jornadas invernales en paseos al sol, orilla de la mar, y en tertulias caseras, rotas de vez en cuando por un baile en los salones del Círculo. Hasta que la suerte las separó y dejaron de verse mucho tiempo.

Lejos de Cantabria supo Asunción que el padre de Carmela había tenido percances de fortuna, y que la familia vivía retirada en un pueblecillo de la costa. Algunas cartas se cruzaron entre las dos jóvenes; pero, solicitada cada una por los graves cuidados del destino, dejaron de escribirse, sin llegar nunca a olvidarse.

Un día Asunción volvió a la patria. Había madurado la hermosura de esta viajera feliz, que llevaba de la mano un niño encantador y se apoyaba en un esposo noble y amante.

Al tocar con delicia los recuerdos de sus primeros años, la dulce memoria de aquella amiga predilecta volvió a encenderse con incitante impulso en el alma de Asunción. Sin prevenirla quiso visitarla, y una tarde norteña, un poco turbia, un poco triste, buscó el rincón donde se escondía la antigua colegiala de Santander, que, al huír lejos de la sociedad, no había dejado huella por donde se testimoniasen la juventud y los encantos de una mujer aficionada siempre a las diversiones del mundo, pronta a lucirse y a coquetear en vencedora actitud.

Iba pensando todo esto Asunción; imaginaba que algún obscuro secreto celaba las horas de la ausente; acaso el drama íntimo de una belleza destruída por lastimoso azar; tal vez la pesadumbre de una pobreza suma y vergonzante; sin un motivo cruel,

parecíale imposible el absoluto destierro de su amiga. Llegó el coche de la señora a la entrada difícil de un camino, y allí se detuvo.

—¿Y ahora?—inquirió la dama, saltando a tierra con prontitud.

—Ahora—repuso el cochero,—la señorita irá por aquí preguntando, y llegará pronto... A mí ver, esa gente "que decimos" vive en aquella casona de allí arriba—y señaló el perfil obscuro de una mansión grande y solitaria.

La forastera entró sin remilgos por el sendero, orillado de zarzales; hundía el pie en la humedad resbaladiza de los musgos, sin apartar los ojos de la recia morada, erguida con señorío en el alcor. Dos álamos, esbeltos y gentiles, se ceñían, como dos interrogaciones, a los lados de la fachada principal.

Cuando llegaba Asunción bajo el silencioso dintel, unos brazos la recibieron con vehemente caricia.

—¡Qué guapa estás, qué guapa!—balbucía Carmela con entusiasmo.—Desde que supe tu regreso te esperé. Ahora te vi acercarte, y en seguida te conocí; ¡por algo estaba yo hoy más alegre que otros días! ¿Y tu marido?... ¿Y tu nene?...

Iban subiendo la escalera cogidas de la mano, como de niñas andaban por los pinares y el arenal.

Asunción sentía el asombro de encontrar a su amiga saludable y hermosa, alojada con severa pulcritud.

Sonaban en el piso los tropezones de unos pies menudos y el blando siseo de unas vocecillas.

Las dos mujeres entraron en un salón profundo, oloroso a maderas insignes y a flores recientes, y se sentaron, sin dejar de mirarse y sonreír.

A las preguntas afanosas respondía Carmela con suaves acentos, bajando la voz, en tono confidencial.

—Me he quedado sola con mi hermana, ¿sabes?, aquella que se casó cuando aún estábamos nosotras de corto... La abandonó su marido; está la pobre muy enferma..., y yo la ayudo con lo poco que tengo...

—Pero, ¿no has pensado en tu propia felicidad?—interrumpe Asunción, absorta. —Estás en lo mejor de tu vida, y más bella que nunca...

He pensado, sí—dice Carmela, palideciendo; se inclina aún hacia su confidente y añade a flor de oído, cada vez más emocionada.—Tuve un amor... tan verdadero, tan fuerte que, de entregarme a él, hubiera olvidado el infortunio de mi hermana infeliz... Mi novio era militar; no poseía más renta que su sueldo, y yo, para casarme, necesitaba disponer de mis bienes; poca cosa; una decente pobreza: esta casa, algunas fincas, mi pensión como huérfana de un coronel...

—¿Y te sacrificaste?

—¡Sí!

La afirmación, pronta y rotunda, quedóse temblando en el silencio de la estancia, bajo la obscuridad de un sollozo.

—¡Eres admirable!

—No mucho—murmura Carmela, sobreponiéndose con valentía al dolor de sus memorias.

Sonríe, pasa la fina mano por su frente, como para ahuyentar las tentaciones, y se levanta a abrir un balcón que arroja en el aposento la ponentina luz de la tarde, junta con el clamor doliente de la mar.

Asunción sigue a su amiga hasta apoyarse en el ancho rastel, y la contempla con delicada ternura.

Viste la solariega un traje obscuro y sencillo, muy señor; es menuda, blanca, gentil, con el pelo castaño y los ojos rubios, como la rodomiel; tiene la sonrisa muy dulce, muy honda la expresión, el aire infantil.

—¿Y no gozas aquí distracciones, alegrías, algún pasatiempo?—la pregunta Asunción, llena de lástima.

Carmen se echa a reír.

—Ya verás, ya verás — dice:— aguarda un poco.

Y sale, para volver en seguida con dos niños pequeños en los brazos, empujando a otros mayorcitos que tenían vergüenza de acercarse.

Asunción contó hasta seis. Iban todos bien puestos y cuidados; pero tenían en las caritas mustias una vaga expresión de tristeza.

—Mis sobrinos—dijo Carmen, sencillamente;—son delicados y hay que ocuparse mucho de ellos... ya ves si tengo diversiones.

Después entró la enferma, una pobre criatura acabada, con aspecto trágico de Dolorosa.

Fuése llenando el salón con la pena turbia del crepúsculo. Un aire fino y salado venía de la mar, a cuyo borde las aguas parecían dormirse en el reposo del sagido, así que las siete olas grandes rompían con estrépito en el farallón de la ribera. Del alero, alto y fuerte, bajó un opaco batir de alas: se recogían las palomas y volaba un cuervo marino, raro y torpe. Toda la luz de aquel minuto se cernía sobre la figura de Carmela, sonriente, rodeada de los niños.

Asunción tenía ganas de llorar; hondas emociones, raras inquietudes la embargaban frente a aquel ejemplo conmovedor.

Tuvo que despedirse, debía volver a su hogar colmado de venturas, a los placeres del mundo, a los cuidados del amor...

Se abrazaron los dos muchachas en la linde del camino, donde esperaba el carruaje.

Carmela aseguró, entre sonrisa, con el acento puro de la verdad, que ella también, a su modo, era feliz. Y quedóse en el atisbo de la ruta, valiente y sola, tendiendo hacia la vida, una vez más, los ojos, ilusionados y sedientos, resplandecientes, con lágrimas de renunciación.

A distancia, en la penumbra del anochecer, los árboles que ciñen la casona le parecen a la viajera dos enormes signos de admiración, guardando una historia sublime bajo la melancolía del cielo gris...

CONCHA ESPINA.

⚜ ⚜

Conocimientos utiles

OBESIDAD

Hásele llamado *adiposis general, gordura anormal, polisarcia adiposa, polipionia* voces estas últimas tomadas del griego.

Como varía mucho la cantidad de grasa que en condiciones normales puede encontrarse en el cuerpo, fuerza es admitir la existencia de un estado morboso únicamente cuando su acumulación llegue a producir trastornos generales o locales.

El volumen y el peso del cuerpo fisiológicamente oscilan entre ciertos límites hasta tal punto que cada individuo debe alcanzar un peso determinado según su edad y su altura; por consiguiente, se puede hablar de un grado mayor o menor de obesidad, cuando el peso pasa de este límite en grado sensible. Como norma sirve la tabla de Quetelet transcrita al final de este capítulo.

Un muchacho de 9 años, de 1,02 metros de altura, yacente en la clínica del Prof. de Renzi, pesaba 35 kilos en vez de 20 que sólo hubiera debido pesar. Una muchacha que vió Immermann, pesaba 152 kilógramos. ¡El inglés Ed. Bright llegó a pesar 276!

En los puntos donde normalmente existen surcos o arrugas fórmanse, a causa del rozamiento de las superficies cutáneas, eczemas intertriginosos muy molestos, especialmente durante el verano a causa del sudor.

La obesidad se llama *ligera* cuando el peso oscila en los adultos entre los 80 y los 90 kilos; *mediocremente intensa* cuando llega a 100 o 110 y *grave* cuando llega a los 150 kilos o los sobrepuja.

Ebstein adopta esta división: 1.o, *grado o estado de persona envidiada,* es a saber, aquel grado que, a falta de otra cosa, da cierta importancia a la persona, el *embonpoint* de los franceses; 2.o, *grado o estado de persona cómica o ridícula* en el cual la vista de la persona suscita la hilaridad por la forma especial del cuerpo, por los movimientos y la manera de caminar, y 3.o, *grado o estado de persona compadecida* cuando la proporción de la grasa es extraordinaria, el vientre enorme, los movimientos difíciles, hay tendencia al sueño y una expresión general de sufrimiento y angustia. Según la opinión de varios autores conviene reservar la denominación de *obesidad* a los casos ligeros o moderados y la de *polisarcia adiposa* a los casos más o menos graves.

En cuanto a la *etiología* precisa decir que la adiposis muchas veces es hereditaria, en la mitad de los casos según Werthington, en el 46 por ciento según Bouchard.

La adiposis puede ser adquirida y las causas más conocidas son dos: *la excesiva alimentación y la falta de ejercicio.*

Respecto a la primera causa está hoy fuera de duda que *todos los alimentos (albuminoides, hidrocarbonados y grasos) contribuyen a la formación del ádipe en el organismo,* los hidrocarbonados particularmente, y más por su cualidad de enérgicos medios de ahorro que por su directa transformación en grasa. Como alimentos de ahorro obran también, como es sabido, las *bebidas alcohólicas,* la *cerveza* menos por su contenido en alcohol (el 3 o el 4) por ciento, que por su contenido en hidratos de carbono en solución (50 gramos por litro aproximadamente) y por lo tanto, fácilmente absorbibles.

La adiposis puede provenir primeramente del uso de un alimento de valor comburente superior al necesario para el sustentamiento del organismo.

El *ejercicio físico escaso* supone *un defecto de consumo* y contribuye en consecuencia al desarrollo de la dolencia impidiendo la destrucción de la grasa que se forma o se introduce en el cuerpo.

La obesidad suele ser más frecuente hacia los 40 años y se observa más en el sexo femenino que en el masculino.

La *sintomatología* es varia, pero los trastornos más importantes son los *circulatorios y respiratorios;* conviene saber, la disnea, el cardiopalmo, la frecuencia y arritmia del pulso, la fácil aparición de edemas, la propensión a los catarros bronquiales, etc. Es frecuente *cierto grado de arterioesclerosis difusa y de nefritis intersticial crónica, el aumento de volumen y la congestión del hígado,* y fáciles son *las hemorroides.* Muy común suele ser *el catarro crónico del estómago y la paresis intestinal con estreñimiento.* De parte del *sistema nervioso* se nota tendencia al sueño, al cansancio muscular, apatía, etc.

La orina presenta mucha veces trazas de albúmina y riqueza de ácido úrico y oxalato de calcio, el cual aparece en forma glicurónica; frecuente es la glucosuria, transitoria de ordinario; abundantes las substancias extractivas (creatinina, etc.) y la acetona; finalmente, existen en ella vestigios microscópicos de la irritación de las vías urinarias, riñones y vejiga.

Recordaremos por último que la experiencia demuestra que, cuando los obesos están sujetos a *un rápido adelgazamiento,* sus condiciones se agravan en lugar de mejorar. Cantani imaginaba que el empeoramiento estuviese en relación con la mayor riqueza de la sangre en grasa y agua, con un estado de *lipoidremia,* pero hoy es fuerza creer que depende de la intoxicación ácida y más concretamente, de la intensa *acetonemia* debida a la tumultuosa destrucción del ádipe, de cuya substancia proviene la acetona (Geelmnyden, etc.)

INDICACIONES TERAPEUTICAS

Dos son las principales:

1.a *Disminuir la formación y la introducción de la grasa en el organismo.*

2.a *Favorecer el consumo de la grasa acumulada.*

A la primera indicación satisfacen *las curas dietéticas;* a la segunda, *el mayor trabajo del cuerpo y variados métodos auxiliares.*

CURAS DIETETICAS

Como los médicos bien saben desde tiempos antiguos, con la introducción limitada de alimentos, con oportunas curas de desnutrición se consigue disminuir el ádipe del organismo, esto es, adelgazar. Casi todos los otros medios ensayados para obtener este efecto o son de eficacia muy escasa o resultan dañosos a la constitución y funcionamiento normal del cuerpo.

Sin embargo, nadie negará que ciertas curas dietéticas puedan producir también graves daños; hé aquí el motivo en virtud del cual es necesario establecer las bases de un buen sistema dietético contra la obesidad.

El objeto principalísimo que debe proponerse tal sistema es el de obtener un aumento en la destrucción de la grasa sin menoscabo del contenido en albúmina del organismo y dejando, sobre todo, íntegros sus órganos.

¿Cuáles son los medios mejores para conseguirlo?

Como antes hemos dicho, la grasa procede de los tres grupos principales de alimentos; de ellos se deduce que todos deben sufrir una disminución más o menos sensible aunque en proporción diversa.

Más aún. Una ingestión exagerada de albúmina con completa o casi completa substracción de los hidrocarbonados y de los grasos (*dieta cárnea absoluta*) no dará nunca los resultados apetecidos por dos razones:

La primera razón estriba en que, si falta la introducción de hidrocarbonados y grasas en cantidad suficiente, el organismo consume la albúmina circulante con tanta facilidad por lo menos, como consume los otros principios susodichos. Hase demostrado que la suministración de pan favorece en gran manera *la utilización de la albúmina,* con una dieta de carne sólo reteníase 1|5 del ázoe ingerido; con la dieta de carne y pan casi la mitad (Hoffmann).

La segunda razón consiste en que una dieta exclusivamente albuminoidea lleva consigo un aumento fortísimo de la putrefacción intestinal, la cual disminuye si se añaden a aquélla hidratos de carbono alejándose así también los peligros de la autointoxicación (Reale, Kraus, etc.)

La cuestión, por consiguiente, es compleja, y el médico inteligente no se dejará guiar jamás por conceptos unilaterales sino que tomará en consideración los diversos factores del metabolismo nutritivo. Ahora bien, los estudios sobre los cambios orgánicos demuestran precisamente que *un régimen dietético racional de adelgazamiento debe contener albuminoides, hidrocarbonados y grasas en justa proporción*, es a saber, *en cantidades tales que estén en consonancia con los conceptos dominantes en la fisiología de la nutrición.* Entre éstos debe tenerse presente en primera línea que los hidrocarbonados contribuyen al aumento de la grasa más que los otros alimentos; de aquí se deduce que tales principios en las curas dietéticas antipolisárcicas deben tener una parte secundaria.

¿Las curas dietéticas más usadas hasta hoy han tomado este principio por fundamento?

Un rápido análisis demostrará claramente que son verdaderas *curas de hambre* y por ello capaces de producir los daños más graves en el organismo de los obesos.

Cura de Harvey. Llámasele también cura de Bauting, nombre del enfermo que la experimentó e hizo pública. Hé aquí el *menú.*

Desayuno: de 120 a 150 gramos de carne bovina o de cordero, riñón, pescado frito, jamón o una carne grasa cualquiera (excepto la de cerdo); una taza grande de té sin leche ni azúcar; 30 gramos de bizcochos o pan tostado sin manteca.

Al mediodía: 150 a 180 gramos de pescado (excepto el salmón) o carne (no de cerdo); 30 gramos de verduras (exceptuadas las patatas) y pan tostado; *compotte;* dos otres vasos de vino tinto, Jeréz o Madera (prohibido el Champagne y la cerveza de Porter).

Merienda: de 60 a 90 gramos de fruta; uno o dos bizcochos; una taza de té sin leche ni azúcar.

Por la noche: grog sin azúcar; uno o dos vasos de vino tinto o Jerez.

A primera vista esta dieta parece suficiente, pero considerando su valor comburente resulta que estando constituída por 172 gramos de albúmina, 81 de hidrocarbonados y 8 de grasas, llega a duras penas a las 1112 calorías. Con mucha razón dice Hoffmann en el *Tratado de Terapéutica alimenticia* de Leyden que "no es maravilla si esta dieta ha conducido a muchas personas a la consunción."

Dieta de Ebstein.—Desayuno: 250 gramos de té sin leche ni azúcar; 50 gramos de pan con abundante manteca.

Comida: sopa; de 120 a 180 gramos de carne asada o cocida con salsa grasa; leguminosa y coles (ni patatas ni nabos), ensalada, fruta cocida al horno sin azúcar, fruta fresca, dos o tres vasos de vino blanco ligero.

Por la tarde: té como por la mañana.

Por la noche: otra vez té como antes; un huevo; asado graso o jamón; pescado ahumado; 30 gramos de pan con mucha manteca; un poco de queso y fruta fresca.

Esta dieta se diferencia de las otras porque permite abundantemente las grasas (85 gramos) en vez de moderar su introducción en el organismo; como es pobre de albúmina (102 gramos) y sobre todo de hidrocarbonados (47 gramos) no representa más que unas 1400 calorías.

Dieta de Œrtels ésta concede según el estado de reposo o de actividad del cuerpo de 150 a 170 gramos de albúmina, de 75 a 120 gramos de hidrocarbonatos y de 25 a 45 de grasas, es decir, de 1180 a 1607 calorías poco más o menos. Tiene una particularidad: restringe el agua considerablemente, cosa que favorece el adelgazamiento y que es muy conveniente además cuando existen alteraciones del aparato cardiovascular.

¿La substracción del agua sería por lo tanto uno de los medios auxiliares de las curas de adelgazamientos. ¿Qué hay de positivo en esto?

Antes de todo, es indudable que las investigaciones fisiológicas concuerdan en que

con la ingestión de agua no se puede producir depósito de grasa. El antiguo y célebre experimento de Chaveau ha sido repetido recientemente por Debove en el hombre y conduce siempre al mismo resultado.

Así como con el agua no se puede aumentar la grasa del organismo, sin ella tampoco se puede aumentar directamente su descomposición; el aumento aparente hallado por algunos experimentadores ha sido explicado diversamente. Más también es verdad que con la substracción del agua puede disminuir de peso un hombre grueso más fácilmente que bebiéndola y que con su introducción abundante puede aumentar la corpulencia de un individuo más que si la suprime. Hoffmann se explica esto porque en general, quien come copiosamente, necesita también beber mucho, de manera que muchas veces basta limitar las bebidas a un individuo para que éste coma menos, pues entonces no disfruta tanto comiendo y se siente más pronto harto; además con una viva corriente de líquido, el estómago y los intestinos elaboran y absorben mejor las substancias ingeridas. En virtud de este mecanismo la disminución del agua facilita la desnutrición.

Actualmente se opina por lo general que se puede limitar enérgicamente la ingestión del agua en los obesos siempre que la cantidad diaria de la orina no descienda de una media de 500 cm.^{3} Algunos autores, como See, en Francia, y Kisch, en Germania desaprueban en absoluto esta medida y Robin la acepta en algunos casos solamente, pero Hoffmann dice muy bien que obrando así el médico malogra un medio auxiliar precioso.

Dieta de Dujar din-Beumetz.—Prohibe los manjares demasiado ricos en agua, especialmente las sopas; permite los huevos, el pescado, la carne, la verdura fresca y la fruta, y reduce a un *mínimum* los alimentos que contienen almidón. Entre las diversas calidades de pan aconseja las que presentan más corteza (*flute* de Peters.)

Por la mañana, a las 8: 25 g. de pan; 50 g. de carne fría; 200 g. de té diluído sin azúcar.

Al mediodía: 50 g de pan, 100 g. de carne o dos huevos; 100 g. de legumbres frescas; ensalada; 15 g. de queso; fruta cuanta se desee.

Por la noche, a las 7: como al mediodía pero sin huevos.

Por lo que toca a las bebidas, se puede beber comiendo y entonces se permiten 300 cm.^{3} de vino flojo mezclado con agua alcalina (Vals o Vichy) en cada comida, o se bebe dos horas después de las comidas té sin azúcar.

Total: unas 1000 calorías.

Dieta de Bouchard.—Este pretende que sus enfermos vivan durante 20 días con 1250 cm^3 de leche y 5 huevos, distribuídos en cinco veces. Pocos resisten este régimen que equivale a 1230 calorías netas.

Dieta de Cantani.—Es más rigurosa aún. Permite solamente la carne magra, la clara de huevo, la leche desnatada, los caldos desgrasados, el pescado magro y la verdura cruda y cocida preparada sin manteca ni aceite y sólo con vinagre o mejor aún con jugo de limón.

Cantani admite que a un adulto le bastan 500 o 600 g. de carne correspondientes a otras tantas calorías aproximadamente y permite todo lo más que en casos de intolerancia se alterne su cura con la de Harvey.

Finalmente añadiremos que de Renzi aconseja tomar en abundancia verduras y frutas, excluyendo las ricas en azúcar como las zanahorias, la uva y los higos, porque son alimentos de gran volumen y escaso valor comburente.

Normas dietéticas para los obesos.—Una vez expuestas las ideas precedentes sobre las curas más en boga contra la obesidad y demostrados sus peligros, pasaremos a desarrollar los principios generales sobre los cuales debe fundarse el régimen alimenticio racional de los obesos.

Estos enfermos, como todos los individuos en general, necesitan una dieta cuyo poder nutritivo baste para el sustentamiento del organismo y que le suministre por lo tanto, un número de calorías proporcionado a su peso. Ahora bien, la ración alimenticia de los obesos debe establecerse tomando como base *no* su peso real, indicado por la báscula, sino el que el enfermo debiera alcanzar atendidas su edad y su altura según

las tablas de Quetelet; el peso excedente representa la grasa acumulada, tejido muerto, el cual ni trabaja como el resto del organismo ni necesita ser nutrido.

Supongamos, por ejemplo, que se trate de una persona de 50 años de edad, de 1,67 m. de altura y 115 kilógramos de peso. Esta persona debiera pesar 63 kilógramos; se le suministrará, por lo tanto, un número de calorías que guarde relación con este peso, es decir; unas 1900 (30 por kg.) si no trabaja; no las 3450 correspondientes a sus 115 kg.; si trabaja, camina o hace ejercicio muscular de cualquier clase, se le darán de 2200 a 2500 (de 35 a 40 por kg.), según el grado del ejercicio. Naturalmente, debe añadirse en todo caso un suplemento del 8 por 100 equivalente a lo que se pierde con las heces fecales. Recibirá, pues, 2052 en el primer caso y de 2375 a 2700 en el último. Si se regula de otro modo la alimentación, es a saber, concediéndola más abundante, el exceso que supera la *ración de sustentamiento* en parte se quemará, ello es indudable, pero en parte se transformará en grasa almacenándose en el organismo.

En consonancia con lo dicho más arriba al hablar de la cantidad de las diversas substancias alimenticias, es necesario suministrar las grasas y los hidratos de carbono en proporción inferior a la permitida generalmente a los normales y aumentar proporcionalmente, en cambio, los albuminoides hasta llegar a los 150 o 170 g. cantidad equivalente a una tercera parte de las calorías indispensables.

No se calcularán como albuminoides ni *los caldos ni el extracto de carne Liebig*, tan útiles para la preparación culinaria, porque el nitrógeno que contienen no está ligado a la molécula de albúmina sino exclusivamente a las *substancias extractivas* las cuales atraviesan el cuerpo sin sufrir mutación alguna. Tampoco se tendrá en cuenta el vino (*tinto seco*), útil como tónico en la proporción de 100 a 200 g. diarios, ni el café ni el té, infusiones que pueden permitirse con moderación y sin ningún o con poco azúcar. Limítese en general la introducción de agua pero sin exagerar en este sentido.

A propósito de los hidrocarbonados fuerza es hacer hincapié en su necesidad imprescindible no sólo porque gracias a ellos no se quema la albúmina de los tejidos sino también porque contribuyen al mejor aprovechamiento de la albúmina ingerida y corrigen los peligros de la autointoxicación (Kraus). Prefiérase el pan (especialmente el moreno, rico en salvado, del cual se absorbe apenas la mitad del que se come) y las patatas que contienen poca fécula en mucho volumen. Prohíbanse el azúcar, los dulces, los helados, la crema, la mayor parte de los quesos y también la leche excepto cuando exista para esta última una indicación especial por complicaciones renales, v. gr.

Procediendo así, de una parte se disminuye la introducción de alimentos capaces de aumentar la grasa del cuerpo o de ahorrar su consumo y de otra evítase el peligro de la anómala descomposición de la albúmina de los tejidos y por consiguiente del depauperamiento de las masas musculares y del corazón.

Para combinar la dieta conviene seguir como guía un cuadro extenso de los diversos alimentos con su valor en albúmina, grasa, hidrocarbonados y calorías como el que va al final del presente capítulo.

En los obesos sujetos al régimen dietético susodicho aumentan las fuerzas musculares y la energía cardíaca y disminuye ligera y constantemente el peso del cuerpo. Si esta disminución faltase, ello significa que la alimentación es exuberante, disminúyense gradualmente entonces las grasas y los hidrocarbonados hasta conseguir el efecto deseado. Si el adelgazamiento fuese demasiado acentuado y se acompañase de pérdida de fuerzas, auméntese la ración alimenticia, los albuminoides inclusive.

En fin, la báscula y el examen cuidadoso del paciente deben regular, en principio al menos, la cura dietética de modo que el enfermo adelgace pero sin exponerse a los peligros de un enflaquecimiento demasiado rápido e intenso.

PROFESOR E. REALE.

MISTICA

A Rogetlio Pérez

Olivares

Era una gentil señora
linajuda y rezadora,
sin penumbras de pecado;
en el marfil de su frente
puso una huella inocente
la caricia del Amado.

Velaba el noble semblante
con la sombra vacilante
del misterio monjil;
sobre el brial de luenga tela
ostentaba la escarcela
de blanco guardamecil.

En sus manos primorosas
florecían como rosas
las caricias de su amor...
¡Transparentes, lindas manos
hechas a curar villanos
prisioneros del Dolor!

Y sus labios milagrosos
se posaban silenciosos
en el rostro dolorido
de los niños sonrientes,
plañideros y dolientes
como pájaros sin nido.

Tuvo en las manos consuelo,
en los ojos luz del cielo
y en los labios blanca miel;
era buena, santa y pía,

como la Reina de Hungría,
la santa Reina Isabel.

En las floridas mañanas
cortaba rosas tempranas
para el santo del altar:
un austero penitente
de faz triste y calva frente
como imagen del pesar.

Con las manos enlazadas,
sobre el pecho abandonadas
en su místico delirio,
meditaba silenciosa
como una Virgen, celosa
de las glorias del martirio.

Para su alma en desventura
fué el mundo cárcel obscura
de amargo y lento vivir,
y enferma el alma y herida
de un ansia desconocida,
moría de no morir.

En el bargueño tallado
yace el libro perfumado
que aliviara su dolor...
¡Lindas páginas floridas
que pudieran ser leídas
por las siervas del Señor!

Por las páginas sagradas
paseaba las miradas
de sus ojos de turquesa,
mientras los pálidos labios
confesaban sus agravios
con la unción de una abadesa.

Vivió triste y fué cautiva
de la llama de amor viva
que endulzaba su dolor,
y en su mística ternura
bendecía su amargura,
porque tuvo sed de amor.

Bellas páginas miniadas,
por sus labios recitadas
con ascética ansiedad,
son vuestras letras erguidas
y vuestras orlas floridas
el blasón de su piedad.

JOSE MONTERO.

UNA VISITA A GABRIEL Y GALAN

A UN POETA CAMPESINO

Nuestro amigo José María vive aquí, en esta casa de dos pisos, con ancho soportal, de entrada apuntalada en arco. Unas macetas de flores decoran el balcón. Hay un grato olor a heno quemado. En la ancha antesala, colgadas de las paredes, vemos unas viejas litografías de santos. En la cocina cuelga de una argolla la ancha caldera, y al lado, en el rústico escaño de nogal, se sientan unos mozallones. Un pasillo largo y obscuro comunica con el corral. Picotean en él unas gallinas, y oímos el relincho de dos potrancos en la cuadra cercana. Sobre las bardas del corral columbramos, a lo lejos, sobre este lienzo de manchones grises de la loma extremeña, los picachos siempre blancos, de la sierra de Gredos.

Hay un grato silencio en este lugarejo del Guijo de Granadilla. Asomado al balcón del corral, se destaca la rapada cabeza de José María besuqueando a su hijo mayor, un nenote rubio, caribobo y nutrido, que sonríe.

Subimos al despacho del poeta. Es una pieza sencilla, modesta, casi franciscana. Un armario viejo guarda una ringlera de libros. El ''Cancionero'', de Jorge Manrique; los ''Auctos'', del paisano y amigo Juan de la Encina; una ''Antología poética'', del obispo de Plasencia señor Jarrín y Moro; el ''Kempis'', el ''Flos Sanctorum'', las ''Florecillas'', del pobrecito de Asís; ''Don Quijote'', ''Las Novelas Ejemplares'', ''La Celestina'', ''Baltasar de Alcázar'', Gutierrez de Cetina'', Manuel Esteban'', de Villegas; ''Los Nombres de Cristo'', ''La Perfecta Casada'', ''El Lazarillo'', las Poesías de Fr. Luis, ''La Guía de Pecadores'', ''El Romancero''; los ''Aires murcianos'', de Vicente Medina, Maragall, Campoamor, Zorrilla, Becquer, Núñez de Arce, Quintana; libros de Unamuno, de Macías Picavea, de Domínguez Berrueta, del P. Cámara, de Luis Maldonado, de cordiales dedicatorias. Periódicos, revistas, folletos...

En los claros, retratos de personas conocidas. El hermano del poeta, don Baldomero, retratado el día de la boda con la esposa; la fisonomía ancha, abierta, simpática del P. Cámara, con los hábitos episcopales y agustinos, de pie ante una mesita con un crucifijo, bendiciendo en una letra horrible a su querido feligrés; la cabeza de Unamuno sumida en meditaciones tempestuosas, con los ojos desprendiendo luz detrás de los quevedos; una litografía de Laurent del ''Cristo velazqueño'' y los hidalgos macilentos, escuálidos, tristes, que presencian el sepelio del conde de Orgaz.

Sobre una camilla redonda escribe el poeta; hay debajo una dorada caja de brasero. Apíñanse sobre la mesa cartas, cuartillas y pruebas.

Habla el poeta, risueño. Sus ojillos azules bucean errabundos, de acá para allá; su ancha frente requiere el apoyo de la diestra; el chiquillote rubio, caribobo y nutrido, nos hace la merced de su carita para que estampemos un beso sonoro en sus mofletes. Es el poeta ocurrente y chancero. Bromea, ríe, traspira salud y fuerza, optimismo, equilibrio. Estos versos del poeta, empapados de paisaje oliendo a tomillo y a romero que dan gloria, silvestres, lozanos, alegres, limpios, nos dan la más exquisita, la más espontánea impresión de la raza.

Salimos al campo. Están trillando en las eras. Gravemente charla José María con sus aperadores y trilliques. Bromea, ebria de sol, de luz y de naturaleza, la gente campesina.

Luego paseamos lentamente para cruzarnos con el médico, con el cura, que salen de casa cuando no quedan de los rayos del sol más que unas franjas—rojas como la sangre—por el Oriente: llegamos charlando, charlando, hasta la ermita. El señor cura es reposado, sobrio en la glosa, tranquilo, paradito; el señor médico es un manojo de nervios, contundente, dogmático, seco, preciso. José María es una cosa y otra a la vez; José María se

calla a lo mejor para otear el panorama; José María lleva dentro de su espíritu una música interior que le obliga a recogerse, a adentrarse, a ensimismarse, a extasiarse como un santito iluminado. Pero José María tiene carne mortal y hay en él el empuje primitivo, la agilidad mental, del pícaro. Los castellanos somos místicos y pícaros a la vez. José María hubiera sido, sobre todo, un enorme poeta satírico. Respetaba lo grande y se burlaba donosamente de lo pequeño y de lo mezquino.

Llegamos hasta la ermita—la ermita del "Cristu Benditu".—La ermita pobre, desnuda de todo ornato, rústica, descansa sobre un altozano, como si hubiera surgido naturalmente de la pelada roca que la sirve de sustento, sin manos del hombre que la levantara, para adorar al Señor de los señores. Hay unos canchales pedregosos por el camino; los informes manchones grises decoran el paisaje; las crestas blancas de la sierra de Gredos se levantan al Norte; una cigarra canturrea su monorritmo. Y momentos después, rasga el silencio la campana sonora del lugar.

¡Ave María!

En Salamanca; José María ha venido a Salamanca. Ha sido consagrado como poeta en los Juegos Florales.

Se ha leído "El Ama". Gabriel y Galán aprendió cómo se hace la dicha más perfecta en el hogar. Seamos como nuestros padres; busquemos por esposas a las que tengan en su faz algún rasgo de la madre muerta... Ha muerto la madre de José María.

El arte, este gran amigo del dolor, ha convertido el dolor del campesino en el dolor de Castilla. Pero le ha salvado la esposa de la desesperación. Una sencilla labradora humilde le hace feliz. Es buena, amable, cariñosa, seria, cristiana, la labradora. Habiendo amor en casa, en el corazón, se suaviza el penoso trajín de las faenas. Con amor, las gentes se interesan por la casa, todos la cuidan, y Dios aumenta la hacienda. La vida en la alquería gira en torno de la esposa.

Canta en los valles el vaquero, cantan las mozuelas en el regato al lavar, canta el tierno cabrerillo en la cuesta pelada. ¡Y canta el esposo! Del amor brotan cantos; de la tierra, frutos; de Castilla, paz...

El equilibrio del paisaje castellano ha entrado en el alma del poeta; su espíritu está empapado de la grandeza de estos ámbitos de tierras y de cielos.

¡...qué serena
la atmósfera azulada se extendía,
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde menea en la vega los guindos, en el cercado los zarzales, en la vieja encina la copa verde. La gaita del pastor llora las dulces tonadas de Castilla:

caían las cadencias
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.

Y el pensamiento es puro, y las penas mansas, y los placeres austeros, y el sueñecito reparador, y el bien fácil, y la conciencia tranquila. "Porque hay amor en casa"; sólo por eso...

Y aquí viene la ficción del poeta. No canta su amor personal el poeta; canta el amor de sus padres. ¡Ya no vive ella! Se ha teñido la vida de tristeza en la alquería; en la besana no cantan los mozos; los criados cenan en el escaño sin decirse una palabra:

que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Días lentos, noches lentas de dolor. Las horas ruedan sobre las almas que están solas. Se reza el rosario por la difunta. Tiene el pan levadura amarga de lágrimas calientes; pesan las faenas; se cae la casa encima; ha perdido el pobre viudo el cariño de la hacienda:

¡Qué me importan los bienes,
si he perdido mi dulce compañera!

Pasan los años lentamente sobre el espíritu angustiado:

"¡El ama era una santa!",
me dicen todos cuando me hablan de ella.

El velo del dolor no permite ver al querido José María la luz de la belleza.

No le entra en la médula del alma la intensa melodía del silencio que "se acuesta", que se tumba en el llano. ¡Ay! No le alegra el vivir de los mundos, no le baña en bienestares el ambiente, no le suenan a música las brisas, no le envanece el galopar del caballo favorito. Resbala sobre él la poesía sin agitarle. Los dolores grandes no duelen. Acorchan, insensibilizan. No mueven el alma de poeta de José María los atardeceres otoñales, las auroras de Mayo con cánticos de alondras, las noches románticas de Agosto, estas noches de Agosto—en que nosotros escribimos—:

noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que a la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

Hay frío en la alcoba del ensueño de José María. Pero... pero él sabe hablar como su madre:

"¡Dios lo ha querido así!
¡Bendito sea!

¡Pobre José María, muerto en la flor de la vida, recitando en los últimos minutos de tu existencia las eternas coplas de Jorge Manrique, el hijo del Comendador!:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir;
allá van los señoríos,
derechos a su acabar
y consumir!

¡Tú no te has acabado, tú no te has consumido, pobre amigo nuestro. Lo que tenías de arcilla fué a la tierra; lo que tenías de Dios... ¡Dios nos lo devolverá a nosotros, los castellanos, diluído en la eternidad de tus estrofas.

JOSE SANCHEZ ROJAS

⚜ ⚜

DE JACINTO BENAVENTE

CUENTOS PARA NIÑOS

En literatura destinada a los niños hemos sido, por mucho tiempo, importadores de libros extranjeros. El *Juanito* de nuestra niñez, el admirable *Corazón*, de Amicis; los cuentos de Grimm, de Andersen, no tienen en España equivalentes. Las mismas fábulas de Samaniego, la más castiza lectura en nuestros tiempos de colegiales, al traves de Esopo y de Fedro, llegan a España por el francés La Fontaine, tan odioso a Lamartine como educador. En efecto, la moral de las fábulas es algo sanchopancesca, rastrera, y el gran poeta tenía sobrada razón para abominar de ellas como libro iniciador de poesía en el espíritu del niño.

Los cuentos de Perrault, por su asunto, serán eternamente encanto de los niños, aunque su erudito autor, al contarlos, puso en ellos cierta socarronería, como para las damas y cortesanos de colmillo retorcido, en quienes pensaba al escribirlos más que en los ingenuos lectores infantiles.

Las *Mil y una noches*, por mucho que se expurgen, no son de lectura muy conveniente para niños. Trascienden a sensualidad oriental y perturban la imaginación.

Nuestro *Don Quijote*, fuerza es confesarlo, es de incomprensible y aburridísima lectura para chicos. Es libro para leerlo después de los treinta años. Por eso hay tan pocas mujeres que lo hayan leído.

En publicaciones periódicas para la infancia tampoco hemos sido muy fecundos. La mejor sin duda, fué *Los Niños*, periódico fundado y dirigido por don Carlos Frontaura, de grata memoria, y sus artículos y cuentos más amenos traduciones eran también casi siempre.

En colaboración con don Teodoro Guerrero publicó el mismo don Carlos Frontaura unas cuantas comedias para niños, de moral un tanto sensiblera, pero muy bien intencionadas; y una entre todas, titulada *Una lección de historia*, muy bien compuesta para grabar en la imaginación de los niños gloriosas páginas de la Historia de España.

Otro distinguido escritor, Segovia Rocaberti, publicó también una colección de obritas teatrales infantiles. Hoy día publica también una el señor Espasa, en Barcelona. De Buenos Aires recibí, poco tiempo ha, otra numerosa colección.

De Fernán-Caballero tenemos una Mitología, explicada a los niños, verdadera obra maestra de discreción y de buen gusto.

Género muy difícil de literatura es un género en que ha de olvidarse el escritor de toda literatura; cosa muy difícil para el verdadero literato y cosa imposible al que no lo es: que se acuerde de toda la mala literatura a la hora de escribir.

Para escribir un buen cuento de niños hay que tener alma de madre. Lo que es lo mismo, ser un gran artista, verdadero artista. El alma del Arte es alma de madre, como el alma de la Naturaleza.

Género de arte en que debieran triunfar las mujeres, si no fuera que la mayoría de las mujeres escritoras tienen muy poco de femenino.

Cuando la mujer es mujer antes que escritora y mucho antes que literata, escribe, cuenta, mejor dicho, deliciosos cuentos de niños, todos de ingenua imaginación y candoroso sentimiento. Cuentos que pueden interesar a los niños de todos los tiempos y de todos los países; porque el alma del niño es siempre universalmente primitiva.

En cada niño nace la Humanidad. En cada nación, desde las capitales civilizadas, emporio de cultura, hasta las aldehuelas pastoriles, más que unidas, apartadas por senderos riscosos de las ciudades, puede estudiarse, mejor que en los libros, la historia de las razas y los pueblos en su más remota ascendencia. No son códices y monumentos, cronicones y sepulcros los que mejor nos hablan de edades pasadas; son seres vivos, hombres y mujeres, que viven hoy en el alma de otras edades, las más remotas, hasta la misma edad de piedra.

Los grandes escritores, cuya gloria perdura sobre los pueblos y los siglos, son los que acertaron a contar mejor esos eternos cuentos que interesan siempre al espíritu infantil de la Humanidad.

Todas las grandes obras de la literatura, si bien se advierte, son cuentos de niños. Obras que conmoverán eternamente lo que hay de niño en el alma de todos los hombres y de todos los pueblos.

Cuentos de niños, *La Iliada y La Odisea;* cuentos de niños, *La Divina Comedia*, y nuestro *Romancero*, y *La Canción*, de Roldán, y los *Fabliaux* franceses, y los cuentos de Chaucer, y las tragedias de Shakespeare, y los dramas legendarios de nuestro teatro.....

Hoy, entre el espíritu del escritor y el espíritu del pueblo, el eterno niño, media una distancia que no basta a salvar una artificiosa sencillez toda de habilidades litera-

rias. La sencillez no se imita con nada; con la bobería, mucho menos. Ni con místicos o castizos vocablos.

Sin afectación, alegre, claro, limpio, llega un libro de cuentos para niños, *Cuentos de hechos*, de Gertrudis Segovia, libro de mujer, como yo quisiera todos los libros escritos por mujer; libro que añade a nuestra pobre literatura infantil unas flores, más valiosas que joyas. Hay en él cuentos comparables en interés al delicioso del *Pájaro Azul*, de Mme. D'Aulnoy, y a *La Bella y la Bestia*, de Mme. de Beaumont. Son verdaderos cuentos para niños. Y doy fe de ello, porque sé de varios niños que los han leído con entusiasmo y sé de una señorita distinguida que se ha aburrido mucho. Una señorita distinguida es lo menos infantil que se conoce. Una señorita distinguida, si la dicen que puede tener hijos, suele exclamar: ¡Por Dios! Chiquillos, no. ¡Qué lata!

A señoritas de estas de ¡Qué lata! no hay que ofrecerles cuentos para niños. Con la conversación de algún joven, tan distinguido como ellas, tienen bastante pasto intelectual.

⚜ ⚜

CHASCARRILLOS

Al dar cuenta de un accidente automovilista, sufrido por un actor cómico, decía un periódico:

Por fortuna, la misma noche pudo presentarse al público en cuatro piezas."

El cliente.—¿Es cierto, doctor, que el comer mucho pescado desarrolla las facultades cerebrales?

El doctor.—Indudablemente.

El cliente.—Pues bien ¿qué pescado me aconseja usted que coma?

El doctor.—Hombre, a usted le aconsejo que para empezar se coma una ballena.

Una señora manda comprar por un sirviente azúcar y hierba dándole dinero para cada cosa por separado.

Al poco rato sube el sirviente diciendo:

—Señora, vengo sin nada porque he mezclado el dinero y no sé cual es el peso de la hierba y cual el del azúcar.

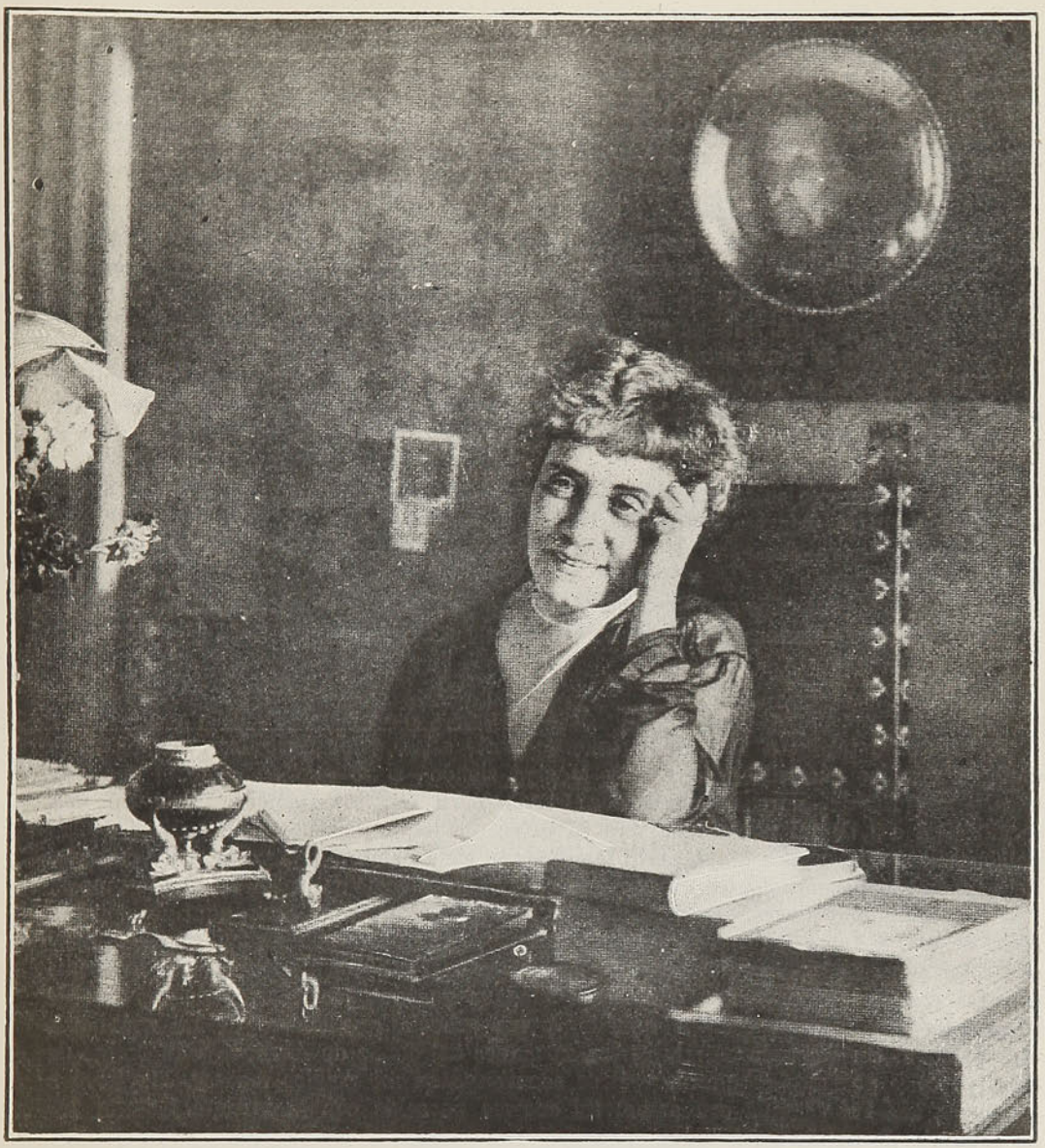
Una señora muy supersticiosa pregunta a su médico:

—¿Cree usted en los espíritus?

—¡Dios me libre!

—¿Por qué?

—Porque si las almas de los muertos pudiesen presentársenos, lo que es yo no podría seguir ejerciendo la medicina.



Sofía Casanova en su gabinete de trabajo.

SOFIA CASANOVA

Me sentaré aquí, cerquita de usted, *Caballero Audaz*, porque no veo nada. Estoy cieguecita—empezó diciendo la ilustre escritora de los cabellos empolvados, la gentil figura, la voz dulcísima y las manos de abadesa.

—¿Cómo cieguecita?—exclamé sorprendido, mirando con atención sus ojos azules.

—Es la triste reliquia que me ha dejado la horrenda tragedia. Fuí herida en los ojos, y... apenas veo. No puedo escribir; tengo que dictar.

—¿Y cómo fué esa desgracia?

—Fué en Petrogrado, en un choque de bolcheviques y revolucionarios. Iba por la calle, acompañada por mi nietecita María Cristina—que lleva este nombre porque a su padre le salvó la entonces reina regente de ir toda su vida a una fortaleza, condenado por el zar.—De pronto nos vimos entre dos fuegos. Dos hordas furiosas nos atropellaron; caímos al suelo; yo perdí el conocimiento; cuando volví en mí no veía nada.

—¿Y su nietecita?

—Se salvó de milagro, gracias a un noble oficial.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en España?

—Unos ocho días. Y me encuentro aquí como en una quimera deliciosa, como en un baño templado. Después de haber asistido a tantos horrores, después de haber sufrido tanto, vivo aún. Me parece soñar.

—¿Desde dónde viene usted?

—De Polonia, atravesando toda la Europa del armisticio, en un tren militar interaliado; mejor dicho: un pedazo de tren espantoso que llegó hasta París. Allí me esperaban parientes y amigos delegados de la paz.

—¿Y vino usted sola?

—Completamente sola; y... gracias, porque el caso es excepcional y se ha hecho una violencia para dejarme venir.

Sofía Casanova conserva en el acento, íntegramente, esa melosidad característica de las galleguitas.

—A pesar de los años que lleva usted vividos en Rusia sigue usted siendo gallega.

—Ya lo creo—exclamó con orgullo.—Nacida en Coruña.

—¿Y criada?

—Aquí.

—¿Cuándo y por qué comenzó usted a escribir,

—Bastante tarde: a los diez y ocho o veinte años. ¿Por qué? Por necesidad de dialogar con las cuartillas. Yo era, y lo sigo siendo—claro que en relación con mis años,—muy tímida, muy reconcentrada: vivía para mí, intensamente para mí; mi sensibilidad era de tal naturaleza, que yo sufría de todo: del color, del sonido, de las palabras: todo tenía para mí un perfil tangible; en cada palabra veía yo un color distinto. Este fenómeno psicofisiológico existe, reconocido por la ciencia; se ha estudiado mucho, y se denomina, en francés, *audittion-colories*. Cuando yo era muchacha, aquí no se sabía nada de eso, y ¡claro!, mi caso producía risa. "A ver niña—me decían unos—, dinos qué color tiene tal palabra." También escribía yo en secreto y para mí; guardaba mis estrofas con la misma ilusión que a esa edad se guardan las misivas del novio. Me sorprendía yo de saber escribir aquéllo, y me parecía que dentro de mi sér había otra persona. Un día cayeron mis versos en manos del conde de Andino, gran amigo de casa, poeta y perfecto caballero, y él se constituyó en mi primer mentor. Me llevó a Valencia; allí fuí acogida con amor; mi enorme parecido con la infanta Eulalia fué un estímulo de cariño para todos.

—¿Se parece usted a la infanta Eulalia?

—Entonces, como dos gotas de agua; hasta el punto de que casi todos los enamorados de la infanta sentían hacia mí simpatías. Este parecido se debe haber distanciado, porque Eulalia está poco sufrida, y se retoca mucho, y yo ya ve usted cómo tengo el cabello y los ojos. Pues bien: en Palacio se me animó y comencé a escribir en *El Faro de Vigo*. Luego publiqué mi primer libro de versos, que me dió una notoriedad grande. Hice amistad con Ferrari, Echegaray y, sobre todo, con Campoamor; yo fuí su dolora. Tenía culto por él. Presentada por Campoamor conocí a mi marido: Lutoslawoski.

—Cuénteme usted eso.

—Es muy sencillo. Lutoslawoski, filósofo polaco, perteneciente a la nobleza varsoviana, había venido a España a estudiar el pesimismo de nuestra literatura.

—¿Era usted joven?

—Tenía veintitrés años.

—Guapísima, por supuesto.

Rió, un poco confusa.

—Ya lo he dicho antes: como la infanta Eulalia; muy rubia, con los ojos verdes.

—Y Lutoslawoski, ¿cómo era?

—Poco mayor que yo; alto, basto, con unas manazas enormes, muy feo y con muchísimo talento. No, su figura no me cautivaba; en cambio su imaginación sí. Yo, un día, le regalé un libro de poesías, y él entonces escribió en el mismo libro: "Esta poetisa será mi mujer", y me lo devolvió, diciéndome: "Yo marcho a mi patria: no sé el tiempo que tardaré en volver; pero esté usted segura que volveré a buscar ese libro." Y así fué; volvió y nos casamos.

—Qué raro—comenté.

—Luego, después de casarse conmigo me dijo que lo había hecho porque le habían predicho que el hombre que libertase a Polonia tenía que nacer de madre española.

¿Y tuvieron ustedes hijos?

—No, señor: cuatro hijas. Y como desde que nos casamos hicimos una vida errante, cada una nació en una parte del mundo. ¡Ah!, pero lo gracioso es que, como los españoles tenemos tan mala fama, la familia de mi marido se quedó aterrada al saber que el mayorazgo se unía a una española. Y, no obstante, cuando llegué al señorío de ellos, fuí acogida con un cariño que no se ha desmentido en treinta años.

—¿Cuál fué la emoción más tangible que experimentó usted la primera época de su vivir en Polonia?

—De aislamiento, de soledad.

—¿Hablaba su marido el español?

—En mi casa todos hablan el español: hasta una de las criadas, que me llevé conmigo. Ponga usted en esa interviú que yo he pasado por todas las penas y todas las alegrías que se pueden pasar. Yo borré mi personalidad en España y me acogí a la de mi marido en Polonia. Es decir, que allí nadie me conoce por Sofía Casanova: ni como escritora, ni como nada personal: únicamente soy la esposa de Lutoslawoski. Yo cambié toda la libertad que tenía aquí por la opresión de un país perseguido. Y... me dediqué únicamente a la educación de mis hijas; durante diez y seis años no he cogido la pluma, porque considero que todas las glorias imaginables no nos compensan del placer de cumplir con la obligación de ser buenas madres. No volví a escribir hasta que fuí abuela. Es decir, resucité en 1918.

—¿Tiene usted muchos libros publicados?

—Bastantes, bastantes. Me parece que doce.

—¿Cuál fué el que tuvo mejor acogida?

—*Más que amor,* traducido a varios idiomas.

—¿Qué hace usted más a gusto; poesía o prosa?

—La poesía, porque canta dentro de mí, me aturde.

—Entonces, ¿escribirá usted con mucha facilidad?

—No; pero sí con emoción.

—¿Dónde la sorprendió a usted la guerra?

Hizo un gesto de dolor:

—En Polonia: en mi señorío. Yo asistí a la movilización, y cuando ya iban las tropas hacia la Prusia oriental yo salí de mi señorío llevando conmigo a mis nietecitos, intentando salvarlos del peligro de los campos en fuego.

—Pero su señorío estaba situado...

No me dejó terminar.

—En las planicies del Vístula: en el escenario de la guerra. Quedó arrasado. Yo me reuní con mis hijos en Varsovia, y luego me puse el hábito de caridad con la cruz roja, y entré en los hospitales. Yo entonces, todo el primer año de la guerra lo pasé en Polonia.

—¿Y su marido?

—No había salido de Francia: estaba haciendo la campaña antigermana.

—Cuénteme usted algún momento interesante.

—Interesante, ninguno. Horriblemente angustiosos, todos. ¡Qué horrible! Debimos enloquecer cuantos fuimos actores en esta tragedia. Una noche... Pero no querría entristecerlo a usted.

—Por Dios, señora—protesté,—es tristeza que ennoblece.

—Una noche—prosiguió,— después de una guardia de cuarenta y ocho horas en el hospital, al entrar en casa me telefonearon que volviera en seguida. Volví rendida, y me comisionaron, con tres mujeres y dos sanitarios, para que, en seguida, partiéramos para la línea de fuego a recoger 700 heridos. Noche de nieve; el tren que nos llevaba estaba compuesto por una locomotora y varios furgones. Marchaba lentamente, con las luces apagadas y deteniéndose a cada instante. Por el camino nos salían aldeanos y soldados al encuentro, diciéndonos que no siguiera el tren porque íbamos a ser cogidos por los alemanes. Y el tren continuaba hacia Skierniewice, que era el lugar en donde se estaba librando la batalla. Por el lado izquierdo aparecía todo el horizonte enrojecido por el intensísimo fuego que no cesaba ni un instante; por el lado derecho la Rusia blanca y silenciosa. Yo tuve mucho miedo: tenía la evidencia de que caminaba hacia la muerte. Entonces me puse a orar. Invité a las señoras que me acompañaban a que hicieran algún voto, alguna promesa a Dios si nos sacaba bien de nuestra empeño Las señoras se negaron a hacer ninguna promesa.

—¿Eran católicas?

—Sí; pero allí se practica la religión de otra manera. Yo hice la promesa de rezar todas las noches, a aquella hora, y durante toda mi vida, una salve a la Virgen del Perpetuo Socorro. Y por fin llegamos a Skierniewice. ¡Cómo estaba aquello, Dios mío! Heridos, muertos, terror. El jefe de la gendarmería se vino hacia mí gritando desesperadamente: "¿Qué hacemos aquí? Que nos saquen de aquí". Acomodamos los heridos—¡espantosos heridos!—, y yo, no sabiendo a cuál acudir. ¡Agua!—pedían todos desesperadamente.—Uno llevaba una herida en el vientre. Después de vendarlo bien me dijo: "Me sangra todavía". Yo, para contener la hemorragia, puse mi mano sobre la herida; sentí en mi mano esa impresión tremenda que produce la sangre caliente. Así hicimos el viaje de regreso.

—Este es el momento más espantoso que ha pasado usted durante la guerra.

—¡¡Oh!, no, señor. El momento más horrible, mejor dicho, los días más tremendos fueron al finalizar el año 1915, cuando la ola de hambrientos, de famélicos, de extenuados, no nos dejaban curar a los cuatro o cinco mil heridos que recibíamos a diario.

—Usted también pasó hambre.

—¡Ah!, ya lo creo; ¡muchísima! Mire usted el pan que comíamos.

Y me enseñó un pedazo de pan negro y amasado con paja.

—¡Es tremendo!

—También sufrimos la peste, y yo...

Vaciló un momento; después suspiró amargamente:

—Perdí a un nietecito, y dos cuñados míos fueron asesinados por los bolcheviques

—¿Y su fortuna?

—Estamos completamente arruinados.

—¿Cuánto poseían ustedes?

—Seis u ocho millones de rublos, y todo se destruyó. ¡Terrible!

En los ojos de la insigne escritora brillaban las lágrimas.

—¿Cree usted que está terminada la guerra?

—Según. Si los aliados no le dan a Polonia las fronteras que necesita, y la condenan a ser un vasallo de Alemania y Prusia, es todo inútil. La paz de Europa depende de Polonia. Polonia, con sus treinta y cinco millones de habitantes, si no se resuelve en justicia su pleito, no dejará que se consolide la paz.

—¿Y respecto al porvenir de Rusia?

—¡Oh! El porvenir de Rusia es la esfinge del mundo. Yo creo que Rusia caerá absolutamente bajo el dominio de Alemania.

—¿Qué opina usted de la actitud observada por España durante la guerra?

—Que la neutralidad de España ha sido una inspiración santa, un acierto infinito; nada puede compensar a un pueblo de los espantosos horrores que le acarrea una guerra tan despiadada, tan inhumana, tan desesperadísima como la pasada. La Historia juzgará esta guerra como un salvajismo impropio de la civilización de estos tiempos.

Hubo un silencio. Sofía Casanova, con su dulce gesto de mártil, esperaba nuevas preguntas, jugueteando con los impertinentes de concha. Su conversación, tan sencilla y tan amena, me había interesado profundamente.

—Es usted una mujer extraordinaria—exclamé, como si pensase en voz alta.

—Bah—desechó molesta.—Soy la única mujer española que vengo de aquellos lugares de desolación y muerte, en donde los hambrientos cavan sus fosas y en ellas se matan con sus mujeres e hijos.

—¿Piensa usted estar mucho tiempo entre nosotros?

—Mes y medio o dos meses. Dentro de unos días marcharé a mi Galicia, que me reclama de una manera conmovedora, y después... con mis hijos....

EL CABALLERO AUDAZ.

TRATAMIENTO DE LA CALVICIE

CASPA, CAIDA DE PELO, CURACION RADICAL DE LAS CANAS SIN TINTURA

R. BENGURIA B.

Moneda 875 - Santiago - Casilla 2426 - Teléfono Inglés Núm. 882

Unico procedimiento vegetal totalmente inofensivo. Los resultados se notan desde las primeras aplicaciones.

El ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA ataca toda afección del cuero cabelludo, exterminando la caspa y deteniendo inmediatamente la caída del pelo.

Para evitar falsificaciones e imitaciones, hago notar que el ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA tan sólo se vende en mi oficina:

SANTIAGO, Moneda, Núm. 875

Las consultas, pedidos, etc., atiendo por correspondencia.

UN CASO...

TAL VEZ COMO HAY MUCHOS

Por la mañana.—

¡Manolito, Manolito! ¿Qué día hace?

—Malo, señor.

—¿Llueve?

—A mares, señor.

—¿Qué hora tenemos?

—Las nueve, señor.

—¡Bien; arréglame el baño!

... ...

—¡Eh! ¿Quién va?

—Manolito, señor; el de siempre.

—¡Por los clavos de Cristo!

—Venía a decirle que ya está listo el baño.

—Bueno, pues báñate tú y no me interrumpas. Entorna las persianas y vete.

—Está bien, señor.

... ...

—¡Manolito, Manolito! ¿Cómo sigue el día?

—Lo mismo, señor.

¿Continúa el aguacero?

—Continúa.

—¿Y son?

—Las once dadas.

—¿Tan tarde?

—¡Tardísimo! ¿Quiere el señor que le prepare el baño?

—El señor quiere seguir durmiendo.

—¡A la orden!

... ...

—¡Pum, pum!...

—¿Quién es?

—Soy yo, Manolito, su criado.

—¿Y qué quiere mi criado Manolito?

—Saber si el señor va a tomar el almuerzo.

—Espera un poco.

—¿Pero es que el señorito no piensa en levantarse?

—¿Para qué? Yo estoy muy de mi grado en la cama. Que se levanten los obreros, si lo desean.

—El caso es...

—¿Qué?

—Que ya han sonado las dos de la tarde.

—¿Y el cielo?

—Pero...

—¡Basta!

Entre dos luces.—

—¡Manolito! ¡Irá de Dios! ¡Manolito!

—¡Mándeme!

¿Dónde diablos pusiste mis zapatos de frac?

—¡En la mesita de noche!

—¡Mientes!

—¡Señor!

—¡He dicho que mientes. Mira a ver si están en la sombrerera. ¡De prisa!

—¡No, señor.

¡Mecachis en mi suerte! ¡Por tu maldita calma voy a llegar tarde!

—¡Ajajá!

—¿Parecieron?

—Hélos aquí, señor.

—¿Y dónde estaban?

—En la graveta de su escritorio.

—¡Es verdad!

—El señorito se olvida.

—Bueno, enciende las luces; búscame una corbata blanca; sacude el polvo al frac; cepilla la chistera; prepárame un *cocktail;* sírveme cigarrillos turcos; recítame poesías de Verlaine mientras sostienes el retrato de mi amada; canta el "Vals brune" que oímos en "Tabarín", ¿te acuerdas?... ¡Volando, todo volando!

—¡Dios de los humildes, un rayo alevoso!

—¡Ah! Se me olvidaba. Márcate unos pasos de tango argentino.

—El señorito está de humor...

—Sí, Manolito; esta noche me juego el todo por el todo.

—¿Al tresillo?

—¡Gallegote! ¡Al amor, al amor sublime!

—¿Es que va usted a casarse?

—¿Pero te has olvidado de que hoy es el baile de la duquesa?

—¡Oh! Entonces el señor me permitirá que le repita esa su frase de fin de mes: La ronca tempestad de mis desdichas me pesca sin paraguas."

—¿Y eso a qué viene?

—Pues eso viene, como anillo al dedo, a demostrarle que ni para coche le puedo prestar.

—¡Nada de bromas!

—¡Es muy serio, señor. Los últimos cinco duros enviélos ayer a casa.

—Pues pide que te los devuelvan.

—¿Y qué le digo al sastre?

—Que se vea con el sombrerero.

—Es que...

—¡Silencio! ¡Vengan tus ahorros! ¡Mi abrigo, los guantes!... ¡Adiós!

A media noche.—

—¡Dos pares de ases!

—¡Escalera!

—¡Mozo, un pollo frío!
—Como me llamo Roberto, que no ligo una carta ni por casualidad.
—¡Paso!
—¡Y yo! ¿Qué hora tienen ustedes?
—Las dos y media.
—¡Por vida! Ya, ¿quién se presenta en el baile? Pero, Señor, ¿por qué seré tan idiota?

¡De madrugada!—

—¡Manolito!
—¿Qué?
¡Tírame la llave, que se ha perdido el sereno!
—¿Dónde la hemos puesto, señor?
—¡Y yo qué se! ¿Hay éter?
—Sí.
—Date prisa Manolito.

Mientras se duerme.—

—Llegar a tiempo a todas partes, Hé aquí el gran secreto. Sonreír acordes la Aurora y yo. Amar la vida y cruzar, a través de su camino, del brazo tuyo, voluntad, divina voluntad, suspirada voluntad. Esta noche ha venido a mí una señora muy bien vestida, aunque muy fea. Me ha dicho su nombre. Es doña Reflexión. Después de tratada, no es tan fea como a primera vista parece; es mucho más fea aún, pero mucho más simpática. Sobre todo, ella me ha dado una clave para hacer un bonito papel en la mundana tragicomedia. Con mis propios ojos he visto el turbio final que esperaba a mi desorden, y tanto me he impresionado y me he conmovido tanto, que, agarrando con furia a esa dama piadosa, no he querido soltarla... ¡Y ya es mía, por fin!... ¡Y ya la tengo!

Al día siguiente.—

—¡Manolito! ¡Manolito! ¿Qué día hace?
Malo, señor.
—¿Llueve?
—A mares, señor.
—¿Qué hora tenemos?
—Las once, señor.
—Pues entorna las persianas y vete.
—Está bien, señor.

E. MORALES DE ACEVEDO.

⚜ ⚜

—Pero, ¿cómo? ¿Durmiendo durante las horas de trabajo?
—¡Perdóneme usted! Mi pequeñín no me ha dejado pegar un ojo en toda la noche.
—¿Ah, sí? ¡Pues me da usted una idea! Tráigalo mañana a la oficina, que me hará un gran servicio.

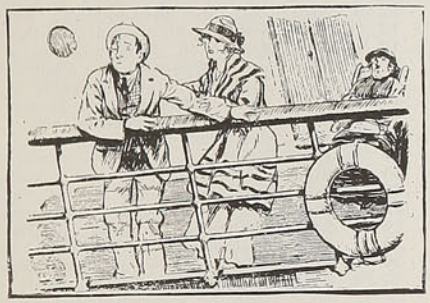
—¡Qué crueldad! ¿Por qué arrancas las alas a esa mariposa?
—Para hacerla pasar de la aviación a la infantería.

—Para la próxima guerra tendremos más experiencia.

Ella (que ha encontrado su "media naranja" merced a la intervención de una agencia matrimonial). — ¡Y bien! Vamos ¿qué piensa usted de mi ahora que me conoce?

—¿Pero qué hace con tanto mirarme la cabeza?
—¡Ah! pienso en las regiones devastadas!

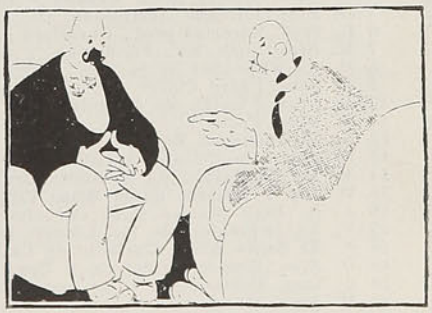
—¡Valiente fanfarrón! Pues no necesita una paja para tomar su aperitivo.



Ella.—¿Quieres tomar algo, querido?
El.—Nó. Ya me conformaré con no devolver lo que he tomado.

—¡Ah, doctor! ¡Cuente Ud. con mi eterna gratitud! No sé lo que le debo... la vida de un hombre...
—Para usted son veinte francos.

El "film" trágico.—Da pena verle a usted sufrir... ¿Ha perdido usted a toda su familia?
—No lo sé todavía, porque aún no hemos pasado del tercer episodio. ¡ndulto!



PARADOJICO

—¿Usted es partidario de la "guillotina?
—¡Sí, señor; de la "guillotina" y del

ENERO

1 J. **La Circuncisión del Señor.** S. Magno mr.
2 V. Octava de S. Esteban prot., S. Marcelino mr.
3 S. Oct. de S. Juan, S. Daniel mr. y Genoveva vg.
4 D. **Sto. Nombre de Jesús.** Stos. Aquilino y Eugenio.
5 L. S. Telésforo papa y mr.
6 M. **La Epifanía del Señor.** Stos. Melchor, Gaspar y Baltazar reyes y mrs.
7 M. Stos. Luciano y Crispín.
8 J. Stos. Teófilo y Eladio mrs., Apolinario ob.
9 V. Stos. Julián, Fortunato y Segundo mrs.
10 S. Stos. Agatón y Nicanor diác. y Marciano presb.
11 D. Stos. Higinio, Alejandro y Salvio.
12 L. Stos. Arcadio, Modesto y Taciano mrs.
13 M. Stos. Gumecindo y Leoncio ob.
14 M. Stos. Hilario ob. y doc., Dacio y Eufrasio obs.
15 J. Stos. Pablo primer ermit. y mr. y Berardo mr.
16 V. Stos. Marcelo papa y mr. y Otón mr.
17 S. Stos. Antonio ab., Sulpicio ob. y Leonila v. y m.
18 D. La Cátedra de S. Pedro en Roma.
19 L. Stos. Canuto rey y mr., Ponciano y Mario mrs.
20 M. Stos. Fabián y Sebastián mrs. y Mauro ob.
21 M. Sta. Inés vg. y mr. y S. Patroclo mr.
22 J. Stos. Vicente, Anastasio y Víctor mrs.
23 V. **Los desposorios de la Sma. Virgen.** S. Ildefonso.
24 S. Stos. Timoteo ob., Tirso y Feliciano mrs.
25 D. Stos. Ananías y Marina.
26 L. Stos. Policarpo y Teógenes obs. y mrs. y Pabla.
27 M. Stos. Juan Crisóstomo ob. y doc. y Julián.
28 M. Stos. Flaviano, Tirso y Calínico mrs. y Jaime.
29 J. S. Francisco de Sales ob. y doc.
30 V. Sta. Martina y Stos. Hipólito mr. y Matías ob.
31 S. Stos. Pedro Nolasco y Julio, Tarciso mr.

FEBRERO

1 D. Stos. Ignacio y Severo obs.
2 L. La Purificación de la Sma. Virgen, S. Cándi
3 M. Stos. Blas ob. y mr., Oscar ob., Celerino di
4 M. Stos. Andrés Corsino ob., Eustiquio mr.
5 J. Sta. Agueda vg. y mr., S. Isidoro mr.,
6 V. Stos. Felipe de Jesús mr., Tito ob., Dorotea
7 S. Stos. Romualdo ob., Teodoro mr., Moisés ob.
8 D. Stos. Juan de Matta cf., Lucio y Ciriaco m
9 L. Stos. Cirilo de Alejandría ob. y doc., Prime
10 M. Sta. Escolástica vg., Stos Irineo y Amancio m
11 M. Nuestra Señora de Lourdes.
12 J. Sta. Eulalia vg. y mr., Stos. Damián y Modes
13 V. Stos. Lucinio y Esteban obs., Benigno mr.
14 S. Stos. Valentín pbo. y mr., Vital y Zenón m
15 D. Stos. Faustino y Jovita mrs.
16 L. Stos. Onésimo ob. y mr., Porfirio y Samuel
17 M. Stos Faustino, Rómulo y Teodulo.
18 M. **Ceniza. Hoy empieza la Santa Cuaresma.**
19 J. Stos. Gavino, Publio y Marcelo mrs.
20 V. Stos. Nemesio y Eleuterio mrs. y León ob.
21 S. Stos. Saturnino, Secundino y Fortunato mrs
22 D. La Cátedra de San Pedro en Antioquía.
23 L. Stos. Pedro Damiano ob. y doc., Florencio c
24 M. Stos. Sinecio y Romano ob., Edelberto rey.
25 M. Stos. Matías ap. y Modesto.
26 J. Stos. Néstor y Andrés ob., Diódoro mr.
27 V. Stos. Basilio y Procopio cfs.
28 S. S. Baldomero cf.
29 D. Stos. Justo, Macario y Teófilo mrs. y Romá

MAYO

1 S. Stos. Felipe y Santiago el Menor apóstoles.
2 D. Stos. Atanasio ob. y doc. y Saturnino mr.
3 L. La Invención de la Santa Cruz.
4 M. Sta. Mónica v. y Stos. Paulino y Antonio mrs.
5 M. Stos. Pío V p., Eulogio ob. y la C. de S. Agustín.
6 J. Stos. Juan ante P. Latinam. y Eliodoro mr.
7 V. Stos. Estanislao ob. y mr., Flavio y Juvenal mrs.
8 S. La Aparición de S. Miguel Arcángel.
9 D. Stos. Gregorio de Nacianzo ob. y doc.
10 L. Stos. Antonio arz., Job prof. y Giordano mr.
11 M. Stos. Mamerto ob., Florencio mr. y Gualterio ob.
12 M. Stos. Nereo y Aquileo mrs.
13 J. **Ascensión del Señor.** S. Pedro Regalado cf.
14 V. Stos. Bonifacio, Justo, Justina y Henedina mrs.
15 S. S. Isidro Labrador.
16 D. Stos. Juan Nepomuceno protomr. del sigilo de la Confesión, Aquilino y Victoriano mrs.
17 L. Stos. Pascual Bailón cf. y Víctor mr.
18 M. Stos. Venancio y Dióscoro mrs.
19 M. Stos. Pedro Celestino p. y cf., Filotero mr.
20 J. Stos. Bernardino de Sena cf., Baudilio mr.
21 V. Stos. Secundino, Sinesio, Polio y Eutiquio mrs.
22 S. Stos. Casto y Emilio mrs., Quiteria vg. y mr.
23 D. **Pentecostés.** La Aparición del Apóstol Santiago.
24 L. **María Auxiliadora.** Stos. Robustiano y Susana.
25 M. Stos. Gregorio VII y Urbano I papas.
26 M. Stos. Felipe de Neri cf., Eleuterio p. y mr.
27 J. Stos. Beda el Venerable cf. y doc., Juan I p.
28 V. Stos. Agustín de Cantorbery, Justo, Germán obs.
29 S. **Nuestra Señora de la Luz.** S. Restituto mr.
30 D. **La Sma. Trinidad** S. Fernando rey.
31 L. Sta. Angela de Mérici.

JUNIO

1 M. Stos. Juvencio, Firmo y Próculo mrs.
2 M. Stos. Marcelino y Erasmo mrs.
3 J. **Corpus Cristi.** Stos. Isaac mr., Cecilio pbo.
4 V. Stos. Francisco de Caraciolo cf., Optato mr.
5 S. Stos. Bonifacio ob. y mr., Nicanor, Valeria m
6 D. Stos. Norberto ob., Asterio, Cándido mrs.
7 L. Stos. Pablo ob. y mr. y Sabiniano mr.
8 M. Stos. Medardo y Severino obs., Salustiano
9 M. Stos. Vicente y Feliciano mrs., Ricardo ob.
10 J. Stos. Primitivo y Getulo mrs. y Asterio ob.
11 V. Stos. Bernabé ap., Félix y Fortunato mrs.
12 S. Stos. Juan de Sahagún cf., Basílides mr.
13 D. Stos. Antonio de Padua cf., Fortunato mr.
14 L. Stos. Basilio ob. y doc., Eliseo prof., Rufino
15 M. Stos. Vito, Modesto y Crescencia mrs.
16 M. Stos. Juan Francisco de Regis cf., Aureliano
17 J. Stos. Ismael, Inocencio e Isauro mrs.
18 V. Stos. Marco y Marcelino mrs.
19 S. Stos. Gervasio y Protasio mrs.
20 D. Stos. Silverio p. y mr., Macario ob. y Novato
21 L. Stos. Luis de Gonzaga cf., Rufino mr.
22 M. Stos. Paulino y Juan obs. y Consorcia vg.
23 M. Stos. Juan y Félix mrs. y Agripina vg. y m
24 J. **La Natividad de S. Juan Bautista.**
25 V. Stos. Guillermo ab., Próspero ob. y Adalber
26 S. Stos. Juan y Pablo, Pelayo, Salvia y Super
27 D. Stos. Crescente ob. y mr., Zoilo mr y Ladisl
28 L. Stos. León II p., Benigno e Irineo obs. y m
29 M. Stos. **Pedro y Pablo** apóstoles y Marcelino
30 M. La Conmemoración de S. Pablo ap.

SEPTIEMBRE

1 M. Stos. Egidio ab., Lupo ob., Josué prof.
2 J. Stos. Antonino mr., Elpidio ob y Esteban rey.
3 V. Stos. Sandalio, Eugenia y Dorotea mrs.
4 S. Stos. Moisés prof., Rosalía y Rosa de V. vgs.
5 D. Stos. Lorenzo Justiniano ob. y Bertino ab.
6 L. Stos. Zacarías prof., Onesífero ab. y Abdalia vg.
7 M. Stos. Juan Mv., Pánfilo ob. y Regina vg. y mr.
8 M. La Natividad de la Sma. Virgen. S. Adrián mr.
9 J. Stos. Pedro Claver cf., Gorgonio y Doroteo mrs.
10 V. Stos. Nicolás de Tolentino cf., Nemesiano.
11 S. Stos. Proto y Jacinto mrs., Paciente ob.
12 D. **El dulcísimo Nombre de María.** S. Juvencio ob.
13 L. Stos. Macrobio y Ligorio mrs., y Eulogio ob.
14 M. **La Exaltación de la Santa Cruz.**
15 M. **Los 7 Dolores de la Sma. Virgen María.**
16 J. B. Juan Masías y S. Cornelio p.
17 V. La impresión de las Llagas de S. Francisco.
18 S. **El Santo Angel Custodio de Chile.**
19 D. Stos. Genaro, Desiderio y Constanza mrs.
20 L. Stos. Eustaquio y cmps. mrs., Cándida v. y mr.
21 M. Stos. Mateo ap. y evang., Jonás prof.
22 M. Stos. Tomás de Villanueva arz., Mauricio mr.
23 J. Stos. Lino p. y mr. y Tecla vg. y mr.
24 V. **Nuestra Señora de las Mercedes.**
25 S. Stos. Rufino y Eugenio mrs., Aurelia vg.
26 D. Stos. Cipriano mr., Nilo ab., Vigil ob.
27 L. Stos. Cosme y Damián, Terencio y Juan mrs.
28 M. Stos. Wenceslao mr. y el B. Simón de Rojos cf.
29 M. S. Miguel Arcángel y Stos. Plauto y Gaudelia.
30 J. Stos. Jerónimo cf. y doc., Honorio ob.

OCTUBRE

1 V. Stos. Remigio ob., Severo pbo., Aretas mr
2 S. **Los Stos. Angeles Custodios.** S. Gesino mr
3 D. Stos. Cándido mr., Gerardo ab.
4 L. Stos. Francisco de Asís cf., Petronio ob.
5 M. Stos. Plácido y Palmacio mr., Froilán ob.
6 M. Stos. Bruno cf., Marcelo, Casto, Emilio mrs
7 J. **Nuestra Señora del Rosario.** S. Marcos p.
8 V. Stos. Demetrio y Artemón mrs., Brígida vd.
9 S. Stos. Luis Beltrán, Dionisio, Rústico mrs.
10 D. Stos. Francisco de Borja cf., Casio mr.
11 L. Stos. Andrónico y Nicasio mrs., Germán ob
12 M. **Nuestra Señora del Pilar.** S. Serafín cf.
13 M. Stos. Eduardo rey, Angel y Hugolino mrs.
14 J. Stos. Calixto p. y mr., Gaudencio ob. y mr.
15 V. Sta. Teresa de Jesús vg. S. Antioco ob.
16 S. Stos. Martiniano y Saturnino mrs. y Gale
17 D. Stos. Víctor y Mariano mrs., Eduvigis vd.
18 L. Stos. Lúcas evang., Justo mr., Atenedoro
19 M. Stos. Pedro de Alcántara cf., Varo mr.
20 M. Stos. Juan Cancio cf., Artemio mr.
21 J. Stos. Hilarión ab., Esterio pbo. y mr.
22 V. Stos. Melanio y Verecundo obs., Salomé v
23 S. Stos. Servando y Germán mrs. Pedro Pas
24 D. Stos. Rafael Arcángel y Maglorio ob.
25 L. Stos. Marco, Gravino, Proto, Crispín mrs.
26 M. Stos. Evaristo p., Luciano y Rogaciano m
27 M. Stos. Vicente, Sabina y Capitolina mrs.
28 J. Stos. Simón y Judas Tadeo aps.
29 V. Stos. Narciso ob. y mr., Zenobio pbo. y m
30 S. Stos. Marcelino, Claudio, Lupercio mrs.
31 D. Stos. Nemesio y Lucila mrs., Antonino ob.

RUZ BLANCA"-1920

MARZO

L. S. Rudecindo ob.
M. Stos. Simplicio, Heraclio, Absalón y Genaro mrs.
M. Stos. Emeterio, Celedonio y Marino.
J. Stos. Casimiro cf., Lucio mr., Eugenio ob.
V. Stos. Focas, Adriano y Eusebio palatino.
S. Stos. Víctor y Victorino mrs., Olegario ob.
D. Sto. Tomás de Aquino cf. y doc.
L. S. Juan de Dios cf.
M. Sta. Francisca Romana viuda y S. Casiano.
M. Stos. Alejandro, Crecente y Dionisio mrs.
J. Stos. Heraclio y Zócimo mr., Sofronio ob.
V. Stos. Gregorio Magno p. y doc., Pedro mr.
S. Stos. Leandro y Patricio, Modesta y Cristina.
D. Sta. Florentina vg. y mr., Matilde reina y León.
L. Stos. Raimundo ab., Longino y Aristóbulo mrs.
M. Stos. Agapito y Heriberto obs., Abraham ermit.
M. Stos. Patricio ob., Alejandro y Teodoro mrs.
J. S. Gabriel Arcángel.
V. **Conmemoración solemne de San José.**
S. Stos. Eugenio, Alejandra, Claudia, Eufemia mrs.
D. Stos. Benito ab. y Serapio anacoreta.
L. Stos. Saturnino, Basilio y Octavia mrs.
M. Stos. Fidel y Félix mrs. y Victoriano procónsul.
M. Stos. Timoteo, Rómulo y Dionisio mrs.
J. Stos. Irineo y Quirino.
V. **Los Dolores de la Stma. Virgen.** S. Teodosio.
S. Stos. Juan Damasceno cf. y doc., Ruperto ob.
D. **De Ramos.** S. Juan de Capistrano cf.
L. **Santo.** Stos. Pastor, Cirilo y Segundo mrs.
M. **Santo.** S. Zócimo ob.
M. **Santo.** Stos. Benjamín y Cornelia mrs.

ABRIL

1 J. **Santo.** Stos. Venancio y Teodora mrs. y Hugo ob.
2 V. **Santo.** Stos. Francisco de Paula cf., Urbano ob.
3 S. **Santo.** Stos. Pancracio y Benigno mrs.
4 D. **Pascua de Resurrección.** S. Isidoro arzob. y doc.
5 L. Stos. Vicente Ferrer cf., Zenón mr. e Irene.
6 M. Stos. Sixto I p. y mr., Timoteo y Diógenes mrs.
7 M. Stos. Epifanio, Donato y Rufino mrs.
8 J. Stos. Genaro mr., Dionisio ob. y Máxima mr.
9 V. Stos. Demetrio e Hilario cfs. y mrs.
10 S. S. Exequiel prof.
11 D. **Cuasimodo.** S. León Magno p. y doc.
12 L. Stos. Víctor mr., Damián y Constantino obs.
13 M. Stos. Hermenegildo rey y mr., Carpo y Papino.
14 M. Stos. Justino filós. y mr. y Tiburcio mr.
15 J. Stos. Victorino, Crescente y Basilisa mrs.
16 V. Stos. Toribio de Liébana ob. y Lupercio mr.
17 S. Stos. Aniceto p. y mr. y Leoncio ob.
18 D. **El Buen Pastor.** Stos. Eleuterio y Galdino obs.
19 L. Stos. Timón, Vicente, Hermógenes y Cayo mrs.
20 M. Stos. Sulpicio, Serviliano y Severiano mrs.
21 M. Stos. Anselmo ob. y doc. y Fortunato mr.
22 J. Stos. Sótero y Cayo mrs., Apeles y Lucio cfs.
23 V. Stos. Jorge mr., Adalberto y Gerardo obs.
24 S. Stos. Fidel de Simaringa mr. y Honorio ob.
25 D. Stos. Marcos Evangelista y Esteban ob. y mr.
26 L. Stos. Cleto y Marcelino p. y mr.
27 M. Sto. Toribio de Mogrovejo, arzob. de Lima.
28 M. S. Pablo de la Cruz cf. y fund.
29 J. Stos. Pedro mr., Paulino ob. y Roberto ab.
30 V. Stos. Severo y Donato obs., Catalina de Sena vg.

JULIO

J. **La Preciosa Sangre de N. S. J.** S. Aarón mr.
V. **La Visitación de la Sma. Virgen María.**
S. Stos. Trifón, Eulogio y Oreste mrs.
D. Stos. Oseas y Ageo profs., Laureano arzob.
L. Stos. Antonio María Zacarías y Cirila mr.
M. Stos. Isaías prof., Tranquilino mr.
M. Stos. Fermín ob. y mr., Claudio y Sinforiano.
J. Stos. Procopio mr., Auspicio ob.
V. Stos. Zenón mr., Cirilo ob.
S. Sta. Felícitas e hijos mrs., Segunda y Rufina.
D. Stos. Pío I p. y mr., Abundio y Marciano mrs.
L. Stos. Juan Gualberto ob., Nabor, Félix mrs.
M. Stos. Anacleto p. y mr., Joel y Esdras prfs.
M. Stos. Buenaventura ob. y doc., Ciro ob.
J. Stos. Enrique cf., B. Ignacio de Acevedo y comprs. mrs.
V. **Nuestra Señora del Carmen.**
S. Stos. Alejo cf., Generoso y Jacinto mrs.
D. Stos. Camilo de Lelis cf.
L. Stos. Vicente de Paul cf., Justa y Rufina.
M. Stos. Jerónimo Emiliano cf., Elías prof.
M. Stos. Daniel prof., Víctor mr., Praxedes vg
J. Stos. Platón mr., Teófilo y Menelao cfs.
V. Stos. Apolinario ob y mr., Liborio ob.
S. Stos. Francisco Solano cf. y Cristina vg. y mr.
D. **El Apóstol Santiago,** Patrono de la ciudad.
L. Sta. Ana, Madre de la Stma. Virgen.
M. Stos. Pantaleón, méd. y mr., Eterio ob.
M. Stos. Nazario, Celso y Víctor mrs. y Sansón ob.
J. Stos. Félix II p. y mr., Marta vg.
V. Stos. Abdón y Senén mrs., Donatila mr.
S. Stos. Ignacio de Loyola cf. y fund., Fabio mr.

AGOSTO

1 D. Stos. Pedro ad-Víncula y los Macabeos mrs.
2 L. S. Alfonso María de Ligorio ob. y doc.
3 M. Stos. Hermelo mr., Eufronio ob., Lidia.
4 M. Stos. Domingo de G. cf. y fund.
5 J. Nuestra Señora de las Nieves. S. Osvaldo rey.
6 V. **La Transfiguración de N. Señor Jesucristo.**
7 S. Stos. Cayetano cf., Donato ob. y mr.
8 D. Stos. Ciriaco, Largo y Esmaragdo mrs.
9 L. Stos. Justo y Pastor mrs., Domiciano ob.
10 M. Stos. Lorenzo mr., Pabla y Asteria vgs. y mrs.
11 M. Stos. Alejandro, Tiburcio, Rufino y Susana mrs.
12 J. Sta. Clara vg. Stos. Herculano ob. e Hilaria mr.
13 V. Stos. Hipólito, Casiano y Elena mrs.
14 S. Stos. Marcelo ob. y Eusebio cf.
15 D **La Asunción de la Sma. Virgen.** S. Tarsicio mr.
16 L. **S. Joaquín, padre de la Sma. Virgen María,** cf.
17 M. Stos. Jacinto, Felipe, Estratón, Eustiquiano mrs.
18 M. Stos. Emigdio ob. y mr., Agapito mr.
19 J. Stos. Luis de Tolosa ob., Julio mr., Magno ob.
20 V. Stos. Bernardo ob y doc., Filiberto cf.
21 S. Sta. Juana Francisca de Chantal viuda.
22 D. Stos. Timoteo, Sinforiano, Marcial y Mauro mrs.
23 L. Stos. Felipe Benicio cf., Traqueo, Sidonio obs.
24 M. Stos. Bartolomé apóst., Tolomeo ob. y Aurea vg.
25 M. Stos. Luis rey de Francia, Ginés mr.
26 J. Stos. Ceferino p. y mr., Rufino ob.
27 V. Stos. José de Calazans cf. y fund., Cesareo ob.
28 S. Stos. Agustín ob y doc., Bibiano ob.
29 D. La Degollación de S. Juan Bautista.
30 L. **Santa Rosa de Lima,** Patrona de América.
31 M. Stos. Ramón Nonato y Arístides cfs.

NOVIEMBRE

L. **Todos los Santos.**
M. **La Conmemoración de todos los fieles difuntos.**
M. Beato Martín de Porras. S. Humberto ob.
J. Stos. Carlos Borromeo ob., Vital, Porfirio mrs.
V. Stos. Filoteo y Silviano mrs.
S. Stos. Félix y Severo mrs., Leonardo cf.
D. Stos. Herculano ob. y mr., Engelberto ob.
L. Stos. Sinforiano mr., Adeodato p.
M. Stos. Teodoro y Orestes mrs.
M. Stos. Andrés Avelino cf., Trifón mr.
J. Stos. Martín ob., Menas y Atenodoro mrs.
V. Stos. Martín I p. y mr., Aurelio y Publio obs.
S. Stos. Estanislao de Kostka y Diego cfs.
D. Stos. Josafat y Venerando mrs.
L. Stos. Eugenio ob. y mr., Leopoldo cf.
M. Stos. Edmundo arz., Elpidio y Eustaquio mrs.
M. Stos. Gregorio Taumaturgo ob., Acisclo mr.
J. Stos. Román y Hesiquio mrs. y Odón ab.
V. Stos. Ponciano p. y mr., Isabel rna. de Hungría.
S. Stos. Félix de Valois cf., Cayo y Octavio mrs.
D. **La Presentación de la Sma. Virgen.**
L. Sta. Cecilia vg. y mr., S. Filemón mr.
M. Stos. Clemente I p. y mr., Sisinio mr.
M. Stos. Juan de la Cruz cf., Crisógono, Fermina y Flora mrs.
J. Stos. Erasmo y Catalina de Alejandría v. y mr.
V. Stos. Silvestre ab., Pedro de Alejandría o. y mr.
S. Stos. Facundo y Primitivo mrs. y Virgilio ab.
D. Stos. Gregorio III p., Rufino y Mansueto mrs.
L. Stos. Saturnino y Filomeno mrs.
M. Stos. Andrés ap., Cástulo mr.

DICIEMBRE

1 M. Stos. Nahun prof., Diodoro y Mariana mrs.
2 J. Stos. Lupo y Silvano obs., Silvania vg. y mr.
3 V. Stos. Francisco Javier cf., Sofonías prof.
4 S. S. Pedro Crisólogo ob. y doc.
5 D. Stos. Sabas ab., Dalmacio ob. y mr.
6 L. Stos. Nicolás ob., Emiliano, Bonifacio mrs.
7 M. Stos. Ambrosio ob. y doc., Urbano ob.
8 M. **La Inmaculada Concepción de la Sma. Virgen.**
9 J. Stos. Restituto ob. y mr., Leocadia vg. y mr.
10 V. **Nuestra Señora de Loreto.** S. Melquíades.
11 S. Stos. Dámaso p. y Cabino ob.
12 D. **Nuestra Señora de Guadalupe.** S. Sinesio mr.
13 L. Stos. Eugenio mr., Lucía vg. y mr.
14 M. Stos. Arsenio y Dióscoro mrs.
15 M. Stos. Faustino, Celiano, Fortunato mrs.
16 D. Stos. Nemesio, Ciriaco y David mrs.
17 V. Stos. Florián y Calanico mrs. y Lázaro ob.
18 S. S. Quinto ob.
19 D. Stos. Neesio, Ciriaco y David mrs.
20 L. Stos. Domingo de Silos ab., Liberato mr.
21 M. Stos. Tomás ap., Temístocles y Gliserio mrs.
22 M. Stos. Flaviano cf., Demetrio, Honorato mrs.
23 J. Stos. Nicolás Factor cf., Migdonio mr.
24 V. Stos. Delfín ob., Tarsila e Irminia vg. y mr.
25 S. **La Natividad de Nuestro Señor.**
26 D. Stos. Esteban prot. mr., Marino mr.
27 L. Stos. Juan apóst. y evang., Teodoro cf.
28 M. Los Santos Inocentes. S. Domiciano mr.
29 M. Sto. Tomás de Cantorbery ob. y mr.,
30 J. La Translación de las Reliquias del A. Santiago.
31 V. Stos. Silvestre p., Rústica e Hilaria mrs.

REFRANES

Un ciego no puede ser juez de colores.

Cuando el gato está en los tejados, el ratón anda suelto por las casas.

La fama perdura más que la vida.

La esperanza consuela al perseguido.

La borrachera es hermana del robo.

Aprender es el deseo constante del sabio.

Si no tienes dinero, carecerás de amigos.

El hambriento tiene siempre mal humor.

Mira lo que tienes delante de tí antes de dar un paso.

Ningún hombre, por sabio que haya sido y que sea, lo es en todos los tiempos y en todas las ocasiones.

Las mujers ansían todo lo que es caro.

El fin de una fiesta es siempre mejor que el comienzo de una orgía.

¿A dónde vas, mal? A dónde más hay.

El que antes nace, antes pace.

Sangrarle y purgarle, si se muriese enterrarle.

Al villano darle el pie y se tomará la mano.

Ni los ojos a las cartas ni las manos a las arcas.

Más vale mal ajuste que buen pleito.

Remienda tu paño y pasarás tu año.

En el mejor paño cae una mancha.

La desgracia es el crisol de la amistad.

La soberbia siempre supone ignorancia.

Temer lo que absolutamente no se puede evitar, supone falta de reflexión.

Así como la esperanza es la medicina que alivia la miseria, la muerte es el médico que cura la pobreza.

Quien al cielo escupe en la cara le cae.

HOY

depende Ud. de los Neumáticos para una satisfactoria excursión.

MAÑANA

dependerá sólo de la eficacia de su auto, si lo equipa con los

Célebres Neumáticos

Kelly Springfield

de absoluta confianza y seguridad contra accidentes, patinajes y cortes del camino.

DEPARTAMENTO DE AUTOMOVILES
CATEDRAL 1037

Gibbs & Co.

Santiago - Valparaíso - Concepción

El chino Kan Chio Kan fué siempre el chino más infeliz del globo terrestre, pues jamás pudo hacer salir un solo cabello en su magnífica pelada, a pesar de haber usado infinidad de específicos contra la calvicie; por este motivo dudaba de todos los específicos habidos y por haber.

Pero un día sugesto se tornó amable al descubrir un nombre de específico,

que para su pobre pelada era toda una agradable promesa. (BENGURIA).

Y... poco a poco según fueron transcurriendo los días, comprendió en la práctica que sus esperanzas no habían sido infundadas, pues vió realizarse su sueño dorado al notar el crecimiento de su cabello.

Hoy el chino Kan Chio Kan es completamente feliz, y también un ferviente admirador y propagador del específico BENGURIA. Ciertamente que de chino no le queda más que el nombre pues su hermosa cabellera y su preciosa barba le dan el aspecto de un perfecto elegante parisién.

BENGURIA contra la calvicie y canicie.

MONEDA, 875 — SANTIAGO — CASILLA 2426

Agencia en Valparaiso: M. SILVA W., Blanco, 939—VALPARAISO—Casilla 88.

1920

Para celebrar el Año Nuevo la

Botelleria Moderna

de GUILLERMO ZERBI

Monjitas Núm. 867 – Teléfono Inglés Núm. 2321

Ofrece su inmenso surtido de licores y vinos importados y del país, jarabes, aguas minerales a precios sin competencia.

SERVICIO A DOMICILIO DESDE UNA BOTELLA

VIDRIERIA ITALIANA

ESTADO, 149

Casilla Núm. 358 - Teléfono 1160, 1160-A, 1160-B

Esteban Dell'Orto

Venta y colocación de todas clases de vidrios por Mayor y Menor. Fábrica de Espejos. Se biselan cristales de todas formas, se hacen vitraux en plomo y en bronce. Molduras Importadas. Marcos de Madera y de Bronce. Espejos y Cuadros con y sin marcos. Papel Glacier. Cuadros Religiosos. Se atienden todos pedidos de Provincias. Consulten Precios en esta casa, la más acreditada en su ramo. Realización de Marcos hechos :: :: :: :: ::

CASA HARDY

Huérfanos esquina Ahumada

SANTIAGO

Teléfono Inglés Núm. 400 — Casilla 7

CASA ESPECIALISTA EN ARTICULOS DE:

PLAQUE FINO
CUCHILLERIA FINA
CRISTALERIA TALLADA
ARTICULOS DE CUERO
ARTICULOS DE FANTASIA
PERFUMERIA IMPORTADA, ETC. ETC.

SEÑORA:

Si es Ud. elegante, no debe ignorar que las mejores creaciones en VESTIDOS y SOMBREROS de las más afamadas casas de París, las traerá el señor Zerbi, que debe llegar en FEBRERO próximo de Europa.

CASA ZERBI

PASAJE BALMACEDA Núm. 23

SASTRERIA RETAMALES

Suprema elegancia en Casimires de Verano de Alta Novedad. Corte de irreprochable y refinado gusto

PRECIOS MODICOS

SAN ANTONIO Núm. 340. SANTIAGO

"Mueblería París"

Ofrecemos un lindo surtido de Dormitorios, Comedores, Salones y Escritorios con un 20 por ciento de rebaja.

Hemos recibido también últimamente un variado surtido en Alfombras y Catres en diversos estilos.

Alameda, numero 1141

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

AÑO II NUM. 18

SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO DE 1920.

Será para Ud. de mucho provecho una visita a nuestra sección especial

En este departamento ofrecemos la variedad más completa en artículos para el hogar, entre los que se destaca nuestro inmejorable surtido de LINOLEUMS INCRUSTADOS en los más bellos diseños para todos los usos.

Una completa colección de ALFOMBRAS INGLESAS DE UNA PIEZA que se distinguen por su perfecto acabado y variado surtido.

CATRES DE BRONCE IMPORTADOS de una plaza y plaza y media.

COCHES PARA GUAGUA diferentes estilos, con caja y toldo de junco, y plegables de dos y cuatro ruedas.

Un extenso surtido de artículos de menaje: plaqués de las mejores manufacturas, servicios de mesa en PORCELANA DE LIMOGES, CRISTALES DE BACCARAT, cubiertos y cuchillería de las más reputadas marcas inglesas y una gran variedad de artículos de cocina.

MORRISON Y CIA.

Ahumada, 65-77 Casilla 212

SANTIAGO

CASA WEIL

JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

PIDA COMUNICACION CON
TELEFONO INGLES
2132
BOTICA FRANCIA
Importa todo artículo de Farmacia. Tan pronto como un nuevo remedio serio ve la luz en cualquier parte del mundo, lo recibimos. El cuerpo médico lo sabe; es por esto que al recetar un medicamento nuevo, el Doctor indica siempre que es en nuestra Casa donde hay probabilidad de encontrarlo. También nuestra clientela lo sabe, y sabe, además, que aunque se trate de novedades que únicamente tenemos nosotros, no por eso abusamos y que nuestros precios son reducidos.
PEDIDOS AL INTERIOR
Por carta o telégrafo atendemos rápidamente todos los que se nos hagan.
"BOTICA FRANCIA"
Estado 154—Teléfono Inglés 2132—
Casilla 2105
SANTIAGO
JEP

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
„ Nacional 520

Otero

SANTIAGO — Agustinas 923
PARIS — 3 Cité D'Hauteville 3
VALPARAISO — Condell 330

PUELLA MEA

Muchachita mía,
gloría y ufanía
de mi atardecer,
¡yo sólo tenía
la santa alegría
de mi poesía
y de tu querer!
¿Por qué te partiste?

¿por qué te me fuiste?
mira que estoy triste,
triste, triste, triste,
con tristeza tal,
que mi cara mustia
deja ver mi angustia,
como si fuera de cristal...
Muchachita mía,

¡qué sola, qué fría
te fuiste aquel día!
¿En qué estrella estás?
¿En qué espacio vuelas,
en qué mar rielas?
cuándo volverás?
...—¡Nunca, nunca más!

AMADO NERVO.

A todos conviene saber que ya llegaron estas dos famosas preparaciones:

"**EBANINA**". Tintura vejetal Werck para teñir las canas, las tiñe de un modo admirable sin atacar la salud en lo más mínimo como sucede con otras preparaciones. Si tiene canas pruébela y quedará encantada de sus efectos.

LOCION CAPILAR DE WERCK: Esta loción es maravillosa contra la caspa y caída del pelo. Con dos o tres frascos ya Ud. verá los efectos.

De venta: Daube, Droguería Francesa y en todas las principales boticas.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condell Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS,
CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES,
PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES === GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amela Echazarreta de Errázuriz Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro-Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	2420

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruma			

NOMINA DE SOCIAS DE "LA CRUZ BLANCA"

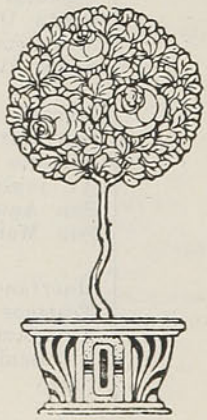
NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Balmaceda Z. Elvira			
Bascuñan de Montes Eugenia	Agustinas		
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	356
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	2420
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	1431
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Brown María Teresa	Viña del Mar		
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena	Merced	322	
Danberg de Molina, Clotilde	Parque Forestal	560	
Dublé de Tonkin, Julia			
E			
			318
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	1413
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia			
Eguiguren de Matte, Laura	Compañía	1712	
Edwards de López, Elena	Galería Alessandri	24	
Edwards de Pérez, Lydia	Huérfanos	1580	2754
Echavarría de Barriga, Sara	Compañía	1373	
Edwards, Lucía	Moneda	1625	
Eguiguren de Méndez Laura	Dieciocho	133	1360
F			
Ferrari de Edwards, Josefina	Av. República	301	Parque 173
Fóster, Josefina	Huérfanos	1642	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Foster de Zegers Rosa	Av. República	157	
G			
G. de Carvallo Elena	Viña del Mar		
González de Segovia Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarillas de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	2700
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	1129
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 155
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Diciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	54	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
Morandé Campino Sara	Dieciocho	146	
Moreira de Barros, Teresa	Agustinas	2573	
Méndez de Gana, Leonor			
Manzano de Urrutia, Carmen			
O			
Ortúzar de Tagle, Inés	Ejército	450	
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	2830
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	1307
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	2375
Palma de Vial, María	Teatinos	148	1202
Prats Bello, Ana L.	Manel Montt	2280	
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	2938
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	
Pinto de García Zegers Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mercedes	Moradé	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	2251
			2921
			339
S			
S. de Klimesca Estafanía	Maestranza		
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	989
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	2634
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia			
Silva de Amunátegui, Eva	Merced		Parque 9
Serrano de Cabieses, Carmela	San Martín	77	
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Ejército	495	
Soto Rojas, Magdalena	Av. Inglaterra	161	
Sánchez de Arnolds Mercedes	San Antonio	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Martín		
T			
Tagle de Vergara, María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena			
Elisa Tupper de Cuevas	Cerro	91	
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	174
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	732
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	152
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	2632
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	230
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			
Walker de Freire, María	Delicias	520	785
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zegers de Echeñique, Isidora	Agustinas	1673	
Zañartu de Besa, Elena	Av. República	105	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.



LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — Santiago de Chile, Febrero de 1920 — NUM. 18

Señorita SYLVIA SALAS EDWARDS

† el 13 de diciembre de 1919

1920

El comienzo de año nos llena siempre de melancolía. ¿Un año más? ¿Un año menos? Depende del estado de ánimo. De cualquier modo, es otro año; y lo que nos entristece es que, con ser otro, será lo mismo. Los días nacen unos de otros, y el nuevo día no amanece nunca. Los que no se resignan a vivir sin esperanza la ponen más allá del sol, más allá de la vida. Su año nuevo, no es vida nueva; es otra vida. ¡No pensemos en qué nos traerás, año nuevo; ya nos contentaremos con que no te lleves algo!

J. BENAVENTE.

SYLVIA

Cuando la niña muere como una tarde triste y lánguida, con gradaciones lentas de luz y de calor, su partida parece la de un viaje. Lo que presenta de más duro e insoportable el fin de una existencia, es la rapidez del término, es la sorpresa del fin. Porque entonces, en breves horas, se pasa de ver os ojos abiertos y los labios sonrientes, a contemplar el inanimado despojo del cuerpo pasajero. De ser belleza, movimiento, amor, a ser frialdad insensible e inerte hielo, no hay un paso. Así ha ocurrido con Sylvia Salas Edvards, la viviente y primaveral rosa que mecía ayer la brisa de los jardines. Tronchada, yace; sin savia, no respira: sin aliento, pasa.

Pero en ella no podía pasar todo con la muerte. Dentro de la joya labrada con perfección, había la esencia inmortal de un espíritu. Cuantos la veían en el teatro, movible como la llama, ágil como la brisa que la inflama, no conocían la serenidad de su santuario íntimo. Allí estaba la esencia, allí el perfume, allí el silencio. Se preparaba dentro de la niña, la mujer.

Mujer iba a ser como su madre. Y como ella, iba a vibrar con todos los dolores y a prepararse para todas las abnegaciones y todas las pruebas. Si hubiera vivido hasta la edad de ella, ¿también habría perdido a una hija adorable?

No cuadra la prosa del día para abarcar el dolor antiguo, para significar el dolor eterno, siempre igual. Cuando se ama mucho se calla, cuando se sufre demasiado, ni se llora siquiera. Los místicos encontraron la frase del consuelo para el más grande de los dolores: *es una prueba.* Pero ésta es la prueba del fuego; es el suplicio del mártir.

Sobre los restos de la niña bella, buena y sonriente, han caído todas las flores de los que la amaban. Sobre las esperanzas que en ella cifraban los pobres que conocen a su madre, se guarda un dolor sin atenuaciones. Este dolor es obscuro, es silencioso y está coronado de espinas.

Reunía la armonía del cuerpo a la gracia del alma, juntaba la belleza del rostro a la suavidad del espíritu; de su ojos brotaban reflejos de estrellas y en sus labios florecía la juventud de un paraíso. Sylvia ha causado el único dolor que podía causar: ha muerto. Es inútil llamarla. Cerca de nosotros, como ángel invisible, nos ve; pero no responde. Estaba preparada para irse y voló al primer encuentro con la muerte.

JOAQUIN DIAZ GARCES.

SYLVIA SALAS EDWARDS

SYLVIA

La muerte con una de sus prodigalidades más crueles ha dispersado, en un momento trágico, todos los tesoros de ternura, de felicidad y de belleza, que la vida, en diecinueve años, había ido acumulando sobre un lindo capullo de mujer.

Ahora comprendemos por qué Sylvia, la muchacha gentil a quien envolvía aquella aura indefinible de primavera, pasó por el mundo con una adorable expresión de nostálgico asombro en sus preciosos ojos dorados, que vinieron a hacerse dulcemente serenos ante la gran serenidad de la muerte.

¿Era que en vida temblaban en el fondo de sus pupilas algunos resplandores de la trágica estrella de su destino, como suele temblar en el fondo de algún lago transparente la imagen elegíaca de un precioso mármol roto?

Sylvia, la de rítmico andar y afiladas manos, que en vida y en muerte pareciste la creación de un pintor prerrafaelista, ya no responderás—dijérase mentira— sino a aquellos que sepan llamarte con palabras de oración, que son las únicas que tienen valor de eternidad....

Hechizó tu belleza, fascinaron tus encantos, la blandura de tus gestos, la armonía de tu voz, la musicalidad de tu risa, pero hubo algo en ti que es más raro que el talento y vale infinitamente más que la hermosura: la nobleza, la elevación del carácter, que fué quien te abrió la escondida senda por donde siempre llegaste a todas las almas. En la grandeza de tu espíritu, fuiste,—con una de esas milagrosas anticipaciones que sólo se dan en los bellos y armoniosos destinos—una mujer excepcional. Sólo así podemos explicarnos el misteriosos vínculo, la extraordinaria solidaridad de espíritu que unió a todos los que sollozaron al contemplarte en tu último e ideal sueño, que más parecía el éxtasis de una rosa de blancura nívea ante el beso de una estrella.

...Y esta muchacha de diecinueve años, que vivía de una intensa y prodigiosa vida interior en medio de las más halagadoras exterioridades, hacía versos.

Unos versos dulcemente nostálgicos, en los que se trasluce como un presentimiento de lo infinito, y de los que fluyen imprecisos deseos melancólicos, ansias de renunciamiento dignas del corazón inflamado de un asceta; versos donde, a veces, se habla con serenidad escalofriante del dolor, del sacrificio y de la muerte y donde, otras, el pensamiento se transparenta como embrujado por anhelos de quietud, sufre como el hechizo de una voz que va dictando al oído palabras ungidas de inmensidad por un gran misterio que se acerca.... Y estos versos añorantes hechos por una chiquilla linda y feliz, que gozó y prodigaba las más santas ternuras, tienen algo de los sones de una campanita de oro, que, víctima de un sortilegio, sólo quisiera entregar sus notas en la soledad del campo, o en el romántico silencio de la noche.

¡Preciosos versos nostálgicos que la modestia de Sylvia hizo que fueran ignorados en esta capital tumultuosa, cuyo ambiente hemos sentido como ennoblecido, como espiritualizado, como purificado, durante algunos días, por el dolor de nuestra ciudad entera, que, ante el desgarramiento de unas entrañas maternales, ha vibrado al unísono en un gran latido de piedad!

GINES DE ALCANTARA.

SYLVIA SALAS EDWARDS

POESIA

Muchas veces nos ha correspondido, como revisteros literarios, definir el espíritu poético para desvirtuar nociones falsas y nocivas de la generación moderna, sin tener a la mano el ejemplo luminoso, el ejemplo vívido que oponer a los iconoclostas de la lírica.

Quien no comprenda el vero sentido de la palabra sacra con que intituiamos estas líneas, lo percibirá por la lectura de los versos que compuso, para no ser nunca publicados en revistas de propaganda literaria o auto-reclamo artístico, la señorita Sylvia Salas Edwards.

No sólo devota de las musas, sino viviente Musa ella misma de poetas de la vida, cantó en estrofas puras como ésas que hemos encontrado al hojear un número de diario y que copiamos encantados de copiarlas; cantó al viento y al recuerdo con una finura de alma melancólica que deja en el espíritu de los que la sabíamos buena y hoy la sabemos trágicamente muerta, un perfume de exquisita poesía:

"El viento que susurra entre los pinos
Hace crugir y cimbra mi balcón.
Pregúntae al pasar de dónde viene
Y lo que va diciendo en su canción.

Pregúntale si ha visto muchas cosas,
Si conoce la fuente del dolor,
Si es verdad que en el mar viven sirenas,
Si cuando hablan las flores es de amor.

Si las nubes que pasan son de gasa,
Si son blancas las alas del querube,
Y el incienso que flota en los altares
Pregúntale si sabe dónde sube...

... ...

Díle que siento en su rugir lejano,
De vendaval y en su silbido triste,
Recuerdos de algún alma que se ha ido,
Ecos de un corazón que ya no existe".

... ...

Las niñas inspiran tanto sentimiento poético por el solo hecho de ser flores del jardín humano, que cuando una de ellas trova versos emotivos cual los de la bella novia que Dios quiso sustraer a las miserias del mundo, los que adoramos la aristocracia del espíritu por el realce inconfundible que imprime al arte puro, nos sentimos inclinados al homenaje que este escrito pobremente exterioriza...

RICARDO VALDES

(Juan Duval)

SYLVIA SALAS EDWARDS

"Yo no te la pedí. ¿Qué es por ventura
crear por destruir, placer divino,
o es de tanta virtud indigno el suelo?....
... ...
Dime, ¿faltaba este ángel a tu cielo?"

OLMEDO.

¡Ha muerto!... y los que aún vivimos en el polvo de la tierra y contemplamos el nacer del sol en este nuevo día sin que algo turbe la paz desconcertante de la Naturaleza, el trágico ritornello zumba en nuestros oídos sin convencer al alma de la terrible verdad: Sylvia Salas ha muerto. Y lo que hasta ayer fué nardo de primavera abierto en la espléndida mañana de la vida, son hoy despojos fríos que el misterio enmudeció!

Si los seres humanos han traído una misión que cumplir en el tránsito por la tierra: recline el anciano su cabeza en la almohada del sepulcro; la madre enjugue su última lágrima de ternura y con los brazos abiertos vuelva al seno de la tierra: el niño, que no ha saltado el dintel de la puerta, ignorante del luminoso y sombrío paisaje de la vida, torne a la nada cual gota de rocío que evaporó la aurora!... Pero la Juventud: Dios mío, esa hermosura de tu misma obra, ese resplandor del mundo, alegría y canción, vigor eterno, eterna armonía, que estancada de repente por el hachazo brutal de la desventura, corte sus aguas de cristal, móviles y sonoras para sumirse calladamente en el antro de la tierra, en el secreto de la noche trágica?... ¡Si la aspereza de nuestros cuerpos y la reciedumbre ingénita del espíritu del hombre, excusan el hurto de nuestras vidas en plena primavera, ¿por qué, Señor, no mandásteis atar abundante fardo de estas míseras existencias en bien de que ni el viento hubiera rozado la frente de azucena de estas princesas?

En el silencio de esta casa solitaria, armado de indiferencia a tanto vivir sólo y recibir la enseñanza cruel de la extranjería que insensibiliza el corazón; mis labios, mudos ante el dolor, no hubieran de clamar por el viaje eterno de un alma singularmente bella que estuvo retenida en el ánfora vibrante y armoniosa de una mujer. Un irresistible movimiento de mi alma me ha traído, pues, a ofrendar sobre su tumba estas rústicas, humildes rosas, que esparzan su perfume en la noche de horror de su quietud infinita!

Flor de aristocracia, nacida en el apogeo de la fortuna, al arrullo de un amor de hogar extremado de ternuras. en medio de la holganza de la vida fácil, suntuosa y pintoresca, con todos los incentivos del arte y las magníficas vanidades de la fortuna: Sylvia Salas no se deslumbró jamás; no conoció la idolatría de su persona, menos el ensoberbecimiento que, traducido en perenne gesto displicente, encastilla en su torre de marfil a la mujer de rango que no alcanza a comprender que la suprema perfección es la sencillez suprema....

Agil y risueña, con un andar inquieto y noble, menudos ademanes y un don de dulce señorío, la veíamos en la calle, en la iglesia, en el paseo o en el salón, llevando consigo esa peculiar ingenuidad suya, esa suave bondad comunicativa, manifestada en sus gestos, palabras y modales como reflejo exterior de su alma inmensamente bella.

Gustó del cultivo espiritual y las excelencias del Arte, en la discreta medida femenina que, al cuidar de la fatuidad, aureola la frente de la mujer con no sé qué poderoso encantamiento... Pero más gustó de ser buena, practicando la abnegación y la caridad con cierto voluptuoso arrobamiento. Aleccionada bajo aquella sombra maternal que ansía extender sus ramas para soñar el placer de cobijar a todos los mendigos; qué de veces, volviendo espaldas al salón rutilante que la fiesta espera, o huyendo del rumor cortesano y la cándida embriaguez de sus frescas primaveras, la vimos pasar camino de la miseria o la ignorancia, portando en sus gavetas pan para los hambrientos y en sus labios la dulce enseñanza para los pobres de espíritu!....

Tributen los demás su cabal elogio; desfloren rosas de Alejandría sobre su tumba palpitante; escancien del corazón el más tierno sentimiento; que Sylvia Salas, a semejanza de las palmeras señoriales que ostentan su copa erguida sobre el primor de la montaña, desplomadas al rudo golpe del leñador arrastran y hieren cuanto a su torno las circunda: al hundirse en la eternidad ha estremecido el corazón de todo un pueblo.

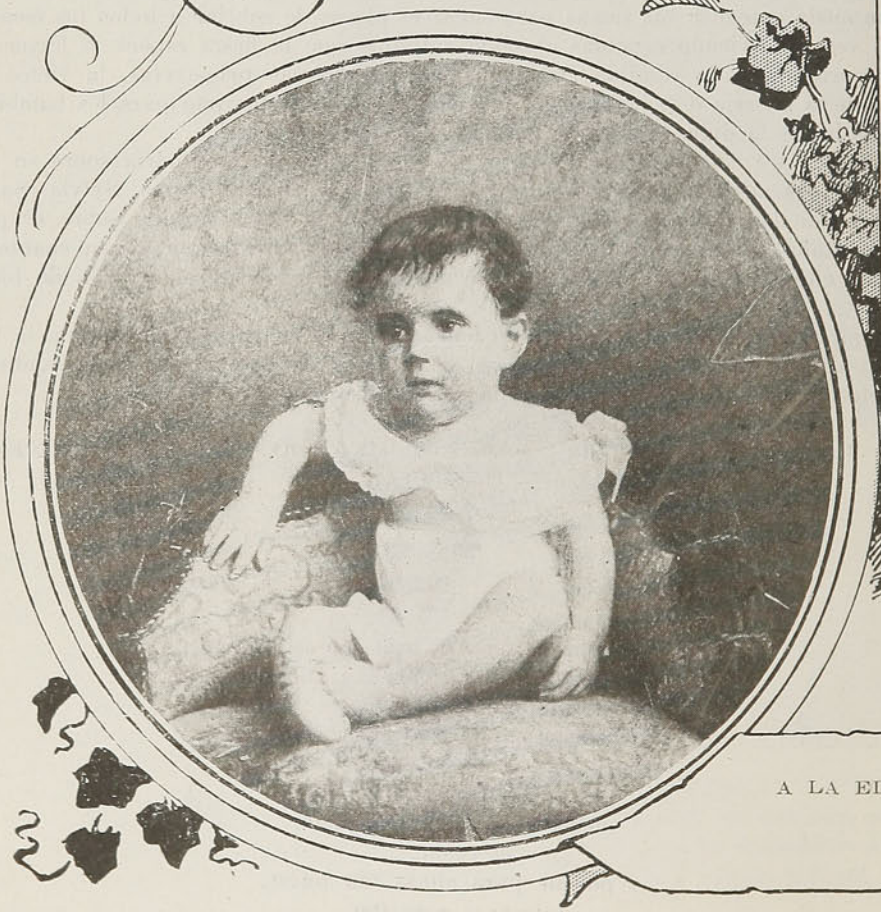
Hé aquí el tributo humilde que rinde homenaje a su memoria y embalsama la herida que causara en mi alma—una de tantas de la montaña circundante— el hundimiento en la eternidad de esta rutilante estrella del paraíso chileno.

RICARDO CRESPO ORDOÑEZ.

Si de nuestra hija fué estrella
dar tan niña el alma a Dios,
¡ay, feliz mil veces vos!
¡dichosa mil veces ella!
Pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
porque para almas tan puras,
morir es resucitar.

(CAMPOAMOR).

Sylvia Salas Edwards



A LA EDAD DE 1 AÑO.

EN SU PRIMERA COMUNION.

EN TRAJE DE FANTASIA.

SYLVIA SALAS EDWARDS

SYLVIA

SONETO

No culpemos a nadie! es el destino,
Que hecha pedazos la arrastró a la fosa,
Cual cae el hacha en el botón de rosa
Que en las zarzas florece del camino.
En cuna de oro engalanada vino,
Modesta, buena, inteligente, hermosa...
¡Lo tuvo todo para hacerla diosa,
Su celestial encanto peregrino!
Más, ¡ay! yerta... ¡oh! dolor! oh! triste suerte;
Lleno de flores se la lleva ahora
El pavoroso carro de la muerte:
¡Transfigurada en ángel, dulce aurora
En las alturas celestiales vierte,
Mientras la tierra, obscurecida, llora!

AMBROSIO MONTT y MONTT.

LA NOTA DESGARRADORA

Mejor estás arriba, tu patria verdadera;
Las almas, cual la tuya, necesitan del cielo
Como la flor silvestre del sol de primavera.

El año cerró sus crónicas del gran mundo con una página de matices trágicos y de atormentadas ansiedades, orlada de dolor y desesperación, de angustias y recuerdos, esparcidos al pie de la imagen de la más gentil de nuestras damas de la sociedad santiaguina, fallecida trágicamente.

¿Quién no conocía a Sylvia Salas Edwards? ¿Quién viéndola pasar no se emocionaba hasta lo más íntimo,, y, mirándola alejarse, no tenía para ella una palabra de bendición y una frase de gratitud por el bien que, a manos llenas, repartía en los hogares del desamparo y la miseria?

¿Quién no contempló, extasiado, su angelical hermosura y rindió tributo a todas las virtudes de su corazón, que una y otras se hermanaban con el divino broche de la bondad y el talento que en alto grado distinguían a aquella niña privilegiada, que pasó por el mundo como un destello celestial cuya luminosa huella perdurará por el santo recuerdo en el alma de los que tanto la amaban?

Hoy todas las tristezas y todas las congojas pesan sobre su noble hogar, ayer todo luz y sonrisas y alegrías.

Pero las lágrimas de los suyos unidas a las del coro de ángeles que fueron sus amigas en la tierra, la habrán ya elevado al trono de gracia y de amor, mientras aún no se marchitan las flores de la gratitud que rodean a la querida muerta como ofrenda a su belleza suprema hasta más allá de la tumba!

JORDANO.

SYLVIA SALAS EDWARDS

IMPRESION

IN MEMORIAM.

Una tristeza como sólo las desgracias públicas la provocan, ha pesado varios días sobre la ciudad, con motivo del duelo trágico que enlutó un hogar. Se la veía en los rostros al día siguiente, se la sentía al pasar por las calles en las conversaciones de las gentes, en las exclamaciones de dolor que partían de todas las clases sociales, olvidadas de sus diferencias y rivalidades en este abismo de la angustia humana y hasta la lentitud con que los carruajes iban por la noche siguiente—¡la vida tiene que seguir su curso a través de los cadáveres!—era como un recuerdo y un homenaje conmovido y temeroso. La sombra blanca de la niña que ayer veíamos cruzar, tan frágil, tan leve, tan inmaterial que parecía desprenderse de la tierra, ha vagado desesperadamente por la ciudad y cada cual ha acompañado con melancolía un invisible cortejo fúnebre.

Era buena, era bella, tenía cuanto el mundo puede dar en sus más pródigas generosidades y sin embargo había en sus ojos de ensueño un fondo de tristezaz, la compasión por los que sufren ponía un temblor en su alma de joven mimada por la dicha, y los ecos de la existencia humana, tan amarga, hallaban una resonancia honda y comprensiva en su corazón.

Misterios de la justicia eterna, ante los cuales debemos inclinarnos gimiendo! Las lágrimas que su madre enjugaba, las vidas rotas y las almas destrozadas por el pesar que mecían sus brazos de gran consoladora, las horribles injusticias contra las cuales ella sola se levantaba, heroica y valerosa, en medio de los fríos egoísmos sociales, todo lo que la copa del destino puede encerrar de acíbar lo han bebido de un golpe sus labios hechos a la plegaria y al perdón. No bastaba sostener a los demás, no bastaba quitarles del camino las espinas y enjugarles la sangre y el sudor de muerte sobre el rostro, era preciso que ella misma tomara sobre sus hombros una cruz ¡y qué cruz! para que caminara a la cabeza de la doliente caravana sin que nadie pudiera disputarle el primer puesto.

Aun en el dolor hay un orgullo. Cada cual se dice: Nadie sufre como yo, nadie ha recibido con mano más despiadada golpes más inmerecidos. Pero llegan momentos en la existencia en que este último orgullo cede y confesamos, con espanto, que a nuestro lado alguien puede dirigir a lo alto una plegaria más ronca de angustia y un sollozo más desgarrador que todos, y es cuando un corazón de madre, el más amante, el más solícito, el más justamente satisfecho, ve desaparecer en el espacio de un instante el objeto de todas sus complacencias y lo que constituye el fin, la esperanza, el apoyo y el bálsamo de la vida. Haber querido a una hija más que a sí misma, haberla cultivado como una flor y labrado como una joya, ver en ella la continuación natural de una grande obra, y una noche encontrarse de súbito con que sus gritos no hallan respuesta y que los besos y las desesperadas caricias sólo pueden posarse sobre unos despojos ensangrentados, deshechos.

¡Ah! séanos permitido, aunque no hay palabras para decir este dolor, llorar en voz alta junto al cadáver de la pobre niña, la querida niña "ingenua como el agua, diáfana como el día, rubia y nevada como margarita sin par" y enviar a su madre, a través de las lágrimas, una mirada que le exprese nuestro deseo de resignación en Dios, nuestra ternura de amiga en la gran fraternidad del pesar y el íntimo y profundo anhelo de tomar sobre nuestra propia alma, que sabe lo que son estas heridas y conoce los caminos del sufrimiento humano, un extremo siquiera del madero doloroso caído sobre sus hombros.

JOSEFINA SMITH DE SANFUENTES.

A SYLVIA SALAS EDWARDS

"Consummatus in brevi explevit tempora multa." (*Sab. IV v. 13*)..

Aun cuando ya han pasado varios días, ninguno de los que fuimos sus amigos ha podido proferir una palabra; hay desgracias que por su magnitud nos aterran y enmudecen, y dolores que por su intensidad no tienen expresión adecuada en el lenguaje humano.

Vivimos tan ajenos a la idea de la muerte y parécenos tan antagónica con la de juventud, que cuando vemos extinguirse la vida de una niña nos parece un sueño de imposible realidad. ¿Quién de cuantos la vimos el día mismo de su muerte y estuvimos en larga y alegre plática con ella pudo imaginar que ese ángel había de dejar tan pronto nuestro suelo? Quién la vió esa noche tan contenta y sin cuidado, tan llena de celo en perfeccionar la comedia que ensayábamos para aliviar con un beneficio a las pobres asiladas de la Cruz Blanca, no pensó jamás que al rayar el alba no quedaría de ella sino su cuerpo despedazado.

Si hay contrastes horrendos en la vida, éste es uno de ellos: abandonamos la casa de Sylvia mientras en ella reinaba la alegría y la paz de la conciencia serena; y volviendo al aclarar del nuevo día la hallamos convertida en cuadro de desolación: ya no se ven los cirios que adornaban el altar de la Virgen María, sólo un débil rayo del sol naciente ilumina el oratorio; ya no se oyen cantos de alegría y alabanza al Ser Supremo sino oraciones y sollozos de los padres atribulados; y en vez de ver a Sylvia de rodillas ante el altar esperando la Hostia Santa, la vemos yaciendo en una urna pálida y

transparente como el alabastro, y con esa expresión de dulzura que tuvo siempre su rostro y que el Señor había aumentado al recibirla en su regazo.

¡Llorad todos cuantos leáis estas líneas, pues están escritas con lágrimas de sangre que brotan de un alma destrozada por tanta amargura!... pues no fué Sylvia un sér querido sólo para su familia, sino también para sus amigos que la lloran como a uno de ellos.

Supo atraerse el cariño de cuantos la conocieron, porque el perfume de su bondad agradaba a los justos y confortaba a los que padecen tribulaciones del alma, y sus manos como jazmines inmaculados curaban las heridas de los enfermos y aliviaban las penas de los pobres.

Si hay virtud que encierre en su ejercicio toda la perfección cristiana, es la caridad. Sylvia fué la caridad misma en su más amplio significado. Jamás la vida de sociedad logró hacerla faltar las obligaciones que ella misma se había impuesto en beneficio de los que piden auxilio: usaba su inteligencia en instruir a los obreros, dedicaba continuamente su tiempo a colaborar en las obras de su madre, apóstol de la caridad evangélica, y empleaba los dones de fortuna con que el cielo la había dotado, en socorrer al menesteroso y al desvalido.

Si una virtud predominó en ella, fué la caridad, que es la suma de todas las virtudes. Jamás oí de su boca una mala palabra ni una burla. Siempre discreta y bondadosa, estuvo pronta a sacrificarlo todo por el bien de los demás; por eso es que a Sylvia la queríamos mucho sus amigos, y era el centro y cabeza de todos nosotros. Como en todo ser humano hay algo de bondad, y ella era la bondad misma, nos había atraído a su alrededor.

Dotada de un extraordinario talento artístico, nos ha dejado un gran número de poesías, que son otras tantas joyas que nos revelan la finura de sus sentimientos y la pureza y elevación de sus ideales. Aún recuerdo, con lágrimas en los ojos, que hace sólo quince días, accediendo a nuestros ruegos, consintió en recitarnos algunas de ellas, que con la modestia encantadora que tenía ella, calificaba de "disparates"; aún suenan en mis oídos sus palabras cuando dice en la "Canción del viento":

El viento que susurra entre los pinos
Hace crujir y cimbra mi balcón
Pregúntale al pasar de dónde viene
Y lo que va diciendo en su canción.
Pregúntale si ha visto muchas cosas,
Si conoce la fuente del dolor,
Si es verdad que en el mar viven sirenas,
Si cuando hablan las flores es de amor.
Si las nubes que pasan son de gasa,
Si son blancas las alas del querube
Y el incienso que flota en los altares
Pregúntale si sabe dónde sube....

...Y más adelante, cuando agrega:

Pregúntale en las noches cuando gime
Si ha visto algún fantasma deslizarse
allá entre los cipreses de las tumbas,
y entre los mausoleos ocultarse.
. . . . . .
Dile que siento en su rugir lejano,
De vendaval y en su silbido triste
Recuerdos de algún alma que se ha ido;
Ecos de un corazón que ya no existe.

¿Quién no ve en estas estrofas un vago presentimiento, una inconsciente profecía

de que estos versos serían luego los ||Recuerdos de un alma que se ha ido, los ecos de un corazón que ya no existe?..."

Sylvia no vivió en la tierra, pues su alma estuvo en comunicación anticipada con los ángeles, y su corazón con los grandes artistas, que tampoco son seres de este mundo.

A ella se aplica la frase concisa y profunda del libro de la Sabiduría: "Consummatus in brevi explevit tempora multa". Consumada en breve, llenó muchos tiempos, pues si su vida fué corta, en tan pocos años, llenó muchos años con sus virtudes".

Llegue hasta sus padres una expresión de dolor tan grande como fué la bondad transparente de su alma, pues la herida que en nuestro corazón ha abierto esta desgracia, no la borrarán jamás los años.

DOMINGO SANTA CRUZ WILSON.

DE SYLVIA

Nuestros lectores están impuestos, por varios artículos de este número, que Sylvia escribía.

De su producción hemos tomado, al azar, estas líneas firmadas con un cándido pseudónimo.

Son líneas elocuentes; reveladoras, como las que más, de la *linda* alma de la niña que, en una noche de estrellas, tomó el camino de los cielos...

EL JARDIN

El alma es un jardín que requiere un cuidado exquisito. No son flores y frutos exóticos los que en ella se cultivan con más esmero. Más difícil es producir la simple rosa y la azucena. El perfume penetrante de la orquídea sólo destruye la belleza de esas que necesitan aire puro que no haya sido viciado por la atmósfra de las flores que más aman los mundanos. Los pétalos del lirio deben ser inmaculados y para esto es necesario regarlos con el rocío del arrepentimiento que sólo brota de los corazones puros. Para que las rosas sean perfectas hay que consumirlas en la hoguera del amor de la cual saldrán transformadas y brillantes alegrando a todos los que las miren con su color ardiente y su dulce perfume. La violeta requiere anidar en los corazones de los pobres de la tierra. Al lado del menesteroso florecerá, al triste consolará con su presencia pero, delante del que el mundo llama poderoso estará mustia y esconderá su corola entre las verdes hojas. Es menester que la tierra del jardín esté limpia y libre de toda maleza para que broten lozanas las flores y para que no manche los pies del jardinero y de las vírgenes que apacientan entre las azucenas.

LYS.

SYLVIA

Velado de crespones quedará en la memoria de la sociedad chilena el año de 1919. La intrusa ha seleccionado cruelmente las flores más bellas, las vidas que nos eran más caras, para sellarlas con su beso de hielo. Con temor cogemos ya los diarios, al presentimiento de nuevas desgracias. ¡Cuántos hogares dolientes! ¡Cuántos sitios vacíos!

Ayer los jóvenes Irarrázaval y Fernández, luego Nacha Zañartu, después Violeta Castillo, tantos seres amados que sería larga y triste tarea enumerar; vidas en flor que fueron embeleso de los suyos, orgullo de la sociedad que adornaron. Hoy es Sylvia: la hermosa niña, de exuberante dorada cabellera y nostálgica mirada, la que ha partido.

Sylvia, la bien amada, tan bella, pura y delicada como nos figuramos a los ángeles que guardan a los niños y que deslizan en sus almas buenos y amorosos pensamientos.

Hay en el mundo seres privilegiados que poseen el raro don de atraerse la simpatía hasta de los extraños; seres de selección, en quienes parece reunirse en armónico conjunto lo que hermosea la vida moral y material: Sylvia Salas Edwards poseía esos dones en alto grado; la desgarradora noticia de su muerte, al triturar el corazón de los suyos, repercutió hondamente en la sociedad entera, que de cerca o de lejos había sabido comprenderla y con un solo pensamiento ha enviado hasta sus padres tan cruelmente heridos, sincera y respetuosa manifestación de pesar.

Para rendir homenaje a la bondad y a la hermosura tiene nuestro pueblo una expresión tan delicada y cariñosa como una bendición: "¡Dios te guarde!" Sin querer viene a nues-

SYLVIA SALAS EDWARDS

tros labios esa frase popular en estos días, comprendiendo el que quizá es su verdadero significado: *"Dios guarde a Sylvia"*. De la égida cariñosa con que la rodearan los brazos de sus padres, pasó a la de Dios, sin saber de la triste vida lo que es sombra, ya que su corto sendero fué un derroche de luz.

Sobre la blanca cruz que ha enarbolado su madre, símbolo de sacrificio y redención, volará un ángel que como aquellas Sylvias del Calvario, que, según la leyenda, arrancaban las espinas de la frente de Jesús,—arrancará también las que nunca faltan a los que se han abrazado al signo de bendición.

MIRIAM.

SYLVIA SALAS EDWARDS

(IN MEMORIAM)

Así como una luna que a media noche brilla
sobre el hondo silencio de una vasta llanura,
su espíritu fué así, rara flor de ternura,
de caridad, de ensueño, delicada y sencilla.

Por eso la desgracia nunca tocó su puerta
y acaso respetuosa la miró desde lejos
aureolada de gloria por nítidos reflejos.
con el alma tranquila, serenamente abierta.

La pena del fracaso, la angustia del hastío,
el odio, el desencanto, hasta el dolor impío
supieron alejarse de su tenue interior.

Porque su alma serena, reposada y sencilla
era como una luna que a media noche brilla
blanca, sedosa y suave como una extraña flor.

ANDRES JAVALQUINTO I.

AVISOS DEL CIELO

¡Bella estación! Todo a gozar convida
del placer sin medida...
—Mas, ¿qué es eso que vuela?
—Una hoja que cae, y nos revela
la nada de las cosas de la vida.

(RAMON DE CAMPOAMOR).

UNA CARTA INTERESANTE

"Señora Adela Edwards de Salas.

Respetable y distinguida señora:

Los socios del Centro Obrero de Instrucción, que tuvieron el alto honor de contar entre sus profesoras a la distinguida señorita Sylvia Salas Edwards, han sentido, respetada señora, la pena que a usted la aflige, por el trágico fin de su dignísima hija, como si un fatal suceso hubiese aniquilado al sér más querido del propio hogar de cada uno de nosotros.

Nos cupo en suerte recibir sus enseñanzas y fué nuestra más íntima satisfacción comprender que sus dotes físicas iban a la par con la belleza de su nobilísimo corazón, en la abundancia que otorga el Creador a sus criaturas privilegiadas.

En esta dolorosa circunstancia, queremos hacer llegar hasta usted, respetada señora, nuestro humilde, pero sincero y hondo pésame, como una exteriorización de nuestros sentimientos, y para deplorar amargamente que haya sido la cruel, la injusta muerte, la que nos viniera a brindar la ocasión tristísima de expresar la gratitud viva y ardiente de nuestros corazones, para quien dedicó las mejores horas de su vida a encender un rayo de su luz en nuestras inteligencias.

Santiago, 14 de diciembre de 1919".

Alfonso Ramos A., C. Cruzat, Juan de D. Cruzat, Críspulo Contreras, Arturo Salgado, Luis A. Venegas, Eusebio Concha, Aniceto Sotomayor, Manuel Palma, Francisco Lagos, Pedro Muñoz, Francisco J. Estay, Carlos Contreras, Enrique 2.o Fürstenheim, Miguel Espinoza, Luis A. Jofré, Belarmino Pérez, Teófilo Pantoja, Rosendo Pérez, Tomás Miranda, Santiago Orrego, Francisco Alonso, Carlos I. Vargas, José Rodríguez, Domingo Calvo, Leandro Orellana, Luis Toro, Aníbal Leytón, Oscar Paredes, Cayetano Díaz, José Parra, Carlos Arancibia, Ramón Escobar, Manuel Pacheco, José M. Torrealba, José Díaz, José S. Rosales, Manuel Bonicho, Francisco Miranda, César A. Altamirano, Zacarías Gajardo, Domingo Concha, Hernán Mestre, Carlos Tapia, Abelardo Morales, Esposorio Espinosa, Rodolfo Olea, Gustavo Cam, Luis Pereira, Daniel Aranda, Emeterio Merino, Gabriel Zamorano, José Castro, David García, N. A., Manuel Varas, Joaquín Zúñiga, E. Torres, Enrique Zúñiga, Ismael Toledo, José Quinteros, Ramón López S., Ramón Romero, Antonio Morales F., Miguel Cabezas, Estanislao Egaña R., Enrique Lorca González, Carlos Soto Lorca, Germán Pineda, Manuel Pineda, Ramón Collao G., Juan Gutiérrez L., Germán Acevedo, Enrique Bolívar, Daniel Zamorano, José Mora Cañas, G. Castañeda C., Alejo Romero, Julio Arias, José Eliseo Cámos, Enrique Garcés, Manuel Ortega, Luis Itura R., Carlos Rojas O., Fernando Muñoz, Guillermo Lobos, Pedro Jiménez, Mauricio Morales, Pedro Valenzuela L., Pedro Miranda, Ignacio Ferreño, Luis A. Velásquez, Pedro Segundo, Carlos Villegas, Fernando Sarmiento, Victorino Reyes, Luis A. Mendoza, Luis Falcón, César Tapia Lecaros, José R. Tiño, José A. 2.o Recabarren, Gilberto Recabarren V., Baldomero Rojas, Julio Vergara, Luis Allezas S., Braulio A. Hervia, Daniel Avila R., Milton E. Bustos, Arturo Cambon, Santiago Suitt Z., Desiderio Carrillo, Flores, Javier Tapia, Juan R. Villegas, Víctor Serrano, G. Cáceres, Esperidión Bustamante V., Aurelio Bravo, Julio Díaz, Rafael Cárdenas, Raúl Pardo, Abraham Bailey, E. Pineda, Juan Zúñiga, Fernando Díaz D., Manuel Basconsella, Samuel Ibarra, Juan de D. Díaz, Soto Canto, Adrián Gajardo, Fidel Inostroza, Pedro Martínez, Juan Segura. Humberto Cerda N., Pedro N. León, Baltazar Araya, Ismael Tieri, Francisco Fournet, Gando G., Javier Hidalgo, D. Sotomayor, Pedro Maureira, Adrián Ibáñez F., Exequías Pezoa R., Rojas R., Delfín 2.o Vega, Eustaquio Severino, Heriberto Cárdenas, Ramón Carrera, Juan I. Valenzuela, Lorenzo Cabezas, Luis Acevedo, Víctorino Cabrera, Emeterio Morales, P. Salgado, Carlos Silva Lira, Juan Reyes, Germán Larren, S. O. Cea M.

MUERTOS QUE VIVEN

Con tierna melancolía
van a una niña a enterrar,
y el padre, al verla pasar,
dice llorando:—¡Hija mía!
¡La pierdo cuando aún vivía
con la fe de la ilusión!...—
Mas se templó su aflicción
mirando al cortejo, y viendo
tantos que, sin fe viviendo,
llevan muerto el corazón.

(CAMPOAMOR.)

SYLVIA SALAS EDWARDS

La vida suele a las veces sorprendernos con los más inesperados golpes, con los más ilógicos, con los menos justos, con aquellos que no hubiéramos contado nunca y que por eso mismo quizá, hieren más a lo hondo y por manera más cruel...

Y la muerte que según el pensamiento de Dumas, al cobijar bajo su capa sombría a los que con su mano de hielo tocara, no cuenta los años ni respeta los afectos—envuelve en un mismo pliegue de su manto, hosco y negro, una ancianidad balbuciente que atraviesa los últimos dinteles de la vida y una juventud esplendorosa y triunfadora que asoma en florilegio de flores y risas por el opuesto dintel en donde la primavera reina...

La desaparición de los seres que hicieron su vida, de las existencias que largamente cumplieron su misión, tiene un sello melancólico de suave tristeza—son como lámparas que extinguen su luz al agotarse el aceite que las vivificara y después de haber alumbrado mucho tiempo,—en cambio nos indigna, nos subleva haciéndonos prorrumpir en una eterna protesta, nunca satisfecha y siempre renovada la desaparición de aquellos seres que en la mañana de su vida nos abandonan, interrumpiendo cuando no lo aguardábamos, cuando no podíamos aguardarlo, jornadas que creíamos nuestras y que contábamos seguras.

Víctimas de estas sorpresas brutales y trágicas, con que a cada paso nos acecha la eterna segadora, acaba de morir la señorita, Sylvia Salas Edwards, espíritu selecto y alma buena y blanca, hecha toda de purezas, al decir de cuantos la conocieron. Era un divino perfume que se conservaba en vaso de cinceladura acabada. Por eso la noticia de su partida ha tenido repercusiones dolorosas en nuestra sociedad, despertando el sentimiento unánime de todos, como inesperada clarinada de dolor...

Es privilegio—¡triste y amargo privilegio!— de los seres escogidos, en el sentir de escritores y poetas, el partir de la vida cuando ésta se ha iniciado apenas, llevándose a la región de la eterna dicha, que es la tierra de los escogidos, las virtudes y las gracias que fueron su esencia y que nosotros considerábamos nuestras y muy nuestras, que debieron hacer amable nuestra vida y que por un incomprensible capricho de lo alto sólo nos fué dable disfrutar brevemente. La vida nos habituó a su goce acaso para hacer resaltar con mayor amargura su pérdida; la vida también nos las arrebató cuando ya toda la sed de nuestras esperanzas, de nuestros proyectos y de nuestros afectos se habían encauzado en ellas y con ellas.

Sylvia Salas, de la cual adivinábamos la belleza de alma a través de la señorial belleza de su cuerpo, ha muerto en el florecimiento de su juventud esplendente, ha partido en el principio de la jornada que era suya, porque había sabido triunfar en la simpatía de todos. El destino fué cruel para con ella, la muerte tuvo un gesto impío. ¿Qué hacer? ¿cómo protestar? El poeta como siempre tiene razón... La vida material que agitadamente vivimos en el fárrago de nuestras ambiciones nunca saciadas y de nuestras esperanzas jamás satisfechas, no es tierra en que puedan echar raíces y fructificar largamente los seres de privilegio, las almas buenas que el Hacedor quiso colocar un breve instante a nuestro lado para hacernos pensar en una vida más alta y en una felicidad más duradera que esta pobre e incierta felicidad humana tras de la cual corremos infatigablemente sin detenernos a pensar que sólo marchamos en pos de una sombra, que sólo perseguimos la realización de una quimera irrealizable.....

Sylvia Salas ha muerto, mas será el suyo, recuerdo que no morirá, porque el de los seres buenos lleva en sí mismo fuerzas imperecederas de vida. Su cuerpo bajará a la tierra en donde las flores que manos afectuosas depositen en su tumba, velarán quedamente su sueño... Ella en cambio, con las alas blancas y leves desplegadas se despertará en una mañana de alegría y de sol interminables en la tierra de la eterna primavera....

EUGENIO ORREGO VICUÑA.

SYLVIA SALAS EDWARDS

Muchas lágrimas deben haber asomado, sobre todo en las juveniles mejillas de nuestras hermosas doncellas y sangrado con justo dolor humano sus tiernos corazones, al conocer la tremenda desgracia que en forma indecible ha golpeado a la puerta de tres hogares de la alta sociedad; y, de una manera tan trágica como inesperada, muy especialmente al digno hogar del conocido caballero señor Eduardo Salas Undurraga y su distinguida esposa, la señora Adela Edwards Mac-Clure, con la muerte de su hija primogénita, la señorita Sylvia Salas Edwards, ocasionada por un accidente automovilístico que es de todos conocido hasta en sus menores e inconcebibles detalles.

No es necesario que estas líneas describan el cortejo del enorme dolor que cae sobre una porción de la familia social, de la grande e irreparable pérdida que en todo sentido sufre con peso abrumador una de las más respetables familias de la sociedad, y por encima de todo esto, las virtudes, bondades de corazón, nobleza de alma, austera educación, angelical carácter, sólida piedad y delicada y sin ficciones simpatía personal de la juvenil dama,—en el más amplio concepto de la palabra,—para que sea fácil comprender en toda su magnitud lo que significa el recio golpe que recibe el hogar de los suyos, de los pobres, sus mejores amigos, y de sus numerosísimas amiguitas con la sensible muerte de: *Sylvia Salas Edwards*, cuando apenas alboraba con felicidad de primavera los diecinueve años.

Es preciso haberla conocido en la intimidad para ver a ese espíritu en que todo le sonreía: situación social, nombre, fortuna, ilustración, inteligencia, educación y sentimientos de corazón formado en antiguos y santos moldes de fe arraigada, como también un claro concepto de la vida y una formación de nobles y cristianos ideales, ejemplo que es la mejor herencia que pueden los padres legar a sus hijos cuando por su fortuna y situación de vida pueden halagarlos en maliciosa forma la torpe vanidad humana, para saber apreciar todo el valor moral y gran temple de alma que tenía esta sobresaliente figura femenina de Sylvia Salas, pues los que la conocieron de cerca pudieron admirar sus inclinaciones de sencillez, caridad, franqueza y excepcionales condiciones—a su corta edad—de criterio sereno, juicio recto y suave modo de ver, distinciones características de su alma privilegiada.

Ella, de abolengo aristocrático, hizo su primera comunión entre un grupo de nobles hijos del pueblo, como para demostrar que si la vida para unos es más risueña que para otros, lo es sólo en las apariencias. Ya que no son los honores, riquezas y halagos la mayor felicidad en la vida y que las más de las veces son las almas puras y limpias más bellas y felices entre los mortales y más ante los ojos del Creador, puesto que ricos y pobres son allá iguales.

Ella misma, años más tarde y hasta ahora último enseñaba lo que le habían enseñado doctos maestros y maestras a los pobres obreros y obreras en escuelas del proletariado, y era ella también la que acudía a los hospitales y mejoraba los enfermos de la propiedad agrícola de sus padres, poniéndoles inyecciones y prescribiéndoles en casos urgentes las medicinas que sus profesores de la Cruz Roja, humanitaria institución de carácter nacional, le habían enseñado a la aventajada alumna para circunstancias apremiantes.

Ultimamente esta joven alma llamada a designios superiores había manifestado a su idolatrada madre, señora de esfuerzos y de fe en la caridad pública y privada sin precedentes, que ya el bullicio de la vida le aburría y que un deseo vehemente era ayudarle en sus múltiples y buenas obras de bienestar patriótico y paz social.

Un rasgo que demuestra toda su sincera virtud, su acentuada fe que sus padres habían inculcado con esmerado cuidado, su absoluta tranquilidad de conciencia, es

el siguiente: momentos antes de partir en compañía de sus amigas de infortunio a quienes había invitado a comer en su casa, manifestó a su señor padre que iba a salir en automóvil con su hermanita, sus compañeras y su institutriz, y su padre le expresó que no estaba su mamá y que mejor no fuera; pero, como iban sus hijas y amigas de ellas acompañadas con personas de su entera confianza, autorizó el paseo. Pues bien, esta amante hija, antes de partir, acudió al oratorio de la familia y séanos permitido parodiar al poeta: ("postrada ante la cruz de hinojos—alzó a Dios sus ojos—y soñando en las delicias celestiales—") parece, pedía las bendiciones del cielo para su último trance. Sus amigas, en espera de Sylvia, acudieron también al oratorio y al hallarla prosternada, reverente, oraron junto con ella.

¡Qué hermoso ejemplo de bien entendida piedad femenina! ¡Cuán consolador recuerdo para sus atribulados padres! Minutos más tarde se producía la dolorosa desgracia.

Horrendo sarcasmo de la vida que sólo la resignación y la fe pueden explicar!...

El nombre de Sylvia Salas Edwards, juventud llena de vida y encantos, gran corazón, sumisa, buena y piadosa doncella que supo hacerse querer y apreció la vida en todo lo que vale de bienestar a sus semejantes y tranquilidad para sí misma, quedará ligada por espacio de un lapso de tiempo a nuestra vida social y será un recuerdo indeleble para sus amistades sociales y para sus favorecidos el evocar su nombre.

Sus padres sabían el hermoso fruto que habían sembrado y ahora al sufrir tamañana pérdida, tienen el lenitivo de la abogada que allá en las alturas irradia mayor luz de hermosura y bondad que la que poseía, en bien de los que la formaron santa, pura y útil mujer.

IGNOTUS.

OFERTORIO

Deus dedit, Deus abstulit.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
Es todo lo que puedo ya ofrecerte.
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor ..

Me lo robó la muerte
¡y no me queda más que mi dolor!
Acéptalo, señor,
¡es todo lo que puedo ya ofrecerte!

AMADO NERVO.

LA MUERTE DE SYLVIA

"¡Alma, remonta el vuelo a la alta esfera! ¡Sube a los cielos, sube!"

¡Oh noche aquella! ¡De qué terribe espectáculo fuiste testigo! ¡De cuántas lágrimas, sollozos y angustias, se fué lleno tu negro manto al despuntar el alba! ¡Y la mañana, en vez de sonrisas, cuántos dolorosos despertares trajo! ¡Cuántos rostros se humedecieron! ¡Qué horrendo cataclismo!

. . . . . .

Sylvia: ¡Jamás! ¡Jamás! podrás borrarte de mi recuerdo, amiga la más sincera y talentosa, ya no tendremos más aquellas charlas íntimas en que todo era franca risa y alegría; ya no volveremos a contarnos nuestras cuitas. Tu pronta ausencia de esta tierra nos ha venido a confirmar lo que siempre habíamos creído: que eras un ángel.

Anoche, mientras pensaba en ti, una mariposa blanca entró al cuarto obscuro por la ventana entreabierta. Dió algunos revoloteos y su visión vino a alegrar la pieza. Más, de súbito y en rápido vuelo, salióse de ella por donde había entrado, y la vi perderse en el límpido cielo, en que ya clareaban los rayos de la aurora, como buscando un sitio donde no hubiera tinieblas. Entonces, tu imagen acudió a mi mente, más viva aún: te ví cruzando por el obscuro océano de la vida, repartiendo bondades y alegrías por doquiera. Pero tu destino no era para esta tierra y debías partir muy temprano a las regiones de luz, en busca de un lugar más alto, más cercano a Dios. Y ayer fué el día en que emprendiste el vuelo como aquella mariposilla blanca...

. . . . . .

Sintiendo un frío intenso recorrer por mis venas, entré en puntillas, a la capilla ardiente donde reposabas. Te veía tranquila y serena como siempre. En tus labios inmóviles parecía querer dibujarse una sonrisa que nuestra propia congoja la impidiera. Tus párpados, algo entrebiertos, bajo las pestañas espesas, semejábanse a los de la bella durmiente del bosque... Tu cabellera, despedía sus reflejos de oro, como los últimos rayos que despide el sol al morir el día... En tu frente, espaciosa, parecíame que posaban los ángeles sus labios en largo beso, al recibirte como compañera...

Un tenue velo de gasa, cubría tu rostro en el ataúd abierto. Ahí llegábamos las que fuimos tus amigas, a verte por última vez en esta tierra. Queríamos ver la dulce mirada de tus ojos, pero ya se habían apagado a la luz de este mundo porque estaban mirando en la luz del cielo!...

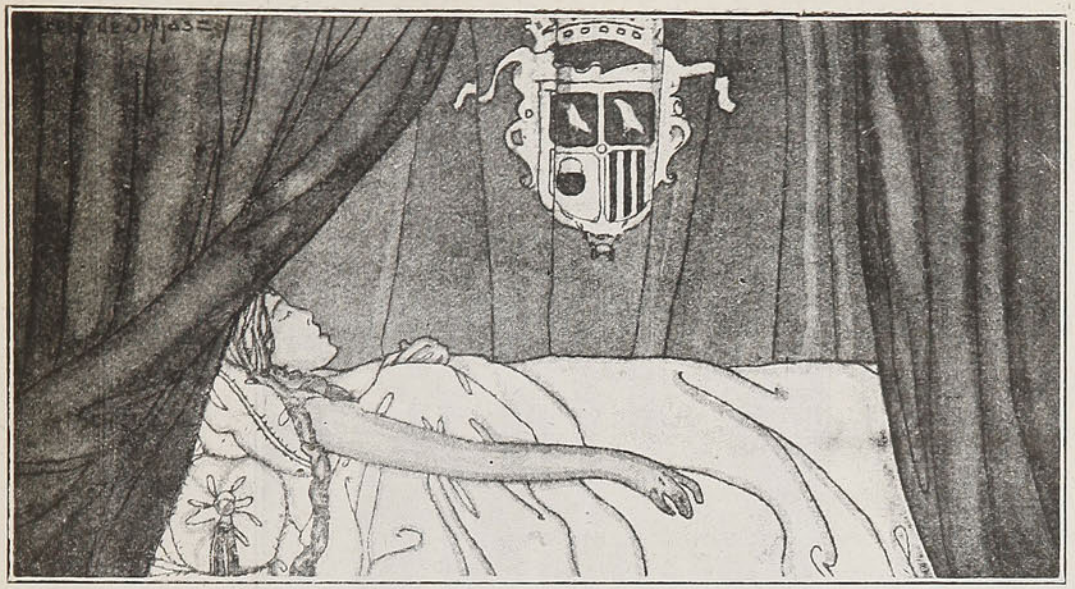
Ahogados sollozos sacudían nuestro pecho, a la par que las lágrimas, dejadas correr sin freno, deslizábanse silenciosas.

Un instante nuestros ojos se desviaron de ti, y tornáronse hacia el crucifijo de madera. Una súplica, en la que se confundían las lágrimas y la amargura de todas nuestras almas, subió hacia el trono del Altísimo: una ardiente plegaria por los que aquí dejas!

. . . . . .

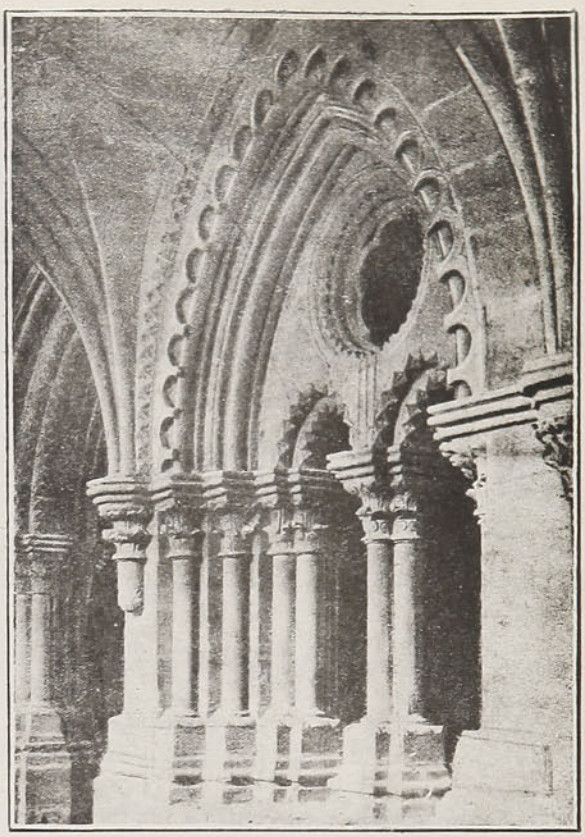
Resignación: tiende tus alas sobre el hogar que este golpe con tanta rudeza hiere; llévales la savia de tu consuelo cristiano. ¿A quién aferrarse sino a tí? Eres el hilo de agua en el desierto, el rayo de sol en la tempestad, la única estrella en una noche lúgubre. ¡Sí! Resignación cristiana, auxiliarás a quienes tanto te necesitan!

T. O. G.



RIMAS

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Vi la gótica tumba, a la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.
Las manos sobre el pecho,
Y en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna, del cincel prodigio.
Del cuerpo abandonado
Al dulce peso hundido,
Caul si de blanda pluma y raso fuera,
Se plegaba su lecho de granito.
De la postrer sonrisa,
El resplandor divino
Guardaba el rostro, como el cielo guarda
Del sol que muere el rayo fugitivo.
Del cabezal de piedra
Sentados en el filo,
Dos ángeles, el dedo sobre el labio,
imponían silencio en el recinto.
No parecía muerta;
De los arcos macizos
Parecía dormir en la penumbra,
Y que en sueños veía el Paraíso.
Me acerqué de la nave
Al ángulo sombrío,
Como quien llega con callada planta



Junto a la cuna donde duerme un niño.
La contemplé un momento,
Y aquel resplandor tibio,
Aquel lecho de piedra que ofrecía
Próximo al muro otro lugar vacío,
En el alma avivaron
La sed de lo infinito,
El ansia de esa vida de la muerte,
Para la que un instante son los siglos...
. . . . . .
. . . . . .
Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón obscuro y escondido.
De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

G. A. BECQUER.

⚜ ⚜

LOS NIÑOS Y EL CINEMATOGRAFO

En Inglaterra, las asociaciones culturales y personales que dedican sus actividades a estudiar todo lo que concierne a los problemas de la educación infantil, se preocupan seriamente de la influencia del cinematógrafo en el espíritu de los niños.

Hace poco, el profesor C. W. Kimming, ha realizado una investigación para conocer lo más aproximadamente posible, cuáles son los asuntos de la escena muda que más atraen a éstos, a cuyo fin seleccionó seis escuelas primarias de distritos muy pobres y seis de distritos ricos.

En ellas invitó a los alumnos, sin noticia ni explicaciones previas, a que dieran cuenta por escrito de la película que más les gustaba, concediéndoles quince minutos para ello.

El doctor Kimming, recibió 6,517 contestaciones de otros tantos niños y niñas. Una vez clasificadas éstas, se encontró con que el 11 por ciento de los niños prefería las películas de la guerra; el 15 por ciento, las cómicas o de Charlot; un 15, las de aventuras de cow-boys, y un 25 las historias domésticas. Un cinco por ciento prefirió los films policíacos; un 7 los serios; un 3 los de amor, y sólo un 2 por ciento los de educación. De todos los niños, fueron incapaces de describir un film tan sólo el 7 por ciento, y no habían estado nunca en el cinematógrafo un 8 por 100; el 92 por ciento restante iban a él más o menos frecuentemente; algunos, mucho.

Las películas de amor parecían ser muy populares entre las niñas, y sobre todo a partir de los once años.

Las niñas se interesaban más por las historias de imaginación y domésticas que los niños; y en cambio, menos por las de cow-boys y aventuras.

Los films cómicos eran menos populares entre las niñas que entre los niños. En los grados superiores de la mayoría de las escuelas, los films de interés exclusivamente cómico eran menos populares que en los grados inferiores. En todas las escuelas había un interés grande por las películas de serie.

Los niños estaban especialmente interesados por las películas de persecución, en serie; por ejemplo: La máscara que ríe", "La mano que aprieta", "El círculo rojo" y "La moneda rota".

De los niños que no habían ido nunca al cinematógrafo, eran menos los niños que las niñas. Entre los niños y niñas había una facilidad notable para dar cuenta de films que no habían visto más que una sola vez. En una escuela, treinta niñas habían prometido a sus maestras, en 1914, no ir al cinematógrafo durante la guerra, y las que habían cumplido su promesa daban muy bien cuenta de los films que habían visto antes de esa fecha. De aquí saca el doctor Kimming, entre otras, la consecuencia del gran valor educativo que puede tener el cinematógrafo bien dirigido.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

JOYERIA ARTISTICA ITALIANA

FABRICA DE ALHAJAS

Alfonso Molina

Relojería

Artículos para Regalos

SANTIAGO **San Antonio 346**

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras

en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnituras, Blanco y ropa de uso doméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogo general que distribuye la Casa a principios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

AÑO II. NUM. 19

SANTIAGO DE CHILE MARZO DE 1920.

COCINAS IMPORTADAS

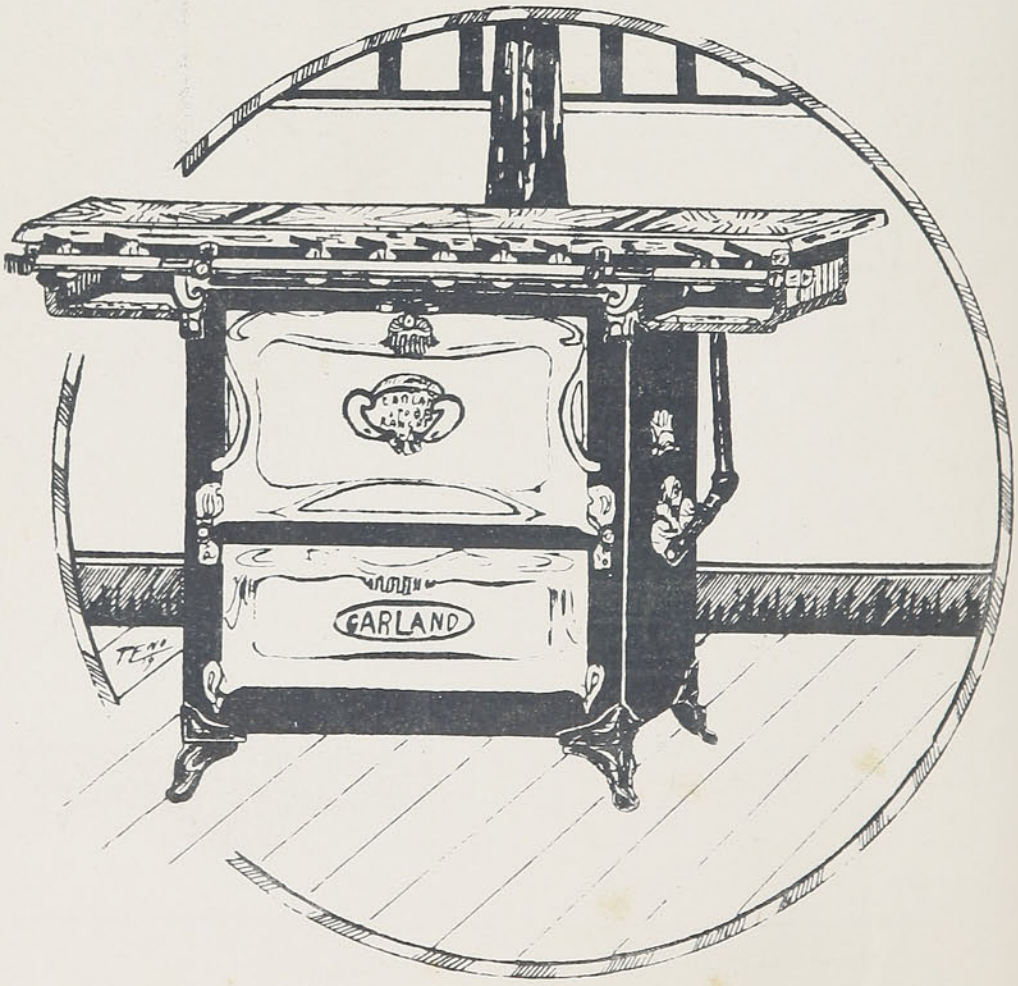
Nuestro Surtido es interesante y comprende Cocinas de diferentes estilos, calidades y precios.

HAY:

COCINAS a carbón coke y leña
COCINAS a gas, varios tamaños
COCINAS inglesas a carbón o leña con o sin caldero
COCINAS con caldero de presión, etc.

MORRISON & Co.

AHUMADA, 65 - 77 - CASILLA 212.
SANTIAGO.



CASA WEIL
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

PIDA COMUNICACION CON
TELEFONO INGLES
2132
BOTICA FRANCIA
Importa todo artículo de Farmacia. Tan pronto como un nuevo remedio serio ve la luz en cualquier parte del mundo, lo recibimos. El cuerpo médico lo sabe; es por esto que al recetar un medicamento nuevo, el Doctor indica siempre que es en nuestra Casa donde hay probabilidad de encontrarlo. También nuestra clientela lo sabe, y sabe, además, que aunque se trate de novedades que únicamente tenemos nosotros, no por eso abusamos y que nuestros precios son reducidos.
PEDIDOS AL INTERIOR
Por carta o telégrafo atendemos rápidamente todos los que se nos hagan.
"BOTICA FRANCIA"
Estado 154—Teléfono Inglés 2132—
Casilla 2105
SANTIAGO
JEP

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
„ Nacional 520

Otero

SANTIAGO	PARIS	VALPARAISO
Agustinas 923	3 Cité D'Hauteville 3	Condell 330

UNIDAD

No, madre, no te olvido;
...más, apenas ayer ella se ha ido
y es natural que mi dolor presente
cubra tu dulce imagen en mi mente
con la imagen del otro bien perdido.
Ya juntas viviréis en mi memoria,
como oriente y ocaso de mi historia,
como principio y fin de mi sendero,
como nido y sepulcro de mi gloria:
¡pues contigo, nací, con ella, muero!
Ya viviréis las dos en mis amores
sin jamás separaros;
pues como en un matiz hay dos colores
y en un tallo dos flores,
en una misma pena he de juntaros!

AMADO NERVO.

A todos conviene saber que ya llegaron estas dos famosas preparaciones:

"EBANINA". Tintura vejetal Werck para teñir las canas, las tiñe de un modo admirable sin atacar la salud en lo más mínimo como sucede con otras preparaciones. Si tiene canas pruébela y quedará encantada de sus efectos.

LOCION CAPILAR DE WERCK: Esta loción es maravillosa contra la caspa y caída del pelo. Con dos o tres frascos ya Ud. verá los efectos.

De venta: Daube, Droguería Francesa y en todas las principales boticas.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condéll Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS,
CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES,
PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES === GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amela Echazarreta de Errázuriz Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro-Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	2420

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruma			

NOMINA DE SOCIAS DE "LA CRUZ BLANCA"

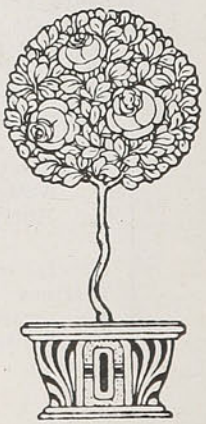
NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Balmaceda Z. Elvira			
Bascuñan de Montes Eugenia	Agustinas		
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	356
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	2420
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	1431
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Brown María Teresa	Viña del Mar		
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena	Merced	322	
Danberg de Molina, Clotilde	Parque Forestal	560	
Dublé de Tonkin, Julia			
E			
			318
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	1413
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia			
Eguiguren de Matte, Laura	Compañía	1712	
Edwards de López, Elena	Galería Alessandri	24	
Edwards de Pérez, Lydia	Huérfanos	1580	2754
Echavarría de Barriga, Sara	Compañía	1373	
Edwards, Lucía	Moneda	1625	
Eguiguren de Méndez Laura	Dieciocho	133	1360
F			
Ferrari de Edwards, Josefina	Av. República	301	Parque 173
Fóster, Josefina	Huérfanos	1642	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Foster de Zegers Rosa	Av. República	157	
G			
G. de Carvallo Elena	Viña del Mar		
González de Segovia Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarillas de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	2700
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	1129
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 155
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Diciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	54	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
Morandé Campino Sara	Dieciocho	146	
Moreira de Barros, Teresa	Agustinas	2573	
Méndez de Gana, Leonor			
Manzano de Urrutia, Carmen			
O			
Ortúzar de Tagle, Inés	Ejército	450	
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	2830
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	1307
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	2375
Palma de Vial, María	Teatinos	148	1202
Prats Bello, Ana L.	Manel Montt	2280	
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	2938
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	
Pinto de García Zegers Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mercedes	Moradé	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	2251
			2921
			339
S			
S. de Klimesch Estafanía	Maestranza		
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	989
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	2634
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia			
Silva de Amunátegui, Eva	Merced		Parque 9
Serrano de Cabieses, Carmela	San Martín	77	
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Ejército	495	
Soto Rojas, Magdalena	Av. Inglaterra	161	
Sánchez de Arnolds Mercedes	San Antonio	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Martín		
T			
Tagle de Vergara, María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena	Cerro	91	
Elisa Tupper de Cuevas			
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	732
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	152
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	2632
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	230
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			
Walker de Freire, María	Delicias	520	785
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zegers de Echeñique, Isidora	Agustinas	1673	
Zañartu de Besa, Elena	Av. República	105	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.



LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — Santiago de Chile, marzo de 1920 — NUM. 19

EL CRISTO MILAGROSO DE LIMPIAS

La prensa de toda España ha recogido la sensacional información del milagroso Cristo de la Agonía, de Limpias (Santander), que, según el testimonio de numerosos fieles, mueve los ojos y suda sangre. En esta plana publicamos un detalle de la imagen, escultura de mucho mérito, y en este mismo número hallará el lector una información más completa del portentoso acontecimiento que ha conmovido a muchos miles de corazones y ha dado lugar a grandes y elocuentes manifestaciones de entusiasmo y de fe católica.

El Cristo de la Agonía, que, según la voz po pular, mueve los ojos y suda gotas de sangre

EL CRISTO MILAGROSO DE LIMPIAS

En la iglesia de Limpias, una pintoresca villa próxima a la vía férrea de Santander a Bilbao, se venera el Cristo de la Agonía, milagrosa imagen de que ya han leído alguna cosa todos los españoles. Se trata, según dicen, de una escultura de mucho mérito, trasladada a la villa montañesa, desde Cádiz, hace ciento cincuenta años. En la humilde iglesia ha sido venerada por varias generaciones, sin que en ningún momento, en el largo período de centuria y media, se notara en la imagen nada extraordinario, fuera de su valor artístico y el fervor que inspiraba a las gentes de la comarca. Pero hace poco más de dos meses, un fraile misionero proclamó desde el púlpito, ante los fieles llenos de asombro, que el Cristo de la Agonía movía los ojos y la boca y sudaba gotas de sangre. Algunos periódicos santanderinos divulgaron el sensacional acontecimiento; acudieron a Limpias numerosas personas desde diferentes lugares de la Montaña; se extendió la noticia; se organizaron peregrinaciones, y todos los caminos poblároнse de gentes devotas o curiosas, que de todo tiene la viña del Señor. Y actualmente, el Cristo de la Agonía, de Limpias, que antes abría sus brazos amorosos en la semiobscuridad de un templo poco conocido, casi ignorado, es famoso, popular en toda España, y de todas las provincias salen personas que llevan en el corazón el piadoso deseo de postrarse a sus plantas y contemplar el milagro.

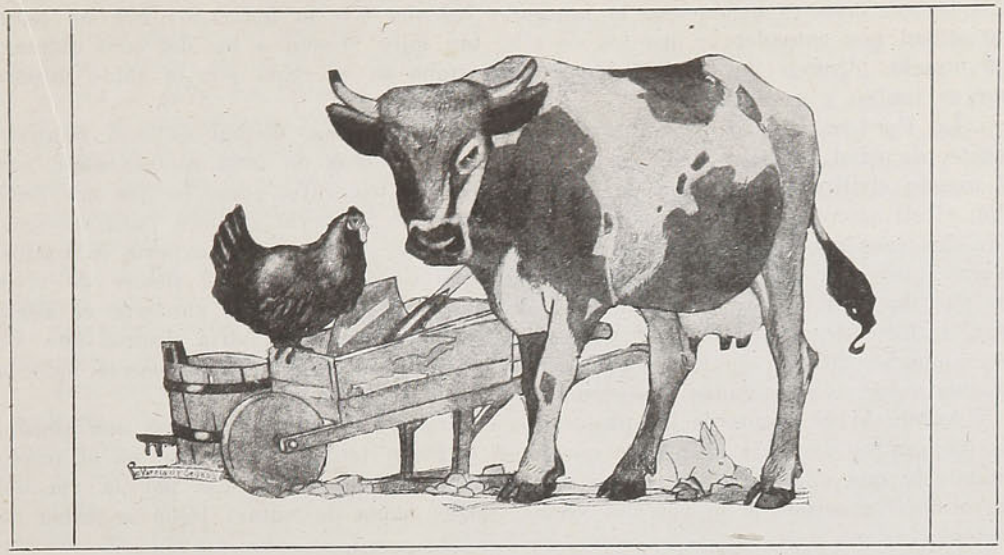
Dicen que son muchos los peregrinos que afirman haber visto mover los ojos o la boca a la santa imagen. Como evidentes testimonios contra la vacilación o la duda, y contra la negativa a puño cerrado, se van recogiendo en un libro existente en la sacristía las decididas afirmaciones de los afortunados testigos de la maravilla. Los hay de gentes de todas clase y condiciones; de personas de probada cultura, y de otras, más sencillas, que firman con trabajo; y todas, poco más o menos, vienen a decir lo mismo, según un cronista: "Yo, Fulano de Tal, declaro que el día tantos, a tal hora, mirando con gemelos a la Sagrada Imagen del Cristo de la Agonía, de este templo, he visto que movía los ojos o la boca." El detalle de los gemelos resulta de bastante interés, porque a simple vista no es fácil advertir los movimientos de la imagen, por la altura a que está colocada. Sin embargo, no faltan fieles, aunque son pocos, que aseguran haber apreciado el milagro sin el auxilio de los cristales. El cronista aludido recogió en su información el testimonio del señor cura párroco, que ve con especial satisfacción llena de romeros su iglesia, antes casi solitaria. El virtuoso sacerdote no ha visto nada, pero se rinde a la evidencia del milagro ante tan numerosos testimonios como lo acreditan.

No todos los días mueve el Cristo los ojos o la boca y suda sangre; pero a ninguna hora faltan fieles que, con la mirada fija en la imagen, sin pestañar, esperan el momento de presenciarlo. Y a lo mejor, en medio del silencio imponente que reina en el templo, suena una voz que dice, trémula y convulsa: "¡Ahora! ¡Ahora lo veo!" La emoción es inmensa. Hay quien llora; hay quien se desmaya. Los que logran conservar la serenidad, acuden en socorro de los accidentados. Agua fresca para las sienes; el frasco de sales para la nariz; la palabra confortadora para el espíritu conturbado... El caso, en verdad, no es para menos. La noticia, al divulgarse, atrae nuevos fieles y nuevos curiosos, y el templo continúa lleno, rebosante, como nunca se vió en los largos años de su existencia. Se calcula en veinticinco mil el número de peregrinos que en dos meses han pasado por Limpias; y tan alto número lleva trazas de duplicarse, porque las noticias del milagro corren más cada día, y el Cristo aumenta sin cesar la fama de sus maravillosos movimientos. En los pueblos de la comarca y aun en otros bastantes apartados, no se habla más que de la sagrada imagen de Limpias, con el testimonio de personas serias y veraces.

No hace mucho días, el notable escritor Domingo Blanco, que es el cronista a que hemos aludido, presenció un caso emocionante que ha contado con mucha donosura. Extasiado estaba el cronista en la contemplación de la escultura del Cristo, cuando entraron en la iglesia las colegialas de los Sagrados Corazones, que habían ido desde Santander. El templo, bastante capaz, estaba lleno de fieles, de los cuales la mayor parte miraba al Cristo con gemelos de teatro Las colegialas en su mayor número, se acomodaron en el centro de la iglesia, y las demás subieron al coro para cantar allí la misa que para ellas había de celebrarse en el altar mayor. Al llegar el solemnísimo momento de la consagración, el sacerdote oficiante se vuelve a los fieles y les habla. Habla el sacerdote del milagro y afirma que él ha sido una de las personas que han experimentado el placer de presenciarlo. Al principio, cuando tuvo noticia del maravilloso suceso, no le dió crédito y creyó que se trataba de una alucinación fervorosa. Después prosternado y rendido ante la sagrada imagen, vió claramente que los divinos ojos le miraban y bendecían. Así lo declaraba en un solemnísimo momento cuando nadie, y mucho menos un sacerdote, podía mentir. Cuando siguió la misa, y unos instantes después de alzar, del grupo de las colegialas salió un grito de espanto. Una de las muchachitas, de trece años, había caído accidentada, bajo los efectos de una exaltación nerviosa. Varias personas acudieron en su auxilio y la sacaron a la puerta de la iglesia, donde le fué prestado el socorro que su estado exigía. Cuando el accidente pasaba, sacaron a la calle otra colegiala; luego otra; en seguida otra y otra... y en pocos momentos el atrio de la iglesia estuvo lleno de colegialas accidentadas, ninguna de las cuales hablaba ni podía explicar lo que le ocurría. Cuando cesaron de llorar, trataron de aclarar lo ocurrido; pero sólo pudieron decir que habían presenciado algo muy extraño.

La iglesia de San Pedro, donde está el Cristo de la Agonía.

⚜ ⚜



¡ADIOS, CORDERA!

"La Cruz Blanca" ofrece, como un regalo espiritual, a sus lectores, este precioso cuento, considerado como una de las maravillas de nuestra lengua, y que contribuyó, en mucho, a la gloria de su autor, el notable crítico español, ya fallecido, Leopoldo Alas (Clarín).

Eran tres; siempre los tres! Rosa, Pinín y la *Cordera.*

El *prao Somonte* era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *jícaras* blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las *jícaras* que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto, y se dejaba resbalar de prisa hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como

las del diapasón, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los *papeles* que pasaban, las *cartas* que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruído por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La *Cordera,* mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de *llindarla,* como una abuela. Si pudiera se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera,* no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina.—¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás aventuras peligrosas.

Los saltos locos por las praderas adelante.... ¡todo eso estaba tan lejos!

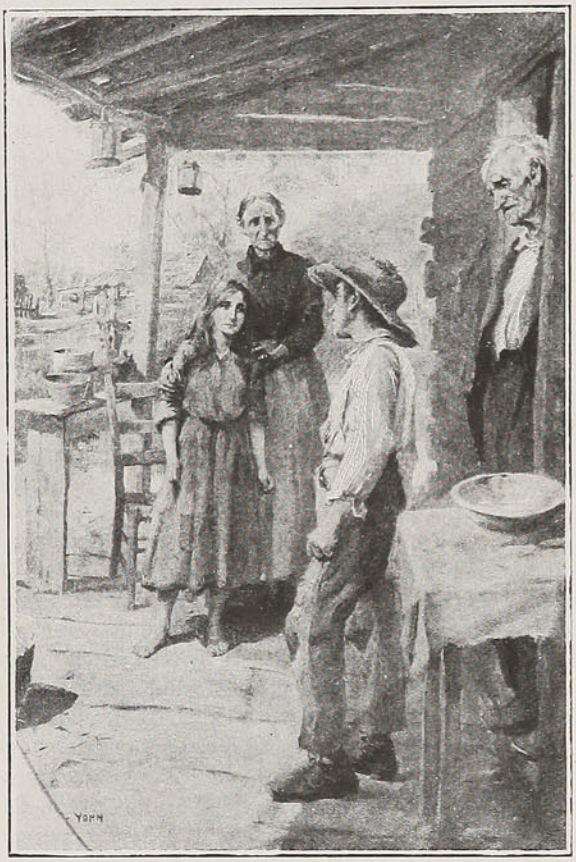
Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la *Cordera* vió pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte, corrió por prados ajenos, y el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fué acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fué un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruído y tantas caras de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso, era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el *prao* Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruídos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbar de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más obscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Anton de Chinta, teñida el alma de la

dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la *Cordera,* que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la *Cordera,* la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La *Cordera* recordaría a un poeta la *zavala* del Ramyana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La *Cordera,* hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.



Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura, y para otras cosas que ideaba la fantasía de los dos pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la *Cordera* los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la *Cordera* tenía que salir *"a la gramática",* esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas escasas praderas del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejojres altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilmados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba, y el narvaso para *estrar* el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la *Cordera* mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡Y que decir de los tiempos heróicos de la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la *nación,* y el interés de los Chintos, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la *Cordera,* y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego, y como loco, a testaradas contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo, a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádase a todo que la *Cordera* tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, en incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

⚜ ⚜

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un *corral* propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la *Cordera*, y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vió obligado, para pagar atrasos al *amo*, el dueño de la *casería* que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la *Cordera*, el amor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la *Cordera* en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

"Cuidadla, es vuestro sustento", parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la *Cordera;* el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera, confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los *neños*. Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Anton, echó a andar hacia Gijón, llevando la *Cordera* por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la *Cordera.*

Al obscurecer, Antón y la *Cordera* entraban por la *corrada* mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dió explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedad, dando plazo a la fatalidad. "No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la *Cordera* en lo que vale." Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruído de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la *Cordera;* un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dió el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su

lado; Antón, por una calleja que, entre madreselvas que aún no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

⚜ ⚜

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se *personó* el mayordomo en el *corral* de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los *caseros* atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

Al sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La *Cordera* fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel y volvió a su establo de Puao, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín con ojos como puños. Rosa al saber la venta, se abrazó al testuz de la *Cordera*, que inclinaba la cabeza a las carias como al yugo.

"¡Se iba la vieja!"—pensaba con el alma destrozada Antón el huraño.

"Ella ser, era una bestia, pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela."

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La *Cordera*, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre, *sub specie aeternitatis*, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado y por otro, el que les llevaba su *Cordera*.

El viernes, al obscurecer, fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la *quintana* la *Cordera*. Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Qué daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Qué era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agitada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos y entró en el corral obscuro. Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, mal humorado, clamaba desde casa:

—Bah, bah, *neños*, acá vos digo; basta de *pamemes!*—Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tin tan* pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, *Cordera!*—gritaba Rosa deshecha en llanto.—¡Adiós *Cordera* de *mío* alma!

—¡Adiós, *Cordera!*—repetía Pinín, no más sereno.

—Adiós—contestó por último, a su modo la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

⚜ ⚜

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al *prao* Somonte. Aquella soledad no lo había sido nunca para ellos, triste; aquel día, el Somonte sin la *Cordera* parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos, cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, *Cordera!*—gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, *Cordera!*—vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren que volaba camino de Castilla.

—Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al Matadero... Carne de vaca, para comer los señores... los ricos.

—¡Adiós, *Cordera!*

—¡Adiós, *Cordera!*

—Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo, que les arrebataba, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones....

—¡Adiós, *Cordera!*....

—¡Adiós, *Cordera!*....

⚜ ⚜

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el Rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el *prao* Somonte sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa casi metida por las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, el servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

—Pinín, con medio cuerpo fuera de la ventanilla, tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas, la voz distinta de su hermano, que sollozaba, exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa! ..... ¡Adiós, "Cordera"!

—¡Adiós, Pinín!... ¡Pinín de mío alma!...

"Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas."

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el *prao* Somonte.

—¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, *Cordera!*

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh! bien hacía la *Cordera* en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oir, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, Cordera!

LEOPOLDO ALAS
(CLARIN).

ALEGORIA

Era crisálida aún; vivía bajo la sombra de un hermoso árbol que de vez en cuando separaba sus ramas para que llegaran a ella los hermosos rayos que el sol del radiante estío le enviaba, como una caricia o como un homenaje rendido a su futura belleza.

Así pasó algún tiempo. Cierto día, una negra nube cubrió el astro-rey, el cielo empezó a encapotarse y, por fin, la tempestad se desencadenó, terrible, amenazadora. Aquella duró varias horas; mas, lució la aurora y ella alumbró esos lugares un tanto desolados por el huracán, sonrió el sol, secóse la tierra y la murmuradora brisa envió mil besos a la hermosa naturaleza. Pero, ¿y la crisálida? ¡Ah, la pobre, la infeliz, había sufrido mucho! Estaba helada, casi muerta, pero como el sol pensaba aún en la futura beldad, la calentó con sus rayos y poco a poco logró volverla a la vida, y cuidó de ella con esmero y solicitud, semejante a una tierna y amorosa madre, hasta que consiguió lo que deseaba: la crisálida se volvió **mariposa.**

¡Pobrecita! ¡Qué trastorno sintió al abrir sus lindos ojos! Quería volar y no sabía dónde; quería ver y nada distinguía; quería oír, y el canto de los pájaros se lo impedía. Era ya de noche, por lo que, cuerdamente, decidió no salir. Se durmió, por fin, soñando con bellezas desconocidas, con fantásticas regiones concebidas sólo en horas de locura, con infinito encanto y dulzura, pronosticándole toda alegría y dicha sin fin, aquí en la tierra donde estaba destinada a permanecer. Ese susurro acariciador que en el sueño embriagaba sus sentidos, era como un preludio de la felicidad y dichas que en este bendito planeta la esperaban...

Como de costumbre, el sol la despertó; mas esa luz la cegó completamente. Al abrir sus ojitos fué lo primero que vió deslumbrada ante tanta hermosura. Se enamoró del rey de los astros, y voló, voló, voló sin rumbo pensando poder llegar hasta su amado; nada vió, ni nada oyó; estaba fascinada! ¡Oh, luz hechicera que sin piedad traspasaste ese corazoncito virgen! ¡Oh, crueldad inaudita!

Llegó, por fin, al anhelado sitio, y sin reflexionar empezó a dar vueltas y más vueltas a su alrededor, hasta que sus finas alitas, esas delicadas, tenues y casi vaporosas alitas se quemaron en la llama que la trastornaba. Cayó exánime a los pies de lo que creyó ser su felicidad. Cómo envidiaba ahora a sus compañeras que aún poseían alas, aquellas prudentes mariposas que podían remontarse a alturas fabulosas y ver de cerca lo horrible que era quemar sus alitas frágiles, reduciéndolas a la impotencia! ¡Cómo deseaba ella morir, para acabar pronto con sus sufrimientos! Todo era inútil: era el castigo impuesto al pecado. Ahora tendría que caminar entre tinieblas, tropezando siempre y hundiéndose más y más en el lodo de su primera caída, sufriendo martirios indecibles.

¡Triste suerte la tuya, mariposa! Todos te abandonan. No creas jamás en los fulgores de una luz que quema sin alumbrar: hace perder la cabeza, ciega, fascina, para en seguida abandonar. Nunca tus labios sonreirán a la felicidad, siempre se dibujará en ellos la amargura; jamás tu nombre se pronunciará sin escarnio; jamás podrás levantarte si la **Cruz** Blanca, con sus brazos extendidos, no presta sombra y amparo a tu dolor.

Al poner el oído a tu corazón, ¿qué oirán. ¡Ah, cuántos lamentos, cuántas quejas, cuántos ayes desgarradores! Pero, escucha atenta... Sientes otras voces amigas, que te dicen: "no desesperes". Oyes otra voz que se eleva y dulcemente, con ciertos dejos de amargura, pronuncia palabras de perdón? Oye, escucha: de sus labios sólo sale una plegaria para que Dios vele por aquellos que no saben perdonar, compadecer, ni sufrir y El te perdona. "Mujer, levántate—te dice!—y no quieras más". La Cruz Blanca te protege y redime

¡Cruz! ¡Símbolo de redención, yo te bendigo!

La dueña de casa.—Parece señor, que no le ha desagradado la sopa.

El convidado.—(Que se ha repetido por tercera vez)—No señora, es que los médicos me tienen sometido a un régimen de agua caliente.

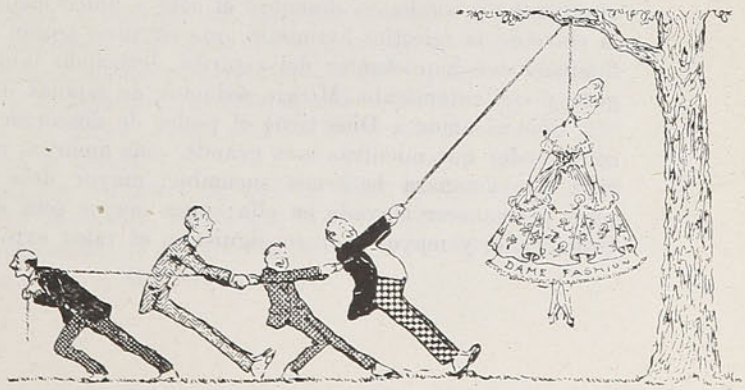
Lilí.—¡Caramba! Decididamente estoy reumático; cada vez que muevo la cola hay algo que cruge dentro de ella.

—¿Y....?

3 A. M.
Por lo que solemos llamar a la policía.

La mamá del niño!

Temperamento.



Coro de maridos (izando a la Moda).—Ahora, muchachos, todos de una vez!

Carta a las socias de la Cruz Blanca

APRENDAMOS A SUFRIR

Desde que aprendí, Dios mio,
A decirte siempre sí
Ya no hay luchas en mi vida
Ya no hay penas para mí.

Señoras mías:

Después de la caída de Adán, se reveló a la humanidad una necesidad nueva y misteriosa; la de la expiación.

A partir de ese instante funesto que marcó el origen de nuestra desdicha, la humanidad entera se consideró como una gran culpable, sintiéndose atraída instintivamente al sacrificio.

Corrompido el hombre en su origen, como el raudal que surge de una fuente envenenada, el sacrificio que hubiese hecho a Dios de su vida misma, no podía serle grato: la sangre de la humanidad después de su primera caída no tenía ningún valor. Para que Dios aceptara la ofrenda era necesaria una operación previa de la cual sólo El tenía el secreto, que purificara al hombre de su antigua mancha, haciéndole recobrar su primitiva limpieza. Esta operación maravillosa, la realizó en favor nuestro el Verbo de Dios, dignándose tomar nuestra carne y sangre en el seno purísimo de la Virgen María. Sólo a condición de que esta sangre fuera divina, podía ser vertida en holocausto expiatorio. Y Dios que ama a su Hijo con amor infinito, viendo su sangre divina mezclada a la del hombre, perdona a este último en virtud de los méritos de la sangre de su Hijo derramada en la Cruz. Los sufrimientos del hombre se elevan por virtud de esta unión, a una dignidad y a un precio divinos. Jesucristo desea que los cristianos se unan a El y se ofrezcan víctimas con El; demanda sangre, en cierta manera. El dolor, desgarramiento del alma, es una especie de martirio cruento, impuesto en mayor o menor grado por Jesucristo a los que le están unidos en la fe y en el amor. La sangre misteriosa del dolor, que se escapa de todas las heridas del corazón del cristiano, participa largamente de la virtud de expiación de la víctima del Calvario. Hé aquí el misterioso secreto de las penitencias y del amor al sufrimiento buscados y aceptados por todas las almas que han recibido luz para comprender el inmenso valor expiatorio que tienen. Y hé aquí también el secreto de la perfecta resignación en las pruebas de la vida. En el dolor, Dios habla con elocuencia a las criaturas y los acontecimientos se revelan con una belleza nueva y desconocida. Los paisajes espirituales cambian de aspecto; el valle de lágrimas, aparece despejado, de tonos suaves, celestes y armónicos. Lejos, muy lejos, han quedado las mutaciones de los seres y las cosas. Los eclipses de la esperanzza, las desencadenadas tempestadas de las pasiones, todo tiene un sólo matiz: el grande, el inmenso, el poderoso valor del sufrimiento. Presa, entonces, el alma, de insaciable afán, pone el oído al eco del dolor, y entre gloriosos desgarramientos y combates, descubre el sólo y único camino: ¡la cruz! Dios le da entonces, la clave de la celestial harmonía, que en vano tratan de descifrar los que se pierden en fluctuaciones inquietantes del espíritu, buscando inultilmente en lo infinito el perfecto goce y contentamiento. Miraje seductor de lejanas dichas, que tocadas son aire!

Solo el amor a Dios tiene el poder de descorrer el velo; de suerte que llegamos a comprender que mientras más grande, más amarga, más pesada..., y más dura sea esa cruz que amenaza hacernos sucumbir, mayor debe ser el esfuerzo de nuestra alma para permanecer clavada en ella; pues mayor será entonces, el parecido con el Divino Crucificado, y mayor, por consiguiente, el valor expiatorio.

El dolor y el sufrimiento son gracias de predilección que impregnan el alma de aroma divino. Los que aman verdaderamente a Dios, suspiran por una vida de perpétua inmolación. Lejos de ser el dolor un castigo, es el sello divino con el cual Dios marca a ciertas almas con las cuales se desea unir más. Es Jesús quien modela esas almas, quien sufre en ellas, quien ora en ellas y quien expía en ellas. Es Jesús víctima, quien renueva en ellas, convertidas por el sufrimiento en los miembros de su cuerpo místico, el sacrificio del Calvario. Esta es la forma en que debemos recibir todos los sufrimientos con que esté sembrado el camino de la vida; debiendo nosotros sufrir y expiar por nuestras culpas y por las de nuestros hermanos. Mantengámonos unidos a Cristo en la cruz cuando la prueba tienda a sumergirnos. ¡Qué dulce es abandonarse en sus brazos paternales en medio de desgarramientos crueles! Cuando rotas las fibras más sensibles de nuestra alma, confiamos, sin embargo, con fe ciega y filial, divinizamos y elevamos nuestros sentimientos naturales; callamos los gritos de nuestra naturaleza que se rebela, y aceptamos incondicionalmente el sufrimiento como se presenta, con todas las espinas que siempre le acompañan; sin examinar detalles, aceptándolo en conjunto, considerando que el sufrimiento es bueno, porque Dios así lo había previsto, así lo quiso y dispuso, con amor infinito y eterno, para nuestro bien.

Unámonos, en nuestro sufrimiento, a la agonía de Cristo en la Cruz; oigamos, una vez más en el fondo de nuestros corazones, ese ¡Sed tengo! desgarrador, salido de los labios divinos. ¡Almas! nos pide. A ese grito debemos responder con un ¡Héme aquí! generoso. Inmolémonos y aceptemos por amor todo, para que abra su corazón a los que no llaman a sus puertas. Que cure las almas de los que lejos de pedirle perdón, se complacen en envenenar sus llagas. Salvemos, en fin, esas almas que sin nuestras inmolaciones se habrían perdido para siempre.

Esa es la misión redentora de nuestra obra.

Para las socias de la Cruz Blanca el sufrir por Cristo es Gloria, y el morir por El ganancia.

FIDES

⚜ ⚜

YO NO TE DIGO

Yo no te digo que el dolor no se levante en la desembocadura de todos los caminos: lo que te digo es que, aunque aparentemente es inclemente, tiene piedad de nosotros.

Yo no te digo que no haya más dolores que alegría: lo que te digo es que los dolores nos hacen crecer de tal manera y nos dan un concepto tan alto del Universo, que después de sufridos no os cambiaríamos por todas las alegrías de la tierra.

Yo no te digo que no haya hombres malos y mezquinos: lo que te digo es que son hombres inferiores, hombres que no comprenden todavía, almas subalternas a quienes debemos elevar, seres obscuros que no saben dónde está la luz y con los cuales una caridad lúcida, paciente, blanda, todo lo puede.

Yo no te digo que la riqueza sea un mal; lo que te digo es que quien vive simplemente, en divorcio total de las vanidades, siente que le nacen alas.

Yo no te digo que el amor no haga daño; lo que te digo es que estoy resuelto a amar mientras viva, a amar siempre, siempre..., siempre.

JERUSALEN

Una hora de camino entre un torbellino de polvo, alternado con golpes de lluvia, bajo ráfagas de viento que despliegan nuestras capas, como alas, y las crines de nuestros caballos que nos azotan la cara...

Allá lejos hay una gran ciudad que empieza a aparecer sobre las montañas pedrosas y tristes—es un conjunto de construcciones esparcidas por aquí y por allí,—conventos, iglesias de todos los estilos y de todos los países: la vemos semiborrada a través de la lluvia y del polvo; las nubes pasan por delante de ella y la esconden a nuestras miradas.

Del lado izquierdo de la montaña, nada nos atrae; hay algunos edificios pero sin importancia.

Pero hacia la derecha, está la verdadera, la antigua Jerusalén, como la que vemos estampada en los misales; la Jerusalén que se reconoce entre todas las ciudades, con sus muros cubiertos de tréboles rojos y sus techos de piedra formando pequeñas cúpulas.

Jerusalén, sombría, elevada, encerrada entre sus muros de mampostería y bajo un cielo negro..

Caminamos en medio de la muchedumbre por ese camino glorioso de los sitios y de las batallas donde millares de cruzados, sin desfallecimiento alguno, han combatido por su fe...

Unos instantes para compenetrarnos del paraje en que estamos y, por consiguiente, de profunda emoción; pero todo eso, experimentado en secreto, turbados por el ruido del viento, por la proximidad de las locomotoras y los agentes.

Una vez arriba, pasamos por la gran puerta ojival de Jerusalén, sin darnos casi cuenta, con la precipitación irreflexible de buscar un albergue que nos librara de la lluvia que caía torrencial y helada.

A pie, con un árabe que me sirve de guía, salgo del hotel para ir al Santo Sepulcro.

Está casi en el corazón de Jerusalén, entre pequeñas callejuelas tortuosas, entre muros viejos del tiempo de los cruzados, sin techos ni ventanas.

Sobre el pavimento mojado y bajo un cielo aun obscuro, circulan los habitantes de Oriente, turcos, beduinos y judíos, las mujeres vestidas como fantasmas, las musulmanas cubiertas con velos negros y las cristianas con velos blancos.

La ciudad es sarracena.

Distraídamente, veo que atravesamos un bazar oriental donde el mostrador está atendido por dos vendedores con turbantes. En la penumbra de la callejuela techada pasan en larga fila los camellos lentos, enormes, y nos obligan a entrar en una puerta.

Al momento tenemos que dar paso a un largo desfile de mujeres rusas, todas sexagenarias por lo menos, que caminan ligero, apoyadas en sus bastones, con sus trajes viejos y ajados, forrados de piel, con sus caras que denotan fatiga y sufrimiento, que encuadran pañuelos negros, conjunto negruzco y triste en medio de ese Oriente todo color...

Caminan ligero, tienen un aspecto de excitación y abatimiento, tantean sin ver como las sonámbulas, con los ojos fijos, inmensamente abiertos, como en un éxtasis celestial.

Y los mujiks, que se cuentan por centenares, van en pos de ellas, con las mismas miradas de videntes. Todos son viejos, con largas barbas y cabellos grises que asoman bajo los sombreros de piel: llevan sobre sus pechos muchas medallas, lo que indica que han sido antiguos soldados.

Llegados ayer a la ciudad santa, vienen de su primera visita al lugar de adoración—donde me dirijo yo a mi vez—pobres peregrinos que llegan aquí por millares, que vienen a pie, durmiendo bajo la lluvia o la nieve, sufriendo hambre y dejando muchos de sus compañeros muertos en el camino...

A medida que uno se aproxima a ese sitio santo, los objetos de Oriente en venta en las tiendas, dan paso a los objetos del culto cristiano, son escapularios, cruces y estampas religiosas de imágenes o iconos...

La muchedumbre se hace allí más compacta, compuesta por otros peregrinos, viejos majiks y ancianas que se estacionan para comprar humildes rosarios de madera o crucifijos de dos centímetros que llevan de aquí como reliquias sagradas...

Al final de un muro viejo y semi destruído como una roca se abre una puerta pesada, estrecha y baja, y por una serie de escalones, se baja a una plaza rodeada de murallas sombrías, que está delante de la Basílica del Santo Sepulcro.

Desde que se llega a esa plaza es costumbre el descubrirse, pues ya aparece el Santo Sepulcro.

Se pasa con la cabeza descubierta, aun cuando sólo se le atraviese de paso para continuar a Jerusalén.

Está poblada de pobres que mendigan cantando, de peregrinos que rezan, y de vendedores de escapularios y cruces que tienen sus pequeños comercios instalados en el suelo, sobre las viejas piedras desgastadas y venerables.

Entre el pavimento y lo escalones surgen los zócalos de las columnas, que en tiempos pasados sostuvieron las basílicas, y que han sido devastadas como la Iglesia de Saint-Etienne. Todo ha sido destruído en esta ciudad que ha soportado veinte sitios, donde todos los fanatismos han llegado al pillaje.

Las altas murallas de un marrón rojizo que forman los lados de la plaza, son de conventos o capillas que parecen más bien fortalezas.

Al fondo, en un plano más alto y más sombrío, se levanta ese conjunto resquebrajado que es la fachada del Santo Sepulcro, que ha tomado el aspecto y la irregularidad de una gran roca. Tiene dos enormes puertas del siglo XII con ornamentos de un arcaísmo extraño; una está amurada, la otra es grande, abierta y permite ver el interior que está cubierto de millares de luces.

Los cantos, los gritos, las lúgubres y discordantes lamentaciones, se esparcen entre el olor a incienso.

Pasada la puerta, se encuentra uno en la sombra secular de una especie de vestíbulo, én el que se ve un espacio magnífico donde arden innumerables lámparas.

Guardias turcos, armados como para un masacre, ocupan militarmente esa entrada; sentados como soberanos en un largo diván, miran pasar a los veneradores de ese sitio, que es siempre, desde su punto de vista, el oprobio de la Jerusalén musulmana, y, los más salvajes de ellos, no dejan de llamarle: el Komamah (vil).

¡Oh! ¡Qué inesperada e inolvidable impresión cuando se entra por primera vez...!

Un laberinto de santuarios obscuros, de todas las épocas y de todos los aspectos, que se comunican por pórticos o por columnatas soberbias, o bien por pequeñas puertas escondidas: la de los suspiros, la de las cavernas.

Hay algunos santuarios más elevados, desde los cuales se ven las vueltas indecisas de algunos grupos de mujeres con sus largos velos: los otros son subterráneos, donde se escudan las sombras entre las concavidades de la roca, que se conservan intactas y negras.

Todo está constelado por las lucecitas de las lámparas de oro y plata.

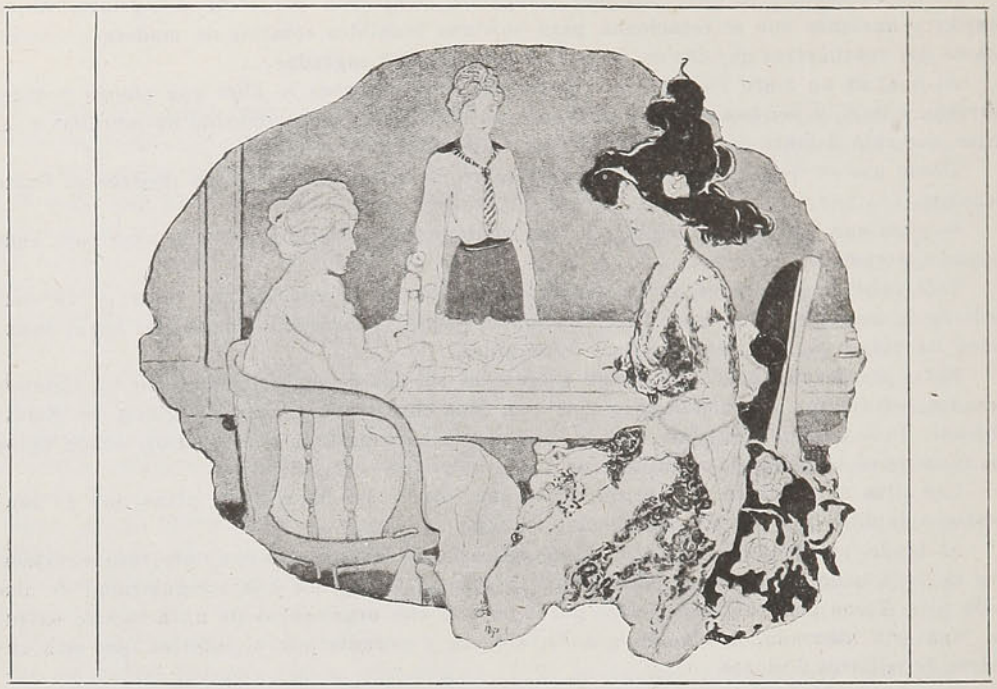
Y por todas partes, la multitud circula confundida como en una Babel, o bien se estaciona en grupos, por nacionalidades, alrededor de los tabernáculos de oro donde se oficia.

Los salmos, las lamentaciones y los cantos de alegría llenan las naves o vibran con sonoridades sepulcrales en los subterráneos; las melodías nasales de los griegos, son interrumpidas por los gritos agudos de los cristianos jacobistas de Egipto.

Y entre todas esas voces, plegarias y llantos, que disuenan, pero que los une, la reunión concluye por ser algo inusitado que asciende de ese sitio, como la lamentación suprema de los hombres, como el último grito de angustia ante la muerte...!

PIERRE LOTI

◆◆◆◆



EL TEATRO DE LA VIDA

EL TE DE LAS CASADAS

La de Marqués (Elvira): 45 años, viste con sencillez, sin pretensión de rejuvenecerse. Su rostro, de facciones finas, un poco ajadas, tiene una expresión tímida e infantil. Es pálida, delgada, esbelta.

La de Alturez (Rosalía): de poca más edad, pero pintada y compuesta. Sus facciones son algo duras. Ha debido de ser muy hermosa en su juventud, con una hermosura llamativa, cuyas ruinas procura conservar. Se refleja en su cara un alma toda vida exterior.

La de Gazul (Petra): es la dueña de la casa. Una señora de aspecto bondadoso e insignificante en lo demás.

LA DE GAZUL.—*(A la de Marqués, que acaba de entrar, después de los saludos.)* ¡Dichosos ojos, hija! Gracias a Dios que se te ve. ¿Y Julia? ¿Por qué no la has traído? Estará muy contenta. Ya sé que la han pedido..

ELVIRA.—Figúrate. Está en el momento de las ilusiones. Todos podemos estar contentos. El muchacho parece muy formal, tiene algo... luego una bonita carrera, parientes ricos, buenas relaciones. Yo, la verdad, me pongo, a veces, un poco triste, Siento separarme de ella. Pero, ¡cómo ha de ser! Así es la vida. ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que es ayer cuando íbamos a las Ursulinas a recoger a estas pitusas.

ROSALIA.—Ya, ya. Y tú no has vivido, desengáñate, Elvira; siempre encerrada en casa, lidiando con los chicos, sin ir a ninguna parte. Yo no sé cómo has podido hacer esa vida. Yo me hubiera muerto, es decir, no me hubiera muerto, porque no me

hubiera aguantado. Si una se deja, los maridos, ya se sabe, les parece lo más natural que nos pasemos la vida en casita, como si al casarnos profesásemos en un convento casero. Eso son antiguallas, buenas para el año de la nanita. Marqués es muy bueno, muy respetable, pero lo que es rarito... Como a Julia le toque otro parecido, ¡pobre chica!

LA DE GAZUL.—Calla, mujer, no digas simplezas. Eso va en caracteres. Elvira

ha sido siempre retraída, tranquila. Yo creo que ha vivido muy a gusto. ¿Qué la ha faltado? Marqués es buenísimo, los chicos son un encanto, no se le ha desgraciado ninguno. Muchas se cambiarían por ella.

ROSALIA.—Pero de veras, ¿tú has sido feliz, Elvira?

ELVIRA.—Yo creo que sí. Hay muchas maneras de ser feliz. Si de soltera me hubieran dicho que iba a hacer esta vida, puede que hubiera sido para mí un desencanto

De muchachas tenemos la cabeza llena de ilusiones, de tonterías. Después, me fuí acostumbrando y me ha llegado a parecer lo más natural del mundo. ¿Querrá creer que cuando Julia empezó a pololear me tenía que imponer como una obligación el acompañarla a teatros, a diversiones?

Divertirse es un trabajo como cualquier otro y a veces más aburrido. ¡Si supiérais con qué gusto volvía a mi casita! Y no es culpa de Enrique, el pobre es muy bueno. Si yo hubiera querido hubiese ido a todas partes. Pero le veía siempre atareado con sus negocios y me parecía un cargo de conciencia llevarle de la ceca a la meca. Los hombres que trabajan tiene poco humor para divertirse. Pero hay que desengañarse, son los mejores. Yo no he tenido nunca motivo de queja. Me parecía que yo tenía en mi casa un mundo pequeñito, mío, lleno de paz, separado del otro, a muchas leguas, como si viviera en otro país, y que en el grande vivían gentes de otra especie, seres de otra casta cuya misión era figurar y divertirse, para que leyéramos en los periódicos lo que hacían, los pobrecitos que vivíamos en nuestro rinconcito tibio y tranquilo. Y no creáis que me he aburrido. Más me he divertido yo con las monadas de los chicos cuando eran pequeños, que si hubiera estado todas las noches de baile, y más emociones he tenido en sus enfermedades y cuando los he visto crecer y he pensado en su destino, que si hubiera sido una heroína de novela. El tío Juan, que era un sabio, decía siempre que el contento está en nostros mismos, y no en las cosas de fuera ni en la vida que hacemos, y que un pastor podía pasarlo tan bien como esos millonarios que andan siempre danzando por el mundo y han recorrido las siete partidas y lo han visto todo y están siempre donde se divierte la gente. Podrás decir, Rosalía, que mi vida ha sido muy sosa... ya lo sé, pero no la cambiaría por otra. Me parece que el tiempo ha pasado sin sentir, que mi vida ha sido un día largo, igual, tranquilo, sin penas; que he seguido siendo niña hasta ahora que voy para vieja. Cuando recuerdo lo pasado me parece que es hoy, que lo vivo todo a la vez. Yo no sé si esto es ser feliz, no lo será para otras personas, pero si volviera a empezar querría ser otra vez lo mismo.

LA DE GAZUL.—Chica, tienes razón. Yo creo que la vida es como las comidas; no conviene atracarse demasiado, no se toma el gusto a las cosas y se echa a perder el estómago.

ROSALIA.—Pues si Julia piensa como tú, tu señor yerno futuro está de enhorabuena.

LA DE GAZUL.—Ya lo creo, pero puede que ella también.

ANDRENIO.

EN PAZ

Muy cerca de mi ocaso, y o te bendigo, vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
Porque veo al final de mi rudo camino
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las hieles o la miel de las cosas,
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas
Cuando planté rosales, coseché siempre rosas.
...Cierto a mis hozanías va a seguir el invierno,
mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!
Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas,
y en cambio tuve algunas santamente serenas...
Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz;
Vida, nada me debes; Vida, estamos en paz!

AMADO NERVO.

LO QUE DICEN LOS POETAS

SONETO

Yo vi sobre unas piedras asentada
la antigua maravilla de una fuente
que por angosto caño, blandamente
vertía el agua fresca y clareada.

La vena de tan alto despeñada
chocaba en una pila reluciente
de los rayos del sol, en que la gente
leía una conseja amedrentada.

Ocioso llegué un día y pude atento,
rascando por el musgo, ver qué había
labrado un corazón; y al desbastarle

topé con este triste pensamiento:
"No mires de quién es, que es cosa mía.
¡Ni el agua eternamente ha de limpiarle!"

LAS DOS LEYES

I

¡El hombre es lobo, el hombre es buitre, el hombre es fiera
y aun más!, porque el instinto reemplaza la razón
y sus impulsos viles de bestia carnicera
disfraza con sofismas de amor y redención.

Y burlesco sería, si trágico no fuera,
el inmundo espectáculo de esta magna función
en que se despedaza la Humanidad entera,
con la paz en los labios y odio en el corazón.

Sólo una ley conoce: ¡la lucha por la vida!
Ella pone en la mano el puñal homicida,
y ella dicta a la boca las palabras de miel,

para afirmar el triunfo del astuto y del fuerte,
que sabe en sus designios servirse de la muerte
vistiéndola de frases... ¡Hipócrita y cruel!

II

¡Ya las almas despiertan! La aurora que clarea
los nuevos horizontes de amor y de verdad,
ilumina el camino del reino de la idea,
donde toda violencia encadenada está.

Ya la humana locura, sangrienta y gigantea,
calma sus convulsiones estériles, y va
entre las desoladas ruinas de la pelea,
temblando de vergüenza y horror la humanidad.

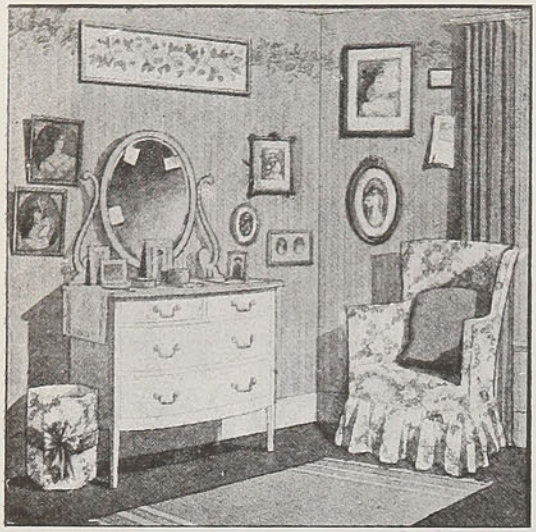
El arrepentimiento, como hierro candente,
quemará la serpiente del odio, la serpiente
de la injusticia; y muertas y olvidadas las dos,

desnudas y sinceras se enlazarán las manos,
y se amarán los unos a los otros. ¡Hermanos
bajo la redentora y mansa Ley de Dios!

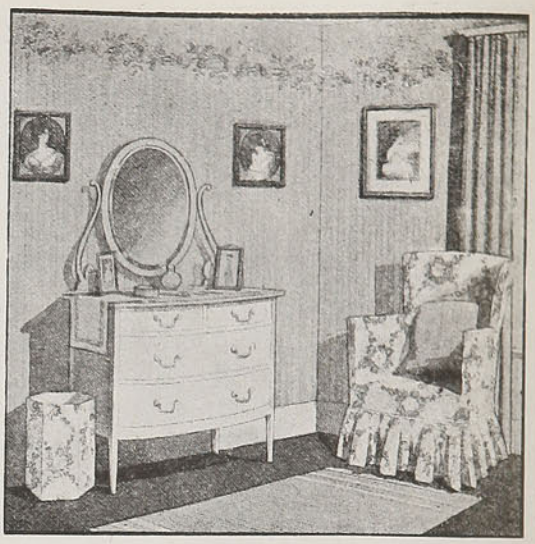
ANTONIO DE URBINA Y MELGAREJO.

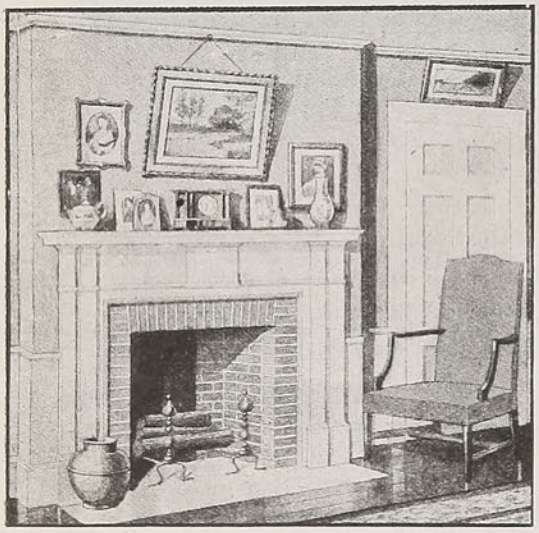
LA ESTETICA EN EL HOGAR

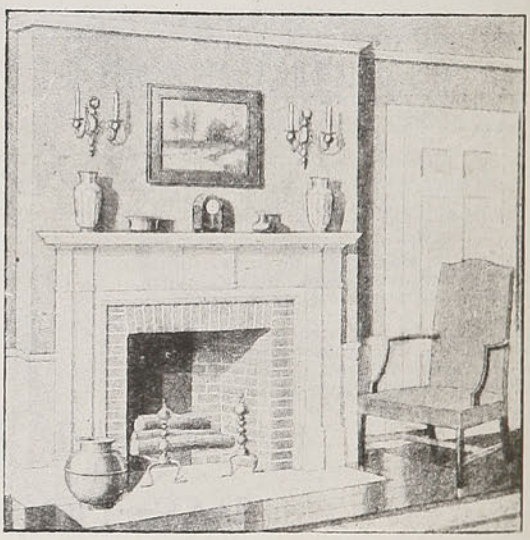
Como no deben colocarse los objetos

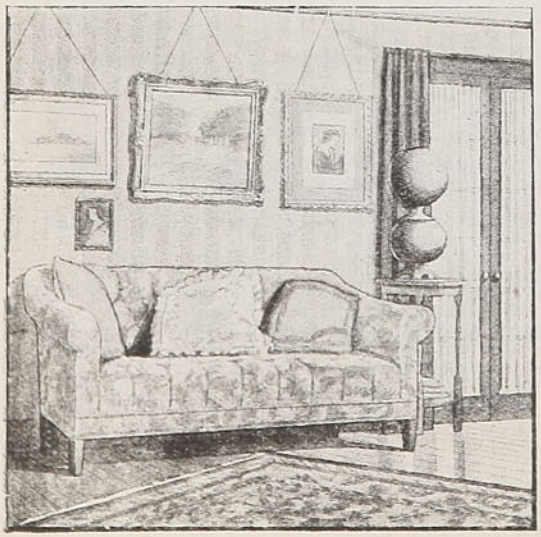


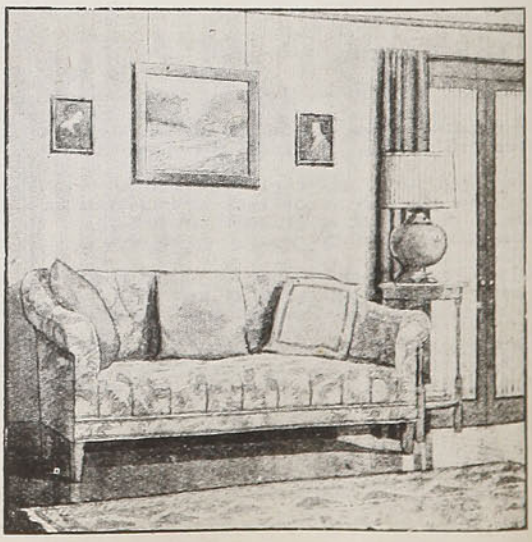
Como deben colocarse los objetos











UN BENEFACTOR

DE

"LA CRUZ BLANCA"

En respuesta a una comunicación que fué dirigida por nuestra Secretaria al señor don Jorge L. Duval, socio de la Casa Wessel, Duval y Co., este distinguido hombre de negocios americano quiso favorecer a nuestra Sociedad con un donativo de treinta mil pesos destinado a asegurar a "La Cruz Blanca" una renta vitalicia que, según los deseos del generoso fundador, se denominarás "Renta perpetua de la Inmaculada Concepción".

Este nuevo acto de desprendimiento del conocido filántropo ha comprometido hondamente la gratitud de "La Cruz Blanca" que, muy honrada, ve vinculado su nombre al de un esclarecido benefactor de los pobres, de los ancianos y de los niños desamparados.

Con todos ellos repite "La Cruz Blanca" una elocuente y poética frase: ¡Qué Dios se lo pague!

HACER POR HACER...

Es preciso hacer las cosas aunque se hagan mal, pero hacerlas. Aforismo que se atribuye a Sarmiento. Yo no sé si le pertenece efectivamente; pero sea de quien fuere, que corra. Y mientras anda por el mundo combatiendo osociedades, indecisiones o indolencias, hablemos de él, entre nosotros, con un poco de reserva.

Convengamos, ante todo, en que eso es aplicable a los genios; ellos no tienen evidencias deductivas que exijan espera, sino intuitivas; no raciocinan, ven; no buscan la visión, la distinguen los ojos lucientes en la sombra, y son arrastrados por ella. "Desde el instante en que la obra va a ser perfecta, dice Novalis, se hace más grande que su creador; éste es el órgano inconsciente. El artista pertenece a la obra; no la obra al artista. Cervantes, efectivamente, no llevó a Don Quijote; era éste quien le llevaba, de ceca en meca, de aventura en aventura, como era Mefistófoles quien arrastraba a Gœthe a la región de las madres, y Virgilio quien conducía a Dante al través de los cercos infernales o purificantes. Esos hombres, conducidos por el dios interior lumínico, deben, pues, hacer las cosas; no haya cuidado de que las hagan mal."

Bien es verdad que esos tales no necesitan de consejos; genio es fuerza, y libertad todas las potencias: en la inteligencia, en la memoria o fantasía, en la vida afectiva, y sobre todo en la voluntad. El genio no forma parte de nuestra humana compañía, ni se rige por sus reglamentos. "El hombre infinitamente caracterizado, dice el mismo Novalis, forma parte de un infinito."

Pero el aforismo que comentamos, a quien menos se refiere es a los genios, según barrunto: tiene en vista al común de los hombres, a los que forman la humana colmena. Y así examinado, el asunto no se presenta tan claro.

Hacer las cosas de cualquier manera, pero hacerlas, es el criterio que sigue mi criado, pongo por caso, cuando da en el empeño de acomodarme la biblioteca o la mesa de trabajo, que yo dejo revuelta. El *"hace"*, indudablemente; todo queda espolvoreado y limpio y simétrico: los libros según el color de sus lomos; los papeles según su forma y tamaño; todo queda en orden. ¡Las horas preciosas que he tenido que perder para volver a desordenar la obra realizada por ese hombre de acción, cuyos servicios he tenido que pagar sin embargo!

Pero entre la acción de ese mi criado y la de Cervantes, o Gœthe, o Newton, o Pasteur, hay infinitos matices intermedios, y son ellos los que deben hacernos estar en razón. Esos matices intermedios son precisamente los que constituyen la humanidad real.

Pues bien: si hubiéramos de contar las cosas que han quedado sin hacer en este mundo, por sólo haber sido hechas, sería el cuento de nunca acabar.

Eso de hacer aunque se haga mal, pero hacer, combate, fuerza nos es convenir en ello, no sólo la flaqueza de voluntad, o la indecisión que nos conserva menores de edad toda la vida, sino también el anhelo de perfección inaccesible, que, muy a menudo, no es otra cosa que flaqueza, ineptitud o cultivo del detalle, sin provecho de lo esencial; pero es preciso convenir también en que ese buen consejo, a pretexto de combatir la pereza de obrar, estimula la de pensar, y hasta la de ser. *Penser est agir*, se ha dicho. Y lo tengo por inconcuso: pensar es obrar.

En el fondo del aforismo que nos entretiene, está escondido, si no la negación, el menosprecio, cuando menos, de la labor que distingue al hombre que perfecciona el arado, del buey que tira de él; en él está el estimulante de la inconsciencia, de la mediocridad rutinaria, sobrepuestos, a toda actividad creadora, que es actividad perfecta. Presentada esa labor de trompo, cuya sola vida es el movimiento que le viene de afuera,

como el tipo de la humana laboriosidad, ella tiende a avergonzar y a acobardar las lentas y angustiosas de los hombres de vida inmanente; justifica la recompensa material y el predominio social, que es su consecuencia, de los ociosos del espíritu, de los verdaderos holgazanes, que se apresuran a sacarse de encima la obra para sacársela de encima, para no trabajar precisamente.

El hombre que se suicida; el soldado que hace disparos y más disparos sin apuntar; el obrero que remacha el clavo sin ver si está en su sitio; el arquitecto que levanta cúpulas sin objeto; el médico que expide recetas, y el abogado que escribe alegatos sin necesidad; el maestro que, como quien echa agua y más agua en un recipiente lleno, da lecciones al niño que ya no puede prestar atención; el periodista que derrama las palabras de su artículo de diario en el papel; el predicador que llena de las suyas, no escuchadas, el aire que bosteza; todos esos, y tantos más, practican el aforismo: hacen.

Hasta los que ni quieren pensar en el alma ni en la eternidad, porque eso no es *hacer,* son fieles de ese evangelio del trabajo por antonomasia: hacen por hacer, viven por vivir, aunque vivan mal, y después se los lleve el diablo.

Pero, es preciso que el mar tenga su flujo y su reflujo. Que hagan, en buena hora, las cosas los artesanos intelectuales y manuales, los calafates y carpinteros, presidentes, comerciantes, senadores, escritores de libros en prosa y verso y de diarios de gran circulación, médicos y cirujanos patentados, ministros, predicadores, catedráticos, arquitectos de edificios con cúpula puntiaguda o de forma oval, y autores de proyectos de ley y de comedias sociológicas, de compañías por acciones, y todo lo demás. Que se saquen de delante la obra, realizándola, y les llamaremos hombres de trabajo, les daremos los puestos políticos con sus atribuciones y honorarios correspondientes. Y allá se las hayan, y con su pan se lo coman.

Pero el hombre que tiene algo que esperar, que espere; que no haga; que tenga desalquilado, algún tiempo siquiera, el espíritu, para el enviado que ha de llegar por su intermedio a los demás hombres; que no se apresure demasiado a exigirle el precio del alojamiento, ni siquiera en gloria, mucho menos en dinero. No será ministro quizá, pero será una persona real.

Es claro que no por eso hemos de consumir la vida preparándonos a vivir; es preciso determinarse y obrar; el principio es la mitad de la obra, dice la máxima griega; quien quiera ver perfectamente claro antes de determinarse, ha dicho alguien, no se determinará jamás; y quien no acepta el arrepentimiento no acepta la vida. Pero entre la visión perfecta o intuitiva y la seguera, está la visión deductiva o racional, el acto humano trascendental. No hay que confundir la espera con la indecisión, y mucho menos con la pereza; espera, es actividad interior. El rebuscador de papeles no concibe la actividad, al parecer inerte, del historiador que escribe una página bella y condensada; el maestro de obras cree que el arquitecto pierde su tiempo, cuando espera que su lápiz dé con el camino de una línea entrevista; los brutos no conciben la atonía de los árboles en invierno. Pero el trabajo, el verdadero trabajo de germinación y vida es lento, y queda siempre inconcluso en la obra humana.

Querer estar solo y en silencio es, muchas veces, dar una cita a alguien o a algo; aplazar la ejecución de un pensamento es respetarlo; no hacer en ciertos casos, es la sola forma de hacer.

Nadie ha expresado eso con más belleza que Joubert en la esfera de la producción literaria, aplicable a todas las de la inspiración estética.

"Lo que yo puso—dice— no es mi frase, es mi idea; y no me detengo, hasta que la gota de luz de que tengo necesidad está formada, y cae de mi pluma."

¿Y quién podrá superar al tenuísimo Amiel, menos enfermo de la voluntad de lo que se dice, en la expresión de esos anhelos de las almas elegidas que no tienen prisa?

"Ten en tu alma—dice—un lugar para el huésped que no esperas, y un altar para el dios desconocido. Y si un pájaro canta en tu follaje, no te apresures ni te precipites en domesticarlo. Y si sientes algo nuevo, pensamiento o sentimiento, despertarse en el fondo de tu ser, no te apresures a llevar la luz ni la mirada, protege con el olvido el

germen naciente, rodéale de paz, no acortes su noche, permítele crecer y formarse, y no divulgues tu dicha. Obra sagrada de la naturaleza, toda concepción debe envolverse en el triple velo del pudor, del silencio y de la sombra."

Cuando, oyendo esas palabras, que suenan como las de un rito sagrado, se nos presenta el "es preciso hacer las cosas aunque se hagan mal, pero hacerlas", esto nos parece una brutalidad, el relincho que interrumpe el canto de una alondra, o el tiro de escopeta de un patán que la mata, para comérsela o venderla en el mercado.

Bien es cierto que la gruesa humanidad vive, y tiene que vivir, de carne de alondra muchas veces.

El "es preciso hacer las cosas aunque se hagan mal, pero hacerlas", suena a mi oído como el ¡arre! del carretero que azuza las bestias; no es un pensamiento; es un latigazo. Y el latigazo no aumenta la fuerza del caballo; le obliga sólo a recoger la que tiene, hasta agotarse.

Esa fórmula es la de los tiranos, menos infernales, pero genios muchas veces, que se reservan el pensamiento y dejan a los demás, al gran rebaño, la obra: el hacer de cualquier manera, pero hacer.

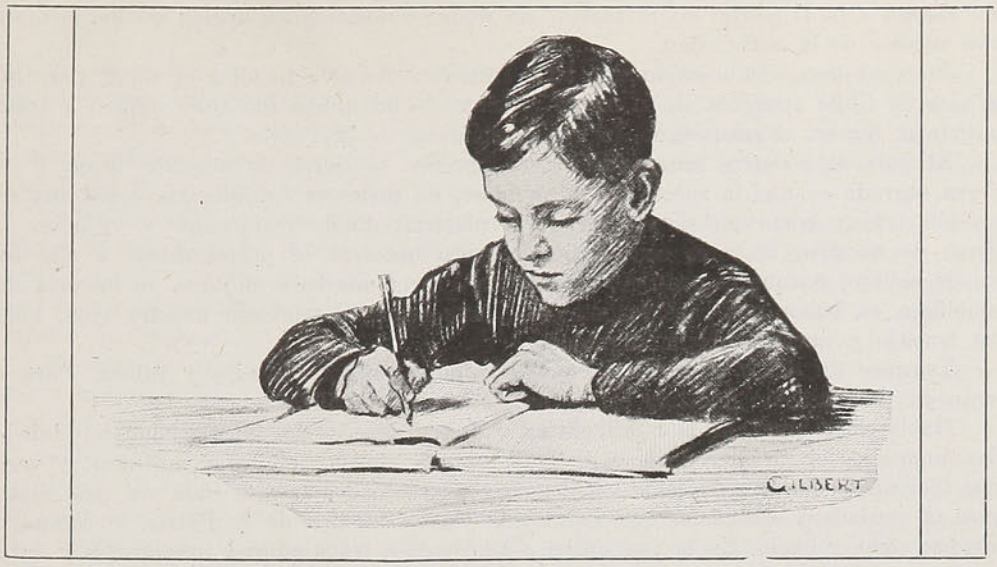
Ese chasquido de palabras azuza los mulos; pero mata a las alondras, al sabio sumergido en una hipótesis, al poeta enamorado de una estrella, al místico extasiado en un arcángel, al santo enamorado de Dios.

JUAN ZORRILA DE SAN MARTIN.

REGRESO

Largas tardes campestres,
alamedas rosadas,
aire delgado que el aroma apenas
sostiene de la acacia,
huerto, pinar... Llanuras de oro viejo,
azul de la montaña...
Esquilas del arambre
y balido sin fin de la majada,
en el silencio claro...
¡adiós, adiós, que la ciudad me llama!
Maravillosa noche, estremecida
por el rumor del agua
y el fulgor de los astros—
imán de la mirada
perdida en lo insondable
de la eterna pregunta...—(El grillo canta,
corre la estrella, el aire
suspira entre las ramas.)
Sueño tranquilo y sano,
velado por las plantas
humildes de la tierra y por el bravo
eucalipto que asoma a mi ventana...
Noche de paz y de salud y sueño,
¡adiós, adiós, que la ciudad me llama!
Allegro matinal, tímida gloria
y milagro de nácar,
a las corolas risa,
trino a las aves y delicia al alma,
aire en las sienes, despertar, eterna
juventud, ¡oh, mañanal,
que abres los ojos y las rosas, dulce
Mañana de mi huerto, suave y pura,
y poderosa gracia...
¡adiós, adiós, que la ciudad me llama!
¡Me llama la ciudad—que ignora el cielo,
y la tierra y el agua,
y el sol y las estrellas—,
febril y jadeante, apresurada,
sonora de matales,
infecta de palabras!

MANUEL MACHADO.



LA PAGINA DEL NIÑO

I

EL AMOR A LA PATRIA (1)

Al dirigirme a ti, noble amiguito ideal, quiero suponer que mis palabras no han de caer en vano sobre tu alma tierna, porque la virtud principal de la adolescencia consiste en su blandura para recibir la huella de los grandes sentimientos.

Quiero suponer también que tu corazón está preparado para las lecciones de bondad y heroísmo, y que tus padres, tus maestros y tus parientes han procurado infundirte la noción de las virtudes elementales. Estás situado, pues, en el umbral de la vida, y muy pronto te has de ver lanzado a la dificultad de los estudios superiores y a los azares del mundo. Mañana mismo estarás en posesión de tu personalidad y ocuparás el puesto que el destino te señala entre tus semejantes. Tus semejantes son los hombres de todo el mundo. He ahí la sociedad en que te preparas a ingresar.

Pero tú has nacido en un lugar determinado del mundo, y ese lugar es tu Patria. Tu patria se llama Chile. ¿Qué idea tienes de Chile? ¿Qué obligaciones crees que le debes a tu Patria y qué bondades piensas que puedes recibir de Chile?

Eres un muchacho estudioso, inteligente y disciplinado. Conoces, por tanto, las nociones generales de la Geografía, y tus maestros se han esmerado en enseñarte la configuración de la tierra, la forma y división de los continentes, la posición de los mares, las islas y los Estados que componen el mundo. Conoces muy bien la situación de Chile y no ignoras el número de sus provincias, sus cultivos, sus instituciones.

(1) "La Cruz Blanca" empieza a publicar desde este número, una serie de interesantísimos artículos dedicados a los niños, que serán, en conjunto, una fuente de nobles inspiraciones para nuestros jóvenes lectores.

En cuanto a la Historia, no te faltan, sin duda, conocimientos acerca de los memorables sucesos de la antigüedad.

Pero yo deseo comunicarte algo más. Intentaré llevar a tu alma el amor, para que la idea de Chile aparezca en tu mente rodeada de un nimbo inefable. Aspiro a transmitirte el fervor, el entusiasmo, la unción religiosa de la Patria.

El país de nuestros antepasados será también la tierra de nuestros hijos, y esa tierra sagrada en que la suerte nos hizo nacer, no podemos considerarla como una expresión fría y como un simple territorio material donde respiramos y vivimos. La tierra de nuestros mayores nos pertenece, pero nosotros le pertenecemos a ella con mayor motivo, porque el prestigio de nuestra Patria nos hace mejores, su historia nos ennoblece, su honor nos hace respetables, y sus armas defenderán nuestra vida, nuestro trabajo y nuestra propia dignidad.

Tenemos un deber supremo para Chile, que es nuestra madre y tutora. Para él serán en toda ocasión nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios.

Hablaremos, pues, de la moral cívica y de los deberes del buen ciudadano chileno. Examinaremos el carácter de la ciudadanía en sus aspectos civiles y militares, y veremos fácilmente que la diferencia entre paisanos y soldados resulta cada vez más inútil, pues el verdadero ciudadano que siente con fuerza la idea de la Patria se comporta siempre como soldado. En la paz quiere Chile buenos trabajadores, inteligentes y entusiastas, que labren la fortuna de la nación y que vigilen constantemente la acción de los gobernantes. Para el momento de la guerra quiere Chile hijos valerosos que le ofrezcan al punto sus pechos y sus vidas.

Ahora, noble amiguito, hablaremos de los deberes y las virtudes de un buen ciudadano chileno.

II

LAS VIRTUDES DEL CIUDADANO

Estás en la puerta de la vida, dispuesto a la lucha y lleno de fogosa impaciencia. ¿No sientes miedo alguno? ¿Te sientes bien preparado? ¿Con qué recursos cuentas, entonces?

Examina tu alma y tu corazón, muchacho, y mira si estás bastante provisto de armas ofensivas y defensivas. Ante todo, debes cuidarte de reunir las mayores y las mejores virtudes, porque el hombre que se enriquece con ellas será siempre el favorito de la Fortuna y ganará la estimación de sus semejantes.

Las virtudes de un buen patriota y un buen ciudadano son diversas, y además son incontables, porque el corazón generoso y entusiasta halla siempre ocasión de descubrir e intentar una nueva virtud.

La primera virtud del patriota es el amor fervoroso y profundo por la Patria. La primera virtud del ciudadano es la obediencia, o sea la disciplina.

El valor: he ahí la virtud excelsa y hermosa que sirve de adorno al hombre. Un corazón valeroso atrae y gana las simpatías de la gente, en tanto que la cobardía hace

feos los actos, las obras y hasta el semblante de los hombres. El hombre valeroso es más bello, más atrayente, porque el valor por sí mismo infunde a las cosas un aire de arrogancia y de noble arrebato. Una vida valerosa es como un día de sol, como una juventud robusta, como una mano que se tiende franca, leal y protectora. El civismo exige valor, y la Patria pide almas hermosas.

La generosidad es otra hermosa virtud que infunde al hombre un sentido de nobleza y de simpatía. Es preciso, muchacho, que sepas dar tu corazón, tu apoyo, tu dinero, tu cariño. La fuerza es dadivosa, la juventud es pródiga, el valor se ofrece sin tasa. Y, en último término, la Patria necesita ciudadanos que sepan dar su vida y su fortuna sin titubear.

Procura ser sincero, muchacho, porque la sinceridad es una virtud de las almas nobles y varoniles. El hombre fuerte y valeroso siente horror a la mentira. La mentira es la defensa de los cobardes y al arma de los malvados.

Cultiva tu alegría, muchacho, porque también la alegría es una hermosa virtud. La alegría es bella, tanto como fea la tristeza. Muestra a los hombres un rostro amable y risueño, y esa será tu mejor cortesía. La juventud, la fuerza y el valor son alegres, mientras que la impotencia y la cobardía muestran su semblante agriado y triste. Cultiva, pues, la virtud del optimismo.

Aprende a afirmar, muchacho, y evita el caer en la negrura de las negaciones y los pesimismos. Dirígete de frente hacia las cosas; acepta con entusiasmo la lucha de la vida; lánzate con valor y alegría contra los obstáculos.

El hombre debe estar dispuesto a sacrificarse por la Patria, por las grandes ideas y por las causas sublimes.

La nobleza de los sentimientos es otra virtud que decora y embellece al hombre. La belleza no consiste en los rasgos físicos ni en la perfección de las proporciones; estriba en la bondad del alma, qre brota de dentro y envuelve al individuo en una aura inefable y atrayente.

Para esto es preciso que el alma se mantenga pura en todos los momentos.

Un alma pura no puede confundirse; su nobleza esencial brota en los ojos, y la delatan en seguida los gestos, las actitudes y las obras.

La pureza del alma nos libra de las bajas pasiones, preservándonos de los pensamientos viles o rastreros. Muchacho, no pienses mal de otro, mientras no tengas pruebas contrarias. Presta tu amor, antes que tu recelo.

Y tu virtud diaria, constante y de todos los minutos, será el amor al estudio y la pasión por el trabajo. Que todos tus momentos del día se hallen ocupados útilmente. Trabaja con entusiasmo y fervor. Alimenta tu sed de saber, y hasta en las horas de diversión y de ocio podrás utilizar el tiempo contemplando las bellezas de la Naturaleza, oyendo la música de los bosques y las fuentes, cobrando salud y alegría en los juegos, o comunicándote con otros corazones en el divino regalo de la amistad.

En la vida, es necesario obrar como si fuéramos capaces para todo, y es necesario resignarse como si fuéramos impotentes para todo.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

JOYERIA ARTISTICA ITALIANA

FABRICA DE ALHAJAS

Alfonso Molina

Relojería

Artículos para Regalos

SANTIAGO **San Antonio 346**

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras

en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnituras, Blanco y ropa de uso doméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogo general que distribuye la Casa a principios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

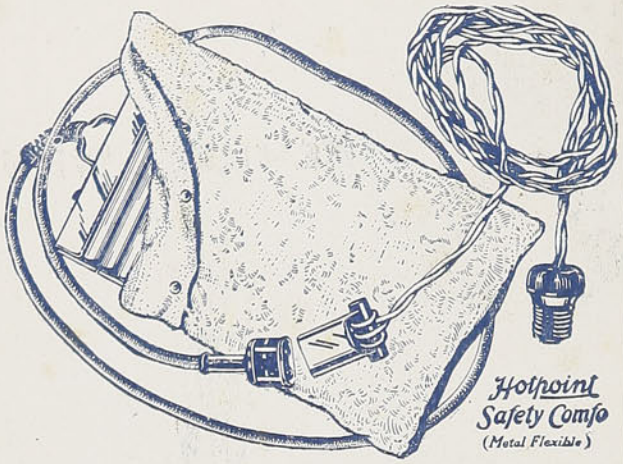
a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

AÑO II NUM. 20.



Utiles domésticos para los distintos usos en el hogar, que funcionan con corriente eléctrica

De la acreditada marca "HOTPOINT"

Ofrecemos una selecta variedad de estos útiles eléctricos para todas las necesidades del hogar.

Nuestro surtido es lo más extenso y está compuesto por TETERAS, ANAFES, CACEROLAS, TOSTADORES DE PAN, PLANCHAS DIFERENTES TAMAÑOS, CALENTADORES PARA LA CAMA, BARREDORAS, ETC.

Morrison & Co.

AHUMADA, Núms. 65-77

Casilla 212

SANTIAGO

CASA WEIL

JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

PIDA COMUNICACION CON
TELEFONO INGLES
2132
BOTICA FRANCIA
Importa todo artículo de Farmacia. Tan pronto como un nuevo remedio serio ve la luz en cualquier parte del mundo, lo recibimos. El cuerpo médico lo sabe; es por esto que al recetar un medicamento nuevo, el Doctor indica siempre que es en nuestra Casa donde hay probabilidad de encontrarlo. También nuestra clientela lo sabe, y sabe, además, que aunque se trate de novedades que únicamente tenemos nosotros, no por eso abusamos y que nuestros precios son reducidos.
PEDIDOS AL INTERIOR
Por carta o telégrafo atendemos rápidamente todos los que se nos hagan.
"BOTICA FRANCIA"
Estado 154—Teléfono Inglés 2132—
Casilla 2105
SANTIAGO
JEP

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
" Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras, el Pensionado de Estudios Superiores:

DELICIAS 2577

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condéll Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS,
CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES,
PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES === GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro-Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	2420

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruma			

NOMINA DE SOCIAS DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Balmaceda Z. Elvira			
Bascuñan de Montes Eugenia	Agustinas		
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	356
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	2420
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	1431
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Brown María Teresa	Viña del Mar		
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena	Merced	322	
Danberg de Molina, Clotilde	Parque Forestal	560	
Dublé de Tonkin, Julia			
E			
			318
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	1413
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia			
Eguiguren de Matte, Laura	Compañía	1712	
Edwards de López, Elena	Galería Alessandri	24	
Edwards de Pérez, Lydia	Huérfanos	1580	2754
Echavarría de Barriga, Sara	Compañía	1373	
Edwards, Lucía	Moneda	1625	
Eguiguren de Méndez Laura	Dieciocho	133	1360
F			
Ferrari de Edwards, Josefina	Av. República	301	Parque 173
Fóster, Josefina	Huérfanos	1642	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Foster de Zegers Rosa	Av. República	157	
G			
G. de Carvallo Elena	Viña del Mar		
González de Segovia Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarillas de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	2700
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	1129
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 155
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Diciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	54	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
	Dieciocho	146	
	Agustinas	2573	
Méndez de Gana, Leonor			
Manzano de Urrutia, Carmen			
O			
Ortúzar de Tagle, Inés	Ejército	450	
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	2830
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	1307
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	2375
Palma de Vial, María	Teatinos	148	1202
Prats Bello, Ana L.	Manel Montt	2280	
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	2938
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	
Pinto de García Zegers Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mercedes	Moradé	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	2251
			2921
			339
S			
S. de Klimesca Estafanía	Maestranza		
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	989
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	2634
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia			
Silva de Amunátegui, Eva	Merced		Parque 9
Serrano de Cabieses, Carmela	San Martín	77	
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Ejército	495	
Soto Rojas, Magdalena	Av. Inglaterra	161	
Sánchez de Arnolds Mercedes	San Antonio	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Martín		
T			
Tagle de Vergara, María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena	Cerro	91	
Elisa Tupper de Cuevas			
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	732
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	152
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	2632
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	230
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			
Walker de Freire, María	Delicias	520	785
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zegers de Echeñique, Isidora	Agustinas	1673	
Zañartu de Besa, Elena	Av. República	105	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fon**dos **han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés. Delicias 1652. Teléfono 2700.

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — Santiago de Chile, abril de 1920 — NUM. 20

SUMARIO

LA PASTORAL 516
CARTA A LAS SOCIAS DE "LA CRUZ BLANCA" 518
CARMEN SYLVA, **Jinés de Alcántara** 521
OTOÑO—MATERNIDAD 528
CONTRA LAS MODAS LICENCIOSAS 529
LEYENDO "LAS MORADAS" 530
LA TIRANA, **Vicente Medina** 532
IDILIO TRÁGICO, **M. Lluria** 533
EL TE DE LOS SALONES 535
¡CRUZ BLANCA!, **Celia G. de Segovcia** 538
LA SINCERIDAD 539
UN DUELO 542

Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo de Santiago de Chile, doctor don Crescente Errázuriz, que acaba de lanzar una hermosísima Pastoral sobre la necesidad de combatir el lujo y las modas deshonestas en el vestido de las mujeres, y especialmente cuando se trata de presentarse en el templo.

LA PASTORAL

"Crescente Errázuriz, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Santiago de Chile, al clero y pueblo de su diócesis, salud y paz en Nuestro Señor.

En medio de las calamidades que hoy afligen al mundo, no es por cierto una de las menos dolorosas para el hombre de fe, que sabe elevarse sobre las humanas miserias y pedir al cielo su remedio, el notar cómo el olvido de Dios invade todas las clases sociales y parece llevar al paganismo aún a las que siempre habían sido el ejemplo de las virtudes.

Especialmente en Chile, la mujer se había distinguido de contínuo por la piedad y la práctica de los más altos deberes: esposa modelo, madre venerada, hija tierna y amante, pronta en toda condición y en cualquiera circunstancia a tender mano generosa al desgraciado, diestra en enjugar ajenas lágrimas, olvidada de sí misma para dedicarse a labrar la felicidad de su querido hogar y para llevar muy lejos consuelo al dolor; la mujer chilena había sabido dar altísimo lustre a nuestra cristiana sociedad y su nombre, el recuerdo de nuestras madres y hermanas, constituye para las familias la más preciada herencia.

Tales virtudes, que cautivan el universal respeto y atraen la gratitud, el aprecio y el cariño, iban revestidas de la mayor modestia. La mujer cristiana no cuidaba de manifestar los beneficios que por doquiera esparcía ni las grandes dotes que la adornaban; no pretendía llamar la atención ni hacerse admirar; en el cumplimiento de sus deberes miraba sólo a Dios y a la felicidad de los seres que Dios le había confiado. Esa modestia se traslucía en su conducta y en la manera cómo trataba a los demás y se trataba a sí misma. Deseosa de prodigar el bienestar en torno suyo, combatía el lujo, fuente y raíz de tantos y tantos males, ruina de tantas familias y, teniendo siempre con qué socorrer al menesteroso, siempre también ofrecía el hermoso ejemplo de la sencillez y del recato.

Bien sabemos—y por ello damos fervientes gracias al Señor—que las virtudes que, como vamos recordando, han sido el sello y distintivo de la mujer chilena, no han desaparecido de nuestro suelo, que numerosísimas familias se honran con ellas y honran a la sociedad, y que el amor al deber, y el cumplimiento de los deberes son hoy como ayer el perfume de innumerables hogares y la muestra de la única verdadera grandeza del cristiano. Empero, también hay por desgracia muchísimas familias que, ostentando una manera de vivir capaz de haber cubierto de rubor a nuestras madres, hacen gala de fausto, de desmedido lujo y, lo que es harto más triste y vergonzoso, parecen ansiosas de llamar la general atención por el vestido casi íbamos a decir por la desnudez pagana con que se presentan.

El Padre Santo, la mayor parte de los obispos, los predicadores sagrados, en nombre de Dios y con elocuentes llamamientos a los santos instintos y al recato, han elevado ciento y cien veces la voz para condenar ese lamentable olvido del pudor y esa desobediencia a las divinas enseñanzas y a las leyes con que la Iglesia se empeña en resguardar la honra de sus hijas.

El mal es universal; es el paganismo que hizo de la mujer una vil esclava y adonde lleva fatalmente el camino que principia por la esclavitud del vicio, por pisotear los deberes.

Chile no se libra del general contagio, a pesar de su renombrada piedad. Con dolor del verdadero católico y rubor de las familias que conservan las antiguas santas costumbres, por doquiera se divisa ya entre nosotros el desenfreno que arrastra a su ruina a la sociedad y a los hogares.

Delante de semejante espectáculo, unimos nuestra voz a la de nuestros hermanos en

el episcopado, para hacer también un llamamiento a las almas que Dios ha confiado a nuestra solicitud y pedirles que recuerden que son cristianas y no se manchen con hábitos y actos condenados por la decencia y la honestidad. Las almas piadosas y en especial las consagradas a Dios en los claustros, eleven sus plegarias al cielo, a fin de que la gracia del Señor torne eficaces estas nuestras recomendaciones.

Mas, hay un punto en que podemos no limitarnos a deplorar tales males, sino esforzarnos por impedirlos, a saber, en lo que mira a la decencia con que la mujer debe presentarse en el templo y, sobre todo, con que ha de acercarse a la Mesa Eucarística.

Dios, que ha puesto a disposición de los hombres el universo, se ha reservado el templo, a fin de que, exclusivamente dedicado a su culto, hallen en él sus hijos, como en su propia casa, pues es la casa de su Padre Dios, lugar de refugio, de consuelo, sagrado lugar en donde puedan exponer al Señor sus necesidades e impetrar gracias, lejos de las pasiones humanas y de las humanas vanidades. El respeto al templo está, pues, prescrito por ser la casa de Dios, por haber de mantenerse apartado de cuanto de Dios separa, por abrir sus puertas lo mismo al rico que al pobre, al grande y al pequeño, según el mundo, y, en consecuencia, por ser esencialmente lugar de recogimiento y de gracia.

Nuestro Señor Jesucristo que, al dignarse tomar nuestra carne, quiso ofrecérsenos de modelo en todas las virtudes, pero en especial la mansedumbre y humildad, que perdonó a la mujer adúltera, y abrió las puertas del Cielo al ladrón arrepentido, este Dios de bondad y de misericordia infinita, cogió en sus manos el látigo para arrojar ignominiosamente a los profanadores del templo, de aquel templo sólo figura de nuestras iglesias, en las cuales permanece presente Nuestro Señor en la Divina Eucaristía.

Pues bien, si nadie se atrevería a presentarse en un sarao, banquete o convite cualquiera con atavíos que fuesen un insulto para el dueño de casa y para los concurrentes, ¿cómo hemos de permitir que se penetre en la casa de Dios con vestidos deshonestos, que parecen a propósito no ciertamente para ir a visitar al Señor sacramentado, sino para atraer impúdicas miradas y excitar torpes pasiones?

Prudentemente procuren los rectores de iglesias que tal ultraje a Dios, a la honestidad y al respeto social se evite en sus templos, arbitrando el modo de impedir la entrada en ellos a las personas que no vayan convenientemente cubiertas. Sobre todo, procuren que ninguna de ellas se acerque a recibir en su pecho al Dios de tremenda majestad, de infinita pureza.

Con oportunidad manifiesten en la cátedra sagrada los predicadores la inconveniencia y falta de respeto que encierra la conducta que vamos afeando y hagan llegar a los fieles la expresión de los sentimientos y aún las súplicas de su padre y pastor, la voz del anciano, que ya en el umbral del sepulcro, les muestra cuán condenable es a los ojos de Dios tal proceder en personas que se llaman y se creen católicas.

De nuevo pedimos al Cielo que preste unción a sus palabras y mueva los corazones; que nos conceda el consuelo de aminorar siquiera el mal que todo el mundo deplora y que particularmente debemos deplorar nosotros, ya que hasta ahora se ha distinguido Chile por el recato y la noble virtud de madres, esposas e hijas y por la inmaculada honra de sus santos hogares.

Dado en Santiago a 4 de abril de 1920, santo día de Pascua de Resurrección.

Crescente,

Arzobispo de Santiago.

Los rectores de iglesias sometidas al Ordinario, leerán esta Pastoral a los fieles durante tres días festivos. Se pide a los rectores de iglesias de regulares que hagan eso mismo.

Carta a las socias de "La Cruz Blanca"

Protección a la joven

Señoras mías:

Creer que la obra de la Cruz Blanca se reduce al Colegio Reformatorio que nuestra sociedad ha fundado, sería incurrir en un grave error. Se inició la obra por aquello que estimamos de mayor necesidad actual.

Desde todo punto de vista es indispensable desarrollar nuestro plan de acción y continuar con lo que, por el momento, nos demande menor desembolso y nos deje alguna utilidad para el sostenimiento del Colegio. Al iniciar y fundar una obra debemos pensar que con el tiempo esa obra tenga vida propia o, lo que es lo mismo, dé para sufragar los gastos que ocasiona. Las limosnas y legados deben servir para extenderla y ensanchar su campo de acción, permitiéndonos hacer mayor bien y ejercer de una manera práctica la acción social que nos hemos propuesto. Debemos, pues, seguir adelante en nuestra tarea de protección a la joven, y considerar y estudiar qué ayuda podemos prestar a la joven inocente en peligro.

Nuestro colegio marcha; las Religiosas Adoratrices que lo dirigen, sobrepasan en mucho nuestras expectativas. Los fondos no abundan, pero confiamos que el trabajo de los talleres, y la generosidad del público nos ayude a equilibrar nuestro presupuesto en el transcurso del año.

Con el objeto de dar salida y poder vender los trabajos que se ejecutan en el Colegio Reformatorio, estimamos necesario abrir un local central donde exhibir un muestrario completo de la variedad de artículos que fabrican los telares, así como también muestras de ropa blanca, de ajuares de novias y guaguas, de diversos precios, al alcance de todos los bolsillos. Conocida es en el mundo entero la prolijidad con que confeccionan ropa blanca las Adoratrices habiendo sido encargadas de los ajuares de reinas e infantas de España.

En ese local recibiremos órdenes para transmitirlas a nuestros respectivo talleres.

Ahí mismo también se recibirían las solicitudes de admisión para el Colegio-Reformatorio, con el objeto de transmitirlas a las presidentas de sección, o se daría una negativa a aquellas personas que patrocinaran muchachas que no reunieran los requisitos necesarios para ser aceptadas.

Ese local sería, a la vez, como el secretariado de informaciones de la Cruz Blanca. Ahí podrían acudir en busca de trabajo honrado, las jóvenes; los patrones podrían solicitar a su vez, empleadas serias y competentes; los interesados encontrarían además toda clase de informaciones; como ser listas de pensiones adecuadas y seguras para las jóvenes que vienen de provincias a seguir carrera. Actualmente hemos tenido ocasión de comprobar que existen muchas hospederías, donde, además de ser muy caras, peligra la salud y sucumbe la honra de las muchachas, por falta de higiene y de moral.

Se ofrecerían también direcciones de pensiones adecuadas, y diversas de la anterior, para señoritas empleadas en el comercio, y de restaurants baratos y seguros para las que no alcanzan a volver a almorzar a sus casas; direcciones de hospederías respetables para jóvenes que vienen del campo en busca de servicio, y que en su mayoría son las que engañan o secuestran con malos fines.

En ese local, en fin, se daría toda clase de datos a las jóvenes que viajan fuera de su ciudad natal, indicándoles alojamientos seguros, y donde encontrarían ocupación honrada, previniéndolas para que no se dejen alucinar por ofertas lucrativas.

Esa oficina, además, publicaría carteles de avisos, con la insignia de la Cruz Blanca sobre fondo amarillo, para adoptar los colores con que se conoce en el mundo entero la Protección a la Joven: el blanco y el amarillo. Los repartiría en toda la República, viendo fueran colocados en plazas, estaciones, iglesias, wagones de ferrocarril, carros urbanos y teatros, dando a conocer la dirección del secretariado y los fines que se propone, para que así acudieran por carta los padres de familia pidiendo datos sobre la clase de ocupación ofrecida o buscada, como también aquellos que tuvieran hijas en la capital, y que ignoraran su ocupación y residencia.

Tal sería, por el momento, la labor con que iniciaría este año su programa la Cruz Blanca. Puesto en práctica no nos demandaría gran desembolso de dinero, por el contrario nos ayudaría a los gastos por medio de las ventas que en ese local se efectuarían. Fuera del arriendo del local y de una empleada que habría que tener a firme en el Secretariado, lo demás es cuestión de buena voluntad de las señoras de la Cruz Blanca y de trabajo personal: aquí podríamos ocupar muchas de las socias que se quejaban de no tener trabajo cuando estábamos en los trabajos le organización y era imposible por lo tanto, dar ocupación a todas. Quiera Dios que alguna persona que se interese por esta obra nos de algún local central a precio módico. No es necesario sea grande; con un cuarto con ventana y puerta a la calle nos contentaríamos. En una obra tan grande como es esta, todo depende de la actividad de las directoras y socias.

No creo pueda nadie hacer mayor bien que el de facilitar el local que se solicita. Cuantas víctimas desgraciadas se rediman, y cuantas víctimas inocentes se salven, por medio de la Secretaría, se deberá a la generosidad de la persona que proporcione el local, y que encontrará devuelta al ciento por uno, aún en esta vida, la limosna que ayude a salvar tanta pobre niña.

En cuanto a las Pensiones, existen fundadas ya por distintas Sociedades: para estudiantas, para empleadas de comercio, y para sirvientes. Bastaría que nos pusiéramos de acuerdo para enviarles las niñas que soliciten los servicios del Secretariado. Es así como se hace en otros países. Con el objeto de dar a conocer lo que se ha hecho en Francia, se publicará en nuestra revista un artículo traducido de la Revista "Les Nouvelles Religieuses".

Pasarán en nuestro país varios años antes de poder abarcar el vasto programa de acción que ese artículo señala; pero es indispensable, para que la acción de la Cruz Blanca sea eficaz, prevenir el mal! De otra manera el número de las víctimas será mucho mayor que las que pueda jamás recoger nuestro Colegio.

Dividir las energías y los fondos en fundar obras que existen, es perder iniciativas y dinero. Nuestra acción debe limitarse a conocer las obras existentes que pueden secundar la nuestra, sin pretender por esto, absorberlas o quitarles su autonomía. Debemos prestarnos ayuda mutua, atendiendo nosotras con preferencia las jóvenes que nos sean recomendadas por las Sociedades que también atienden muchos pedidos.

Hé aquí a grandes rasgos y a primera vista lo que la Cruz Blanca podría hacer para proteger a la joven inocente, que muchas veces se pierde por no tener quien le preste ayuda oportuna en el momento que el peligro la amenaza. ¡Cuántas niñas buenísimas, de familias honorables, hemos ya tenido ocasión de salvar de un peligro inminente, y cuántas no podríamos salvar si abrimos el Secretariado!...

Este es el programa de trabajo y de acción que presentamos para este año a las socias de la Cruz Blanca.

Juzguemos que sin el Secretariado, la acción de la Cruz Blanca no puede tener la eficacia que deseamos, como tampoco podremos vender los artículos de nuestros talleres que ayudarán tanto al sostenimiento del Colegio. Si entre nuestras socias hay una o dos señoras que puedan asistir regularmente al Secretariado, tanto mejor, no estarían nunca solas, pues siempre las acompañaría la directora de turno, sobre todo al principio, para organizar y enseñar. No es forzoso sea la misma persona la que atienda todo el día; pueden distribuirse el trabajo por días, horas o semanas, entre varias. Las que quieran pueden dirigirse a la Mesa directiva, indicando dirección, día y hora de que pueden disponer. Esto nos ahorraría dinero y daría interés a las socias al ver el enorme bien que realizaría el Secretariado. Estamos seguras que en un sólo día de trabajo quedarían entusiasmadas y comprenderían que no hay obra más, grande que esta que salva tanta niña que se pierde por falta de protección moral.

¡Qué gran bien es poder ayudarlas y qué felices nos sentimos después de un día en que hemos trabajado y hemos comprobado que nuestra labor diaria salva no una, sino muchas jóvenes a quienes su inexperiencia de la vida iba a perder!

FIDES.

RETRATO Y AUTOGRAFO DE CARMEN SYLVA

Retrato enviado por Carmen Sylva a una colección particular, y que lleva al pié este hermoso pensamiento: "La vie nous demande tout, nous prend tout, et lorsque nous lui demandons quelque chose à notre tour, elle répond: Sacrifice".

CARMEN SYLVA

(Trabajo leído en una velada de homenaje a la Reina de Rumania, con motivo de su fallecimiento)

Tanto gentile e tanto onesta pare
La donna mía, quand' ella altrui saluta,
Ch'ogni lingua divien tremando muta,
E gli occhi non l'ardiscon di guardare.

Ella sen va, sentendosi laudare,
Benignamente d'umiltá vestuta
E par'che sia una cosa venuta
Di cielo in terra a miracol mostrare.

Mostrasi si piacente a chi la mira,
Che da per gli occhi una dolcezza al core,
Ché'ntender non' la puó, chi non la prova.

E par' che della sua labbia si muova
Un spirito soave pien d'amore
Che va dicendo all'anima: sospira...

Dante me presta un soneto inmortal para que yo inicie la alabanza de una mujer, muerta en milagro de virtud y en aroma de belleza.

Y sobra mi palabra y sobran vuestros sentidos para la exposición y la penetración íntima de esta vida de mujer. "Son de tierra los ojos y son menguadas sus certezas", que dijo un esteta.

Son falaces nuestros oídos e incapaces de percibir el coloquio de las almas que están en el gran silencio.

Es premiosa nuestra lengua, inarmónica nuestra expresión, sólidas cual martillazos las palabras más leves cuando se dejan caer sobre la urna frágil de una vida casta.

"Las palabras son humildes como la vida. Pobres ánforas de barro contienen la experiencia derivada de los afanes cotidianos, nunca lo inefable de las alusiones eternas", que dijo un artista.

Y, ¿qué queréis que haga yo, al teneros delante, confiados vosotros en mi palabra, esperándolo yo todo de vuestros sentidos, cuando recuerdo que la tempestad más armónica de la pauta la desencadenó un sordo; que la visión más clara del paraíso la tuvo un ciego; y cuando aún me encadena el simbolismo de una escultura, que no es de tiempo sino de eternidad, donde el conocimiento cíclico de la vida y de la muerte, de la lucha y del dolor, de la angustia y del ensueño, estaba todo dentro de los ojos sin pupilas del divino Homero?

Pero hay, sin embargo, vidas tan hermosas que aún aprisionadas en palabras resultan bellas.

Vidas que parecen sueños.

Sueños de un cuatrocentista: de Leonardo, de Boticelli, que debieron soñar muy alto y muy puro cuando lograron que hasta la materialización de su ensueño nos produzca éxtasis.

Un biógrafo diría que Carmen Sylva nació en el año tantos; que era alemana; que se casó en tal fecha por amor, con un príncipe que la amaba; que, sin esperarlo ni quererlo, fué reina; que murió hace muy poco.

Pero ¿qué nos importa todo eso, cuando hay tantas almas que no dejan huella espiritual alguna en el mundo, y nacen, y se casan, y viven y mueren?

Yo no sé hacer biografías.

No prometo ni esperéis por tanto, detalles biográficos minuciosos.

Quiero únicamente, intentar mostraros un gran corazón, que mereció como el nombre de Carmen Sylva, estar en los nobiliarios. Pero gracias a Dios, el corazón no entiende de castas, y todos, hasta el más humilde, exhiben en un bello proceder su rancia ejecutoria.

Muchos hemos suspirado en nuestra infancia con la ingenua pastorcita de los cuentos, que sueña con ser reina al contemplarse en los estuarios.

La vida (que algunas veces va más allá de los más inverosímiles cuentos), nos dice que la reina de Rumania murió con la añoranza de no haber sido pastora...

Sus íntimos nos la presentan, de niña, como poseedora de una naturaleza en extremo sensible, rica, desbordante de ternura, ávida de afecto, hasta el punto de cubrir de besos apasionados las almohadas de su cama virginal.

Una vivacidad extraordinaria de carácter que le mereció el sobrenombre de *"Torbellino"*, debía neutralizarse, en opinión de sus padres, con una educación que Carmen Sylva, ya reina, denominaría espartana.

Institutrices rígidas y crueles atemorizaron con castigos imprudentes su alma infantil; y lo que es más doloroso, la princesa de Wied, su madre, alentó con la mejor de las intenciones esta formación espiritual, que tenía por idea básica el temor al castigo y a la muerte, sin recordar que si es muy verdad el aforismo de que "la letra entra con sangre", la sangre derramada no tiene que ser la del alumno, sino la del maestro.

La infancia de Carmen Sylva no fué de las que hacen pensar en una ensenada de tranquilidad y de paz, sino por el contrario, un preludio del majestuoso tema elegíaco que el dolor iba a desarrollar en su vida más tarde.

Pero, como el sufrimiento es un purgatorio del que salen purificadas las almas generosas, y un infierno, en el que se debaten como condenados las almas mezquinas, Carmen Sylva extrajo de esos sufrimientos de juventud la esencia vigorizante de su espíritu que, ya desde jovenzuelo, luchó contra la melancolía (esa melancolía innata en los artistas, eternos añoradores de lo inefable), ocultándola bajo una máscara de alegría desbordante, que hubiera sido muy fácil de arrancar a una madre penetrativa, y conocedora de que en el corazón del niño, donde está potencial el corazón del hombre, los entusiasmos excesivos son, a menudo, el telón que oculta los íntimos desencantos.

Esa madre inflexible, veía un gran enemigo para la felicidad de su hija en la imaginación, a quien siempre denominó "la loca de la casa"; y para someterla, para podarla y disciplinarla, hizo que Carmen Sylva se dedicara con preferencia a las ciencias áridas y precisas; y entre matemáticas y declinaciones, entre números y gramática, aprisionó esa fantasía, ondulante cual el ropaje de una danzarina. Carmen Sylva, a fuer de poeta, debió sentirse muy mal entre los verbos irregulares, y la verdad inamovible (que hasta ahora no han podido alterar los pícaros iconoclastas de los artistas), de que igual suma arrojan dos y dos alabanzas, que dos y dos feroces críticas.

Y como si la venganza es el manjar de los dioses, bien puede ser el de las damas, la reina se vengó de los números, declarando que: "A no ser que se nazca Newton o Pitágoras, las ciencias exactas no dan nunca alas para salir de los laberintos de la existencia."

Después de largos viajes, que no fueron sino una peregrinación a climas mejores en busca de la salud de quienes amaba: de su padre, de su hermano, de su amiga predilecta, arrebatados los tres casi simultáneamente, toma rumbo definitivo la existencia de la reina, y la vemos unida a un príncipe que, la víspera del matri-

monio, escribe estas bellas frases en el álbum de su prometida: "El amor es el premio del amor. Ven a tu pueblo con la misma confianza que has venido a mí; entonces no será un sólo corazón el que haga latir la fidelidad, sino millones que se unirán al tuyo, para demostrarme que no sólo eres mía, sino que un pueblo entero tiene derecho a contemplarte esperanzado, y a exigirte que le devuelvas amor por amor."

Carmen Sylva abandona su tierra natal para ir a Rumania, y ese pueblo montañés, que habla con modulaciones que tienen algunos puntos de contacto con las nuestras, respetó los recuerdos de esa princesa de 25 años, que retribuyó el amor de su pueblo, como lo retribuyen siempre los poetas: cantando. Cantos vibrantes a la belleza salvaje de los Cárpatos, batidos por todos los vientos, y en cuyos parajes rocosos, se me imagina, que viejos de barbas floridas narran a los pastores jovenzuelos, consejas guerreras y misteriosas, dignas de ser alumbradas por el gran cómplice de todos los románticos: la luna.

¿Qué emoción le produjo a Carmen Sylva su entrada triunfal en Bukarest, que, prendida de flores y de flámulas contempló, a la vera de un príncipe apuesto?

Las líneas de una carta escrita momentos después de su entrada triunfal nos lo revelan: "Sólo me queda un recuerdo por realizar (escribía), un deseo amable sobre " todos: que el día de mi muerte todos los pobres sigan mi féretro."

Carmen Sylva tuvo una hija, una princesa a quien ella llamaba "Hija del Sol", acaso porque representó para la reina toda la dulzura de un día de verano.

El espíritu poético y exquisito de la madre se había vaciado en esa criatura extraordinaria, que bañaba su alma, precozmente artista, en todas las fuentes de poesía de la naturaleza.

Una chiquita de rara precocidad, que a los dos años y medio le decía a la reina: "¡Cómo colorean tus mejillas, mamá! ¿Será porque el sol las ha besado?" Y se arrodillaba en la alfombra, pretendiendo atrapar los hacecillos de luz que penetraban.

La muerte de esta princesa niña ensombreció para siempre la vida de Carmen Sylva, que no pudo gozar de nuevo de las alegrías de la maternidad.

A Carmen Sylva, escritora, se le puede aplicar la frase de que "en el fondo de todo talento de mujer hay una felicidad frustrada." El dolor la hizo cantar, y ella creyó que fué el inspirador de su mejores cantos: — "Hombre, si no has llorado, no te llames poeta. De tus lágrimas de sangre, de tus dolores íntimos, de tus luchas titánicas, de los días angustiosos de un vivir de tristeza, saca flores, canciones y rayos de sol.

"De la cruz que te oprime, haz una lira que cante. Que la miseria ajena sea tu propia miseria; que tu corazón sangre por el ajeno dolor. Y solo cuando hayas llorado todas las lágrimas de tus ojos, podrás decirte a ti mismo que eres un poeta."

Desde 1880 a 1904, la reina publicó cerca de 50 volúmenes, en los que tentó todos los géneros: la poesía, el cuento, la novela histórica, los estudios biográficos, la tragedia, el drama lírico y hasta la metafísica y la psicología.

Es muy hermoso y abre horizontes infinitos un trabajo de Edmond Haraucourt, publicado en "Le Gaulois", del 24 de diciembre de 1903, del que extracto un párrafo:

"Nos encontramos ante una princesa que, a pesar de su nacimiento encumbrado, " y a pesar del aislamiento que crea el trono, traduce e interpreta, en la segunda " mitad del siglo XIX las ideas que serán la esencia del XX.

"Lo que los pueblos apenas empiezan a poner en práctica, lo que los Go- " biernos se aprestan a concebir, lo que los tribunos están en actitud de declamar, " una voz tierna de muchacha, de mujer, de reina, nos lo ha anticipado hace tiempo. " Porque esta mujer reina es un espíritu obsesionado por las cuatro necesidades

" primordiales de la época actual: ansia de volver hacia la naturaleza; intensa " fiebre de trabajo; constante preocupación de mejorar la condición de los hu- " mildes; declamación perpetua por la fraternidad de los pueblos y por el apa- " ciguamiento de los odios nacionales. Carmen Sylva dice lo que piensa, porque " lo piensa. Nunca ha mentido, nunca ha engañado. Sabe lo que cree y lo que " ama, sin transacciones de conciencia, considerando que su vocación de poeta y "" su papel en el mundo le han conferido la misión de un doble apostolado."

Muchos han creído que el pseudónimo de Carmen Sylva, que suena a tierra andaluza y a arte velazqueño, está compuesto de dos palabras hispánicas.

Son dos locuciones rumanas que quieren decir "canto de la selva". La reina misma nos lo cuenta:

"Carmen, le Chant; Sylva, la Foret; Elle meme
"Elle chante son chant, la superbe foret;
"Et si je n'étais née au fond des bois que j'aime,
"Pour redire ce chant mon luth serait muet!
"Je le tiens des oiseaux et des vertes ramures
"Dont mon oreille a su recueillir les propos;
"J'y mis aussi mon áme, et dans leurs doux murmures
"La Foret et le Chant m'invitent au repos!"

Si es cierto lo del escritor hispano "que el ideal está siempre dentro de nosotros mismos y cada cual eleva su ideal con materiales extraídos de su propia substancia", reconozcamos que en lo íntimo de esa alma de mujer, plasmada por el dolor, inflamada de renunciamiento, ahita de sacrificio, había una estatua que, cual la maravillosa de que nos hablan, tenía los pies de arcilla, forzosamente adheridos a la tierra, y la cabeza de oro, perdida entre las nubes.

Carmen Sylva fué una personalidad tan rica en matices, de tan vigoroso relieve. que adunó en su corazón todos los ideales de la gran mujer y de la gran reina, que forzosamente me veo obligada a callar: su discreta actuación en la política; sus heroicidades en la guerra; sus estéticas actitudes en el mecenado literario; sus obras de ternura para los pobrecitos ciegos. Pero, sobre todo, en lo que más siento no poder insistir, es en la poesía de su crepúsculo, de su "Tramonto", como dicen poética y eufónicamente los italianos.

Años crueles, que han merecido a Benavente esta frase exactísima: "Así como la tarde es la verdadera piedra de toque de la elegancia, la tarde de la vida lo es del saber vivir."

La edad poética e ingrata que refleja toda nuestra existencia al decir de Rossetti: "Todo el pasado de nuestra vida se parece al cielo cuando el sol se pone; mucho más claro cuanto más lejano."

Carmen Sylva acogió su ancianidad con esta hermosa página:

"Pocas personas se habrán alegrado tanto como yo, al ver llegar sus 60 años. " Después que tuve 20, me preparé para la aurora de este día. Esta edad era " para mí como un punto de paz y de reposo; apaciguada, por fin la tormenta, " que había soportado desde mi infancia. Y, sin embargo. ¿por qué la vida aparece " para mí obscura y misteriosa? Si no he visto encalmarse la vida, he visto, en " cambio, apaciguárseme el alma. La vida no muda de aspecto, pero en cambio " nuestros ojos la perciben mejor. Cesa el encarnizamiento de la lucha contra el " destino; ya no queremos domarlo. Nos sorprendemos indulgentes, tal vez menos " accesibles a la piedad, pero es porque comprendemos que el dolor es la ley que " rige al mundo. Yo he experimentado, desde el comenzar de mi existencia, todos

" los sufrimientos, todas las pruebas, todas las vicisitudes que alma humana puede "soportar. La segunda mitad de mi vida la han llenado un trabajo incesante " y enormes preocupaciones. El resto transcurrirá suavemente. ¡Dios lo quiera! ante " la puerta misteriosa, por la que he visto desaparecer a todos los que amaba. " Yo conservo una fuerza tan grande de alegría, que me complazco como un niño, " en el presente, sin que el porvenir me inquiete. Una flor, un rayo de sol, un " rostro juvenil que sonría, una figura de anciano, una palabra, un eco, una nota, " una hoja, un pájaro, una luz, una acción levantada y generosa, me producen " pasmo, arrobo, deliquio, éxtasis... "Yo no he tenido decepciones, porque jamás " pedí a los hombres algo que no me podían dar. Para mí no ha habido enemigos " ni extraños, sino almas. Dos palabras he borrado de mi diccionario: la palabra " familia y la palabra ajeno. Yo renuncié a mi hogar para adoptar una raza. " Yo dejé mi familia y no acerté a fundarla sobre esta tierra. No puede, por lo " tanto, haber hombres extraños a mis ojos. Todos los hombres son mis hermanos, " todos pueden estar seguros de mi afecto: los que tienen hambre, los enfermos, " tienen más derecho a sentarse a nuestro hogar, y a alumbrarse con nuestra luz " interior. Esta luz puede parecernos lumbre de llama, fuego artificial, lámpara " que titila en una capilla misteriosa, rayo de luna, fuego fatuo, antorcha, faro... " ¡Bienaventurados aquellos cuya alma irradie como el sol! ¡Bienaventurados aquellos " que poseen un corazón luminoso, que deshace el hielo y que hace granar los " frutos del alma!

"En mi infancia, yo fuí un día a ver a una mujer anciana. Estaba sentada "leyendo la Biblia, a la luz de un sol naciente. Yo me acerqué y ella se quitó " sus anteojos y se volvió a mí con una sonrisa de paz. Esta sonrisa delatora de " la paz de un alma, ha esclarecido toda mi existencia, como la única causa de " envidia en esta tierra. Espero en Dios que tal sonreir prenda en mis labios para " siempre. ¡Que Dios bendiga a los que llegan a los 60 años en paz, con el corazón " iluminado por la bondad y la paciencia!"

Carmen Sylva no ha muerto, porque nos es dado repetir con el poeta "que sólo puede decirse que se van o que se mueren los que no supieron hacerse amar." Carmen Sylva ha desaparecido únicamente.

Así como en nuestras meditaciones cuando sentimos la necesidad de reposarnos mirando al cielo, la luz que nos conforta es muchas veces la luz de una estrella que ya no existe, que se ha perdido en lo infinito, dejando ese temblor luminoso, ¿por qué hemos de pensar que las almas sean inferiores a las estrellas, y no dejen también una huella de luz, que es más fuerte que la vida, y que se mete pecho adentro para iluminar las almas?

La vida entera de Carmen Sylva está llena de evocación, de misterio y de milagro. El estremecimiento de su alma, queda en sus libros. El rumor de su corazón, está en sus obras. Y su vida entera, su vida entera de reina, de escritora, de mujer, de esposa y de madre, podría contarse a la luz meridiana de un día estival, bajo un vuelo de palomas blancas.

Fué una mujer que llevó un nombre de fatalidad y de ensueño; el que llevaron Santa Isabel de Hungría, y Santa Isabel de Portugal, e Isabel la Católica, y la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V., e Isabel de Valois, mujer de Felipe II, e Isabel de Borbón, honesta y hermosísima mujer del rey poeta, que fué en España el cuarto Felipe. El nombre que han llevado en nuestros días la Emperatriz fugitiva de Austria, y el que lleva ese lirio brotado entre sangre, aureolado de sacrificio, que es la reina Isabel de Bélgica, la del triste sonreir; la del suave mirar; la de la voz argentada; la del corazón de oro; la de las manos marfilinas y milagrosas.

Y en este homenaje a Carmen Sylva, de un círculo de mujeres, va envuelto también un homenaje a todos los corazones femeninos que tuvieron algún punto de contacto con este gran corazón de mujer, que pudo ser síntesis de la feminidad en todos sus matices impalpables.

Los corazones humildes, los corazones modestos, que pasaron por el mundo no dando luz, sino calor.

Los corazones atormentados, que fueron capaces de ver la vida a través del llanto.

Los corazones fuertes, palancas que sostienen al mundo, al decir de Brunetiere: "Lo que nos salva, no son los progresos de las matemáticas, de la química, de la erudición, ni de la historia, sino las virtudes activas, el espíritu de abnegación, de sacrificio y de voluntad."

Los corazones artistas, que sangraron siempre, y "cuya sangre fué chorro de luz, que al ser resplandor para todos, fué en el corazón del poeta herida dolorosa." (1)

Para todos esos corazones de mujer, corazones anónimos, humildes, desconocidos, atormentados, artistas; que se consumieron ante Dios, que lloraron entre los hombres; que dudaron, que temieron, que creyeron, que lucharon... En una palabra: que vivieron; para todos vaya un recuerdo, y para todos sea este homenaje.

Carmen Sylva, a vivir, lo hubiera aplaudido.

Ella tuvo un corazón que lo amó todo, que lo perdonó todo, a quien se pudo aplicar la frase de un esteta: "El corazón que supiera amar todas las cosas, sería un universo."

Y dentro de este universo de amor, que pide amor para todas las vidas, resuena como verdad, lo que escribió un poeta:

"Aunque otra cosa pretendan
algunos sabios autores,
hay dos clases de mujeres:
las buenas... y las mejores."

(1) Benavente.

GINÉS DE ALCÁNTARA.

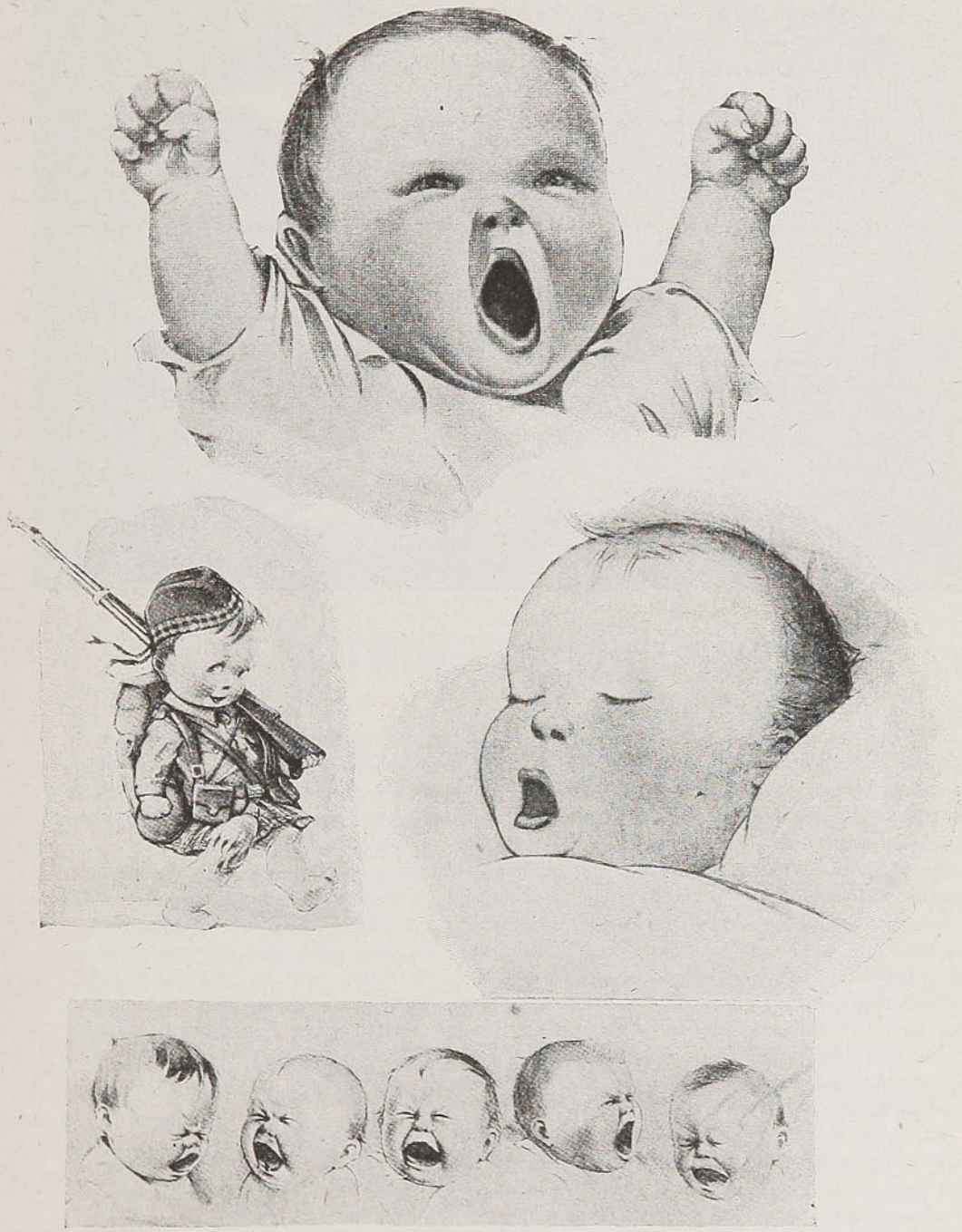
ESPOSA Y MADRE

Decid cuanto queráis todos aquellos
que de ingenio y ardid haciendo alarde,
combatís la virtud del matrimonio
con acerada o conceptuosa frase.

Yo sólo sé que en todos los idiomas,
hasta en el habla ruda del salvaje,
la palabra más dulce es la de *esposa*,
la palabra más santa es la de *madre*.

VICTOR BALAGUER.

MUSICA DI CAMERA



Allegro.—Tempo di marcia.—Andante.—Forte.

OTOÑO.-MATERNIDAD

Hay un momento en la historia del año, un momento indeciso y dudoso, en que se ven igualmente cercanas las claridades del estío y las negruras del invierno; es la época más suave, blanda y sugestiva del año; la que se rodea de oro, de vagos crepúsculos y de extrañas soñolencias. El otoño es esa época inefable, dulce madurez del año, colmo y fruto de las esperanzas primaverales. Es la estación del fruto, la época maternal.

En el otoño es cuando más nos acordamos de nuestras madres. Pero la madre que evocamos entonces no es aquella viejecita arrugada y triste que tose junto al fuego, que no puede enhebrar la aguja, que duerme mal y que de un momento a otro se va a ir, sino que es la madre sana, llena de amor y vida, la madre que nos tenía en la cuna o que nos cantaba, y cuidaba, y ayudaba a enderezarnos por la ruta de la vida. El otoño representa aquella madre nuestra, que era hermosa todavía, que nos recogía en su seno y nos nutría de él; es aquella madre que algunas veces, en momentos muy raros de especial clarividencia, contemplamos como al través de un velo luminoso, y la vemos tal cual era, lozana, fuerte, grave y honesta, semejante a la efigie de un medallón antiguo.

El otoño es maternal, es pródigo, es veraz, no miente ni escatima nada. Deja que la manzana cuelgue madura del árbol, para que venga el caminante, la descuelgue, sienta que es buena y la coma pacíficamente; tiene extendidos los racimos sobre los altozanos, negros y henchidos de dulce zumo, para que acudan los hombres y se sacien, bebiendo la abundante dulzura de la tierra. Ya las mieses han madurado todas, ya las han recogido en las trojes, ya los hogares campesinos respiran paz y holgura. Y además, el otoño da y prodiga la otra cosecha de cosas ricas, y éstas son las más ama-

bles; el otoño no concede solamente frutos materiales, sino los otros frutos hermosos, los ideales, los que gusta de comer el espíritu; y estos ideales, estos divinos y amables frutos, son todo aquel lujo y pompa de que se reviste el otoño, como una real matrona que quisiera adornarse magníficamente en la fiesta de la maternidad. Aquel vestido de oro de que se cubren las arboledas; aquel matiz sutilísimo de las tierras lejanas; aquel color bronceado de los helechales en los montes; aquella luz de los largos, tranquilos, melancólicos atardeceres; aquella limpia nieve que acaso apunta ya en los picachos de las sierras; aquella serenidad del mar, que parece dormir, tan azul y tan liso como un cielo que lo hubiesen volcado y extendido a nuestros pies... Estas son las cosechas ideales del otoño, el fruto espiritual que da el año, cuando está maduro, para que todos los hombres de buena voluntad coman y se sacien de ese pan del alma, pan de la imaginación, comida de ideal y poesía, sin la cual ¡de qué valdría vivir, ni qué sentido tendría la vida!

Ya es otoño; ya decrece el año; ya suenan los rebaños que bajan a la tierra llana, tintineando con la música de sus esquilas; ya es hora de vendimiar, y corren los carros repletos de uva, y los mozos cantan detrás de las muchachas, y se prepara el agridulce licor, aquel que encenderá la sangre alegremente; y allá lejos amarillean los maíces, en los valles y parecen frondas de oro viejo que el viento hace crujir. Los árboles son como flores doradas; los crepúsculos son como fiestas de colores; los horizontes tienen la infinita y la inefable vaguedad de una emoción religiosa....

En los jardines crecen los crisantemos, flores otoñales. Una mujer viene a cuidarlos, mujer grave y serena, dulce, maternal. Se oyen los cantos de la vendimia. Caen las manzanas maduras al menor empuje de la brisa. Es la plenitud y el cumplimiento de todas las promesas del año. Es el otoño, generosa mujer, que da frutos de vida y de ideal.

J. M. SALAVERRIA

CONTRA LAS MODAS LICENCIOSAS

Una campaña en París

En los interesantísimos "Echos" que diariamente subscribe "Le Masque de Fer" en "Le Figaro", de París, encontramos un suelto que merece reproducción y que traducimos del número en que aparece, que es del 24 de enero último. Dice así:

"Una cruzada.—Es emprendida contra "la inconveniencia y la inmodestia de las modas actuales" por la "Action sociale de la femme".

Una veintena de obras femeninas han adherido ya a este movimiento. Dirigen un llamado a los grandes almacenes, a los sastres, a las casas de costura y lencería, y los conjuran para que pongan término a esta licencia de la moda:

No creando ni vendiendo ningún modelo que hiera la moral.

Aboliendo el uso del escote inconveniente, de la estrechez y la cortedad exagerada de las polleras; prohibiendo el empleo abusivo de las telas transparentes.

Suprimiendo en los vestidos todo lo que tenga trazas de indecente y vulgar, reemplazándolo por la simplicidad y la gracia que constituyen la verdadera elegancia, y perfeccionando el gusto de nuestras mujeres francesas, que han conquistado el derecho de ser señaladas como las mejor puestas y las más distinguidas.

Y esas obras, bien entendido, comprometen a sus afiliadas a no pasar sus encargos más que a las casas que de notoriedad pública se conforman con las reglas del buen tono y del saber vivir moral".

LEYENDO "LAS MORADAS"

He aquí que esta mañana me ha traido el correo un hermoso libro, editado por "La Lectura", de Madrid: "Las Moradas", de Teresa de Jesús. Y yo estoy en el pueblo donde murió Teresa. Un libro es el mejor amigo que puede tenerse en este pueblo. Id de paseo con él, haceos acompañar por él siempre. No os hablará de caza, ni de rencillas locales, ni de amores anodinos. Poco a poco, apoderándose de vuestro espíritu, os dirá cosas nobles y bellas, os aislará de la llanura que aprieta y ahoga vuestro espíritu, y os hará vivir de nuevo emociones fuertes, perduraderas, y encaramaros al cielo, amplio y limpio, que se abraza con la llanura en un abrazo rabioso de posesion.

Y he salido con "Las Moradas" de paseo; no es un libro este libro de la Santa andariega y simpática. Más que una lengua que escribe, es una pluma que habla. Es la charla de Teresa una plática natural, sencilla, desprovista de retóricos artificios, espontánea, flúida, personalísima e incorrecta. Escribe como el agua salta por los regatos, con abandono y con gracia. No sabe de composturas, ni de afeites de estilo, ni de cadencias largas y cortas, ni de literarios cánones. No es una escritora en el sentido que tiene esta palabreja en los tiempos que corren; no es la Santa una literata profesional. La literatura supone artificio y el artificio ausencia de emoción.

En Teresa no hay una sola frase pulida ni trabajada, ni una metáfora manoseada y añeja. La primera palabra que se le ocurre a Teresa es la palabra mejor, y el concepto más claro y más transparente el mejor de los conceptos. Luego, el público de la Santa es de monjas sencillas y de mujerucas humildes. La Santa lo sabe y aspira a ser comprendida mejor que admirada.

Mientras medito en estas cosas, he salido ya del pueblo teresiano, asentado en un lecho de pizarra; a sus pies, el Tormes murmura lentamente su canción de quietud; las sierras de Béjar cortan, con una línea azul y larga, la monotonía del paisaje. La mole ingente del castillo de los duques de Alba, con su torre agrietada de homenaje, da sabor al puebluco informe de cosa rugosa y vieja. Y comienzan a voltear, presurosas y alegres, las campanas de las monjas. Hay en estas campanas la frescura de espíritu de la fundadora del convento: respiran alegría franca, misticismo sano; retozan, brincan, saltan aquellas notas de bronce, en la placidez de la tarde, con tal pureza de expresión, con tal donaire, con tan soberana gracia,, que tengo para mí que Teresa habla por ellas, desde el campanario, a las almas muertas del pueblo, atadas a los afanes de vivir. Abro, de nuevo, este peregrino libro

de "Las Moradas". Es un libro pulcro, ligero, de exquisita limpieza tipográfica, elegante en su sencillez encantadora. Santa Teresa no hubiera editado sus libros de otra manera. Releo unos capítulos y torno a cerrarlo. ¿Para qué más? Me hablan de la Santa estos caminos hollados por ella; estos labriegos, que dicen un castellano sonoro, castizo y denso; este convento de Santa Isabel, de monjas franciscanas, pobre y limpio, con los escudos ducales en sus muros, donde la Santa reposara después de su regreso de la fatigosa jornada de Peñarandilla. Me hablan de Teresa estas campanas, y el manso murmullo del río, y las piedras blancas de la basílica, y estos frailecillos de sotana parda y de sombrero negro, que gozan, como yo, de la hermosura de la tarde.

¡Extraordinario espíritu el de aquella mujer singular, que, achacosa y enferma, funda conventos, organiza una milicia al servicio de Cristo, su esposo, sufre persecuciones por la reforma de su Orden, escribe libros, sostiene activa correspondencia con sus protectores y deudos, y para, con un rasgo de humildad o de humorismo, el golpe certero de sus adversarios formidables! Cuando es débil Teresa contra los embates de fuera, se hace firme e inexpugnable en su castillo interior. He aquí la razón de la fuerza de la Santa y de su eternidad en el tiempo: su castillo interior. La soledad le hace grande, y el exceso de su vida espiritual y de contemplación la empuja a la lucha externa. Las flores de su alma se convierten en frutos de bendición. La acción de Teresa, como en el Santo de Asis, no es algo aparte del pensamiento, sino el pensamiento mismo hecho carne, y espíritu. El Reformador, el Héroe, el Santo, no sueñan la poesía: la trasladan en bloque a la vida, cantando himnos al sol, ganando batallas, reformando pueblos. No queriendo estos hombres retoñar en frutos de carne, se perpetúan en flores del espíritu. La fe enorme, que les da fuerza; el amor que es el resorte íntimo de sus acciones todas, les hace padres de todos los pensamientos generosos, de todas las acciones grandes, de todo los propósitos buenos que despiertan en nuestra alma al ponerla en contacto con la suya. Corazones prendidos de anhelos, que valéis por cien corazones; almas de fuego, que sentis en un minuto solo, una vida más rica y más intensa que mil almas en muchos años; corazón de acero de Teresa; alma de rosa de Juan de la Cruz, ¿por qué no tornáis a la tierra a inundarla de ideal y de amor?

Otra vez vuelvo a distraerme de mis pensamientos. Un aldeano, caballero en un hermoso bruto, lanza a los aires, con voz gangosa y desenganada, un cantar lento y monótono:

Alégrate corazón,
aunque sea por la tarde:
corazón que no se alegra
no viene de buena sangre.

Y el sol se oculta. Tiene la puesta del sol en mi Castilla una augusta majestad indescriptible. Se oculta el sol lentamente, como si se gozara con el ritmo de su descenso, dejando huella de sangre en el llano. Las piedras, color de oro viejo, se tornan mates, perdiendo su brillo y su luz. El río de Garcilaso, que arrastra oro en su carrera, sigue su canción de mansedumbre y de paz. El sol acaba de ocultarse y la campana de la parroquia ha dejado caer en el silencio de la vega unos tañidos profundos y tristes. Como a un conjuro, de la tierra surge un rumor de presentimiento, de fecundidad, de maternal alegría... He recogido mi libro, he vuelto al pueblo teresiano, pensando, con la Santa y con el cantar del aldeano caballero, que la alegría es un deber y que el pecado es triste y estéril.

JOSE SANCHEZ ROJAS.

LA TIRANA

Su brazo abraza mi cuello
como nadie lo abrazó...;
al mío junta su rostro
como nadie lo juntó...;
mesadas están mis barbas
por las manos de mi amor...
¡Ay, corazón!
Corazón, traidoramente
su mimo te esclavizó...
Preso, tirana, me tienes...
¡tirana, qué te hice yo!
Aunque me tienes cautivo,
yo no te guardo rencor...
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

Corazón, yo te hablaría,
para hablarte de mi amor,
de los capullos de rosa
y de los rayos de sol...
de perlas y de corales
y del pío
divino del ruiseñor...
¡qué eso es mi voz!
¡Ay, corazón!
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

Tirana, quiero saber
quién te quiere como yo.
¿Para qué? ¡Para quererlo
con todo mi corazón!
Reina de mis alegrías,
dime a quién quieres, mi amor...
¿Para qué? ¡Para quererlo
con todo mi corazón!
¡Ay, mi tirana, de qué
manera te quiero yo!

Tirana, ¿cómo te quiero
que no hay celos en mi amor?
Yo deseo que te quieran
todos, todos, más que yo,
y deseo
de tus brazos la prisión...
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

¡Ay, los brazos que me abrazan
como nadie me abrazó!...
Su cabecita y la mía
juntitas están las dos,
y sueñan un mismo sueño...
¡un mismo sueño de amor!...
¡Ay, amor!...
¡ay, tirana
dulce de mi corazón!

Corazón, ¿cómo la quieres
que te sales de tu cárcel,
corazón?
Corazón, ¿cómo la miras
que te sales por los ojos,
corazón?
¡Ay, tirana, de qué modo
tan dulce te quiero yo!

¡Ay, amor!
¡mi dulce amor!
¡Ay, capullito de rosa!
¡ay, mi rayito de sol!...
¡estrellita!
¡lucerito encantador,
en la noche de la pena
qué dulce es tu resplandor!

¡Ay, mi nieta la tirana!
Mesadas están mis barbas
por las manos de mi amor...
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

VICENTE MEDINA.

IDILIO TRAGICO

(CUENTO)

Amanecía aquella mañana de Primavera con una serenidad paradisíaca; el mar, la tierra, el cielo, parecían brindar a los mortales un mundo de venturas, y la Naturaleza. pródiga, transformaba en todos los vergeles los floridos presentes de Abril en tempranas promesas, que maduraría el estío y convertiría en sabrosas realidades Septiembre dadivoso. Los rayos oblicuos del sol de levante coronaban de luz las montañas, cuya base emergía apenas de la sombra nocturna, bañada de rocío. La ría reflejaba la mágica belleza del paisaje, y en su superficie tersa y brillante cual gigantesca luna de Venecia, posaban inmóviles como insectos acuáticos las naves. En algunos hogares encendían lumbre; el humo azulado subía perpendicularmente hasta perderse en la atmósfera, y la esquila cascada de la parroquia romántica llamaba a los hombres a su labor diaria.

Era aquella una aldea de pescadores, como demostraban sus viviendas apiñadas cerca al muelle, de toscos asientos graníticos; poco o nada debían sus moradores al ferrocarril que pasaba dominando al poblado, serpenteando por las laderas hasta alcanzar la urbe, cabeza del tráfico. En la línea sinuosa, adherida a las montañas, aprovechando una meseta occidental resto de una cantera milenaria, se alzaba la estación.

Una barriada miserable, forjada por la importancia que la estación, merced a la próxima cabeza de línea, disfrutaba, albergaba a los ferroviarios, forasteros en su mayoría, y como tales, desprovistos de hogar en la comarca. Traviesas desechadas, latas petroleras y bidones de carburo habían sido los primeros elementos de edificios heterogéneos, cuya fealdad disimulaba una vez más la Naturaleza interviniendo con su mágica paleta, las múltiples plantas trepadoras y parásitas, lindas como todo lo inútil, si de tal suerte se puede motejar a la belleza.

Una casita tan pobre pero más limpia y menos tosca que las circundantes, servía provisionalmente de vivienda al guardabarrera y su familia. Antiguo marinero, acumulaba Ramón diversos cargos, entre otros el de guarda-agujas, oficio cuya verdadera importancia no concuerda con la categoría del empleado en la mayoría de los casos, pues sólo en las estaciones de gran importancia, y desde algunos años a esta parte, se ha dado únicamente a dicho cargo toda la preponderancia que merece, puesto que de la cordura de su titular depende la vida de todos los viajeros.

El día que tan espléndidamente comenzaba, tuvo Ramón exceso de trabajo: levantado antes del alba, dió su cotidiana vuelta de inspección, engrasó sus palancas y, aprovechando un momento de calma, fuése a contemplar desde la entrada del viaducto la salida del sol.

Ramón quería ser más que rico, poderoso; no para él, sino para que los suyos no tuviesen que arrastrar una vida miserable; y lo creía con tal convicción, que en su fuero interno una serie de combinaciones escalonaban su existencia con arreglo a un plan preconcebido, cuyo punto de partida arrancaba del suceso previsto como base de la fortuna futura.

A nadie, ni a su mujer, siquiera, habló jamás Ramón de tal ensueño; pero a su abrigo habíase creado una vida interior tan intensa, que muchas veces, cuando le interpelaban, respondía como si despertase, como sumido aún en el limbo soñoliento.

Los timbres avisadores, vibrando súbitamente en la loca algarabía arrancaron a Ramón de su puesto favorito; la mañana fué aquel día asaz fecunda en labor suplementaria, para que el guarda aspirase a terminar tranquilamente la hora del desayuno; pero un tren especial, trastornando los horarios, ponía de nuevo a todo el personal en movimiento.

De pie junto a su palanca esperaba Ramón la entrada del correo; el orden de repente establecido indicaba un cambio de vía para dejar lugar al tren especial, cuya entrada se verificaba en sentido inverso del correo de Castilla.

Por el barranco lateral de la vía se acercaba, balanceando el cestillo portador de fru-

gal almuerzo, el pequeñuelo de Ramón y debajo del brazo izquierdo, replegado, asomaban las orejillas y los ojitos brillantes de un cachorro, su eterno e inseparable compañero. Como la hora no dejaba ya lugar para comer, Ramón indicó al niño que dejase la cestilla en una piedra, pero sin ocuparse, sumido en sus pensamientos, de si el pequeño permanecía a su lado o si había regresado junto a su madre. Ya en la boca del túnel asomaba el monstruo anhelante, negro de humo, sucio de carbón pero majestuoso en su rápida carrera. ¿Cómo dejó el niño, sorprendido sin duda, escapar al perro...? ¿Cómo pudo caber en su imaginación la idea de salvar al animalejo, exponiendo su propia vida...? ¡Misterio! El caso es que Ramón, levantando de pronto la cabeza, vió al niño forcejeando para arrancar al perro, que, paralizado por el terror, se había agazapado contra el balastro. Un instante, rápido, como no puede el pensamiento imaginarlo, presentó ante la vista del hombre dos visiones: su hijo, arrollado por el tren, montón de huesos triturados, y si dejaba el tren por su vía habitual, el estruendoso choque de los dos expresos en el andén, el vapor silbando en ráfagas ardientes, los gritos de un multitud sacrificada, los cadáveres de los fogoneros, las maldiciones de todos..., sí, ¿pero y su hijo?

Pudo más el deber. Pálido, casi exánime, pisó Ramón sobre la palanca, y el tren, cuya marcha, más solemne, había disminuído en velocidad, entró majestuosamente por la segunda vía. Las portezuelas, abiertas, arrojaban al andén bagajes y viajeros; los curiosos examinaban el tren especial y un mozo de carga, portador de nuevas instrucciones, vino en rápida carrera a buscar al guarda aguja. Ramón había caído exánime sobre el talud; una fuerza irresistible cerraba sus párpados y los brazos aturdidos parecían alejar algo invisible que le causase indecible espanto. A las voces del empleado acudieron obreros, curiosas y la guardesa, que, inquieta por la ausencia del niño, había salido en busca suya.

Nadie podía arrancar a Ramón de su estupor; nadie se explicaba lo ocurrido, hasta que los gemidos del perrillo llamaron la atención del grupo. En la segunda vía, privado de conocimiento por el susto, pero milagrosamente ileso, yacía el niño, oprimiendo con su cuerpo al animalejo, también salvado.

El tren pasó sobre ambos sin tocarles; pero el esfuerzo realizado para cumplir con el deber había matado para siempre la luz del cerebro de Ramón. Cuando, por fin, pudieron arrancarle de aquel lugar funesto, el hombre que un instante tuvo fuerza suficiente para imponer el deber a la voluntad, era un pobre despojo humano sin conocimiento ni poder... El infeliz estaba loco.

M. LLURIA

LA CRUZ DEL SUR

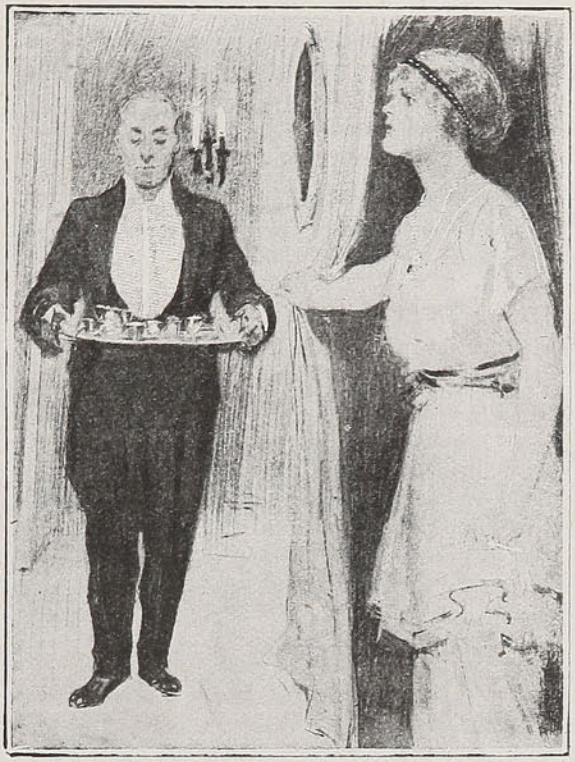
Cuando las carabelas voladoras
al fin trazaron sobre el mar sus huellas,
fueron rasgando por delante de ellas
la inmensidad con sus audaces proras.

Entonces Dios en las nocturnas horas,
tras el misterio de las tardes bellas,
una cruz dibujó, con cuatro estrellas,
en el lienzo en que pinta sus auroras....

Brilló la cruz cual argentado broche
que la punta de un velo suspendiese,
dejando ver radiantes simbolismos;

Y hoy, sobre el paño negro de la noche,
prendida se le ve, como si fuese
la condecoración de los abismos!...

EL TE DE LOS SALONES



En el otoño se caen de los árboles los nidos y las hojas. La caída de las esperanzas también ocurre en el otoño de la vida. Es la estación que reclama el consuelo de todos los afectos. Nunca es tan dichosa la retirada al hogar como en las tardes sin sol y en las horas del anochecer frías y lluviosas.

El invierno seca, entumece, hiela, mata; pero el otoño entristece y aflige.

Tan triste es el camino del infierno, decía el altísimo poeta, que la muerte no lo es tanto.

No lo es tanto el invierno como el otoño. Parece el invierno la enfermedad; la primavera la convalecencia; el verano la curación; y el otoño la recaída, lo peor de las enfermedades.

La sociedad tiene para las noches heladas, la comida o el baile; para la primavera, los días de campo; para el estío, el mar y las alturas. Para las tardes del otoño, el té.

Todas las aguas calientes y aromáticas son medicinas para el estómago. Y ninguna como el té para recibir a las amigas, visitarse, lucir los vestidos las presentes y ajustar a las ausentes las hechuras,

El té y el bridge son el recurso de estos días.

Generales, banqueros, poetas, abogados, ministros, escritores y diplomáticos hacen la partida a las damas, tan bien alhajadas ellas como vestidas y tan compuestos ellos como suele requerir la persona que necesite defenderse de los rigores de la estación o de la vida.

El té tiene sus horas: a las seis de la tarde y a las doce de la noche, al toque de las ánimas y a las campanadas de los conjuros,

Esta fiesta del té es de un modernismo encantador, es una diversión para todos que permite no escuchar los sonidos del piano a las personas delicadas, y que no obliga a la gente seria a oír las desafinaciones deliciosas de una tiple monísima o de una contralto en la plenitud de sus atractivos conquistadores.

Y basta con verlas.

El salón no se puede comparar al Club ni al Casino. Porque todo sea allí excelente hasta es compatible con las otras reuniones. Comer en el Club y tresillear en el gabinete aristocrático, volver de la embajada a dar codillos a los viudos bien conservados y a los solterones recalcitrantes, dejar el final de una ópera para reunirse a sacar unas puestas es tentación irresistible.

En el té de la tarde, la hora de la llegada para el hombre solo, no puede ser cualquiera. En ninguna ocasión se debe adelantar. Vale más algún retraso brevísimo que siempre

podrá excusarse recordando los versos del poeta clásico, diciéndole a la señora de la casa:

No pensé que era tan tarde,
señora, porque pensé,
que a cualquier hora que os viese
sería el amanecer.

La mesa ovalada, los manteles calados, la vajilla transparente, la infusión humeante y las pastas de todos los primores reposteriles, templan el ambiente, confortan el estómago, asoman la sonrisa a los labios, iluminan la mirada y avivan el diálogo.

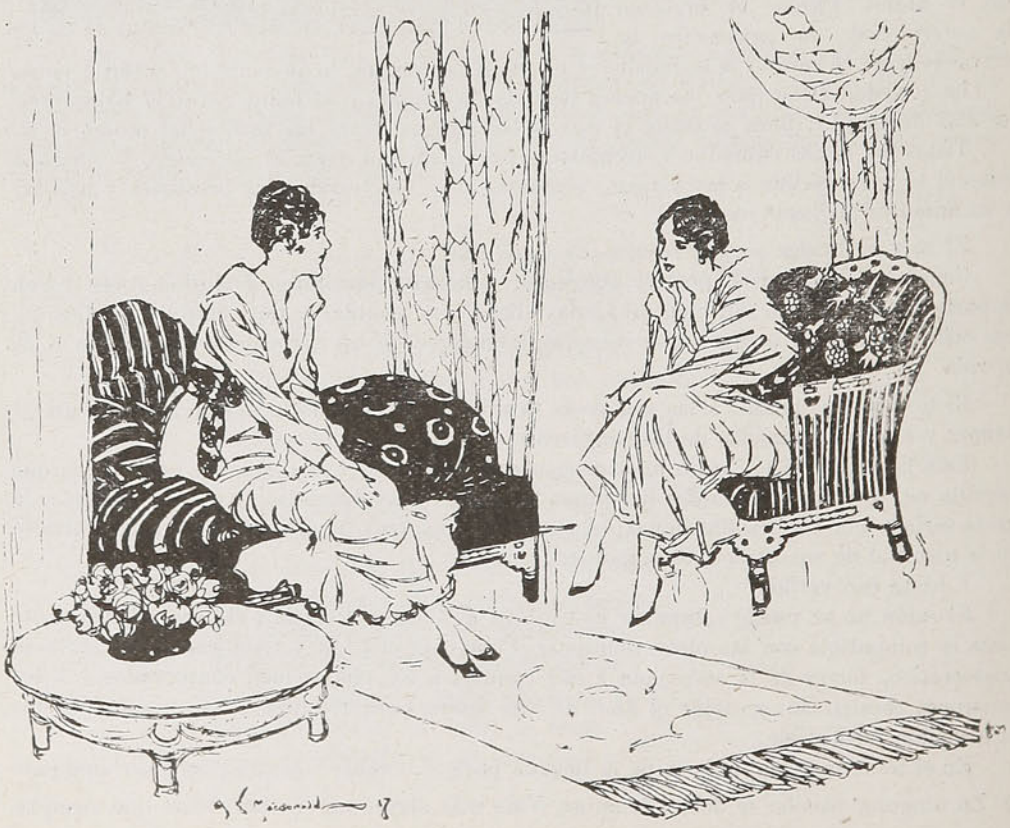
Donde se da té, se dan visitas.

Donde no se da té, se dejan las tarjetas, y huyen de la casa inhospitalaria, los carruajes al trote, y los automóviles perturbando el ambiente con la gasolina.

El color de la infusión es siempre el mismo, aunque el té sea verde, aunque sea perla, aunque sea negro. Estos colores de la hoja arrollada, siguen la moda en los escaparates donde se exponen. De hojas usadas del negro, se sabe hacer el verde; y de hojas usadas del verde, solían hacer el negro los falsificadores. Por eso vive tan arraigada la creencia de que el té que beben los europeos se le tomaron antes los asiáticos. Claro es que no falta el auténtico en los salones.

Lo que afirman los doctores de la higiene es que las alteraciones conocidas del té no son dañosas, y que el color ajerezado obscuro de la infusión, es el color del té por excelencia.

En China el agua caliente se vierte sobre a vasija donde la espera el té, se beben luego los chinos la infusión, y luego se lo comen.



Los efectos del té son el alejamiento pasajero del sueño, y un ligerísimo agradable despertar nervioso. Excita menos que el café. Y aún aplaca el temperamento con unas gotas de agua de azahar.

Es una bebida secante que adelgaza con el tiempo y el uso continuo, y astringente que regula los tiempos de la digestión.

La planta es un arbolillo, y el fruto las hojas. Vino de Oriente como la vid, como cuasi todas las frutas azucaradas, como las religiones, como la filosofía, como los reyes magos, como el sol, como el cólera, como todo. Y es antihipocondríaca como el enebro y tonificante.

En estos convites de la taza de té se templan las rudezas varoniles con la relación distinguida, se luce el ingenio de quien lo tiene y lo que no es ingenio se lima y suaviza. Alguna cortedad de las maneras se desarrolla y se extiende. Y no falta entre todos la belleza titulada y ceremoniosa que precisamente se acomoda delante de los espejos según costumbre, ni el sujeto presumido a quien su misma presunción incomunica, y se acoge a la lectura de los periódicos extranjeros

La discreción y la hermosura que Calderón de la Barca suponía enemigas, han hecho también las paces en muchas de nuestras contemporáneas.

La conversación compañera del té y del bridge es, como siempre, el atractivo primero. La variedad en el diálogo es imprescindible. Se puede suplir el fondo con la forma. Se pueden decir cosas de poca substancia en idiomas diferentes, pero en la misma lengua hay que cambiar rápidamente el asunto. Hoy ha subido el nivel de la cultura femenina. Mejor que nuestros directores de la vida pública, salvando las excepciones, y los acuarelistas, que procedan, conocen, por ejemplo, los Museos, muchas señoras.

No es ya la murmuración picante el plato principal. Pasa rozando sobre las apariencias, pero rara vez ahonda y nunca sacrifica. Toda la generación vive influida de un humorismo dulce, que deja ilesa la reputación.. Y es que hemos leído a Dickens y hemos olvidado a Juvenal.

Todavía no fumamos todos, pero fumaremos...

Así como en los hombres afeminarse es degenerar, en las mujeres, desde las amazonas hasta las sufragistas, ciertas aficiones varoniles están de moda.

También el té tiene sus maneras de tomarlo. Jamás será permitido el contacto del bigote con el aromático líquido. La diafanidad de la infusión, su color de oro viejo no deberá ser empañado nunca mojando allí las pastas; hay que comerlas y beber alternando. Se puede repetir de la bebida como de los amasijos del acompañamiento, pero más vale que no se use de las repeticiones. Y nunca fumar en la mesa delante de las tazas colmadas, y de las señoras resplandecientes, como no fumen ellas, y entonces de su petaca...

El momento de la despedida exige todas las finuras de la cortesía y el porte, y mejores serán cuanto sean más espontáneas. Y muy pocas palabras en el que se despide, y mejor será también responder a las amabilidades y distinciones del final con rendimientos y saludos.

Quizá he hablado ya demasiado del té que acabo de tomar en una residencia elegante. No digo más para que no la averiguen los aficionados, y para que no me envidien.

CONRADO SOLSONA.

¡CRUZ BLANCA!

¡Ternura de mujer, savia fecunda,
Que cada día hace brotar, dichosa,
Flores de caridad, y no reposa,
Mientras haya un dolor que mitigar!
El anciano, la viuda, el tierno infante,
La desvalida obrera, bajo el manto
De un amor de mujer, secan su llanto
Y miran a la vida sin temblar.

Más, su incansable y bienhechor anhelo
No estaba satisfecho todavía;
Había un dolor más, que conmovía
Todas las fibras de su casto ser.
La pequeña mujer de nuestro pueblo
Que, como planta hermosa en un pantano
Marchita sus botones muy temprano,
Sin alcanzar jamás a florecer.

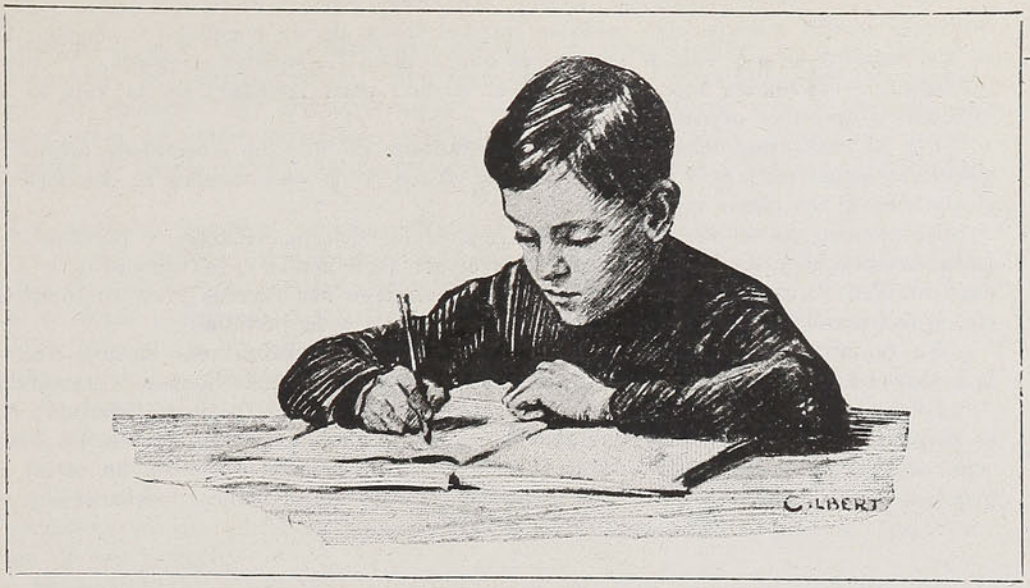
Y el fango va invadiendo poco a poco,
Su tallo, su corola, hasta que un día
La sepulta, sin que oiga en su agonía
Una piadosa voz de redención.
Y esta muerte moral, que se repite
A nuestro derredor, trae angustiado
Y más aún, tal vez desesperado,
El noble, femenino corazón.

Por esto, un bello grupo de mujeres,
Con una sola voz, resuelta y franca,
Fundó la institución de la "Cruz Blanca"
Para extirpar del mundo este baldón.
Y así como su hermana la "Cruz Roja"
Cura del cuerpo la profunda herida,
Ella cura del alma la escondida
Llaga, que troncha tanta vida en flor.

Venid, mujeres, la inocencia os llama;
Tendedle vuestra mano salvadora.
Y a la perdida oveja que os implora,
Abridle vuestro seno maternal.
Precavedlas del mal, llegad a tiempo,
Pero, si incautas al abismo ruedan,
No las abandonéis, dejad que puedan
Su avergonzada frente levantar.

¡Dios bendiga tu esfuerzo, sacrosanta
Institución, albergue de consuelo.
Cruzada redentora, que en el cielo,
Grabada tu divisa tienes ya.
Y a su redor, enjambre de palomas
Por la mano de un ángel conducidas,
Revuelan sin cesar, son las queridas
Almas que redimís de la maldad.

CELIA G. DE SEGOVIA.
(Socia de la "Cruz Blanca")



III

LA PAGINA DEL NIÑO

LA SINCERIDAD

Fíjate en los muchachos malos y verás que todos ellos suelen ser mentirosos, embusteros y embaucadores. La mentira acompaña a la maldad como la sombra al cuerpo.

Pero si observas mejor, descubrirás todavía que las personas fundamentalmente embusteras, son débiles de espíritu, y sobre todo cobardes. El muchacho débil y malo miente a toda hora; miente sin necesidad, por gusto de mentir. La mentira se convierte para él en un vicio y en una segunda naturaleza.

Podríamos, pues, afirmar que la mentira es una condición de los espíritus cobardes y groseros, y la sinceridad es el adorno de las almas nobles y valientes.

En la escala inferior de los seres, vemos también que los animales viles, cobardes y crueles, suelen ser astutos y taimados, como la zorra, el gato y la serpiente; en tanto que los animales valerosos y nobles desprecian la falsedad, como el perro, el león, el toro y el caballo.

El hombre musculoso y de robusta salud camina por el mundo con un aire de alegre y segura confianza; mientras que al hombre débil se le mira pasar con su actitud de recelo. Sin embargo, la fuerza y la robustez no residen siempre en la parte física del hombre: un cuerpo de apariencia frágil puede albergar la energía del alma, que consiste en el valor, el entusiasmo, la voluntad y el sentimiento generoso.

La persona sincera atraviesa por la vida recibiendo el homenaje admirativo de todas las gentes. La sinceridad presta al semblante y al porte del individuo un aroma y una luz particulares.

La sinceridad es el más puro símbolo de la nobleza. El noble no sabe ni puede mentir, porque la mentira pertenece a los seres groseros y ruines. El noble prefiere cualquier desgracia, antes que mentir. ¿Y cómo podrían entablar relaciones profundas las personas nobles, si no mediase entre ellas el contacto de una mutua sinceridad?

Los grandes males que perturban la dicha de la Humanidad, se deben a la mentira. Si todos los hombres fuésemos sinceros, habrían desaparecido del mundo las mayores plagas sociales que nos agobian.

Debes precaverte contra los pérfidos consejeros, cuando dicen que en la vida es necesario mentir, pues de otro modo se corre el riesgo de ser engañado y vencido. Esa es una mentira más, y una de las peores que existen. El muchacho enérgico y fuerte, inteligente y hábil, no necesita recurrir al engaño para triunfar. En la vida de los hombres tampoco es necesaria la mentira.

Por el contrario, debemos sentirnos orgullosos de nuestra sinceridad, porque la sinceridad exige un mayor esfuerzo moral y físico, y de esta manera se convierte en el atributo de las almas escogidas.

La mentira no es otra cosa que el arma de los débiles, cobardes y perezosos; la falta de energía y de actividad, hace que el ser ruin acuda a la hipocresía y a la mentira. Pero la persona fuerte y diligente confiará en sus fuerzas y en su inteligencia, y rechazará los medios vergonzosos de la mentira y la perfidia.

No te importe que los embusteros y los innobles triunfen más de una vez. A la larga, el triunfo de los sinceros es más positivo, y mucho más honroso y agradable.

Evita, sin embargo, el peligro de la candidez. Ser sincero, pero no cándido; éste es el plan que conviene. Hay que ser hábil para descubrir la mentira en los otros, como sorprendemos un peligro natural, un abismo, un montón de cieno, un reptil asqueroso. Pero dejemos la mentira y el deshonor a las almas ruines y cobardes.

IV

EL AMOR

El muchacho perverso es egoísta y cruel; sólo se ama a sí mismo, pero a nadie más. No siente cariño por los otros, y su corazón está vacío de todo sentimiento generoso. El odio, la envidia y la crueldad anidan en su pecho. Persigue y martiriza a los animales, se mofa de los ancianos y de los miserables, apedrea los faroles, destroza los árboles, inventa continuas maldades, es embustero y sólo piensa en su propio bien.

¿Has visto esas flores tan hermosas, de pétalos tan vistosos, pero sin perfume? Así son los seres malos. Su corazón está siempre vacío de generosidad y solo se enciende y enardece al calor de las pasiones perversas y negativas. ¿Has visto, en cambio, esas rosas radiantes y esas inocentes violetas? Se diría que no pueden contener la abundancia de sus olores, y que quieren dar todo su perfume de una vez. Así debe ser el corazón del muchacho: una flor perfumada que prodiga su amor sin medida.

El amor es el lazo simpático e ideal que une las almas de las personas. El amor es semejante al fuego, cuando en las noches heladas del invierno calienta nuestros cuerpos y nos reune junto a las brasas.

Sin amor no existiría nada. El amor es necesario a la vida, y desde que nacemos a la luz estamos rodeados de amor. Nuestra madre nos defiende y vigila, nos alimenta, nos abriga, y nuestro padre trabaja ardientemente para que nada nos falte. El amor es el que nos trae a la vida, y el amor es quien nos conserva en el mundo.

Los seres humanos necesitan apoyarse mutuamente, y para eso fué creado el amor. Cada uno de nosotros no puede sufragarse todos los servicios y necesidades; entonces intervienen el apoyo y la colaboración de los demás, y así logramos existir. La vida, pues, es un cambio de servicios, una mutualidad constante. Unos a otros nos debemos servir y apoyar, para que el conjunto de la humanidad marche siempre adelante.

Pero en esta suerte de servicios y apoyos mutuos, jamás permitiremos que se nos acuse de egoísmo. Quién recibe mercedes y no da nada en cambio, se asemeja al ladrón.

Aunque el amor es un sentimiento necesario e imprescindible para la vida de la humanidad, no tendría todo el valor que tiene si no fuera agradable, al mismo tiempo que necesario. En efecto, el placer más puro y real de un ser humano, es la satisfacción de haber derramado la miel de su corazón sobre el corazón de los semejantes. El placer de una acción generosa, supera en grado a todos los otros placeres.

Los animales humildes nos dan ejemplo. Los animales tienen también que obedecer a la ley universal del amor, y muchas veces el hombre se siente avergonzado ante las pruebas de generosidad y abnegación que nos dan el perro y el caballo, los cuales se dejan matar por defendernos y arrostran sin vacilar los mayores peligros.

Mira cerca de ti las gallinas, ¡con qué cuidado y vigilante solicitud guían a sus polluelos, cómo los calientan bajo sus alas y cómo les buscan los gusanillos que les sirven de alimento! Mira los pájaros pequeñitos, de qué forma tan delicada construyen sus nidos para que las crías no carezcan de calor, y mira al padre de los pajarillos cómo anda todo el día volando de aquí para allá, en busca de un grano de trigo que se apresura a llevar a sus hijos. Y mira, en fin, al más débil y pacífico de los animales, cómo se enfurece y se convierte en valeroso, cuando alguien atenta a la vida de sus hijitos.

La Naturaleza nos ofrece por todas partes ejemplos de amor, ejemplos que nosotros debemos atender como supremas lecciones. La misma Naturaleza fué amorosa con nosotros, cuando nos ofreció el regalo de la belleza universal. Las flores, el sol, el cielo radiante, el espectáculo del mar y de las montañas,, la caricia blanda del viento, son generosas mercedes con que nos obsequia nuestra madre común la Naturaleza.

El niño debe ser bueno y su corazón debe estar siempre dispuesto a derramarse en generosidad.

¡Oh hermoso muchacho! La vida que ves por delante de ti está llena de combates y de trabajos. La vida es semejante a un camino extenso y penoso. ¿Has emprendido alguna vez un paseo largo por las praderas o las colinas? Si fuiste prudente, llenaste tus bolsillos de provisiones, para que ni la sed ni el hambre te sorprendiesen. Pues bien; ahora que estás a tiempo, ahora que tu corazón y tu alma se abren a las primeras sensaciones y a las primeras ideas, haz provisión de generosidad, llena tu corazón y tu alma de amor, y así cruzarás el camino de la vida sin sentir hambre ni sed.

Que tu alma aprenda a amar a Dios, y en seguida las bellas cosas del mundo, como son el cielo, la mañana luminosa, la noche estrellada, el sol, las aguas corrientes de los arroyos, el color y el perfume de los campos. Aprende a amar la justicia, sobre todo. Aprende, también, a amar la verdad. Y que todas las acciones buenas hallen un eco de simpatía en tu alma.

UN DUELO

Dos ingleses entraron cierto día en un café de París donde vieron, sentados a una mesa, un hombre de elevada estatura, de aspecto original, extranjero al parecer, que contemplaba, con una gravedad imperturbable, todo lo que ocurría a su alrededor. Uno de los ingleses dijo al otro, que corrían voces de que un enano célebre acababa de llegar. El personaje misterioso abrió la boca exclamando: "Yo llego, tú llegas, él llega, nosotros llegamos, vosotros llegáis, ellos llegan."

El inglés quedó estupefacto; pero reponiéndose al punto, se acercó al extranjero, y le preguntó cortésmente:

—¿Se dirige usted a mí, por ventura, caballero?

—Yo me dirijo, tú te diriges, él se dirige, nosotros nos dirigimos, vosotros os dirigís, ellos se dirigen,—replicó el singular individuo.

—¿Cómo, tiene usted acaso la intención de insultarme?—añadió el inglés.

Yo insulto, tú insultas, él insulta, nosotros insultamos, vosotros insultáis, ellos insultan.

—¡Esto es demasiado! prorrumpió el inglés. Usted me dará cuenta de este ultraje, véngase usted conmigo.

—Yo vengo, tú vienes, él viene, nosotros venimos, vosotros venís, ellos vienen.

Y poniéndose de pié con la mayor sangre fría, siguió a su provocador. Provistos de espadas, marcharon al terreno, donde el inglés, blandiendo el acero exclamó:

—Ahora, caballero, déjese usted de bromas; es necesario batirse.

—Yo me bato, tú te bates, él se bate, nosotros nos batimos, vosotros os batís, ellos se baten. Y al propio tiempo que pronunciaba estas palabras, el extranjero, mediante un hábil movimiento, desarmó a su contrario.

—¡Muy bien!—dijo éste,—me ha dado usted una lección, y supongo que habrá usted quedado contento.

—Yo estoy contento, tú estás contento, él está contento, nosotros estamos contentos, vosotros estáis contentos, ellos están contentos.

—¡Cuánto celebro que todos estén contentos! pero—preguntó el inglés,—quiere usted dejar ese tonillo plañidero, siquiera un momento, y decirme con qué objeto obra usted de un modo tan extraordinario.

Entonces el grave personaje;—yo soy holandés,—respondió,—y estoy aprendiendo el idioma de ustedes. Me son muy difíciles las modificaciones de los verbos, y mi profesor me ha recomendado que conjugue todo verbo inglés que oiga pronunciar, a fin de que esta práctica constante los grabe bien en mi memoria. Yo sigo este consejo al pié de la letra, y me disgusta que se me interrumpa en mis ejercicios; si me hubiera usted dejado concluir, me habría explicado.

Los ingleses no pudieron contener la risa; invitaron a comer a su casa al holandés conjugador, que les acompañó diciendo:

—Yo como, tú comes, él come...

—Sí, sí, nosotros comeremos juntos.

La historia no agrega si el holandés comió con la misma aplicación que conjugaba.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

JOYERIA ARTISTICA ITALIANA

FABRICA DE ALHAJAS

Alfonso Molina

Relojería

Artículos para Regalos

SANTIAGO **San Antonio 346**

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras

en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnituras, Blanco y ropa de uso doméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogo general que distribuye la Casa a principios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN

AÑO II NUM. 21

Santiago de Chile, Mayo de 1920

Es un verdadero placer pasear en un "Buick". No hay ruidos desagradables, ni sacudidas molestas.

El poderoso motor "Buick", de válvulas en la culata, hace marchar el coche a la velocidad deseada y con tal serenidad, que parece que va en el aire.

Importadores:

MORRISON Y CIA.

Ahumada 65-77 Casilla 212

Santiago.

CASA WEIL

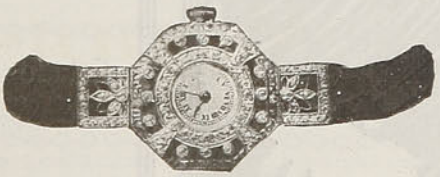
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet



PIDA COMUNICACION CON
TELEFONO INGLES
2132
BOTICA FRANCIA
Importa todo artículo de Farmacia. Tan pronto como un nuevo remedio serio ve la luz en cualquier parte del mundo, lo recibimos. El cuerpo médico lo sabe; es por esto que al recetar un medicamento nuevo, el Doctor indica siempre que es en nuestra Casa donde hay probabilidad de encontrarlo. También nuestra clientela lo sabe, y sabe, además, que aunque se trate de novedades que únicamente tenemos nosotros, no por eso abusamos y que nuestros precios son reducidos.
PEDIDOS AL INTERIOR
Por carta o telégrafo atendemos rápidamente todos los que se nos hagan.
"BOTICA FRANCIA"
Estado 154—Teléfono Inglés 2132—
Casilla 2105
SANTIAGO
JEP

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
„ Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

A todos conviene saber que ya llegaron estas dos famosas preparaciones:

"**EBANINA**". Tintura vejetal Werck para teñir las canas, las tiñe de un modo admirable sin atacar la salud en lo más mínimo como suecede con otras preparaciones. Si tiene canas pruébela y quedará encantada de sus efectos.

LOCION CAPILAR DE WERCK: Es la loción es maravillosa contra la caspa y caída del pelo. Con dos o tres frascos ya Ud. verá los efectos.

De venta: Daube, Droguería Francesa y en todas las principales boticas.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condéll Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS, CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES, PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES === GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas . . . . . Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. . . . Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte . . . . . Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva . . . . . Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster . . . . . Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez . . . . . Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres . . . . . Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés . . . . Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz . . . . . Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz . . . . . Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt . . .	2266	242

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique . .	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruma . . .			

NOMINA DE SOCIAS DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Bascuñan de Montes Eugenia			
Besa de Armanet, Raquel	Manuel Montt	2333	356
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	2420
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	1431
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Bromberg de Molina, Clotilde	Merced	322	
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena			
Dublé de Tonkin, Julia	Parque Forestal	560	
E			
			318
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	1413
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia			
Eguiguren de Matte, Laura	Compañía	1712	
Edwards de López, Elena	Galería Alessandri	24	
Edwards de Pérez, Lydia	Huérfanos	1580	2754
Echavarría de Barriga, Sara	Compañía	1373	
Edwards, Lucía	Moneda	1625	
Eguiguren de Méndez Laura	Dieciocho	133	1360
F			
Ferrari de Edwards, Josefina	Av. República	301	Parque 173
Fóster, Josefina	Huérfanos	1642	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Foster de Zegers Rosa	Av. República	157	
G			
G. de Carvallo Elena	Viña del Mar		
González de Segovia Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarillas de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	2700
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	1129
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards. Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 152
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Diciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	54	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
	Dieciocho	146	
	Agustinas	2573	
Méndez de Gana, Leonor			
Manzano de Urrutia, Carmen			
O			
Ortúzar de Tagle, Inés	Ejército	450	
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	2830
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	1307
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	2375
Palma de Vial, María	Teatinos	148	1202
Prats Bello, Ana L.	Manel Montt	2280	
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	2938
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	
Pinto de García Zegers Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mercedes	Moradé	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	2251
			2921
			339
S			
S. de Klimesca, Estafanía	Maestranza		
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	989
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	2634
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia			
Silva de Amunátegui, Eva			Parque 9
Serrano de Cabieses, Carmela	Merced		
Serrano de Santa Cruz, Matilde	San Martín	77	
Soto Rojas, Magdalena	Ejército	495	
Sánchez de Arnolds Mercedes	Av. Inglaterra	161	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Antonio	56	
	San Martín		
T			
Tagle de Vergara, María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena			
Elisa Tupper de Cuevas	Cerro	91	
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	732
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	152
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	2632
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	230
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			
Walker de Freire, María	Delicias	520	785
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zañartu de Tagle, Raquel	Sto. Domingo	1334	
Zegers de Echeñique, Isidora	Agustinas	1673	
Zañartu de Besa, Elena	Av. República	105	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés. Delicias 1652. Teléfono 2700.

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Santiago, Mayo de 1920 — NUM. 21.

SUMARIO:

	Págs.		Págs.
Juana de Arco, J. Diaz Garcés	506	**Soneto**	525
Importante, (A quien Leyere)	511	**Lo Irreparable**, Miguel de los Santos Oliver	526
Un sueño, Fides	512	**Una carta**	5-•
Las Flores de Maravilla, Concha Espina	521	**El deber**	53
María, Miguel Angel Corral	521		
Un fiso de Leal da Cámara, Javier Bueno	522		

Juana de Arco, la mujer del nombre triunfal, a quien la Iglesia Católica acaba de subir a los altares.

JUANA DE ARCO (1)

La historia se ha ido formando como una cadena con eslabones sucesivos; pero cada cierto tiempo una escena del pasado y otra del día se juntan en una sola página y funden sus líneas en una misma idea. Los centenarios hacen de tarde en tarde esta fusión. La Iglesia la suele buscar también cuando lleva a los altares una humilde figura del pasado y resucita en medio de la apoteósis de San Pedro el olvidado pasaje de la poética tradición antigua. Los que hemos visto flameando en la fachada del gran templo un gran estandarte de seda y oro, mostrando "urbi et orbi" la imagen gótica, la figura medioeval de Juana de Arco, mientras en los coros se alzaba en tumultuosa y armónica sinfonía el canto litúrgico del Renacimiento, hemos visto superpuestas tres visiones: la caballeresca, militar y religiosa de la Edad Media; la pagana, refinada y artística del Renacimiento, y la política, espiritualista y diplomática del Vaticano sin estados.

Juana de Arco, vestida de coraza y a caballo, con los ojos clavados en el infinito, llena de santa inspiración y de fe sublime, hace un curioso contraste con los símbolos que dentro de la basílica representan la fe, la esperanza, la religión, la justicia, mujeres semidesnudas, lánguidas y amorosas, escépticas y sonrientes, que trepan sobre los sarcófagos de los Papas. Son dos épocas que se sucedieron inmediatamente; pero que se distanciaban de siglos. La Edad Media, religiosa, creyente, inspirada, que levantó la catedral gótica; el Renacimiento, voluptuoso, refinado y escéptico, que edificó San Pedro. La beatificación de la virgen de Orleans era, pues, un himno y una apoteosis al más puro, al más intenso pasaje de la Edad Media, cantado por los coros de sopranos de la Capilla Sixtina, bajo las bóvedas de mármol y oro de la basílica pontifical e imperialista.

La aldea donde nació Juana de Arco se dividía, según el derecho feudal, en dos partes: la del sur, con un castillo sobre el Meusa y una treintena de casas pertenecía a la castellanía de Gondrecourt; la parte del norte, sobre la cual se elevaba la fortaleza, dependía del prevost de Monteclaire y del baillio de Chaumont. Un arroyo separaba los súbditos del señor feudal de los vasallos del rey. Jacques d'Arc quedaba a la izquierda del lado de Francia.

Esta breve presentación de la aldea donde nació la virgen de Orleans tiene la nitidez y el relieve de una medalla de la Edad Media. He ahí, en dos palabras, la eterna guerra entre el señor feudal y el rey, de la cual nació la burguesía de nuestros tiempos.

Los bosques conservaban todavía en su seno virgen e impenetrable un mundo de leyendas y de sueños. Al dios Pan, a los silenos, a las ninfas, habían sucedido las hadas, hadas aun paganas, que poco a poco fueron convertidas a la religión por la voluntad de los aldeanos y campesinos, que llamaban cerca de Remy, la fuente de las Buenas-Hadas-de-Nuestro-Señor, lo que antes había sido la fuente de las hadas, y lo que mucho antes se había llamado, seguramente, la fuente de las ninfas o la fuente de Diana.

Juana de Arco no creyó en las hadas, ni paganas, ni cristianizadas. Tenía la poesía y la fe de esos tiempos; veía con la simplicidad sublime de las almas primitivas

(1) Se puede aplicar perfectamente a la reciente ceremonia de canonización de Juana de Arco este hermosísimo artículo de un gran escritor y brillante periodista, que, a más, ha sabido ser siempre un hombre de ideales.

"La Cruz Blanca"—que es deudora de muchas frases de aliento a don Joaquín Díaz Garcés,—se complace en señalar estas bellas páginas a la simpatía y al interés de sus lectores.

una relación estrecha entre Dios, el rey y la Francia. Como la Francia estaba cautiva, el rey sin consagrar y los altares saqueados, jamás creyó asombroso ni extranatural que las voces celestes le ordenaran hablar a Carlos VII para que se expulsara a los ingleses, se coronara al rey y se restableciera a los obispos en sus catedrales.

Juana de Arco.

A los trece años oyó las primeras voces. La sorprendían en el bosque, cerca de la iglesia. Y en su casa cuando oraba. Le hablaban en la soledad del alba, en el silencio de la tarde o mientras las campanas sonaban invitando a la misa; siempre hablaron con una lógica extraordinaria; jamás hubo contradicción en sus consejos, y hasta sobre la hoguera no desmintió una sola de sus palabras.

Es necesario recordar este cuadro de la aldea vieja, desmantelada por las guerras, paraderos de los capitanes que se detenían un momento a beber en el arroyo, para seguir con los escuadrones de bandoleros; es necesario ver la casita de piedra con los techos puntiagudos, y en la pequeña ventana gótica la pastora que oye el toque de la oración y cree sentir una vez más, en la voz alada de las campanas, las voces misteriosas que la empujan hacia el rey y hacia la jornada gloriosa de su destino.

Era alta, bien formada, llevaba los cabellos negros cortados sobre el cuello, a la manera de los hombres; la cara rústica y redonda y los ojos azules llenos de una luz de juventud y de ardor.

Juana no era una alucinada, no caía en éxtasis, no sufría convulsiones: como San Francisco de Assis veía el sentimiento divino desparramarse sobre el mundo, ella veía surgir de la música del aire, del vuelo de los pájaros, de las dulzuras perezosas del crepúsculo, las voces que le recordaban su misión. Ella las oía simplemente, con la faz sonriente, los ojos bajos, las manos cruzadas sobre el pecho. Jamás visionaria alguna ha sido más tierna, más silenciosa, más humilde. Cuando cruzaba el bosque, iba precedida del pudor, seguida del silencio, rodeada de la santidad de la naturaleza. No tenía miedo a la soledad, porque la soledad era la antesala de sus reales visitantes. Apenas quedaba aislada, ellos se acercaban y le hablaban, y San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita le decían con tono reposado, cariñoso, que fuera a hablar al rey para libertar a Orleans y consagrarlo en Reims.

Juana habla, suplica y no es creída. Rechazada de unos, burlada de otros, llega un día a Vaucouleurs hablando de su misión empecinadamente. Su fama crece, la visitan, la interrogan. Delante de la aldeana se desconciertan los capitanes, los doctores y los obispos. Es un lenguaje nuevo el que habla, un lenguaje inspirado que comunica a todos fe y ardor en medio del desaliento, de la ruina, del descalabro general. El rey se esconde a su llegada, ella va hacia él, dobla sus rodillas y cae al suelo. Lo llama "rey gentil", y simple como siempre, sin una vacilación, narra lo que sus voces le han ordenado narrar. Todos se admiran, comprenden que la virgen-pastora va a encender la fe de los soldados andrajosos y hambrientos, la aceptan, la visten como ella indica, y por primera vez una mujer de diez y siete años, vestida de hierro, sobre un caballo blanco, desplegando el estandarte sembrado de flores de lis, se presenta a un ejército y las insignias se abaten y un solo grito resuena: "a Orleans!"

Hay que figurarse la ciudad medioeval, con las torres fortificadas y los muros almenados que se erizan de lanzas; con las callejuelas estrechas, donde los burgueses comienzan a hacer su fortuna, y en medio del terror con que deben pagar los gastos de estas guerras incesantes e implacables, ven surgir como una claridad de una noche obscura la noticia de esta virgen blanca que conduce al rey de Francia a sus destinos.

Y un día, al frente de la silueta obscura de las primeras fortalezas, se ve llegar esta niña, bella, inocente, jamás tocada por caricia de hombre, que preside, dormida al lado de su caballo de combate, el reposo pesado y ansioso de esta tropa descalza, que sueña con la capitana que el cielo le ha enviado.

Orleans cae. Un predicador extraño, a lo Savonarola, el fraile Ricardo, predica esta cruzada de la pastora virgen y guerrera. Las últimas torres y fortalezas se entregan, y Talbot se aleja como el lobo de la leyenda, rugiendo de despecho y levantando una cortina de llamas entre sus huestes vencidas y la avanzada radiante de la virgencita de Francia.

Troyes también cae, y el Rey Carlos VII penetra a Reims. A las 9 de la mañana la Catedral gótica ve entrar el real cortejo con los estandartes cubiertos de flores y los heraldos levantando al aire matinal las trompetas de bronce. El rey de armas de Francia llama por sus nombres a los doce pares; pocos avanzan. Carlos de Valois es armado caballero por el duque de Alenzon. El arzobispo lo consagra con el aceite que Clodoveo recibió sobre su frente del obispo San Remigio, y que fué el bautismo santo de las Galias. La virgen de Orleans, que despliega el estandarte al lado del rey, espera ver llegar a los ángeles con la corona de rosas y flores de lis que Santa Catalina le ha prometido. Pero los ángeles no bajan.

El arzobispo toma del altar la corona maciza y la eleva en dos manos sobre la cabeza del rey. Los pares extienden sus brazos para sostenerla, las trompetas estallan en un clamor de guerra y de triunfo. Las lanzas chocan en las inmensas naves de piedra; las trompetas estallan en un clamor de triunfo y el pueblo grita: "Noel!"

Desde este momento grandioso, que los frescos del Panteón de París nos recuerdan, la estrella de Juana comienza a obscurecerse. Su destino está cumplido y las voces no vuelven a acompañarla. No le habla la naturaleza, las campanas no cantan, el bosque está lejos y enmudece también. El pueblo deja de creer en sí, y deja, naturalmente, de creer en su guía. La marcha hacia París es el desastre, y Juana queda abandonada de todos, de su rey, de sus soldados, de su patria, de los obispos mismos. Primero vacila un instante, después se vuelve a Dios que la ha inspirado y la ha sostenido. Su coraje se enciende, y sobre las llamas confirma su misión, y el 30 de mayo de 1431 deja de vivir y comienza a ser la gloria de Francia y de la raza latina, la virgen y mártir de la Iglesia y el más maravilloso poema de la historia.

He visto llegar 35.000 peregrinos franceses a la plaza de San Pedro. Peregrinos y emigrados: peregrinos, para asistir a la coronación de la Santa nacional; emigrados, sedientos de fe y de religiosa emoción, a buscar la paz de sus conciencias y a juntarse en hermandad de aspiraciones para elevar una plegaria al cielo. Plegaria inmensa, como rumor de mar, como grito de pueblo, como una tempestad dantesca, que necesitaba por conducto, para subir al cielo, la cúpula de Miguel Angel. Ahora he comprendido lo colosal de este templo. Es el templo de las multitudes. La plegaria individual se pierde sin eco en su inmensidad; la oración colectiva vence la frialdad del mármol, supera la grandeza de sus arcos y abre las bóvedas hacia el infinito. ¡Cómo sonaban los himnos candentes de tantos millares de voces, qué grandiosidad pavorosa tomaban al chocar en sus alturas, al rebotar tres veces en las curvas de la cúpula, al volver sobre sí para subir nuevamente en un embate colosal de fuerza, de fervor y de adoración!

Desde el alba del 18 de abril, la plaza circular de San Pablo se poblaba, y de la columnata de Bernini, en torno al obelisco, sobre la extensa gradería del templo, un hormiguero se movía bajo el sol, tiñendo con la mancha negra que avanzaba, la clari-

dad enceguecedora del suelo. Una onda negra llegaba hasta las puertas del templo y se sumergía en los arcos; una nueva onda volvía a desparramarse y desaparecer tras este mar humano pudiera ser absorbido por la mole colosal de la basílica.

Dentro del templo la multitud no podía callar y cantaba. Cuando la voz es débil, nace en los pechos el canto; canta el que ama, el que cree, el que sufre. Cantan los soldados al volver de la batalla, canta en el bosque el que lo cruza en las noches solitarias, canta el pueblo que ha obtenido una victoria. Los peregrinos cantaban a sus tradiciones, a su patria, a su fe, a sus ideales; cantaban de nostalgia, de entusiasmo, de esperanzas. Era un rumor tan grande que causaba primero susto y después un temblor en el espíritu. Era el canto de 35.000 creyentes que venían de su tierra a arrodillarse y a orar.

En la vasta iglesia engalanada con grandes franjas de rojo y oro pegadas a las columnas, no quedaba ya espacio para nadie. Pero seguía entrando la onda negra y desapareciendo en las puertas, y la plaza siempre se veía moverse con el hormiguero inagotable.

Las tribunas parecen descolgarse con sus racimos de mujeres de mantilla negra y hombres de frac. El canto cesa y vuelve a comenzar. De pronto se interrumpe, y las cabezas se vuelven hacia la capilla del Sacramento. Una procesión larga, lenta, avanza cruzando las rejas y dirigiéndose a la tribuna de la basílica tras del altar mayor. Va delante el cardenal Rampolla del Tíndaro, con su gran figura de prelado antiguo; siguen el cardenal secretario de Estado, los cardenales franceses y un centenar de obispos y arzobispos. La mancha roja y malva culebrea entre la muchedumbre negra y se pierde en el fondo. Los prelados ocupan los asientos y la muchedumbre repite los nombres: Vannutelli, Rampolla, Gotti, Ferrata, Vives, Cagiano, Merry del Val, Lucon, Coullié y Andrieu, el capítulo Vaticano y obispos de Sud Africa, del Canadá de la China, del mundo entero.

Las últimas notas del canto de "nona" rodaron por la iglesia súbitamente silenciosa. El postulante de la Causa de Juana de Arco padre Hertzog, se pone de pie y solicita de los cardenales Rampolla y Martinelli, la autorización para leer públicamente el proceso y breve pontificio. Un oficiante sube a la tribuna, y por el espacio de veinte minutos una voz monótona resuena en el templo y las frases latinas vuelan sobre las cabezas, dejando entender, de cuando en cuando, el nombre de Juana de Arco.

Junto con terminar la voz, los cardenales se pusieron de pie y un temblor recorrió la iglesia. En un mismo instante se encendió un millón de luces en el fondo de la basílica, apareciendo la imagen de la nueva Santa en el centro de la gloria de Bernini, esculpida en bronce y oro; las campanas se echaron a vuelo y la Capilla de Cantores comenzó el Te-Deum.

Fué un momento único. Después de un instante de paralización y de mutismo, la multitud, levantando los brazos, alzó junto con la Capilla, el gran clamor del himno de gracias. ¡Cómo parecen miserables las palabras para describir estos efectos gigantescos! Era un solo trueno discorde y desordenado sobre el cual se alzaban las voces de los sopranos, esas voces mezcla de hombre y de mujer, agudas y vibrantes, que parecían alcanzar un poder sobrenatural para conmover y agitar.

Era el arrebato de la fe, después de tantos años de escepticismo desolador; era la voz de las almas que se hacía oir después de tanto tiempo en que la voz de los cuerpos llenaba el mundo; era la aspiración hacia lo espiritual... Las imágenes de la virgen de Orleans se han descubierto a todos lados del templo, y su figura virginal evoca todo ese pasado que ahora somos impotentes para hacer revivir. Entre tanto el ronco rumor del pueblo toma inflexiones suplicantes e inspiradas, y en una nota agudísima como el grito supremo de la fe, el coro de sopranos remata la última nota del último versículo.

La procesión de figuras rojas y moradas vuelve a bajar culebreando entre la masa, y mientras los himnos franceses recomienzan, las últimas siluetas de los prelados se pierden tras la filigrana de hierro de las rejas de la capilla.

Fatigado como después de una trabajosa jornada, salí arrastrado por la multitud que vaciaba sobre la plaza la misma serie de olas inmensas que el templo había absorbido y encerrado. El estandarte de Juana de Arco descubierto junto con echarse a vuelo las campanas, ondeaba al viento primaveral. La muchedumbre se desbordaba bajo el sol vibrante; el mundo material nos envolvía de nuevo.

A la tarde volví a la ceremonia "a puertas cerradas". De todos puntos de Roma acudían carruajes y automóviles, cruzando el Tiber frente al castillo de Santo Angelo y depositando la concurrencia engalanada nuevamente de fiesta, en la gradería de la Plaza y en los patios interiores del Vaticano. Desde las 3 hasta las 5 de la tarde, los gentil-hombres, caballeros y oficiales de S. S. en gran uniforme ordenaban en las tribunas y en las naves la vasta multitud que acudía de nuevo para ver a Pío X adorar al pie del altar en muda plegaria la nueva Santa de la cristiandad. Jamás he visto mayor número de mujeres hermosas: francesas, italianas, rusas, austriacas y americanas. Bajo las mantillas de encajes negros, al través de los ceñidos vestidos de seda negra, se veían magníficas cabezas, cuerpos esculturales y majestuosos, ojos serenos y brillantes. Era ésta una mujer que los viajeros no vemos sobre la calle, en la terraza del restaurant o en la sala del café-concierto. No es ésta la mujer ambigua, que como el velero blanco que se mece en el lago, deja caer una de sus anclas en el fango; es la mujer aristocrática y cristiana, con manos albas que jamás han trabajado, con ojos serenos que nunca han perjurado, con cabezas erguidas que no han sentido jamás una vergüenza sobre la frente. Vi entre ellas cabezas y cuerpos de las madonas de Botticelli, de Rafael de Andrés del Sarto y de Guido Reni.

En espera del Pontífice los peregrinos cantan. No sé, como en la mañana, qué cantan, no quiero oir las palabras vibrantes que salen de los labios agitados. Cualesquiera que sean, serán pequeños al lado de la grandiosidad y de la fe con que sus voces se juntan en una sola vibración conmovedora; veo las largas filas de viejos de barba blanca, de monjes y abates, de jóvenes y niños que con los ojos perdidos en el ensueño, dejan escapar su acento; miro a las tribunas donde las grandes damas con las manos juntas y los párpados caídos en una palidez de éxtasis y de espiritualidad, repiten como un eco argentino el mismo acento; y entonces al leer en esos millares de faces transfiguradas la sinceridad de la fe, la convicción de las almas, el ardor de la plegaria, siento que una ternura inmensa estremece mi alma y doblo las rodillas.

Es tiempo; porque todos han cesado el canto mirando inquietamente a la entrada del templo, donde las grandes puertas han girado sobre sus goznes y se han cerrado. De la Capilla del Sacramento viene un movimiento que se transmite como una onda eléctrica sobre las cabezas. Una aparición serena avanza con suma lentitud bajo los arcos. Sobre una silla roja llevada sobre hombros, Pío X sin la tiara pontifical, vestido de blanco y con una banda dorada sobre el pecho, sonríe con una dulzura infinita y bendice con la mano temblorosa.

A medida que el cortejo avanza hacia el altar mayor, la multitud se arrodilla, el anciano pasea una amplia y serena mirada sobre el mar de cabezas y su mano vuelve a bendecir. En ese momento los peregrinos parecen olvidar la estricta prohibición de aclamar al Pontífice, impresa en todas las tarjetas, y un grito rápidamente sofocado por un imperioso gesto de Pío X se cambia en el himno tantas veces repetido bajo las enormes bóvedas. Los ojos del augusto viejo se abren atemorizados, las lágrimas parecen asomar en ellos, y un movimiento de emoción y de ternura lo estremece. Los guardias suizos le preceden, los cardenales lo rodean, una procesión de prelados y monjes cierra el cortejo.

Llegado al altar desciende la silla gestatoria y va a prosternarse ante la imagen y reliquias de la virgen de Orleans. El coro preludia un canto solemne, callado, comprimido, mientras una voz temblorosa se escucha a lo lejos: *Beata Giovanna D'Arco, ora pro nobis!* Era la voz del Pontífice.

Un silencio inmenso se sucede. Desde las gradas del altar el Pontífice da *urbi et*

orbi la bendición, y sube de nuevo a la silla, la procesión se dirige a la Capilla del Sacramento, y en medio de los himnos que han vuelto a rèsonar incansables, desaparece a lo lejos, mientras las luces comienzan a extinguirse y pasa al través de la cúpula un rayo directo de sol, que la atraviesa de poniente a oriente.

J. DIAZ GARCES

Roma, mayo 1909.

IMPORTANTE

(A QUIEN LEYERE)

Los subscriptores de "La Cruz Blanca" son también sus amigos. En esta confianza venimos hasta ellos en la seguridad de encontrar favorable acogida y la mejor disposición para atender a nuestras razones.

Debido al alza considerable del papel, el costo de nuestra revista ha subido en tal forma, que nos imposibilita materialmente para seguir manteniendo nuestra antigua tarifa de subscripciones.

A pesar de que "La Cruz Blanca" es una revista única en Chile, en el sentido de que no tiene más gastos que los de papel e impresión—ya que los demás servicios: dirección literaria y artística, administración, etc., son absolutamente gratuitos, puesto que al frente de ellos se encuentran miembros del Consejo Directivo de la sociedad; a pesar de ello, repetimos, "La Cruz Blanca" atraviesa por una época muy difícil que hace necesaria de toda necesidad la cooperación de sus amigos y subscriptores.

Así, no aumentando nuestra tarifa sino en las proporciones estrictamente necesarias para que la Revista pueda asegurar su existencia, nos vemos obligadas a interesar a todos nuestros subscriptores para que respondan a este llamado amistoso:

1.o Consintiendo en pagar DIEZ PESOS cuando renueven su subscripción anual.

2.o Convirtiéndose en propagandistas de la Revista,—y, por lo tanto, de la inmensa obra de caridad que representa "La Cruz Blanca",—reclutando, a lo menos, un subscriptor más.

La Revista corresponderá mejorando sus servicios, en lo posible, pero, sobre todo, haciendo partícipes de las oraciones del Colegio Reformatorio a todos los subscriptores y amigos de "La Cruz Blanca", que, al tener aseguradas las oraciones de los desamparados, es como si hubieran adquirido un derecho a las bendiciones del cielo.

UN SUEÑO

I

Habíamos llegado de nuevo a aquel lugar tan lleno de recuerdo; todo renovaba la honda herida de su marcha... La belleza del paisaje, los sitios en que ella había estado el año anterior, la casa, su cuarto; todo nos hacía sentir más dolorosamente el vacío que pesaba sobre nosotros. Parecía que a cada instante íbamos a oir su voz; o veríamos su imagen flexible, vaporosa, surgir de entre los arbustos y flores, trayéndonos alegría y primavera.

Pasaban los días, las noches y las pavorosas mañanas cuyo despertar cruel nos hace volver a la vida, abriendo nuestra alma al dolor y trayendo nuestra mente a la realidad de la horrible tragedia que sumió en llanto y luto nuestro hogar, llevándose para siempre a la que era su encanto y alegría.

Nada cambia la monotonía interminable de los días de sufrimiento a no ser la renovación de la herida. Cada hora que transcurre, más nos aleja de un dichoso pasado, y más del sér querido que se fué para siempre. ¡Herida abierta que sangra en cada sitio, en cada objeto, como si una mano despiadada se empeñara en hacerla más honda o más cruelmente dolorosa!

Deseábamos desde el primer momento abrazar nuestra cruz valerosamente, sin rechazar ningún sacrificio de los muchos que acompañan irremediablemente las grandes desgracias de la vida. Buscábamos, además, paz y alejamiento, para que pudiera cicatrizar el desgarramiento de nuestras almas.

Desde su partida no sentíamos consuelo fuera de la oración, y más que oración formulada, era aceptación muda, sumisión filial y ciega a un Padre que nos ama con infinita ternura.

Son estas penas tan hondas, que el pensar y discurrir nos es imposible; y para someter nuestra voluntad a la divina, necesitamos pasar por sobre nuestros sentimientos naturales. Es una lucha cruel entre la materia que se rebela, y el espíritu a quien Dios ilumina y hace ver la magnitud, el poder y la gracia de la renunciación. En minutos se sufren horas, y en horas, eternidades.

Instintivamente se busca la compañía de otras almas que han sufrido, y de almas santas. Se siente antagonismo en presencia de espíritus frívolos, que intentan distraer y consolar, trayendo noticias y novedades del mundo, y nuestra pobre alma, agobiada abrumada y rendida desearía estar perpetuamente ante el Tabernáculo, en la soledad evocadora y misteriosa de una capilla en penumbra y en silencio.

Nuestra alegría y nuestro corazón habían quedado enterrados allí, bajo la losa que oculta su envoltura, y nos parecía sarcasmo cruel que el mundo continuara como antes; que el sol prestara calor y vida al universo; y hubiéramos querido poner para

siempre una muralla que nos separara del mundo de los vivos, para vivir con el recuerdo, unidos únicamente a la que llorábamos en el silencio y la oración!

Tal vez ese alejamiento y la seguridad que teníamos de encontrar en ese sitio apartado, la compañía de almas santas, fué lo que nos llevó allá. En nuestro dolor brillaba, como remota aproximación a "Ella", la idea de encontrar en ese lugar una persona que nos era especialmente dilecta; un sacerdote, de cuya virtud y caridad habíamos recibido en varias ocasiones pruebas reales.

Algunas penas de nuestra vida,—bien pequeñas por cierto hasta entonces,—; como enfermedades en que habíamos recobrado la salud por medio de sus oraciones, nos hacían quererlo y estimarlo muy de veras, con la estimación y admiración que se siente por los espíritus superiores, que están por encima de las pequeñeces y miserias de la vida. Apenas llegamos, fuimos a buscarlo atraídas por el deseo que teníamos de conversar con él. Nos recibió sonriente. Revelaba su semblante la paz del alma que da la estabilidad en Dios.

—Mucho me he acordado de Uds.,—nos dijo,—para encomendarlos en mis oraciones. Por "Ella" dije una misa, pero no de difuntos, sino de gloria. ¡Qué felicidad pasar así de la tierra al cielo, sin haber conocido los sufrimientos de la vida! ¡Pobres padres! ¡que tengan que conocer tales desgarramientos...!

Y fué todo...

Pasamos a una galería. El panorama, y el espectáculo de la Naturaleza nos dejó en suspenso. El sol había descendido hasta tocar el mar; desaparecía en el horizonte, dejando esa luz vaga y misteriosa del atardecer. Una línea de fuego separaba el cielo del océano, como el principio de un incendio que iba a extenderse hasta el firmamento. Nubes de todos tamaños, teñidas de todos los colores, y remedando las formas más caprichosas, parecían ángeles, las unas, monstruos, las otras, extáticos todos en la quietud como de encantamiento de ese crepúsculo estival.

Nadie hablaba. Nuestras almas entonaban al unísono un himno de amor; dijérase que esperaban ver aparecer en el punto luminoso que dejara el sol al morir, al Creador del Universo. Parecía que el firmamento se hubiera volcado en el mar, porque, a trechos, el agua se teñía de los mismos colores del cielo. A nuestros pies, la sinfonía bárbara de las olas, hacía más sobrecogedor aquel silencio...

El anciano sacerdote, ensimismado, sonreía. Miraba sin ver, como extasiado en otra visión que sólo percibían los ojos de su alma...

Los acordes del harmonium de la capilla vecina interrumpieron el elocuente silencio. "Padre Eterno, que en tu solio estás", entonó una voz que más que humana parecía tímido suspiro angélico. La naturaleza, en aquel momento, era, en realidad, solio del Altísimo. El anciano continuaba sonriente, inmóvil, con la mirada fija.

Terminó el himno y aún nadie osaba hablar.

Era necesario volver a casa. Ya obscurecía. Al despedirnos le dijimos al sacerdote: ¡Qué deseos, Señor, de verla! ¡Si "Ella" pudiera decirnos que se acuerda de nosotros, que tanto la lloramos, que es enteramente feliz, su separación sería menos dura y más llevadera la vida sin "Ella"!

—Invoquen—nos respondió el sacerdote—a los arcángeles S. Miguel y S. Rafael. para que ellos les permitan en sueños verla y conversar con "Ella".

Partimos consoladas, pensando poner en práctica el consejo.

II

Invoqué confiada esa noche a los arcángeles, rogándoles que si este favor no se me concedía, se lo hiciera a alguna de mis hijas.

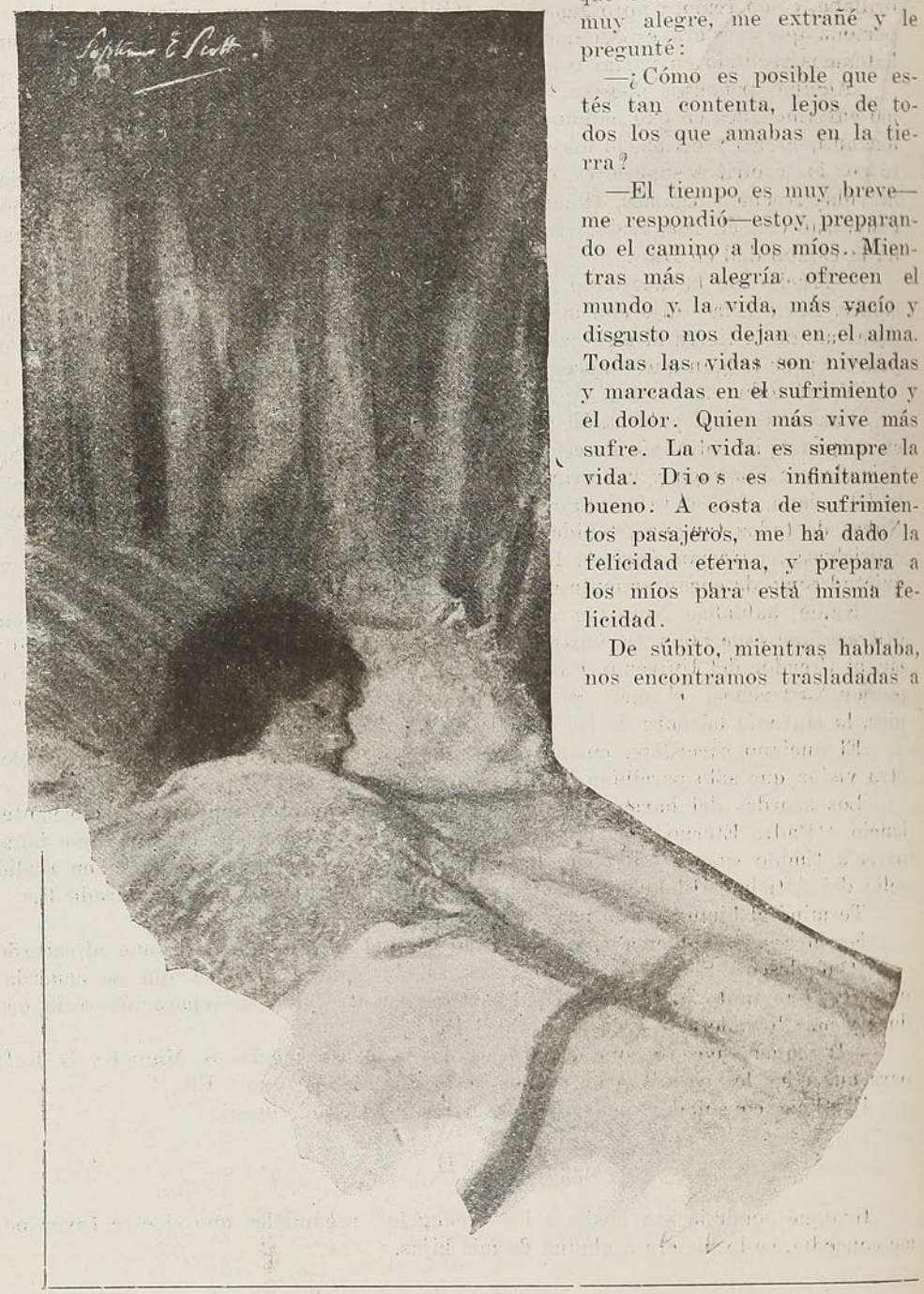
¡Cuál no sería mi sorpresa a la mañana siguiente, cuando una de ellas me dice haber tenido un sueño precioso, y me lo relata en la forma siguiente:

—"Soñé que estaba con "Ella" y que me pedía la siguiera, pues tenía mucho que contarme. Como la viera muy alegre, me extrañé y le pregunté:

—¿Cómo es posible que estés tan contenta, lejos de todos los que amabas en la tierra?

—El tiempo es muy breve—me respondió—estoy preparando el camino a los míos. Mientras más alegría ofrecen el mundo y la vida, más vacío y disgusto nos dejan en el alma. Todas las vidas son niveladas y marcadas en el sufrimiento y el dolor. Quien más vive más sufre. La vida es siempre la vida. Dios es infinitamente bueno. A costa de sufrimientos pasajeros, me ha dado la felicidad eterna, y prepara a los míos para esta misma felicidad.

De súbito, mientras hablaba, nos encontramos trasladadas a



una hermosa morada de muros transparentes. Era un aposento como jamás lo había visto ni concebido mi mente:

—Este es mi sitio—me dijo.

Las murallas estaban tapizadas con los retratos de todos nosotros. Me señaló otro sitio igual para mí. En seguida vi entrar a esa habitación a un sinnúmero de gente de todas edades y sexos; todas personas conocidas, y cerrando el largo cortejo a... (aquí los nombres de una persona de nuestra familia y el de un amigo nuestro).

"Ella" continuaba muy sonriente, muy brillante toda, y transparente, como si tuviera una iluminación interior. Sus largos cabellos dorados, esparcidos, le formaban como un nimbo de luz...

Se despidió, prometiéndome volver luego. Quise asirle los pliegues del manto luminoso, pero mis manos dieron en el vacío y la visión desapareció esfumándose en el espacio".

Hasta aquí la relación de la niña.

Era tan simbólico todo, que no pude menos de ver algo providencial y sin duda me sentí consolada.

III

La mañana era hermosa. De esas mañanas de estío, en que ninguna brisa agita los árboles ni las aguas del mar. La bahía parecía un gran lago, y las embarcaciones de los pescadores que se alejaban de la playa, me hacían pensar en el Hombre-Dios, y en sus Apóstoles, hombres ignorantes a quienes enseñó.

¡Qué paciencia tan infinita la de Dios! ¡Cuánto le cuesta hacernos comprender que no hay gloria sin cruz!

Entre las multitudes a quienes enseñaba Cristo, había almas profundamente laceradas y tristes y con heridas más hondas que las materiales; corazones que nadie podía tocar ni sanar, pero que El miraba con infinita ternura y compasión. ¡Bien conocía el secreto de sus íntimos desgarramientos!

El mismo Dios es quien nos induce a tomar la cruz con valentía, y a dar el primer paso hacia el Calvario. En el primer arranque, hay pocos corazones que no estén prontos al martirio; pero, hay algo más duro que el dolor, y es la continuidad del dolor. Cuando pasado el aturdimiento del primer momento volvemos a caer en la realidad, y nos encontramos cara a cara con el dolor tenaz, con la ausencia irreparable... ¡oh, qué débiles nos sentimos entonces! Sufrir un día, sí, se puede, se encuentra en el corazón fuerza y entereza. Pero sufrir semanas enteras, y meses y años; siempre el mismo dolor, siempre el mismo tormento, siempre la misma agonía... es demasiado para nuestra pobre naturaleza. Caemos desfallecidos y sentimos sobre nosotros el peso abrumador de la cruz. Es entonces cuando Dios ayuda extraordinariamente; y si así no fuera, clamaríamos a Dios, para que nos enviara la muerte, pues todo es preferible al martirio lento, en que, a cada minuto, agonizamos.

Pero, he aquí que cuando más furiosa se desencadena la tormenta, amenazando sumergirnos, vemos aparecer una forma luminosa, etérea, que camina sobre las aguas y avanza hacia nosotros. Y oimos una voz poderosa que se hace sentir sobre la tempestad y sobre el dolor.

—"Soy Yo, no temas—dice—Yo que estoy contigo en la prueba. No me pierdas de vista. Día llegará en que me bendecirás por esa cruz, cuando disipadas las tinieblas del tiempo veas abrirse la eternidad. ¡Adelante! Lo esencial es que te unas a mi voluntad divina. La cruz es tu camino. No quieras eximirte del dolor, patrimonio de los míos, de los que me siguen de cerca.

El sueño simbólico de mi hija, me daba paz infinita en medio de mi dolor. "El tiempo es tan breve, había dicho, tan corto y fugaz comparado con la eternidad! Nos preparaba el camino, había añadido. ¡Cuán cierto era! ¿De qué manera habría podido Dios buscar un medio más seguro de desprendernos de la tierra, y hacernos ver cuán poco es capaz de darnos la vida, donde todo es tan pasajero, tan pequeño, tan vacío, tan hueco y tan mezquino? Luego, ese aposento lleno de los retratos de todos, venía como a contestar una pregunta que me había hecho incesantemente desde que "Ella" se fué: —¿Se acordará de nosotros? —¿Qué manera más segura podía elegir para darnos a entender que delante de Dios nos tenía a todos presentes?

Mi alma. Señor, es como ese mar que contemplo: se levantan en ella tormentas y tempestades de dolor que amenazan sumergirme, pero a través de todas las pruebas

te siento, te amo y te bendigo. A veces te pierdo de vista, pero mi fe me dice que no te separes de mi lado y me sostienes.

¡Maestro! cuando me veas desfallecer. acércate más, sólo entonces me siento segura. ¡Permite que clame siempre a Ti, para que me tiendas tu mano y no sufra, como los que nada aman, nada creen y nada esperan!

FIDES

LA SANTIDAD DE LA MUERTE

La santidad de la muerte
llenó de paso tu semblante
y yo no puedo ya verte
de mi memoria delante
sino en el sosiego inerte
y glacial de aquel instante...
A pesar de tanta pena
como desde entonces siento,
aquella visión me llena
de blando recogimiento
y unción... Como cuando suena
la esquila de algún convento,
en una tarde serena.

AMADO NERVO.

LAS FLORES DE MARAVILLA

El niño afirmó que no quería ver la huerta ni el jardín; que estaba cansado de ver los caminos desiertos del parque, los árboles deshojados; los cuadros de legumbres simétricos, monótonos, con las glebas en óreo y los surcos fugaces.

—¿Y qué quieres ver, hijo mío?—le preguntó la madre angustiada.

—Quiero ver la calle.

—Pero ¡si aquí no hay calles!...

—Pues el campo, el sendero por donde pasa la gente y juegan los niños.

—Tampoco hay gente; todos son pobres.

Quedóse perplejo Luis María, y después de una breve meditación expuso:

—Los pobres, ¿no son gentes?... Dice el padre José que son hijos de Dios y hermanos nuestros.

A su vez, meditó la madre, y un poco azorada, repuso:

—Verdad será...

—Entonces quiero estarme en el salón que da sobre la cambera; si pasan muchachos, los llamaré para jugar... sólo estoy muy aburrido.

—Pero, te figuras que en el salón pueden entrar esos chicos descalzos y haraposos?... No es posible; mancharían las alfombras, te pegarían algo sucio de su cuerpo, destrozarían los preciosos juguetes de Navidad.

Luis María bajó atristado su cabeza blonda, y suspiró:

—Me cansan los juguetes.

Luego, en sus pestañas séricas brilló una gota cristalina de llanto.

Le abrazó la dama con transportes de apasionada ternura, prometiéndole:

—Bajarás al salón, encanto mío. Llevaremos allí cuanto pueda divertirte; se encenderá la estufa, y yo jugaré contigo; ¿quieres?

A todo respondió que sí el enfermito con manifiesta alegría, y aprovechanlo la benevolencia de su madre, propuso:

—Y si pasan chiquillos, aunque sean haraposos, ¿me dejarás hablar con ellos por la ventana,

—Sí, Sí,—dijo ella, gozosa de verle animado.—Harás lo que tú quieras.

Se preparó el salón, y el niño quedó instalado en él con su gran equipo de juguetes. Se perdía el gusto entre tantas preciosidades: automóviles, globos, caballos, un tren, una bicicleta, una embarcación... Todos los parientes habían enviado el regalo pascual al heredero enfermo, al único hijo de los condes de Villegas, amenazado de muerte por una extraña consunción de un prematuro hastío de la vida.

La última prescripción de los médicos había sido favorable a una temporada de reposo en el campo. Y los condes partieron inmediatamente para su finca de Cildad, en la Montaña.

Yendo allí los colonos y los arrendatarios a ofrecer sus respetos a la condesa, algunas

aldeanas le habían dicho con devota convicción:

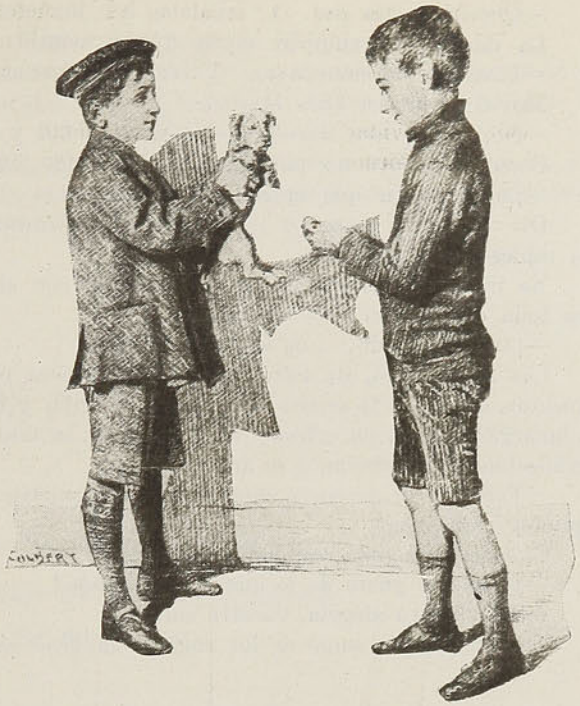
—El señorito sanaría mediante las flores de la Virgen.

—¿De qué Virgen?

—La del puerto, que se venera en la altura del Pico Jano.

—¿Y qué flores son esas?

—Unas muy preciosas, blancas y azules como el manto de la imágen. Con poner un ramo de ellas encima del corazón, se curan las melancolías y la "punta de fiebre" y todos los males reconcentrados que los médicos no descubren.



Algo incrédula, pero curiosa, preguntó la condesa:

—¿Son muy caras esas flores?

—No se venden. Se cogen alrededor del santuario; pero hay tan pocas, que es muy difícil encontrarlas; sobre todo en este tiempo.

—¿De modo que duran todo el año?

—Siempre... ¡cómo son cosa de maravilla!...

—Han de estar lozanas, señora; recién cogidas y con los colores bien pintos.

Sonrió un poco burlona la condesa, y Luis María, que oyó muy atento el pintoresco relato, quedóse meditabundo. Recordaba que el padre José le había contado historias de muchas curaciones hechas por la Virgen con procedimientos sencillos, y como el que decían los buenos labradores de Cildad.

El silloncito de Luis María se arrimaba a las rejas del salón; las vidrieras se habían abierto por antojo del niño, y llamados por su mano descolorida, dos "cerrojanes" hablaban con él desde la calzada, en voz queda y prudente.

Desde el fondo de la habitación, la madre velaba al hijo, llena de pesadumbre, mientras él preguntaba a los muchachos montañeses:

—¿Qué sois vosotros?

—Somos... cerrojanes.

—Y eso, ¿que es?

—Pues... pastores...

—Levantó Luis María, hasta las montañas obscuras sus ojos, fatigados por la luz, y después contempló con admiración la robustez de aquellos niños, talvez de su misma edad.

Ellos hundían en el salón penumbroso las ávidas miradas, hechas a las fragosidades del monte, atónitas ante la blandura de alcatifas, rasos y pieles. Por preguntar algo, también dijeron:

—¿Y qué eres tú?

Quedóse indeciso Luis María, y un poco avergonzado, contestó:

—Yo soy... nada: ¡estoy enfermo!

Viéndole con la frente inclinada, en dolorosa actitud, la madre corrió solícita hacia él.

—¿Qué tienes, bien mío?... ¿Qué tienes, hijo de mi alma?

El niño vaciló un momento antes de responder:

—Quería darles eso. Y señalaba los juguetes, mirando a los pastores.

La dama, por cumplir aquel gusto, asintió:

—Pues les daremos algo. A ver: este ferrocarril...

Movió la cabeza Luis María:

—No, no; quiero dárselo todo: es Navidad y no tienen regalos.

Como la madre no parecía muy conforme, suplicó:

—¡Anda, deja que entren por ellos.

Dió al fin su permiso la condesa, y entraron los rapaces pisando de puntillas los tapices.

Se iluminaba el semblante del enfermo con santo destello de gozo de bondad, y era toda dulzura su voz, al repetir:

—¡Llevadlo todo... os lo quiero dar!

Los favorecidos, sin excusarse, con la llaneza propia de su candor, se cargaron de preciosos dones; y la señora, al verles tan ágiles y lozanos, tan firmes en la vida, lloraba amargamente en un extremo de la estancia, en tanto que los montañeses, penetrados de agradecimiento, le decían a su amigo:

—También te daremos algo nosotros: ¿quieres un corderín?... ¿quieres miel?... ¿quieres manzanas?

El enfermo a todo respondía que no.

—¿Nada te gusta de lo que te ofrecemos?

—Sí; vuestra alegría, vuestra salud...

En el contento sumo de los zagales cayeron estas palabras como una sombra. Y se alejaron, transidos de compasión.

Alboreaba el tardío amanecer de aquella Navidad, cuando llamaron a la condesa, que descansaba cerca de su hijo:

—Señora: unos muchachos del pueblo hacen al señorito un presente, y dicen que se lo tienen que dar ahora mismo.

—¿Están locos?— preguntó impaciente la dama.

Pero Luis María, con su voz más quejosa, intervino:

—Por Dios, madre, déjalos llegar: son pastores, amigos del Niño Jesús, y acaso me traigan de su parte algún bien.

—¡Delira!—suspiró la condesa, y salió mientras consentía a sus hijos entrar. Pero volvió a poco llena de inquietud, hallándolos junto al lecho, con los miserables vestidos mojados por la escarcha, ya que toda la noche, a la luz nitescente de la luna plena, anduvieron por las alturas del Pico Jano, en torno a la capilla de Nuestra Señora del Puerto.

—¿Qué te han regalado?

—La alegría, la salud... mira, mira: ¡las flores de la Virgen!

Y encima de su corazón las flores de maravilla, cosechadas por la gratitud de aquellos pobres niños, lucían sus nítidos colores, blancas y azules, como el manto de la imagen.

Era firme y segura la voz de Luis María, que alargaba los brazos a su madre con un movimiento vigoroso y feliz... Su caridad florecía en la gloria de un prodigio: su fe le había salvado.

CONCHA ESPINA.

MARIA

¡Nombre que canta, al sonreír el día
Y sobre todo el lecho del dolor fulgura;
Nombre que el alma en su deliquio apura
Cual sublime raudal de poesía.

¡Nombre que exhala un mundo de armonía,
Todo un poema de inmortal dulzura;
¡Iris risueño en la tormenta obscura;
Esperanza del hombre en la agonía!

¡Faro que luce en la voraz tormenta
Que los cimientos del altar socava
Y ante la duda y la impiedad, alienta!

Nombre que en todo corazón se graba,
Que a la faz de los siglos representa
La redención de la mujer esclava.

MIGUEL ANGEL CORRAL.

Unas escuelas donde los niños no aprenden nada, pero... se divierten.

Hubo un poeta en Portugal llamado João de Deus, un poeta tierno y sencillo como nuestro Campoamor, por el que el pueblo portugués guarda un recuerdo respetuoso. João de Deus o Juan de Dios, puso su musa al servicio de la Pedagogía. Imaginó un

plan de enseñanza, un sistema pedagógico, con el cual, si bien no está probado que los chicos aprendan y salgan hechos unos sabios, por lo menos no se puede negar que se

divierten mucho. Enseñar jugando, este era el lema que presidía al sistema pedagógico del vate.

Murió el poeta sin haber logrado ver funcionando su escuela, pero como dejase alguna fortuna, su hijo, actual diputado del Parlamento republicano, se ha impuesto el deber filial de organizar el método de enseñanza preconizado por su padre. Ya está cons-

truído en Lisboa el edificio donde se practicará, y dentro de poco tiempo, ultimados los detalles de decoración e instalación, la escuela abrirá sus clases. Una de las dificultades que ha sido preciso vencer, es la de preparar al profesorado de dicha escuela, pues

ocurre, que si los niños aprenden todas las enseñanzas jugando, en cambio los maestros tuvieron que estudiar seriamente y durante largo tiempo el sistema pedagógico de João de Deus.

Pero, ya han sido allanados todos los obstáculos, y la escuela abrirá sus puertas en el mes de Octubre próximo.

Leal da Cámara, el famoso caricaturista que en París logró gran fama con sus

números de ''l'Assiette au beurre'' ha decorado el aula de los párvulos. Consiste esta decoración, en un friso que reemplaza a los tradicionales carteles donde según los antiguos sistemas, aprendíamos las letras del abecedario. Cámara ha agrupado en torno

de cada vocal, chicos y chicas de una gracia y de un arte inimitables. Y con los chiquillos alternan en alegre abigarramiento, perros de todas las razas, gallos, gallinas, pollitos, patos, pelotas y otros juguetes, con los que podría montarse un verdadero

bazar. Los partidarios del sistema de enseñanza de Juan de Dios, esperan que los alumnos de esta escuela se fijen mucho en las letras, gracias a las figuras que las acompañan, pero hay quien teme que divirtiéndose mucho con los peronajes del friso, olviden

el abecedario. Observen los lectores en la fotografía que ilustra este artículo, que la Y ha caído por un pelotazo que le atizó un chico muy travieso. Esto tiene una explicación; la Y ha caído en Portugal al caer la monarquía de los Braganza, pues, el nuevo

régimen, no sólo ha reformado la Constitución, sino que también ha introducido reformas en la Ortografía. Puede creerse que el uso de esa letra podía favorecer los planes de los partidarios de don Manuel. La Y ha sido suprimida del alfabeto republicano portugués y sólo queda triunfadora la i latina. Leal da Cámara, uno de los más fervientes revolucionarios de Portugal, se ha mostrado respetuoso con las decisiones de la República respecto de la Ortografía.

El otro friso es el de las cifras, pero en éstas no ha encontrado la República nada que suprimir, ni siquiera el cero, cosa que no se comprende tratándose de un gobierno de la izquierda política.

Todo el mundo sabe que los ceros no son útiles a la izquierda, pro sí muy útiles a la derecha.

Los frisos están pintados al temple y tienen una longitud de 22 metros. Serán colocados a una altura en que los chicos no sufran de tortícolis para aprender las letras y para admirar los dibujos del simpático caricaturista que los dibujó.

JAVIER BUENO.

⚜ ⚜ ⚜

SONETO

Tiene un rincón florido la catedral sombría
que satura de aromas el ambiente sereno;
y este rincón florido, que está de encantos lleno,
sonríe a las imágenes que hay en la galería.

Sus paredes terrosas pasar un día vieron
a la reina, al infante, al guerrero, al prelado;
quizá el reloj de sol está siempre parado
en una hora sagrada que ello solos supieron.

Por las columnas rotas y por los botareles
trepan rosas y mirtos, mezclando sus corolas,
reflejan en el pozo sus colores chillones,

alegran con sus hojas los ricos capiteles,
y se inclinan humildes, claveles y amapolas,
al paso de las santas, solemnes procesiones.

TOMAS BORRAS.

LO IRREPARABLE

Acaba de fallecer en España, el ilustre escritor y crítico Miguel de los Santos Oliver, uno de los hombres de quien, con mayor justicia, pudo decirse que recogió la herencia de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Grande artista, pensador excelso y corazón a las derechas, vivió preocupado de los grandes problemas morales, y ha muerto jóven, cuando mucho podía iluminar todavía su mente soberana.

"**La Cruz Blanca**" publica, como un homenaje a su memoria, este hermoso artículo, fechado en 1913, y que, desgraciadamente, hoy más que ayer, por el estado convulsivo de la conciencia universal, se prestaría a dolorosos comentarios.

Por las vías de la gran ciudad pasan un día y otro las muchedumbres. Ora salen de un mitin, con los rostros inflamados todavía por el fuego de las arengas; ora aclaman al caudillo, en el instante fugaz de su triunfo y popularidad; ora pasean, en taciturna manifestación o en clamoroso tumulto, el emblema de sus reivindicaciones y el espectáculo de su potencia amenazadora. A vista de pájaro, desde el balcón, ese espectáculo adquiere proporciones de verdadero símbolo. Allá, a lo lejos, una riada gris desciende por la avenida y se anuncia con el rumor torrencial precursor de las inundaciones y desbordamientos. Sobre la inquieta y ondulante multitud flotan unas banderas, unos manchones obscuros, negros, rojos. Y los caballos de la fuerza pública delimitan y contornean la avalancha, formando a su alrededor un dique vacilante, que no sabe si conduce o es conducido, si va arrastrado por la corriente o enfrena y neutraliza sus ímpetus.

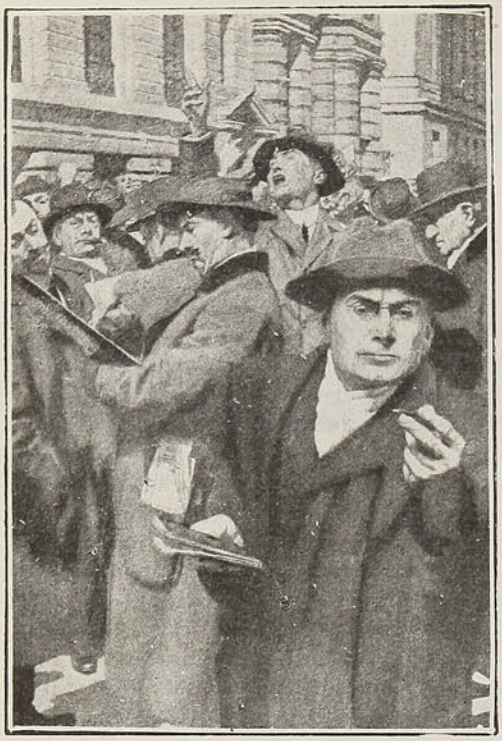
La avalancha se acerca. Hombres, mujeres y niños, vistiendo con uniformidad las mismas sayas o las mismas blusas, cubriendo sus cabezas con la misma gorra o con el mismo pañuelo, desfilan unas veces silenciosamente y otras cantando el himno de su anhelada emancipación. Allá, en el centro o a la vanguardia de la muchedumbre, unas filas de sombreros de paja, un grupo de vestidos burgueses o señoriles indican la presidencia, la dirección o la intrusión intelectual. ¿Qué quieren? ¿De qué se trata? No importa especificarlo. No nos interesa la petición de hoy, ni la de ayer, ni la del otro día. Nos interesa el conjunto de ese gran fenómeno social, y prescindimos del episodio o del pretexto momentáneo. Preguntad a ese jovenzuelo de figura simpática y esbelta, que sigue el desfile: ese joven, de flamante chalina y sombrero de **La Bohéme**, cuyos ojos relampaguean de romántica exaltación y cuyos cabellos parecen agitados todavía por un viento de la Montaña. Preguntadle y veréis con qué ardor, con qué transporte, con qué metáforas pondera el acontecimiento. —"¿No lo comprendéis?—

repite.—Es un pueblo, es toda la Humanidad en marcha hacia el Porvenir, hacia la Redención, hacia la Dicha futura''.

La dicha futura, ha repetido. Eso creen todos; con esa esperanza van por ahí, y se manifiestan, y desfilan, y vocean, y exultan. Pero tal esperanza y afirmación deja en el espectador reflexivo una honda, inmensa pesadumbre. No le engañan las utopías de los libros ni las declamaciones de los ideólogos. El testimonio interno, el sentido de la vida, la observación de la realidad le proporcionan una evidencia indestructible y dolorosa. Ha leído en el alma de esas muchedumbres; conoce su mentalidad; sabe de qué pasto intelectual se han nutrido; descifra lo que dicen esos ojos como brasas y el rictus de esos labios plegados acerbamente; interpreta su lenguaje y su espíritu y en todo ello descubre un estrago más grande todavía que el rencor, que el odio, que la amenaza sangrienta. Un estrago que no se relaciona con las demás clases, ni con los demás hombres, ni con la organización actual de las sociedades políticas. Un estrago, en suma, que no traspasa los límites del fuero interno, aunque tal vez por esto mismo es desolador e irreparable, trágicamente irreparable.

Sí. ¡Esas muchedumbres **no conocerán nunca más la felicidad!** So pretexto de capacitarlas para la reivindicación de sus derechos, de volverlas conscientes de su personalidad y su poder, de prepararlas para la conquista del Porvenir, hemos dejado secar en su alma el santo rocío de la ingenuidad y de la alegría, encendiéndolas en una sed que nada ni nadie podrá extinguir. Y ese es el horóscopo terrible que yo veo flotar sobre las multitudes aglomeradas en la vía pública o en torno de la tribuna emancipatoria, desde la cual los emisarios de una burguesía desmemoriada, como con esta misma burguesía hicieron los aturdidos aristócratas del siglo XVIII, les señalan a su gusto el camino de la liberación y la hora de la violencia y del asalto. He aquí lo irreparable: la desolación, el vacío que hemos dejado en el alma del pueblo, pretendiendo llenarla de aspiraciones, de pedantismos sociológicos, de fórmulas y de nombres bárbaros y casi incomprendidos de quien los repite.

Ni sin triunfo ni con triunfo volverá al pecho de los humildes su mayor tesoro: la paz del alma. Ni aun obteniendo el máximo contenido del programa más radical y



ambicioso, fuera dable reparar el estrago y retrotraer el espíritu de las muchedumbres a su prístina frescura y espontaneidad. Podrán obtener la victoria pero esa victoria siempre fuera tardía, ineficaz, insuficiente y no habría de devolver la calma al mundo enfurecido que se enfurecería de nuevo contra la inesperada decepción. **Porque la felicidad es un hecho eminentemente interno y psicolólogico que no bastan a producir las condiciones objetivas más envidiables ni bastan a destruir por completo las más precarias y adversas.** Muerta aquella potencia o raíz, cuanto esfuerzo se haga para resucitarla ha de resultar perdido; y de aquí que no haya mala obra o ineptitud comparables a esa de extinguir y secar en los pequeños, o en los desheredados y en toda suerte de desvalidos los gérmenes de su propia dicha o de su propio consuelo.

Ya sé que todo eso se llamaba resignación en nuestra vieja Ley y que en la novísima tabla de valores la resignación figura como una cosa abyecta y abominable, no como una virtud. Es una expresión de vileza, un resabio de los siglos de servidumbre o un ardid de los poderosos para dorar con apariencias de espiritualidad cristiana el grillete del esclavo y el tugurio de la miseria. Pero yo espero que se me haga el honor de no atribuír ese sentido a mis palabras. Yo no ensalzo una resignación que permita vivir descansados a los secos de entrañas, a los inclementes, a los prevaricadores de la riqueza, ni quiero cerrar los caminos de la justicia social y del equilibrio en la participación de los bienes de la tierra. Lo que entiendo decir es que para esa obra, para que la felicidad prometida al cabo de ella no resultara una mentira más, un sarcasmo más, se requería no hacerla moralmente imposible. Y se la ha hecho imposible, no ya sólo suprimiendo la inmortalidad y el cielo de los cristianos, sino encendiendo en los corazones, como un verdadero infierno, la desesperación y todas las furias y delirios que pueden hacer aborrecible la existencia a quien los lleve dentro de sí mismo.

La revolución social ha sido preparada, como todas las revoluciones, por un pensamiento, por una filosofía, por una literatura. Ese pensamiento, esa filosofía y esa literatura son burgueses o aristocráticos en gran parte. Con ellos las burguesías y plutocracias nacidas de la gran Revolución han organizado la nueva, la que de una manera crónica, y en espera de explosiones más agudas, viene socavándolas y sitiándolas en todos los pueblos que se llaman cultos, para dar al traste con ellas en plazo más o menos largo, si Dios no lo impide. Pero al propio tiempo que las burguesías han forjado para el pueblo estas armas en sus arsenales y le han preparado en sus laboratorios estos explosivos destinados a derruir el edificio actual, dijérase que pensaron una venganza última y suprema que viniera a ser como la flecha del Parto con que la sociedad vencida se hiciese recordar para siempre del vencedor. Me refiero a ese caos sociológico, a ese rugiente **pandemonium** de teorías, de aberraciones, de absurdos, de falsos nombres y de incongruencias espantosas que han infundido en su mentalidad y con el cual no hay duda que el vencedor queda bien servido. Ese caos, es verdad, le ha dejado imposible para la dicha ajena; pero, más, mucho más todavía para la propia.

MIGUEL DE LOS SANTOS OLIVER

UNA CARTA

Probablemente está en conocimiento de los lectores de "La Cruz Blanca" que una de las primeras jóvenes salvadas por nuestra institución, pidió, después de algún tiempo de estar en un santo asilo, ser admitida, en calidad de Magdalena, en uno de los conventos del Buen Pastor.

Nuestra Presidenta acaba de recibir de esta joven una hermosa carta, de la cual nos ha parecido oportuno transcribir algunos párrafos:

"De nuestra Comunidad de Magdalenas del Buen Pastor.—Mayo, 3 de 1920.—Señora doña Adela Edwards de Salas.—Santiago.—Respetada señora:

Muchos días hace que deseaba escribir a Ud. para contarle cuán feliz y contenta soy, ahora que ya puedo decir estoy dando los primeros pasos en la vida religiosa. En fin, ya, por la gracia de Dios, soy novicia, pero quiera El, que persevere en mis buenos propósitos; así se lo pido continuamente, que todos mis deseos son morir en su santo servicio.

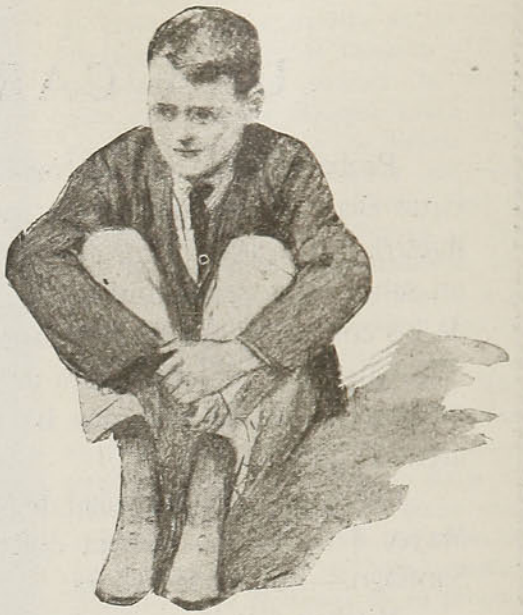
El señor Cura fué el que me dió el santo hábito y quien nos predicó. Mucho sentí no tener personalmente aquí en ese día a ninguna de las señoras de "La Cruz Blanca", pero en mi corazón sí que estuvieron todas, durante la ceremonia, y en el resto del día no las olvidé un instante. Pero, no crea que sólo ese día me acordé de Uds., porque todos los días le pido a Nuestro Señor gracias especiales, haciéndole presente lo que Uds. han hecho por la salvación de mi alma...

Ruego de nuevo a Uds. aceptar mi reconocimiento, enviándoles mi pobre corazón lleno de gratitud y cariño.

Su agradecida: Sor M. M.

Ya, por la gracia de Dios, dejé de ser A. M. lo que no sólo quiero dejar de serlo en el nombre, sino en todo".

LA PAGINA DEL NIÑO



V

EL DEBER

Se ha repetido muchas veces que el niño es como un arbusto frágil y hermoso, y la comparación resulta siempre nueva e insustituíble, porque es eternamente cierta y exacta.

Lo mismo que las plantas pequeñas, el niño debe aspirar a convertirse en un árbol frondoso y fuerte. Y así como los árboles, al reunirse, forman un bosque espeso, la unión de los hombres forma la sociedad. La sociedad humana se realiza por la contribución de los esfuerzos comunes, y lo que mantiene frondoso y grande al bosque social es el deber.

Todo muchacho necesita penetrarse de esta verdad: la vida es una lucha y un sacrificio, y la forma real de este sacrificio se llama deber.

Desde que nacemos hasta que morimos, los seres humanos somos esclavos de nuestros deberes. Tenemos el deber para con nuestros semejantes y el deber para con nosotros mismos; el deber para Dios y para la Patria. Tenemos que aspirar a ser útiles a la sociedad en que vivimos, y luego estamos obligados a desear nuestro propio engrandecimiento, haciendo más ilustre y respetado el nombre que nos dieron nuestros padres. Necesitamos mejorar y ennoblecer la estirpe. Como los árboles más robustos sobresalen del bosque y reciben el beso del sol y la caricia del viento, así el muchacho debe ambicionar convertirse en un hombre robusto, inteligente y generoso, de modo que sobresalga de la multitud y le bese el sol de la gloria.

El deber es un imperativo moral que nos impone la necesidad y la misma Naturaleza. El deber consiste en el sacrificio de nuestros gustos y placeres inmediatos en aras del bien común. Si no existiera el deber. los hombres vivirían aislados, cada cual tendría que buscarse el sustento en medio de la Naturaleza hostil, y los grandes progresos humanos no hubieran podido ni siquiera intentarse. El egoísmo individual reinaría en el mundo y los hombres no hubieran sobre pasado la condición de fieras.

Pero gracias al deber aparece la solidaridad humana, y los hombres, sacrificando sus instintos animales, se prestan mutuos servicios, y de la reunión de todas las fuerzas y aptitudes surge la armonía del conjunto. Así nos hemos salvado de la barbarie, hemos vencido los elementos, y fundando ciudades y naciones, cultivando las tierras entre todos y tendiendo carriles y puentes, podemos con orgullo titularnos los reyes de la creación.

Cada individuo tiene su puesto en la sociedad, como los soldados en la guerra. Unos labran la tierra, otros construyen casas y barcos, otros inventan las máquinas, otros escriben los libros. Unidos todos los seres humanos, podemos vencer al rayo, cruzar los mares, horadar las montañas y luchar contra las enfermedades y contra la ignorancia.

Considera, pues, que todo el secreto de la vida social se funda en la sumisión al deber. Aunque nuestros instintos se rebelen contra las molestias que impone el deber, tenemos que sobreponernos a la falacia de ese instinto egoísta y considerar los altos y bellos beneficios que proporciona el cumplimiento de las colectivas obligaciones. El chico ha de meditar que los instintos rebeldes nos empujan al logro de las satisfacciones animales y egoístas, mientras que las ventajas y los goces que proporciona el deber cumplido son más nobles y verdaderos.

Nada iguala en calidad y en nobleza a la satisfacción del deber cumplido; el verdadero premio de la obra o del acto que realizamos se halla en la misma satisfacción que recibimos al ver que la obra o el acto lo hemos consumado con toda la energía de nuestra voluntad y con toda la fe de nuestra alma.

Pero, además de esto, hay una ley en el mundo que podría llamarse la "ley de las compensaciones naturales".

Ningún esfuerzo emprendido con entusiasmo y tenacidad carece de compensación; ninguna obra buena queda sin recompensa. Hasta la gota de agua, que parece estúpida en su empeño, cae sin cejar nunca y termina por taladrar la dura peña. La voluntad empeñosa e inteligente es siempre invencible.

El muchacho ha de comprender que ninguna acción social es posible sin la obediencia. Todos estamos obligados a obedecer, desde el labriego hasta el rey. Y éste es el primer deber de todos: la obediencia. Sin ella no habría disciplina, y sin disciplina no habría civilización ni cultura.

La ambición del muchacho ha de consistir en ser un buen ciudadano, para proporcionarle a la sociedad los mejores frutos. Tiene el deber de amar a su Patria y de jurar servirla con todas sus fuerzas morales y físicas. La Patria es una prolongación de nosotros mismos, y debemos amarla y engrandecerla como si se tratase de nuestra propia personalidad.

VI

LA VOLUNTAD

El viejo refrán lo dice: "Querer es poder". Aprende a querer con fuerza, muchacho, y todo lo llevarás a buen fin. Nada se resiste a una voluntad enérgica, inteligente y obstinada. Sólo es imposible el violentar los designios de Dios; lo demás, hasta la empresa más inverosímil, está dentro del poder humano.

¡Qué hermoso atributo es el de la voluntad! El alma que posee la gracia y la virtud de ese atributo, atraviesa por la vida como una ráfaga de fuego, y deja impresa en la Historia la huella de su paso.

Los actos de la voluntad de un hombre, al prolongarse en el tiempo, hacen que la memoria de ese hombre sea inmortal. Debemos procurar que nuestro viaje por la vida no resulte vano y estéril, sino fecundo en actos y obras que beneficien a la Humanidad. Debemos dejar una huella de nuestro paso por el mundo, y será más bueno y más ilustre el hombre cuya huella sea más noble y más beneficiosa para los demás.

Por difícil y temeraria que nos parezca una empresa, nunca debemos afligirnos; todavía tenemos menos razón para acobardarnos por la limitación de nuestras fuerzas. Las fuerzas son elásticas, no tienen límite, lo pueden todo, siempre que vayan acompañadas de una gran voluntad.

Cuando Moisés se puso al frente de su pueblo y lo condujo a través de los mares y los desiertos horrorosos, no miró la grandeza de los obstáculos, sino el fin glorioso de la sublime tarea. Y nada pudo contrariar los designios de Cristóbal Colón, ni la pobreza, ni los desprecios, ni los peligros, ni las amenazas, ni los largos años de melancólica espera.

La voluntad tiene que ser enérgica para que pueda resistir las contrariedades de la lucha y llegar al fin propuesto. Tiene que ser inteligente y noble, para que los fines que se proponga sean nobles también y rindan frutos beneficiosos. Y necesita ser obstinada, infatigable, dura y resistente, para que los fracasos más terribles no la desvíen de su propósito, ni la desilusión y el cansancio la malogren.

Una firme y noble voluntad es el mejor adorno de una persona. El hombre obstinado y firme se distingue en seguida de sus semejantes. Una buena voluntad hermosea y ennoblece a un hombre, y lo rodea de un aura inefable que es en la vida la mejor recomendación. El hombre de voluntad se conoce inmediatamente: todos le reciben con interés; todas las puertas se le abren. En cambio, la persona blanda y voluble lo encuentra todo difícil o insuperable, y la gente se separa de ella con horror y desprecio.

Cuida, pule, mejora y maneja tu voluntad, muchacho, como la mejor y más poderosa arma que posees. Como la espada para el guerrero, así será para ti la voluntad.

Tienes que aprender a estirar y agrandar tus propósitos. Es decir, que debes proponerte siempre actos y empresas superiores. No te contentes con empresas y deseos mezquinos: los deseos pequeños revelan la pequeñez del espíritu. Una buena, noble y grande ambición suele embellecer una vida. Aspira, pues, a las cosas grandes, y a sobresalir del nivel del vulgo; procura que tu ambición se diga cada mañana: ¿Cómo haré yo para distinguirme? ¿Qué nuevos actos realizaré hoy en beneficio de mi renombre y de mis semejantes?

Pero una ambición grande exige también una voluntad poderosa; de otro modo hay que temer el fracaso y la vergüenza. Por lo tanto, deberemos medir nuestra voluntad, y ver si es tan larga como nuestra ambición. El hombre que alimenta una gran ambición y carece al mismo tiempo de suficiente voluntad, se lanza con frecuencia a empeños imposibles y sale vencido apenas ha empezado su obra. Entonces se llena de rabia y despecho, y la envidia, con otras feas pasiones, le roen y ensucian el alma.

Que nuestra voluntad permanezca constantemente firme, elástica y tensa. Que esté vibrante como un acero nuestra voluntad. Querer con fuerza, desear con valor, aspirar a lo grande: he ahí tu principal objeto muchacho.

Si aprendes a saber que nada es imposible para el hombre, sentirás que huye de tu corazón el miedo a la vida, que es el miedo más horrible de todos. El alma sana y noble no debe temer a las dificultades. No debe ser pesimista ni escéptica, ni abandonarse a las lamentaciones y a la duda. Cuando todos vacilen y nieguen, halla tú placer en afirmar. Ninguna palabra es más hermosa y viril que ésta: ¡Sí!

Somos hijos de una Patria y descendientes de una raza que han dado sublimes ejemplos de voluntad y de obstinación. Los españoles de todos los tiempos se han distinguido por la tenaz resistencia: los sitios de Sagunto, Numancia, Gerona y Zaragoza son ejemplos inmortales de lo que puede el coraje cuando se asocia al sentimiento del honor y a una voluntad inquebrantable.

El soldado chileno ha sido en las guerras persistente y obstinado; no se ha dejado abatir por los reveses del primer momento, y al fin ha salido vencedor en sus em-

presas; cuando sus enemigos eran superiores en número y recursos, ha sabido resistir hasta la última hora y caer gloriosamente.

Pocas naciones podrán ofrecer un ejemplo de voluntad más grande que nuestra guerra de Independencia.

Durante ocho siglos lucharon los españoles, nuestros ascendientes, por arrojar a los sarracenos, hasta que lo consiguieron.

Otro ejemplo de voluntad insuperable es el descubrimiento y conquista de América, en donde los españoles, a lo largo de mil trances y episodios inauditos, dieron infinitas pruebas de obstinación, persistencia y fuerza de ánimo. La historia de Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico, es la página más estupenda de la voluntad humana.

Los antiguos pusieron en el Estrecho de Gibraltar las célebres columnas de Hércules, con una divisa que decía: "Nada es posible intentarse más allá de ese límite". Los españoles abatieron las columnas y las supersticiones, rebasaron los límites y las limitaciones, y llenos de fe en la vida, abrieron a la Humanidad los tesoros y las posibilidades de un mundo nuevo.

También se creyó en un tiempo que nadie podía vencer a Napoleón el Grande, ni siquiera luchar contra él. Pero los españoles, fiando en su honor y en su voluntad, se alzaron frente al gigante de la guerra, y arrojaron al enemigo del suelo de la Patria.

Guarda y cultiva tu voluntad, muchacho, porque es tu mejor tesoro. Con ella lograrás gloria para ti y la grandeza para Chile.

⚜ ⚜ ⚜

LA REVISTA "LA CRUZ BLANCA" ESTA EN VENTA EN LA LIBRERIA DE ZAMORANO Y CAPERAN, (CALLE COMPAÑIA CASI ESQUINA PLAZA), AL PRECIO DE UN PESO EL EJEMPLAR.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

JOYERIA ARTISTICA ITALIANA

FABRICA DE ALHAJAS

Alfonso Molina

Relojería

Artículos para Regalos

SANTIAGO San Antonio 346

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras
en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

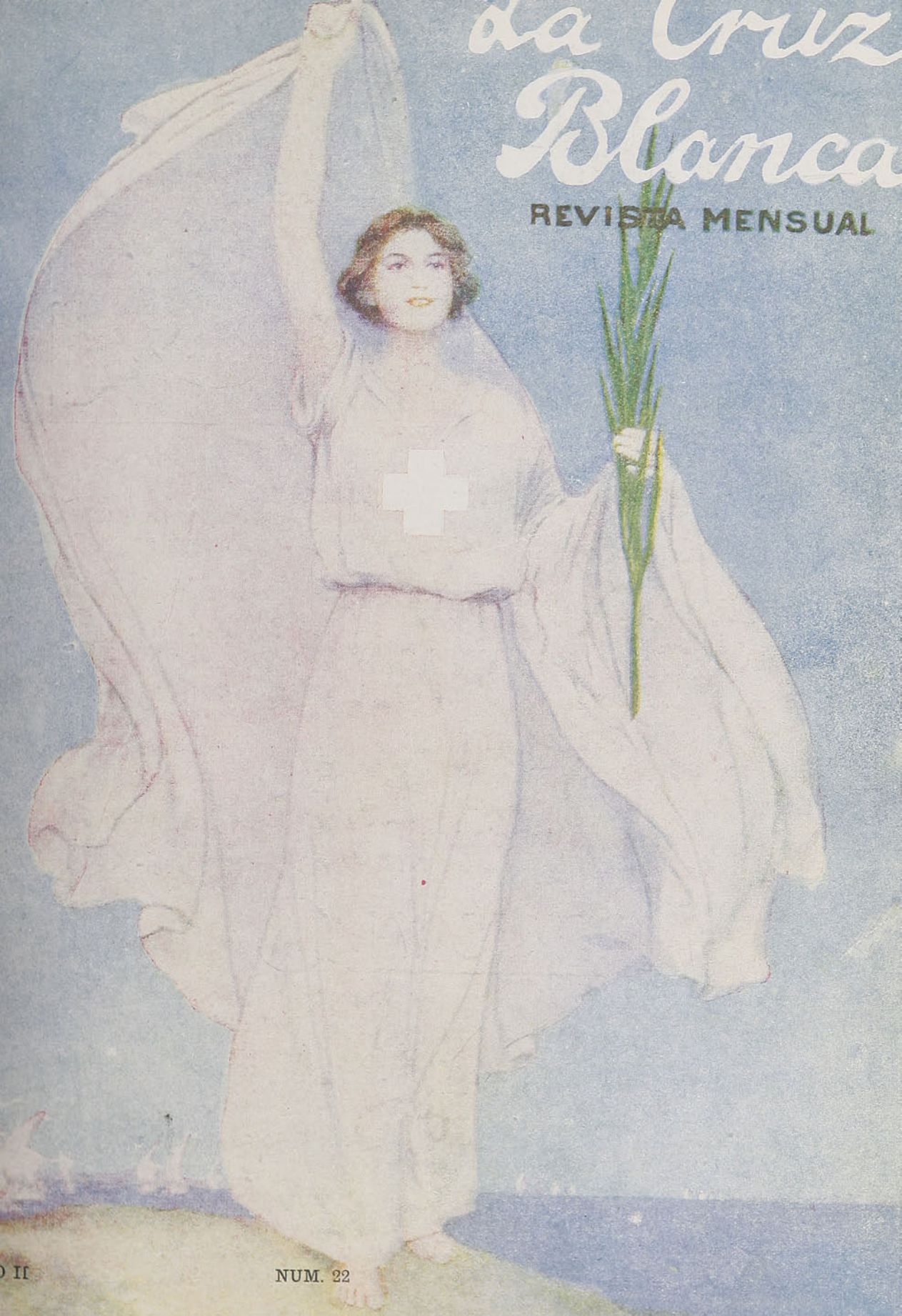
Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

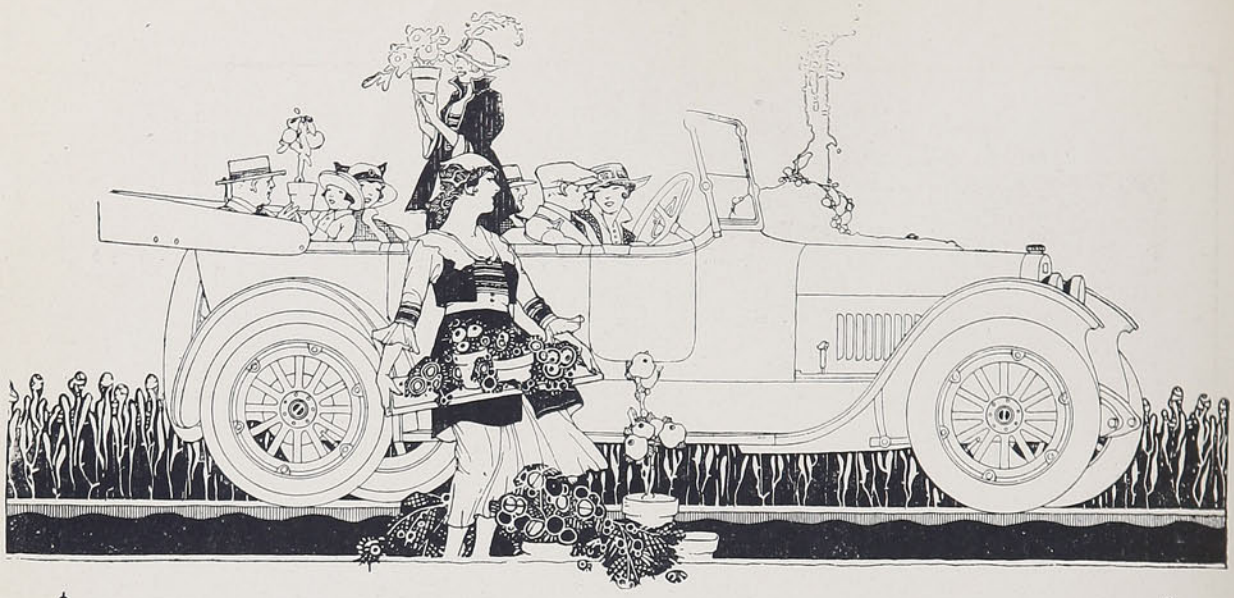
a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN D

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL





Es un verdadero placer pasear en un "Buick". No hay ruidos desagradables, ni sacudidas molestas.

El poderoso motor "Buick", de válvulas en la culata, hace marchar el coche a la velocidad deseada y con tal serenidad, que parece que va en el aire.

Importadores:

MORRISON Y CIA.

Ahumada 65-77 Casilla 212

Santiago.

CASA WEIL

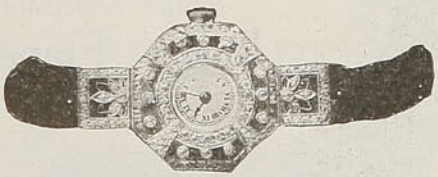
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet



SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
" Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

LA REVISTA "LA CRUZ BLANCA" ESTA EN VENTA EN LA LIBRERIA DE ZAMORANO Y CAPERAN, (CALLE COMPAÑIA CASI ESQUINA PLAZA), AL PRECIO DE UN PESO EL EJEMPLAR.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condéll Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS,
CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES,
PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES === GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	242[illegible]

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruma			

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Bascuñan de Montes Eugenia			
Besa de Armanet, Raquel	Manuel Montt	2333	356
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	2420
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	1431
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Bromberg de Molina, Clotilde	Merced	322	
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena			
Dublé de Tonkin, Julia	Parque Forestal	560	
E			
			318
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	1413
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia			
Eguiguren de Matte, Laura	Compañía	1712	
Edwards de López, Elena	Moneda	1625	
Edwards de Pérez, Lydia	Dieciocho	133	2754
Echavarría de Barriga, Sara			
Edwards, Lucía			
Eguiguren de Méndez Laura	Av. República	301	1360
F	Huérfanos	1642	
	Galería Alessandri	24	
Ferrari de Edwards, Josefina	Huérfanos	1580	Parque 173
Fóster, Josefina	Compañía	1373	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Fóster de Zegers, Rosa	Av. Republica	157	
G			
G. de Carvallo, Elena	Viña del Mar		
González de Segovia, Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarilla de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	2700
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	1129
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 150
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín, Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Dieciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	54	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
	Dieciocho	146	
Méndez de Gana, Leonor	Agustinas	2573	
Manzano de Urrutia, Carmen			
O	Ejército	450	
Ortúzar de Tagle, Inés			
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	2830
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	1307
Palma de Vial, María	Teatinos	148	2375
Prats Bello, Ana L.	Manuel Montt	2280	1202
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	2938
Pinto de García Zegers, Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mrcedes	Morandé	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	2251
			2921
S			339
S. de Klimesc, Estefanía	Maestranza		
Salas de Hunecus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	989
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		2634
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia	Merced		
Silva de Amunátegui, Eva			
Serrano de Cabieses, Carmela	San Martín	77	Parque 9
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Ejército	495	
Soto Rojas, Magdalena	Av. Inglaterra	161	
Sánchez de Arnolds, Mercedes	San Antonio	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Martín		
E			
Tagle de Vergara. María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena	Cerro	91	
Tupper de Cuevas, Elisa			
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	732
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	152
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	2632
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	230
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			
Walker de Freire, María	Delicias	520	785
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zañartu de Tagle, Raquel	Agustinas	1673	
Zegers de Echeñique, Isidora	Av. República	105	
Zañartu de Besa, Elena	Sto. Domingo	1334	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 165?. Teléfono 2700.

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — SANTIAGO, JUNIO DE 1920 — NUM. 22

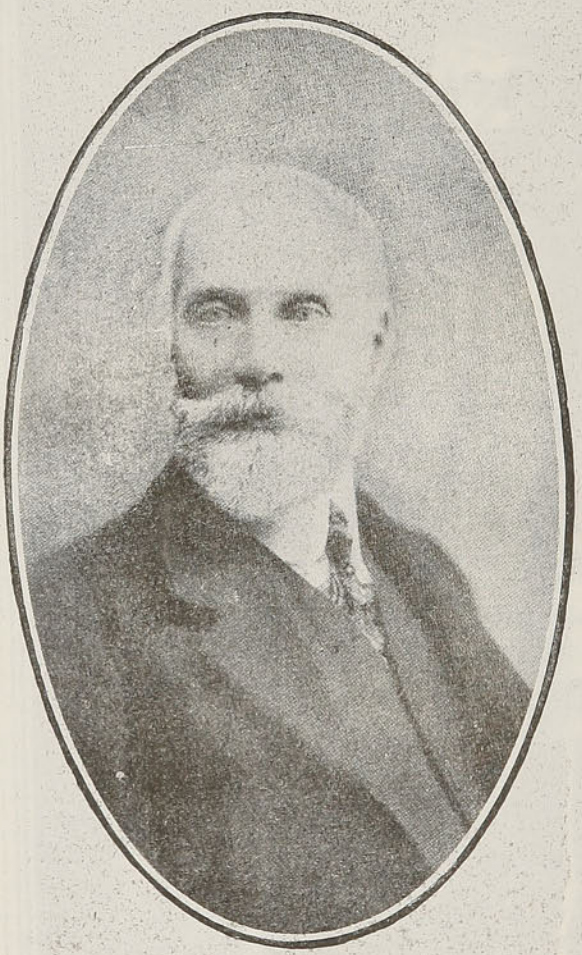
SUMARIO

	Págs.		Págs.
¡SOLO!	576	¿QUE TRAJE DEBO LLEVAR?	590
LA MIMOSITA	586	FABULAS FABULOSAS	591
EL ESTILO DE TERESA	587	LOS HEROES ESPAÑOLES	597
"EL HOGAR"	589	LA NIÑA PERDIDA	601

EL VIATICO. Estudio fotográfico por Jorge Cullén Ayerza.

¡SOLO!

Fresnedo dormía profundamente su siesta acostumbrada. Al lado del diván, el velador maqueado, manchado de ceniza de cigarro, y sobre él un platillo y una taza, pregonando que el café no desvela a todas las personas. La estancia, amueblada para el verano con mecedoras y sillas de rejilla, estera fina de paja, y las paredes desnudas y pintadas al fresco, se hallaba menos que a media luz: las persianas la dejaban a duras penas filtrarse. Por esto no se sentía el calor. Por esto y porque nos hallamos en una de las provincias más frescas del norte de España y en el campo. Reinaba silencio. Escuchábase sólo fuera el suave ronquido de las cigarras y el **pío pío** de algún pájaro que, protegido por los pámpanos de la parra que ciñe el balcón, se complacía en interrumpir la siesta de sus compañeros. Alguna vez, muy lejos, se oía el chirrido de un carro, lento, monótono, convidando al sueño. Dentro de la casa habían cesado ya tiempo hacía los ruidos del fregado de los platos. La fregatriz, la robusta, la colosal Mariona, como andaba descalza, sólo producía un leve gemido de las faldas que se quejaban al recibir tan enorme y maciza humanidad.



Don Armando Palacio Valdés, ilustre escritor español, autor de este cuento.

Cualquiera envidiaría aquella estancia fresca, aquel silencio dulce, aquel sueño plácido. Fresnedo era un sibarita; pero solamente en el verano. Durante el invierno trabajaba como un negro allá en su escritorio de la calle de Espoz y Mina, donde tenía un gran establecimiento de alfombras. Era hombre que pasaba un poco de los cuarenta, fuerte y sano como suelen ser los que no han llevado una juventud borrascosa: la tez morena, el pelo crespo, el bigote largo y comenzando a ponerse gris. Había nacido en Campizos, punto donde nos hallamos, hijo de labradores regularmente acomodados. Mandáronle a Madrid a los catorce años con un tío comerciante. Trabajó con brío e inteligencia; fué su primer dependiente; después su asociado; por último se casó

con su hija, y heredó su hacienda y su comercio. Contrajo matrimonio tarde, cuando ya se acercaba a los cuarenta años. Su mujer solo tenía veinte. Educada en el bienestar y hasta en el lujo que le podía procurar el viejo Fresnedo, Margarita era una de esas niñas madrileñas, toda melindres, toda vanidad, postrada ante las mil ridiculeces de la vida cortesana, cual si estuviesen determinadas por sentencias de un código inmortal, desviada enteramente de la vida de la Naturaleza y la verdad. Por eso odiaba el campo, y muy particularmente el ignorado y frondoso lugarcito donde tenía origen su linaje humilde. Lo odiaba casi tanto como su mamá, la esposa del viejo Fresnedo, que, a pesar de ser hija de una cacharrera de la calle de la Aduana, tenía a menos poner los pies en Campizos.

Tanto como ellas lo odiaban, amábalo el buen Fresnedo. Mientras fué dependiente de su tío, arrancábale todos los años licencia para pasar el mes de julio o agosto en su país. Cuando sus ganancias se lo permitieron, levantó al lado de la de sus padres una casita muy linda, rodeada de jardín, y comenzó a comprar todos los pedazos de tierra que cerca de ella salían a la venta. En pocos años logró hacerse un propietario respetable. Y al compás que se hacía dueño de la tierra donde corrieron sus primeros años su amor hacia ella crecía desmesuradamente. Puede cualquiera figurarse el disgusto que el honrado comerciante experimentó cuando, después de casado con su prima, ésta le anunció, al llegar el verano, que no estaba dispuesta "a sepultarse en Campizos", decisión que su tía y suegra reciente apoyó con maravilloso coraje. Fué necesario resignarse a veranear en San Sebastián. Al año siguiente lo mismo. Pero al llegar el cuarto, Fresnedo tuvo la audacia de rebelarse, produciendo un gran tumulto doméstico.—"O a Campizos, o a ninguna parte este verano. ¿Estamos, señoras? Y los bigotes se le erizaron de tal modo inflexible al pronunciar estas enérgicas palabras, que la delicada esposa se desmayó acto continuo, y la animosa suegra, rociando las sienes de su hija con agua fresca y dándole a oler el frasco del antiespasmódico, comenzó a increparle amargamente:

—¡Huele, hija mía, huele...! ¡Si las cosas se hicieran dos veces...! La culpa la he tenido yo en poner en manos de un paleto una flor tan delicada.

Cuando la flor delicada abrió al fin los ojos, fué para soltar por ellos un raudal de lágrimas y para decir con acento tristísimo:

—¡Nunca lo creyera de Ramón!

Fresnedo se conmovió. Hubo explicaciones. Al fin se transigió de un modo honroso para las dos partes. Convínose en que Margarita y su mamá irían a San Sebastián, llevando a la niña de quince meses, y que Fresnedo fuese a Campizos el mes de agosto, con Jesús, el niño mayor, de edad de tres años, y su niñera. Esta es la razón de que Fresnedo se encuentre durmiendo la siesta donde acabamos de verle.

Despertóle de ella una voz bien conocida:

—Papá, papá.

Abrió los ojos y vió a su hijo a dos pasos, con su mandilito de dril color perla, sus zapatitos blancos y el negro y enmarañado cabello caído en bucles graciosos sobre la frente. Era un chico más robusto que hermoso. La tez, de suyo morena, teníala ahora requemada por los días que llevaba de aldea haciendo una vida libre y casi salvaje. Su padre le tenía todo el día a la intemperie, siguiendo escrupulosamente las instrucciones de su médico.

—Papá..., dijo Tata que tú no querías... que tú no querías... que tú no querías... comprarme un carro... y que el carnero... y que el carnero no era mío... que era de Carmita (la hermana), y no me deja cogerlo por los cuernos, y me pegó en la mano.

El chiquitín, al pronunciar este discurso con su graciosa media lengua, deteniéndose a cada momento, mostraba en sus ojos negros y profundos indignación vivísima y

mucha sed de justicia. Por un instante pareció que iba a romper en llanto; pero su temperamento enérgico se sobrepuso, y después de hacer una pausa, cerró su perorata con una interjección de carretero. El padre le había estado escuchando embelesado, animándole con sus gestos a proseguir, lo mismo que si una música celeste le regalase los oídos. Al oír la interjección, estalló en una sonora y alegre carcajada. El niño le miró con asombro, no pudiendo comprender que lo que a él le ponía tan fuera de sí causase el regocijo de su papá. Este hubiera estado escuchándole horas y horas sin pestañear. Y eso que, según contaba su suegra a las visitas, cuando quería dar el golpe de gracia a su yerno y perderle completamente ante la conciencia pública, ¡¡se había dormido oyendo la **Favorita** a Gayarre!!!

—¿Sí, vida mía? ¿La Tata no quiere que cojas el carnero por los cuernos? ¡Deja que me levante, ya verás cómo arreglo yo a la Tata!

Fresnedo atrajo a su hijo y le aplicó dos formidables besos en las mejillas, acariciándole al mismo tiempo la cabecita con las manos.

El chico no había agotado el capítulo de los agravios que creía haber recibido de su niñera... Siguió gorjeando que ésta no había querido darle pan.

—Hace poco tiempo que hemos comido.

—Hace mucho—respondió el niño con despecho.

—Bueno, ya te lo daré yo.

Además la Tata no había querido contarle un cuento, ni hacer vaquitas de papel. Además, le había pinchado con un alfiler aquí. Y señalaba una manecita.

—¡Pues es cierto!—exclamó Fresnedo viendo, en efecto, un ligero rasguño—. ¡Dolores! ¡Dolores!—gritó después.

Presentóse la niñera. El amo la increpó duramente por llevar alfileres en la ropa, contra su prohibición expresa. Jesús, viendo a la Tata triste y acobardada, fué a restregarse con sus sayas, como pidiéndole perdón de haber sido causa de su disgusto.

—Bueno—dijo Fresnedo levantándose del diván y esperezándose—. Ahora nos iremos al establo y cogerás al carnero por los cuernos. ¿Quiéres, Chucho?

Chucho quiso descoyuntarse la cabeza haciendo señales de afirmación que corroboraba vivamente con su media lengua. Pero echando al mismo tiempo una mirada tímida a su Tata, y viéndola todavía seria y avergonzada, le dijo con encantadora sonrisa:

—No te ofendas, boba; tú vienes también con nosotros.

Fresnedo se vistió su americana de dril, se cubrió con su sombrero de paja, y tomando de la mano a su niño, bajó al jardín, y de allí se trasladaron al establo. Al abrir

la puerta, Chucho, que iba muy decidido, se detuvo y esperó a que su padre penetrase. Estaba obscuro. Del fondo de la cuadra salía el vaho tibio y húmedo que despide siempre el ganado. Las vacas mugieron débilmente, lo cual puso en gran sobresalto a Jesús, que se negó rotundamente a entrar, bajo el pretexto especioso de que se iba a manchar los zapatos. Su padre le tomó entonces en brazos y pasó y quiso acercarle a las vacas ,y que les pusiese la mano en el testuz. Chucho, que no las llevaba todas consigo, confesó que a las vacas les tenía "un potito de miedo". A los carneros ya era otra cosa. A éstos declaraba que no les tenía poco ni mucho; que jamás había sentido por ellos más que amor y veneración.

—Bueno, vamos a ver los carneros—dijo Fresnedo sonriendo.

Y se trasladaron al departamento de las ovejas. Allí pretendió dejarle en el suelo, mas en cuanto puso los piececitos en él, Jesús manifestó que estaba cansadísimo, y hubo que auparle de nuevo. Acercóle su padre a un carnero y le invitó a que le tomase por un cuerno. Era cosa grave y digna de meditarse. Chucho lo pensó con detenimiento. Avanzó un poco la mano, la retiró otra vez, volvió a avanzarla, volvió a retirarla. Por último, se decidió a manifestar a su papá que a los carneros les tenía "un potito de miedo". Pero en cambio, dijo que a las gallinas las trataba con la mayor confianza; que en su vida le habían inspirado el más mínimo recelo; que se sentía con fuerzas para cogerlas del rabo, de las patas y hasta del pico, porque eran unos animales cobardes y despreciables, al menos en su concepto. Fresnedo no tuvo inconveniente en llevarle al gallinero, que estaba en la parte trasera de la casa, fabricado con una valla de tela metálica. Allí Chucho, con una bravura de que hay pocos ejemplos en la historia, se dirigió al gallo mayor, enorme animal de casta española, soberbio de posturas y ardiente de ojo. Trató de cogerle por el rabo como había formalmente prometido, pero el grave sultán del gallinero chilló de tal horrísona manera, extendiendo las alas y dando feroces sacudidas, que el frío de la muerte penetró en el corazón de Chucho. Apresuróse a soltarlo y se agarró aterrado al cuello de su padre.

—Pero, hombre, ¿no decías que no tenías miedo a las gallinas? — exclamó éste riendo.

—Tú, tú... cógelo tú, papá.

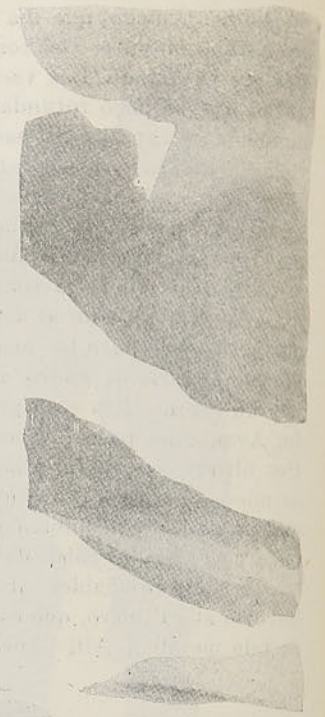
—Yo tengo miedo.

—Y tú, ¿lo tienes?

Calló avergonzado: pero al fin confesó que a las gallinas también les tenía "un potito de miedo".

Desde allí llevóle otra vez

Fresnedo al establo, y después de varios sustos y vacilaciones, logró que pusiera su manecita en el hocico del becerro. Mas, ocurriéndole al animal sacar la lengua y paseársela por la mano, la aspereza de ella le produjo tal impresión, que no quiso ya arrimarse a ningún otro individuo de la raza vacuna. Subióle después al pajar. ¡Qué placer para Chucho! ¡Hundirse en la crujiente hierba, agarrarla y esparcirla en pequeños puñados; dejarse caer hacia atrás con los brazos abiertos! Pero aún era mayor el gozo de su padre contemplándole. Jugaron a sepultarse vivos. Fresnedo se dejaba enterrar por su hijo, que iba amontonando hierba sobre él con vigor y crueldad que nadie esperara en él. Mas, a lo mejor de la operación, su papá daba una violenta sacudida y echaba a volar toda la hierba. Y con esto el chico soltaba nuevas carcajadas, como si aquello fuese el caso más chistoso de la tierra. Sudaba una gota por todos los poros de su tierno cuerpecito; tenía los cabellos pegados a la frente y el rostro encendido. Cuando su papá trató de tomar la revancha y sepultarle a él, no pudo resistirlo. Así que se halló con hierba sobre los ojos, dióse a gritar y concluyó por llorar con verdadero sentimiento, cayéndole por las mejillas unas lágrimas que su padre se apresuró a beber con besos apasionados.



Sí; en aquel momento a Fresnedo le atacó uno de esos accesos de ternura que solían ser en él frecuentes. Jesús era su familia, todo su amor, la única ilusión de su vida. Si entrásemos por los últimos pliegues de su corazón, es posible que no hallaríamos ya un átomo de cariño hacia su mujer. El carácter altanero, impertinente y desabrido de esta habría matado el fuego de la pasión que sintió por ella al casarse. Pero aquel tierno pimpollo, aquel botón de rosa, aquel pastelito dulce amasado por los ángeles lo llenaba todo, ocupaba enteramente su vida, era el fondo de sus pensamientos, el consuelo de sus pesares. Abrazábale con arrebato y cubría sus frescas mejillas con besos prolongados apretadísimos, murmurando después a su oído palabras fogosas de enamorado:

—¿Quién te quiere más que nadie en el mundo, hermoso mío? ¿No es tu papá? Di, lucero. Y tú, ¿a quién quieres más? Sí, vida mía, sí; te quiero tanto, que daría por tí la vida con gusto. Por tí, nada más que por tí, quisiera ser yo algo de provecho en el mundo. Por tí, sólo por tí, trabajo y trabajaré hasta morir. ¡Nunca te podré pagar lo feliz que me haces, criatura!

El niño no comprendía, pero adivinaba aquella pasión y la correspondía finamente. Sus grandes ojos negros, expresivos, se posaban en su padre, esforzándose por penetrar en aquel mundo de amor y descifrar el sentido de palabras tan fervorosas. Después de un momento de silencio en que pareció que meditaba, tomó en sus manecitas

como claveles la cara de su padre, y acercando la boca a su oído, le dijo con voz tenue como un soplo:

—Papá, voy a decirte una cosa... Te quiero más que a mamá... No se lo digas, ¿eh?

Al buen Fresnedo se le humedecían los ojos con estas cosas.

Bajaron del pajar, salieron del establo, y después de consultado el reloj, el comerciante resolvió irse a bañar, como todos los días, al río.

—Chucho, ¿vienes conmigo al baño?

¡Cielo santo, qué felicidad!

Chucho quiso volverse loco de alegría. Generalmente el baño de su padre le causaba algunas lágrimas, porque no podía llevarle consigo a causa de que Fresnedo se bañaba en un sitio retirado. Esta vez se decidió a llevar a su hijo y dejar a la niñera en casa. El niño comenzó a pedir a grandes gritos el sombrero. No quería subir por él a casa, temiendo que su padre se le escapase como otras veces. La Tata, riendo, se lo tiró del balcón, y lo mismo la sábana del papá y la sombrilla.

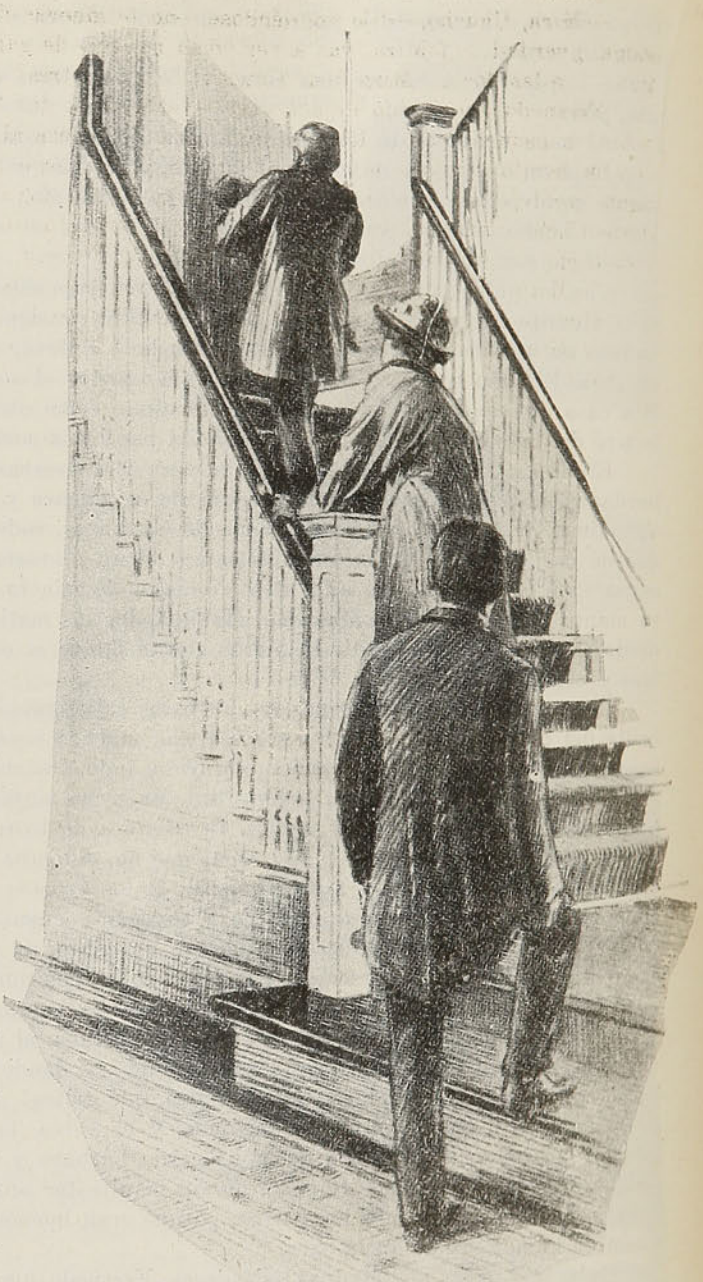
El río estaba a un kilómetro de la casa. Era necesario caminar por unas callejas bordadas de toscas paredillas recamadas de zarzamora y madreselva. El sol empezaba a declinar, y el valle, el hermoso valle de Campizos, rodeado de suaves colinas pobladas de castañares, y en segundo término de un cinturón de elevadísimas montañas, cuyas crestas nadaban en un vapor violáceo, dormía la siesta silencioso, ostentando su manto de verdura incomparable. Había todos los matices del verde en este manto; desde el claro amarillento de la hierba tierna, hasta el obscuro y profundo de los robles y negrillos.

Caminaban padre e hijo por las angostas calles preservándose del sol con la sombrilla del primero. Pero Chucho se escapaba muchas veces y Fresnedo le dejaba libre convencido de que era bueno acostumbrarle a todo. Gozaba en verle correr delante con su mandilito de dril y su gran sombrero de paja con cintas azules. Chucho andaba cuatro veces el camino, como los perros. Paraba a cada instante para coger las florecitas que estaban al alcance de su mano, y las que no, obligaba despóticamente a su padre a cogerlas y además a cortar algunas ramas de los árboles, con las cuales iba barriendo el camino. Por cierto que en medio de él tuvo un encuentro desdichado y temeroso. Al doblar un recodo tropezó nuestro niño con un cerdo, un gran cerdo negro y redondo, caminando en la misma dirección. Chucho tuvo la temeridad de acercarse a él y cogerle por el rabo. Este aditamento de los animales ejercía una influencia magnética sobre sus diminutas manos regordetas. El cerdo, que estaba, al parecer, de mal humor y nervioso, al sentirse asido lanzó un terrible bufido, y dando la vuelta para escapar, embistió con el niño y lo volcó. ¡Cristo Padre, qué gritos! Allí acudió Fresnedo corriendo, y lo levantó y le limpió las lágrimas y el polvo, haciéndole presente al mismo tiempo que tomaría venganza de aquel cerdo bárbaro y descortés así que llegaran a casa. Con lo cual se aplacó Chucho, no sin manifestar antes que el cerdo era muy feo y que a él le gustaban más los perros, porque eran buenos y le conocían, y cuando estaban de humor le lamían la cara.

Hubo que pasar por algunas saltaderas. Fresnedo tomaba a su hijo en brazos y le ponía de la parte de allá con gran cuidado. Dejaron el camino real y empezaron a caminar por los prados, donde Jesús se empeñó en coger un grillo. Su padre le mando escarbar en el agujero para que saliese. Así lo hizo y como el grillo no quería asomar, se irritó contra sí mismo y lloró desconsoladamente. Aunque con gran sentimiento, renunció a aquella caza difícil y se dedicó a las **anitas de Dios**, y se entretuvo un rato, demasiado largo, en opinión de su papá, a ponerlas en la palma de la mano, cantándoles: **Anita, anita de Dios, abre las alas y vete con Dios**, precioso conjuro que le había enseñado su Tata, persona muy instruída en este linaje de conocimientos.

Por fin llegaron al río. Corría sereno y límpido por entre las praderas, orlado de

avellanos que salen de la tierra como grandes ramilletes. Formaba en aquel paraje un remanso que llamaban en la aldea el **Pozo de Tresagua.** Era el pozo bastante hondo, el sitio retirado y deleitoso. Ningún otro había en los contornos de Campizos más a propósito para bañarse. Llegaba el césped hasta la misma orilla, y sobre aquella verde alfombra era grato sentarse y cómodamente se podía cualquiera desnudar sin peligro de ser visto. Los avellanos, macizos de verdura, no dejaban pasar los rayos del sol, que aún lucía vivo y ardiente. Allí gozaba Fresnedo del baño más que el sultán de Turquía, acumulando salud y felicidad para todo el año. En aquel mismo sitio se había bañado de niño con una porción de compañeros que hoy eran labradores. ¡Qué placer sentía recordando los pormenores de su vida infantil, cuando era un zagalillo a quien sus padres encomendaban el cuidado del ganado en el monte o les ayudaba en todas las faenas de la agricultura!



Cuando los recuerdos de la infancia van unidos a una vida libre en el seno de la Naturaleza, por pobre que se haya sido, siempre aparecen alegres, deliciosos.

Descansaron algunos minutos padre e hijo sobre el césped "reposando el calor", y al fin se decidió aquél a ir despojándose poco a poco de la ropa. Mientras lo hacía, tarareaba una canción de zarzuela de las que llegaban a sus oídos en Madrid. La alegría le rebosaba el alma. Su hijo le miraba atentamente con sus grandes ojos negros. De vez en cuando Fresnedo levantaba los suyos hacia él, y le decía sonriendo:

—¿Qué hay, Chucho ¿Te quieres bañar conmigo?

Chucho se contentaba con reír, como diciendo:

—¡Qué bromista es este papá! ¡Como si no supiese que armo un escándalo cada vez que intentan meterme en el agua!

Embozado en la sábana como en un jaique moruno, Fresnedo avanzó hacia el agua.

—Mira, Chucho,—dijo volviéndose,—no te muevas de ahí. Sentadito hasta que yo salga, ¿verdad...? Mira, vas a ver cómo me tiro de cabeza al agua. Mira bien. A la una..., a las dos... Mira bien, Chucho... ¡A las tres!

Fresnedo, que había dejado caer la sábana al dar las voces y se había colocado sobre un pequeño cantil, lanzóse, en efecto, de cabeza al pozo con el placer que lo hacen los hombres llenos de vida. Al hundirse, su cuerpo robusto agitó violentamente el agua, produjo en ella una verdadera tempestad, cuyas gotas salpicaron al mismo Jesús. Este sufrió un estremecimiento y quedó atónito, maravillado, al ver prontamente salir a su padre y nadar haciendo volteretas y cabriolas en el agua.

—¡Mira, Chucho! ¡Mira!

Y se puso con el vientre arriba, dejándose flotar sin movimiento alguno.

—Mira, mira ahora.

Y nadaba hacia atrás con los pies solamente.

—Verás ahora: voy a nadar como los perros.

Nadaba, en efecto, chapoteando el agua con las palmas de las manos.

¡Con qué gozo recordaba el rico comerciante aquellas habilidades aprendidas en la niñez!

Chucho estaba arrobado en éxtasis delicioso contemplándole. No perdía un solo de sus movimientos.

—¡Chucho! ¡Chuchín! ¡Bien mío! ¿Quién te quiere?—gritaba Fresnedo embriagado por la felicidad que las caricias del agua y los ojos inocentes de su hijo le producían.

El niño guardaba silencio, enteramente absorto y atento a los juegos natatorios de su padre.

—Vamos, di, Chipilín, ¿quién te quiere?

—Papá—respondió grave con su voz levemente ronca, sin dejar de contemplarle atentamente.

Una de las habilidades en que Fresnedo había sobresalido de niño y que mucho lo enorgullecía era la de pescar truchas a mano. Siempre que venía a Campizos se ejercitaba en esta pesca. Era verdaderamente notable su destreza para reconocer y batir los agujeros de las rocas, bloquear la trucha y agarrarla por las agallas al fin. Los pescadores del país confesaban que se las podía haber con cualquiera de ellos, y se contaba que de niño había salido del agua con tres truchas, una en cada mano y otra en la boca, aunque Fresnedo no quería confirmarlo. Pues bien, en este momento le acometió el deseo de proporcionar un placer a su hijo y dárselo a sí mismo.

—Verás, Chipilín, a sacarte una trucha... ¿Quieres?

¡Ya lo creo que quería!

¡Pues, si cabalmente Chucho sentía mayor inclinación, si cabe, a los animales acuáticos que a los terrestres!

Fresnedo hizo una larga aspiración y se sumergió, dejando a su hijo maravillado; registró los huecos de algunas piedras del fondo, y sólo pudo tocar con los dedos la cola de una trucha sin lograr agarrarla. Como le faltase el aliento, subió a respirar.

—Chucho, no he podido cogerla; pero ya caerá.

—¿Por qué caerá, papá?—preguntó el niño, que no dejaba escapar un modismo sin hacer que se lo explicasen.

—Quiero decir que ya la cogeré.

Otra vez aspiró el aire con fuerza y se lanzó al fondo. Al cabo de algunos momentos salió a la superficie con una trucha en la mano, que arrojó a la orilla. Chu-

cho dió un grito de susto y alegría al ver a sus pies al animalito brincando y retorciéndose con furia. Quería agarrarlo cuando paraba un instante, pero al acercar su manecita, la trucha daba un salto, y el chico, estremecido, la retiraba vivamente; intentaba nuevamente asirla lanzando chirridos alegres, y otro salto le asustaba y le ponía súbito grave. Estaba nervioso; gritaba, reía, hablaba, lloraba a un mismo tiempo, mientras su padre, embelesado, nadaba suavemente contemplándole.

—¡Anda, valiente! ¡Agárrala que no te hace nada...! ¡Por la cola, tonto...! ¿Quieres que te pesque otra más grande?

—Sí, más grande, papá. Esta no me gusta—respondió el chiquito renunciando ya bravamente a agarrar una trucha tan pequeña.

El buen comerciante se preparó para otro chapuz; dejóse ir al fondo y con prisa comenzó a registrar los agujeros de una roca grande que antes había visto. La muerte feroz y traidora le aguardaba dentro. Metió el brazo en uno de ellos harto angosto, y cuando intentó sacarlo no pudo. La sangre se le agolpó toda al corazón. Perdió la serenidad para buscar la postura en que había entrado. Forcejeó en vano algunos momentos. Abrió la boca al fin, falto de aliento, y en pocos segundos quedó asfixiado el infeliz.

Chucho esperó en vano su salida. Miró con gran curiosidad por algunos minutos el agua, hasta que, cansado de esperar, dijo con inocente naturalidad:

—¡Papá, sal!

El padre no obedeció. Esperó unos instantes y volvió a gritar con más energía:

—¡Papá, sal!

Y cada vez más impaciente, repitió este grito, concluyendo por llorar. Largo rato estuvo diciendo lo mismo con desesperación:

—¡Sal, papá, sal!

Sus rosadas mejillas estaban bañadas de lágrimas; sus ojos grandes, hermosos, inocentes, se fijaban ansiosos en el pozo donde a cada instante se figuraba ver salir a su padre.

Un salto de la trucha que tenía cerca, viva aún, le distrajo. Acercó su manecita a ella y la tocó con un dedo. La trucha se movió lentamente. Volvió a tocarla y se movió menos aún. Entonces alentado por el abatimiento del animal, se atrevió a posar la palma de la mano sobre él. La trucha no rebulló. Chucho principió a gorjear por lo bajo que él no tenía miedo a las truchas y que si estuviera allí su hermana Carmita indudablemente no osaría poner la mano sobre una bestia tan feroz como aquella. Tanto se fué envalentonando, que concluyó por agarrarla por la cola y suspenderla.

Aquel acto de heroísmo despertó en él mucha alegría. Fluyeron de su garganta algunas sonoras carcajadas. Pero una violenta sacudida de la trucha le obligó a soltarla aterrado. Miró a su alrededor, y no viendo a nadie, se fijó otra vez en el pozo y tornó a gritar, llorando:

—¡Sal, papá! ¡Sal, papá...! ¡No quiero trucha, papá! ¡Sal!

El sol declinaba. Aquel retirado paraje, situado en la falda misma de la colina, se iba poblando de sombras. Allá, en el horizonte, el sol se ocultaba detrás de las altas y lejanas montañas de color violeta.

—Teno miedo, papá... ¡Sal, papacito!—gritaba la tierna criatura bebiendo lágrimas.

Ninguna voz respondía a la suya. Escuchábanse tan solo las esquilas del ganado o algún mugido lejano. El río seguía murmurando eternamente su eterna queja.

Rendido, ronco de gritar, Chucho se dejó caer sobre el césped y se durmió. Pero su sueño fué intranquilo. Era una criatura excesivamente nerviosa, y la agitación con que se había dormido le hizo despertar al poco rato. Había cerrado la no-

che. Al principio no se dió cuenta de donde estaba, y dijo como otras veces en su camita:

—Tata, quero agua.

Pero viendo que la Tata no acudía se incorporó sobre el césped, miró alrededor, y su pequeño corazón se encogió de terror observando la obscuridad que reinaba.

—¡Tata, Tata!—gritó repetidas veces.

La luz de la luna rielaba en el agua. Atraídos sus ojos hacia ella ,Chucho se acordó de pronto que su papá estaba con él y se había metido en el río a sacarle una trucha. Y entre sollozos que le rompían el pecho y lágrimas que le cegaban, volvió a gritar:

—¡Sal, papá; sal, mi papá...! ¡Teno miedo!

La voz del niño resonaba tristemente en la obscura campiña silenciosa. ¡Ah! Si el buen Fresnedo pudiera escucharle allí en el fondo del pozo, hubiera mordido la roca que le tenía sujeto, se hubiera arrancado el brazo para acudir a su llamamiento.

No pudiendo ya gritar más porque le faltaba la voz y el aliento, cayó otra vez dormido, y así le hallaron los que habían salido en su busca.

ARMANDO PALACIO VALDES

⚜ ⚜ ⚜

LOS NERVIOS Y EL RELOJ

El sistema nervioso es cosa tan delicada, al propio tiempo que tan resistente, que bastan a veces las más pequeñas causas para producir en él perturbaciones batante graves, que pueden convertirse en enfermedades muy serias.

No hace mucho, en el Congreso de Orteopatía reunido en Filadelfia, uno de los miembros, un famoso neurólogo de Illinois anunció que, después de muchos años de observaciones, había llegado a la conclusión de que una de las principales causas de las alteraciones en el sistema nervioso, no era otra que el tic-tac de los relojes. Ese tic-tac, durante el sueño, es peligrosísimo para los nervios, para los cuales es una tortura semejante al suplicio de la gota de agua que en la Edad Media se dejaba caer sobre la cabeza de ciertos criminales.

Las personas que tienen el hábito de dormir con el reloj debajo de la almohada, son, como se comprende, las más expuestas.

Es conveniente, pues, sacar los relojes de las habitaciones en que se reposa o se duerme. La salud del sistema nervioso así lo aconseja.

⚜ ⚜ ⚜

LA MIMOSITA

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita...
¿En dónde ahora están?
Sus alegres cantos, voces de la aurora
los blandos arrullos con que a veces llora,
¿qué oídos, ahora,
los escucharán?
Las vecinas cuentan que se fué muy lejos;
que vendrá muy pronto; que no volverá...
La humilde casita de los muebles viejos,
con una herradura clausurada está.
¡Misterio! ¿Qué habrá?
Las vecinas cuentan que se fué muy lejos;
que reía alegre; que llorando va.

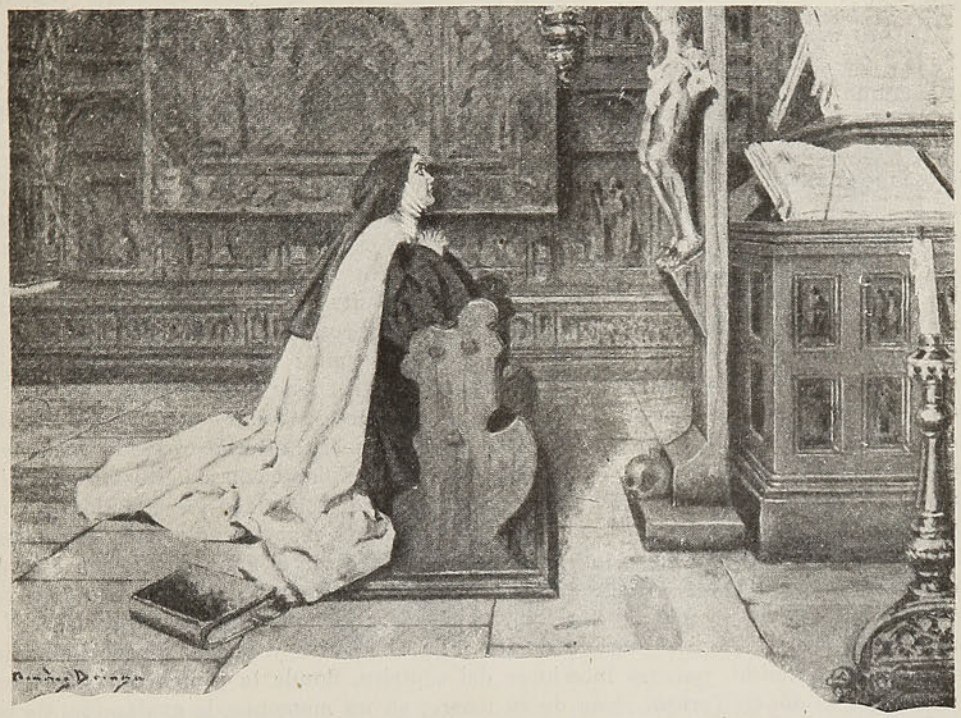
Una vieja fea que se dice tía,
con ella, sin duda, cual antes, irá;
Pobre Mimosita. De tal compañía
¡qué mano piadosa la defenderá!
Nadie la verá,
y esa vieja fea que se dice tía
a buenos lugares no la llevará.

¡Qué recuerdo! Un hombre de mirada aviesa
rondaba su casa, un mes hace ya.
Ella le temía; su boca de fresa
así me lo dijo, cuando estuvo allá.
¿Vendrá? ¿No vendrá?
Sin duda aquel hombre de mirada aviesa
la llevó robada, y no volverá.

Era rico el hombre. Cadenas, sortijas,
lucía con aires de fastuosidad.
y dicen que hay madres que venden las hijas,
y hombres que las compran en tan tierna edad.
¡Qué perversidad!
Era rico el hombre: cadenas, sortijas,
habrán sido el precio de su castidad.

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita,
no os quiero evocar.
Lejos de su voz arrulladora,
¿quién sabe si ríe? ¿Quién sabe si llora?
Mejor es, ahora,
su historia olvidar.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.



EL ESTILO DE TERESA

Acabo de leer unos capítulos de **Las Moradas.** Mi admiración a la escritora crece cada día; quisiera ser como ella: espontánea, naturalísima, paraje que recoge todos los ecos, espejo que refleja todas las imágenes, regato por donde corre el agua graciosamente y libremente. Nadie dice mejor las cosas que Teresa; dice lo que quiere y como quiere. No le detiene nunca el artificio literario, ni la preocupación del estilo, ni la afectada elegancia de aquel entonces. Escribe para sus monjitas, y como sus monjitas son sencillas, Teresa escribe sencillamente. Dan todos sus libros la impresión de una plática; parece que se la está oyendo; su jovialidad, su llaneza, su gravedad simpática cuando trata de asuntos espirituales, su punzante ironía, ironía mansa y alegre, de mujer castellana, trasciende, colma el vaso, aparece al exterior en sus relatos. La lengua es la corriente, la que habla el vulgo en plazuelas, ventas y mesones, la que entienden todos. Rica en modismos y giros populares, flexible, apta para toda suerte de expresiones, la da tal riqueza de tonos, de matices, que el letrado se aturde y se espanta ante abundancia tan colmada. ¿Incorrecta? Sí, es incorrecta la Santa, como lo es Cervantes, como es incorrecto ese pasmo que se llama "La Celestina", como son incorrectos los juglares anónimos de nuestro sabroso y fresco Romancero. Mas le incorrección es gracia. Y donaire. Y soltura. Y naturalidad. Y elegancia. La incorrección no es decaimiento y flojedad de estilo, sino prontitud de ingenio y ausencia de afectación. Y tengo para mí—y no lo afirmo rotundamente, que no pico en honduras filológicas—que "Las Moradas", y el "Camino de perfección", y "Las Fundaciones", y la "Vida", y los versos, y las cartas de Teresa, son el testimonio más elo-

cuente, el mejor vestigio del lenguaje "hablado", de la manera popular de decir del siglo XVI.

Abro cualquier libro de la Santa. Hacinados los tengo en mi mesa de trabajo. "Juan Miseria—dice Teresa—era "gran siervo de Dios y muy simple en las cosas del mundo". Decidme si hay trazo más sencillo y pintura más cabal. Hablando, en el "Camino de perfección"—abro al azar—del amor, dice Teresa: "Del que digo (del amor) es todo espiritual, no sé si lo que me digo, al menos parece no es menester hablar mucho en él... y aunque yo digo que es algo sensual, no lo debe ser, sino que yo no sé cuál es sensual, ni cuál espiritual, ni cómo me pongo a hablar en ello". Decidme si se puede hablar más sencillamente, con más castellanía, con menos dejo de afectación y de artificio. "Si alguna cosa dijere—se lee en el "Prólogo" de "Las Moradas"—que no vaya conforme a lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana—será por ignorancia y no por malicia". Absorta en sus contemplaciones, divagando deleitosamente por los alcázares del amor de Dios, exclama: "Parece que hemos dejado mucho la palomica y no hemos; porque estos trabajos (sus meditaciones) son los que la hacen tener más alto vuelo". "También suele Nuestro Señor—advierte la elegida—tener otras maneras de despertar el alma; que a deshora, estando rezando vocalmente, y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos. No digo que es olor, sino pongo esta comparación u cosa desta manera, sólo para dar a sentir que esté allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma de El, con esto queda dispuesta para hacer grandes atos y alabanzas a Nuestro Señor". No hay valla que no salte la naturalidad de la Santa; sabe ser siempre gráfica y graciosa. Y en las alturas místicas, en la morada donde calla el apetito y apenas puede balbucir el amor, en los grandes parajes interiores del espíritu, donde la pluma del más diestro vacila, allí es donde Teresa, reina de su tesoro, en un momento de exaltación, de compenetración con el sujeto de su discurso, poseída de lo que nuestros abuelos llamaban inspiración, y más sencillamente nosotros emoción, llega a ese equilibrio del corazón con la mente, a esas alturas inaccesibles del acierto seguro, de la rapidez y seguridad en el análisis, a caldear el acero de su temple a la lumbre de su amor, para que salga de la prueba más brillante, más bruñido y más perfecto.

No fué Teresa lo que llamaríamos una mujer harto leída. No puede contarla, a lo que presumo, la Condesa de Pardo Bazán, mi respetable amiga, como uno de sus más gloriosos precedentes. Santa Teresa de Jesús fué, a derechas, una mujer harto inteligente y despierta, con la cultura que en su rango y en su clase tenían las mujeres en aquel entonces. Santa Teresa adivina las cosas mejor que saberlas: lo intuye todo. Asombro de genio y no achaque de cultura es su labor. El amor presta alas a su

entendimiento, lo purifica, lo transporta a las regiones más altas de la contemplación espiritual. Examina todas las cosas desde su plano, con humildad, serenamente. Si peca—y no peca nunca—es "por ignorancia y no por malicia". Pero no asoma jamás la ignorancia por los escritos de Teresa. Si hemos de creer en el "genio", explicado a la usanza humana, que es como podemos explicarlo nosotros, Santa Teresa de Jesús es genial. Y genial de su tiempo, de su raza, de su pueblo, de sus ideales. Sencilla y grave. Siempre de cada momento y siempre vigilante. La mujer que nos cuenta, en grato calor de intimidad, la calidad y sazón de su amor por el Esposo, es la mujer animosa, que, lejos de perderse en los obscuros laberintos de la vida interior, padece, sufre, viaja, funda conventos, charla con gente soez en los mesones, y encuentra por toda vianda, en el lugarejo, unos higos secos para reponer el cuerpo fatigado. Dama andante del ideal divino, la Santa no se conforma con orar en el momento de la pelea. Ella misma coge sus armas, y a campo traviesa, con el cuerpo ofrece seguro blanco para las balas de los enemigos, enarbola su estandarte y lo defiende por amor de Dios.

⚜ ⚜ ⚜

"EL HOGAR"

El horizonte que aparece a mi vista es bello, pero está lejano: es el horizonte de la adolescencia. Permitidme que vaya hasta él en alas del recuerdo.

Aún veo con la imaginación esa tarde. ¡Cuán bello era el paisaje, cuán hermoso el sol que brillaba en esa primavera! Todo sonreía, cantaba, y amaba en mi derredor. Tardes de la infancia, de los juegos, del amor maternal. ¡Ya pasásteis cual sombras fugitivas, no volveréis! A vosotras han sucedido tardes melancólicas, tristes, frías, intérpretes del dolor...

Pero en aquellas tardes de primavera y en ese sol refulgente que vieron mis ojos juveniles, había un algo, misterioso, desconocido, que me hacía sentir y soñar. Venían no sé de adónde, efluvios misteriosos, rumores, cantos y armonías...

La tarde iba ya a caer y el paisaje estaba alumbrado a medias por la luz del crepúsculo vespertion.

De repente dos aves de dorado plumaje llegaron a un nido a mí cercano, trayendo en su pico alimento para sus hijuelos. Hubo allí un concierto de música desconocida, un batir de alas, una alegría; una escena elocuente, que yo traduje en esta palabra: **amor.**

Entonces, y no pudiéndome dar exacta cuenta del sublime cuadro que se desarrollaba ante mi vista, pregunté a mi madre:

—¿Qué es esto?

—¡Un hogar!

Esta palabra oí vibrar en mis oídos sin comprenderla bien.

—Un hogar,—añadió mi madre—es el centro de todos los afectos, de todas las alegrías, de todos los ensueños del alma.

Es el sitio donde la mujer llena su grata misión.

Y, finalmente, es éste el recinto que se convierte en templo y desde donde suben hasta Dios las notas de las almas amantes inspiradas por el cariño y la fe.

¿Qué traje debo llevar?

Visitas.—Chaquet negro o gris obscuro, chaleco de fantasía y pantalón obscuro. sobretodo obscuro recto o entallado (armado), sombrero de copa, guante de color, zapato de cabritilla.

Almuerzo.—En los almuerzos de confianza. De chaquet negro o gris obscuro, con pantalón y chaleco de fantasía.

Comida.—Siempre el frac con corbata blanca, smocking para los jóvenes hasta los dieciocho años. Comida de club o entre hombres solos de confianza, smocking con corbata negra.

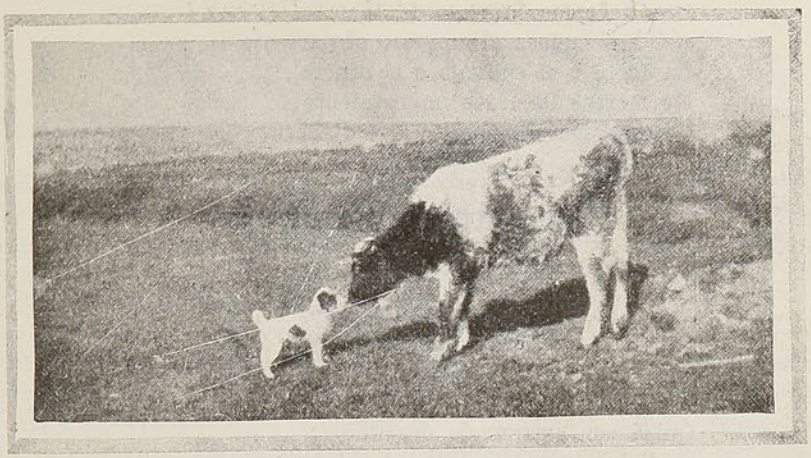
Desposorios.—Para la visita en casa de la novia, debe llevarse chaquet, pantalón fantasía obscuro, chaleco fantasía y corbata obscura, para la comida frac con chaleco blanco.

Matrimonios.—Debe ser: Frac con vuelta de seda, chaleco negro, de preferencia de seda, pantalón negro con franja, guante blanco, zapato de charol, corbata blanca, sombrero de copa, camisa blanca y cuello recto.

Caballeros de honor.—Vestirán de la misma forma que el novio.

Teatro.—Puede optarse por el frac, el smocking; pero si el caballero va acompañado de su señora, o ha de asistir a palco, irá invariablemente de frac. Se entiende que esto rige sólo para la ópera o espectáculos de análoga significación.

Soirées.—Frac negro con vuelta de seda, pantalón negro, chaleco fantasía claro, corbata blanca, zapato de charol y guantes claros. Es de rigor que el sobretodo de ceremonia sea negro o gris obscuro con vuelta de seda.



FABULAS FABULOSAS

USTED PRIMERO

La extrema urbanidad y cortesía
Agota y cansa la paciencia mía.
Figúrate, lector—y es un ejemplo—
Que entrar queremos en palacio o templo,
O en sala, o en alcoba, o gabinete,
Y que somos por junto seis o siete.
¿No es un feroz y bárbaro tormento
El pesado y molesto cumplimiento
De —**Pase usted primero...**
—**No puedo permitirlo, caballero...**
—**Tenga usted la bondad... haga el favor...**
—**De ninguna manera... no, señor?...**
Ya que así pasan horas
Galanes y señoras,
Estando todos ellos convencidos
De lo necio que son tales cumplidos,
A dar voy un consejo,
Y mírese quien quiera en este espejo:
Si te indican que pases adelante,
No te hagas de rogar... pasa al instante.

LOS ENCARGUITOS

Si vas a Barcelona
Llevarás carta para tía Ramona;
Y además te suplico
Que entregues esos cuartos a Perico;

Y acomoda en tu saco esta cajita,
Que lleva las chinelas de Juanita.
Quien endosa al amigo o al pariente
La carta o el encargo o el dinero,
No merece llamarse impertinente...
Que merece nombrarse... majadero.

LA VISITA TEMPRANO

Sin haber un motivo soberano,
De visita no vayas muy temprano;
Que el ver a la señora
En desusada hora,
Quizá con extremado desaliño,
O el descompuesto lecho de algún niño,
Y la silla empolvada,
Y la casa revuelta y trastornada,
Entre los gustos malos
Este es de aquellos que merecen palos.
Perdona, pues, el ripio:
Sin haber un motivo soberano
(Como dije al principio),
No vayas de visita muy temprano.

LA VISITA LARGA

Ferrocarril, telégrafo, vapor,
Son el regulador
De que el glorioso siglo diez y nueve
Es por esencia el siglo de lo breve.
¿Y ha de haber todavía
Quien visite a su tía,
Y en la visita pase hora tras hora,
Sin tener compasión de una señora
Que tendrá mil cuidados
Con sus hijos, su casa, sus criados,
Y si fuese beata tendrá rezos,
Y si profana, moños y aderezos?
El máximum será de una visita
Media hora... escasita.
... ...
Habrá quien diga: **Nada... te equivocas...**
Hay excepciones... (pero son muy pocas).

ASAMBLEA DE LA HABITACION BARATA

CELEBRADA EN SEPTIEMBRE DE 1919

(Texto del interesante discurso de nuestra delegada señora Besa de Díaz Garcés)

El señor Presidente.—Haciendo un paréntesis en la votación de las conclusiones, voy a ofrecer la palabra a la señora María Besa de Díaz Garcés, que, en representación de la institución denominada "La Cruz Blanca", viene a leernos un interesante trabajo sobre la moralidad en los conventillos.

La señora Besa de Díaz Garcés.—Señores congresales:

No creáis que se trata de un caso de feminismo mi presencia entre vosotros; sino del cumplimiento de una delegación. No soy sino una mujer, la más modesta y sencilla de las mujeres; pero, en este momento, represento a la Cruz Blanca, sociedad chilena, que se ocupa especialmente del problema de la infancia femenina desvalida y amenazada por la esclavitud del vicio. Puede aparentemente chocar que me presente entre parlamentarios, profesores, en todo caso hombres técnicos en este problema de la habitación obrera; pero he visto en la prensa que se han asociado a este Congreso las señoras de la Asociación contra la Tuberculosis. ¿Por qué,—me he preguntado,—no debe presentarse también la Cruz Blanca, que tiene problemas tan estrictamente ligados con el conventillo?

En efecto, como lo sabéis, la promiscuidad en la habitación, fuera del alcoholismo y de la natural incultura del pueblo, es causa de la temprana corrupción de muchas criaturas. El horroroso sistema de vivir en una sola habitación personas de diverso sexo, cuyos hábitos, por regla general, son malsanos; la costumbre hospitalaria en exceso, de recibir a personas extrañas a la familia; la acumulación de individuos; en fin, lo que se sabe y lo que se supone con fundamento, liga a la mala habitación una cantidad de crímenes, sangrientos unos y lacrimosos los demás, en que las víctimas más desgraciadas son las pequeñuelas criaturas de mi sexo. Por ellas, en nombre de ellas y en defensa de ellas, alzo aquí mi débil voz, como chilena; y pido perdón si hay en esta voz alguna emoción especial, que la excusa mi sangre de viejos americanos que llegaron a este continente con los peregrinos del Mayflowers.

En todo caso, chilena, americana o española, cualquiera mujer civilizada hoy día, toma parte ardorosa en estas campañas que afectan a sus hermanas de las clases más desamparadas en la sociedad.

Quiero que se tenga presente que las señoras que hablan del conventillo saben más que todos los hombres, de lo que es y de lo que debe ser la habitación obrera. Fácilmente comprenderéis que esto que digo no es una jactancia o vanidad de mujer; sino que, como se sabe, somos muchas las damas de la sociedad de Santiago que, desde hace mucho tiempo, tenemos el hábito y la obligación de ir a los conventillos, de penetrar a los cuartos y de permanecer en ellos como verdaderas visitantes de los pobres, que tenemos encargo de socorrer. Seamos visitadoras de la vieja Hermandad de Dolores, institución chilena si alguna merece el nombre de tal; seamos de las Conferencias de San Vicente de Paul, o de la Cruz Blanca o de otras sociedades que envían a sus socias a los centros obreros, somos las verdaderas confidentas de los habitantes del conventillo. Sabemos lo que significa la pieza sin luz, sin aire, sin sol; sabemos lo que significa el cuarto común; sabemo, finalmente, cuáles son las diversas categorías de víctimas y sacrificadas de este sistema cruel y salvaje del conventillo.

De tal manera es horrible este estado de cosas que hemos pensado muchas veces que es inútil tener Patronato de la Infancia, Protectora, Ollas Infantiles, leyes antial-

cohólicas, obras de preservación o de enmienda, cuando la habitación obrera sigue siendo el foco natural, la verdadera fábrica a vapor, de los pecados, de las faltas, de las miserias, de las vergüenzas y de los vicios.

Es humanamente horrible obligar a la madre enferma o al padre moribundo, o simplemente cansado por un gran trabajo, a estar sobre un lecho común, sin poder aspirar a ese rincón solitario de que goza hasta el perro en la casucha del jardín, y hasta la última fiera en su caverna. No poder llorar, no poder hacer la mueca del sufrimiento, no tener derecho siendo pobre a la neurastenia del rico, que es el cansancio de todo hombre, o mujer del día, sin tener adelante a los hijos que gritan, a la mujer que rabia, a las comadres que comentan, debe ser un suplicio hasta ahora no descrito. Alivianaríamos hospitales, cárceles y dispensarios, si tuviéramos habitación, no coqueta, sino simplemente limpia y ventilada.

En seguida, señores, hemos pensado muchas veces que no se podrá organizar verdaderamente el trabajo femenino a domicilio, mientras la pobre mujer no tenga un pequeño espacio de la casita en el cual colocar su máquina, sus materiales, sus obras realizadas.

Desde luego la mala casa da cliente a la taberna; pero ahora, de tal manera sigue haciendo un daño social la mala casa, que—cuando se cierran las tabernas los días festivos—el vicio alcohólico se translada a la casa y allí hace estragos más horribles. Permitidme que, en esta materia, me crea un tanto autorizada para opinar. La Cruz Blanca sabe bastante de la vía crucis de las criaturas del sexo femenino, a consecuencia del cierre de tabernas, y del translado del alcoholismo al conventillo mismo.

No deseo insistir ni alargarme; sólo diré que este problema domina todas las otras cuestiones prácticas. Se coloca sobre las divisiones y querellas de los partidos políticos.

Abarca, a un mismo tiempo, el orden espiritual y material.

El señor Presidente.—Creo interpretar el sentir de todos los señores asambleistas al presentar mis más calurosas felicitaciones a la distinguida representante de la institución denominada La Cruz Blanca.

El problema de la habitación popular no se puede resolver sólo con leyes; su solución necesita de la caridad, de la beneficencia, y bien sabemos que nadie mejor que las señoras pueden practicar esta preciosa virtud que se llama la caridad.

Por eso renuevo mis felicitaciones a La Cruz Blanca e igualmente a la Liga de Señoras contra la Tuberculosis, también representada en esta Asamblea. Y creo que, como conclusión práctica del contingente valioso que ahora se nos ofrece, podríamos recomendar a los Consejos Departamentales que aprovecharan los servicios de las señoras que componen esas instituciones para el mejor desempeño de su cometido. La Cruz Blanca y la Liga contra la Tuberculosis pueden colaborar con los Consejos en el denuncio de los conventillos inhabitables.

El señor Bañados (Delegado de la M. de Talcahuano).—Que se incorpore de hecho una señora a los Consejos Departamentales.

El señor Presidente.—Me parece de mucha importancia la idea indicada por el señor Delegado.

⚜ ⚜ ⚜

EL PADRE NUESTRO

(CUADRO NOCTURNO)

Escenario: una alcoba; entre albas nubes
de transparente gasa y lazos rosa,
aguardando a sus dueños, tres querubes,
tres diminutas camas primorosas.

Actores: una madre, dos chiquillas
que no suman entre ambas nueve años,
de ojos negros y mórbidas mejillas,
cabellos ondulados y castaños;

Un chiquitín que goza sueño blando,
al seno de la madre suspendido;
e invisibles cuatro ángeles velando
por la dicha inefable de ese nido.

Las dos niñas se han puesto de rodillas
y alzando hacia la joven sus miradas,
unen con santa unción sus manecillas
y recitan las preces consagradas.

Padre Nuestro, —comienza en tono grave
la religiosa dama, y las pequeñas,
Padre Nuestro, —repiten con voz suave.
Y —Mamá, mire al niño que hace señas.
Y se ríe, —interrumpe a chiquita.
—¡Silencio! Ahora rezad; tú, Luisa, empieza.
Padre Nuestro. —Mamá, lo sé solita.
Padre Nuestro que estás, Julia no reza.
—Vamos, ¿no seguiréis? —**Que estás** —**Que estás**
en los cielos... Los cielos. —Claro, ea!
—¿En los cielos, mamita? ¿Allí no más?
Papá me ha dicho que, aunque no le vea,
El se halla en todas partes... —¡Pizpireta!
Vais a empezar de nuevo, por castigo.
—Mi papá me ha ofrecido una peseta...
—Y a mí también... Si de corrido digo
los Mandamientos y la Salve entera.
—¡Pero tú no lo sabes, y yo sí!
—¿Que no lo sé? Verás. Los Mandam... Espera.
—¿Vais a reñir? —Si Julia... —¿Yo qué? Dí.

—¡Basta, que ya me enojo! ¡Quietecitas!
¿De ver al niño no tenéis verguenza,
más formal que vosotras? —Las manitas,
mamá, las ha enredado aquí en mi trenza
y sabe tirar duro. —¡Ay, señorito,
suelte! —No grites, que ya arruga el ceño.
Mas, por fin, ¿no rezamos un poquito?
—Muy poquito, que estoy muerta de sueño.
—Volved a arrodillaros. Ya está; ahora
tornad hacia esa imagen vuestros ojos
y a la Virgen pedid. Reina y Señora.
Con el alma también puesta de hinojos.

Que dé talento en vez, belleza y oro,
os dé de un alma justa la templanza,
de cristianas virtudes el tesoro,
santa fe, ardiente amor, viva esperanza;

Humildad, mansedumbre y obediencia
a todos los preceptos celestiales;
pues los bienes mayores serán males
si tenéis una mancha en la conciencia.

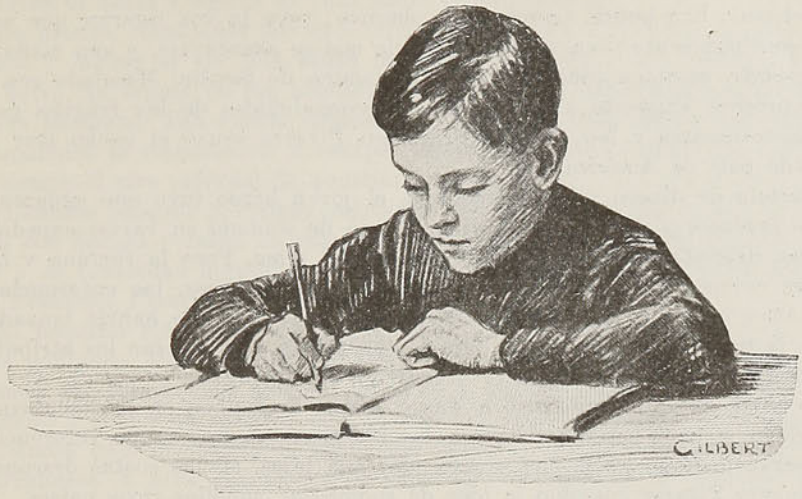
Pedidle que conserve sin mancila...
Mas, ¿qué veo, dormís?... Si ya reposa
en graciosa actitud, sobre una silla,
de Julia la cabeza primorosa;

Mientras que de su madre en el regazo,
mezcla con los rosados piececillos
del gordiflón bebé, —doblando un brazo
y sobre él acostada, —los anillos

De su cabello la hechicera Luisa...
vaga aún, por los labios sonrosados
de entrambas niñas, plácida sonrisa.

Venid, venid, pintores inspirados,
Venid grandes poetas y escultores;
De esos niños la angélica figura,
de los maternos ojos los fulgores,
¡copie el mármol, el verso o la pintura!

AMALIA PUGA DE LOSADA.



XI

LOS HEROES ESPAÑOLES

PIZARRO

Si alguna vez te sientes desalentado y deprimido, vuelve los ojos, muchacho, hacia las grandes figuras de la Historia y pídeles consejo: los grandes hombres te dirán que nada es imposible para un carácter fuerte, y ellos te enseñarán el verdadero camino de la victoria.

Los héroes nos guían desde el fondo de sus tumbas, porque nada tiene tanta eficacia como el ejemplo. De la misma carne que nosotros fueron aquellos hombres sublimes que admiramos; su espíritu era igual que nuestro espíritu, y sólo poseían como excepción la voluntad, la fe y el noble deseo de gloria. Pero tú guardas en tu ser la misma voluntad y el mismo anhelo de gloria de los héroes; tú puedes ser un héroe si te lo propones con fuerza y con ahinco.

Francisco Pizarro era un muchacho humilde y pobre; se dice que cuidaba cerdos en la ciudad de Trujillo donde nació. Después se hizo grande, conquistó un imperio, logró el título de marqués y gobernó el virreinato del Perú. ¡Todo esto lo llevó a cabo sin ayuda de nadie, con sus propias fuerzas y por la virtud de su valor y su talento!

Cuando el pequeño Pizarro triscaba por entre las rocas y matorrales de su ciudad natal, nadie podía imaginar que aquel chico descalzo llenaría al mundo de asombro con sus hazañas. Pero en su alma infantil bullía seguramente la idea de un porvenir glorioso; no faltaba más que la oportunidad, y ésta llegó providencialmente con el descubrimiento de América.

Los marinos y soldados que realizaron las primeras exploraciones, volvían a España con noticias estupendas de unos países ricos y hermosos cuyas maravillas esta-

ban ofreciéndose a los hombres de corazón. Francisco Pizarro escuchó estas narraciones y quiso ver con sus propios ojos las islas y los ríos gigantescos que había al otro lado del mar. Era pobre, ignorante y obscuro; pero la voz interior que nos habla a todos continuamente y en secreto, le decía que se aventurase, y una mañana, ciñéndose la espada, montó a caballo y tomó el camino de Sevilla. Mezclado con otros muchos aventureros, expuesto a las horribles incomodidades de las frágiles galeras, sufriendo las tormentas y los calores, Francisco Pizarro cruzó el ancho mar y dió vista al soñado país de América.

Como carecía de dinero y de protectores, el joven héroe tuvo que aguantar con paciencia los fracasos y dolores de la vida. Sirvió de soldado en varias expediciones improductivas, demostrando gran valor y temple del alma. Pero la fortuna y la gloria no venían corriendo, y en cambio menudeaban los trabajos, las enfermedades y las heridas. Otro cualquiera se hubiese desesperado, o tal vez se habría lanzado por el camino de la rebelión y del crimen. Pero la constancia y la fe eran los atributos de Pizarro, y jamás se le vió desfallecer o desistir en sus empresas.

Nuestro héroe había acompañado a Vasco Núñez de Balboa en el descubrimiento del mar Pacífico, y tuvo ocasión de oir a los indígenas ciertas vagas referencias de un gran imperio, llamado Perú, que se extendía allá lejos, en las costas desconocidas del Sur. Entonces Pizarro concibió la idea de conquistar aquellos ricos países.

De sus largas correrías por América no consiguió dinero, sino heridas de flecha y muchos sudores. Pero en cambio poseía un valioso caudal de experiencias y una incontrastable energía para resistir al infortunio. Carecía, pues, de dinero, tanto como abundaba en virtudes morales. Y en estas circunstancias, impaciente por consumar su empresa, buscó la cooperación de dos compañeros, con los cuales firmó un contrato o sociedad. Uno de los socios se llamaba Diego de Almagro, y era soldado como Francisco Pizarro; el tercer socio se llamaba Hernando de Luque, y era un virtuoso sacerdote que se encargó de buscar dinero prestado para pagar los barcos, las armas, los víveres y la gente.

La expedición quedó al fin organizada en Panamá, y al frente de un centenar de hombres, encomendándose a Dios, Francisco Pizarro mandó izar las velas y fueron costeando con rumbo al Sur. Don Diego de Almagro y Hernando de Luque se quedaron en tierra para buscar más recursos y contratar nuevos soldados.

¡Ya ha logrado nuestro héroe el ansiado propósito! ¡Ya es capitán y jefe de una expedición, y desde ahora podrá ver el mundo la categoría y la grandeza de su espíritu! Sin embargo, su alegría debe someterse a pruebas muy rudas, porque todos los elementos se concitan contra él: tiene que arrostrar las tempestades, el calor del Trópico, las dolencias y las fiebres, el odio de los indios y todas las angustias de aquella excursión temeraria.

En efecto, a las pocas semanas de travesía se ven obligados los aventureros a desembarcar en una costa inhospitalaria, llena de pantanos pestilentes y plagada de insectos dañinos que producen enfermedades terribles. Huyen de allí, con rumbo a lo desconocido, y una tormenta furiosa les obliga a desembarcar de nuevo. Esta vez, buscando alimento y vituallas, se internan en una selva espesísima entre cuyos gigantescos árboles vagan perdidos y extenuados. La gente empieza a murmurar de su jefe, y Pizarro toma la decisión de enviar a uno de los capitanes a Panamá, en busca de recursos. El capitán parte en el único navío de la expedición, y Pizarro con sus compañeros se queda esperando en aquellos bosques mortíferos.

El hambre les acosa, las enfermedades hacen estragos en el diminuto ejército; pero el héroe no desmaya nunca ni deja de alentar a sus hombres, dándoles ejemplo con su valor y con sus trabajos. Al fin encuentran una aldea de indios bastante provista de víveres, y el navío que marchó a Panamá vuelve también con vituallas fres-

cas. Y muy contentos de haber salido con felicidad de aquel apuro, los expedicionarios levan el ancla y siguen su ruta hacia lo desconocido.

De pronto, empujados por una tormenta, atracan a la costa, y ¡cual no sería su espanto y horror al ver una aldea de indios caníbales! Los salvajes habían huído, pero entre las brasas de las hogueras quedaban los restos sangrientos de varios cadáveres humanos. Tan fuerte impresión les produjo este horroroso espectáculo, que los españoles se embarcaron a escape, sin cuidarse de la tormenta, por no respirar más tiempo el aire infernal de aquella tierra maldita.

¡Cuántos peligros y fatigas sufrieron después los aventureros! Los indios les recibían con flechas y caían en muchedumbre sobre los españoles, que sólo a fuerza de valor y de tenacidad lograban salir de tanto apuro. En una de aquellas batallas recibió Francisco Pizarro siete heridas.

El pequeño ejército sufrió graves pérdidas con estos ataques y con las fiebres de los pantanos. Hubiera sido una locura proseguir la empresa en tales condiciones. Entonces los tres socios, Luque, Almagro y Pizarro, convinieron recurrir a nuevos préstamos y armar un ejército más fuerte. Compraron dos galeras bastante grandes y se alistaron bajo las banderas hasta 160 hombres con algunos caballos y unos cuantos arcabuces. Y otra vez, llenos de esperanzas brillantes, se lanzaron los aventureros hacia el ignorado Perú.

En esta segunda expedición no se presentaron muy favorables los acontecimientos, porque las tormentas menudearon como nunca y los salvajes les atacaban ferozmente tan pronto como los españoles pisaban tierra. Además, en aquellas selvas terribles abundaban las serpientes venenosas, y no podían descuidarse ni un momento ni dormir nunca tranquilos. Pero les animó un poco, en medio de tanta fatiga, la excursión que hizo uno de los pilotos, el cual se llamaba Ruiz y era muy experto en cosas de la mar. El piloto Ruiz se adelantó con uno de los barcos por la costa y llegó a un sitio poblado de mucha gente que mostraba poseer cierta civilización. Vió indios vestidos con telas y que navegaban en balsas de forma regular. Estos indios enseñaron al piloto Ruiz objetos de oro y plata y otras cosas codiciables, de modo que cuando Pizarro escuchó tan gratas noticias se llenó de entusiasmo y alegría.

Pero su gente estaba cansada y comenzó a murmurar. Fué preciso buscar nuevos recursos, y otra vez salieron las naves con rumbo a Panamá para reclutar más gente y comprar alimentos. Francisco Pizarro no quiso retroceder; se quedó en la isla del Gallo, y en aquel peñón desierto esperó impávidamente la vuelta de los compañeros.

¿Has pensado bien, muchacho, en las angustias y sufrimientos que tuvo que soportar Pizarro hasta este momento? Pues todo lo anterior no tiene importancia; es ahora cuando empieza la verdadera serie de dificultades para el valeroso e incomparable conquistador.

Mírale ahí, perdido en medio del mar, rodeado de unos hombres recelosos y hambrientos. Cada día tiene que sofocar Pizarro un motín, y no lo sofoca dando gritos y sacando la espada, sino con palabras razonables y con ese dominio imperativo que poseen los grandes hombres.

Cuando están más apurados y hambrientos, los españoles ven blanquear en el horizonte las velas de los navíos. Todos descienden a la playa, dando gritos de gozo...

¡Ya están a la vista las galeras, ya tendrán alimentos y vestidos! Llegan los barcos, se unen todos en abrazos amistosos, y en el momento de la mayor alegría recibe Pizarro la orden del gobernador de Panamá, quien le manda regresar en seguida por entender que la expedición es una locura. Los compañeros de Pizarro escuchan la noticia con placer y dicen que ellos, en efecto, quieren volverse a Panamá y que renuncian a los espantosos dolores de aquella aventura.

¡Qué angustia debió llenar el corazón de nuestro héroe! ¡Todo su ideal se desva-

necía, toda su ilusión y todas sus ambiciones se derrumbaban...! ¡Adiós el sueño de grandeza, adiós la gloria y el poderío...!

Pero no; Pizarro no era hombre que se dejaba vencer por los obstáculos. ¡Aprende, muchacho, a ser tenaz y firme en tus propósitos! Ahí está Pizarro, que te enseñará el camino de la energía.

Cuando todos los expedicionarios estaban juntos en la playa, Francisco Pizarro se irguió entre ellos, avanzó al frente y echó mano a la empuñadura de su espada. Aquellos hombres tostados y barbudos enmudecieron. Entonces, desnudando el acero, Pizarro trazó una raya en la arena y exclamó con voz poderosa:

—¡Señores, esta raya separa la fortuna y la pobreza! ¿Queréis volver a Panamá para ser desgraciados y miserables? ¿Queréis seguirme al Perú para ser ricos y famosos? ¡Quien sea buen español, que me siga!

Y Pizarro, dando ejemplo a todos, saltó la raya. Del grupo de los aventureros se destacaron trece hombres, que saltaron la raya detrás de su jefe. Los demás embarcaron en las naves y se volvieron a Panamá.

Pizarro y sus trece compañeros aguardaron siete largos meses en aquellas rocas solitarias, soportando las mayores fatigas. Pero la fortuna no abandona a los héroes. Llegó un barco que había fletado el sacerdote Hernando de Luque, y pudieron lanzarse nuevamente hacia el Sur en busca del país soñado. La suerte les favoreció esta vez y un viento propicio les empujó hasta la ciudad de Túmbez, que aunque mucho menos perfecta que las poblaciones de Europa, mostraba los signos de una regular civilización. Vieron casas, templos, indios cubiertos de telas y muchos objetos de oro.

¡Ya estaban, pues en el Perú! ¡Ya no podían llamarles soñadores! ¡Desde ahora se abría al mundo el maravilloso y dorado secreto del imperio de los incas!

Entonces comenzó el período de los combates con las huestes de numerosos enemigos; entonces escalaron los españoles las cumbres de los Andes, y se internaron en los misterios del Perú. Todas las dificultades fueron vencidas, y aquel puñado de héroes, capitaneados por el prudente y valeroso Pizarro, dieron a España las riquezas y el esplendor de un inmenso imperio.

⚜ ⚜ ⚜

Las uñas coloradas con manchas blancas en abundancia, son características de un temperamento violento.

Los turcos no dan apretones de mano, sino que se colocan las manos sobre el pecho y hacen una genuflexión.

Los holandeses son los mayores fumadores del mundo.

En los manicomios, para cada asilado que tenga el cabello rojo, hay 160 dementes morenos.

Londres consume diariamente 12,000 kilos de sal.

Una manteca buena dura bien, sin sal, de ocho a diez días.

En Europa se crían más de mil quinientas variedades de manzanas.

LA NIÑA PERDIDA

Una niña perdida... Se anuncia en los diarios como el extravío de una preciosa alhaja. "Sus afligidos padres recompensarán a quien dé cuenta de su paradero..." Y nadie se presenta, y pasan días y más días, y el anuncio es reproducido, hasta que, al fin, dejamos de verlo, y nos quedamos en la incertidumbre penosa de si la niña pareció o se perdió para siempre...

De rapaces, nos embelesábamos con la lectura de novelas románticas en que el protagonista sufría desventura o persecución, y sus malandanzas nos conturbaban y nos regocijaban sus triunfos, lo mismo que a esos niños grandes que ahora se deleitan con la contemplación de los melodramas cinematográficos, faltos no pocos de cultivo de sensibilidad para apreciar los matices de las cosas reales. Pero cuando nuestra existencia declina, sólo nos atraen estos dramas, aparentemente minúsculos, de la existencia real, tan olvidados, tan menospreciados, como si fueran incompatibles el gusto de las tragedias ficticias y amaneradas y el amor a nuestros semejantes y a las cosas que nos rodean.

Una niña que desaparece de su hogar a los catorce años nos hace entristecernos. ¿Por qué? No la conocemos, ni más ni menos que a las damiselas de Ponson du Terrail o de Montepin, de Salgari o de la Invernizzio. Pero sabemos que es de carne y de espíritu, y que no bastará la facundia de un narrador para solucionar la novela da una manera satisfactoria. Las novelas de detectives y de aventureros, de aristócratas y de campesinos aburguesados acaban siempre bien; pero la verdadera vida es trágica, y pocas veces hay motivo para echar las campanas a vuelo, como cuenta Lubbock que hizo cierto herrero escocés al acabar, delante de todos los vecinos del pueblo, la lectura de las aventuras de **Pamela.**

La niña ha podido huir o haber sido raptada. Si lo primero, su madre es mala o lo es ella misma, y en ambos casos, ¡qué tristeza para la Humanidad! En ambas hipótesis se demuestra que, al cabo de los siglos, los preceptos más nobles y excelsos no han podido suavizar los fieros instintos de la especie. Si la niña ha sido raptada, ¿podremos hacer de nuestros semejantes más favorable horóscopo? Hemos adelantado mucho; pero no se respeta a la mujer; no se rinde culto a la virginidad. ¿A qué escribir novelas? No hay sino que mirar alrededor nuestro para sentir la conmoción de los instintos ofendidos.

Se ha perdido una niña. También se perdió un día Teresa de Avila; pero fué encontrada y restituída a su hogar, cuando se disponía a marchar a tierra de moros a morir por la fe. Hoy no es frecuente que las niñas sueñen con semejantes empresas. El lujo, el boato, el placer las deslumbran.

Un día, un hombre pasa por su camino y las manda imperiosamente que le sigan. Y ellas le siguen, ciegas, ignorantes, sugestionadas, faltas de apoyo; porque sus padres no las han educado para la lucha, no han sabido fortificar su carácter, no las han prevenido y han favorecido sus hábitos de necia vanidad. "Es preciso—dicen—que la niña brille, porque ya es una mujercita". Y la visten como una muñeca, la acostumbran a la idea que ha de ser adorada, rica, feliz; de que su única ocupación será mandar a los hombres como siervos, lucir sus encantos y triunfar. Y un día, un triste día, la niña se pierde, y entonces se acude a los diarios y se anuncia: "Se ha perdido una adolescente; quien la encuentre puede devolverla a calle de tal, número tanto". Pero la adolescente no quiere volver. Se la ha mostrado un mundo deslumbrador, y desco-

noce sus amarguras. La criaron para golondrina, y emigra; las golondrinas humanas no retornan; olvidan muy pronto el primer alero.

¡Cuántos dolores para alumbrar!

¡Cuántas fatigas para criarla! De día y de noche son expiados los movimientos de la muñequita; se vigila su respiración, su ademán, su lloro, su indisposición más ligera. Cada día trae a la madre un nuevo sobresalto, pero también una nueva esperanza. Y así pasan meses; y la niña sonríe, y su sonrisa es una gran victoria; y balbucea, y su charla es un maravilloso encanto.

Pero la niña llega a la adolescencia, y entonces se piensa que su carrera será el matrimonio, y que será necesario casarla algún día lo mejor posible. ¿Con un obrero? ¡Es poco! ¿Con un empleado? ¡Es poco aún! ¿Con un médico o un abogado? Es posible que con un príncipe, y todo depende de que sepa agradar. Y desde aquel momento, se estimula su coquetería; se la hace frívola, en fuerza de ser presuntuosa; se la viste como a un figurín, y a veces como una aventurera. Es preciso que luzca sus gracias. Se la lleva a todas partes, haciendo contrastar la riqueza de su atavío, adquirido Dios sabe a costa de cuántos esfuerzos, con la indumentaria miserable de su progenitora, y la niña acaba por menospreciarla. Es su madre, pero se halla en una escala inferior. No supo ser amada, ser rica, ser triunfadora, como ella lo será. Y aprende muchas cosas; pero no a dominarse, a resignarse, a apreciar la grandeza de la vida interior. Sus primeras conversaciones con los hombres son peligrosas, y la madre, por su parte, no excusa las más peligrosas tolerancias.

Y un día la niña se pierde. "Sus afligidos padres suplican a quien la encuentre que avise el lugar de su paradero". El que se la encuentra no tiene a bien presentarse a cobrar las albricias cuantiosas del hallazgo.

ANTONIO ZOZAYA.

⚜ ⚜ ⚜

En las colonias del Africa Occidental, y principalmente en el Senegal, en las posesiones francesas, existen brujos especialistas en el difícil arte de hacer llover, los cuales, mediante un módico estipendio, ejecutan ciertas danzas indicadas para atraer el agua del cielo. Los bailes son muy extraños, componiéndose de saltos acompañados de feroces aullidos. El sistema no es eficaz, pero es muy entretenido.

De cada doscientos hombres, solamente hay uno que tenga más de un metro ochenta centímetros de estatura.

El país que más café produce es el Brasil, y el volcán más alto de Europa es el Etna, en Sicilia.

La hormiga es, en proporción, el animal más fuerte que existe. La carga que lleva a cuestas es poco más del doble que el peso de su cuerpo.

El setenta y dos por ciento de la masa del cuerpo humano está formado por agua; hasta en la formación de los huesos entran mil partes de líquido por cada ciento treinta de materia densa.

El cloroformo ataca a las plantas, lo mismo que a los animales. Aquéllas pierden su sensibilidad e irritabilidad cuando se las somete a una atmósfera cargada de vapores de cloroformo.

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio–Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras
en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo:
esta cae y aquel sube

Santiago de Chile, Julio de 1920.

AÑO II NUM. 23

Es un verdadero placer pasear en un "Buick". No hay ruidos desagradables, ni sacudidas molestas.

El poderoso motor "Buick", de válvulas en la culata, hace marchar el coche a la velocidad deseada y con tal serenidad, que parece que va en el aire.

Importadores:

MORRISON Y CIA.

Ahumada 65-77 Casilla 212

Santiago.

CASA WEIL

JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted, conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
" Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

LA REVISTA "LA CRUZ BLANCA" ESTA EN VENTA EN LA LIBRERIA DE ZAMORANO Y CAPERAN, (CALLE COMPAÑIA CASI ESQUINA PLAZA), AL PRECIO DE UN PESO EL EJEMPLAR.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condéll Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS,
CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES,
PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES === GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	242

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruma			

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Bascuñan de Montes Eugenia			
Besa de Armanet, Raquel	Manuel Montt	2333	356
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	2420
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	143?
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1437
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Bromberg de Molina, Clotilde	Merced	322	
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena			
Dublé de Tonkin, Julia	Parque Forestal	560	
E			
			318
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	1413
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia			
Eguiguren de Matte, Laura	Compañía	1712	
Edwards de López, Elena	Moneda	1625	
Edwards de Pérez, Lydia	Dieciocho	133	2754
Echavarría de Barriga, Sara			
Edwards, Lucía			
Eguiguren de Méndez Laura	Av. República	301	1360
	Huérfanos	1642	
F	Galería Alessandri	24	
Ferrari de Edwards, Josefina	Huérfanos	1580	Parque 173
Fóster, Josefina	Compañía	1373	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Fóster de Zegers, Rosa	Av. República	157	
G			
G. de Carvallo, Elena	Viña del Mar		
González de Segovia, Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarilla de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	2700
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	1129
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 150
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín, Berta	Dieciocho	429	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Dieciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	51	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	198	1257
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1491	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
Méndez de Gana, Leonor	Dieciocho	146	
Manzano de Urrutia, Carmen	Agustinas	2573	
O			
Ortúzar de Tagle, Inés	Ejército	450	
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	2830
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	1307
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	2375
Palma de Vial, María	Teatinos	148	1202
Prats Bello, Ana L.	Manuel Montt	2280	
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	2938
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	
Pinto de García Zegers, Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	1210
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	1899
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1825
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1431
Rozas de Urrejola, Mrcedes	Morandé	147	1891
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	2251
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	2921
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	339
S			
S. de Klimese, Estefanía	Maestranza		
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquiñigo, Margarita	Ejército	273	989
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	2634
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia	Merced		
Silva de Amunátegui, Eva			Parque 9
Serrano de Cabieses, Carmela	San Martín	77	
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Ejército	495	
Soto Rojas, Magdalena	Av. Inglaterra	161	
Sánchez de Arnolds, Mercedes	San Antonio	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Martín		
E			
Tagle de Vergara. María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena			
Tupper de Cuevas, Elisa	Cerro	91	
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	732
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	152
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	2632
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	230
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			
Walker de Freire, María	Delicias	520	785
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z	Agustinas	1673	
Zañartu de Tagle, Raquel	Av. República	105	
Zegers de Echeñique, Isidora	Sto. Domingo	1334	
Zañartu de Besa, Elena	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía			

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 1652. Teléfono 2700.

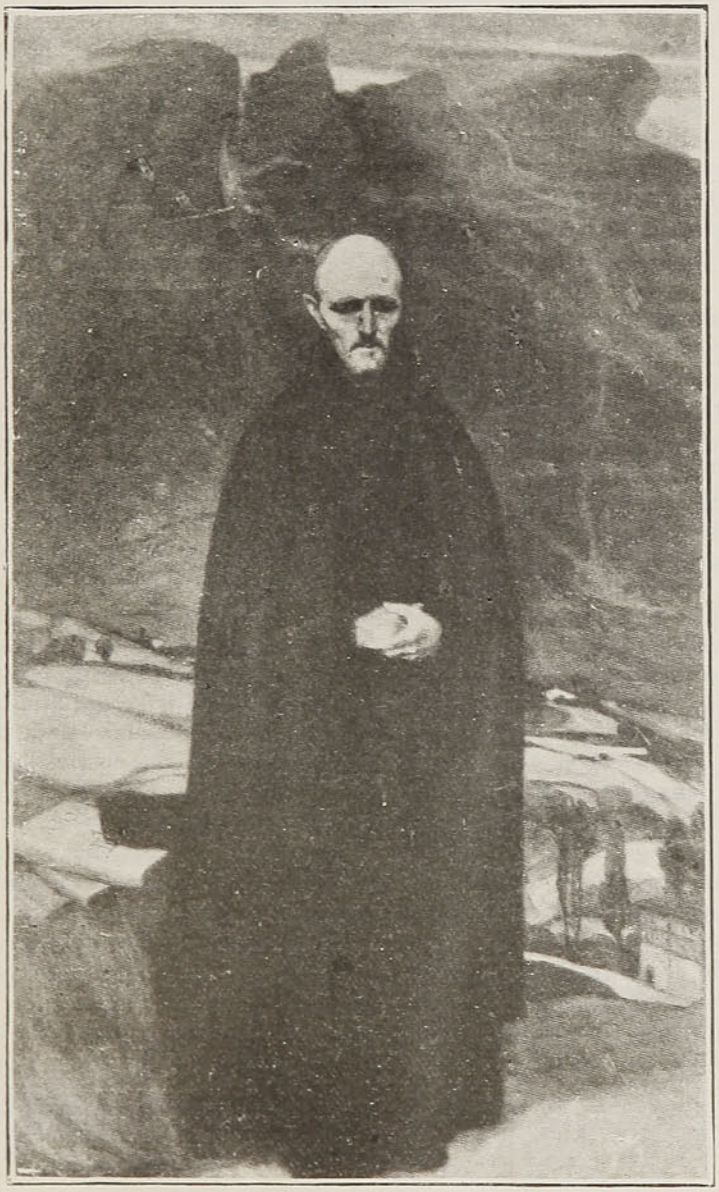
LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — SANTIAGO, JULIO DE 1920 — NUM. 23

SUMARIO:

	Págs.		Págs.
PREFACIO DE UN LIBRO	2	LA EMPERATRIZ DE LA PENA. .	17
INVIERNO, SENECTUD, **J. María Salaverria**	9	EL HUSAR, **Por Francisco Herczeg** . .	21
EL PLACER DE CREAR	11	LOS EJERCICIOS FISICOS	25
LAS CAMPANAS	15	LA MORAL CIVICA	27



SAN IGNACIO DE LOYOLA. Reproducción del cuadro del pintor español Vicente Salaverría.

PREFACIO DE UN LIBRO (*)

POR EL P. GRACIANO MARTINEZ

Juzgo absolutamente necesarias unas cuantas observaciones al frente de este libro. Y las voy a hacer pensando en que han de servirle de muy apropiado prólogo para disipar los escrúpulos y reparos que pudieran surgir en el espíritu de alguna persona discreta, al ver el subtítulo de "conferencias culturales", que he tenido a bien estampar en la portada.

Nadie me negará que aún hay muchas almas, de las que no están muy bien enteradas de la hora en que vivimos, que se empeñan en pensar que a los púlpitos no se debe llevar la cultura, sino la piedad y sólo la piedad. Yo ya he tenido que defender más de una vez ante alguna de esas almas la brillante labor oratoria que se viene realizando desde no hace muchas años, durante el tiempo cuaresmal, en una de las iglesias de esta corte, en una sola, desgraciadamente. Y digo desgraciadamente, porque no me explico cómo las demás no se esfuerzan, respecto de tan hermosa cruzada, por ser sus imitadoras. Sin duda porque se han menester aún defensas, como las de que estoy hablando, y más recias y cálidas que las por mí hechas, que se me antojaba no convenían. ¡Y cuidado que yo me acaloraba en hacer de los oradores de San Ginés una apología briosa! ¡Estoy tan persuadido de lo necesario de tal labor cuaresmal!

Verdad, mucha verdad la objeción que aquellas buenas almas esgrimían. Nuestros mayores, en estos días solemnes que la Iglesia ha elegido para recogimiento y oración, sólo oían predicar acerca de lo necesario y salutífero de la penitencia y del ayuno.

Muy cierto. **Pero nuestros mayores vivían en tiempos de más fe, de más religión y de más sencillez de costumbres. Entonces no había dudas ni perplejidades sobre nuestras creencias**; el veneno de los errores filosóficos y teológicos no solía trascender más allá de las aulas y de los pergaminos. Así que, desde los púlpitos, rara vez se juzgaba necesario hablar a los entendimientos. Lo que hacía falta era mover los corazones y ablandar las voluntades para que, de buen grado, se sometiesen al cumplimiento de la ley y llevasen con alegría el yugo suave y ligero del Señor.

De ahí que la predicación cuaresmal se ciñese a ponderar los misterios de esos santos días, ensalzando la tristeza de la Iglesia, que durante ellos viste de luto los retablos de sus altares, invitando de ese modo a los fieles a asociarse a sus soledades y a su duelo. Este tiempo cuaresmal no solamente traía a la memoria de nuestros antepasados los cuarenta días de rigidísimo ayuno del Salvador, antes de entregarse a la evangelización del mundo, sino que encerraba para ellos ensoñadores simbolismos. Ya les representaba el largo camino que en un espacio de cuarenta días y cuarenta noches hubo de andar el profeta Elías, antes de llegar a la cueva del monte Horeb, donde había de gozar de las conversaciones con Dios; ya los cuarenta años que vagaron los israelitas por el desierto antes de ver la venturosa tierra prometida, y siempre algo que tenemos que sobrellevar, algo que tenemos que vencer, el más o menos áspero Calvario que cada uno de nosotros ha de subir antes de llegar al Tabor glorioso donde florezcan nuestros ensueños y fructifiquen nuestras esperanzas...

Era muy hermoso y estaba muy impregnado de unción sagrada aquel predicar antiguo, que caía siempre sobre las almas, como caen las gotas de la lluvia, no sobre el guijarro en que rebotan y saltan deshechas, sino sobre la tierra esponjosa y recién

(*) La objeción contemporánea contra la Cruz.—Conferencias culturales, por el P. Graciano Martínez, agustino.—Madrid.—Librería Religiosa Hernández, de la viuda de M. Echeverría.—6, calle de la Paz, 6.

LA CRUZ BLANCA señala como interesantísima, esta obra, a sus lectores.

removida que la recibe, no con la hostilidad de la piedra, sino con gratitud y cariño, transmitiendo su humedad a la simiente que guarda en su seno.

Pero hoy ya no se puede predicar sólo así. Se han difundido muchos errores nuevos contra la Iglesia, y no de los que apenas si trascendían de las aulas y de los pergaminos en folio, sino de los que se mezclan a la corriente de la vida e influyen en las leyes y en las costumbres, a semejanza de los errores de los primeros siglos de la Iglesia que encarnaban a menudo en tremendas herejías y en profundas revoluciones. Y no hay más remedio que estudiarlos bien para saberlos bien refutar, blandiendo una cultura más amplia y maciza que la que blanden en contra de la Iglesia nuestros más temibles adversarios. Es la táctica que siguieron los Santos Padres de la Iglesia para ver de llevar a cabo sus magnas y esplendorosas conquistas. No hay que olvidar que ellos se adueñaban de toda la cultura pagana para ponerla luego al servicio de la Cruz, y que fué así como los templos construídos con mármoles de Paros, y poblados de divinidades olímpicas, se transformaban poco a poco en basílicas cristianas, y aun que fué así también como los Demóstenes y los Cicerones, de oradores gentílicos, se convertían en oradores cristianos y se llamaban San Juan Crisóstomo y San Agustín...

Algunos de esos errores, los que más impregnan de deletéreas esencias el ambiente social, pugnando con mayores energías por radicar hondamente en leyes y costumbres—como que se disparan todos ellos contra la Iglesia, desde los distintos campos de la vida,—son los que yo he elegido para temas de refutación en estas conferencias culturales. En ellas me he esforzado por hacer una afirmación rotunda de nuestros dogmas, en sus relaciones con la vida en todos sus órdenes, en el físico, el intelectual y el moral.

Forman legión los que creen que nuestros dogmas sacrosantos son incompatibles con el vivir, porque son muchos los autores y los libros que tal afirman y con toda la pasmosa serenidad de las convicciones plenas e inconstrastables a que sólo se llega a fuerza de cerebro y a fuerza de estudio. Basten para confirmación unos cuantos ejemplos nuevos—nuevos en el sentido de que no son de los citados en el cuerpo del libro. Véase cómo Nietzsche intentaba encerrar toda la substancia de la doctrina de la Cruz en la más negra y rotunda de las negaciones de la vida, en lo que él llamaba "la voluntad de perecer". "El odio del mundo, la maldición de las afecciones, el miedo de la hermosura y de la sensualidad, otro mundo, inventado para mejor denigrar y envilecer a éste, y, en el fondo, un vehemente deseo por la nada, por el fin, por el descanso, por el sábado de los sábados, todo esto, como también el incondicional propósito del Cristianismo de no reconocer más que valores morales, me ha parecido siempre como lo más peligroso y ominoso de todas las posibles formas de una voluntad de perecer..." Y todo un Emilio Faguet, al exponer las doctrinas religiosas de Nietzsche, le exalta y le preconiza, o se calla y parece otorgar plenamente, y aun llega a estampar como suya la afirmación nietzschiana de que el Cristianismo en su comienzo no fué más que la divinización de la debilidad y de la simpleza—"faiblesse divinisée, soumission et platitude divinisées", de donde—añade—las dos hostilidades perpetuas del Cristianismo: hostilidad a la vida, hostilidad al arte. (1)

No bastaba poner al catolicismo en franca oposición a la vida física y a la vida del arte, o sea a la vida de la fantasía y del corazón, y había que hacerle hostil a la vida de la inteligencia, y entre cien otros el monista kantiano Paulsen se arriscó a ironizar contra Roma diciendo: "Quien pretende tener la gloria de la infalibilidad y de la única doctrina beatificadora, no puede tener al mismo tiempo la gloria de la ciencia y de la libre investigación". (2)

(1) De la les deux hostilités perpétuelles du Christianisme; hostilité á la vie, hostilité á l'art. **(En lisant Nietzsche**, pág. 81)).

(2) Werd den Ruhmder Unfehlbarkeit und der alleinsedigmachenden Lehre haben will kann nicht zugleich den Ruhm der Wissenschaft und der freien Forschung haben. **Philosophia Militans**, Katholizismus und Wissenschaft, pág. 96).

De todo esto a extender la partida de defunción del Cristianismo ya no hay más que un paso, y a porrillo ha habido notarios que, en una u otra forma, han querido dar fe de tal fantástica defunción. Nada extraño, pues, que M. Gabriel Séailles osara decir en su libro **Les affirmations de la Pensée moderne**: "Si les vieux dogmes ne trouvent plus places dans la pensée contemporaine, c'est qu'elle est occupée par des vérités nouvelles qui les excluent", si los viejos dogmas ya no tienen puesto en el pensamiento contemporáneo, es porque le absorben verdades nuevas que los excluyen.

Es claro que nosotros podemos reírnos de semejantes partidas de defunción y de semejantes exclusiones del pensamiento contemporáneo, pues jamás se ha escrito y pensado tanto acerca de la religión y jamás los grandes pensadores se han inquietado tanto por destellar las ráfagas de luz de su inteligencia sobre el contenido de nuestros dogmas y sobre el fondo de nuestros misterios. Se verifica hoy mucho más intensamente que en tiempo de Montesquieu aquel su decir: "El hombre piadoso y el ateo están siempre hablando de Religión: el uno habla de lo que ama, y el otro de lo que teme". (3) Sí, a pesar de que tanto se cacarea que hoy nadie se preocupa de Religión, la mayor parte de la intelectualidad moderna está casi exclusivamente dedicada a cuestiones religiosas. Prosigue y proseguirá siempre siendo una verdad palmaria aquel pensamiento del gran paradojista norteamericano Emerson: "Contempla cómo el profundo pensamiento divino demuele centurias y evos y se hace sentir presente al través de todas las edades. ¿Es la enseñanza de Cristo menos efectiva ahora que cuando por primera vez brotaba de sus labios?" (4)

Diríase que estábamos en aquellos tiempos a que se refería el profeta Amós cuando ponía en boca del Señor aquellas palabras: he aquí que vendrán unos días en que yo enviaré hambre sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre y sed de la palabra de Dios: **ecce dies veniunt, dicet Dominus: et mittam famen in terram: nom famem panis, neque sitim aquae, sed audiendi verbum Domini.**

Pero todo esto no debe hacer que los católicos nos crucemos de brazos, a esperar, tranquilos, el triunfo de nuestras doctrinas y de nuestras ideas, en virtud de la fuerza divina que llevan en sí mismas. Yo me sublevo, sin poderlo evitar, cuando veo que hay muchos católicos que piensan ser buenos católicos, invocando siempre, ante los ataques de la impiedad, el "no prevalecerán" evangélico para seguir durmiendo a pierna suelta en la inacción y la ignorancia. Es muy punible toda holganza del pensamiento católico ante las acometidas furiosas que libra constantemente contra la Iglesia el pensamiento impío. A la impiedad y a la irreligión es forzoso seguirlas siempre muy de cerca para atisbar por dónde van a librar contra nosotros las nuevas batallas, y por allí salirles al paso con ánimo esforzado y llena la inteligencia de luz y de pensamiento.

—¿Que para ello se ha menester mucha cultura? Pues, a estudiar honda y ampliamente todos los católicos; y especialísimamente el sacerdote, y no ya sólo porque todo sacerdote ha de ser un apologista, sino sencillamente por ser sacerdote. El sacerdote debe saber muy bien que, siendo ignorante, no podría codearse con las clases directoras de su país, y que, desde el momento en que se aislase de esas clases directoras, ha desaparecido, como por ensalmo, toda su influencia sobre los pueblos. El sacerdote debe saber harto bien que alientan muy contundente verdad aquellas sabias palabras de monseñor Baudrillart en su obra **Le Renouvellement intelectuel du clergé au XIX siécle**: "Basta tender los ojos por el mapa del mundo para cerciorarse de que, doquiera la Religión ha perdido el contacto con el pensamiento viviente y con los medios intelectuales de la sociedad, su influencia no subsiste, ni aun en las clases populares, más que en tanto éstas yacen sumidas en la ignorancia".

(1) Esprit des Lois. L.XXV, c. 1.

(2) See how the deep divine thought demolisches centuries and millenniums, and makes itself present through all ages. Is the teaching of Christ less efective now than it was when first his mouth was opened? **Essays**, The over-soul, pág. 242.

Y si el sacerdote y aun el simple católico deben armarse de poderosa cultura para defender debidamente nuestros dogmas sacrosantos, de mucha mayor aún debe armarse el apologista. La apologética ha de ser como un puesto avanzado de la Iglesia, cuyos centinelas han de estar siempre muy atentos a descubrir los estratégicos parajes por donde puedan acecharnos los enemigos. Y esos centinelas han de ser los apologistas, especie de soldados que hagan continuamente la guardia, atalayando como con anteojos de campaña los reductos y las evoluciones del enemigo para arrollarle con mejor éxito y anular del todo las baterías que más fuego lancen contra la ciudadela de la Religión.

Algo parecido creo haber hecho yo en las conferencias que van en este libro. Mis lecturas me han enseñado que desde donde más se atacaba en la actualidad a nuestros dogmas era desde los diversos campos de la vida, y desde esos mismos campos me he esforzado en rechazar y frustrar todos los asaltos de nuestros enemigos.

Tras un estudio sobre el valor de los ataques de toda laya contra la Iglesia, esforzándome por infundir ánimo invicto a los mil pusilánimes que temen que la barquilla de Pedro haya de sucumbir en medio de las desencadenadas tempestades que de una y otra parte arrecian más y más cada día en el inmenso océano social, he demostrado los inmensos bienes que nos ha reportado la redención de Jesucristo, no ya sólo con relación a la vida eterna, sino también a ésta brevísima, que es como un leve copo de lana que hila en un instante el torno ligerísimo del tiempo.

Luego, contra los mil y mil que se obstinan en creer que nuestras doctrinas sacrosantas son condenadoras de las santas alegrías del vivir, empeñándose en confundirnos a los cristianos con aquellos filósofos que lloraban cuando nacía algún niño, y que cuando se moría lo celebraban con regocijos y fiestas, he querido patentizar que nuestras enseñanzas religiosas no son en nada hostiles a los júbilos de la vida, y que nuestra religión bendice y aun santifica todo lo que sea nacer y vivir y aun gozar con goces puros y ennoblecedores.

Disipada la pretendida hostilidad de nuestra Religión contra la vida en el terreno físico, digámoslo así, paso a refutar la no menos fantástica hostilidad de nuestros dogmas contra la vida del entendimiento, demostrando cómo la gran civilización europea, y por consiguiente, universal, ha sido preparada y elaborada en gran parte por los monjes que en las soledades de las primitivas selvas solían dar con fuentes de cultura y de sabiduría, donde bebían a menudo mejor que en los libros, según aquello de San Bernardo: "La selva enseña a menudo a las almas religiosas mejor que los libros, pues los árboles y las rocas tienen acentos que llegan a lo profundo del alma mejor que la voz de los maestros". (5) Y a continuación estudio la admirable harmonía entre la razón y la fé, holgándome en hacer un caluroso panegírico de la razón, anhelando que ella domine con su mirada todo el inmenso campo del pensamiento, y aun que pese y contrapese la racionabilidad de nuestros dogmas; porque nosotros no tenemos miedo ninguno a que la razón fría y serena se aplique a discurrir sobre nuestras eternas e inconmovibles verdades dogmáticas: por eso mismo, porque son inconmovibles y no hay cuidado de que se resquiebren y desmoronen porque la razón humana detenga su vuelo sobre ellas. ¡Donosas verdades serían las que no pudiesen resistir el peso de la razón; las que para subsistir, intactas y puras, necesitaran estar rodeadas de eterno silencio, custodiadas por el misterio y por la irracionalidad!

Abogo por la libertad, bien entendida, de pensar, porque nosotros los católicos, no somos como los librepensadores, que desprecian y ridiculizan a quienquiera que no piense como ellos. Imagínanse encastillados en inexpugnable castillo, sobre cuya torre del homenaje sueñan ver ondear la bandera de la verdad absoluta, y juzgan pecado contra la libertad de pensar todo lo que no esté pensado según ellos. Son nues-

(1) Aliquid amplius invenies in sylvis quam in libris: ligna ac lapides docebunt te quod a magistro audire non possis. Epístola CVI.

tros perfectos antípodas. Nosotros queremos que se piense y se discuta aun sobre los dogmas más sagrados de nuestra religión; pero queremos que se piense y se discuta racionalmente, dando de mano a todo linaje de prejuicios, rompiendo abiertamente con toda clase de humanos respetos y revistiéndose de valor suficiente para abrazar cuanto de ese modo la razón impulse a abrazar. Somos, pues, nosotros los verdaderos defensores de la libertad de pensamiento.

Y, en fin, reflexionando en los males innúmeros que nos puede acarrear la ignorancia, según aquello del Señor por boca de Isaías: "Por eso mi pueblo fué llevado cautivo, porque no tuvo ciencia—**propterea captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam**—, **ensalzo la ciencia, atreviéndome a decir que es un nuevo género de santidad, estimulando a todos los padres a hacer hasta lo imposible porque ese nuevo linaje de santidad resplandezca en alguno de los miembros de la familia porque son esos hombres las mejores apologías de la religión.** El célebre químico Volta, después que sus grandes descubrimientos científicos hacían sonar su nombre, coreado de aplausos y bendiciones por los ámbitos del mundo, sentíase orgulloso de ser miembro de la Iglesia, diciendo que la había estudiado concienzudamente y que había llegado a la convicción de que todo espíritu bueno y justo que la estudiase no tendría más remedio que abrazarla y amarla, y añadía que ojalá su protesta fuese conocida de todo el mundo, pues era de los que no se avergonzaban del Evangelio: **non erubesco Evangelium.** ¡Oh la elocuencia de estas apologías de nuestra Religión!

Con todo el calor que inspiran siempre las óptimas causas vindico después a la Iglesia y al catolicismo de la calumnia que tan persistentemente les ha echado siempre en cara la demagogia de todos los siglos, y les sigue echando cada día con más furia la demagogia contemporánea, es a saber, la de ser radical enemiga de la libertad, de la democracia y de la tolerancia.

Esta objeción, la más persistente a lo largo de los siglos, contra la Iglesia de la Cruz, ha procedido siempre del campo político, más bien que del doctrinario. No es en las doctrinas de Jesús donde vislumbran el mal los demagogos de la política—¡son doctrinas tan evidentemente buenas!—, sino en el poder que, gracias a semejantes doctrinas, se puede conseguir sobre las muchedumbres.

Ya cuando los escribas y fariseos celebraron junta para maquinar contra Jesús, no eran sus doctrinas lo que combatían, sino el poder que iba adquiriendo en el pueblo. "Si le dejamos así, creerán todos en él, y vendrán los romanos y se levantarán con nuestro puesto y con nuestra nación", decían. Y luego, cuando le llevaron ante Pilatos, eran también causas políticas las que aducían para que se condenase: "Hemos sorprendido a éste pervirtiendo a nuestra nación y prohibiendo pagar tributo al César y diciendo que él es Cristo Rey". Las mismas sangrientas persecuciones romanas eran originadas más bien por causas políticas que por causas religiosas o doctrinales. ¡Se preocupaban tan poco los romanos por la verdad de las religiones! La pregunta de Pilatos a Jesús: **¿Quid est véritas?** estaba perfectamente en boca del Estado romano. ¡Bastante sabían los romanos dónde estaba la verdad religiosa! Harto sabido es que levantaron un templo, el Panteón, donde se rendía culto a todas las divinidades de la tierra, y que todos los pueblos conquistados no sólo eran libres para seguir en su religión, sino también para implantarla en los templos de Roma.

¿Por qué entre la muchedumbre de religiones que hallaban acogida en Roma, sólo la cristiana fué mal mirada y rabiosamente perseguida? Sencillamente, porque se veía en ella un poder creciente que temían llegase a imponerse al mundo. Sencillamente, porque veían que los cristianos no practicaban las costumbres romanas de doblar la rodilla ante Jove y ante el mismo emperador. Pensaban que los cristianos aspiraban a dominar políticamente el orbe. No sabían apreciar la frase divina "mi reino no es de este mundo..." De ahí que se pintase siempre a los cristianos como **hostes Caesarum et Populi Romani**, como enemigos de los Césares y del Pueblo Romano.

Los ataques modernos a la Iglesia parten también del campo político y no del doctrinal, que reconocen el mejor de todos los campos los mismos gobernantes. Lo que temen es que la Iglesia adquiera tanto poder y ascendiente en los pueblos, que llegue a dirigirlos políticamente. De donde las fanáticas sombras vaticanistas que avizoran siempre nuestros demagogos, imponiéndose a la política del Estado y tratando de aherrojar las libertades sociales y civiles. ¡Oh los Gobiernos españoles siempre a los pies del Pontífice, siempre a las órdenes del Vaticano...!!

De aquí que yo grite una vez y otra vez que la Iglesia no abriga semejantes propósitos de ahogar la libertad, y proclame una vez y otra que su reino no es de este mundo. La Iglesia jamás se mete para nada en política, a no ser cuando ve que la política intenta menoscabar los derechos sagrados de la Religión. La Iglesia hasta huye de inspirar la política de los pueblos, porque sabe que en las cosas políticas puras no cuenta con la asistencia del Espíritu Santo y, por consiguiente, que los mismos políticos católicos podrían replicar con el gran Daniel O'Conell: "My faith is Roms's: my politics are my own". Y si alguna vez ha inspirado o querido inspirar la Iglesia la política, ha sido siempre para ponerse de parte de la libertad y de la democracia, amparando siempre los derechos y las libertades de los pueblos oprimidos.

—¿La tan decantada intolerancia de la Iglesia? O ha sido siempre forzosa y justa, impuesta por la intransigencia innata de la verdad, o ha sido una peste endémica de los tiempos y un resabio heredado de equivocadas sabidurías gentiles. Que no se debe olvidar que todo un Platón rechazaba de su república ideal a cuantos no profesasen la religión del Estado, condenando a los impíos pacíficos a cinco años de encierro en un "sofronisterio", especie de cárcel donde tenían que oir una prédica diaria para ver si se convertían, y a los revoltosos que se buscaban prosélitos, a perpetua prisión en calabozos horribles y negándoles luego sepultura cuando ocurriese su muerte. ¡Así era de tolerante la sabiduría platoniana!

Finalmente, y para concluir este rápido bosquejo del asunto estudiado en este libro, defiendo calurosamente al catolicismo de las dos para mí más odiosas calumnias que se le han levantado, acusándole de adverso a todo lo que fuese arte y literatura, a la vida de la fantasía, del genio y del corazón, y concluyo con una conferencia dedicada a demostrar que nuestra religión ama con tal intensidad la vida de este mundo, en todas sus nobles y altas manifestaciones, que la ha inmortalizado sobrenaturalizándola y haciéndola celestial y divina, estimulándonos a vivir debidamente la de la tierra, para luego ir a vivir la del Cielo, sobre cuyos indefinibles encantos me complazco en discurrir unos instantes haciendo ver que ni rastrearlos puede siquiera en sus más arrebatados vuelos la fantasía.

Y ahora, para poner fin a este ya enojoso prefacio, permíteme tú, quien leyeres, que te haga un encargo con todas las veras de mi corazón. Segura, segurísimamente, conoces a alguien, a ti muy allegado, que necesita mucho más que tú de la lectura de este libro. Como el cielo sonríe a la tierra con sonrisas de luz, y la tierra corresponde, agradecida, con sonrisas de flores, sonríe a tu espíritu la gracia divina, y tú correspondes a esa gracia con toda una floresta de egregias acciones y de cristianas virtudes. Bien que la palabra divina fluya, a menudo, como riego místico por tu alma: pero hay alguien que necesita mucho más que tú de ese riego místico, y en ese alguien pensé yo al trazar estas conferencias y estamparlas en un libro.

¿Sabes quién es ese alguien? Por su amor llevarías a cabo cualquier sacrificio costoso. ¡Hay para ese alguien tanta bondad en tu corazón, tanta ternura en tu alma! Como que es el mismo ser amadísimo que a ti te dió el ser, la sangre hidalga que corre por tus venas, las bellezas físicas y morales que te adornan. ¿No es verdad que amas a tu padre como lo que más se ama en el mundo? Pues tu padre necesita más que tú de la lectura de este libro.

Acaso vive un tantico alejado de Dios, venero de toda felicidad y de toda ventura. Acaso se acuerda muy poco de las salutíferas enseñanzas que le daba en su infancia, sentándole en las rodillas, su madre, tu ínclita abuela. Haz, pues, todo lo posible para que ese por ti adorado ser, un tantico olvidado de lo que le enseñó un día en la escuela de sus rodillas tu ínclita abuela, dé un vistazo a las páginas de este libro.

¿Que no es tu padre, que ha sabido mantenerse cristiano viejo y a macha-martillo? Entonces será tu esposo, ese ser amante a quien has consagrado las galas de tu hermosura, los encantos de tu juventud, el idilio de tus primeros amores. ¡Oh, tu esposo, el padre de tus hijos, el dulce dueño de tu corazón, acaso no comulga contigo en nuestros santos altares, acaso no vive unido contigo en unión de fe, en unión de espíritu! ¿Consentirás ir un día sin él al cielo? ¿Verdad que no? Pues bien, haz lo posible porque, ya que no te acompaña nunca a escuchar la divina palabra, la lea siquiera en las páginas de este libro. Dios utiliza a veces los instrumentos más humildes para hacer el bien a sus criaturas, y ¿quién sabe si del bien de tu esposo querrá Dios que sea este libro instrumento humilde?

¿Que no es tampoco tu esposo, pues es partícipe de tus mismos sentimientos y de tus mismas creencias? ¡Entonces será tu hijo, la rosa de tu florido mayo, el fruto de tu puro amor! Acaso vive harto lejos de la fuente cuyas aguas vivas saltan hasta la vida eterna. ¡El que te es tan tiernamente amado, tan ardorosamente querido! Haz que tu hijo repase también un poco las páginas de este libro.

¿Que tampoco es tu hijo, que sigue fielmente las huellas honrosas de los que le dieron el ser? Entonces serán tus hermanos, tus deudos, tus amigos... Lleva hasta ellos tu campaña salvadora. Diles a todos que se dignen leer las páginas de este libro. Que no les hablan de cosas fúnebres, cuaresmales, excitadoras a lutos y a penitencias, de esas cosas que acaso necesiten mucho, pero que no son las más apropiadas para tornarles simpáticos y andaderos los caminos del Señor. Diles que les hablan de muchas cosas que ellos leen a menudo y acaso creen a pie juntillas: de las dificultades ambientes contra nuestras doctrinas redentoras, de las imputaciones palpitantes que ahora se hacen a las máximas de Jesucristo, queriendo incompatibilizarlas con el progreso, con la libertad, con el arte, con la literatura, con todo lo que engrandece y hermosea la vida. Diles que no se les exigirá sacrificio ninguno de parte de su razón, pues el autor de este libro ha hecho suyas, adaptándolas a su propósito, aquellas loabilísimas palabras de San Agustín: "No quisiera que nadie me siguiese, abrazando todo lo que digo, sino sólo aquellas cosas en que viese claramente que no había errado (6); que, en cuanto a los datos históricos, ha ido hasta donde quería que se fuese el gran León XIII, cuando, en su epístola al Cardenal Prefecto de la Biblioteca Vaticana, acerca del estudio de la Historia Eclesiástica, le daba como máxima inspiradora aquella frase intrépida de Cicerón: que la Historia no se atreva a decir nada falso ni a ocultar nada verdadero: **ne quid falsi audeat, ne quid veri non audeat historia**; y que hasta hubiera querido substraerse a la atmósfera en que vive y alienta, desnudándose de sus hábitos de creyente fervoroso, y dejando de vivir por unos instantes el ambiente recio de Cristianismo en que ha vivido desde los días de su infancia, para así razonar más fría y serenamente y conseguir que sus razones y argumentos se impusiesen más irrefragables a todo linaje de inteligencias.

Con esas reflexiones y, sobre todo, con el encanto de tu ruego—¿quién sabe?—acaso se decidan a leer atentamente las páginas de este libro y acaso cambien de parecer en muchas cosas, respecto de nuestra fe sacrosanta, y aun acaso también prenda en ellos la gracia divina que llamea, ardiente en tu corazón, y se conquiste algún alma para el cielo. Ya lo ves: es un papel de salvación el que Dios fía a tus manos.

(1) Néminen velim sic complecti omnia mea ut me sequatur, nisi in iis in quibus me non errasse perspexerit-De Dono Persev. XXI, 55.

INVIERNO. SENECTUD

La vida tiene nombre femenino, y efectivamente, la vida es una mujer. Bella como una mujer; tornadiza, tentadora, pasajera, grácil y torturante como una mujer... Seduce y engaña lo mismo que la mujer; se nos aparece al principio rodeada de misterioso encanto, envuelta en velos de luz, ornada de flores, llena de promesas divinas; y luego, luego que vamos penetrando en la vida, cuando creíamos abrazar la imagen seductora, entonces vemos que la vida se acaba, y que huye, y que nos ha ha engañado... Primero son unas flores puras, un olor de violetas, una blancura de margarita, un aura suave y blanda; después viene el invierno, tan presto como un relámpago; viene la rama sin hojas, llega la nieve... ¡Todo se acabó! Ciertamente, la vida es como la mujer.

Y el año es como una vida, en que todo nace, florece y muere. El año tiene flores de infancia, rosas de juventud, frutos de maternidad, nieve de decrepitud. Y el invierno es la vejez... ¡Oh vejez helada, triste senectud, en que todos los amables sueños de la vida vienen a agotarse y a caerse! Vejez, ancianidad del año...

Yo me figuro siempre al invierno, cuando quiero representarlo en forma tangible y humana, como si fuera una mujer muy vieja, muy viejecita. Me la figuro arrugada, temblorosa, encogida de espanto y de sorpresa: espanto, por lo que ha de venir; sorpresa, por lo que ha pasado. Esta viejecita era joven alguna vez y había

mirado a la vida con ojos de ilusión, con unos ojos de aumento que la Naturaleza—también mujer—nos presta al comenzar la jornada; y como los sueños eran tan bellos, como las imágenes aparecían tan adornadas, aquella joven se lanzó velozmente en el camino de la vida, que es un camino que va cuesta abajo lo mismo que un precipicio disimulado; y cuando creía que ya alcanzaba los sueños, he ahí que entonces llegaba la vejez... Y por eso hay en el gesto de la viejecita tanta sorpresa, tan grande y profunda estupefacción. Es un gesto que interroga, que llora y que se sorprende a la vez. ¿Es esto, es nada más que esto todo aquello que nos prometían...?

La viejecita tiene ya en los cabellos nieve, frío en lo piel, hielo y tristeza en el alma. Ha llegado el invierno y ya no hay pájaros en las ramas ni ilusiones en el corazón. Sopla ahora por los campos un viento agrio, flagelador, lo mismo que en la frente de la vejez sopla el viento de las ideas amargas. Por los barrancos van los lobos aullando siniestramente, y por el corazón de la viejecita rondan los recuerdos, aquellos voraces recuerdos que se comen el último rastro de alegría...

Yo me figuro al invierno como una viejecita arrugada. La viejecita ya no espera nada, todo lo ha consumado. Alimentó cuatro flores y cuatro ensueños; pasó la vida; flores y ensueños se acabaron, y ahora la viejecita calla y se deja llevar. El invierno lo sabe todo; sabe que el año es como un aura que, apenas sopla, ya se desvanece: la viejecita lo sabe todo también. La viejecita coge su báculo y se deja llevar por el camino adelante, por un camino trillado que ningún misterio guarda: para la viejecita no hay ya misterio...

Sólo una cosa le mortifica, le muerde y le persigue con ferocidad: son los recuerdos, que vienen, como los lobos por los barrancos nevados, a morderle y devorarle los últimos restos de alegría. Mientras la viejecita marcha por el camino, cogida a su báculo, hacia la negrura y el arcano del horizonte, donde vigila la muerte, por detrás vienen aullando los recuerdos. Recuerdos de color de rosa que toman formas adorables y que llegan en revuelta nube; y son acaso la figura de un gallardo militar, o la cabecita rubia de un niño, o un vestido blanco de boda, o un trovador, o una noche de luna... ¡Todo aquello que murió, lo mismo que la fronda del bosque!

J. M.a SALAVERRIA.

PENSAMIENTOS

Donde empieza el odio, empieza el error.

Los hombres sólo son dignos de amor cuando padecen.

Alma mía, ya que no puedes otra cosa, pon la proa al bien, que Dios se encargará de hinchar las velas.

A. P. V.

EL PLACER DE CREAR

(Páginas del Diario de un escritor).

Acaso no hay un placer estético más intenso que el de la creación artística. Ese goce vale por todas las contrariedades que la vocación acarrea. Es tan intenso ese placer como es intensa la amargura de la incomprensión. Generalmente, se escribe, se hace música, se pinta un lienzo, se esculpe una estatua, se traza un dibujo, por una de estas dos consideraciones: por satisfacer una necesidad económica, extraña al arte, o por una de ebullición interna, por una llamarada espiritual, que pone en tensión el ánimo del artista para dibujar, esculpir, pintar, musicar, escribir. No queremos sino esbozar someramente este segundo aspecto, dentro ya de la zona de la estética.

¿Dónde empieza la creación? Hay una creación activa, la del que produce por primera vez, y otra pasiva, la del que produce la emoción artística ajena, haciéndola carne de sus propias emociones. Yo, escritor, creo mi obra; yo, lector de Cervantes, de Leopardi, reproduzco el arte ajeno, haciendo mi **Quijote**, mi **Noche del día de fiesta**, y todavía más, sorprendiendo en la fragua del arte el calor que ha purificado el acero de la trama perenne, haciendo mi Dulcinea, mi Silvia. Creo en el primer caso y creo en el segundo. El padre no es padre porque engendra a sus hijos; lo es, sobre todo, porque los educa y mantiene, después de engendrados. En una obra colabora tanto el lector como el autor; colaboración es la lectura; colaboración es detenerse, horas y horas, ante la Gioconda; colaboración es oir fervorosamente la **Marcia appassionata** del divino sordo; colaboración es compenetrarse, identificarse con un dibujo vigoroso, genial, de Miguel Angel o de D. Francisco de Goya y Lucientes, el chispero.

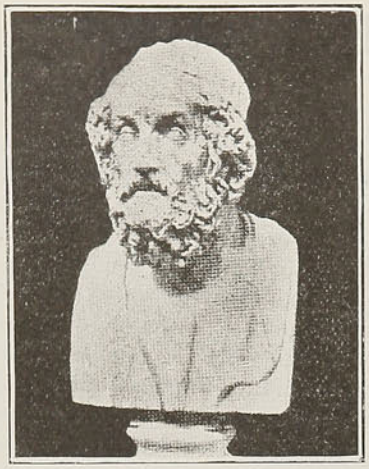
Adentrando en un pensamiento ajeno, lo hacemos propio. Un filósofo del día entiende a Platón acaso como ni el mismo Platón se comprendía, porque advierte y tiene en cuenta más elementos de juicio que los que podía utilizar aquel sereno vidente. **La Divina Comedia** de hoy es tan obra de sus comentadores como del vate florentino; la obra de Cervantes no es lo que Cervantes quiso que fuese, sino lo que todos sus comentadores—Heine, Carducci, Tourgueneff, Unamuno—y sus lectores hemos querido que sea; la Gioconda de Leonardo no es la Monna Lisa de carne y hueso, sino todas las mujeres, la sonrisa de todas las mujeres, el inefable misterio del alma femenina. ¿Quién es más padre de **La Divina Comedia**, el autor o el lector?

Cervantes.

Amor que muove il sole e
[l'altre stelle,

el verso inefable del último terceto del **Paraíso** ¿no te da ahora, amigo mío, todo un mundo de ideas, todo un mundo de sensaciones? El Evangelio, Shakespeare, el Kempis, las **Fioretti** del po-

Shakespeare.



Homero.

brecito de Asís, la oda a la dulzura y a la soledad del campo del poeta salamanquino, ¿nos producen impresión por lo que dicen, por lo que han sugerido a otros, o por ambas cosas a la vez? ¿No es mejor decir que por ambas cosas? No hay más idea viva que la idea madre, que la que crea otras y luego otras en eterna corriente. Al sugerirme una idea un músico, un poeta, un

Dante.

escritor ¿no perfeccionó, no completó, no acabó en mí su obra? ¿No la acaban otros en otras sugestiones venideras? ¿No hago vivir vida independiente a lo que en el autor no pasaba de un trazo, de un apunte, de una sugestión? ¿O pulimentó lo que en él era materia bruta? Si los padres viven en los hijos es porque los hijos tornan a prestar, en misteriosa corriente de exosmosis, la vida a sus padres.

Pero este placer estético de la creación pasiva, con ser tan vivo y tan intenso, no puede compararse al de la creación activa. ¿Y cómo comienza, Dios mío, el misterio? ¿El pensamiento crea el ritmo? ¿El ritmo produce el pensamiento? ¿Pero no es ritmo el pensamiento y el pensamiento ritmo? ¿Sugieren las ideas las palabras o las palabras las ideas? Tengo delante unas cuartillas; reclino la cansada mano sobre la frente; no sé que voy a decir. Y... de pronto, de pronto, me invade una emoción extraña; vibra el amor o el odio en mi espíritu; se crea la palabra, que es la idea en germen, la célula viva de la idea si la palabra es pura. Y creo. Creo sin saber cómo,, pero creo. Creo la palabra justa, pienso la idea precisa, surge la frase limpia. Y así, **por el placer de cantar**, porque el campo está verde, porque unos ojos bellos me han regalado el fulgor de su mirada en presente de amor, porque una canción infantil me ha enternecido a la vuelta de mi paseo, porque una puesta de sol ha puesto mi espíritu en tensión de plegaria, porque he descubierto un nuevo dolor en la mueca que impone el carnaval de la vida, porque he arrancado del piano las notas de una extraña melodía que ha enriquecido el tesoro de mi vida interior, porque ha llegado la noche y sé leer a través de la luz velada de un balcón toda la poesía del hogar feliz, porque he amado, porque he sufrido, porque he llorado, porque he vivido, porque he vivido otras vidas dentro de la vida mía, porque ha lucido un buen sol, creo mi canto en pureza de intención; mi canto crea otros cantos dentro de mí y dentro de otros, que el arte es vida y la vida arte.

Deleite de forma, goce interior de contenido, renovación, viejo que muere y niño que nace gimiendo, desdoblamiento de mi ser, expansión de él, sol que quema, polen que lleva el viento; todo esto y otras cosas, todas las cosas, es la creación artística activa. ¡Desdichado de aquel que no tiene más que inteligencia! Inteligencia sin fantasía es mecha sin aceite, mocica sin novio, madre sin hijo, vida sin juventud. Acaso la metáfora crea la lógica, el amor la economía, el arte la ciencia; desde luego, el calor da lugar al termómetro, la atmósfera al barómetro, la palabra al acto, el sa-

crificio al amor. El mundo fué hijo de la palabra y la expresión madre del concepto. "¡Hágase la luz!" y la luz fué hecha.

El artista—esto es, el creador—lo es todo. Sabio de todas las ciencias, descubridor de todos los inventos, padre de todos los hijos, amador de todos los amores. Homero es legislador, héroe, guerrero, padre de la paz: todo. Las mantillas de la ciencia son las artes bellas. Sin expresiones gráficas no habrá ciencias metafísicas y sin el dolor, derecho. ¡Hazme, Señor, artista! ¿Qué sufro, que lloro, que soporto cargas de amargura, que me consume el horror de comprenderme? ¿Y qué, Señor? Reiré con una estrofa; haré de una cosa fugaz, de un sueño roto, una obra eterna.

¡Hombres, sed artistas si queréis ser hombres, esto es, hijos de Dios! ¡Artistas, sed hombres si queréis ser artistas! ¡Y la muerte será vida y el dolor canto y la esperanza recuerdo! ¡Bendito seas, Señor; en la plegaria del artista y en las emociones que han pasado y que pasarán por el corazón de todos los que crean!

LLUEVE...

Dios está en su palacio de cristal. Quiero decir que llueve. Llueve. Y las últimas flores que el otoño dejó obstinadamente prendidas a sus ramas exangües se cargan de diamantes. En cada diamante, un cielo, un palacio de cristal. Mira esta rosa; tiene dentro otra rosa de agua; y al sacudirla, ¿ves?, se le cae la nueva flor brillante, como su alma, y se queda mustia y triste, como la mía. Llueve, hoy no vamos al campo. Es día de contemplaciones.

Mira cómo se limpian las hojas verdes, cómo torna a navegar por la cuneta el barquillo de los niños, parado ayer entre la hierba. Mira ahora, en este sol instantáneo y débil, cuán bello el arco iris que sale de la iglesia y muere, en una vaga irisación a nuestro lado.

J. R. JIMENEZ.

PERJUICIOS DE UN ARBOL UTIL

El eucaliptus presta, como es bien sabido, notables servicios en los países pantanosos, desecándolos y haciendo que mueran los insectos propios de tales regiones; pero en los terrenos secos y sanos, estas propiedades pasan a ser defecto de importancia. El poder desecante del árbol cuando éste se encuentra cerca de un manantial, llega hasta a agotar toda el agua, haciendo al terreno estéril. Las raíces se introducen por entre las piedras y hasta por las grietas más imperceptibles, adquiriendo un grosor extraordinario al ponerse en contacto con el agua, de modo que llegan a obstruir el paso de ésta, y al mismo tiempo llenan todos los intersticios de una especie de musgo formado por diminutas raicillas que chupan toda la humedad. Iguales daños ocasionan los eucaliptus en las cañerías para la conducción de agua.

⚜ ⚜ ⚜

LAS CAMPANAS

De retorno del paseo, al volver a la villa por su parte más alta y pintoresca, la del castillo, comienzan a tañer las campanas. Las de las Madres anuncian la conclusión de un triduo, juguetonas, alegres, atropelladas; la hermana campanera debe ser pizpireta, nerviosa, ágil; debe tener el espíritu contento en la paz del claustro la hermana campanera.

Al tañer las campanas hay quien las imprime un sello personal, como a las teclas del piano, como a las cuerdas del violín, como a los colores de la paleta y como a las frases de un período literario. Y cuando concluyen de tañer las campanas carmelitanas, las de San Pedro, más ritualistas, más ágiles, preludian el "Angelus". Resbalan aquellas campanas sobre el silencio de la vega, rasgándole. Anochece. Van perdiendo en el horizonte su brillo rojo unas nubes juguetonas. Tal vez el monaguillo, desde lo alto de la torre, perezosamente recostado, contempla el espectáculo de la llegada de la noche. Tornan los bueyes lentamente de la dehesa comunal al amor de las terradas. Salen las mujeres lentamente de la iglesia. A lo lejos, sobre un promontorio rocoso, unos hombres microscópicos pasean en un jardín.

En una calleja estrecha, junto a un ventanuco, hablan de amor dos mozalbetes; en un balcón, cerca del río, una muchacha contempla los pinos absorta, distraída en una meditación interesante.

El chico observa vagamente cómo van perdiendo su nota amarillenta, pajiza, los campos; cómo van trocándose en manchas informes y negras, el torreón del homenaje, la aceña del puente, los macizos blancos de unos pilares. Y tornan a tañer las campanas una, dos, tres veces, y los tañidos saben a tristeza vaga, indefinible; a meditación que nos acecha en hora perezosa; a recuerdo tenaz que se apodera de nosotros en un momento de descuido.

Las campanas son las notas personales, inconfundibles, de los pueblos. Estas campanas que ahora oímos, que nos suenan a cosa conocida, a paso familiar, a aldabonazo de la madre, las oyeron nuestros abuelos, los ascendientes de nuestros abuelos, durante cuatro, durante cinco siglos. Son muy viejas las campanas y no alteran su compás, su tañido de pena, su tañido de fiesta, por los accidentes que a nosotros, los humanos, nos conturban. La hermana campanera toca como tocaban las monjitas desde que Teresa de Jesús fundara el Monasterio; el monago, para repicar con garbo, para tañer con solemnidad, se atiene a los cánones, a las reglas que le dieran otros monagos y otros compañeros.

Las campanas, noblemente, convierten en voz de fórmula, de rutina, los alborozos y los dolores de la pobre humanidad. Saludan a la aurora con la misma canción de todos los días; repican en las bodas con algazara festiva, con estruendo gozoso; en las secas, en las cortadas campanadas del agonizante envuelven de majestad el misterio. No cantan cosas triviales las campanas; nos saludan cuando venimos al mundo, cuando vamos a convertir en realidad ensueños que prendieran en una mujer o cuando los vamos a perder para siempre en un mar de amargura: nos despiden cuando nos vamos de la tierra.

El tañido de las campanas es eterno como el "ritornello" de una canción infantil. Cambiaremos de modas, de gustos; remozarán las calles de nuestro pueblo; veremos rostros nuevos, gentes que desaparecen, gentes que tornan, el oleaje incesante

de la vida, siempre igual y siempre distinto; el tiempo, generosamente, irá borrando de nuestra vida amarguras que creíamos eternas, alegrías que juzgábamos permanentes; asistiremos a la renovación de nuestros afectos; sentiremos cómo los años nos van convirtiendo apenas en sombras de lo que queríamos ser; veremos cómo se truecan los caldeados sueños de nuestra adolescencia en otros sueños más plácidos y más tranquilos; viejos, sonreiremos para no llorar.

Y mientras todo cambia; mientras los años nos hacen ser tolerantes, buenos, generosos; **mientras aprendemos que el juicio mejor es el que no se formula nunca**; mientras vamos teniendo un leve desdén para los hombres inflexibles y sistemáticos que se convierten en jueces de los actos ajenos; mientras el tiempo nos iguala, alegrando a los tristes y rompiendo la dicha de los venturosos, no variará de son el campanero, ni de ritmo la canción infantil. Cantarán viejos romances los niños en las plazas solitarias a la caída de la tarde, los mismos romances que cantamos nosotros y que cantaron nuestros padres; seguirán tañendo las campanas del pueblo como tañían cincuenta, ciento, doscientos, quinientos años antes. Advertiremos cómo hay algo invariable, permanente, en la vida paradójica y tornadiza que amamos tanto. Los niños al cantar y las campanas al tañer unen la infancia con la vejez, el recuerdo con la esperanza, los tiempos que se fueron con los que no han llegado todavía.

Las campanas abren una interrogación en nuestras afirmaciones más rotundas y en nuestras más tenaces negaciones. Las campanas son una promesa de liberación para el esclavo y una voz de recuerdo, de aviso fatal, para el que no vive nunca vida interior, envuelto en locos devaneos estériles. Como las olas del mar llevan al puerto más humilde emanaciones de otras playas, las campanas traen a nuestros días voces olvidadas de otras generaciones que parecían perdidas. Son el tiempo, la eternidad humana, las campanas, el vigilante que no se duerme, la voz querida que nos habla desde lejos, la estrofa rota que hilvana en nuestra esperanza una canción, que nos recuerda algo misterioso, vago, impreciso: el contorno de un día dorado de niñez, las líneas de una remota esperanza que nos hace temblar de dicha en el silencio.

Amigo mío: ama las campanas que tañen y los niños que cantan. Te harán sentir por un momento algo inefable, de retorno de un paseo vulgar, cuando te ahoga la soledad de un ambiente que no sabe serte grato.

J. S. R.

La campana de mi pueblo
sí que me quiere de veras:
se alegró cuando nací
y llorará cuando muera.

(Melchor de Palau).

La Emperatriz Eugenia en su juventud.

LA EMPERATRIZ DE LA PENA

¿Queréis que os cuente el cuento de una condesita andaluza, que tenía unos ojos muy grandes, que lloró mucho y que escribió con lágrimas en la historia del mundo un poema de dolor?

Erase que era... Era una condesita linda, a quien llamaban Eugenia María. Nació en Granada un día de mayo florido, y Granada le puso en el alma la melancolía húmeda e infinita de sus paisajes. Vivió en Sevilla muchas primaveras, y Sevilla le dió una estrella de su cielo para que no todo fuese angustia en su corazón.

Cuando la linda condesita maravillaba por su belleza y por sus gracias, vinieron por ella para desposarla con el Rey de Francia, que la eligió, enamorado, para Reina, sin pensar que también la elegía para mártir.

La boda se celebró en el templo de Nuestra Señora de París, y ante la fastuosidad de la ceremonia, que por su magnificencia suntuosa le sugirieron el recuerdo de

un cuento de hadas escuchado en la niñez al amor de la lumbre en el viejo palacio de los Portocarreros, presintió que, como en los cuentos de hadas, la protagonista iba a sufrir las torturas crueles de un hado invisible e implacable, destinado por fatales designios misteriosos a destrozar su vida.

¿Fué, acaso, que la condesita, por ambiciosa, sufrió este castigo terrible? La condesita era buena; era buena; pero había nacido para el dolor, y de nada sirve buscar caminos iluminados por risas cuando éstos, al surcarlos, se convierten en rutas sombrías de gemidos y de lágrimas.

La condesita española fué Emperatriz de los franceses. Y sufrió el dolor de ver enfermo al esposo, y el dolor de esposa que ve marchar a su amado a la guerra, y el dolor de Reina que ve a su pueblo bajo la pesadumbre de la derrota, y el dolor del destierro en Chirslehurst, y el dolor de muerte del Emperador, y el dolor de madre... Eugenia María tuvo un hijo, un príncipe bello como un rayo de sol y valeroso como un héroe legendario, y un día de enero murió en tierras de Africa, donde fué destrozado por los fieros zulús. ¡Oh, el dolor de la madre que en este hijo tenía todas las esperanzas de gozo!

El golpear incesante de tantos dolores y amarguras no fué suficiente a destrozar la fortaleza de un corazón, porque, en las mayores tribulaciones, Eugenia María recordaba su talismán, la estrella del cielo de Sevilla que llevaba en su alma, y este

Ultimo retrato de la Emperatriz Eugenia, hecho recientemente en Sevilla.

talismán, al recordarle la tierra alegre, su ambiente optimista y su perfume vivificador, le reanimaban, le devolvían la serenidad del espíritu y le fortificaban ante las negruras del designio fatal.

Ella tenía plena conciencia de su triste sino. Era andaluza y sabía escuchar a su corazón. Su corazón era el relicario de la penilla negra.

Una vez la Emperatriz Eugenia María viajó mucho para ahuyentar su pena. Embarcó en Tolón, en el "Aguila", un lindo barco como para una Emperatriz, y fué a Venecia, estuvo en Turquía, recorrió Egipto, y cuando las representaciones del mundo entero esperaban en Port-Said la inauguración del Canal de Suez, esa gigantesca obra de Lesseps, la Emperatriz anclaba allí con su barco de ensueño y recibía un clamoroso saludo universal.

Cuéntase que cuando enmudecieron las salvas y se disipó el humo que obscureció un momento la claridad asombrosa de la noche oriental y se hizo el silencio bajo las estrellas, resonó sobre el agua el rasgueo de una guitarra y en el espacio el rumor cadencioso de una canción de serenata andaluza.

Eran los tripulantes de la fragata española "Berenguela", que así saludaban, delicados y gentiles, a la andaluza Emperatriz Eugenia María.

¡Y cómo lo agradeció su alma! ¡Y cómo lloró de alegría! Lloró de alegría porque su sino era llorar siempre: en la alegría también!

Luego, Eugenia María recitó a los españoles de la "Berenguela" una copla para que se la cantasen con los dejos quejumbrosos de la patria lejana. Los españoles la cantaron:

La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte,
y hoy peno porque te vi.

Aquella condesita andaluza, la condesa de Teba, Eugenia de Montijo, que se fué para ser Emperatriz de Francia, ha vuelto a Sevilla, como Emperatriz de la pena, en una tarde perfumada de abril. Allí está la condesita del cuento. Es una viejecita que vuelve cansada, porque en su camino de dolor sufrió mucho. Pero vuelve aún con ilusiones azules, pues conservó la estrella del cielo de Sevilla en su alma, llena de amor por los recuerdos lejanos de la infancia.

Una noche de ésta—quisiéramos que fuese la del 5 de mayo, en que Eugenia María cumpliría noventa y cuatro años—Sevilla la proclamará Emperatriz de la pena en un homenaje sentimental, donde el pueblo poeta, llorando por la tristeza de la condesita de los tristes destinos, le cantará una copla de "soleá", que tendrá en sus tres versos toda la historia de la regia malaventurada y todos los besos de Sevilla, llena de ternura sentimental, por la que tornó, antes de morir, a devolver la estrella

Erase una condesita andaluza... Erase una estrella... Erase una pena...

JOSE ANDRES VASQUEZ

Sevilla, 26 de Abril de 1920.

Ya en prensa este número, el cable anunció la muerte de la anciana señora. ¡Paz en la tumba de la Emperatriz de los tristes destinos!

Su Majestad la Cocinera.

EL HUSAR, POR FRANCISCO HERCZEG

Cierto día, al levantar nuestra vieja casa familiar, descubrí, detrás de la estufa, una cajita llena por completo de papeles amarillentos y diversos trastos. ¡Toda la prendería de la juventud! Revolviendo aquellas cosas viejas, tropecé con un pequeño húsar de cuero, cuya vista, de repente, despertó en mí recuerdos adormecidos de la infancia, que echáronse a volar en torno mío como mariposas multicolores.

Lo cogí con la mano y lo limpié, quitándole el polvo y las telas de araña. ¡Cómo lo había estropeado el tiempo! Su rostro estaba horriblemente acuchillado, carecía de nariz y, en algunos puntos, su esqueleto de alambre y las crines de que estaba lleno agujereaban el viejo uniforme; a pesar de esto, aquel guerrero de dos pulgadas me contemplaba con unos ojos fijos y rudos, como miraría un inválido que se viese después de veinticinco años en presencia de su general.

Recordé los gloriosos combates que sostuvimos juntos en el gallinero, y con qué miedo golpeábamos a la tropa altiva de los pavos cuando caíamos sobre ellos con clamores guerreros.

¡Qué distinto era todo en aquel tiempo! El Universo terminaba en las colinas próximas plantadas de vides; la casa era un dominio, el patio una provincia, el palomar parecíanos una torre vertiginosa y el cenicero de la estufa una caverna.

Un limaco encontrado bajo el cobertizo, una rana extraviada en la fuente, tales eran los grandes acontecimientos de la jornada; un botón de dormán, un cartucho vacío hacíannos ricos.

Los muebles del cuarto eran como seres vivos, y cuando, bajo el imperio de la cólera, dábamos patadas a la mesa, volvíamos en seguida a acariciarla para entrar de nuevo en su amistad.

A veces, desde el fondo del pozo, unos rostros de niños sorprendidos y curiosos nos miraban, y los platos de confitura de nuestra madre estaban custodiados por un hombre negro, en el que apenas si creíamos, pero hacia el que, sin embargo, sentíamos un miedo muy grande.

En la sombra suave situada ante la casa, perseguíamos los abejorros de amenazante vuelo, y, en cuanto la campana había tocado el Angelus, el cansancio pesaba sobre nuestros miembros y gustábamos montarnos sobre las rodillas de nuestra madre, donde cada uno teníamos nuestro puesto, mi hermana y yo.

Como ante mí se hallaba la cuna vieja, rememoré durante largo tiempo la olvidada figura de mi hermana Vitza, a quien la difteria había arrebatado a la edad de cinco años. Era dos años más pequeña que yo, y pronto haría veinte que la mano descarnada de la muerte había segado aquel vástago humano. La herida que aquella desgracia nos había causado habíase cicatrizado lentamente; los rasgos de mi hermanita habían desaparecido de mi memoria, y a los diez años de su muerte sólo alguna que otra vez la recordaba.

En aquel instante la volví a ver de repente con una maravillosa claridad. Era una criatura encantadora; ceceaba un poco al hablar y llevaba la cabeza algo inclinada. Su nombre verdadero era Victoriana pero la abuela, no pudiendo familiarizarse con aquel nombre barroco, le había dado el diminutivo de Vitza.

La sangre de mi hermanita hervía; era una niña que no estaba nunca quieta; daba mucha guerra en la cocina, y cuando mi madre blandía la escoba para castigarla, se escapaba bailando al patio. A mí me quería mucho era crédula como todos los niños que tienen buen corazón; y decía que habría preferido ser muchacho.

A esto se debía que ella fuese la más ferviente admiradora de las hazañas mus-

culares que yo realizaba en la verja del jardín, y si alguna vez la engañaba contándola la parte por mí tomada en las luchas que organizaba con los muchachos zínganos en los alrededores del pueblo, veía lucir en sus ojos la llama del más sincero entusiasmo.

La pobre Vitza experimentaba una adoración sorprendente por mi húsar de cuero. Constituía el único objeto de sus sueños, y su amor hacia aquel militar contristaba hondamente su infantil existencia.

Cuando quería expresar que una cosa era bonita, encantadora y aún sublime, decía: "¡Es como el húsar!"

Nuestros padres no se fijaban en la extraña pasión de Vitza. En cuanto a mí, estaba bien seguro de que ningún otro húsar, por mucho que se pareciese al mío, le habría gustado del mismo modo a mi hermanita. Era el mío, precisamente el mío, el que la fascinaba.

Una vez el húsar estuvo en su poder.

Con ocasión de mi santo, me regalaron un traje nuevo y un reloj.

En el primer transporte de alegría corrí a casa de mi abuela para que me admirara. En el patio de la casa había un inmenso gallinero sobre el cual tenía yo costumbre de subirme para lanzar algún kikiriquí. Hice lo mismo aquel día y Vitza, que se había quedado abajo, aplaudía con el mayor entusiasmo. Pero nuestra alegría acabó muy pronto, porque, al bajar, me enganché en un clavo, y me hice un desgarrón de cinco dedos en el codo de mi chaqueta nueva. Yo comencé a llorar y mi hermana palideció de terror. La abuela adentro estaba confeccionando unas apetitosas golosinas; pero no entramos, y con el corazón en un puño nos volvimos a casa. La pobre Vitza, que caminaba a mi lado, tomaba una parte muy grande en mi desgracia.

De pronto me cogió de un brazo.

—Oye, Didi, no llores; yo te lo arreglaré.

—Pero, pregunté yo, con una voz llena de desconfianza, ¿sabes tú coser, Vitza?

—¿Yo? Vas a verlo; coso tan bien que nadie lo notará.

De vuelta a casa, me oculté en la bodega y Vitza comenzó a dar vueltas alrededor del cesto de costura de mi madre, hasta que logró a apoderarse de cuanto necesitaba. Provista de una aguja, de un ovillo de hilo, de unas tijeras grandes y de un dedal vino a mi encuentro. Me tumbé a lo largo de una cesta de junco, y Vitza, arrodillándose con un aire grave, se puso a coser la chaqueta, dando grandes puntadas. Cuando hubo terminado, ella fué la primera en contemplar su obra con una mirada desconfiada: la chaqueta era azul obscura y el hilo era blanco. Pero en el acto su imaginación vivísima se puso en camino de arreglar la cosa: fué a buscar tinta y, con la punta del dedo, ennegreció el zurcido, tan bien que, desapareció el contraste y no se notaba la costura.

En medio de la alegría que esto me produjo, cometí una falta de la que no tardé en arrepentirme. Le regalé a Vitza mi húsar. Mi pobre hermanita no quería creer a sus ojos y se puso pálida de contento.

—Didi, ¿me lo das de veras?

—Te lo doy, Vitza.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—¡Júralo!

—Lo juro.

Vitza cogió el húsar y corrió hacia el jardín dando gritos de alegría.

Por la noche, cuando llegó la hora de irnos a la cama, Vitza se arrodilló en la camita, recitando sus oraciones con el húsar bajo el brazo.

Al desnudarme, la manga de mi chaqueta se desgarró otra vez por el codo.

—¿Qué es eso?, gritó mi madre.

¡Horror! Vitza había cosido la manga de la chaqueta con la camisa.

Mi madre no pudo contener la risa, a pesar de su enfado. El conflicto se resolvió dándome unos ligeros papirotazos.

Al día siguiente, muy temprano, Vitza se puso a jugar con el húsar, y la envidia comenzó a devorarme..

Pensé que nuestro pacto era nulo, porque Vitza había arreglado mal la chaqueta, y mamá lo había notado. En consecuencia yo quedaba desligado de mi juramento y el húsar debía serme devuelto.

De aquel razonamiento surgió una disputa con Vitza, que, inflamado el rostro de ira, acabó por arrojarme el húsar a los pies.

—Toma, para ti, no lo necesito.

A partir de aquel momento, guardé mi tesoro más celosamente que nunca. El valor que tenía para Vitza me lo hacía más querido. Cuando me iba al colegio, tenía cuidado de esconderlo, unas veces en la bañera, otras bajo un mueble, pero a pesar de todo, no dejaba de advertir que durante mi ausencia alguien había ido en busca de mi tesoro. Entonces busqué mejor escondrijo y, cuando jugaba en el jardín con mi húsar, mi hermana seguía con una tristeza celosa todos mis movimientos.

¡Pobre Vitza! Con ser su vida tan corta no pudo evitar a su alma la angustia de un deseo imposible.

Súbitamente cayó enferma.

Declaro que la envidié sinceramente. No conocía estado más agradable que el de enfermo. Le metían a uno en la cama, le arropaban con mimo, le colocaban mullidos almohadones, papá y mamá le acariciaban y, en tomando una pizquilla de algo que le dieran, inmediatamente se hacía acreedor a un premio de bombones, dátiles o naranjas.

Para separarnos, me instalaron en casa de la abuela.

La casa estaba junto a la iglesia y desde nuestro patio veíanse las dos grandes torres góticas; el zumbido de las campanas hacía vibrar los vidrios de las ventanas. Desde las paredes del cuarto donde dormía, me miraban unos señores con uniformes, de ojos severos, y unas señoras, de largos cuellos. Pero lo que más excitaba mi interés era, sobre la cómoda, un viejo reloj de música. ¡Qué reloj aquel tan maravilloso! Debajo del cuadrante, en el sitio del balancín, una mariposa dorada giraba de derecha a izquierda. Entre las dos columnas de alabastro, mostrábase un verdadero jardín con un castillo vasto, un surtidor, unos tulipanes rojos y un prado verde obscuro; en el jardín campeaba un caballero español, cubierto con una gorra con plumas y que, guitarra en mano, fijaba su mirada ardiente en las cerradas ventanas del castillo. Cuando el reloj sonaba, una señora diminuta aparecía y se agitaba mecánicamente. El caballero rascaba su guitarra, el cristal ondulado comenzaba a dar vueltas y brotaba una admirable melodía antigua. Yo contemplaba emocionado aquella obra maestra.

Pero me olvido hablar de Vitza.

Un día, la abuela me dijo que la pobrecita iba muy mal.

—Bueno, pensé yo, eso quiere decir que le dan muchos bombones.

Por la tarde la doncella vino a nuestra casa para decirnos que iba en busca de medicinas, y que Vitza me rogaba que le prestase mi húsar.

—¿Quiere mi húsar... mi húsar? balbuceé yo.—¿Dónde lo he puesto? Voy a buscarlo.

Ignoro qué demonio perverso me empujó, pero entré en el cuarto, oculté mi húsar bajo la chaqueta y franqueando la verja, me escapé por el campo. No me creí seguro en tanto no estuve lejos, completamente solo, bajo los sauces. Durante largo tiempo anduve errante por las orillas del arroyo. ¡Oh, aquella Vitza! ¡No se conformaba con no ir al colegio y estar comiendo bombones todo el día, sino que, además, quería el húsar!

Como se iba haciendo de noche, comenzó a inquietarme la soledad. Los viejos sauces carcomidos parecíanme a veces siluetas de hombres en la penumbra.

Cuando llegué a casa con mi húsar bajo el brazo, mi abuela estaba sentada en el patio, silenciosa y consternada. Por encima de los árboles del patio revoloteaban los murciélagos.

La luna se alzaba entre las torres de la iglesia, cuyas arcadas góticas y los extraños adornos se bañaban en su mágica claridad.

En un cuartel próximo tocaban la retreta, y sus sones me pusieron triste.

Quizá—pensé—habría sido conveniente enviarle el húsar de cuero a Vitza.

Aquella noche tuve un sueño muy extraño. Yo me paseaba por el jardín del reloj de música; encima de mi cabeza la mariposa continuaba revoloteando, el surtidor corría, la música sonaba; pero el caballero que tocaba la guitarra era mi húsar de cuero y por la ventana del castillo mi hermana Vitza le hacía señas con la cabeza.

Me desperté sobresaltado y salté fuera de la cama... En el cuarto la vela seguía ardiendo.

—¿Abuela?

—¿Qué quieres, hijo mío?

—El húsar... el húsar... debiera habérselo dado a Vitza. ¿Verdad?

La abuela me abrazó tiernamente y dominando sus lágrimas, dijo:

—Vitza se ha ido al cielo, niño;—Vitza se ha convertido en un ángel.

En este punto se borran mis recuerdos. No puedo precisar lo que sentí, y únicamente me acuerdo de que horas después me encontraba en casa de mis padres. El patio estaba lleno de gentes extrañas que cuchicheaban mirando curiosamente el pequeño féretro de cobre alargado delante de nosotros. Al perfume de los tilos en flor mezclábase el olor de los cirios, el sacerdote rezongaba en voz baja y se escuchaba el arrullo de unos pichones amodorrados bajo el alero. Miraba yo la cinta negra cosida a mi sombrero de paja, que mordisqueaba entre los dientes, y lloraba porque veía llorar a mi madre. Estaba mortalmente pálida y, de tiempo en tiempo, un gemido salía de su pecho; entonces apretaba convulsivamente mi mano, y yo creía que el mundo se iba a hundir en un abismo.

Cuando al día siguiente nos sentamos a la mesa quedó vacío un sitio. Mi padre rechazó su plato con un gesto de abatimiento y mi madre clavó sus ojos en el puesto vacío.

—Pobrecita mía—dijo ella temblando; durante sus últimos momentos, ya no me reconocía, y en su delirio sólo hablaba de un húsar...

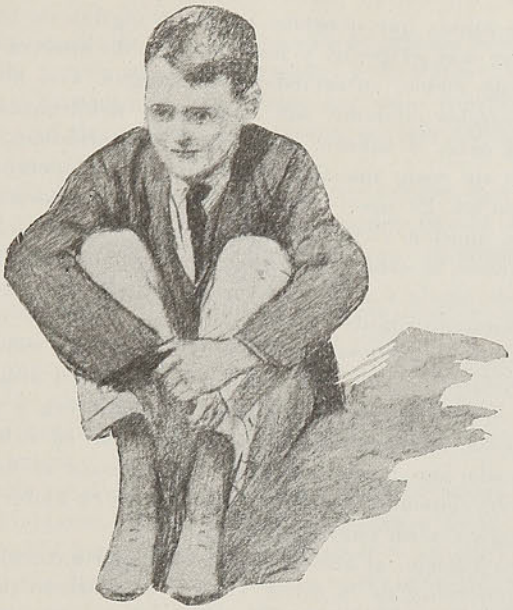
Entonces la cuchara se me cayó de la mano. Me dí cuenta de que, en efecto, debí dar a Vitza el húsar.

Y he aquí que ahora después de veinte años, el húsar de cuero, a quien la pobre Vitza permaneció fiel hasta el momento de su muerte, se alza todavía ante mí.

No soy de los que tienen ya arreglada su cuenta con la vida, pero de buena gana daría todo cuanto todavía puedo esperar del porvenir, por poder encontrarme una vez más cara a cara con Vitza y darla el húsar diciéndole:

—¡Toma, Vitza mía! ¡Te lo doy, y ya es tuyo para siempre!

⚜ ⚜ ⚜



LOS EJERCICIOS FISICOS

VII

Bajo el sol o bajo la lluvia, bañado en sudor o sintiendo la áspera caricia del frío, nada puede haber tan gozoso para un ánimo juvenil como el juego, la lucha, el salto y la carrera. ¡Ea, muchacho, corre a respirar el aire libre y muestra al viento y al sol la gracia vital de tu risa!

La montaña tiene sus peñascos ingentes y sus valles rumorosos; el mar te invita a sumergirte en sus espumosas olas; la llanura está sembrada de mieses y de flores. ¡Saltar y correr, cantar y reír, luchar y vencer, bajo el sol y bajo la lluvia, esa es la gloria del buen muchacho!

Para los afanes y los trabajos del Progreso, la sociedad exige cuerpos sanos y vigorosos. No es posible luchar con los otros hombres si se carece de fuerza y de salud. La vida es una guerra; todos los hombres somos soldados, y la milicia de la vida, como la de los campos de batalla, pide guerreros sanos y diestros.

Las luchas de la Civilización no pueden afrontarse si faltan el ánimo, la continuidad del esfuerzo, el brío, el tesón y la voluntad empeñosa; y todas estas cualida-

des morales serán más efectivas si van acompañadas de una buena salud y un cuerpo resistente.

El triunfo se reserva a los bien dotados. Conviene, pues, cultivar nuestras armas para el combate de la vida. Esas armas se nos otorgan al nacer; pero nuestro deber consiste en mejorarlas. Un cuerpo ágil, sano, limpio, hermoso, ecuánime, robusto, equilibrado: he ahí las armas que debemos cuidar y vigilar en todo momento.

La vida es cada vez más exigente, y los enemigos de nuestra vida no descansan; nos atacan en forma de vicios, enfermedades y fatigas. Los microbios nos vigilan constantemente. Las grandes ciudades son núcleos de debilitamiento y de contagio. Los excitantes como el café, el tabaco, el alcohol, los periódicos, la política, el cine y el lujo, roen y dañan sin cesar nuestro organismo. La competencia crece y se agrava en todas las actividades. Es preciso prepararnos y defendernos, oponiendo a tanto peligro el escudo de nuestra virtud. Prepara tus nervios, muchacho, como el guerrero sus armas, cultivando la salud y los alegres ejercicios corporales.

Tenemos el deber de servir a nuestros semejantes, cumplir nuestra misión de ciudadanos y ocupar dignamente nuestro puesto en la campaña de la Civilización. Para servir a la Humanidad con éxito, para que nuestro paso por la vida no sea estéril, precisamos la fuerza del ánimo y de la voluntad, la robustez del alma y del cuerpo. Que el humilde labriego y el artista, que el soldado en la frontera y el sabio en su gabinete, posean salud, fuerza, coraje, largo aliento, para que su deber no quede incumplido y la misión de cada uno no se malogre. Llegar hasta el fin, terminar la obra, alcanzar la meta que nos impone nuestro destino o nuestra ambición: esto sólo se logra con un ánimo enérgico y un cuerpo sano.

Un noble y alegre ejercicio, al aire y al sol, en plena naturaleza, será siempre la mejor preparación del cuerpo y de la salud. De un caballeresco pugilato entre amigos jóvenes y generosos nace la costumbre de la emulación, verdadero aprendizaje de la vida. Los deportes amigables enseñan a luchar noblemente, son una disciplina caballeresca y reprimen los impulsos groseros de la arbitrariedad. El que aprende a contender con nobleza en los juegos físicos, está preparado para comportarse hidalgamente en los afanes del mundo.

La pelota que lanza tu brazo con vigoroso empuje, ¿no quisieras verla subir hasta el cielo...? Cuando remas en tu ágil batel, ¿no sientes un entusiasmo delirante y no te parece que has de adelantarte en un prodigioso salto a todas las barcas que tripulan tus amigos...? En el juego del futbol, ¿no pierdes a veces el sentido de la realidad y piensas que un gozoso frenesí se apodera de todo tu ser...? ¿A quién le tendrás miedo tú, si te cuadras en firme y tomas la postura de un consumado boxeador...?

Cultiva tu espíritu y tu cuerpo, para que seas un hermoso continuador de la raza. Debemos pensar en nuestros hijos futuros tanto como en nosotros mismos, porque las generaciones que arrancan de nosotros nos pedirán cuentas mañana. Un cuerpo hermoso, ágil y robusto, es el mejor adorno de la sociedad.

Y sobre todo has de pensar, muchacho que la Patria quiere hijos fuertes y briosos. Para las necesidades pacíficas pide la Patria hijos aptos, que sepan aumentar los oficios, los negocios, las ciencias, los trabajos de la navegación y de la industria. Para los peligros de la guerra y la defensa del honor nacional, Chile pide hijos fuertes y animosos que sean buenos soldados, hábiles para la victoria, para la obediencia o para la muerte.

⚜ ⚜ ⚜

LA MORAL CIVICA

VIII

Tienes que aprender, muchacho, los deberes que te impone la ciudadanía, para que mañana puedas rendir la mayor suma de beneficios a tu Patria. El hombre vive asociado a otros hombres, y mutuamente nos prestamos todos constantes servicios. Esta asociación se realiza en una ciudad, en una comarca, en una nación, y tiene por nombre **civismo.**

El civismo se propone la creación de buenos ciudadanos. La verdadera ciudadanía consiste en aceptar el imperativo del deber, pensando que la vida no nos ha sido entregada para lograr nuestro exclusivo placer, sino para contribuir a la mejora y la felicidad de la Patria.

Todo lo que tienes, muchacho, pertenece a tu Patria; todo lo que eres se lo debes a ella. El idioma, la educación, los rasgos físicos, el traje que vistes, el aire que respiras, la reputación de que te enorgulleces, los panoramas que alegran tus ojos, el espíritu que te anima; todo eso pertenece a tu Patria y de ella lo has recibido. Jura, pues, todos los días al levantarte, que serás digno de tu Patria, que la amarás siempre y que la servirás hasta morir.

La República de Chile es el conjunto de personas que obedecen las mismas leyes, se rigen por el mismo Gobierno, tienen iguales creencias y viven en una determinada y bien definida expresión geográfica. Los territorios o provincias de Chile no tienen idéntico clima. Pero esa diversidad es común a casi todas las naciones del mundo.

Por lo tanto, hay una progresión lógica que principia en el individuo aislado, pasa después a la familia, y de la unión de las familias nace el pueblo; el conjunto de pueblos que tienen costumbres semejantes, forma la comarca o la región, y todas las regiones juntas forman Chile.

Dentro de la nación se hallan contenidos nuestros bienes, nuestros derechos, nuestras tradiciones y nuestras esperanzas. El hombre no puede bastarse a sí mismo porque necesita los bienes del amor y de la reciprocidad: tiene, pues, que vivir asociado, y entonces necesita también asociar su honor y su orgullo a los de sus compatriotas. Nuestro honor y nuestra vida no son en realidad individuales ni nos pertenecen en absoluto; todo lo que somos y esperamos pertenece y lo debemos a la nación.

Aprende, muchacho, a considerarte como una parte de la nación, y piensa que estás integrado en el ser y en la idea de tu Patria, como la célula en el cuerpo.

El sentimiento de la nacionalidad, en ese caso, no se reduce sólo a un deber; es el goce de sentirse unido a la totalidad de la nación, y engrandecido a la medida de la Patria. El más humilde de los ciudadanos se engrandece, hasta adquirir el volumen ideal de la nación, cuando ejercita sus funciones de jurado, de contribuyente, de votante o de militar. Y el menestral obscuro o el labrador solitario, cuando construyen su obra o siembran la semilla están efectivamente realizando el valor y la potencia de Chile a los ojos de la posteridad.

El sentimiento nacional es indispensable a la buena doctrina cívica. Si imaginamos una nación cuyos hijos son indiferentes, todos los males, y fracasos los veremos posibles. En cambio, cuando el sentimiento nacional es profundo y fervoroso, las mayores tempestades históricas suelen sobrepasarse con éxito.

En las épocas de gobierno absoluto, los hombres podían desentenderse de las preocupaciones colectivas; el rey y el señor pensaban y resolvían por su propia cuenta y por todos los hombres juntos. Pero el régimen democrático en que vivimos nos

obliga a conocer nuestros deberes cívicos, y a realizarlos conforme a nuestra conciencia y nuestras obligaciones. Si los ciudadanos de un país se muestran negligentes en el cumplimiento de su misión; si abandonan por pereza o ignorancia el beneficio de sus derechos; si no vigilan a sus mandatarios y no se interesan prolijamente en el gobierno público, pronto surgirán los caciques y los vividores, los malversadores y los tiranos, y el pueblo será el primero en pagar sus propias culpas.

Pero no es suficiente el conocimiento teórico de la idea cívica; hace falta la devoción ciudadana, el hábito consecuente, la intervención diaria y profunda, de tal manera, que el ciudadano se considere a sí mismo como un funcionario de la cosa pública, encargado de velar por el esmero municipal, de ayudar al orden, de perseguir y reprobar las faltas, de apoyar a los políticos honrados, de secundar a la autoridad, de interesarse por la cultura y los grandes proyectos, de entusiasmarse por la belleza de su ciudad y por los progresos de su nación.

El primero y más grande de los deberes cívicos, consiste en amar y respetar la Patria, defenderla contra todos, y desear que el honor y la prosperidad de la Patria puedan ser los mayores del mundo.

Pero la idea de la Patria, al concretarse, toma la forma de Estado. El Estado es la fórmula concreta y formal de la Patria, y en él se hallan contenidos las leyes, los estatutos, el régimen político, el gobierno y la administración que componen la verdadera vida nacional. Del Estado parte asimismo la autoridad, que es el resultado de la elección de todos los hombres conscientes, y además de obedecerla tenemos que servirla y ayudarla.

El modo racional de servir y ayudar al Estado consistirá, por consiguiente, en cumplir con rigor y fidelidad nuestros deberes cívicos, cuales son: pagar los impuestos, contribuir a la beneficencia, aceptar los cargos de intervención jurídica, votar con independencia y secundar las disposiciones de las autoridades civiles o militares. Puesto que en buena doctrina democrática se entiende que la autoridad emana de las voluntades colectivas, cuando obedecemos y servimos una orden oficial, en realidad quiere decirse que obedecemos a nuestro propio interés.

En el orden de los valores cívicos, no puede decirse verdaderamente que existan jerarquías. Cada ciudadano, por obscura que sea su vida o su representación oficial, está colaborando desde su humilde sitio a la perfección pública. La Patria debe mucha gloria a los inteligentes ministros y a los valerosos generales; pero en todos los momentos del día está recibiendo la nación el beneficio de los numerosos esfuerzos anónimos. Los buenos ciudadanos, desde el taller hasta el gabinete del sabio, son los que positivamente realizan la obra patria. Para los fines de la colectividad, no se pierde la más mínima gota de sudor que vierten con entusiasmo y con fe el pobre labrador y el errante marinero. Cuando cumplimos honradamente nuestro trabajo, la obra es el mejor premio de nuestros afanes. El carpintero que pone toda su alma en la fabricación de una silla, es tan digno y meritorio como el ingeniero que lanza sobre las márgenes del ancho río un puente gigantesco. La obra que se ejecuta con amor y entusiasmo es la que vale de veras.

El amor a la Patria, muchacho, es el primero de los deberes cívicos. Ese amor hace milagros, porque crea energías e impulsos morales que no se detienen ante nada.

La esencia del amor es el sacrificio. Por eso, cuando piensas en tu madre, deseas que tus estudios y tus obras alcancen la perfección para que el objeto de tu cariño se vea contento y dichoso. Lo mismo debes proceder con tu Patria.

Ofrécele tus esfuerzos, tus afanes y tus energías; piensa en ella siempre; procura tenerla contenta; aspira a su felicidad. Sacrifícate por tu Patria en todos los momentos del día, y considera que ninguno de tus actos y de tus pensamientos es estéril para la existencia de Chile.

⚜ ⚜ ⚜

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio-Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo
a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN DA

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

Santiago de Chile, Agosto de 1920

AÑO II NUM. 24

"REMINGTON"

ES LA MAQUINA DE ESCRIBIR MAS MODERNA QUE UD. PUEDE COMPRAR

Dotada de los últimos adelantos, no ha tenido rival capaz de sobrepasarla.

Pida informes a sus Importadores

MORRISON Y CIA.

Ahumada 65 - 77 Casilla 212

SANTIAGO

CASA WEIL

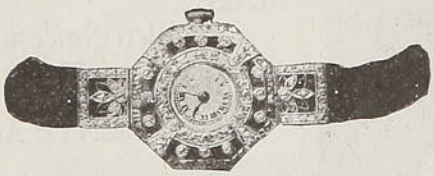
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet



SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

''LA CIUDAD DE LONDRES''
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés ''LA VIDA''

Teléfono Inglés 1316
" Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

LA REVISTA "LA CRUZ BLANCA" ESTA EN VENTA EN LA LIBRERIA DE ZAMORANO Y CAPERAN, (CALLE COMPAÑIA CASI ESQUINA PLAZA), AL PRECIO DE UN PESO EL EJEMPLAR.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condell Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS,
CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES,
PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES --- GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	242[illegible]

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			

NOMBRE	CALLE	NUM.	TE. EFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Bascuñan de Montes Eugenia			
Besa de Armanet, Raquel	Manuel Montt	2333	
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	356
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	2420
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	1431
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Bromberg de Molina, Clotilde	Merced	322	
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
Cabrera M., Clara Rosa	Recoleta	817	
Cabrera M., María Ana	Recoleta	817	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena			
Dublé de Tonkin, Julia	Parque Forestal	560	
E			
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	318
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	1413
Echazarreta de Errázuriz, Amelia	Compañía	1712	
Eguiguren de Matte, Laura	Moneda	1625	
Edwards de López, Elena	Dieciocho	133	
Edwards de Pérez, Lydia			2754
Echavarría de Barriga, Sara	Av. República	301	
Edwards, Lucía	Huérfanos	1642	
Eguiguren de Méndez Laura	Galería Alessandri	24	1360
Egenau de Ferrer, María	Avenida Matta	640	
F			
Ferrer de Ferrer, Margarita	Avenida Matta	640	
Ferrari de Edwards, Josefina	Huérfanos	1580	Parque 173
Fóster, Josefina	Compañía	1373	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Fóster de Zegers, Rosa	Av. Republica	157	
G			
G. de Carvallo, Elena	Viña del Mar		
González de Segovia, Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarilla de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	270
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	112
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 150
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín, Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Dieciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	54	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	198	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1780	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	518	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa	Moneda	1914	
	Dieciocho	146	
Méndez de Gana, Leonor	Agustinas	2573	
Manzano de Urrutia, Carmen			
O	Ejército	450	
Ortúzar de Tagle, Inés			
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	2830
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	1307
Palma de Vial, María	Teatinos	148	2375
Prats Bello, Ana L.	Manuel Montt	2280	1202
Pacheco de Bari, Amelia	Cochrane	405	
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	2938
Pinto de García Zegers, Nieves	Brasil	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mrcedes	Morandé	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	2251
			2921
S			339
S. de Klimesc, Estefanía	Maestranza		
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		
Sanfuentes de Herquiñigo, Margarita	Ejército	273	
Salomó de Fierro, Blanca	Catedral	1843	989
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		2634
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira	Santo Domingo	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia	Merced		
Silva de Amunátegui, Eva			
Serrano de Cabieses, Carmela	San Martín	77	Parque 9
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Ejército	495	
Soto Rojas, Magdalena	Av. Inglaterra	161	
Sánchez de Arnolds, Mercedes	San Antonio	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia	San Martín		
E			
Tagle de Vergara. María	Huérfanos	1643	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena	Cerro	91	
Tupper de Cuevas, Elisa			
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida	Vergara	50	
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa	Huérfanos	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	732
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	152
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	2632
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	230
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			785
Walker de Freire, María	Delicias	520	
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zañartu de Tagle, Raquel	Agustinas	1673	
Zegers de Echeñique, Isidora	Av. República	105	
Zañartu de Besa, Elena	Sto. Domingo	1334	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 165?. Teléfono 2700.

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — SANTIAGO, AGOSTO DE 1920 — NUM. 24

SUMARIO

	Págs.		Págs.
EL ENCANTO DE LA VEGA. J. P. R.	30	CUADROS DE HORROR Y DE MISERIA	48
JULIO COVARRUBIAS FREIRE	33	LOS ULTIMOS DESEOS DE UNA PRINCESA	50
EL HEREDERO DEL TRONO DE ESPAÑA	34	SEÑOR SUBSCRIPTOR	52
UN PALACIO DEL REY LUIS II	38	UNA ESCUELA MODELO	54
LA MORALIDAD EN EL VESTIDO	42		

Mujer cuyos ojos piadosos van a posarse sobre estas páginas, acuérdate de todas las infelices de tu sexo que están próximas a rodar al precipicio. ¿Quieres ayudar a salvarlas?... Alístate en **"La Cruz Blanca"**.

EL ENCANTO DE LA VEGA

"Es de harta recreación mirar la vega".
Teresa de Jesús.

Esta tarde llega la Madre Teresa de Peñarandilla. Llenas de alborozo y de júbilo están en el convento de Santa Isabel, Sor Juana, la Madre Superiora; Sor María de la Luz, Maestra de Novicias, y Sor Clara, la dulce hermana tornera. Nuevas de la Madre Teresa demanda un paje de los señores Duques. El administrador de los Alvarez de Toledo, Francisco Velázquez, mora enfrente del Convento.

El paje penetra en el vestíbulo del convento franciscano; tira de un cordelillo; una esquila resuena retozona. Sor Clara replica muy dulcemente:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios! ¿Hay nuevas de la Madre Teresa?—pregunta el paje.

—Nuevas hay. Esperámosla hoy mesmo. ¿Viene de parte de la señora Duquesa vuesa merced?

—De parte de la señora vengo. Ya sabe vuesa Reverencia—insinúa el lindo paje Juan García, de la familia de los Garcías, los hidalgos de la Casa de la Pizarra—los proyectos que tiene mi Señora la Duquesa.

—De ellos habló su prima Sor Juana—desliza Sor Clara, iniciando el palique—. ¿Don Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio?

—Dotarálo.

—¿Y la Madre?

—Para elegir el sitio, viene la Madre Teresa.

—¡Ay, Dios!—replica graciosamente la hermana tornera—. ¡Menguadas vamos a quedar las monjas franciscas sin la protección de la Señora! Oiga; si no se remoza el campanario, vendrá a tierra. Oiga: sucia quedará la iglesia, sucia y negra como alma de pecador, si no la blanqueamos presto. Oiga: la tapia de la huerta caeráse con tanto remiendo y pegote como la hemos echado. Oiga...

—No tema vuesa Reverencia—ataja el paje con solemnidad—; los escudos de la Casa de mi Señora la Duquesa son los escudos del Convento.

Suena una campana dentro.

—Aguarde vuesa merced—dice Sor Clara, alejándose del torno.

Juan García contempla el vestíbulo. Es pobre, es sencillo, es humilde, como San Francisco, el iluminado de Asís; limpio y alegre como Santa Clara; sonriente como la misma Porciúncula. Un Cristo en la Cruz, con los cabellos ensangrentados, con la mirada torva, muestra sus llagas al paje. La mañana es dulce. La calle de San Francisco es el centro de la villa. Discurren por ella, todo el día, mozas fornidas, pajes desenvueltos, recaderos de monjas, dueñas de palacio, sabidoras de las tretas y murmuraciones que corren por la villa, soldados viejos que cuentan grandes mentiras de Italia y de Flandes, donde fueron a pelear a las órdenes del Duque.

El paje espera el nuevo reado de la hermana tornera.

—¡Alaado sea Dios, hermano!

—¡Alabado sea, Sor Clara!

Gira el torno levemente. En él aparece un envoltorio.

—Son confituras para la Duquesa mi Señora—dice Sor Clara—. Ydígala que acep-

te los rendimientos de Sor Juana, su prima y nuestra Madre Superiora, y de Sor María de la Luz, de Sor Francisca, y de toda la Comunidad. Y que se la pasará recado cuando llegue la Madre Teresa.

Sale Juan García del vestíbulo.

Ya en la calle, piropea a una buena moza; charla con los vecinos; detiénese a la puerta de Francisco Velázquez con unos labriegos que traen piedra de Martinamor. Salen unos devotos de la iglesia de San Martín.

Dos padres franciscanos, de luengas barbas blancas, entran en casa de Velázquez, que su esposa, doña Teresa de Layz, está harto quebrantada y enferma. El paje, por la ronda de Santiago, se dirige al castillo. Aún torna a retozar con otra moza y aún se detiene, en la botillería del Manco, a charlar con un soldado bisoño, escanciando ese vinillo alegre, suave, ligero, un poco traidor y fementido, de las viñas de Cordovilla y de Babilafuente, que llena las cantarillas de los artesanos, las cubas de los Duques, las repletas bodegas, como catedrales, de San Leonardo.

La Madre Teresa viene de camino, animosa y alegre, por el alto de Garcihernández. Viene de Medina, por Peñaranda, y apenas se ha detenido una noche para descansar en Madrigal de las Altas Torres, y breves momentos en Coca en casa de una buena mujer, que ha hecho grandes aspavientos de admiración al hallarse en presencia de una monja, decidida y valiente, que no teme la soledad en los caminos, y que lejos de rehuir, provoca y anima la compañía del pueblo. Breves momentos ha pasado la Madre en Coca, en casa de la buena mujer que se hace preciso llegar a Alba antes de cerrar la noche. Y para siempre ha quedado prendada la buena mujer de la Madre. Teresa le ha preguntado por sus hijos.

Como tuviera una linda chiquilla en la cuna, Teresa la ha besado y festejado sin encogimiento; luego ha lavado y fregoteado a otra mayorcita.

Ha comido Teresa con la familia frugalmente. Aún quería la buena mujer regalar y festejar más a la Madre, que viaja graciosamente en una mula.

De camino, Teresa contempla por vez primera el pueblo de Alba, donde ha de morir algunos años después. La entrada es muy hermosa por aquel paraje. El torreón del castillo está adosado a una galería cuadrada de ocho lienzos y de diez arcos por lienzo. A la conclusión de la galería se inicia un patio de armas; luego del patio, una enorme casona, y al remate de la casona, paneras, carroceras, corrales... Frente al convento de Santa Isabel, la iglesia de San Martín. Alba no es ni más ni menos que su castillo; hasta las iglesias parecen pedirle protección. La vega se extiende a lo lejos, limitada por la mancha gris de unos encinares y por la faja pizarrosa de una colina; a lo lejos, por el telón azul, levemente esfumado de la sierra, unos murallones, de frente, rompen la monotonía de la serena visión. La villa se extiende hasta San Leonardo, y más atrás de la espalda de San Leonardo, el manchón cárdeno de las viñas, el verde brillante de los centenos, un arbolado gracioso más arriba.

Teresa llega al pueblo a la caída de la tarde. El cielo está radiante y puro. El sol se hunde entre fulgores cárdenos rojizos. El Tormes refleja temblorosamente la sangre del crepúsculo. Unos chicuelos cantan el romance de Blanca-Flor en el atrio de San Martín. Uno de ellos enseña a la Madre el camino del monasterio de Santa Isabel. Momentos después, en el locutorio charlan animadamente la Madre, la vieja Duquesa, un carmelita calzado, Francisco Velázquez, el corregidor, que es varón docto y cristiano. Todos están prendados del donaire, del despejo, de la gracia, de la franqueza de

Teresa; sobre todo, Sor María de la Luz no pude disimular su júbilo. Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio con rentas convenientes; la Duquesa le ayudará, como está puesto en razon. Los terrenos están cerca de la vega, dominándola. Teresa quiere aire, luz, espacio para que vuelen sus monjitas.

—Es de harta recreación mirar la vegetación—exclama la Madre—.Desde el camino vengo prendada de su hermosura y lozanía.

Teresa, enferma, achacosa, triste, llena de quebrantos y de agobios, viene por segunda vez a Alba, a su convento reformado de la Anunciación. Duras han sido las pruebas con que ha querido tentar el Señor su fortaleza. En Avila, un vocero, un abogado presuntuoso y charlatán, ha dicho delante del justicia, en pleito que ventilaba la familia de la Madre, que la virtud de Teresa es escasa y suelta su lengua. En Valladolid, la Priora le ha tratado con despego. En Medina del Campo, unos hombres han apedreado la diligencia en que viajaba, y han armado gran estruendo y alboroto, llamándola monja correntona y liviana, mujer sin seso y poco asustadiza, con otros disparates dolorosos de este jaez. Tantos golpes seguidos han hecho mella en el espíritu de Teresa. Doña María de Colón y Henríquez, duquesa de Alba, ha logrado del Provincial de la Orden que Teresa vuelva a la villa de sus blasones. Por eso Teresa está en Alba, donde ha de morir algunos días después.

La celda de la Madre mira a la vega. Teresa, después de comulgar, desmayada y floja, se ha puesto a contemplarla, sin que Sor Ana de San Bartolomé, que es tan devota y tan aficionada a la Madre, haya osado romper el encanto de la contemplación. Unos pinos bordean las orillas del río que han cantado galanamente poetas y troveros. El puente está lleno de viandantes—gañanes, canteros, soldados ociosos y aburridos, que pasan todo el día contemplando el río, rompiendo su mansedumbre de lago con una piedra, viendo cómo se forman rápidamente círculos y más círculos que se ensanchan, que desaparecen, que tornan a formarse—. Al remate del puente se destaca, precisa, la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía, cuyas espalderas están resguardadas por una colina. De allí arranca la calzada de Salamanca, cuya línea se pierde a la derecha entre los árboles, para destacarse nuevamente en zig-zag junto a unos ventorrillos, a la vera de un altozano. La ermita, la calzada, llevan el recuerdo de la Madre a sus viajes, a sus ajetreos, a sus fundaciones por los pueblos áridos y secos de Castilla. En esos viajes lentos, incómodos, oyendo al pueblo humilde, empapándose de sus amarguras, de sus anhelos, de sus esperanzas, ha formado Teresa el hechizo de su lengua, repleta de modismos populares, de provincialismos, de giros plásticos y graciosos. En esos ajetreos ha llegado Teresa al corazón de su Castilla. Con la experiencia de sus fundaciones, la tristeza, la amargura, forasteras en su ánimo alegre y generoso, han puesto una nota grave, pero poderosa, al ímpetu de su franqueza y de su generosidad.

Teresa está muy enferma; Teresa va a morir. Sus ojos han perdido su fulgor inteligente; sus labios, blancos y descoloridos, se mueven perzosamente, con desmayo. Contempla la vega por última vez; sonríe con tristeza. Sus ojos vagan absortos de aquí para allá, pensando que también su espíritu, como el paisaje que tanto ama, ha sido sereno, plácido, luminoso y tranquilo.

Suena una campanita conventual. La Madre se dirige al coro.

Y aún tiene su última mirada de comprensión abierta, de infinito amor por la naturaleza; aún sus ojos se posan con insistencia en la ermita blanca y en la sinuosa calzada salmantina. El cielo es azul y las aguas azules como el cielo. Las lavanderas siguen cantando, palmoteando, chillando, jugando con las aguas, contentas de la hermosura del día.

J. S. R.

JULIO COVARRUBIAS FREIRE
muerto gloriosamente por la Patria, la noche del 21 de julio de 1920

EL AMOR A LA PATRIA

Sólo por el amor a nuestra patria podemos comprender el amor de los demás hombres a la suya, como sólo por el amor a nuestra madre y a nuestros hijos, podemos comprender cómo los demás hombres deben amar a los suyos. Desconfiad de los que, por amor a la humanidad, dicen desentenderse del amor a la patria. ¡Es tan fácil poner nuestros amores en las estrellas! Ese amor por las abstracciones lejanas, no molesta, ni exige sacrificios, ni responde con ingratitudes. Lo difícil es amar muy cerca a lo que unas veces es alegría, otras veces dolor y muchas tristezas; a lo que si tal vez nos aligera la carga de la vida, otras veces es pesadumbre. Esos que no aman cerca y pretenden hacernos creer que aman muy lejos, me recuerdan a esos seres de sensibilidad perturbada, que no se emocionan por nada en la realidad y lloran al autor al leer una novela. El verdadero patriotismo, que es amor y deseo de justicia, no puede nunca separar a unas naciones de otras, sino unirlas estrechamente en una misma aspiración. Como no hay patria sin familia, sin patria no puede haber humanidad.

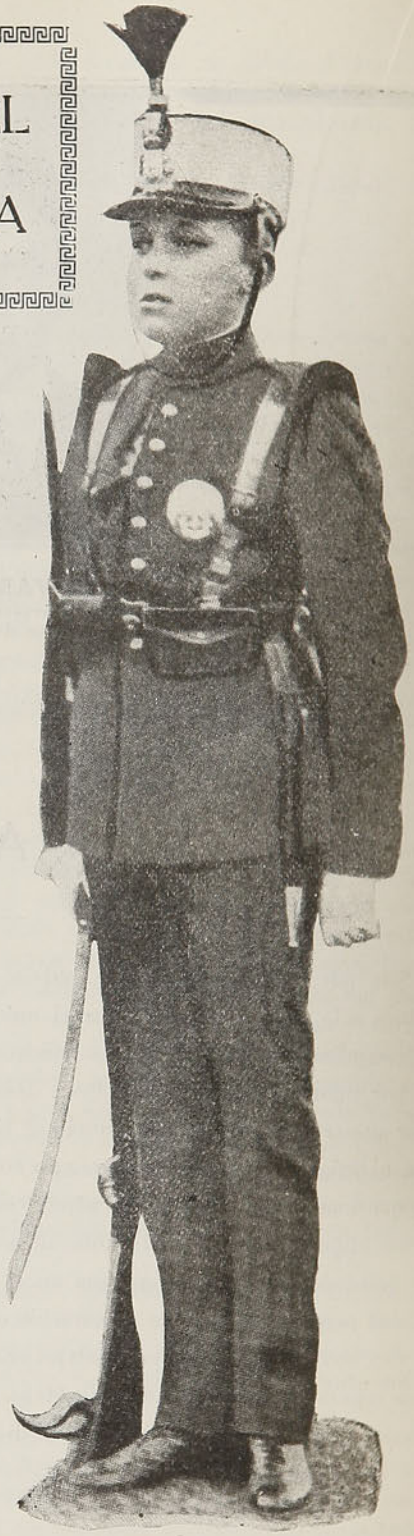
JACINTO BENAVENTE

EL HEREDERO DEL TRONO DE ESPAÑA

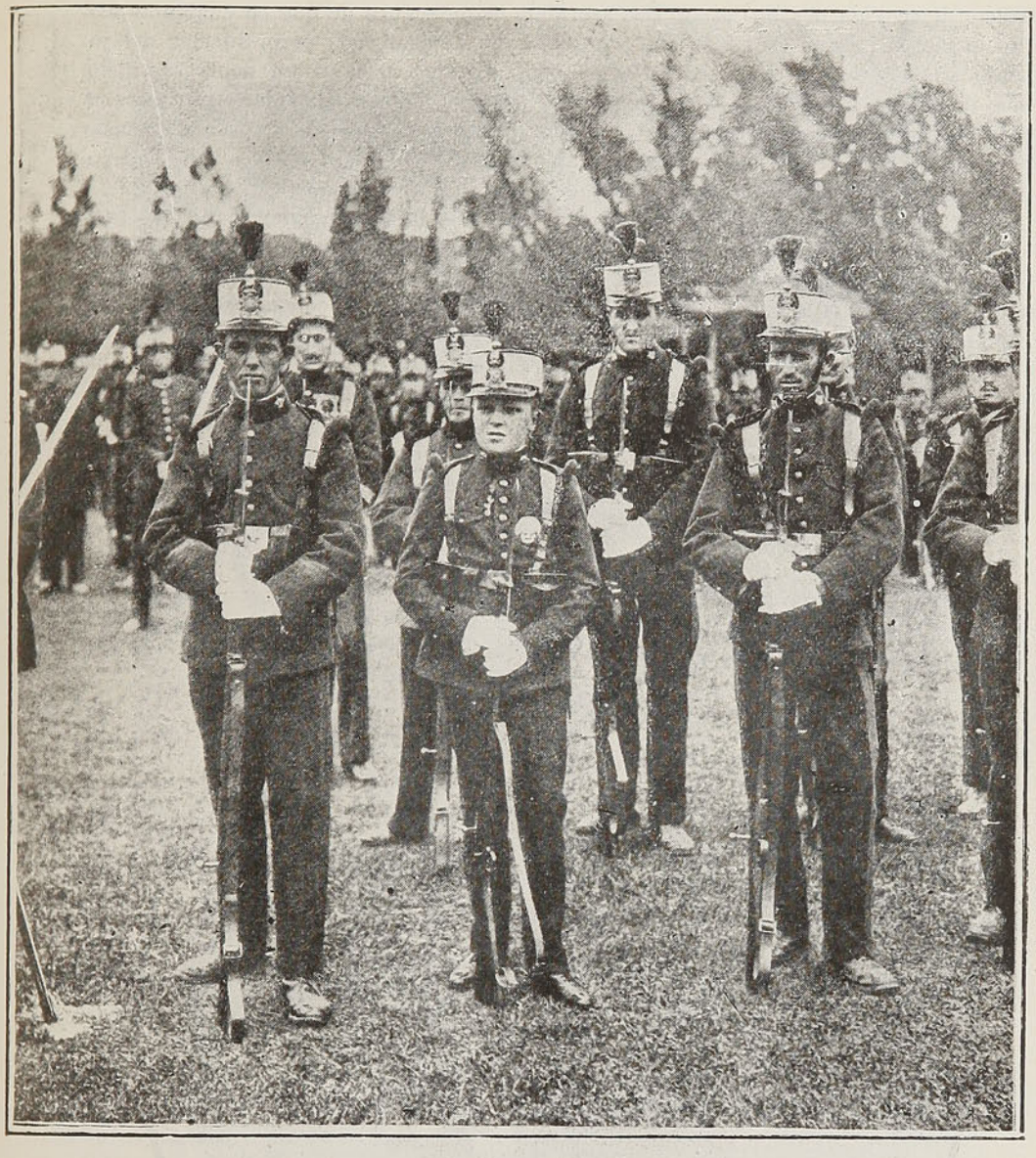
El día 14 de junio hubo de jurar la bandera del Regimiento Inmemorial del Rey, número 1, a cuyo primer batallón pertenece el Príncipe de Asturias, heredero de la corona de España. Fué esa una fecha que quedará hondamente grabada en el corazón de los soberanos, y que constituyó un día memorable y gratísimo para todo el que viste el honroso uniforme del Ejército español, para todo súbdito leal de la Regia familia que ocupa el trono de San Fernando.

Acto brillantísimo, porque hubieron de presenciarlo las más altas representaciones del Estado y de los países extranjeros, fué también una gran solemnidad plena de emoción, ya que dominaba a los espíritus de cuantos a ella asistieron la idea conmovedora del sacrificio que se imponía para toda su vida el heredero de la Corona sacrificio tanto más penoso cuanto que en los desventurados tiempos presentes, cuando las humanas sociedades se agitan bajo la presión poderosa de propagandas disolventes, la misión tutelar de los monarcas no puede ejercerse sin una continua vigilancia y un perseverante estudio de los intereses del pueblo gobernado, sin un permanente desvelo por el bien común, en una consagración personal de todas las horas y de todos los minutos al servicio del país regido. Y si, por desgracia para España, llegaran los conflictos armados, ese sacrificio ha de llevarlo el Soberano, como lo efectuaron en la trágica y reciente contienda mundial los de las naciones en lucha, a ofrendar su vida y la de sus familiares en aras de la madre Patria.

De ahí que esta escena histórica de la jura del Príncipe de Asturias, de este sagrado compromiso contraído por el primogénito de Don Alfonso XIII ante el altar de



Instantes de hondísima emoción debieron ser para S. A. R. el Príncipe Don Alfonso de Borbón y de Battemberg, augusto heredero de la corona de España, aquellos en que vistió su primer uniforme.



El príncipe de Asturias oyendo la misa que se celebró en la Casa de Campo antes de que S. A. R. jurase la bandera.

Nuestra Señora del Rosario, la celestial patrona del invicto "Tercio de los Morados-Viejos", llamado después Inmemorial de Castilla y luego Inmemorial del Rey, alcanzase una fuerza emotiva superior a otros actos análogos celebrados en épocas de mayor placidez espiritual y de perspectivas más risueñas. Y los momentos de más intensa emoción fueron aquellos en que S. M. el Rey, situándose frente a la compañía en que se hallaba su hijo, pronunciaba con voz vibrante estas palabras memorables:

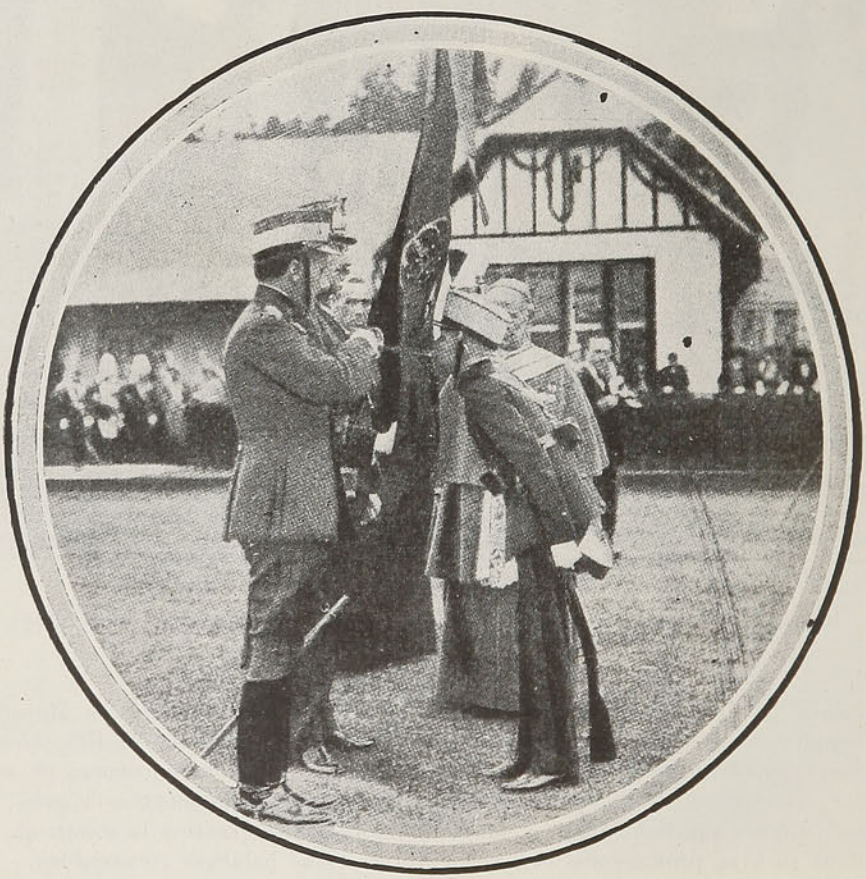
"En el día de hoy has tenido la honra más grande que pueda tener todo buen español. Acabas de prestar juramento a tu bandera, y con este juramento has hecho el

sacrificio de tu vida por la Patria. Ese sacrificio estoy seguro de que en cualquier momento lo harás, porque eres hijo mío y soldado del Inmemorial; pero, además del juramento que has hecho como cualquier español, significa para ti un doble sacrificio, porque eres Príncipe de Asturias, y como tal Príncipe, ofreces tu vida y prometes en todo momento cumplir con tu deber, al perder tu libertad individual, para no pensar más que en la Patria, en España y en los españoles, no teniendo más ideal que hacer a España grande y fuerte.

Estoy seguro de que tú, en todo momento, te acordarás del honor qque has recibido, al ser el primer soldado del Inmemorial que jura su nueva bandera; recordarás, por las tradiciones, que en Flandes, en América, Italia, España, Africa y en todo el mundo, este regimiento, con su sangre vertida y con sus glorias conquistadas, ha dejado siempre bien puesto el nombre de nuestra Patria.

También en todo momento debes acordarte de que no eres el primer recluta que jura esa bandera, sino de que, como Príncipe de Asturias, eres el primer español obligado a cumplir con su deber, como yo deseo que lo cumplan todos. Y así serás digno hijo mío, proporcionándome la satisfacción mayor de todas, al pensar que cuando seas Rey cumplirás con tu deber.

¡Soldados del Inmemorial! ¿Qué os he de decir a vosotros? Mi padre sirvió en



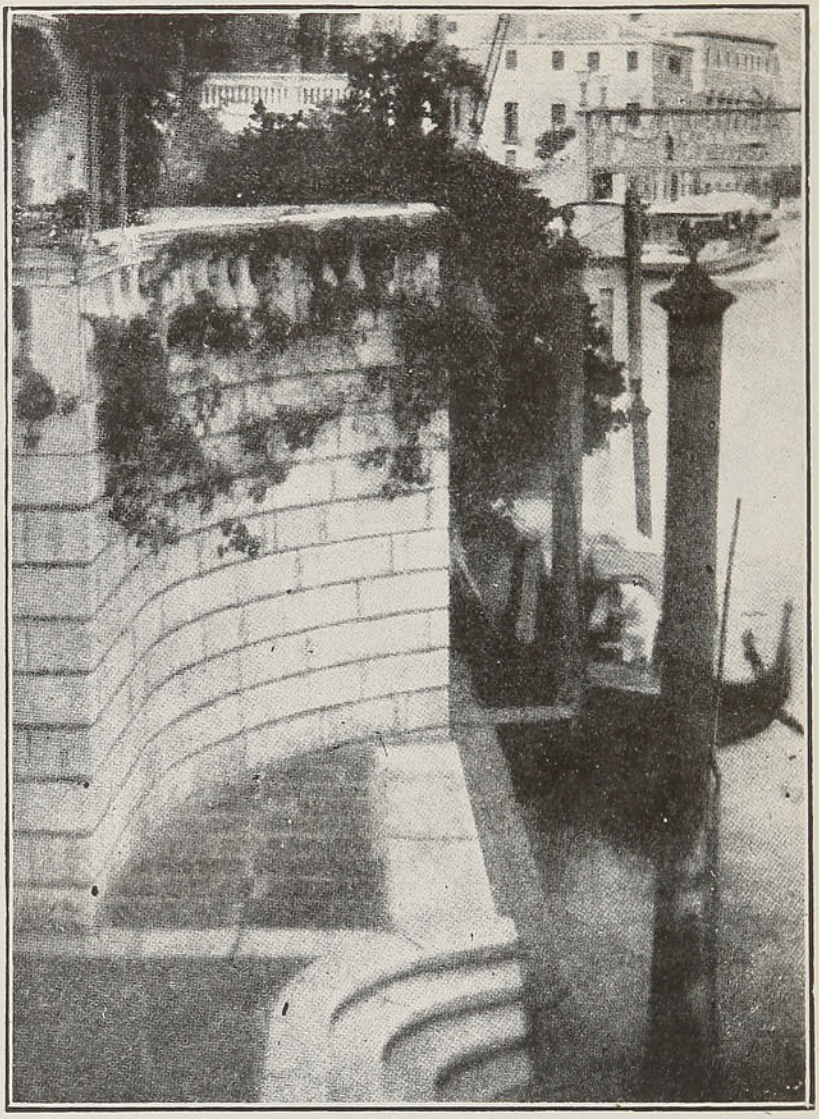
El príncipe jura la bandera.

S. M. la Reina de España leyendo su discurso en el momento de entregar la bandera sobre la que ha de jurar su augusto hijo.

esta compañía en el mismo puesto que hoy ocupa mi hijo, y para un padre no cabe mayor satisfacción que la de dar su hijo a un regimiento y a una compañía, como yo os lo entrego ahora.

Estoy seguro de que el Regimiento Inmemorial no olvidará nunca el honor que ha recibido, y que sabrá responder a él y cumplirá siempre con su deber.

En prueba de que así lo haréis, gritad conmigo: ¡Viva España!



UN PALACIO DEL REY LUIS II

El espléndido Palacio de Herren-Chiemsee está a unas dos horas y media, por tren, de Munich. Hay que salir temprano por la mañana, regresando hacia el anochecer, para formarse una idea del magnífico edificio que, entre montañas y junto al pintoresco lago de Chiemsee, levantó el famoso Rey loco.

El Palacio es imitación del de Versalles, que siempre sedujo al Rey Luis, soñador de tiempo que fueron, entusiasmado con las óperas de Wagner, las leyendas del Rhin, la Corte de Luis XIV y el Trianon.

Para admirar a este Rey hay que leer su vida, porque su vida entera fué un en-

sueño, y esos ensueños, calificados de locuras, son hoy la riqueza de Baviera. El Palacio fantástico de Linderhof, que costó 70 millones; el castillo de Neu Schwanstein, situado en la cima de una montaña, y otras maravillas de arquitectura, atraen a millares de extranjeros, que vienen a ver sus riquezas. Los ingresos que produce el turismo cubren hoy día los gastos de esas obras gigantescas.

No me ha sido posible verlas todas. Esta visita la debo a la excesiva bondad de la Infanta Doña Paz, cuya invitación me proporcionó tan agradable excursión. Su Alteza iba a ver a la Princesa Aldegunda, hermana del Regente, y a la Duquesa de Calabria. Acompañábanla su hija la Princesa Pilar, Su Alteza la Infanta María Teresa y el Infante Don Fernando, con "su suite", a la cual se agregó el que esto escribe, en el coche reservado de antemano.

El viaje se hizo corto, a pesar de la distancia. El tiempo era ideal; el paisaje, precioso.

Al llegar al famoso lago de Chiemsee, el enorme panorama se extendió a nuestros ojos como una estupenda creación de la Naturaleza. Las aguas, azuladas, reflejaban la isla de Fraueninsel (donde se halla el antiguo convento de Monjas Benedictinas); las barcas, deslizándose lentamente sobre la superficie cristalina; las selvas frondosas que la rodean, y en el fondo la vasta cordillera de los Alpes bávaros, formando un cuadro asombroso de colores y matices, de los cuales sólo el pincel de un gran artista pudiera dar una idea aproximada.

A lo lejos, en medio de aquella soledad imponente en su silencio, rodeado de bosques y montañas, Luis II levantó su magnífico Palacio. Al mirarlo no podemos contener un gesto de sorpresa. Ese Versalles moderno, que haría el orgullo de la capital más rica del universo, parece un contrasentido en ese paisaje ideal que la mano del hombre no ha estropeado todavía.

Pero el Rey loco no lo pensó así. Fué su deseo crearse un palacio en que, lejos de la gente inoportuna, pudiera entregarse a sus ensueños. Al esplendor de la Naturaleza quiso añadir el esplendor del arte y del lujo artificial. De allí ese contraste tan brusco. Junto a los pinares vírgenes se extienden los "parterres" al estilo de "Le Notre", con sus jardines dibujados, sus estatuas y sus fuentes. Aquí y allá magníficos grupos alegóricos de bronce dorado. Las fuentes de mármol, llenas de estatuas, lanzan el agua en caprichosos chorros, despedidos con fuerza por boca de tritones, y ción de las hadas. Supera en magnificencia a los Palacios de España y Austria. Es más sueño disparatado y deslumbrador que nos asombra por sus riquezas.

Herren-Chiemsee es un laberinto de contrastes. Tiene algo de extraño, como un los canales, "trazados en línea recta", precipitan sus aguas en el lago que aparece al final de la avenida.

Al entrar en el Palacio nos quedamos atónitos. Esa morada suntuosa parece crearico que el Palacio de Invierno en San Petersburgo. Yo, al menos, puedo asegurar que comparado con este Palacio, cuanto he visto me parece mezquino y pobre.

Al subir la doble escalera de mármol presentimos las maravillas que vamos a ver en sus salones. Es aquélla una escalera verdaderamente regia. El oro, los bronces, el granito y los mármoles variados forman el marco resplandeciente de esos enormes frescos, representando escenas del reinado de Luis XIV. Al Rey Sol le vemos en casi todas las salas. Cuando no es un retrato suyo de cuerpo entero, es un busto o un bajorrelieve. Hay de él una soberbia estatua, como las hay en Lohengrin, otro favorito del Rey Luis. El interior es un asombro. Se va andando entre grupos de dioses mitológicos, copias de grandes escultores italianos. Venus, Apolo y Cupido invaden las galerías, atestadas de históricos recuerdos.

En los techos, alegóricos frescos, cuyas figuras parecen humanas, alternan con otras de cera pintada, apoyadas sobre la cornisa. Los bajorrelieves, en bronce dorado rivalizan con las enormes arañas de cristal veneciano.

La seda y el terciopelo se confunden con el oro, y la plata, la cristalería, las porcelanas y los soberbios tapices se amontonan en todas las estancias.

Eso es Herren-Chiemsee: un palacio encantado, perdido entre montes y selvas.

Intentar describirlo sería absurdo. "Hay que verlo para creerlo", según el refrán vulgar. Todo lo que puede imaginar el lujo combinado con la fantasía, eso es lo que amontonó el Rey loco en su Palacio.

Los lienzos son copia de Watteau, Van Loo y Lemoine. La alcoba real es copia exacta de la de Luis XIV, en Versalles. ¡Sólo el manto de oro bordado costó más de dos millones! Hay un famoso salón de los espejos, donde cada persona se refleja centenares de veces. En el gran comedor del Palacio, la mesa colocada en el centro subía y bajaba del "office" con todo el servicio puesto, sin que el monarca necesitara en la sala de un solo criado de servicio. En la magnífica galería, imitación de la de los espejos de Versalles, entre todo el caudal gastado en mármoles y pinturas, destacan los

candelabros de cristalería con sus 2.500 luces, que aparecían y desaparecían en el suelo, obedeciendo a un mecanismo mágico.

En medio de esos esplendores solía vivir solitario el Rey Luis de Baviera, durante unos días del año, sin tener nunca invitados. La Infanta Doña Paz fué una excepción, y la única dama que ha vivido en ese Palacio encantado, que el monarca cerraba aun a sus parientes.

Su Alteza me contó la impresión imborrable que le produjo su primera visita. Llegó de noche, por el lago, en una góndola iluminada. Al entrar en el Palacio, todas sus galerías y salones resplandecían de luces, como si se diera una fiesta. En el Palacio no había nadie. El Rey ni parecía ni pareció en todo el tiempo que ella permaneció allí. Su Alteza fué conducida al comedor, donde la mesa mágica apareció de pronto, servida y preparada. La Infanta se acostó en las regias habitaciones, dispuestas de antemano, y al día siguiente empezó de nuevo esa comedia de magia. El mismo silencio, la misma soledad. Su Alteza recibía flores y obsequios. Era servida con esplendidez. Admiraba las riquezas del Palacio; pero el Rey no apareció un momento. A los tres días, la Infanta puso término a tan extraña visita, que rayaba ya en monótona.

Tal fué el convite a S. A. del Rey loco, que gustaba de asombrar a sus huéspedes.

Hoy el Palacio, sin monarca ni cortesanos, parece triste, tan triste como el agua de las fuentes que gime en aquella hermosa soledad...

¿SERA CIERTO?

La mayoría de las veces pasamos, para el criterio de los demás, por malos. ¡Culpa nuestra! Disfrazamos la ingenuidad con una picardía tomada a préstamo. Consideramos ridículo ofrecernos como bondadosos, según somos, al espectáculo de los otros, tan bondadosos a las veces, como nosotros, escudados también, bajo una careta de cartón pintado. Creemos que somos más dignos y respondemos mejor al estado actual de la sociedad, si en lugar de sonreir al que pasa, al que nos habla, con el que comerciamos, le enseñamos los dientes en actitud de perros gruñidores. Creemos que no enseñando al prójimo nuestra nativa inclinación al bien, somos más hombres... El fingimiento termina por poseernos, y corrido el tiempo ya no fingimos a sabiendas.

Nos hemos entretenido durante años en arrojar sobre nuestro corazón, lodo de indiferencia, arena de envidia, pedregullo de maldad, y terminamos, forzosamente, por recubrirlo de adoquines... Por sobre ellos resbalarán las cosas de la vida sin dejar la más ligera huella. Ha de ser formidablemente pesado el carro que lo cruce, cargado generalmente, de desilusiones,—que es lo que más pesa—para que los adoquines tiemblen un instante, como prontos a abandonar su lecho de piedras, de arena y de lodo, pero en realidad, se afirman mejor; el tiempo para eso, va continuamente llenando los intersticios de polvo, y termina todo formando una sola masa: nuestra coraza hipócrita, artificial y maldita.

Cada año, cada día, cada hora, nos ayudan eficazmente al enterramiento de nuestra bondad. Nosotros hasta complacidos asistimos a la tarea, bien conscientes de la que hacemos, olvidándonos de su importancia, a fuerza de saberlo... ¿Bien conscientes...? ¡No! Nuestra vida no nos da tiempo para mirarnos el interior... ¡Si lo mirásemos...! Si fuéramos capaces de detenernos un solo día en el camino absurdo que llevamos, y lo empleáramos en buscar en nuestro "yo" escondido y vergonzante, ¡qué no hallaríamos...!

LA MORALIDAD EN EL VESTIDO

OPINIONES DE LA CONDESA DE PARDO BAZAN.—CONTRA LA EXAGERACION DE CIERTAS COSTUMBRES.

No ha mucho nuestro ilustre metropolitano lanzó una pastoral contra las exageraciones de ciertas modas que llevan a la mujer a la ostentación de lujos reñidos con la moral.

En otras partes, como en Méjico y el Uruguay, los arzobispos han dado iguales consejos.

Disertando sobre estos puntos escribe la condesa de Pardo Bazán:

" Yo manifestaré cuál es mi impresión en este respecto, sin autoridad, como espectadora. La Iglesia ha expuesto su doctrina en encíclicas y pastorales; la ha inculcado en el público y en el confesionario, en las misiones y en las conferencias; la ha dado a conocer en la prensa y en libros; ha hecho triduos para implorar el éxito de la cruzada de la modestia. Creo que nadie podrá alegar ignorancia respecto a este punto. Hasta en las puertas de los templos ha exteriorizado su criterio en forma de aviso a los comulgantes. Harto ciego es quien no ve por tela de cedazo.

" Y, no ostante, creyérase que en esta hora, por tela de cedazo y aún por un diáfano cristal nadie ve nada, cual si una venda del mismo modelo y espesor cubriese todos los ojos y como en el bello drama de Maeterlinck, anduviese la sociedad entera perdida en un bosque sombrío, sin guía ni rumbo.

No he de citar textos impresos donde consta la opinión de la Iglesia, porque quien lo desee puede leerlos. Me limitaré a recoger algo más profano: el sentimiento que domina en las conversaciones, en las discusiones, en el ambiente general. Por otra parte, la razón histórica nos enseña que la Iglesia, no hoy, sino siempre, al través de las edades, ha puesto empeño en sanear costumbres y usos, refrenando la licencia y actuando de elevadora de la moralidad. Casi pudiéramos afirmar que la esencia del cristianismo se concentró en la aspiración persistente a una humanidad más pura, más superior a la violencia del instinto, y en esta dirección constante del cristianismo vino a concretarse su oposición al sentido pagano, que hoy renace. Estoy repitiendo cosas demasiado conocidas; pero acaso se finge desconocerlas o por su misma evidencia se afecta desdeñarlas. La Iglesia no dirá hoy ni más ni menos de lo que decía hace diecinueve siglos, y en esta invariabilidad de la doctrina reside su mayor fuerza. Algo ha de haber que perdure y en que puedan los míseros humanos encontrar seguridad y norte.

Y claro es que las costumbres tienen que modificarse, poco o mucho, al correr del tiempo, aún cuando en ciertos aspectos el cambio es más aparente que positivo. Hay, con todo, épocas en que se agudizan los males sociales, y nadie dudará que de éstas sea la que nos ha tocado en suerte. Sufrimos una crisis de decadencia, y entre sus claros síntomas cuento la transformación de muchos elementos femeninos. Acaso haya quien suponga que esto puede ser consecuencia de las tendencias y doctrinas feministas. Yo diría exactamente lo contrario. O el feminismo no es nada, o es la imposición de un fin serio para la vida. Y no conozco cosa menos seria que salir a la calle en ropas menores, bailar danzas zoológicas, más grotescas aún que licenciosas y otras muchas niñerías—califiquémoslas así—que constituyen lo externo de tal transformación. Lo interno júzguelo quien pueda escrutar los corazones.

Cuando se habla de estos fenómenos es preciso convenir en que no hay dos dictámenes: hay solamente el condenatorio. Es curioso que la más picante censura no provenga de los varones graves y sesudos, ni de los eclesiásticos, sino de una clase de hombres a quienes se suele calificar de "corridos"; sujetos de experiencia y prácticos en la ciencia de la que llamó Cervantes en "Rinconete y Cortadillo" la "vita bona"—significada en un baile alegre;—gastados y duros de pelar, y al mismo tiempo finos catadores del licor de la gracia femenina, que para ser dulce, y, gustoso ha de mostrar en el delicado vaso el granate purpúreo de la honestidad y la verguenza. Estos tales ejercen severa aunque humorística crítica de los nuevos estilos de la mujer; y se les unen, quizás en silencio, por la timidez que sólo se pierde con los años, por temor al ridículo, los mozos casaderos deseosos de formarse más adelante hogar venturoso y pacífico, donde florezcan rubios infantillos y donde en las adversidades de la vida hallen descansadero para el cuerpo y para el alma. Y no esperan encontrarlo entre la

multitud femenina que establece competencia de extravagancias y, a imitación de aquella divertida familia de una piececita titulada "Los pantalones", a cada momento corta unos centímetros de tela, no para andar cómodamente, que esto sería recomendable, sino para exhibir algo más de unas formas que no siempre se igualan con las de las Venus griegas, ni siquiera con las de las majas de rompe y rasga que creó nuestro Goya, y que, cuando están vestidas, lo están con garbo y decoro.

Es árduo decir donde se halla localizada la infección. En todas las capaz o zonas de la sociedad la vemos difundida. En aldeanas la he reconocido, y en altas clases parece ocioso notar cómo cunde. La que, sudorosa, olvidada de las lindas danzas regionales y tradicionales, baila el "agarradillo" en mi tierra, puede en este particular asimilarse a la que al moverse exhala "ideal" (me refiero al perfume). Y como puede venir el desequilibrio a la vida doméstica de los ricos, viene a la de los trabajadores agrícolas si se pasan la tarde en los "salones", donde gastan en bebidas y baraja lo que necesitarían para alimentarse sustancialmente.

Rara vez deja de ir unida en la historia la pública licencia, y demás de las costumbres al despilfarro y ruina de las haciendas, grandes o chicas. No se sabe cuál de las dos anormalidades daña más a la costitución de la célula social familiar, que tiene que estar íntegra y sana para que sus grupos formen un organismo fuerte. El derroche en el hombre es mucho daño; pero en la mujer casi se nos ofrece más peligroso, porque es el único recurso para llenar existencias vacías y sin finalidad verdadera, y matar un tiempo que pesa como plomo a los que no lo emplean en nada útil. Nunca la locura de la moda ha hecho más estragos, hoy que todo se pesa en oro y todas las mujeres quisieran, por lo mismo, significar en el atavío la posición. El valor de nuestra moneda con relación a las extranjeras trae una nube de explotadores del antojo femenino y nos inunda de "creaciones", "altas fantasías", "modelos deliciosos" y otras garambainas que duran quince días y cuestan una fortuna.

No repruebo el lujo, que hace vivir a tanta gente y sólo es perjudicial para el que lo gasta; pero el lujo es cosa distinta de la prodigalidad; casi es lo opuesto. El lujo es el resplandor de la fortuna, y muy preferible a la tacañería y miseria; más no ha de llamarse lujo, y sobre todo lujo artístico e inteligente, a cierto vértigo ya descrito por fray Luis de León; el vértigo de adquisición de indumentaria; el vértigo de desecharla casi al punto; el vértigo de vestir de verano en invierno ,y vice-versa; el vértigo de la supresión de la ropa interior, sustituída por tunicela de seda con orla de flores artificiales, y tantos y tantos vértigos que van a parar al bolsillo, no sin pasar antes por el juicio y la cordura. La misma inquietud que lleva a los señores a cambiar de automóvil cada cinco meses empuja a las señoras a traer a su casa, como si fuesen fetiches, colecciones de sombreretes y pingos, para mayor irrisión "demodés" antes de estrenados. Y obsérvese que cuanta menos tela necesita más caro va costando el pingo "creación".

No quisiera parecer un moralista ceñudo y fastidioso, que reprueba los goces de la existencia. Puede ser amable y hermosa sin todas esas anomalías. La mujer puede vestir bien, sobre todo si tiene gusto natural dentro de una moderación preservadora. Puede escotarse—¿por qué nó?—con tal que su corpiño exista, y puede recortar algo de falda con tal que no la suprima de rodilla a cintura. Yo no presumo de censor ni defino la moral. En esta cuestión me basta un poco de discurso. Y, además, me basta reconocer el contraste que forman las casquivanerías indicadas con el estado del mundo con lo luctuoso del momento. Esto sólo convidaría a reflexión y arreglo de la vida. Y no parece sino que es al revés. Como decía con razón una dama a propósito de cosas extrañas que asoman en la superficie (y únicamente de la superficie me atrevo a hablar), creeríamos habitar en otro planeta.

Los síntomas morbosos alarman doblemente cuando se manifiestan en la mujer. Si se comprendiese lo que entraña la desorbitación y desorientación de la mujer, que aún privada de derechos que el varón retiene y monopoliza, y semi relegada a la sombra de las paredes en que faena, es una fuerza consolidadora comparable a las que en el seno del mar, en lenta agregación, van formando y alzando los continentes; si se comprendiese, repito, la transcendencia de este arrinconado elemento, se diría de ella lo que dijo Dante del Amor: que mueve al sol y a las otras estrellas. Así, al desorganizarse la mujer, son los tejidos profundos los que se sienten atacados y como disueltos; y si la sociedad revelase con mayor energía el instinto de conservación y no quisiese morir, se pondría en cura; y si fuese cauta y avisada, defendería ese punto flaco, que a la larga es el más fuerte, y reaccionaria contra todo lo que convierte a la mujer en disolvente, tal vez sin intención suya, y por lo mismo, con mayor actividad de disolución. Muchos suponen que una de las sublimes palabras de Cristo en la cruz es aplicable a semejantes casos... Hay que perdonar a los que no saben lo que hacen; y con todo eso, ¿se explica tanta inconsciencia?

Y nada de confusiones. No me refiero sino a parte de las mujeres; no generalizo tanto. Mi reprobación va contra ciertas costumbres; nunca contra lo que haga la mujer para mejorar su condición, para reivindicar derechos civiles y políticos. Cosa singular: tratándose de bailar el "paso del oso" o de otra fiera, nadie exige preparación a la mujer, y si se habla de sufragio, álzanse voces reclamando mucha preparación, muchísima. Lo más digno de nota es que estas voces no parten de la Iglesia Adivina, adivinanza... Si aciertas lo que llevo en este capacho, te doy un racimo"

CURIOSIDADES.—LA GIMNASIA EN LOS VARICOSOS

Cuando las várices se hallan algo desenvueltas, la marcha del individuo es penosa y difícil, porque provoca el edema de los pies y dolores algunas veces agudos. La intervención quirúrgica resecando o suprimiendo el vaso venoso dilatado, puede curar las várices cuando éstas no son demasiado voluminosas, restableciendo la circulación colateral por sus naturales vías.

Sin embargo, antes de apelar a este cruento recurso terapéutico, digamos algo de la gimnasia de las piernas en el aire libre.

El enfermo se acostará en decúbito supino sobre una silla larga o sobre su misma cama, procurando mantener las piernas en ángulo recto lo más altas posible con relación al tronco. Se empieza por una simple elevación de las piernas, en la citada posición, durante algunos segundos, y para facilitar al principio este movimiento, se apoyará el pie contra la pared. Durante este tiempo, se flexionan y se extienden sucesivamente los dedos de los pies, haciendo, además, movimientos de rotación de estos últimos de derecha a izquierda. Renuévense las extensiones y flexiones de las piernas sobre el muslo y de éste sobre la pelvis dos o tres veces al día, sin prolongar este ejercicio más de cinco a diez minutos, con arreglo al grado de fatiga que sentirse pueda. Se dará comienzo por la gimnasia en una sola pierna; pero con el ejercicio, el enfermo se irá habituando fácilmente a realizar los movimientos con los dos miembros. Las sesiones deben ser de corta duración y repetidas, y al terminarse este ejercicio, se dará una fricción alcohólica en las extremidades enfermas.

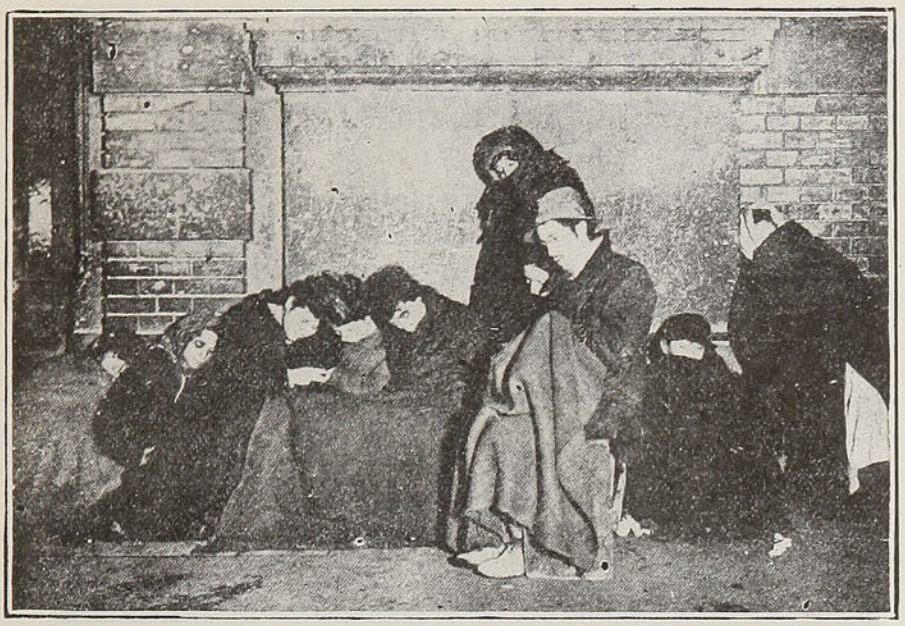
Este tratamiento kinesiterápico puede ser favorecido asociando a su acción la gimnasia respiratoria. El enfermo debe realizar una amplia inspiración en el momento de la contracción de los músculos y expirar en el momento que el paciente los distiende.

Gracias a este procedimiento, tan fácil de llevar a la práctica, se remedian los edemas debidos a insuficiencia venosa, y después de cada sesión el enfermo nota mayor ligereza en sus miembros.

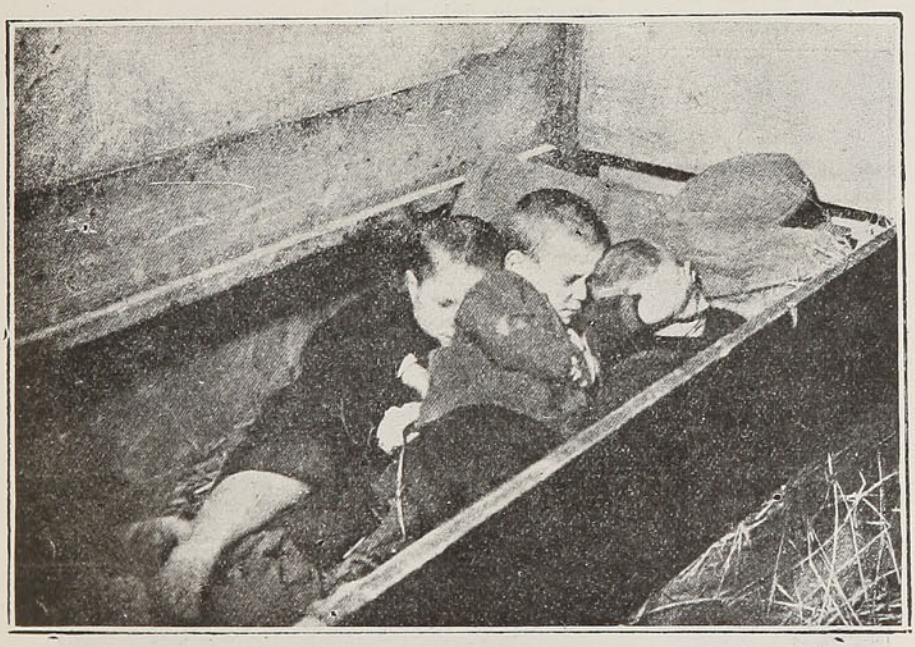
CUADROS DE HORROR Y DE MISERIA

Lector o lectora: Estas fotografías están tomadas del natural. Ah´, a esos conventillos inmundos, a esos antros de la desgracia y del vicio va "La Cruz Blanca" en cumplimiento de su misión redentora.

Pero nuestra sociedad **tiene exhaustos sus fondos; nuestros gastos superan en mucho a nuestras entradas.** Si eres hombre o mujer de corazón, préstanos tu ayuda. No te hagas cómplice de la indiferencia y del egoísmo, que, muchas veces, son más culpables y repugnantes que el crimen.

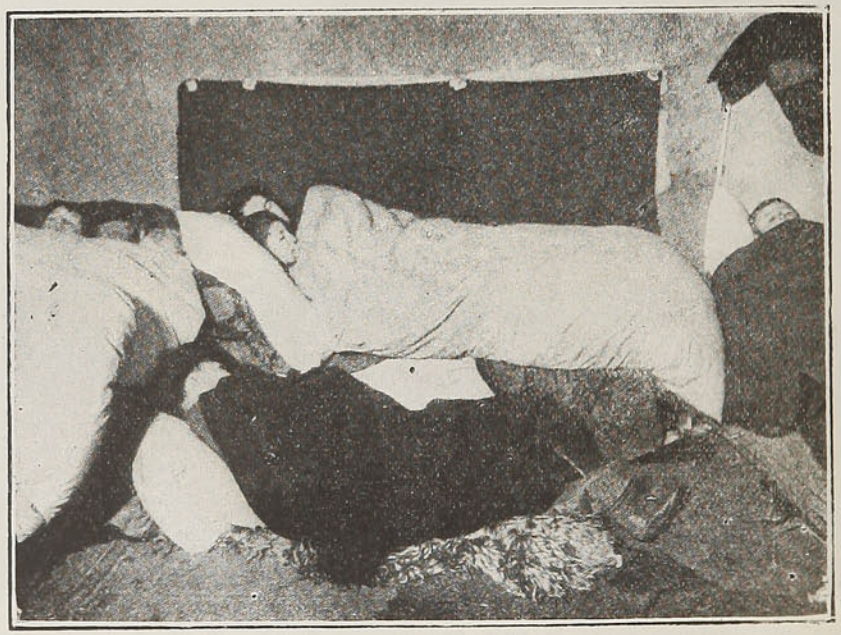


Una familia arrojada a la calle por no poder cancelar el arriendo de la casa en que habían vivido durante un año.



Niños que duermen sobre la paja podrida. La madre, de oficio lavandera, está en el hospital.

Familia E. M.—Padre enfermo, madre ciega y con una gravísima enfermedad al corazón; 3 niños. El que está acostado en el suelo quiso sacar pan del carretón de un panadero que, al rechazarlo, lo hizo caer sobre las piedras. El carretón le pasó por encima de las piernas y lo dejó cojo.



Seis niños que no tienen qué comer, hijos de un padre que hace tres meses no puede moverse de la cama, víctima de una enfermedad horrible.

Niños en buen estado de salud, obligados a permanecer en el lecho por no tener traje con qué salir a la calle.

Habitación de la viuda A. N. Tiene seis hijos y todos viven de lo que gana el mayor, muchacho de 15 años.

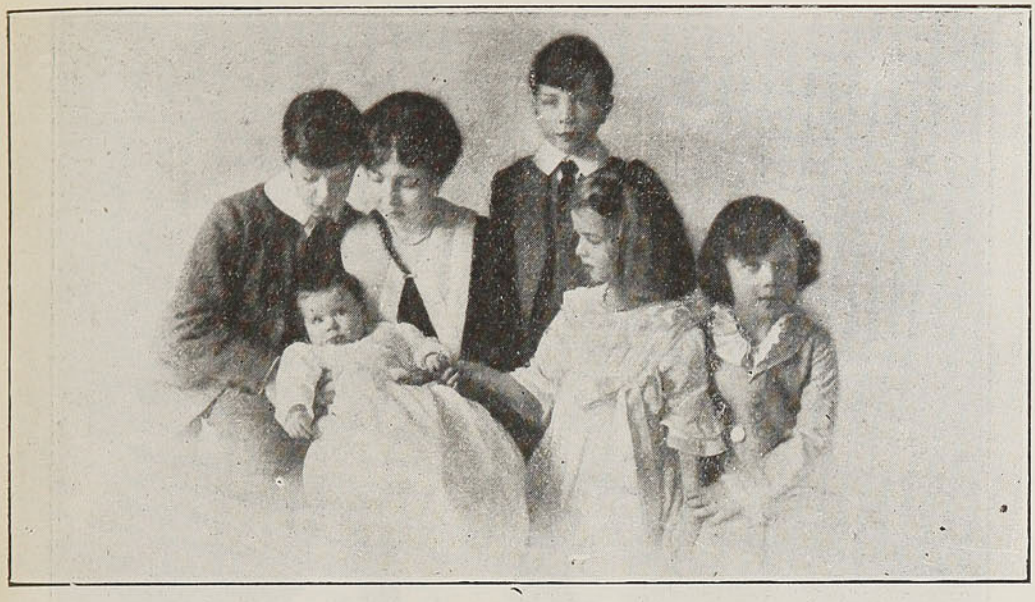
La princesa Margarita, heredera de la corona de Suecia.

LOS ULTIMOS DESEOS DE UNA PRINCESA

En mayo último falleció en Estokolmo la Princesa Margarita, heredera de la Corona de Suecia. Por su nacimiento era princesa británica, pues fué hija del Duque de Connaught, hermano de Eduardo VII.

En un diario sueco encontramos estos detalles conmovedores, que pintan, mejor que una biografía su carácter:

"Después que llegó el Rey de Suecia, de la Riviera, donde estaba veraneando,



La princesa con sus hijos poco tiempo antes de su muerte.

fué abierto el documento que contenía las últimas disposiciones de la princesa Margarita. Fué redactado en 1914 y detalla en él, con suma sencillez, lo que debía ser su ceremonia funeral.

La princesa dejó establecido que deseaba que su cuerpo fuera cubierto con su velo nupcial hasta el momento de cerrar el féretro y que fuera amortajado con su traje de novia. También dejó estipulado que se colocara un crucifijo en las manos y que el féretro fuera sencillo, de roble, estilo inglés. El cajón debía ser cubierto con las banderas de Suecia y Gran Bretaña.

La princesa Margarita, dejó también expresado, que no debía hacerse la ceremonia de exposición de su cadáver ante el pueblo—según costumbre real y que sus órdenes y condecoraciones no fueran exhibidas. Unas cuantas velas altas, encendidas y una cruz de flores naturales a la cabecera eran todo el adorno que deseaba. Las flores debían ser con preferencia lirios de todas clases especialmente azucenas.

Su voluntad fué cumplida de acuerdo con lo que dejó estampado en este curioso documento.

Vivir se debe en la vida de tal suerte, que vida se halle en la muerte.

SEÑOR SUBSCRIPTOR....

Soy la embajadora de "La Cruz Blanca", que vengo

a hacer un llamado especial a tu caridad y a tu espíritu de sacrificio.

En este mes de Agosto terminan muchas de nuestras subscripciones.

Que NI UNO SOLO de nuestros abonados se niegue a continuar siendo un benefactor de nuestra obra, porque nos hayamos visto obligadas a aumentar el precio de nuestra revista.

Sabe, amigo subscriptor, que hay un desequilibrio notorio entre nuestras entradas, que no crecen, y nuestros gastos, que cada día van en aumento. Piensa, tambien, que en nombre de Dios, extendemos la mano para decirte que esos DIEZ PESOS que tú vas a pagar por la revista, están destinados a hacer vivir a infelices muchachas para quienes "La Cruz Blanca" representa el alejamiento del peligro, la virtud regeneradora del arrepentimiento, o la purificación por el dolor que redime.

Los pequeños alumnos durante la lección de Historia.

LA ENSEÑANZA EN ALEMANIA

UNA ESCUELA MODELO

Lichterfelde es una pequeña población de la provincia de Brandeburgo, en Prusia. Situada en la línea férrea de Berlín a Potsdam, el viajero pasa indiferente ante ella, porque las guías del turismo no la señalan con otra particularidad que la posesión de una escuela militar y de una sinagoga. Sin embargo, en la modesta urbe prusiana viene funcionando desde hace catorce o quince años uno de los establecimientos docentes más interesantes del mundo: la "escuela instintiva" del doctor Berthold Otto, a la que se refieren las adjuntas ilustraciones.

En esa escuela, constituída bajo el principio de la libertad más absoluta, hallan los niños, por virtud del propio instinto, la instrucción más conveniente a sus especiales aptitudes. El doctor Otto no sólo es adversario de la instrucción obligatoria, sino que ni admite siquiera un plan general docente. Los profesores tienen por único deber observar con atención los gustos instintivos de cada alumno, estimulando el desarrollo de los mismos, o, en otros términos: el maestro no enseña las ciencias; auxilia al educando en la apropiación de los conocimientos especiales en la medida que exigen las facultades del individuo.

La escuela, cuyas clases suelen tener por escenario el bosque inmediato al edificio, es como una prolongación del hogar. Cotidianamente acuden a ella hasta medio centenar de niños y niñas (desde la edad de seis años hasta la de la adolescencia), y acomodándose en torno de una mesa, inician una amable conferencia. El alumno que se ha presentado el primero tiene derecho a abrir el debate. Este versa sobre algún hecho en que ha intervenido el orador o acerca de alguna materia aprendida en un li-

bro, pudiendo hacer el profesor a sus discípulos las preguntas que tenga por conveniente. Síguese una discusión sobre el tema propuesto, asumiendo el profesor las mismas funciones que el presidente de una asamblea deliberante.

Su principal cuidado ha de ser que el debate revista bastante interés general, encauzándolo hacia la ciencia especial que trata del problema sometido a estudio. De esta suerte se pone al servicio de la instrucción la vida diaria de cada alumno, estimulándose la aptitud de juzgar de las cosas y de ahondar en su espíritu. Revélase así más fácilmente la verdadera vocación del niño, como sus inclinaciones naturales, y una vez discernidas éstas con toda precisión, da comienzo la enseñanza especializada por grupos afines en gustos y tendencias.

Las clases no duran más allá de media hora, siguiéndolas un descanso de veinticinco minutos durante el cual los alumnos juegan o conversan libremente. Abolido en absoluto el arcaico sistema del castigo impuesto por el profesor, establécense desde el principio una fraternal camaradería entre el que enseña y el que aprende. Toda la disciplina del establecimiento está en manos de los mismos escolares. Cada semestre se elige un tribunal entr los alumnos, constituído por un juez superior, dos auxiliares y tres suplentes. Cuídase especialmente de que formen siempre parte del tribunal tres niños y tres niñas. Acusador, acusado y testigos comparecen ante sus juzgadores y, examinado el asunto, falla el tribunal, imponiendo las penalidades correspondientes o absolviendo al acusado, según resulte del acto del juicio. La pena más temida por los niños es el alejamiento de la escuela durante un tiempo determinado.

La institución docente Berthold Otto es visitada todos los años por numerosos pedagogos extranjeros, que hallan en ella indudables ventajas sobre los rutinarios sistemas en uso. Del interés que despierta en todo el mundo esta escuela de Lichterfelde,

Una lección de Gramática en el jardín.

habla el hecho de haber sido presenciados sus cursos, a partir del año 1906, por más de 3.000 personas, especialmente dedicadas a los problemas pedagógicos. ¡Qué grata ha de ser, en efecto, la contemplación de este espectáculo único del niño, que da sus primeros pasos en la vía de la ciencia, en libre contacto con la Naturaleza, sin coacciones que embaracen o tuerzan sus inclinaciones, guiado amorosamente, paternalmente, por la experta mano del maestro, que ya no sostine, amenazadora, la temida férula del **dómine** clásico, sino la antorcha luminosa del saber.

⚜ ⚜ ⚜

CONTRA LA ONICOFAGIA

La onicofagia es una bonita palabra para expresar una fea costumbre: la de morderse las uñas. En vez de costumbre, debía escribirse enfermedad, porque de hecho lo es, toda vez que este hábito vicioso se convierte, la mayor parte de las veces, en un tic, una manía, una verdadera tara nerviosa que es muy difícil de curar. Preguntad las mamás cuyos hijos han contraído esta desagradable afición; preguntad a los médicos que han sido consultados por ellas y también por adultos, y veréis la innumerable lista de medios empleados frecuentemente sin el menor resultado. Royéndose las uñas el niño, contrae una verdadera deformidad de los dedos, sin contar que se produce una superficie cruenta, descarnada, que expone al pequeño onicófago a graves infecciones.

Se ha intentado el uso continuo de guantes, pero el medio es insuficiente; el pequeño maniático roe la punta del dedo a través del guante. Se ha ensayado la inmersión de los dedos en soluciones concentradas de sustancias amargas **quassia amara**, áloe, ruibarbo, quinina, etc. Por lo general, estos medios son insuficientes. El niño lleva un poco menos que antes el dedo entre los dientes, y una vez que la sustancia medicamentosa se desprende, vuelve a comenzar más a placer que nunca.

Un joven estudiante de Medicina fué curado de su manía el mismo día en que tuvo que hacer disecciones anatómicas: el olor desagradable de cadáver dejado en sus dedos, le suprimió de raíz la tentación de roerse las uñas.

El Dr. Didsbury ha recurrido a un procedimiento particular: desplaza el diente, elevando simétricamente por los lados la articulación al nivel de los molares, poniendo así los dientes anteriores en la imposibilidad de juntarse. Obtiene este resultado cubriendo por sus coronas los molares con un aparato de vulcanita o de metal. El procedimiento es bueno, y la curación es radical al cabo de algunas semanas; pero es necesario para este tratamiento el concurso del dentista.

El Dr. Schreiber ha tenido la idea de entretener los dientes de otro modo, haciéndolos mascar caucho americano; dichos masticatorios, son vendidos en las farmacias, y aun en las tiendas de tabaco bajo el nombre de **chewing gum**, perfumados a la menta, a la vainilla. Habiendo de tratar onicófagos M. Schreiber, les aconsejó proveerse de un masticatorio y mascar un pedazo todas las veces que sintieran deseos de morderse las uñas. Los resultados, según asegura, fueron inmediatos y perfectos, con gran sorpresa de los padres de los enfermitos que ya lo habían ensayado todo para quitarles tan mal hábito.

El medio no es ni costoso ni difícil de emplear; no tiene más que un inconveniente, y es que las gentes que usan masticatorios se acostumbran un poco a ellos, lo cual es sustituir una manía por otra. Pero, de todas suertes, más vale mascar goma que roerse las uñas; lo primero es menos sucio y menos peligroso que lo segundo.

El masticatorio puede ejercer una acción favorable en la digestión, aumentando la secreción salivar, y de todos modos, parece que se pueda más fácilmente desembarazarse en un momento dado del tic de mascar que de la manía de roerse las uñas.

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio–Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras
en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN DA

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

Santiago de Chile, Septiembre de 1920

"REMINGTON"

ES LA MAQUINA DE ESCRIBIR MAS MODERNA QUE UD. PUEDE COMPRAR

Dotada de los últimos adelantos, no ha tenido rival capaz de sobrepasarla.

Pida informes a sus Importadores

MORRISON Y CIA.

Ahumada 65 - 77 Casilla 212

SANTIAGO

CASA WEIL
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
" Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

LA REVISTA "LA CRUZ BLANCA" ESTA EN VENTA EN LA LIBRERIA DE ZAMORANO Y CAPERAN, (CALLE COMPAÑIA CASI ESQUINA PLAZA), AL PRECIO DE UN PESO EL EJEMPLAR.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condell Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS,
CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES,
PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES --- GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, Inglesas y Francesas.

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	242

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rojas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Josefina Ferrari de Edwards	República	301	Parque 173
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
M. Luisa Eguiguren de Aldunate	Agustinas	710	696
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			

NOMBRE	CALLE	NUM	TE. EFONO
A			
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Arriarán de Garland, Luisa	Nataniel	631	
Alarcón de Aravena, Alicia	Cochrane	190	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Aguirre de Aguirre, Isabel			
B			
Bascuñan de Montes Eugenia			
Besa de Armanet, Raquel	Manuel Montt	2333	
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	356
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	2420
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	1431
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Bromberg de Molina, Clotilde	Merced	322	
C			
Carvallo de Brown Manuela	Viña del Mar		
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
Cabrera M., Clara Rosa	Recoleta	817	
Cabrera M., María Ana	Recoleta	817	
D			
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Díaz de Ossa, Javiera			
Donoso de Concha, Elena			
Dublé de Tonkin, Julia	Parque Forestal	560	
E			
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	318
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	1413
Echazarreta de Errázuriz, Amelia	Compañía	1712	
Eguiguren de Matte, Laura	Moneda	1625	
Edwards de López, Elena	Dieciocho	133	
Edwards de Pérez, Lydia			2754
Echavarría de Barriga, Sara	Av. República	301	
Edwards, Lucía	Huérfanos	1642	
Eguiguren de Méndez Laura	Galería Alessandri	24	1360
Egenau de Ferrer, María	Avenida Matta	640	
F			
Ferrer de Ferrer, Margarita	Avenida Matta	640	
Ferrari de Edwards, Josefina	Huérfanos	1580	Parque 173
Fóster, Josefina	Compañía	1373	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Feliú de Rivera, Laura	Merced	304	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELELONO
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Fóster de Zegers, Rosa	Av. Republica	157	
G			
G. de Carvallo, Elena	Viña del Mar		
González de Segovia, Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarilla de Tocornal, Teresa	Villavicencio	350	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	270
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	112
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús	Delicias	1721	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	1825
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Izquierdo de Reyes, Delia			
Ilabaca de Bello, Griselda	Moneda	778	106
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	
J			
Jouane de Tagle, Ana	Cité Concha y Toro	7	
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	
Larraín Bulnes, Lucía	Agustinas	138	180
Lynch de Gormáz, Luisa	M. Claro	1027	Prov. 150
Lecaros de Melo, Carmela	San Diego	68	
Lecaros de Undurraga, Marta	Catedral	1161	2699
Lira de Lira, Aurora	Huérfanos		
M			
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	1975
Marín, Herminia			
Marín de Marín, Berta	Dieciocho	422	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Sumaran de Moraga, Rosa	Maturana	403	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Dieciocho	133	
Menville de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montero Fuenzalida, Amalia	Av. República	54	
Merino, Blanca	Brasil	160	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	1251
Montte de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Molinare, Sara	Moneda	1640	
Molinare, Luisa	Moneda	1640	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Monckeberg de Alvarez, Luisa.	Moneda.	1914	
	Dieciocho.	146	
Méndez de Gana, Leonor.	Agustinas.	2573	
Manzano de Urrutia, Carmen.			
O			
Ortúzar de Tagle, Inés.	Ejército.	450	
P			
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos.	572	
Peró de Larraín, Elena.	Moneda.	730	2830
Pinto de Barceló, Rosa.	Villavicencio.	324	1307
Palma de Vial, María.	Teatinos.	148	2375
Prats Bello, Ana L.	Manuel Montt. . . .	2280	1202
Pacheco de Bari, Amelia.	Cochrane.	405	
Pardo de Searle, Adriana.	Sazié.	2290	
Parga de Silva, Mercedes.	Catedral.	2983	2938
Pinto de García Zegers, Nieves.	Brasil.	567	2331
Q			
Quindos de Montalva, Juana.	Serrano.	155	
R			
Rivera de Marín, Antonia.	Dieciocho.		
Rivera de Torreti, Adolfina.	Merced.	304	
Reyes de Torres, Hortensia.	Delicias.	1976	
Rivas de Errázuriz, Inés.	Dieciocho.	164	
Ruiz de Tagle, Josefina.	Huérfanos.	1642	1210
Rodríguez de Besa, Amalia.	Delicias.	2013	1899
Rozas de Urrejola, Mrcedes.	Morandé.	147	1825
R. de Rondanelli, Elvira.	Av. España.	52	1431
Ruiz de Ossa, Elena.	Cochrane.	142	1891
Ramos de Balmaceda, Ester.	Moneda.	1631	
Ramos de Balmaceda S., Rosa.	San Ignacio.	89	
Rivas de Subercaseaux, Mercedes.	Delicias.	1489	2251
			2921
S			339
S. de Klimesc, Estefanía.	Maestranza.		
Salas de Huneeus Teresa.	Dieciocho.		
Sanfuentes de Herquiñigo, Margarita. . .	Ejército.	273	
Salomó de Fierro, Blanca.	Catedral.	1843	989
Sepúlveda de Marchant Herminda. . . .	Santo Domingo. . . .		2634
Sotomayor de Rogers, María.	Mosqueto.	475	
Santa Cruz Ossa, Elvira.	Santo Domingo. . .	680	
Sepúlveda de Arrau Ercilia.	Merced.		
Silva de Amunátegui, Eva.			
Serrano de Cabieses, Carmela.	San Martín	77	Parque 9
Serrano de Santa Cruz, Matilde.	Ejército.	495	
Soto Rojas, Magdalena.	Av. Inglaterra. . . .	161	
Sánchez de Arnolds, Mercedes.	San Antonio.	56	
Subercaseaux Rivas Eugenia.	San Martín.		
E			
Tagle de Vergara. María.	Huérfanos.	1643	
Toro de Phillips, Adriana.	Teatinos.	535	
Troncoso de Costa, Laura.	Av. Amengual. Villa		
Torres de Rodríguez, Filomena.	San Benito. . . .		
Tupper de Cuevas, Elisa	Cerro.	91	
U			
Ugarte de Baeza, Adelaida.	Vergara.	50	
Ureta de Aguirre, Virginia.	Gálvez.	154	1744
Urzúa de Latham, Luisa.	Huérfanos.	1744	

NOMBRE	CALLE	NUM.	
V			
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	732
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	152
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	2632
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	230
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Wilms de Fernández, Blanca			785
Walker de Freire, María	Delicias	520	
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zañartu de Tagle, Raquel	Agustinas	1673	
Zegers de Echeñique, Isidora	Av. República	105	
Zañartu de Besa, Elena	Sto. Domingo	1334	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía	Compañía	1741	

Rogamos a todas las socias cuyos nombres, direcciones y teléfonos no estén en esta lista, de enviarlos a Catedral 1294.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 1652. Teléfono 2700.

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — Santiago, septiembre de 1920 — NUM. 25

SUMARIO:

UNA MADRE... COMO NOSOTRAS . 58
PRIMERA INFANCIA, **J. M. Salaverria** 66
EL HONOR 67
ENTRE PLATO Y PLATO 68
LA EPOPEYA DE LOS CONDORES 69
UNA CIUDAD SIN MOSCA 71
LA ESPIRITULIDAD DE LOS TIEMPOS PRESENTES 72
INJURIAS GRAVES 74
DEL CORTIJO.—BAJO EL SOL DE LA ERA. 75
EN EL MAR 76
DEL SIGLO DE ORO 80
LA PAGINA DEL NIÑO 82
LOS SOLDADOS CHILENOS 84

S. M. el Rey de España, con sus seis hijos, los Infantes Don Alfonso, Don Jaime, Don Gonzalo, Don Juan, Doña Beatriz y Doña María Cristina.

Una madre... como hay otras

Han pasado muchos días y hasta hoy no había podido recogerme en mi estancia, con el deseo de escuchar en mi interior y analizar toda esta triste **historia vivida.** Fiel a mi propósito de estudiar cada una de esas almas, hoy que la ciudad parece muerta y que ningún ruido perturbará mi paz, me he entregado como un niño al puro goce o a la acerba pena que causa analizar alguno de los corazones con quienes he tenido que estar en contacto.

El bullicio del mundo, me hace sentir una vaga pereza de espíritu y una nostalgia de reposo y soledad de los que rara vez disfruto. Recuerdo el campo y su obligado reposo con suave y secreta melancolía; las plantas que se despiertan al recibir temblando las primeras caricias del sol, los pajarillos con su cantar sabroso, no aprendido, en las enramadas de los árboles, bajo la pura brisa matinal del estío. Cuando soñolienta, todavía, me envuelve, la luz, y haciéndome violencia me levanté a contemplar la belleza de la naturaleza, creo que en aquel rinconcito del mundo, mío, en el cual se ha deslizado mi niñez, mi juventud y mi edad madura, la rueda del tiempo se ha parado. ¡Las horas resbalan sin sentirse, lo mismo que los años! Y sin embargo, hay algo que me retiene aquí en la ciudad con extraña fuerza.

Dulce y calladamente se me ha entrado en el alma como sutil aroma, una armonía que concierta mi vida, una extraña renovación de mi amor maternal, hacia las hijas de nadie, hacia las que sufren.

¡Qué vacía es la existencia que no tiene que ganarse el pan, ni persigue un fin, ni espera nada, ni llena ninguno de los objetos que dan a la vida un precio inestimable!

¡Bienaventurados los que poseen el tesoro de una fe viva que se demuestra en obras, sirviendo de viático en el camino!

Pasadas las primeras dificultades y esperanzas, veo que mi inteligencia y mi corazón van ganando y se me va limpiando el alma de telarañas que me estorba-

ban el reposo y la vista. Hasta en las contrariedades y tristezas, siento una especie de poesía que las torna ligeras. Vivo en contacto de tanta clase de almas, que esto me hace aguzar el entendimiento y ensanchar el corazón.

Hay historias que parecen cuentos y no es la menos inverosímil la que me he propuesto relatar hoy.

II

Iba a llegar. ¿En qué estado volvería aquella hija tantas veces llorada? ¿Venía arrepentida? ¿Sería sincero su arrepentimiento, o venía empujada por la miseria y el hastío? ¿Sería, para ella esa vuelta, luz de sus últimos años o el golpe de gracia de su triste vida? La impaciencia la consumía, hubiera querido estar sola.

Todos sospechaban la triste historia; algunas vecinas le habían llegado a preguntar con sorna por la hija ingrata, que abandonara a su anciana madre, a su marido y a una pequeña criatura, dejándolos luchar sólos con la vida y la miseria.

Muchas veces habían llegado noticias de las locuras y extravíos de Carmen. Fracasados todos los esfuerzos que hizo la infeliz madre para atraerla al bien, y convencida que el mal no tenía remedio, olvidó a la ingrata y la dió por muerta en su corazón, dedicando los esfuerzos de su trabajo a mantener a su pobre yerno demente y a la criatura abandonada, que era todo lo que le quedaba de afectos y de razón para vivir aún.

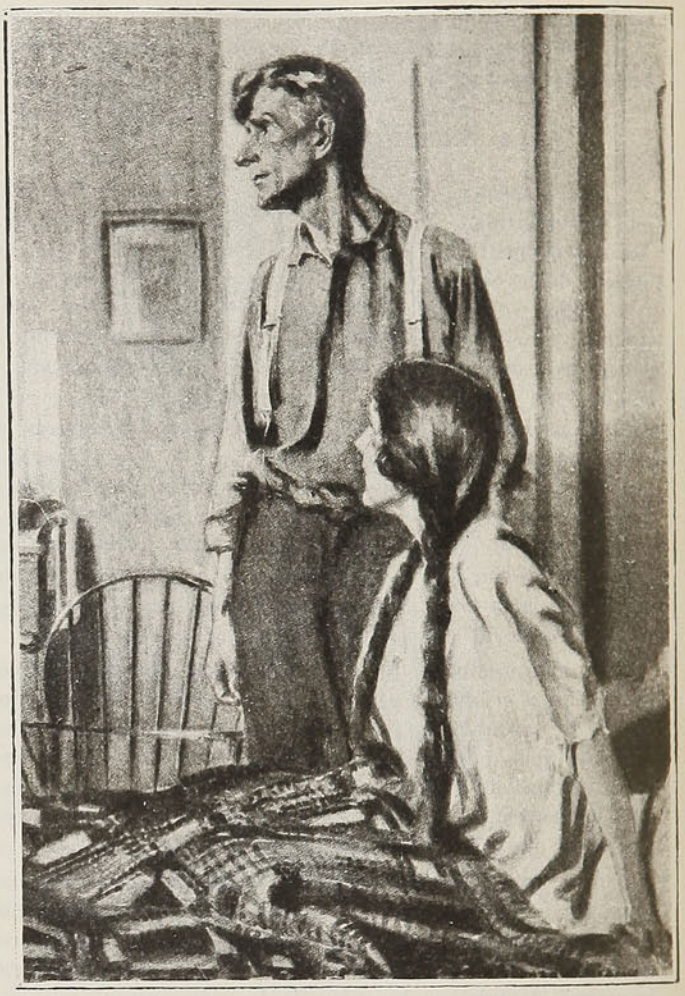
Esa carta recibida después de año de silencio, renovó en su alma el drama íntimo; y la incertidumbre de lo que le aguardaba con la vuelta de la prófuga, fué haciéndose más incierta a medida que el momento se acercaba. Toda su vida parecía concentrarse en ese nuevo encuentro, y miraba a la nieta como presintiendo que algo siniestro les aguardaba a ambas.

Sentía pena infinita al mirar el bello rostro de la niña, temiendo que fuera para ella una desgracia, como le había sido para su madre. El recuerdo del padre de Blanca, el hombre bueno, dulce, cuya pacífica locura impregnó de tristeza los ojos de la niña, renacía en cada movimiento de la hija, como un recuerdo, como un aviso de ultratumba, como pena infinita, presente a toda hora en el corazón de la anciana.

Parecíale que el rostro pálido de su yerno revivía en todos los rincones de su casa y que su voz empañada por el desvarío resonaba en todos los ámbitos, llamando, como acostumbraba, a la ausente.

Y volverían a sentarse juntas en aquel cuarto, después de tantos años en que ella se fugara del lado de su marido, sin pensar siquiera en su hija. Sentía una emoción extraña. Volverían a renovarse las largas horas de invierno, las veladas familiares, sólo faltaría el pobre loco. Y a la luz de la misma lámpara y al sonido del reloj que cantara aquellas horas lejanas. En el mismo sitio el sillón donde pasaba horas como aletargado

el pobre demente, y del cual sólo se levantaba para empezar una infructuosa pesquisa, llamando a la prófuga en distintos tonos y con diversos nombres. ¿Se daría cuenta ella del infortunio y del amor de aquel hombre? El golpe del dolor habíale hecho enloquecer y sólo volvió a tener instantes lúcidos al morir, para decir que la perdonaba y encargar a la abuela que no se separara nunca de la niña.



Allí en ese mismo sitio, volverían a reunirse. Pero, ¿qué sabía ella?, ¡pobre vieja!, los secretos del corazón y las ambiciones de su hija. ¿Qué de los enigmas terribles de su vida disipada? Nunca a su corazón enamorado del deber y del sacrificio, llegarían las concertadas frases del egoísmo y del vicio.

Y se puso a rumiar sus propias amarguras con la agudeza de análisis que da la experiencia de los años, y el torvo recelo de lo que le aguardaba se clavó como espada en su alma.

III

Era mediodía de una tarde otoñal. Un viento veleidoso traía en sus ráfagas soplos de aromas y calores de estío. El camino de los alrededores de la ciudad veíase polvoriento y bruñido por la luz del sol.

Por los barrios extramuros y en una de sus calles apartadas, caminaba una mujer de rostro altivo, de edad madura, en ese límite en que principia a diseñarse la vejez. Inspiraba al mirarla cierta repulsión. El cabello encrespado artificialmente, caía sobre la frente; la tez de ese blanco falso, gris, que da al uso de los cosméticos y pinturas; ojos grandes, de mirada torva, que se obscurecían más bajo el cerrado entrecejo; la nariz ligeramente encorvada acentuaba más su mirada y sellaba aún la característica que se desprendía de toda su persona: ¡Ave de rapiña humanizada!

Tenía formas amplias. De piernas y brazos largos, caminaba ligero y con ade-

mán nervioso, como quien teme o desea algo pronto. Al dar vuelta una callejuela, detúvoso como para averiguar que camino debía seguir. No había, en cuanto alcanzaban sus miradas, a la redonda, nadie que pudiera enderezar sus pasos e indicarle el camino de su hogar que años antes abandonara. Era la callejuela un desierto, sin nadie para recibir a la prófuga.

Pero alegrósele el alma al divisar una niña, que, adivinó podría indicarle el camino que deseaba seguir.

—Soy viajera—le dijo—vengo de lejos. Me he extraviado.

—¿Es Ud. forastera?, preguntó la niña.

—Forastera soy, hace años que estoy ausente de estas tierras y no tengo costumbre de andar a pie por sucias y angostas veredas.

Diciendo esto levantó su bien calzado pie, de tacos tan altos como delgados, que ponían de manifiesto la dificultad que encontraba para equilibrarse.

Olvidándose de las dificultades del trayecto recorrido, cobró ánimo al observar el semblante precioso de la muchacha, y como si éste encuentro fuera a indemnizarla de su trabajo dijo:

—Linda eres como rosa de primavera y digna de un príncipe. ¿Dónde vives?

La niña se quedó mirándola, con señales de viva turbación y a su vez le preguntó:

—A quién busca. ¿Tiene Ud. familia?

—Sí, pero hace diez años que falto de mi casa.

No dijo más la desconocida, en su cara se pintó una sonrisa cínica, satánica.

—Yo también tuve madre—dijo Blanca—era muy chica cuando dejé de verla. La he llorado por muerta con mi abuela.

—¿Cómo se llamaba?, preguntó la desconocida.

—Se llamaba Carmen.

Al escuchar su nombre se estremeció la forastera, y miró a la niña con zozobra y codicia. Tenía alterado el semblante, las manos trémulas, pegada la lengua al paladar. Se acercó a la niña mirándola con ansia, y exclamó de pronto: ¡Blanca! ¡Blanca! ¡Eres mi hija!

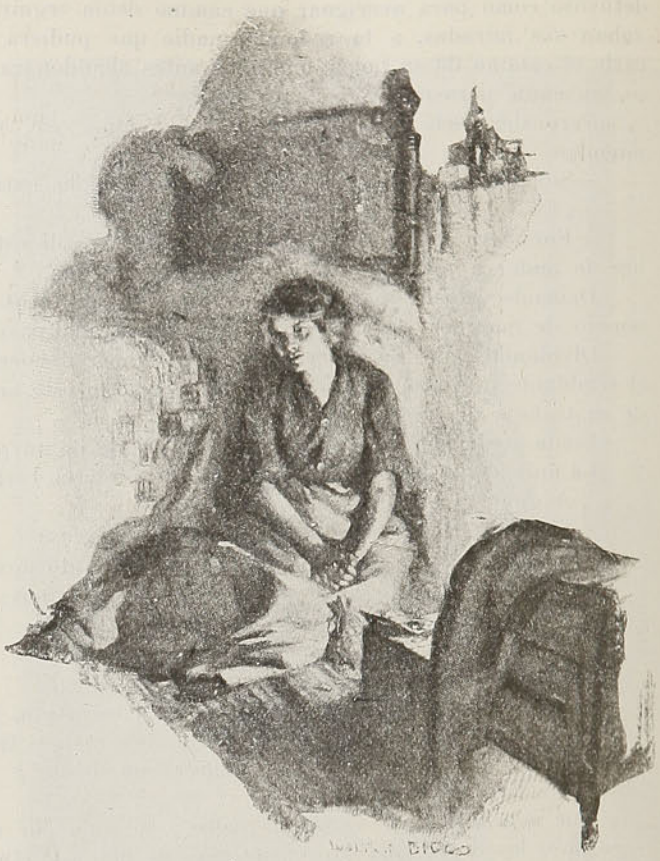
Fué a echarle los brazos al cuello y la niña por no sé que instinto, retrocedió y se puso los brazos delante en ademán de defensa. Desviaba su mirada de los ojos de su madre, sin poder creer que aquella mujer lo fuese, resistiéndose, a sus caricias. Sentía una vergüenza inexplicable, un torpe malestar.

La condujo a donde su abuela, sin alegría por el maravilloso encuentro: una pesadumbre la hacía extraña a aquella mujer que se decía su madre.

Llegaron a la casa donde vivía la pobre anciana, entraron, y al encontrarse una frente a la otra, quedáronse como absortas.

Queriendo descifrar la una en la otra lo que el porvenir les reservaba a ambas, miró la vie-

ja con clarovidencia que dan los años: tembló de espanto, como si viera un espectro, una fiera. Y al recibir en sus brazos a la hija por la cual durante años llorara, sintió deseos de ahogar y dar muerte con sus propias manos a ese ser extraño a quien ella misma diera vida. Y dudaba con helada asombro pudiera ser cierto lo que ella ya había adivinado: El objeto de ese viaje!



IV

La historia, la misma de siempre: la madre vendía por un puñado de oro la honra de su hija, y venía a buscarla.

La niña comprendía sin comprender, que todo lo que su madre deseaba era perderla, y la rechazaba y se replegaba instintivamente como la sensitiva ante las manos que osan rozarla. Ni una caricia, ni una mirada había conseguido, siempre huía o se escondía de ella. Ni los regalos que ofrecía en profusión, vestidos y joyas, consiguieron arrancar de la niña una sonrisa, ni una palabra de agradecimiento; huraña y esquiva siempre, sólo respondía con negativas, cuando la madre quería hacerla aceptar algo.

La abuela interrogó a la pequeña.

—No sé por qué abuelita, lo cierto es que todo eso me causa repulsión y cuando lo toco, creo que todos esos lujos son fuego, y me quema las manos; prefiero lo que tú me dás, aunque pobre, a todo eso que no puede ser mío, ni lo deseo.

Así pasaban los días hasta que la madre planteó la cuestión de frente a la abuela.

El cinismo, el descaro de la hija, espantaron a la anciana, quien se negó a entregar la niña, y huyó a esconderla, pidiendo amparo y protección para ella, en la Cruz Blanca. Esta institución colocó a la niña en un colegio y ahí permaneció algunos días.

Una tarde, tocan la campana del convento con inusitada nerviosidad y dicen a la portera, vienen con orden judicial a retirar la niña para entregársela a su madre.

La parte siguiente de esta historia vivida, parecerá invención a quien no la presenciara.

Blanca al saber que su madre quería llevársela, no hallando a quien clamar dirigióse a la capilla del colegio en busca de protección. Se arrodilló frente a una estatua de mármol blanco que representaba una mujer sumida en intenso dolor, cuyo corazón atravesaban siete espadas, y en el semblante de la cual el artista había esculpido grandes lágrimas que caían sobre sus mejillas. Al ver la niña el rostro afligido de esa Madre celestial, la única que en esa hora de angustia podía socorrerla, prorrumpió en sollozos. ¡Madre mía, le dijo, ya que yo no tengo madre en la tierra, protéjeme tú!

De súbito le pareció que un temblor de vida movía la inanimada estatua, una belleza celestial iluminó el rígido semblante de mármol, las lágrimas, sólidas hacía un momento, tornáronse cristalinas, se lidificaron, cayendo de los ojos como las gotas de rocío, sobre los pétalos de un lirio. La celestial Señora, descendió lentamente de su pedestal y en el silencio del santuario rosonó una voz dulcísima: "Yo soy la Madre de todos los dolores de la tierra".

La niña inclinó su cabecita y con las manos juntas dijo: ¡Dios te salve María, llena estás de dolores!

La Santísima Virgen contestó el saludo de la niña diciendo:

Quiero recorrer de nuevo el camino del Calvario. Tú me ayudarás, hija mía, a pedir a mi Hijo que por tus sufrimientos presentes, se ofrezcan creaturas generosas que lo recorran conmigo para salvar almas.

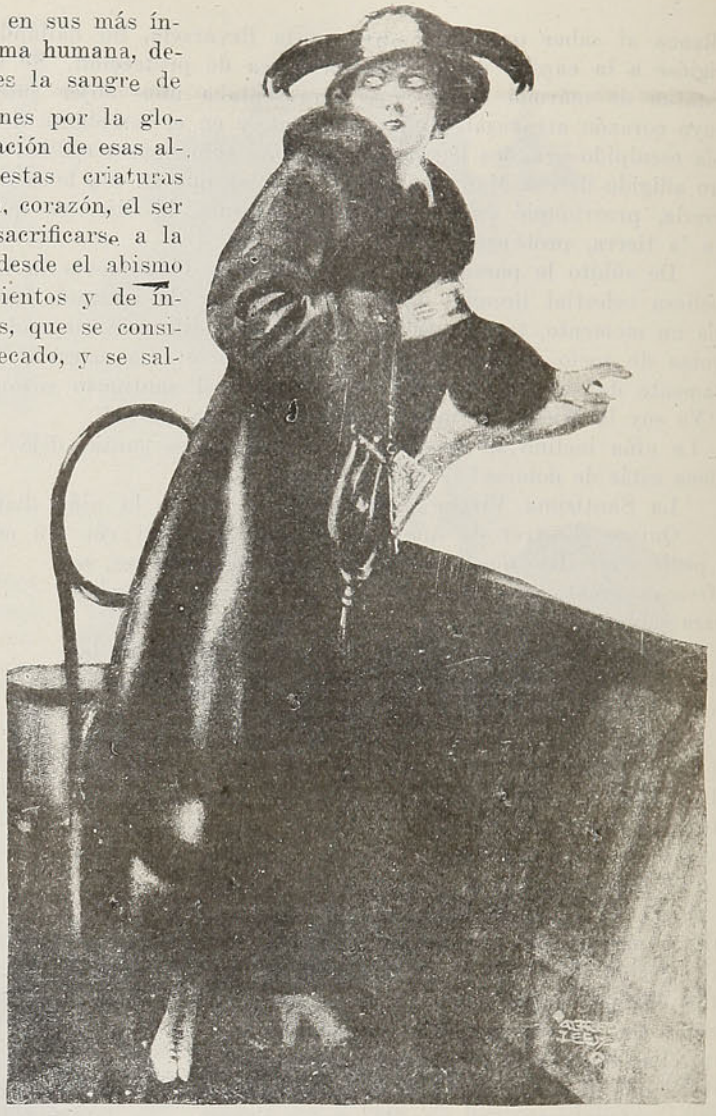
—Pero no las llevéis, dijo la niña, al otro lado del mar, al país lejano en que el Señor murió. ¿Qué sería de nosotros sin ellas?

—Hija mía; Jesús, no os abandonará, está siempre con el que lo busca o lo llama, en el peligro. Pero es sólo con el corazón y con el espíritu que deben esas almas subir a las escarpadas cimas del Calvario, para ser redentoras conmigo y reparar por los pecados y ayudar a mi Hijo y a mi en la gran obra de redención. El corazón y el cuerpo de Jesús sufrieron un desgarramiento mayor por la traición de Judas, por la negación de Pedro y el abandono de los otros discípulos, que con la lanza que lo atravesó y con los clavos que lo adhirieron a la cruz. Las espinas de su cabeza fueron menos crueles que el pensamiento de la inutilidad de tantos sufrimientos por aquellos que a pesar de todo se condenarían.

Los verdaderos verdugos de mi Hijo son los pecados de los hombres y cada día estos aumentan mi dolor y el suyo. Si el mundo no ahogara con su bullicio y sensualismo la conciencia, escucharían la voz que constantemente los llama, llorarían sus pecados, y estas lágrimas mezcladas con la sangre divina, los purificaría y mi Hijo sería consolado.

Pero como se hacen sordos, mi Hijo divino busca criaturas que reparen y se ofrezcan para salvar almas, que perecerían eternamente. Estas con sufrimientos, sacrificios y desgarramientos secretos, conocidos solamen-

te de El que sondea en sus más íntimos repliegues el alma humana, dejan correr a torrentes la sangre de sus generosos corazones por la gloria de Dios y la salvación de esas almas. El despojo de estas criaturas es total: cuerpo, alma, corazón, el ser todo entero debe sacrificarse a la obra redentora. Es desde el abismo insondable de sufrimientos y de íntimos desgarramientos, que se consigue reparar por el pecado, y se salva el género humano.



Sufren amando y aman sufriendo, he aquí el secreto de su abandono absoluto y total en manos de su Dios y a su mayor gloria.

Y la Virgen enternecida por la generosidad de estas almas, sollozaba.

—Tú sabes, Madre mía, como os amo— dijo Blanca — dejadme llorar con vos.

La Virgen entonces hizo desaparecer, ante los ojos estupefactos de la niña, el techo de la capilla y abriéndose la bóveda celeste le mostró a Dios Padre, en cuyo semblante reflejábanse una majestad y belleza sin igual. Sentado en un inmenso trono de gloria, todas las jerarquías celeste le rendían homenaje de amor. Era tal el esplendor de luz que alumbraba el trono del Altísimo, que deslumbraba a la niña, y comprendía y veía todas las cosas en Dios, sin saber como, ni alcanzar a ver. Una gran paloma blanquísima reposaba sobre el pecho del Altísimo.

De súbito, cuatro serafines de fuego subieron de la tierra al cielo y presentaron al Eterno una copa de oro llena de lágrimas mezcladas con la sangre del Hijo de Dios. Apartándose los serafines, Jesús mismo se presentó ante el trono de su Padre mostrando las llagas de sus manos y pies, y su costado abierto, y unidas en el sufrimiento una multitud de almas coredentoras.

Y Dios Padre, dijo:

A causa de la sangre de mi Hijo amado y de las almas que unen sus sufrimientos, a los suyos, perdonaré y salvaré esas almas.

El Salvador entonces, sentóse a la derecha del Padre resplandeciente de gloria y el cielo entero resonó en unísono Hosanna angélico.

—Angeles, mis servidores—dijo Jesucristo—contad las lágrimas y sufrimientos de las almas que me pertenecen; quiero dar a mi Padre tanta almas y corazones cuantas sean las lágrimas derramadas por esas almas que son mías. Habrá en mi Iglesia una legión de criatura marcadas por mí con el sufrimiento, cuya cruz será blanca, resplandeciente por el amor y resignación con que se inmolan, destinadas a salvar las criaturas más abyectas y a defender las inocentes perseguidas. Esta legión formará mi corte en la eternidad, cantando conmigo el inefable cántico de las almas coredentoras.

Despertó la niña sobre su lecho; relató todo lo que en sueños había visto y preguntó sorprendida como era que se encontraba allí, cuando ella no recordaba nada más que haber entrado a la capilla del colegio.

La señora que la atendía, le refirió todo lo que había acontecido:

—Cuando vinieron a buscarte, tú te resististe y te empeñaste en quedarte siempre aquí. Te fuiste, a la capilla, a rezar, pero tu oración duró poco, porque la Madre te vió hincarte a los pies de la estatua de mármol de la Virgen y desplomarte, sin duda, por la emoción y caer sin conocimiento a sus pies. La Virgen ha oído tu ruego, pues no se explica de otra manera lo que ha pasado. Y lo que has visto en tu letargo, bien puede ser una visión profética.

Al verte sin conocimiento y la resistencia que oponías para volver donde tu madre, los que venían a llevarte se intimidaron y quisieron hablar por teléfono con el jefe de la comisaría. Providencialmente los alambres se cruzaron, y por milagrosa inducción, llamaron a una casa que está en el extremo opuesto de la ciudad, y nada tiene que ver con la comisaría. Y para hacernos ver más claramente el prodigio, ese día no contesté yo el teléfono, (una voz de mujer les habría quizás hecho entrar en sospechas), fué mi marido que estaba al cabo de todo el asunto, y que en el acto se dió cuenta cabal de lo que se trataba, y tomando tono de jefe de comisaría respondió: Si no quiere venirse y se ha desmayado, déjenla hasta mañana, ya veremos modo de convencerla.

Esto dió tiempo de hacer las gestiones necesarias para quitarte judicialmente a tu madre por haberse hecho indigna de ejercer sus derechos, y ahora eres definitivamente nuestra, sin que nadie pueda arrebatarte.

A. E. S.

CONOCIMIENTOS UTILES

SIFÓN, Y NO VASO DE CAMPO

Un vaso de campo es una cosa incómoda. Los más trasportables, de papel o de goma, tienen forzosamente un contenido determinado.

Nosotros proponemos un vaso que puede contener toda el agua del mundo, fácil, sencillo, trasportable sin embarazo y completamente higiénico.

Un sencillo tubo de vidrio se calienta hasta poderlo doblar en ángulo recto, y una vez logrado, ya está construído el vaso. No hay más que colocar su lado corto en el manantial o la fuente, y aspirar por el lado largo.

Cuando el agua está a cierta altura, como el tubo es un perfecto sifón, una vez que se ha hecho la succión, el agua seguirá saliendo. Este vaso puede ir dentro de un bastón, se puede limpiar con gran facilidad y permite, como queda indicado, beber toda el agua que se quiera, sin necesidad de llenarlo repetidas veces.

PRIMAVERA INFANCIA

Solo el nombre de primavera es ya un poema. un poema sin versos ni frases escogidas, pero que en su misma palabra sintetiza cuanto de bello y lírico puede inventar la imaginación. Decimos primavera, y la palabra nos suena como un canto sonoro. Y es un canto tan elocuente, que todo lo dice, todo lo evoca: La flor, el amor, la esperanza, la alegría, la infancia, la promesa, la ilusión... Todo aquello precisamente, que es luz y halago, compendio de dicha y anhelo del alma...

En la primavera nacen las flores, en la primavera nace el amor; ¡oh rítmico acoplamientos de dos bellas cosas que hay sembradas sobre la tierra! Flor, amor...

En la primavera despierta la Naturaleza como de un largo y profundo sueño: sobre los ojos, se despereza y se incorpora, y las cosas parece que tiemblan como si una emoción sagrada las agitase. Es la emoción de la vida que empieza a circular, el enigma, la vida que pasa, y sabido es que nada hay de grande y profundo y religioso como la vida.

Despierta la Naturaleza, y su primer creación es la flor; la primera flor es la violeta y la violeta es la pupila azul de la primavera que se entreabre al ras del terruño y que esparce una primera mirada de aromas. El césped está vibrando ya con el latido de la germinación; numerosas, infinitas, imponderables, surgen como a impulso del latido de la primavera las flores tempranas, y son las flores más cándidas y humildes, las más fugaces y bellas: violetas, margaritas, miosotis... Las violetas son ojos azules abiertos entre el césped, y miran secreta y profundamente, como la pupila interrogadora de una niña que entra en la pubertad; los miosotis son pupilas más abiertas y más claras, y tienen el azul del cielo, la diafanidad de los ojos de una doncella rubia; pero las margaritas son ya flores más complicadas, y tienen blancura de armiño amarillo de

oro, alto y cimbreante tallo que la brisa se goza en batir cariñosamente. Estos son los adornos de la primavera.

Pero el adorno primero, el adorno interno y espiritual, es el amor. En abril se abren los corazones lo mismo que si fueran flores, con igual profusión y espontaneidad, y así como la selva intrincada de los montes se llena de notas azulinas, blancas, olorosas, también la otra selva intrincada de la humanidad se cubre de amores, y si no queda ningún rincón del monte sin su regalo de flor, tampoco hay ningún corazón, por humilde que sea, sin que le alegre el latido de una sensación de amor. Tal es la generosa prodigalidad de la primavera, esa hada eterna y dichosa.

Hada hermosa, sublime hada, la blanca y aérea visión. La buena estación del año. Cuando se rompen los brotes; cuando saltan y cantan los manantiales; cuando corren ráfagas de aroma, cuando amanece el sol, tan inocente como un niño, tan hermoso como una doncella; cuando los pájaros quieren cantar sus más concertandos cantos; cuando las plantas desean adornarse con su más lucido traje de verdor; cuando los cisnes se pavonean más elegantemente en la tersura de las aguas; cuando las doncellas se paran a mirar el agua que corre, o una flor que tiembla, o un nido reciente, y no saben lo que sienten y suspiran, y miran luego a lo lejos como si quisieran adivinar algún secreto, un cierto misterio que presienten y que no pueden definir...

La buena estación, la primavera, la infancia del año. Una niña que pronto será mujer, una niña que sonríe, y al sonreir esparce sobre la tierra una claridad de sol. Una niña que corre y canta alegremente, y que lleva una corona de margaritas en la cabeza, un ramo de violetas en la mano, y que se rodea de aves señoriales: cisnes blancos, faisanes polícromos, grandes y aristocráticos pavos reales.

J. M.ª SALAVERRIA.

EL HONOR

¿Qué es el honor, me dices?

El honor, hijo mío, es una obligación viva y presente en la conciencia que nos inclina al cumplimiento del deber. Es la virtud por excelencia, porque en sí contiene a todas. El honor está por encima de la vida y la hacienda y de cuanto existe en el mundo, porque la vida se acaba en la sepultura y la hacienda y las cosas que poseemos son bienes transitorios, mientras el honor a todo sobrevive y trasciende a los hijos y a los nietos y a la casa donde se mora y a la tierra donde se nace y a toda la humanidad finalmente, como un aroma eterno de virtud. El honor es el patriotismo del alma, el depósito sagrado que Dios nos fía al nacer y que habremos de volver intacto al morir; es la rectitud del juez, el heroísmo del soldado, los votos del sacerdote, el cumplimiento de las promesas, la santidad de los juramentos, la obediencia de las leyes, el respeto de la opinión... Es una cosa, hijo mío, tan grande y tan hermosa, que por ella, no lo olvides nunca, se debe sacrificar la vida y las más hondas afecciones del corazón... Si algún día, cuando seas hombre, vieras tu honor en peligro, acuérdate de ese buen caballero de Tarija, que echó el cuchillo para matar a su hijo antes que entregar la plaza que tenía por la patria y por el rey.

RICARDO LEON.

⚜ ⚜ ⚜

ENTRE PLATO Y PLATO

Una vez me encontré con un león—decía un explorador africano.—Como no tenía armas de ninguna clase, apelé a un recurso supremo: me senté y lo miré fijamente.

—¿Y?...—preguntó la compañera, ansiosa.

—Me fué perfectamente. El león no se movió siquiera para tocarme.

—¡Qué raro! ¿Y por qué habrá sido?

—¡Jem!...—repuso el explorador.—Ahí verá usted... A veces me inclino a creer que fué porque me senté en una rama de un árbol muy alto.

La escena pasa en la casa de campo de Rodríguez.

El marido.—Es verdad que cocinando tu madre nos ahorramos el tener que pagar una cocinera; pero lo cierto es que cada día tenemos que dar la comida a los pobres que pasan.

La mujer.—Pues ahí tienes otra ventaja. ¿No has notado que desde que ella cocina no vienen los pobres a importunarnos?

—¿No ha sido usted nunca víctima de un ferrocarril?

—Sí, señor; a la que es hoy mi esposa la conocí en el tren.

—Mamá, ¿vé Dios desde el cielo todo lo que hacemos?

—Sí, hijo mío.

—¿Y cuando está nublado?

Decisión.

Un carpintero, que diariamente riñe, con su mamá política, decide por hablar con un sacerdote vecino:

—Oiga, padre,—le dice,—usted que habla con Dios, dígale que si no dispone de mi suegra el domingo, se la mando yo el lunes, de un martillazo.

—El mundo está perdido.

—Es una gran vergüenza, sí, señor, lo que sucede.

—Ya no hay pudor.

—¡Claro!, porque la filoxera se come las hojas de parra.

Una señora está en animado diálogo con un caballero, cuando de pronto se les acerca la hija de ella, linda y vivaracha chicuela de cinco años, que trae en brazos una muñeca con la boca destrozada.

—¿Qué le has hecho a la muñeca?,—pregunta el caballero.

—Pues sacarle los dientes para echarlos en un vaso de agua, como hace mamá todas las noches.

—En un café:

—¿Qué va usted a tomar?

—Una pulmonía doble si no cierra usted en seguida esa puerta.

Era la edad lejana
de los tiempos heroicos de esta tierra,
en que vibraba todavía el grito
de libertad del mar hasta la sierra;
en que cada labriego,
al ascender la noche sus montañas,

contaba junto al fuego
el poema viril de sus hazañas;
el tiempo legendario
cuando en la soledad de los alcores
luchaban con los pumas,
como nuevos Davides, los pastores;
cuando los aldeanos,
al asomar la aurora,
miraban descender hasta los llanos,
más fieras y más grandes
tal vez que las de ahora,
las bandadas de cóndores del Andes.

En grupos bulliciosos acudieron,
al conocer la nueva de aquel día,
los fornidos muchachos montañeses
a tomar su lugar, como otras veces,
en la gran cacería.

Construyeron el campo de la liza
al pie de unas alturas
que encierran allí el valle, y lo cercaron
con una red de troncos que amarraron
con fuertes ligaduras.
En el centro dejaron por la noche
un toro recién muerto que atrajera,
al aclarar la alborada,
la interminable hilera
de la hambrienta bandada.

Desde el alba, la turba de muchachos,
en espera del duelo,
atisbaba escondida en la maleza
cuál bajaban los cóndores del cielo.
Algunos descendían con presteza
para entrarse resueltos al cercado;
otros, revoloteando con pausado
y airoso movimiento,
o con las grandes alas extendidas,
pasaban por encima y se alejaban,
como naves llevadas por el viento.

Al sonar la campana
que en la hacienda lejana
llamaba a la oración del mediodía,
cerca de una centena
de cóndores enormes
ocupaban la arena,
formando en torno del becerro muerto
un inquieto montón, en que peleaban
los pájaros más fuertes y temidos
la presa ensangrentada, en un concierto
de aletazos, carreras y graznidos.

Harto, por fin, de carne,
uno a uno del grupo se apartaron
y, abriendo lentamente los resortes
de sus alas gigantes,
intentaron en vano alzar el vuelo;
rendidos y jadeantes,
chocaban con la recia empalizada
y aleteando rodaban por el suelo.

Cuando de duras pieles revestidos,
penetraron los mozos,
llevando a la cintura sus cuchillas
y empuñando a la vez las gruesas lumas,
los cóndores quedaron silenciosos
y se agruparon junto a las orillas;
hasta hubo alguno que alisó sus plumas,
estiró el cuello y entreabrió las alas,
como los medioevales paladines
que oían en el viento
la lejana señal de los clarines.

Un viejo cóndor que llegó postrero
tranquilo se quedó: se desquitaba
de sus días de ayuno en las montañas.
Con su pico de acero,
apoyando las garras formidables
en la res, le rompía las entrañas.
Luego agitó sus alas sorprendido
de la brusca invasión, y enardecido
lanzóse contra el mozo delantero,
mas un golpe certero
dejó su cuerpo colosal tendido.

Fué aquello la señal, en un instante
juntáronse los bandos en la arena;
algunos de los buitres espantados
trataron de escapar, otros airados
y con los picos y collares rojos
de sangre todavía,
saltaban a los ojos
de los bravos muchachos, y atrevidos,
esquivando los golpes de sus brazos,
dando roncos graznidos,
los herían con recios aletazos.
Ya algunos de los mozos de alma fiera
entre arranques de furia o de alegría,

rota en parte la piel que los cubriera
y libres a los vientos los cabellos,
como un nuevo Rolando, discurría
en la espesa legión que revolvía
sus negras alas y sus blancos cuellos.
Ora uno de los buitres más bravíos,
resguardando su espalda con los troncos,
dando saltos enormes, rechazaba
de los zagales los pujantes bríos;
y de súbito al fin se escabullía
al fondo de la liza, semejante
a un jaguar que ha burlado la jauría.
Como nubes obscuras,
torbellinos de hierbas y de polvo
subían desde el fondo a las alturas,
al par que el formidable vocerío
con el rudo golpear de los campeones,
iba llevando por la sierra el eco
de un combate de cóndores y leones.
Cesó un momento la porfiada lucha;
las aves, vacilantes,
mirando con tristeza sus montañas,
al fondo del corral se refugiaron
silenciosas y hurañas.
Los mozos, jadeantes,
las sudorosas frentes se enjugaron,
alegres comentando sus hazañas,
y algunos de los cóndores vencidos
con los sangrientos miembros destrozados
buscaron un rincón en la maleza,
para morir tranquilos, resignados,
escondida en la hierba la cabeza,
como al caer en los romanos circos,
antes que pedir gracia a sus señores,
solían esconder bajo el escudo
su cabeza los fieros gladiadores.
Del fondo del palenque,
avanzó de improviso
un recio cóndor de gigante altura
y de ancho collar blanco
que contrastaba con su vesta obscura,
y abriéndose camino,
en actitud airada
frente a un muchacho a colocarse vino.
Parecía un antiguo condotiero
que pelease por toda la mesnada.
Al verlo junto a él, resuelto el mozo
saltó sobre el caudillo;
y en el centro del cuello vigoroso,
sepultóle hasta el mango su cuchillo.
Irguióse el ave, y antes que pudiese
dar nadie ningún paso,
lo abatió con un golpe de sus alas
y el cráneo le rompió de un picotazo.
Alzóse un espantoso clamoreo
de horror y de protesta.
Los que antes contemplaban
trepados en los troncos
las garras por la saña,
en confuso tropel se descolgaron
y en medio del palenque penetraron:
al par que los jinetes
bajaban por la cuesta a la carrera,
y rompían los recios estacones
con el rudo empellón de sus bridones.
Y cuando separaban conmovidos
los labriegos al ave y al muchacho
estrechamente unidos.
los cóndores que estaban agrupados
dispuestos a la lucha todavía,
salieron por la brecha que se abría.
Y al encontrarse afuera,
sacudiendo las alas triunfalmente
cruzaron, dando saltos, la pradera.
Alzaron luego el vuelo, lentamente
pasaron por encima de la liza;
y al mirar el montón de sus hermanos,
con el cuello en tensión y contraídas
las garras por la saña,
se fueron, desfilando en larga hilera,
con rumbo al peñascal de su montaña.

S. A. LILLO.

UNA CIUDAD SIN MOSCAS

Un paraíso indudablemente, pues el repugnante díptero se encarga de hacer la vida, o por lo menos una parte de ella, sumamente desagradable.

La mosca es molesta, es repugnante y es el vehículo de toda clase de enfermedades; y si es verdad que en la Creación desde el pequeño arador hasta el corpulento elefante tienen su misión, la de las moscas debe ser la de molestar a la humanidad y amargarle la existencia.

Pues bien; la ciudad de la Habana va a verse libre por completo de tan antipáticos insectos, y decimos por completo, porque ya casi han desaparecido de la capital cubana, y es raro ver una mosca, gracias a la limpeza y al cuidado de las autoridades municipales.

Además, de este cuidado, la extinción de moscas y mosquitos se debe al estudio de don Pedro Sierra, el cual observó que una especie de plantas que crecen en el Vedado era la cuna de las moscas.

En esta planta, que da una fruta parecida al higo, es donde las moscas ponen sus huevos y hacen de incubadoras de estos pestilentes insectos.

Se han empezado a destruir estos vegetales, y como el resultado parece probar las afirmaciones del señor Sierra, si ahora, al principio, ya una mosca es rara en la Habana, momento llegará en que estos insectos tengan tanto miedo a entrar en la capital de Cuba, como en la alcoba de Domiciano.

La espiritualidad de los tiempos presentes

DON ANTONIO MAURA LA AFIRMA EN SU FAMOSA CONFERENCIA EN EL TEATRO DEL CENTRO, DE MADRID

PARRAFOS ELOCUENTES

En la conferencia sobre problemas sociales, que pronunció don Antonio Maura, dentro del ciclo oratorio organizado por "El Debate" de Madrid, el ilustre político español afirmó que existe en el presente una "espiritualidad esplendorosa, como jamás la conocieron los siglos". Y agregó de inmediato:

A primera vista, cuando se considera el avance que en poco más de una centuria han tenido las ciencias físico-naturales, sus aplicaciones, los portentosos inventos; cuando se esboza el paralelo entre el punto que ocupaba la humanidad a mediados del siglo XVIII, respecto al conocimiento de las leyes naturales, a su dominio, a su gobierno, y aprovechamiento, y el estado a que se ha llegado en la hora presente; y se compara con el progreso y desenvolvimiento, en este período mismo, de las especulaciones desinteresadas, filosóficas, ontológicas, puramente espirituales, parece que se confirma el juicio.

Don Antonio Maura, ilustre estadista español.

¡Ah! Pero hay que considerar que no cabe tal paralelo, porque el proceso es inverso en unas ciencias y en otras; en las ciencias naturales se va de la ley eterna, conocida "ab initio", que vino al mundo aunque el mundo no la entendiera, a la aplicación, a la realización, al fenómeno. ¿Y por qué no pueden tener originalidad esas disciplinas? Porque la potencia especulativa de la mente humana no es un ente progresivo, y no tienen más amplitud mental los que filosofan hoy que los que filosofan en los orígenes de la civilización universal. El contraste indicado, no es una prueba.

Ahora bien: lo veo que, como nunca, está la humanidad acosada por el afán de la investigación histórica. ¿Y qué es la investigación histórica? es ejercicio de la piedad filial de las generaciones, que buscan la lección de los antepasados, que interrogan, tras el aluvión de los siglos, al alma colectiva; es un ejercicio espiritual desinteresado. Pues, ¿cuándo han florecido más todos los géneros litera-

rios? ¿Qué es la literatura sino la expansión, la efusión de los corazones, de los espíritus, del amor? ¿Y las Bellas Artes que son la idealización de la materia, cuando se cultivaron más? Pero, ¿qué hablo? ¿Y la religión? Pues qué, ¿para suponer amortiguado el sentimiento religioso, nos dejaremos seducir (como muchos, es natural) por la impresión de la algarabía, de la controversia, del examen, que mezcla desde la blasfemia hasta la apología, alborotándolo y revolviéndolo todo? Confesemos que tal vocerío fuera imposible si estas generaciones, encenagadas en el sensualismo, estuviesen de espaldas a las nobles inquietudes del alma.

¿Se controvertiría con tan grande ardor, ni tanto, si no le importase nada al hombre el conocimiento de su ser y de su destino? Para que todos los dioses pudieran caber en una redilada dentro del Capitolio, fué menester que Roma se hubiese corrompido.

Templos, esplendores de culto, ¿conocéis siglo alguno en que se haya hecho tanto como en la última centuria, como se está haciendo ahora mismo en todos los pueblos civilizados? Ordenes religiosas, congregaciones, asociaciones, en el espacio de tiempo en que las hemos visto resurgir, ¿cuándo han florecido de una vez en igual medida? Escuelas, colegios, catequesis, propaganda, congresos, obras benéficas, hospitales, asilos, edificios, fundaciones; mil formas ingeniosas de la caridad y de la beneficencia, ¿cuándo como ahora?

Pero notad que todas estas cosas estaban antes de ayer dotadas con pingües patrimonios; un conquistador, un monarca, un magnate había, de una vez, entregado un capital que sostenía esas obras. Ello, execrablemente, fué deshecho y aventado; y porque fué deshecho y ahora renace, renace sobre la acción individual, cotidiana, de los pueblos. De modo, que ayer generaciones enteras pasaban de la cuna al sepulcro sin necesidad de ejercitar esas obras cristianas, y ahora las ejercita el pueblo, día a día, en todas sus clases, creciente a infatigablemente.

Es que cuando comparamos la civilización contemporánea con lo pasado, nos alucina el escorzo en que miramos a los siglos. Vemos las agujas de la Catedral, pero no recordamos que ha tardado ocho, nueve o diez siglos en edificarse. Yo recuerdo, de mi infancia, que se celebraba la misa en el ábside de la Catedral de Palma, que edificó Jaime el Conquistador, y estaba yo debajo de una bóveda que se había tendido, en el reinado de Fernando VII.

No; la ola de materialismo no nos da la explicación, porque no es verdad; y ahora añado que, no sólo no es verdad el eclipse del espiritualismo, sino que toda esa civilización tiene profundísimo el sello cristiano y trae el sello cristiano aún aquello mismo que se ha labrado al son de invectivas contra la iglesia y contra Cristo. (Muy bien, muy bien) porque les acontece a los detractores que, no prosa, sino cristianismo hacen sin saberlo. Y ha de ser lo evidentemente así, porque esa civilización es progresiva y avanza y mejora, y no habría progreso si faltase un acercamiento a la ley natural: fué Cristo quien la santificó. (Aplausos).

Quiero que os fijéis en dos notas que parecen contradictorias, y las considero evidentes para todo el mundo. Hasta 1914, el curso de la civilización mundial había tendido a realizar, y había cumplido una fraternización humana, una solidaridad entre las naciones, una hermandad de pueblos, por la cual, cuando ocurría un siniestro en un continente, en los hogares más humildes del otro continente se hacían cuestaciones y se recogían fondos para su auxilio: quienquiera traspaba las fronteras, como los tabiques interiores de su domicilio, sin sentirse en ninguna parte aislado ni extranjero, lo mismo si perseguía averiguaciones científicas, que si andaba tras de indagaciones históricas, que si proyectaba empresas industriales, que si paseaba por puro deleite; cualquiera que fuese su fin y su destino, él en todas partes se hallaba igualado al hijo de la tierra. ¡Cosa singular!: a la vez que esa fraternidad y esa tolerancia, crecían y se extremaban, estaban fortificándose las raíces de una cosa que se llama patriotismo, que es con-

traposición de fronteras, que es diversificación, que es... ¿os voy a decir lo que es, si lo habéis visto en la máxima exaltación del heroísmo? ¿Cuándo ha registrado la historia expansiones más excelsas del amor patrio que las que hemos visto en estos últimos años? Los combatientes, el heroísmo de los combatientes; y todavía algo más admirable que esto, el sufrimiento, la tenacidad, el espíritu de sacrificio, la abnegación absoluta, perdiendo la vida y el hogar y la hacienda, y la familia; todo en silencio, año tras año, mes tras mes, ¿qué es sino una exaltación extraordinaria de la vida espiritual? Pues ¿hay algún amor humano que sea más desinteresado y más abnegado que el amor a la patria? (Aplausos).

INJURIAS GRAVES

En los caballerescos días del siglo XVII, sostenían acalorada disputa en la puerta de la iglesia de San Juan, de Málaga, D. Fernando Ordóñez y Melgarejo, y D. Luis de Salazar y Ugarte Barrientos.

Era el primero una mala persona, de quien se contaban horrores, vicioso como el que más, y al que sus mismos padres tuvieron que abandonar, no sin maldecirle con la solemnidad propia de aquellas costumbres y tiempos.

Salazar era una especie de Don Quijote, gran amigo de discutir, pedante hasta la exageración, y que aunque hombre de buen pelo, no tenía ninguno de sabio.

El calor de la discusión subió a tal grado, que casi estuvieron las espadas a punto de salir de la vaina, mediante Justo Pera, sacristán de la Parroquia.

Ordóñez todo enfurecido, dijo a Salazar:

—Usted no es caballero. Es un canalla.

—¡Bueno! ¡Bueno!—replicó Salazar, que no quería cuestiones con su contricante.

—No tiene usted vergüenza—agregó éste.

—¡Bueno! ¡Bueno!

—¡Es usted un miserable!

Salazar ya no podía más, pues su puntillo de caballerosidad quedaba por los suelos delante del sacristán y de algunas beatas que habían acudido. Dando un paso atrás, con tono solemne dijo entonces:

—Bien está, señor D. Fernando, voy a contestar a esas injurias **diciéndole lo que no ha oído nunca de labios de criatura.**

—Diga usted si se atreve—gritó Ordóñez, volviendo a echar mano a la espada.

Y Salazar, mirándole atentamente y disponiéndose a alejarse, añadió:

—¡Es usted una persona decente!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

⚜ ⚜ ⚜

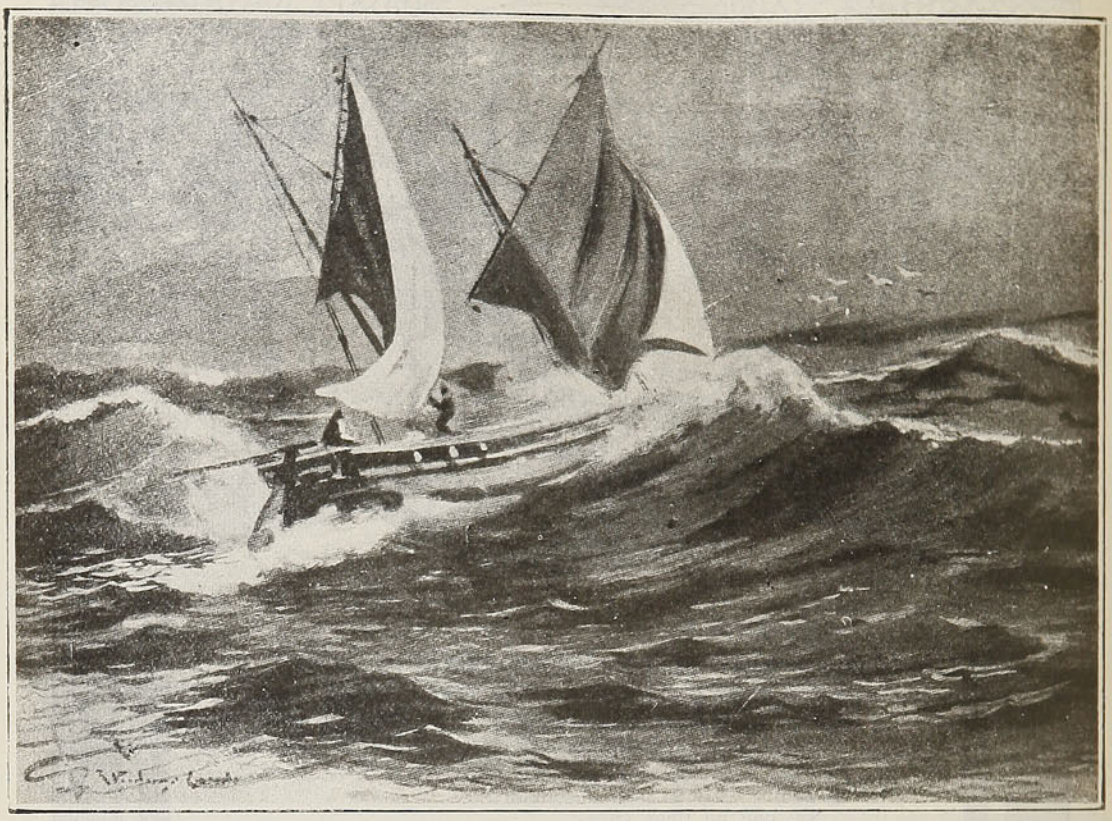
DEL CORTIJO

BAJO EL SOL DE LA ERA

—Descuérgame la jarra,
que del cortijo de la Plata vengo,
y traigo el corazón entristecío,
cansás las piernas y los labios secos...
¡ar probe de Tobálo,
la nietecita se le está muriendo!
Ná, que no tiene cura:
icen que cogió el Daño en este invierno,
y está hace más de un mes agonizando,
y ya no tiene que mandarle el méico...
Siempre tose que tose...
¡ejarraíto de dolor el pecho!
¡Si fueras ar cortijo de la Plata!...
¡M'ha dao una pea del verlo!...
¿Tacuerdas de aquel bosque de naranjos,
cargaos de frutos y doblaos der peso,
formando en dos hileras el camino
de la casa hasta el güerto;
¡Pos tié que ver ogaño!
Ya no se pué pasá por el sendero:
ni un arboliyo que mos dem sombra,
ni tanto así de flores pa un remedio...
¡Ande quiera que mires,
secas las ramas y los troncos secos!
¡Ya er probe de Tobálo
no cuida de los árboles del güerto!
Sentaíta en la era,
que arde más a estas horas que un infierno,
está arropá la enferma y tiritando,
¡más blanca que la fló de los almendros!
¡Con una mirá tan triste pa la tierra!...
Paece que con los ojos va diciendo:
¡Tierrecita, qué pronto
bajo unas flores cubrirás mi cuerpo!
Que es uno mu sensible, si uno yora...
Que uno no tiene corazón.. ¡pos güeno!
No voy por ayí más, en tan y mientras
me jaga sombra el cuerpo;
¡manque mavisen que acabó la Rosa!
¡Manqueme cuenten que murió el agüelo!
¡No vayas al cortijo de la Plata,
que da una pena el verlo!...

J. SANCHEZ RODRIGUEZ.

Kross



EN EL MAR

Apenas el patrón había ordenado que se arriasen las mayores, cuando llegó de la lejanía un pavoroso rumor algo así como el rodar siniestro de férreos carros sobre suelo de roca. Los tripulantes de la **Bonitera** sintieron en el rostro la rozadura de una ráfaga de aire fresco y húmedo; el sol, poco antes radiante y espléndido, se obscureció en un cerrar de ojos; cayeron espesas las aguas del cielo sobre las del mar; hacia el Noroeste avanzaron por la superficie unas manchas negras y rizadas...

Aquellos hombres tan valientes, tan curtidos en el peligro, tan avezados a la lucha contra el mar, se abalanzaron a cumplir las órdenes del patrón con el semblante descolorido y medroso, y ejecutaron la maniobra con aceleramiento que delataba su intranquilidad. La galerna se presentaba esta vez aún con peor cara que de costumbre... ¡Y les cogía tan lejos del puerto!...

No bien los mayores cayeron arrebujadas sobre cubierta, una racha violentísima pegó iracunda contra el tallaviento recién izado, y el velero, escorando atrozmente, embistió furioso a las rugientes olas, que saltaban como tigres azuzados, y envol-

rióse en un torbellino de espuma. Al pasar, el viento producía un ruido infernal. Una ráfaga más fuerte batió el barril de la carnada, arrastró una cesta de parejos y se llevó, cual leve pluma, un chaquetón colgado a secar.

Pese al pequeñísimo tamaño de la vela que se alzaba en el centro de la **Bonitera**, surcaba ésta el mar como una exhalación, huyendo de aquellas olas que la perseguían con inexorable furia y la salpicaban con la hervorosa espuma que por la cresta escupían. El palo crugía en su carlinga y encorvábase como si fuera de mimbre: ni aún aquella pequeña vela podía soportar sin queja. El patrón la mandó arriar y que se mantuviese únicamente un cacho de lona.

Las gigantescas olas, rencorosas y vengativas con el hombre que tantas veces las dominó, engrosaban y engrosaban sin tasa, dispuesta a resarcirse de pasados vencimientos. El hombre se defendía con tesón, con ansia, con rabia, y ponía todo su afán y cuidado en volver la espalda, como quien sabe que no puede afrontar un peligro, ni tan siquiera soslayarlo de costado.

La embarcación subía hasta el cielo para en seguida caer hasta el fondo. Los tripulantes clamaban a los santos o blasfemaban horrendamente, mientras el patrón callaba: todos con el semblante descompuesto y la mirada sombría. A proa, el grumete, un tagarote de diez y seis años, que bien representaba los veinticinco por su desarrollo y fornidez, se acurrucaba junto al ancla, musitando rezos que interrumpía para elevar la voz pidiendo socorro con gritos lastimeros.

El mar estaba hermosísimo dentro de lo imponente. ¡Grandioso espectáculo para quien hubiera podido admirarlo con tranquilidad desde sitio seguro! Millones de palomitas blancas revoloteaban sobre la negrura del agua, apareciendo y desapareciendo como por ensalmo; el estruendo atronaba los tímpanos; la lluvia formaba una tupida cortina, que descendía incesantemente de las nubes a las fruncidas olas, sobre las cuales daba la **Bonitera** saltos prodigiosos.

Los hombres, agotadas las fuerzas físicas y extenuado el vigor moral de los desesperados, se dejaban dominar por la debilidad de la resignación.

Un golpe de mar torció el rumbo de la nave y la colocó de costado al oleaje, en tan peligrosa posición, que hizo inminente el naufragio. De varios pechos salió una exclamación angustiosa:

—¡Orza!... ¡Orza!... ¡Orza!...

El patrón empujó con destreza y firme impulsó la caña del timón; pero una formidable ola se arrojó bramando sobre babor, antes de que la embarcación pudiera ponerse proa al viento, y, levantándola como un titán a un pigmeo, la tiró sobre las aguas con irresistible violencia, desarbolada, rota, panza al aire...

Sólo el joven grumete pudo agarrarse a la volcada y vencida **Bonitera** y encaramarse con ansias de muerte sobre la quilla. Los demás hombres de la tripulación, arrastrados por el torbellino de las olas implacables, fueron desapareciendo uno tras otro en las ávidas fauces del monstruo negro con melenas blancas, cuyos rugidos apagaban los formidables gritos con que los infelices demandaban un auxilio que no había de llegar.

Como si hubiera quedado ya satisfecho con la presa que acababa de devorar, el mar empezó a calmarse, con el fatigoso resoplar del gigante que ha realizado un desmedido esfuerzo. Cesó también la lluvia, se aplacó el viento, y hasta el sol, amigo de la calma y del sosiego, asomó su tranquilizadora faz por entre desgarrones de las pardas nubes, que parecían elevarse y volar hacia otros mundos...

La inefable ventura de la esperanza renació en el corazón acongojado y opreso del náufrago superviviente, quien alzó la cabeza y miró al cielo con ojos pletóricos de súplica, radiantes de fe, humedecidos por lágrimas de júbilo y de consuelo.

A las pocas horas, cuando ya declinaba la tarde para dejar paso a la noche, que se acercaba con su tenebroso manto, parecía el mar una inmensa balsa de aceite

añilada, sólo comparable por su quietud y mansedumbre a la del firmamente, más pálida en toda su extensión, menos en los confines del Poniente, donde las huellas del sol la trasmitían su incandescencia para iluminar el consorcio de las dos inmensidades.

El náufrago sintió cierta inquietud ante las sombras de la noche, aunque le tranquilizaba el pensamiento de que lo esencial era poder considerarse ya en salvo.

Y pasaron las horas nocturnas, y las luces del alba vinieron a sosegarle por completo el ánimo. Con ávida mirada escrutó el mar en todas dirección, sin divisar ni un mástil sobre la superficie. Y el tiempo fué transcurriendo con eterna lentitud, y con las nuevas sombras aumentaron las inquietudes mortales del grumete.

¡Horrible noche! El miedo a la muerte se apoderaba de él con inexorable persistencia. Creía percibir en el horizonte una columna de humo, y en seguida se le imaginaba un horrendo fantasma que castañeteaba sardónicamente las descarnadas mandíbulas, como riéndose de él, y alargaba para atraparle, una güadaña descomunal....

Con la aurora volvió la esperanza. El náufrago estuvo largo rato pidiendo socorro, y a cada grito se quedaba con el oído alerta, esperando... ¿Esperando a qué, si en aquella inmensidad solitaria y espantosa las voces se perdían sin eco alguno?... Comprendiendo que nadie podía escucharle, se decidió, sacando fuerzas de flaqueza, a esperar más todavía más, y pacienzudamente se tendió en la barca, mirando hacia lo alto. Así permaneció un buen rato, no sin incorporarse a cada momento para vigilar el horizonte. ¡Nunca, nada!... Y volvía a tumbarse, hasta que al fin, no atreviéndose a mirar, por temor a los desencantos que ahuyentaban su esperanza, no se volvió a levantar.

De minuto en minuto eran mayores su temor y sobresalto. Se le antojaba que una fuerza irresistible tiraba para abajo con suavidad, y que alguien intentaba subir por los costados de la **Bonitera**... ¡Sí, sí, sí; allí estaban los muertos, los aparecidos, los fantasmas! Cerraba los ojos para no verlos, y entonces percibía cosas aún más horribles y raras, y entonces notaba que se hundía, que se hundía irremisiblemente ...

Pensó lanzarse al mar, para salvarse a nado; más ¿cómo llegar a la costa, si sus miradas no alcanzaban a verla?

Ibanle faltando las fuerzas; tenía hambre, sed y sueño, invencible sueño, le dolía la cabeza; el corazón se le cansaba de latir incesantemente con tanta violencia. Se sentía desfallecer....

Aquella inconmensurable cantidad de agua le tragaría con una facilidad que le aterraba. Nadie murió jamás en mayor de samparo ni en soledad más terrible. Recordaba la desaparición de sus compañeros, y los veía hundirse lentamente, hasta el fondo, y subir para llamarle, y volver ahundirse... ¡Y se reían!

Amaba la vida, y, pensando en la muerte, temblaba de miedo, como tiritaba de frío y se contraía de hambre.

Las rozaduras de sus movimientos en el maderamen de la **Bonitera**, que sonaba con leves crujidos, le hacían estremecerse y recibir la sensación de que alguien estaba debajo y le nombraba. De cuando en cúando iniciaba oraciones que no concluía, pues ya no tenía casi ni ánimo ni esperanza para rezar.

Así que llegó la tercera noche, se durmió sin cuidarse de que podía caer al agua, como si ya le importara menos morir que descansar. Cuando despertó, el sol estaba en lo más alto de su carrera. Hacía un tiempo espléndido, caluroso, y el mar continuaba en calma chicha. ¡Nada más que agua y cielo por todas partes!... Pero ya no le dominaba el miedo ni le alentaba la esperanza: estaba resignado.

Su tormento era el hambre, y el estómago se le retorcía con angustias doloro-

sas. Sacó la pipa, que conserva en un bolsillo del pantalón, y se comió el tabaco, húmedo y quemado, maloliente y cenizoso. Con esto imaginó que se le aplacaba el hambre; pero al poco rato le volvieron a la realidad las crueles roeduras, exacerbadas por la sed, mucho más insoportable.

¡Y ni un barco en el mar!... ¿Cómo era posible que no pasara ninguno por aquella ruta? El desventurado náufrago, perdida ya del todo la esperanza, deseaba morir.

Al cuarto día comenzó a masticar astillas, que arrancaba de la quilla con la navaja y así calmaba el hambre momentáneamente. Para mitigar la sed se inclinó sobre el mar, agarrándose a la quilla con una mano, y cogió agua en el hueco de la otra; pero no pudo tragar sino muy escasas gotas, pues el ansia de beber era menos invencible que la repulsión, y sus fauces ardieron con más fuego al resecarse por el salitre.

Ya no sentía en el estómago, sino en los intestinos, los dolores de la inanición, que fueron disminuyendo, como por obra de un anestésico, poco a poco, hasta que dejó de notar la sensación de hambre.

En el horizonte apareció una columnita de humo que le reanimó febril y angustiosamente. Desgañitóse a gritar, y se rindió hasta el último esfuerzo haciendo señales con la blusa; pero no le distinguieron, y, al esfumarse la columnita, cayó postrado en mayor abatimiento.

La fiebre hizo presa en él, y no le bastaba remojarse incesantemente las sienes y los labios para impedir que cada vez le ardiera más la cabeza y se le secaran más las fauces. ¡Tantísima agua, y no poder aplacar la devoradora sed!...

Un malestar espantoso, una sensación penosísima, insoportable, le atormentaba. La boca, seca, se le ponía roja y se le hinchaba, sin que le fuera ya posible ni agregar saliva para humedecerla; los labios, enrojecidos, resaltaban chillones y abultados en el rostro, animado extrañamente; respiraba con celeridad inusitada, violenta, y sentía una moral inquietud en todo el cuerpo, cuyos miembros denotaban, por su movilidad, su martirio.

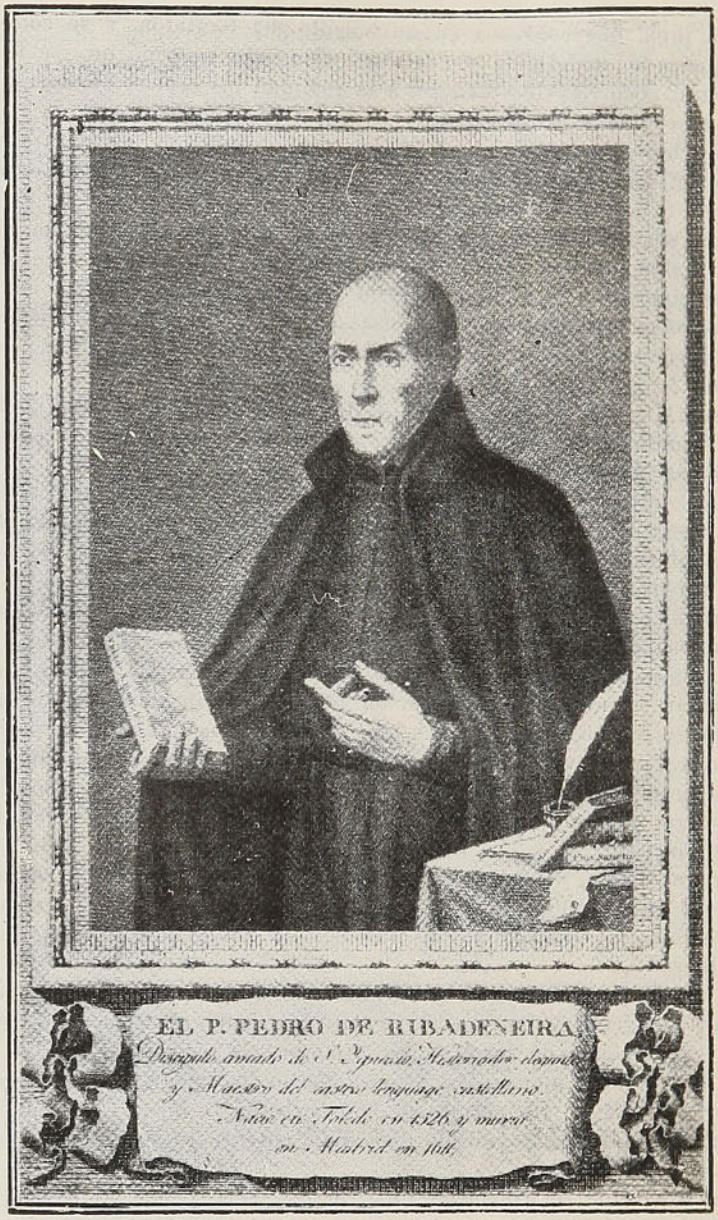
Ya ni gritar podía, y, delirante de fiebre, divisaba fantasmas raros y espeluznantes, que del agua emergían para cogerle y atenazarle con sus garras de hierro incandescente, que le restregaban los labios con esponjas calurosas, aumentándole atrozmente la sed...

Apenas, sin darse cuenta, se inclinó para sumergir la ardiente cabeza en la frescura del mar, atrayente y misterioso, dentro del cual creyó ver unos grandes ojos encendidos, y una lengua de fuego, y un enjambre de lucecitas amarillas y azules, y una batería de calderas humeantes, y un infierno de llamas... Las fuerzas le faltaron; escurrióse y cayó. El instinto de conservación le hizo reaccionar, y en desesperada lucha contra las aguas, que le ahogaban, intentó resistirse a morir... ¡Ya no era posible!... Y se hundió.

Sobre la superficie se asomaron unas manos yertas, con unos dedos crispados que se abrían y cerraban como queriendo agarrar algo... Suavemente se hundieron; saltaron unas espumillas que refulgieron al sol como cuentas de vidrio, y se formaron unos circulitos que fueron creciendo, creciendo...

El mar quedó nuevamente como una balsa. Parecía un cristal opaco y obscuro, añilado, impenetrable para los rayos del sol, que disipan las sombras, y para la luz de la inteligencia, que aclara los enigmas.

LUIS URIARTE.



DEL SIGLO DE ORO

CLAROS VARONES DE TOLEDO

EL PADRE RIVADENEIRA

Leyendo su prosa solemne y grave, como forjada en yunque, como fundida en crisol, clara y luminosa, no imagináis al autor hambriento, andariego, torturado, enlo-

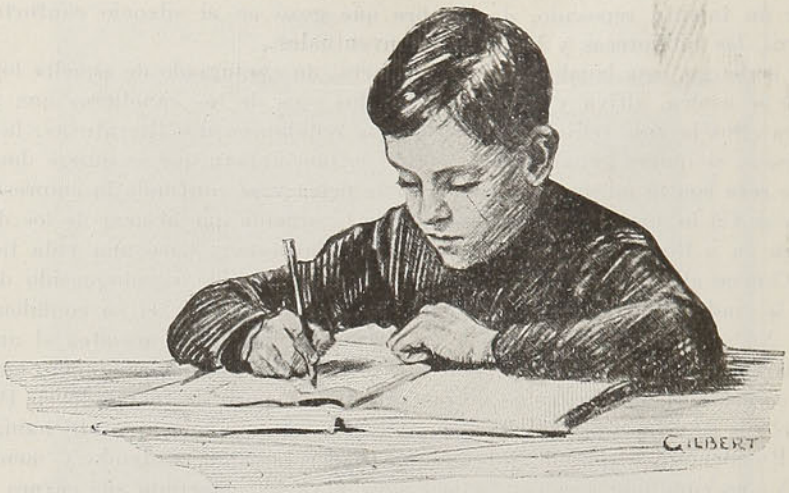
quecido. Su prosa nos da la idea de un ánimo fuerte y apacible, de una condición severa, de un talento reposado, de hombre que gozó en el silencio confortador de los claustros, las bibliotecas y las celdas conventuales.

Y, sin embargo, este hombre es un visionario; un contagiado de aquella locura española que se asoma, altiva y dominadora, a los ojos de los caballeros que pintó el Greco. Para ellos la vida tenía dos polos que se reflejan en dos literaturas: la mística y la picaresca; se quiere ganar el cielo con el mismo ímpetu que se quiere dominar la tierra, y se reza con la misma arrogancia qu se pelea y se confunde la empresa con la aventura y se fía lo mismo a la certidumbre de la oración que al azar de los dados... Rivadeneira va a Roma como paje del cardenal Farnesio y hace una vida licenciosa y alegre. Conoce allí a San Ignacio y se siente sugestionado y enloquecido de misticismo. Se le rinde y entrega de tal modo, que Ignacio hace de él su confidente y su secretario. No sólo le enagena el ansia de virtudes, sino que le acicatea el anhelo de saber. Y para estudiar va a París. Recorre el camino desde Roma andando, mendigando en los caseríos, comiendo restos de las posadas. A poco de instalado en París, alzan airados sus espadas Carlos V y Francisco I, y los españoles que allí había tienen que huir. Rivadeneira emprende la caminata hacia Lovaina, andando y mendigando otra vez. No ha cumplido aún veinticinco años y ya ha macerado sus carnes y curádolas de todos los vicios. En Lovaina discute en latín con los escolares, penetra los más hondos arcanos de la Teología y todos le miran con asombro. San Ignacio le llama a Roma y Rivadeneira, sin dinero, sin pan, emprende el camino. Vá apresuradamente, poseído de una tremenda inquietud por llegar ante el Fundador; así, exaltado, recorre cuatrocientas leguas; los pies le sangran; Laynez no puede detenerle a su paso por Venecia; en Loreto entra a rezar en el santuaro de la Virgen y cae desvanecido. Aun así, prosigue su camino. Quiere ver a Ignacio, besar su mano, estrecharle en un abrazo, oír su voz, caer de rodillas ante él... Y cuando llega a Roma e Ignacio se le acerca, Rivadeneira, alucinado, lo ahuyenta a gritos. Al fin, Ignacio, que es la voluntad, que es la santidad, que es el sugestionador, se impone. Rivadeneira se cura. Ya vuelve su amor a Ignacio. Y luego la fama en plena mocedad; los estudiantes de Lovaina acompañándole con hachas encendidas y vitoreándole; los claustros de Pádua, Palermo y Roma proclamándole gran humanista: Felipe II recibiéndole y escuchándole y soportándole sus palabras secas, duras, porque este hombre a todos decía la verdad sin amarguras ni esperanzas''...

Al fin, rendido de trabajar y enfermo de padecer, después de asistir en sus últimos momentos en Inglaterra a la reina María, esposa de Felipe II, este varón se recluyó en Madrid. Su celda estaba en lo más alto de las Casas de la Compañía en la calle de Toledo, y desde allí influía en los negocios de la Corte, ''haciendo llegar hasta el trono noticias de los males públicos y consiguiendo ventajas para los débiles y desvalidos, y de otra suerte, dirigiendo la conciencia de las más altas damas de la aristocracia. Murió un día, y fué maravilla el concurso de las gentes que acudían a edificarse contemplando la serenidad de aquel rostro, al que la muerte respetándole, rindiera homenaje. Doña Ana Félix de Guzmán, hija del conde de Olivares, dió, con otras mujeres de varia calidad, muestras de inenarrable dolor. El padre Juan de Mariana compúsole el epitafio. Los doctos echaron de menos que no se recordara en él que este hombre singular había afrontado, sin abatirse, dos recias miradas: la de Felipe II y la de Gregorio XIII; de temple toledano se necesitaba el espíritu en estas pruebas.

Así este claro varón de Toledo supo de todo de la abundancia y de la estrechez, de los vicios y de las virtudes; adoró a Dios como loco; escribió de El como cuerdo; asombró a sus contemporáneos.

⚜ ⚜ ⚜



LAS VICTORIAS MODERNAS

Nuestros antepasados supieron realizar heroicas aventuras a través de los océanos y los continentes, impulsados por su fe religiosa, por su amor a la Patria y por conquistar el laurel victorioso. Pero los tiempos actuales exigen otros heroísmos.

¿Temes tú, muchacho, que el mundo de las empresas ya no exista? ¿Lamentas acaso que la posibilidad de la gloria se haya suprimido en la Era moderna? Unicamente ha variado la forma de las hazañas. El mundo sigue tan lleno de secretos y de posibilidades, y la humanidad pide hoy mismo, como antiguamente, el esfuerzo y el valor de los héroes.

Quisieras tú poder embarcarte en una carabela para marchar a descubrir las islas misteriosas; tu arrojo y tu entusiasmo desearían empuñar una espada, como los valientes conquistadores, y allá lejos, en las tierras de oro, vencer y dominar los fabulosos imperios. Ya no quedan islas que descubrir ni imperios que conquistar, porque nuestros antepasados realizaron toda la tarea. Pero otras hazañas están ahora mismo esperando el esfuerzo de tu voluntad y el brío de tu corazón.

Si es magnífica la empresa de descubrir un archipiélago, o de vencer a numerosos enemigos, ¿crees que pueden ser menos admirables las obras de nuestros días? Antiguamente se fundaban las ciudades por la voluntad de un conquistador; pero actualmente vemos crecer y enriquecerse otras poblaciones ante nuestras miradas; vemos construirse grandes puertos y suntuosos barrios, monumentos y jardines, avenidas y puentes, con una magnificencia que maravilla. Esas ciudades que vemos crecer y enriquecerse, son el fruto de unos pocos hombres, a quienes guía el afán de la gloria y el amor patrio.

El heroísmo toma variadas formas, y no siempre es necesario verter sangre para

lograr sublimes y victoriosos resultados. El hombre que se esfuerza en trabajar empeñosamente, puede llegar a convertir un modesto taller en una gigantesca fábrica que produzca innumerables materias útiles. Ese hombre es un héeroe también y la sociedad le premia con alabanzas, honores y riquezas.

El mundo está ofreciéndose a tu valor, lo mismo que en los siglos pasados. Tu querido Chile reclama tu esfuerzo y tu voluntad, para que lo hagas más grande y más rico. ¡Vierte, muchacho, el fervor de tu alma en el sagrado suelo de tus mayores! ¡Lánzate a realizar heroísmos en la tierra de Chile!

Esos campos que ves, tan amados por ti, estaban aguardándote; tú puedes hacer que sus bosques sean más grandes, que sus sembrados produzcan mejores cosechas, que sus canales sean más numerosos, que sus vides y sus olivos y sus rebaños den mejor vino, mejor aceite y mejor lana.

Esas costas extensísimas te estaban aguardando; tú puedes llenarlas de puertos y de flotas comerciales. Tú puedes rayar la tierra de tus mayores con fáciles carreteras y rápidos ferrocarriles. Tú puedes cubrir Chile de fábricas y almacenes, de minas y máquinas. En tu mano está la prosperidad de tu Patria. Puedes ser el héroe que pide Chile. Tu voluntad y tu entusiasmo pueden hacer que los chilenos sean más ricos, ilustrados y felices.

La victoria está en todas partes; lo importante es tener mucha fe y noble ambición para buscarla. El héroe antiguo recibía la corona del triunfo con la mano que la sangre enrojecía; otros héroes desafiaban los elementos para lograr el dominio de las islas y las ciudades. Pero en la hora actual le brinda igualmente sus favores el éxito.

Si te afanas en practicar la medicina, llegarás a descubrir un procedimiento de curación que hará inmortal tu nombre. Si te dedicas a la química, sorprenderás maravillosos secretos y todos los hombres bendecirán tu nombre. Si eres ingeniero, sabrás levantar una torre bella y soberbia que maraville al mundo.

El orgulloso de fundar un imperio nuevo puedes conseguirlo tú ahora mismo. ¡Qué hermoso ideal para tu entusiasmo te ofrece Chile! Tu Patria necesita revivir, transformarse y engrandecerse. Necesita convertirse en un imperio tan poderoso como fué un día. ¡Tú puedes ser el héroe moderno que pide Chile.

Agil de espíritu, enérgico de voluntad, infatigable para el trabajo y poseído de una noble y fuerte ambición: así tiene que ser el héroe moderno.

Debes habituarte a las grandes concepciones y a los anhelos ilimitados, para resistir el vértigo de las luchas y las obras modernas. La cobardía era una deshonra en otros siglos; hoy sigue siendo un deshonor el miedo, y el alma pequeña no puede vencer nunca. Para los negocios y las empresas, para la ciencia y el arte, el valor es tan necesario como era para los guerreros. Si tratas de construir una fábrica, procura que sea más grande que las otras; si te dedicas a comerciar, aspira a que tus productos dominen en los mercados extranjeros; si navegas en un barco, debes desear la posesión de una flota gigantesca que recorra todos los mares.

La vida te brinda infinitos triunfos. Brillantes peligros están incitando a tu valor entusiasta. ¿No deseas hundirte en los sorprendentes senos del mar? Desde el vientre de un submarino puedes sorprender misterios que asustarían a tus antepasados. ¿Quieres volar más alto que las nubes y erigirte en rey del espacio? Allí te aguardan los veloces aeroplanos y los imponentes dirigibles, que facilitarán las relaciones entre los hombres.

¡Lánzate a la vida con ánimo vehemente! ¡Chile te exige que seas su héroe!

LOS SOLDADOS CHILENOS

Si ves pasar un regimiento por la calle, al son de las cornetas y los tambores o al compás de la alegre música, lleva tu mano a la cabeza, muchacho, y saluda a los valientes hijos de Chile.

Esos soldados son los defensores de nuestra tradición, de nuestro honor y de nuestra tierra. Son los descendientes de aquellos héroes que llenaron de asombro al mundo. Sus pechos son el escudo de la Patria y sus armas están prontas para concedernos nuevos laureles.

¡Míralos pasar bajo la sombra sagrada de la bandera! Son los valientes hijos de Chile, son los jóvenes soldados animosos que marchan al compás de los tambores. ¡Rataplán! ¡Rataplán!... Nuestro corazón, enardecido, marcha con ellos.

Agil y fuerte, sobrio y constante, el guerrero chileno adquirió fama universal; una acción colectiva y unánime de todas las fuerzas de un pueblo, es lo que distingue a los pueblos profundamente libres y verdaderamente democráticos. Cada hombre se convierte en soldado, y las mismas mujeres colaboran con sus medios a la victoria patria. Unos empuñando el fusil, otros elaborando municiones y otros moviendo las máquinas de los talleres y los vagones de los ferrocarriles, todos los hijos de la Nación son útiles en la jornada, y todos obedecen a igual disciplina y al mismo sentimiento del deber, del honor y del amor patrios.

¡Saluda a los valientes hijos de Chile, muchacho, y préstales la flor de tu generoso espíritu! Ellos defienden las cenizas de tus antepasados. Mientras ellos soportan los hielos invernales y los abrasados estíos; mientras vigilan en las fronteras y las solitarias costas, tú puedes entregarte tranquilo a tus risas y tus afanes, y cuando llegues a la edad varonil encontrarás tu honor de ciudadano y tu prestigio de chileno limpios de todo vilipendio.

Los soldados defienden nuestra honra. Ellos defienden además el tesoro de nuestra Historia y las posibilidades de nuestro porvenir. El labrador puede arar sus campos, el artesano puede ejercer su oficio, el sabio y el pensador pueden cultivar sus estudios, porque los soldados vigilan siempre y nos protegen a toda hora. Sin su valor, su nobleza y su disciplina, toda nuestra paz y todo nuestro orgullo desaparecerían miserablemente.

¡Saluda a los soldados chilenos! ¡Míralos con respeto y con cariño, cuando pasen en nutridos batallones! ¡Ellos guardan el tesoro de nuestra Historia, y en ellos está nuestra esperanza! ¡Si el tambor de los soldados dice rataplán, rataplán, grita tú, muchacho: ¡Viva Chile!

⚜ ⚜ ⚜

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio-Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catalogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN DA

Santiago de Chile, Octubre de 1920

AÑO II NUM. 26

MORRISON Y CIA.

Ofrece a sus distinguidos clientes, la oportunidad de adquirir por un precio muy reducido, los artículos que a continuación detallamos.

Garantizando que todos son de la mejor procedencia y con respecto a calidad, lo mejor en su clase.

ALFOMBRAS INGLESAS DE UNA PIEZA Y EN TIRAS PARA PASILLOS O ESCALERAS

LINOLEUMS INCRUSTADOS EN TODOS LOS ESTILOS

Y para los diferentes usos en el hogar.

CATRES INGLESES DE BRONCE Y FIERRO ESMALTADO

En modelos de gusto, para una plaza y plaza y media.

COCHES PLEGABLES PARA GUAGUA

Este último artículo lo hemos recibido recientemente y lo hemos marcado a un precio muy equitativo.

DEPARTAMENTO ESPECIAL DE

MORRISON Y CIA.

AHUMADA 65-77 — :: :: — **SANTIAGO**

CASA WEIL

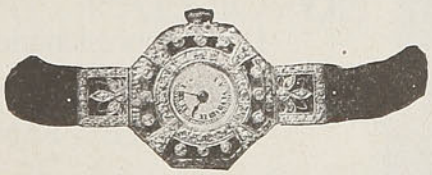
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet



SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
" Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

LA REVISTA "LA CRUZ BLANCA" ESTA EN VENTA EN LA LIBRERIA DE ZAMORANO Y CAPERAN, (CALLE COMPAÑIA CASI ESQUINA PLAZA), AL PRECIO DE UN PESO EL EJEMPLAR.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas . . . . . Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. . . . Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte . . . . . Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Enriqueta Figueroa de Guzmán . . . . Consejera			
Juana Quindos de Montalva . . . . . Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster . . . . . Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez . . . . . Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres . . . . . Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés . . . . Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz . . . . . Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz . . . . . Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt . . .	2266	242?

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique . .	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rozas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			
María Carmela Blanco de Vegarra . . .	Huérfanos		

NOMBRE	CALLE	NUM	TELEFONO
A			
Alcalde de Labatut, Aurora	Búlnes	545	
Alemparte de Cerveró, Emilia	Delicias	50	
Alamos de Vicuña, Josefina	**Castro**	**236**	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Ovalle, Dolores	Brasil, (altos)	23	
A de Búlnes, Teresa	Compañía	1412	
Aguirre de Montt. Teresa	San Martín	717	
Astaburuaga de Castillo, María	Ejército	141	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Alvárez de Solar, Rosa	Búlnes	18	
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Altamirano de Alessandri, Julia	Delicias	580	
Aguirre de Aguirre, Isabel			
Astaburuaga de Vergara, Concepción	Huérfanos	1840	
B			
Bello de Lamarca, Matilde	Catedral	1472	
Bello de Vargas, Clarisa	Huérfanos	2419	
Baltra de Montenegro, Ana	Catedral	2238	
Bascuñan de Montes Eugenia			
Besa de Armanet, Raquel	Manuel Montt	2333	356
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	2420
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	143
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	143
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Borgoño de Barros, Laura	Huérfanos	722	
Bromberg de Molina, Clotilde	Merced	322	
C			
Campillo de Figueroa, Elvira	Cochrane	154	
Carvallo de Pérez, Elvira	Compañía	1555	
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Cádiz de Lagarrigue, Rosa	Jofré	353	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
C. de Bello, Matilde	Catedral	1472	
Coo de Melo, Josefina	Vergara	239	
Cerda de Salas, Rosa	Santo Domingo	1526	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Covarrubias de Cruz, Sara	Santo Domingo	1628	
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
Cabrera M., Clara Rosa	Recoleta	817	
Cabrera M., María Ana	Recoleta	817	
Cousiño de Haenssler, Lola	Av. Subercaseaux	1250	
Correa de Cruz, Susana	Santo Domingo	1688	
D			
Domínguez de Fábres, Sara	Manuel Rodríguez	355	
De Pedregal de Cruz, Josefina	Loreto	269	
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Del Campo de Servoin, Luisa	Compañía	2865	
Donoso de Concha, Elena			
Duval de Guzmán, Eugenia	Catedral	1655	
Dublé de Tonkin, Julia	Parque Forestal	560	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
E			
Errázuriz de Aldunate, Pelagia	Huérfanos	1241	318
Errázuriz de Ortúzar, María	Huérfanos	1815	1413
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	
Echazarreta de Errázuriz, Amelia	Compañía	1712	
Eguiguren de Matte, Laura	Moneda	1625	
Edwards de López, Elena	Dieciocho	133	
Edwards de Pérez, Lydia			2754
Errázuriz de Ortúzar, Sara	Av. República	301	
Echavarría Barriga, Sara	Monjitas	283	
Echeverría de Irarrázaval, Jesús	Huérfanos	542	
Edwards, Lucía	Santo Domingo	1588	1360
Eguiguren de Méndez Laura	Galería Alessand	24	
Egenau de Ferrer, María	Avenida Matta	640	
F			
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
F. de Puga Borne, Lucía	Santo Domingo	735	
Ferrer de Ferrer, Margarita	Avenida Matta	640	
Fóster, Josefina	Compañía	1373	1825
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	851
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Fóster de Zegers, Rosa	Av. República	157	
G			
Gomez de González, Margarita	Dieciocho	118	
Gatica de Oportot, Julia	Delicias	1151	
G. Huidobro de Montes, Raquel	Moneda	1829	
González de Segovia, Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	
Gandarillas de Campaña, Fidela	Arturo Prat	814	2704
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	
Gandarillas de Pereira, Juana	Huérfanos	1248	112
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	
G. de Guzmán M., Magdalena	Bandera	688	
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús	Delicias	1721	
Gac de Correa, Carmela	Agustinas	2137	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			
Granello (Sra. de)			
Grohnert de Ceballos, Isolde	Moneda	1840	
H			1825
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Hoffman de Besa, Elvira	Monjitas	308	
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Isaza de Barros, Raquel	Santa Lucía	150	
Izquierdo de Reyes, Delia			
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
J			
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lazcano de Balmaceda, María	Dieciocho	370	
Larraín de Fábres, Celinda	Rosas	1091	
Larraín de Olea, Rosa	Av. Manuel Montt	999	
Lazcano de González, M. Teresa	Santo Domingo	1844	
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Larraín de Pereira, Luz	Agustinas	1611	
Larraín de Harris, Laura	Búlnes	545	
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	180
Larraín de Ortúzar, Rita	Amunátegui	224	
Lazcano de Mackenna, Berta	Agustinas	138	
Lynch de Baeza, Julia	Carrera	172	
Larraín Bulnes, Lucía	M. Claro	1027	Prov. 150
Lynch de Gormáz, Luisa	San Diego	68	2699
Lecaros de Melo, Carmela	Catedral	1161	
Lecaros de Undurraga, Marta	Huérfanos		
Lira de Lira, Aurora			
M			
Melo de Claro, Margarita	Castro	27	
Martínez de Loveday, Leonor	Av. Vicuña Mackenna	98	
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	
Montes de Montes, Rosario	Catedral	1809	
Matte de Prieto, Rosa E.	Compañía	1413	1975
Marín de Marín, Berta	Dieciocho	422	
Mac-Keelar de Ossa, Adela	Compañía	2876	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Dieciocho	133	
Menvielle de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montt de Avendaño, Blanca	Carrera	110	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	
Montt de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	1251
Moreira de Cariola, Carmela	Santo Domingo	1368	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Morandé de Huidobro, Josefina	Moneda	1965	
Méndez de Gana, Leonor	Dieciocho	146	
Manzano de Urrutia, Carmen	Agustinas	2573	
Montero Fuenzalida, Amalia			
O	Cueto	538	
Ocampo de De la Cruz, Clemencia	Villavicencio	361	
Orrego Vicuña, Eugenio	Villavicencio	361	
Orrego Vicuña, Fernando	Villavicencio	361	
Orrego Vicuña, Germán	Ejército	450	
Ortúzar de Tagle, Inés	Dieciocho	715	
Ovalle de González, Ana Luisa			
P	Ejército	387	
P. de Barahona, Ester	Brasil	88	
Prieto de Espínola, Kerima	Cochrane	242	2830
P. de Vergara, Joaquina	Compañía	1681	
Pérez de Carvallo, Enriqueta	Santo Domingo	1628	1307
Pardo de Covarrubias, Ana	Huérfanos	572	2375
Pinto de Matte, Elena	Moneda	730	1202
Peró de Larraín, Elena	Villavicencio	324	
Pinto de Barceló, Rosa	Teatinos	148	
Palma de Vial, María	Manuel Montt	2280	2938
Pacheco de Bari, Amelia	Sazié	2290	
Pardo de Searle, Adriana			

NOMBRE	CALLE	NCM.	TELEFONO
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	2331
Pérez de Fierro, Inés	Compañía	1573	
Pinto de García Zegers, Nieves	Brasil	567	
Prieto de Alvárez, Lía	Ejército	180	
Prieto de Noguera, Manuela	Delicias	1320	
Q			
Quesney de Campino, Victoria	Delicias	1686	
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
R. de Espina, Elena	Delicias	1228	
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	1210
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	1899
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	1825
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1431
Robinson de Barros, Sara	Moneda	1823	
Rodríguez de González, Leonor	Echáurren	292	
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1891
Rozas de Urrejola, Mercedes	Morandé	147	
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	2251
Rozas de Larraín, Elena	Delicias	616	
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	2921
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	339
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	
S			
Saavedra de Bernales, Julia	Agustinas	1389	
S. de Cavieses, Carmela	Claras	144	
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		989
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	2634
Sanfuentes de Iñiguez, Laura	Amunátegui	51	
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Tosqueto	475	
Sepúlveda de Arrau Ercilia			Parque 9
Silva de Amunátegui, Eva	San Martín	77	
Serrano de Cabieses, Carmela	Ejército	495	
Salcedo de Cerda, María Mercedes	Agustinas	1975	
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Av. Inglaterra	161	
Soto Rojas, Magdalena	San Antonio	56	
Sánchez de Arnolds, Mercedes	San Martín		
Subercaseaux Rivas Eugenia			
Solar de Fernández, Lucía	Vergara	92	
Solar de Bascuñán, Delia	Compañía	2310	
Stuven de Ossa, Sara	Riquelme	749	
T			
Tagle de Escobar, Blanca	Siglo XX	374	
Tagle de Vergara, María	Huérfanos	1643	
Toro de G. Huidobro, Luisa	Cochrane	145	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena	Cerro	91	
Tupper de Cuevas, Elisa	Riquelme	24	
Tuper de Izquierdo, Hortensia			
U			
Undurraga de Arteaga, Matilde	Rosas	1531	1744
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	
Urzúa de Latham, Luisa	Vergara	50	
Ugarte de Baeza, Adelaida	Huérfanos	1744	
V			
Vicuña de Orrego, María	Villavicencio	361	
Vergara de Barros, Sara	Gálvez	88	
Varas de Infante, Ana	Teatinos	76	
Velásco de Infante, Amelia	Rodríguez	148	

NOMBRE	CALLE	NUM.	
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	732
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	
Vergara de Vidal, Albina			
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	152
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	2632
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	230
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Walker de Freire, María	Delicias	520	
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zegers de Covarrubias, Manuela	Agustinas	1673	
Zañartu de Tagle, Raquel	Av. República	105	
Zegers de Echeñique, Isidora	Sto. Domingo	1334	
Zañartu de Besa, Elena	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía			

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio–Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

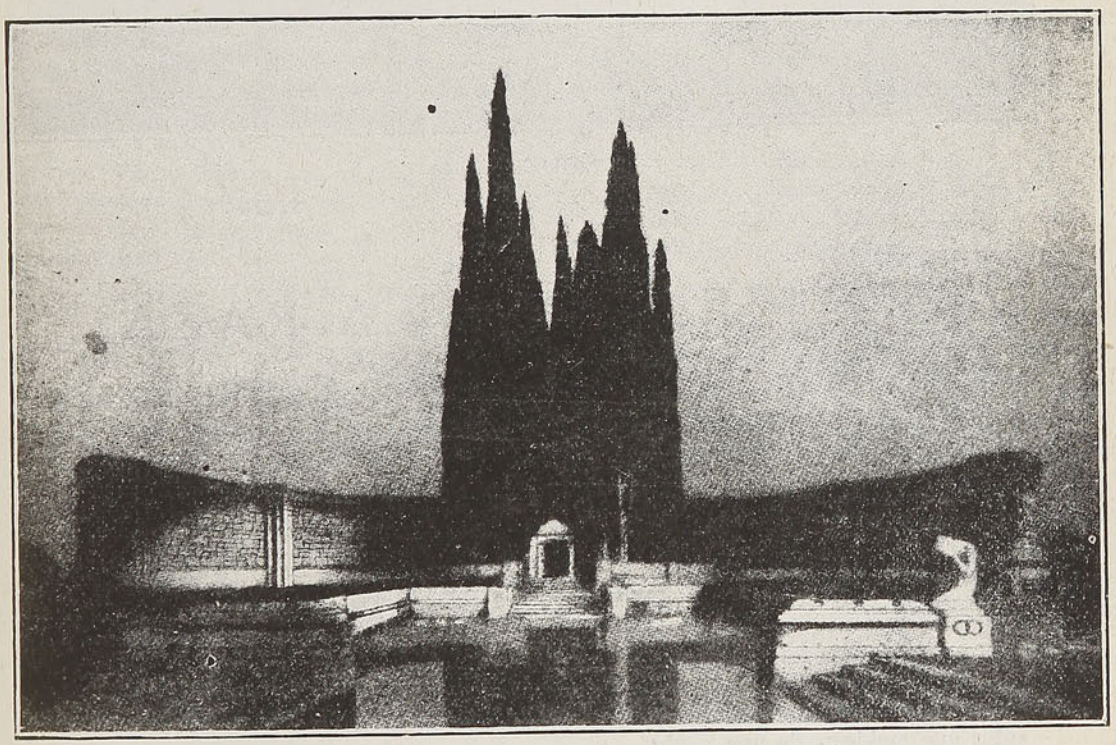
LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

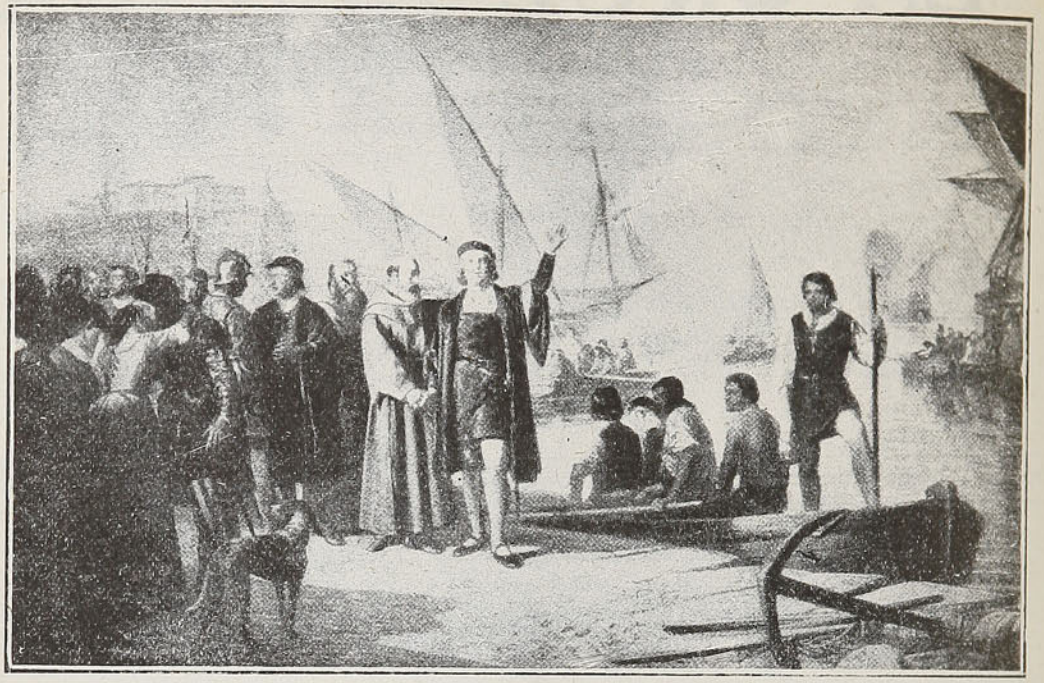
AÑO II — SANTIAGO, OCTUBRE DE 1920 — NUM. 26

SUMARIO:

	Págs.
La fiesta de la raza, J. Díaz Garcés . . .	86
Relación de una niña, X. X. X.	92
El príncipe bondadoso, Fernando Mota . .	97
La gran duquesa de Luxemburgo	102
Madre heroica Castilla, A. Herrera M. . .	103
Cómo se amuebla y decora una casa de campo, J. F.	104
La campaña contra la esclavitud, por Tancredo Pinochet	109
La bandera	111



''Silencio'', aguafuerte original de Fernando Labrada



Partida de Colón.

LA FIESTA DE LA RAZA

A mi distinguido amigo el Excmo. señor don Carlos Noel, con quien, y su hermano don Martín, hemos tantas veces hablado sobre "la vuelta a España", en el sentido de las tradiciones, de la colaboración nacional y del arte religioso y civil

Hemos desconocido a España tanto como hemos podido; hemos renegado y dicho mal de ella tanto como nos lo permitía el idioma, que, al fin y al cabo, se sublevaba antes que maldecir de una madre.

Yo me formé leyendo y oyendo a mis compatriotas más eminentes que España había sido madre sin entrañas, ávida conquistadora, torpe y errada gobernante, atrasada y supersticiosa esclava de inquisidores, frailes y malos consejeros. Por otra parte, algunos españoles que tuve por maestros me la mostraron como país idealista y casi romántico, lo que, por ser tan falso como aquello, no permitía reaccionar con lógica.

Naturalmente, todos nuestros defectos, incluso la imprevisión, la mala política y la pereza, se los debíamos a España. Envidiábamos a los Estados Unidos, porque

les había tocado en suerte ser ingleses. Se alababa como frase espiritual y de extraño acierto, la de un escritor chileno que había dicho alguna vez: "¡Lástima es, y grande, que no hubiera sido Gutenberg el descubridor de América y Colón el inventor de la imprenta!"

Cuando de estudiantes nos atraían los versos españoles y las frases castelarianas, estaban listos y bien apostados los consejeros que nos inclinaban hacia la literatura inglesa optimista y útil, hacia la alemana sentimental y amorosa, hacia la francesa seductora y griega; hacia la italiana, en fin, grandilocuente, trágica y evocadora de toda una civilización.

Cuando, más tarde, aficiones artísticas, anhelos de renovación o restauración, de carácter y de vigor en las construcciones e interiores, nos hacían admirar la arquitectura y el mobiliario colonial, las reliquias del pasado, la ferretería de Vizcaya, los clavos, sillones de vaqueta, bargueños y arcones de Córdoba, porcelanas y tapices, chapas y cerrojos, alcayatas y cabezas de vigas, las risas y sornas contra los vejestorios y añejeces atemorizaban al más valiente y ganaba la batalla el "chalet", el mueble de exposición, el papel pintado, la galvanoplastía, el latón, el cartón piedra, el yeso, la cursilería de bazar y de imitación.

Estaba, además, de moda creer que todo lo latino era inferior a lo anglo-sajón. Naturalmente, todo lo español quedaba como inferior a todo lo latino. Nos encontrábamos bien abajo, como esa juventud que antes del año 70 se convenció de la frase de Renan: de que era imposible que un alumno congregacionista pudiera combatir a un alemán en el terreno de la mecánica y de las armas de repetición. Su nieto Psichari, y más de medio millón de soldados, se encargaron de manifestar lo contrario; aquél, con el rosario envuelto al brazo, al pie de su cañón en Charleroi; y los otros, a las órdenes de los grandes generales—muchos de ellos sus hermanos de religión—en Yprés, Chemin-des-Dames, Marne, la Somme y Verdun.

Pero España no está sujeta a las disputas de los neófitos. Es admirable por sí misma, por su historia; ha dejado huella, nos ha marcado. En medio de las llanuras, en los mares y montañas del Nuevo Mundo, los que provenimos de Iberia nos saludamos con un acento lleno, sonoro, con una palabra abierta y franca, que se llama el castellano.

Pero España está aparte en el mundo; se la ve desde lejos, como a las altas montañas. La civilización occidental podría dividirse en dos partes, y una de ellas sería España sola; así, sin pulir, con los hombres llanos e hidalgos, realista y hasta materiales, ásperos y sinceros; especie de huerto paradisíaco en que están los frutos primitivos pequeños y ácidos, con más aroma que azúcar, con más espinas que flores.

Una vez registrábamos, en la estrecha tienda de un anticuario, en una calleja romana, el cartapacio de grabados, con ese olor de humedad y de carcoma de las viejas imágenes. Hacía tiempo no oíamos el español fuera del hogar. De pronto apareció uno de esos sombríos caprichos de Goya en que apuntan las extremidades de una docena de fusiles a un grupo de hombres y mujeres, gemebundos y desmoralizados, que imploran perdón y quieren sumirse en la tierra. Al pie, con caracteres litográficos algo borrados, estaba la frase: "No se puede mirar". Saboreamos estas simples palabras, tan llanas, breves y precisas con el placer con que habríamos mordido el turrón almendrado que las tías desaparecidas nos dieron en la infancia.

España ha sido la más grande potencia colonizadora de la tierra, después de Roma. Se desangró al amparar la mitad descubierta del orbe; nos mandó lo más fuerte, y ella—como la madre débil—quedóse iniciando la época lenta de su decadencia.

Un poeta sudamericano ha dicho: "Era una reina hispana: no sé ni quién sería—

ni cuál su egregio nombre, ni cómo su linaje,—sé apenas la elegancia con que, de su carruaje—saltó al oír a un niño que en un rincón gemía. Y dijo:—**¿Por qué lloras?** —La tarde estaba fría—y el niño estaba hambriento. La reina abrióse el traje,—y le dió el seno blanco por entre albo encaje,—como lo hubiese hecho Santa Isabel de Hungría.—Es gloria de la estirpe la que le dió su pecho,—a aquel hambriento niño que acaso sentiría—más tarde un misterioso dinástico derecho,—y es gloria de la estirpe, porque ese amor fecundo,—con que la reina al niño le dió su seno un día,—fué el mismo con que España le dió su seno a un mundo''.

El profesor americano Gaylord Bourne, traducido por el señor Amunátegui Solar, dice que el imperio colonial de España duró tres siglos, período casi tan largo como el del predominio de la Roma imperial sobre la Europa del occidente. En esas diez generaciones—agrega—la lengua, la religión, la cultura y las instituciones políticas de Castilla fueron transplantadas en un área veinte veces tan extensa como la de la madre patria; y cuanto Roma hizo por España, España a su turno lo hizo por la América española.

Hay en nuestra pampa salitrera un pequeño oasis, donde dos o tres antiquísimos caseríos de muy corto número de vecinos, dan abrigo a los dueños y cultivadores de huertecitos tropicales que algunas fieles vertientes de agua fecundan en la aridez del desierto.

Cuando se trataba de realizar las obras del agua potable de Iquique, nuestros funcionarios fiscales trataron de tomar esas aguas, ofreciendo futuras indemnizaciones de embalses o recuperaciones, en que los habitantes, no creyeron, seguros ya de ver sus limoneros y cañas de azúcar sucumbir bajo la quemante llama de la dilatada pampa. Pero he aquí que aducen títulos, y títulos seculares: cartas del rey Carlos III, que les confiere a perpetuidad el goce de aquel tesoro y habla sin más dudas de la prescripción tres veces secular de sus derechos. **Hasta allí llegaba la mano paternal** que nos figurábamos armada siempre de un látigo y de una orden para las hogueras de la Santa Inquisición.

La primera recomendación de Fernando e Isabel a Ovando fué sobre la benignidad con que debían ser tratados los naturales. Podrían contratarse esclavos africanos; pero el aborigen de América no debería ser aceptado sino libremente. En cambio, leamos la irónica reflexión de Daniel Denton, que, al tratar de la rápida disminución de los indígenas de Long Island, observa: ''Siempre se ha notado que, en todas partes donde los ingleses han venido a colonizar, una mano divina les ha despejado el camino alejando o arrebatando a los indígenas, ya por guerras de unos contra otros, ya por asoladoras epidemias''.

A principios del siglo XIX—dice Bournes—Humboldt se formó la opinión de que una tercera parte de los indígenas vivían de una manera semejante a la de las clases populares en España. Junto con el desarrollo del comercio mundial, España fué dictando leyes más liberales en sus colonias. La ilustración de Carlos III y la probidad de sus mandatarios, iban levantando un gran imperio. Desgraciadamente, esa benignidad excesiva y tierna por el indio, era quizá causa de que las colonias españolas no progresaran como las inglesas. Pero si la humanidad pasa por delante, veneradas sean las memorias de esos hombres que en su época fueron los mejores de la tierra.

Hubo un tiempo en que en Chile y demás países emancipados, estuvo de moda intelectual ser indio. Nos llamábamos Lautaro, Caupolicán, Leucatón, Fresia, Guacolda, y, naturalmente, nos sentíamos desalojados de nuestras pertenencias.

Pero eran esos los mismos tiempos en que la santa República y la piadosa democracia daban vida al tinterillo, envenenaban un pueblo con alcohol, abrían casas de agencias populares en la frontera, fomentaban burdeles y garitos y robaban tierras y los ganados, exigiendo también el voto de los caciques y sus mocetones.

Todos estos son los motivos que nos empujan, lo queramos o no, a amar y admirar la herencia de la madre patria. Los países fuertes, sólidos, reales geográfica y moralmente, como lo es Chile, deben amarrar fuertemente su ancla, como las viejas familias, a una tradición verdadera. Para nosotros no hay otra que nuestra raza, nuestro idioma y nuestra religión. Este es un concepto político y una necesidad de vida. Desde luego, es dejar de ocupar una situación internacional inestable y dudosa.

El hecho de vivir en un mismo continente con los Estados Unidos no nos obliga a sentir sus mismos latidos. Porque una cosa es la amistad, y otra el sentimiento filial, que viene de la carne y de la sangre, de la vida antigua, de la historia heroica, convivida largos siglos.

Los jóvenes que enviamos a ese gran país imitan superficialidades; pero, en cambio, las ideas les fermentan dentro del cráneo y su espíritu queda errante sin saber dónde tomar reposo, como la pequeña ave que se arriesga mar adentro. Hablan el idioma, siguen con simiesco trabajo el gesto del americano del norte, ensayan la sugestión de la mirada para convencer de fuerza, y la propia sugestión para tener confianza, alargan el paso y visten amplio corte.

Pero una voz les dice adentro que tanto son un mismo continente América del Norte y del Sur, como lo son Europa y Africa, que ocupan, más o menos, los mismos contornos terráqueos.

Es verdad que nos acarician y les devolvemos con fundamento este afecto. Ellos, como el hombre del cuento de Franklin, tienen una hacha que afilar; producen mucho y desean hacerse de un gran mercado vecino y un tanto tributario. Nosotros tenemos allí fuerza y apoyo, basados en un nuevo concepto, aun teórico, del panamericanismo.

Pero la fiesta de los hispano-americanos es la fiesta de la raza, es la fiesta española, es el aniversario de "la gesta colombiana".

———

Como España tiene un pasado de grandeza, que la vida presente no puede figurarse sino en la forma majestuosa de la epopeya, sus recuerdos históricos tienen esa fuerza de evocación que produce en el imaginativo la visita a un campo santo en que hubiera gigantes, semidioses, reyes cruzados, visionarios de edades heroicas.

Es así cómo, soñando en esa tierra tan rica y lozana de humanidad, tan pronta a resurgir, con tales ásperas y originales formas de vida he visto siempre a la muchedumbre de sus creaciones más que a sus muchedumbres vivas.

Me he figurado un largo y tumultuoso desfile, algo de procesión religiosa, algo de acompañamiento funeral y no poco de precipitada marcha ante el impulso de una tormenta desconocida.

Iba al frente el Caballero de la Triste Figura, sentimental, soberbio y melancólico; le seguían místicos y monjes de Morales, de Zurbarán y Ribera, con los caballeros del Greco, vestidos de terciopelo negro, oprimiendo la cruz de la espada sobre los pechos hundidos; el bastardo Juan de Austria con la banda de Castilla cruzada al revés; los abates confesores de la reina, los profesores del rey, los validos cortesanos llenos de encajes, las tapadas con abanicos de fino y negro Aragón, los condestables, inquisidores, ministros, consejeros y el pueblo.

Y en este pueblo saltaban la Gitanilla y Rinconete y Cortadillo y Guzmán de Alfarache y las brujas desnudas de Goya, gritando en torno de carrozas donde damas de corte y criadas de palacio llevaban un infante a bautizar.

Y seguían la pesada infantería de Flandes y Nápoles, los flacos conquistadores de América a caballo, los hombres de mar cargando la linterna de hierro de un carabela, y, en fin, enanos y bufones y meninos, y entre ellos Menippo, el mismo de Ve-

lásquez, sonriendo, mitad ebrio y mitad filósofo, con socarrón movimiento de los labios sensuales bajo las barbas desaseadas.

Cerraban los vaqueros, picadores y toreros, los majos y majas, los aguadores y bailadoras, en medio del regocijo, de la plebe madrileña de todos los siglos. La procesión se detenía ante una colina donde estaban las tumbas de Pelayo y del Cid Campeador; y donde, en extraño Gólgota, se alzaban algunas cruces; pero como cosa de sueño y pesadilla, tampoco eran imágenes reales, sino creaciones: los Cristos del Gran Poder y de la Expiración estaban de pie; yacentes, los de Gregorio Hernández.

Por el otro versante del monte, la multitud, multiplicada aun; pero ya sin arreos, sin armas, sin símbolos, sin determinado carácter, sin encajes ni abanicos, solamente multitud de carne y sangre bullente, corría a poblar la tierra como el despeñado caudal de una montaña.

Y de Triana de Sevilla, Mercadillo de Ronda, Percheles de Málaga, Campillo de Granada, barrios bajos de Madrid, Viña de Cádiz, Santa Marina de Córdoba, murallas de Cartagena, Rochapea de Pamplona y San Pablo de Zaragoza—para seguir la enumeración de "El Solitario"—y de donde nos vengan un hilo fresco de esa lozanía de raza, de ese afán de resurrección y renovación, brotarán las notas majestuosas del gran concierto de la unidad hispana, en que la sangre partida refluye de nuevo al corazón, y circula ahora con acompasado ritmo en todo el organismo del nuevo imperio de la paz castellana.

Y vamos de sorpresa en sorpresa; lo que ocurre a menudo en la madurez y ancianidad de las madres, que, a medida que envejecen, se ven más bellas.

España tiene un rey, ya no respetado, sino amado de todos. Se le llamó "el buen samaritano", por su conducta durante la guerra. Miembro de una dinastía que, como la de los Faraones, deja huella de garra de león donde pasa, este príncipe borbónico hace pensar en el oculto y misterioso origen del linaje de los Capetos, de donde han venido los felices conductores de la mitad de Europa en toda la época moderna y contemporánea.

Pero, además del reflejo del alma varonil, hemos comenzado a recibir luz más serena que penetra hasta el fondo del alma. ¿Habéis oído hablar de las Damas Protectoras de Obreros? Mujeres de España, realmente mujeres, son sus guías e inspiradoras. Han venido desde muy lejos hasta tocar el corazón del pueblo-vástago hispano, para rendirle ternuras y esfuerzos. Ya he contado hace más de un año el origen de esta fundación:

"Doña Dolores, la iniciadora, era una especie de bohemia y caminera de la caridad, como Santa Teresa. Una presidaria se puso a llorar un día, porque no la iba a ver más: —¿Pero tú, dónde vives?—le preguntó.—En el barrio de las Injurias.—No conozco ese barrio; di, ¿por dónde cae?—Es un barrio muy malo, casi todos los que estamos aquí somos de allí; con decirle a usted que lo llaman la antesala "del Saladero..." (El Saladero es la cárcel).

Y Dolores fué allá al barrio de las Injurias y al Corral del Cotarro, donde iba a volver la encarcelada. Las corraleras las recibieron con piropos un tanto rudos:—¡A qué vienen aquí, so brujas? ¡Tráigannos "perras", y no palabritas ni consejos!—Dolores les sonreía y las tomaba de las manos. Poco después estaban ellas y sus compañeros en más franca y cordial relación con las caritativas mujeres, y como quisiera verlas un viejo y santo obispo, Dolores consultó a la gente del barrio, y todos le respondieron a una voz: —Doña Dolores, aquí no queremos más faldas que las de ustedes; no queremos a "esos que se visten por la cabeza".

Pues bien, a estas obreras que salen del mundo sereno de la familia noble, para ir en derechura al barrio de las Injurias por el camino del amor, las incluímos en el

homenaje a España que esta próxima fiesta de la raza significa. Sabemos que más de mil obreros santiaguinos de todos los credos y escuelas hacen eco clamoroso a nuestros votos. Consuelo, la directora, es una hoguera de piedad y conmiseración. como una de esas profundas bóvedas de piedra en que cada grito de dolor tiene más de cien ecos. Se enciende sola y el fulgor de su vida interna no puede dejar de lucir como estrellas en sus ojos profundos, apasionados y melancólicos.

Y a esas damas del mundo que en el mundo y por el mundo obrero trabajan, no puedo dejar de unir en otro terreno, en el del claustro y del silencio religioso, el recuerdo de las Hijas de la Vizcondesa de Jorbalán, que en el lejano asilo de la Cruz Blanca, con toda la mística ternura de sus almas maternales, redimen a las hijas del pueblo, hilan en la rueca y oran por sus hermanas en peligro, mientras los telares cuentan los minutos tejiendo los hilos de una vida útil salvada cada día.

En fin, que los españoles que en Chile trabajan por formar su fortuna y ayudan como hombres morales y ordenados a la prosperidad del país, sepan que no los contamos como extranjeros. Son de la gran casa. de la inmensa casa, que ha dado muchos hombres y seguirá dándolos, de esa casa donde aprendemos una religión y un lenguaje común, que nos hace considerarnos hermanos.

J. DIAZ GARCES

Colón ante el Consejo de Salamanca.

Relación de una niña salvada últimamente por la Cruz Blanca

La damos a la Revista con toda la ingenuidad de su relatora; ella misma nos la trajo y pidió se publicara. Como prólogo, diremos que al pedir ayuda, se dejó caer sobre una silla, llorando, con esta frase que nos debe hacer meditar a las socias y directoras de la Cruz Blanca: "SIN HEROISMO, NO SE PUEDE SER POBRE Y HONRADA".

Sin duda creéis que lo que voy a relatar es algo inventado; no, es una historia verídica. Escuchad, es mi corazón que os habla.

En una fría mañana del mes de junio, me llamó mi madre a su cuarto y me dijo: "Lala, hoy mismo tienes que partir: tu padre ha perdido el último centavo y es preciso que tú vayas en busca del pan de mañana para tus hermanos". No sé por qué temblé y sentí frío. Yo debía partir a trabajar y buscar el pan para mi familia. Sentí deseos de llorar; habría suplicado a mi madre que me dejara a su lado, pero, y ¿el hambre? No espera. Mi madre tenía razón. Partiría y trabajaría con empeño, ayudaría a los míos.

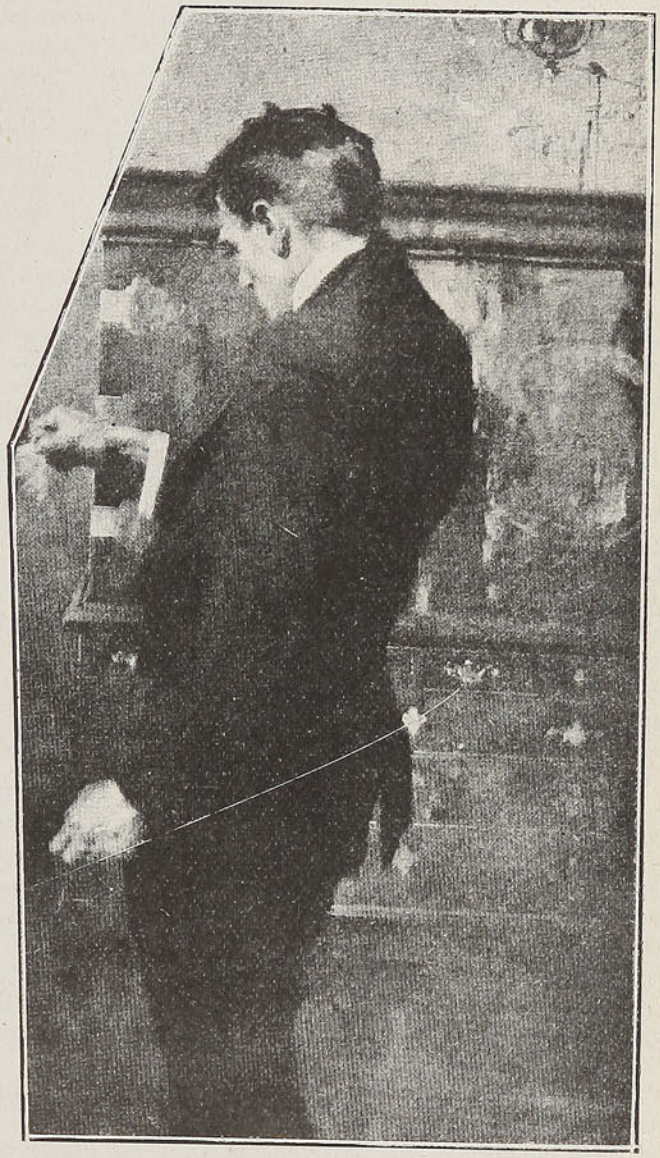
—¿Nada me respondes?—me dijo.

—Madre, si es necesario que trabaje, lo haré. La miré, vi que lloraba, que sus labios temblaban. Respeté su silencio, comprendí que sufría mucho.

—Ahora mismo es necesario que te ocupes, he conseguido una buena ocupación para ti, eres inteligente y sabrás cumplir con tu deber; pero esto no es todo, hija mía, lo que tengo que decirte. Hay cosas que nuestros labios no pueden expresar, pero ya tú eres grande y debes saber los peligros a que está expuesta en este mundo una joven

lejos de su hogar. ¿Me entiendes? Sé muy prudente y sobre todo acuérdate de los consejos que te dió el Rvdo. Padre Gentillini en su hermosa obra "El Libro de la Joven".

—Le aseguro, madre, que mi alma será fuerte para luchar, y que en mi corazón jamás albergaré sentimientos de los cuales tuviera que avergonzarse un día. Y entre lágrimas y sollozos me alejé de mi casa, oprimida por terrible angustia.



Existe la creencia que cuando se aproxima una desgracia algo nos avisa. Pues bien, luego que llegué a mi nuevo trabajo, cuanto más quería alejar de mí el temor que sentía, indefinido, más se abatía mi espíritu y era tal la intranquilidad en que estaba, que habían noches en que me costaba un esfuerzo poderoso conciliar el sueño, y cuando mis párpados se cerraban ya, cansados de la ruda vigilia, el más leve ruido me hacía despertar sobresaltada.

Entre tanto, pasaba el tiempo. Mi patrón, hombre joven, me decía que estaba muy a gusto con mi trabajo. Es claro, me hacía trabajar desde las 9 de la mañana hasta las 11 de la noche, sin una queja y por el mísero sueldo de ochenta pesos mensuales. Nada le hacía cambiar ni compadecerse del continuado trabajo tan mal remunerado.

Sufría yo en silencio, tenía miedo de quejarme y quedar cesante, y debiendo mandar a mi madre lo poco que me quedaba mensualmente después de vestirme y calzarme.

Mi patrón traía al negocio algunos amigos, y me veía obligada a soportar bromas y frases groseras. Estos repetían con frecuencia: "X, cambia de empleada como de camisa". Deseando saber cuál era el significado que esto tenía, pues repetían esta frase frecuentemente, con cierto airecillo malicioso y burlesco, pregunté a un empleado, el que me respondió: que en dos o tres meses lo comprendería.

Antes de cumplir tres meses de mi empleo, una noche en que volvía de comer, me encontré con que mi patrón estaba solo, y que ni siquiera estaba el mozo como de

costumbre. Esto me intranquilizó un tanto. ¿Por qué aquel cambio? ¿Qué pasaba? El temor se apoderó de mí, pero creí prudente esperar y nada dije. Como no tenía qué hacer, me senté a leer una carta que mi madre me había enviado y que por falta de tiempo no había visto en casa.

Decía así: "Mi querida hija. tu padre sigue siempre muy mal, el doctor dice que si no se le hacen los remedios que él indica no responde de su vida. Los niños parece que sienten más hambre que nunca, pues les he suprimido la leche, y hay días en que la carne es sólo para tu padre. ¡Qué hacerle! Ya no hay nada que llevar a la agencia. Hija, vé modo que te aumenten el sueldo. Va a llegar un día en que no voy a tener ni pan para los niños; tu padre se está muriendo y yo estoy rendida, pues van muchas noches que no duermo. Pide a ese señor, te adelante algo. Ten paciencia, hija mía, puede ser que Dios nos ayude. Te abraza tu madre".

Un rayo que hubiera caído a mis pies no me habría herido tan cruelmente como la lectura de aquella carta. ¡Mi padre se moría! ¡y mis hermanitos no tenían qué comer! ¡Pobre madre mía! ¿Y qué podía hacer yo? ¿Cómo los salvaría de aquella situación que amenazaba a mi podre hogar con mi escaso sueldo? ¿Iría a pedir al patrón dinero cuando ya me había dicho que no adelantaba nada? Le suplicaría y le mostraría la carta para que me creyera, y se compadeciera. Doblaba la carta haciéndome estas reflexiones, cuando sentí que mi patrón me decía: "Venga, que tengo que hacerle una proposición". Creí que había adivinado, fué grande mi sorpresa al íor que tan amablemente me hablaba.

Cuál no sería mi sorpresa y mi miedo cuando vi dibujarse en sus labios una sonrisa que jamás había visto. y en aquel momento me pareció infernal, no se por qué.

—Señorita,—me dijo,—necesito que hoy mismo me dé Ud. una respuesta definitiva. De ella depende su felicidad y la de su madre. Ud. tendrá joyas, lujo, dinero y todo cuanto Ud. quiera. Si Ud. no acepta lo que yo le propongo, irá Ud. a la calle hoy mismo.

¡Quería que vendiera mi honra! Bien sabía el infame que estaba necesitada, y de seguro creyó que sus ofertas me deslumbrarían. Cuán lejos estaba de pensar que yo, al escuchar su asquerosa proposición sólo sabría despreciarlo. ¡Cobarde!—le grité— ¡Infame! ¿Quieres aprovechar el hambre de los míos para perderme! Y comprendí en un instante la frasesita dicha con sorna por sus amigos: "Muda de empleadas como de camisa". ¡Cuántas habrían tenido que huir de ese lugar maldito!

—La necesidad tiene cara de hereje—me respondió.

A mis insultos permaneció inmutable, siguiendo con la vista todos mis movimientos. Al ver que lloraba y me ponía el abrigo y el sombrero para irme me dijo:

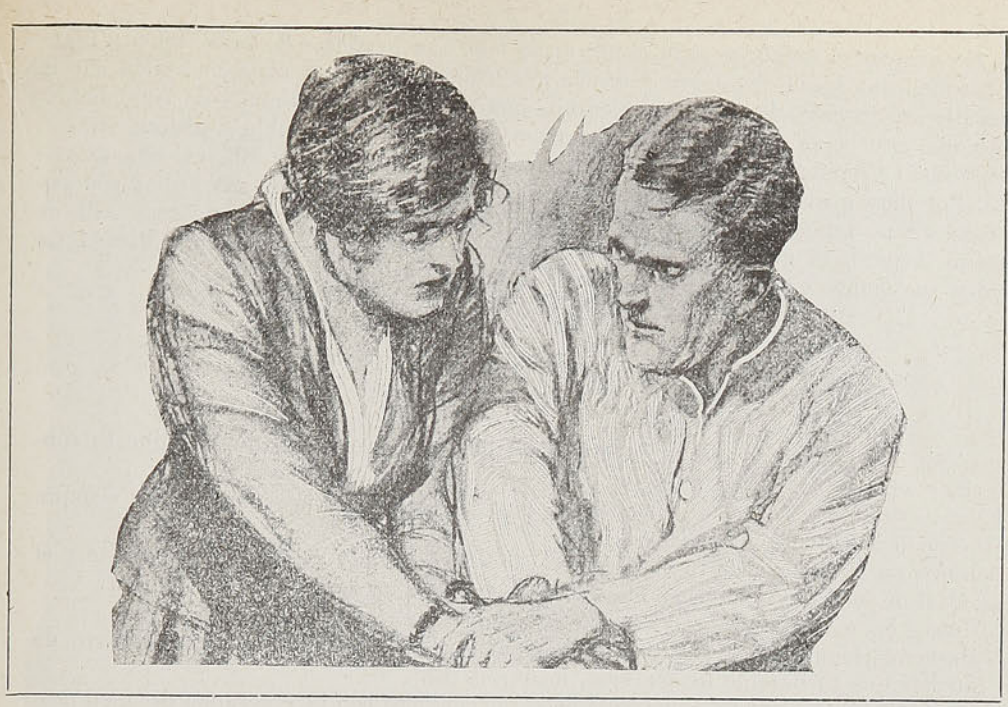
—Si Ud. se va antes de su hora, no recibirá un cinco de su sueldo. A Ud. le conviene callar estas cosas. ¿Qué podría hacer Ud. en contra mía? ¿Se imagina que le creerían más a una empleada que al patrón? A Ud. le conviene el silencio. Lo que le he dicho ha sido para su bien y el mío.

Pensé: No me pagará y mi padre se va a morir; quizás en mis manos está su vida en este instante. Mis hermanos tienen hambre. ¡Dios mío! Difícil me sería expresar la angustia que sentí. Quedé como petrificada. A mi imaginación se presentó un cuadro horroroso.

Veía llorar a mi madre al lado de mi padre moribundo, rodeada de mis pequeños hermanitos que lloraban de hambre y frío. Y como si mi madre me hablara al alma, oí estas palabras: "Prefiero ver muerta a mis pies a mi hija, antes que deshonrada. Sí, moriría mil veces, vería morir a todos los míos, siempre que para poder salvarlos tuviera que deshonrarme. Dios me ayudaría.

Esa noche llegué a casa desesperada casi. Tendría que abandonar la ocupación al día siguiente, no era posible volver.

La tranquilidad serena y apacible de la noche, hacía un contraste amargo con la violenta y borrascosa tempestad que agitaba mi alma. Al fin, abatida por tantos sen-



timientos contrarios, lloré como se llora cuando nada se espera... ¡Si mi madre hubiese sabido lo que sufría!

Era la noche fría y tenebrosa, parece que la naturaleza misma me acompañaba en mi pena.

Apoyé mis afiebradas sienes en las almohadas, mudos testigos de aquella noche de dolor e intenté dormir. ¡Vano empeño! Mis pupilas se negaban a proporcionar a mi casi aniquilada naturaleza el tan deseado descanso. Hice desfilar por mi mente los hechos acaecidos y pedí a Dios su protección y que me diera valor. Estaba rendida, sentía fiebre, no sabía qué partido tomar y no sé por qué vino a mi mente el recuerdo de la Cruz Blanca.

Sí. Ella me salvaría, no permitiría que mi alma se perdiera. Buscaría su apoyo. Nadie nunca de las que buscan su amparo, son desatendidas.

Y aquella noche determiné dirigirme a la Cruz Blanca. Contaría mis penas, me socorrerían. Y si ellas no me podían ayudar, no me quedaba otro remedio que seguir al lado de ese hombre abyecto y cruel.

Al día siguiente muy de mañana. me dirigí en busca de su Presidenta. Llegué a su casa, el portero me hizo pasar, pero la señora en ese momento se desayunaba, y tuve que esperar. Sentía cierto temor y estaba sumida en amargas reflexiones, cuando vi que aparecía la señora que buscaba. Me indica que pase y que le diga lo que deseo.

No sé lo que me pasó. Las palabras se ahogaron en mi garganta y rompí en llanto. Al verme en tal estado de sufrimiento, me consoló y con cariñosas palabras, me dijo que le contara con confianza lo que me pasaba. Que estaba acostumbrada a recibir las más extrañas confidencias. Nada le asustaba, conocía bien la miseria humana. Al ver en su semblante benevolencia y en sus palabras cariño, tuve valor y le conté todo.

Creí notar en su rostro un dejo de amargura. Quizás también sufría al escuchar mis confidencias! ¡Se estremecía al oírme!

No encuentro palabras para expresar el bien tan grande que hace la Cruz Blanca. Lleguen hasta sus directoras y socias mis ardientes gracias. Quiera el cielo que la Cruz Blanca, la Salvadora de la Juventud, siga en su camino colmada de bendiciones. Que nada estorbe su paso. Sólo Dios es capaz de premiar tan noble y grande obra.

¡Niñas! Cuando os veais en un peligro, corred hacia la Cruz Blanca, ella os salvará. Por muy grave que sea lo que tenéis que contar, no temáis, sus armas son poderosas. Si no tenéis madre, ahí la encontraréis. Si el alma lleváis enferma, ella os salvará. Acudid, el grupo de nobles y caritativas damas os ayudarán. ¡Mirad! Os tienden sus manos cariñosas como si fuerais sus propias hijas.

X. X. X.

¿PARA SER FELIZ?

Lleva siempre encendida en tu alma una lámpara sacrosanta que ilumine tu conciencia y oriente tus actos hacia lo eterno.

Elévate sobre las miserias de la tierra, profesa el bien, y aprende a vivir siempre de sacrificio negándote a tí mismo.

Busca en el silencio de tu alma abstrayéndote del ruido del mundo, la fuente y el manantial de todo bien y bebe en ella hasta saciarte de su agua pura y cristalina.

Cierra los ojos materiales, para que se abran a una luz más pura de tu alma.

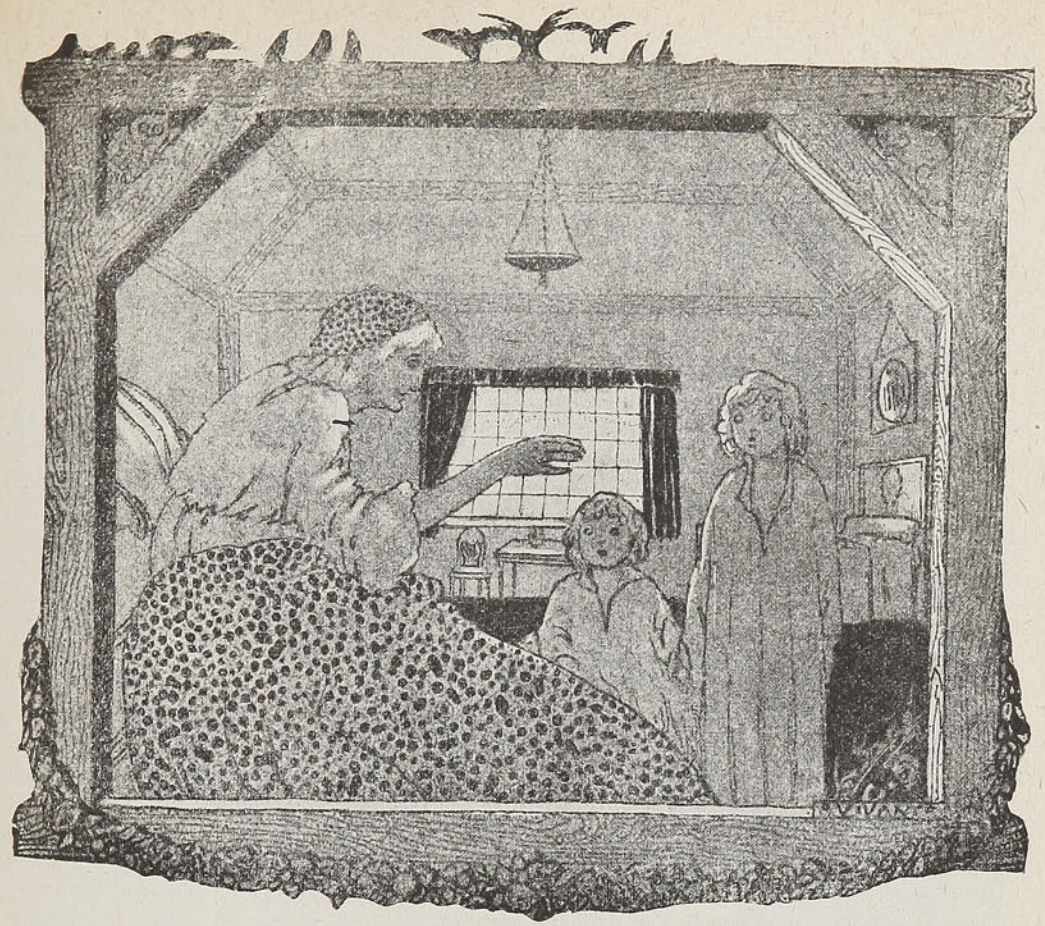
Desdeña elogios, mira siempre hacia arriba y compara, consulta con el rayo de sol interior que te ilumine lo que eres, lo que es **El**.

Eleva tu pensamiento y confórtale en el sufrimiento con la esperanza del bien desconocido que te aguarda más allá de la vida.

Ama la vida por cuanto ella encierra dolor que redime.

NUESTROS CONOCIDOS

Caricatura de Ricardo León.



EL PRINCIPE BONDADOSO

CUENTO INFANTIL

—¿Por qué no nos cuentas algunas fábula, abuelita?

—Ya os conté todas las que sabía, hijos míos. Y tampoco debe nlos niños mostrar esa afición por las historias fantásticas, que a la larga fatigan la imaginación o la llenan de ideas falsas que han de ser, con el tiempo, pesado bagaje para andar por la vida; que si es, malo no sembrar en el alma la bondad. el mucho sembrarla es peligroso.

Tal fué lo sucedido al Príncipe Bondadoso. Llamado así del pueblo por su pureza de corazón; dicen que esta historia sucedió hace ya mucho tiempo.

—Cuenta, abuelita, cuenta; esa historia será de guerras, y habrá un gigante que guardará un tesoro... Y un rey que dará un premio al que venza, y le hará muy rico, y luego príncipe...

—Que no sea así, abuelita; di que no. Yo quiero que en la historia haya un príncipe guapo, vestido con riqueza y muy valiente; y un día, en un bosque al que habrá ido de caza. encontrará a una campesina muy joven, muy pobre y muy linda, y el príncipe se enamorará de ella y la llevará a su palacio, y allí la vestirán con ricos trajes y luego se casará con el príncipe... Será así, ¿verdad, abuelita?

—No, como yo dije. Quiero que sea como yo dije...

Las manos de la abuela extiéndense cariñosas y posanse sobre la rubias cabezas de los nietecillos en signo de paz; y en sus frentes, la caricia de sus dedos es rama de olivas que orlan sus bucles de oro...

Aún sois niños. y ya se echa de ver vuestra condición y vuestro sexo. Tú, Luisito, eres ambicioso y egoísta, y quiera Dios que al crecer no lo hagan también esas malas cualidades, que la ambición y el egoísmo son hermanas menores de la envidia, y ésta es lepra del alma... Y tú, Enriqueta, tampoco hallarás la felicidad en el mundo dejando y tu imaginación corren como un corcel fogoso, y soñar con palacios y príncipes enamorados que por tu belleza te hagan reina... Eres vanidosa y coqueta. La mujer también debe inspirar amor con la belleza de su alma, y la tuya no lo será mucho cuando ya empieza a cubrirse de adornos vanos. Nada, pues, os cuento, que veo que sois buenos y de nada os sirven mis consejos. que tan mal los aprovecháis...

—¡Abuelita. abuelita!; no te enfades, y cuéntanos la historia que decías. que ya seremos buenos...

—Sí, abuelita; seremos buenos, y te daremos muchos besos cuando acabes el cuento...

—Sea; pero prometedme que lo seréis esta noche y siempre.

—Sí abuela.

—Sí, abuelita.

—Bien; pues escuchad:

En un lejano país, más allá de nuestras montañas, existía un reino que gobernaba un príncipe, a quien por sus cualidades llamaban el **Príncipe Bondadoso.**

El pueblo adoraba a su príncipe, que era joven y hermoso como una mañana de sol, y esta popularidad despertó la envidia entre sus cortesanos, cuyas ambiciones no medraban al lado del príncipe. Unos por avaricia, otros por sed de honores, todos por igual veían sus deseos desatendidos y su intrigas malogradas ante la bondad del príncipe. que a todos distinguía. Y esta bondad, que los míseros adoraban, los ricos y los poderosos la despreciaban, y llamaban al príncipe el **Príncipe Plebeyo.**

Una tarde, al caer el sol, bajó el príncipe al Jardín del Ensueño, que así se llamaba el jardín de su palacio. Este bello jardín, lleno de encantos, no tenía verjas ni guardas, y gozaban de él todos sus vasallos, pobres o ricos.

Había en el jardín, algo lejos del castillo, un bosque encantador lleno de penumbras azules y de árboles olorosos que tenían la rara virtud de dar al paseante la paz del alma. Este bosque se llamaba el Bosque del Bien. Sus árboles y sus frondas conservaban siempre su lozanía, con el sol quemador del estío, y con el hielo y las nieves del invierno; en aquel bosque, la primavera no había venido todavía.

Paseaba el príncipe aquella tarde por él, y halló en una de sus sendas tendido en el suelo, a un **mendigo leproso.**

El enfermo. al verlo, extendió sus manos en demanda de amparo, y su voz, entre lamentos, pidió compasión a sus dolores.

—Señor—dijo el mendigo,—si sois bueno, tened compasión de mí; ved la miseria de mi cuerpo, que se pudre con este maldito mal. Dadme algún remedio, señor.

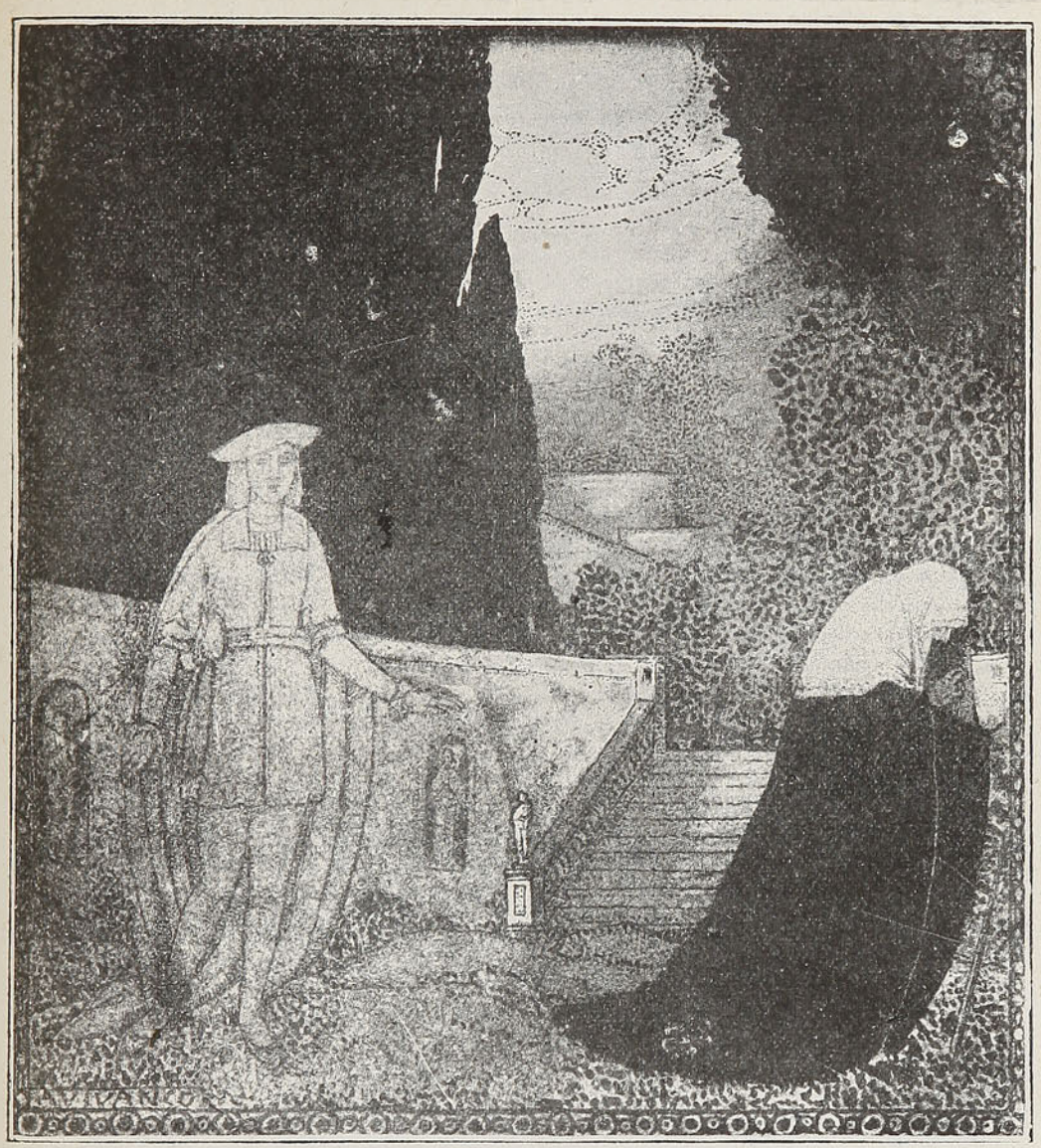
El príncipe le contestó: Te llevaré a mi palacio. y allí atenderé tu mal.

Y el príncipe dióle la ayuda de sus brazos elevándolo del suelo, y juntos, como dos hermanos, lo llevó al castillo...

... ...

Otra tarde, paseando por el Bosque del Bien, encontró a un joven desconocido que se le acercó humildemente y le dijo:

—Señor, ¿podríais indicarme la salida del bosque? Nunca entré en él, y me he



Una tarde halló el príncipe en lo hondo del bosque a una vieja...

perdido. Vengo del campo y dirigíame a la ciudad en busca de trabajo. Vos sabréis dónde se halla la ciudad; ¿queréis decírmelo, señor?

El Príncipe le respondió:—Te llevaré a la mejor de la ciudad, que es mi palacio, y allí encontrarás también el trabajo que buscas—y cogiéndolo de la mano, emprendieron juntos la marcha hacia el castillo como dos hermanos...

... ...

Otra tarde se hallaba el príncipe en el bosque, y oyó cerca de sí una voz que, entre llanto, lamentábase de su suerte. Siguió andando, y encontró en el camino, sentado en una piedra, a un extranjero en actitud de profundo abatimiento.

El príncipe le dijo: ¿Qué mal os ocurre, amigo? Y el extranjero le contestó: Señor, soy un hombre miserable, indigno de compasión.

Yo era el príncipe que reinaba en la nación vecina, y he gastado en fiestas y golgorios el dinero de mis arcas, y he arruinado a mi pueblo con tributos. He huído de mi país, señor. porque mis vasallos vinieron a mi palacio a pedirme pan, y yo había vendido el trigo para mi última fiesta. Señor, empobrecí a mi país con mis locas prodigalidades, y he huído de allí hacia este bosque, atormentado por el remordimiento.

Aquí moriré abandonado, señor, y ese será el castigo de mis culpas.

El Príncipe Bondadoso le tendió su mano y le dijo: Gran daño han producido tus errores, pero no ha sido por maldad.

Te llevaré a mi palacio, y allí te entregaré el oro de mis arcas para que remedies la miseria de tu pueblo, si tu arrepentimiento es verdadero.

Y juntos, como dos amigos, se dirigieron al castillo...

... ...

Otra tarde llegó el príncipe al bosque cuando el sol se ocultaba, y entre las frondas de sus árboles, la noche iba prendiendo sus cendales de sombras.

Andando, andando, halló el príncipe en el camino una vieja andrajosa recostada sobre un árbol, y sus pies y sus manos sangraban de pequeñas heridas.

El príncipe se detuvo ante ella y le dijo: ¿Qué culpa os ha puesto en ese estado?

Y la vieja repuso: Señor, vengo huyendo de los pueblos y de las ciudades, por que de todos me echan y de todas me persiguen.

Señor, yo vendo yerbas que curan algunos males, y doy sabios consejos que me ha enseñado mi experiencia. y predico el bien y la virtud.

Y esta es mi culpa, señor; que la ignorancia de los humildes y la maldad de los poderosos se han unido para perseguirme; y guiados por el fanatismo, me acusan de vieja hechicera que predica la religión del diablo. Y yo, señor, lo que predico es la verdad.

El príncipe quedó indeciso, y al fin repuso: No se me ocurre remedio para tu mal, porque yo no soy sabio, sino bueno, y no es la bondad arma fuerte para combatir la superstición y el fanatismo.

Ven, pues, conmigo, pobre anciana; te llevaré a mi palacio, y allí hallarás reposo para tus últimos días...

Y juntos, como madre e hijo, emprendieron la marcha hacia el castillo...

... ...

Y llegó la mañana siguiente al último paseo del príncipe, y aún dormía, cuando fué despertado por su corte, que invadió el aposento.

Del grupo de cortesanos destacóse, en actitud solemne, el Gran Juez del Estado, y con voz grave dijo al príncipe:

—Príncipe Real, vengo a exigiros cuenta de los terribles delitos cometidos contra la nación y sus súbditos.

Se os acusa de haber robado el tesoro de la patria para entregarlo en manos enemigas que habrían de esclavizarla.

¡He ahí al príncipe extranjero!

Se os acusa de conspirar contra la nación y ser vuestro cómplice ese joven desconocido llegado a palacio para ayudar vuestras intrigas.

Se os acusa de haber querido envenenar la salud del Estado trayendo a la Corte a ese mendigo leproso.

Y se os acusa, por último, de ateo y hereje, que conspira contra Dios, queriendo imponer la religión del diablo que predica esa vieja hechicera.

¿Que respondéis?

El príncipe nada dijo, y el llanto bañó su rostro.

Un rumor lejano, como de tempestad, llegó hasta el aposento, y el príncipe preguntó: ¿Qué es?

El Gran Juez respondió: ¡El pueblo que pide tu muerte!...

El príncipe dijo: ¡Ellos también!...

Y su cuerpo cayó sobre el sitial del trono como una flor que se troncha.

El Gran Juez se acercó, y posando la mano sobre el cuerpo del príncipe, dijo: **Se ha cumplido la justicia.**

Y así termina la historia del Príncipe Bondadoso. Recemos por su alma y por la de todos aquellos que atesoraron bondad...

—¿No me oís, hijos míos?...

Estaban dormidos, y quizá soñaban, como el príncipe, con un país fantástico donde todo era hermoso las caras y las almas: un país donde la ingratitud y la mentira no eran aún conocidas.

Sus oídos infantiles no oyeron el triste final del cuento, y sus almas se hallaban muy distantes. Patrimonio es de la infancia ver la felicidad en sueños.

FERNANDO MOTA.

DEL TRONO AL CONVENTO

LA GRAN DUQUESA DE LUXEMBURGO

Entre todas las formas de extinguirse una figura monárquica, la más conmovedora, sobre todo, si el soberano es mujer, y mujer bella y joven, consiste en la clausura mística.

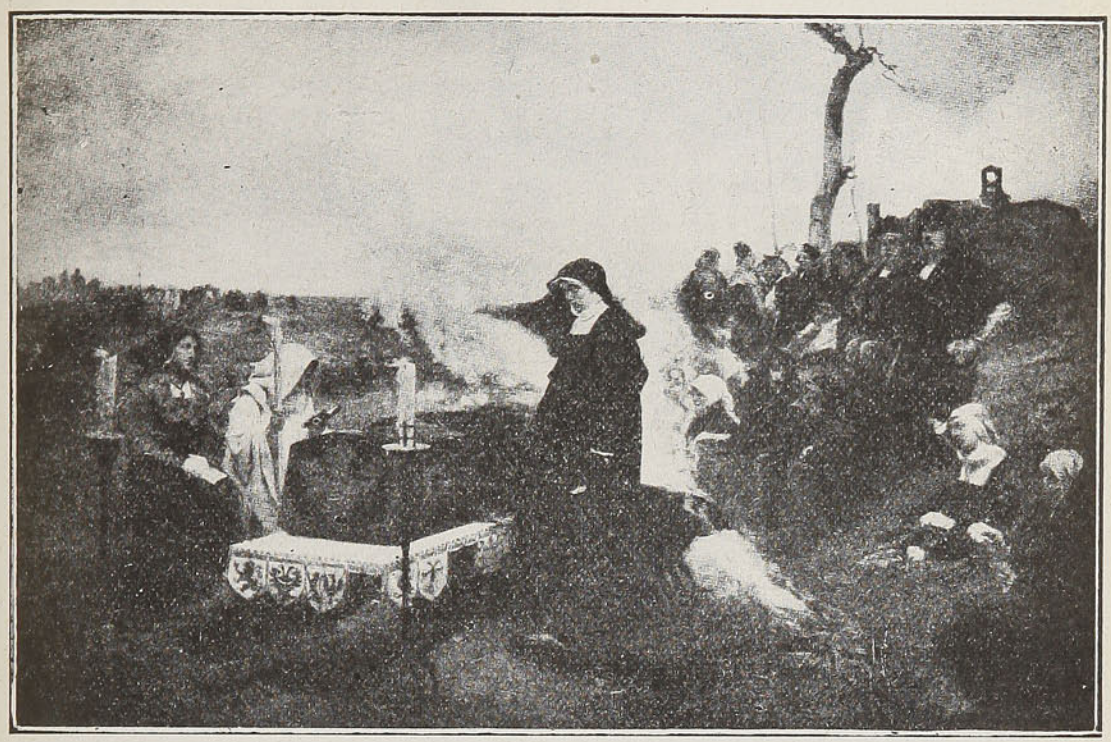
El Emperador Carlos V, viejo, desengañado y enfermo del espíritu, trocó un día su cetro glorioso, renunciando a la posesión de sus dominios en que "el sol no se ponía", por la áspera soledad del monasterio del Yuste. Pero era un hombre, y había gustado las mieles de la existencia.

En cambio, esta llorosa y melancólica María Adelaida de Luxemburgo, que el telégrafo nos describe ya ceñida con el hábito de las carmelitas, y encerrada en un convento de Modena, cuando sus gloriosos 26 años la llamarían ardientemente a la vida, a una vida de triunfos y de gozos, despierta en los corazones más indiferentes una pena efectiva.

Su historia es la historia de una princesa pálida, cuya voz fuera un sollozo... No es una figurilla de soneto, una mera evocación de la literatura. Lo trágico de su destino se halla en la realidad desesperante, en no provenir de un cerebro sutil de poeta bohemio, en que, efectivamente, es una reina de carne y hueso, a quien la fatalidad del mundo obligó a trocar su corona y sus regios atavíos por la toca monjil y el mísero sayal.

El dolor fué siempre, desde la más tierna edad, su fiel compañero. Hija de aquel gran duque Guillermo, quien víctima de una cruel dolencia, se mantuvo cinco años postrado, en 1912 subió al trono. Por fin, la vida iba a sonreírle, el amor y el poder la aguardaban. Pero la guerra de 1914 abatió hasta la última de sus ilusiones. Invadido el Luxemburgo por los alemanes, desconocida en sus derechos y humillada, tuvo que asistir impasible a los vejámenes del invasor. Sospechada luego por los aliados, y no bien vista de sus súbditos, en noviembre de 1918 el voto del Parlamento la derrocó del poder para intalar en su sitio a la gran duquesa Carlota, que ahora rige el país.

Desengañada y entristecida, sola en el mundo, el claustro la recibe al fin, y allá entierra su juventud y su belleza, dejando una dolorosa leyenda de su afligente peregrinación por el mundo.



Doña Juana la Loca, (célebre cuadro de Pradilla, existente en Madrid, en el Museo del Prado).

MADRE HEROICA — CASTILLA

Madre heroica, Castilla, tus augustos pendones
paseaste, invencibles, por el mundo triunfal;
al viento desplegados, castillos y leones,
que fueron de tu estirpe heráldicos blasones
y emblemas de tu fuerza y de tu poder real.

Tus ínclitos aceros forjaron de tu gloria
los templos seculares donde brilla la luz
perenne, que ilumina el misal de tu historia,
donde el recio romance evoca la victoria
al mundo arrebatada por tu espada y tu cruz.

Madre heroica, Castilla, matrona generosa,
de tu ubérrimo seno, guiadas por Colón,
las tristes carabelas salieron animosas
en pos de aquella extraña quimera luminosa
que eternaron la gloria de Castilla y León.

Tu fe y tu sangre hidalga como tributo diste
a la causa del mundo y a la causa de Dios;
con recios cintarazos de tu espada venciste,
y en las selvas de América los indios redimiste
con la cruz bien alzada del ideal en pos.

Madre heroica, Castilla, como glorioso brote
de tus viejas encinas se vieron en la lid,
la lanza del hidalgo manchego Don Quijote,
y en las justas famosas el de glorioso mote
la usó siempre triunfante, el valeroso Cid.

Los ámbitos del mundo llenaste con tu hazaña;
tus héroes y tus santos te hicieron inmortal,
tus sabios, tus poetas, tus reyes, todo entraña
el símbolo grandioso que fuere de la España
perenne ejecutoria de grandeza eternal.

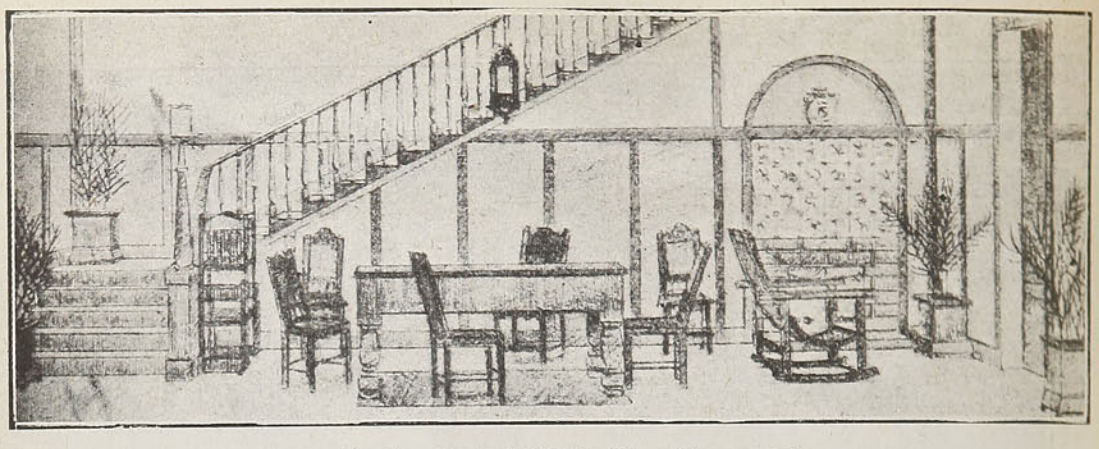
Madre heroica, Castilla, soberano crisol;
tus mil glorias fundidas modelaron la traza,
que al templarse en los rayos de tu único sol
engendró aquel carácter y espíritu español
que sacudió la tierra y afirmó nuestra raza.

Los guardas de tus glorias y tus hidalgos fueros,
en tus hijos se encuentran de la tierra en la faz
siguiendo del destino los fieles derroteros,
en la guerra lanzaron sus retos altaneros
y su sabiduría maduran en la paz

Madre heroica, Castilla, avatar milagroso,
de las recias encinas de troncos venerados,
ya no brotan las lanzas usadas en el coso;
su corazón la encina te ofrece generoso
para hacer las manceras de tus fuertes arados.

Madre heroica, Castilla, el trabajo fecundo
ahonda en el terrazgo floreciente semilla,
nuevas glorias de paz y de trabajo abundo,
te preparan el cetro otra vez en el mundo.
¡Madre Castilla augusta! ¡Madre heroica Castilla!

A. HERRERA M.



Aspecto general del "hall" estilo español.

EL HOGAR ELEGANTE Y BARATO

COMO SE AMUEBLA Y DECORA UNA CASA DE CAMPO

Se propone demostrar "La Cruz Blanca", en una serie de artículos, cómo podemos y debemos dar a nuestra vida un ambiente de arte que la ennoblezca y depure, sin necesidad de emplear para ello grandes sumas de dinero.

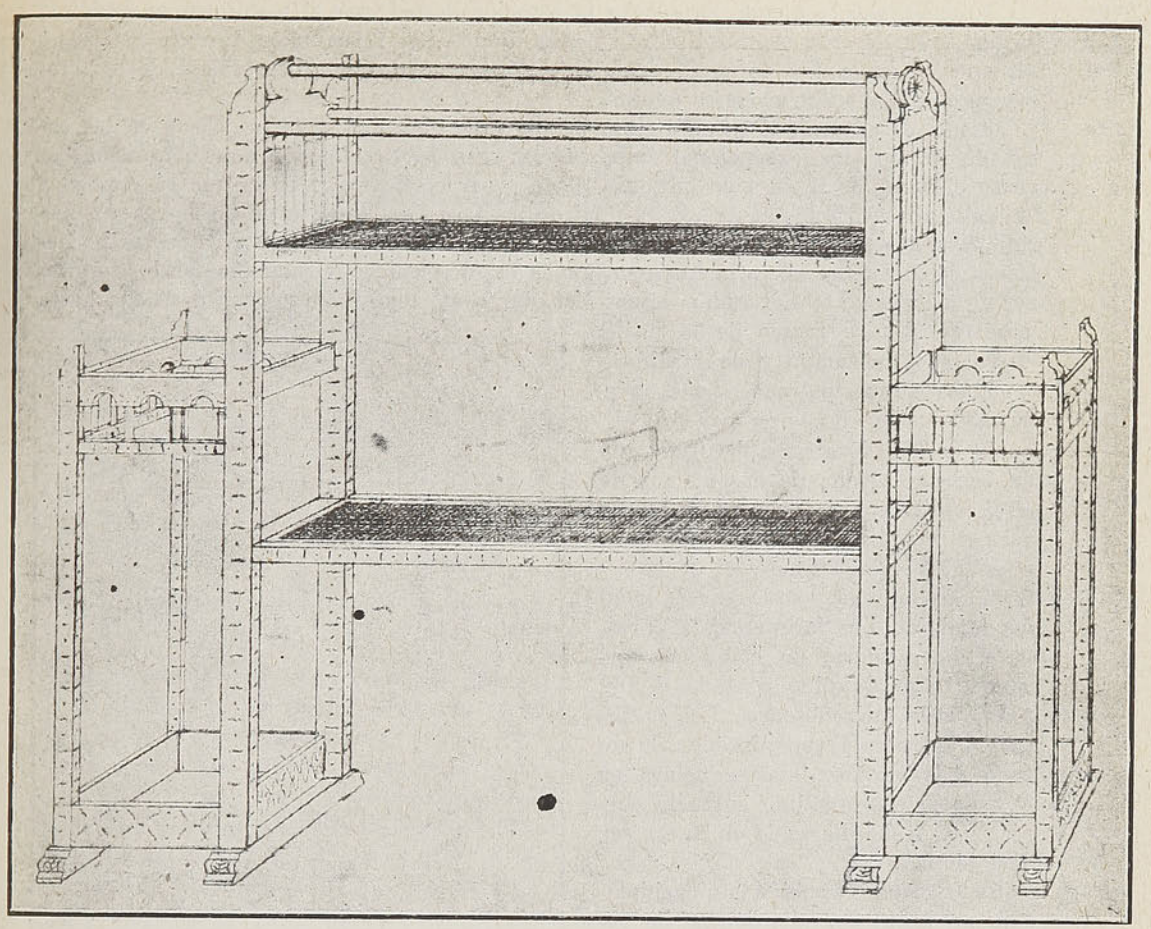
El derecho a la belleza, que Ruskin quería conceder a todos los hombres, es bien factible de realizar con un poco de buen gusto y un esfuerzo ni mayor ni menor del que consagramos a cotidianos aspectos de menor trascendencia. Es una influencia bienhechora la del arte. La presencia en torno nuestro de objetos bellos da al espíritu emociones gratas, aquietadoras. El hogar se nos ofrece, en los retornos de la tarea ordinaria, como una amada sonriente y feliz en cuyo amor nuestra vida puede confiar tranquila y olvidada del mundo...

En España, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, se concede a esta cuestión de la estética del hogar toda la importancia social que realmente merece. Nó solamente los afortunados, no ya la clase media, que tiene el instinto del ahorro más educado que en nuestra patria, sino los mismos obreros saben rodearse de comodidades fáciles, sencillas y sobrias que tienen el poder, como ciertos talismanes de los cuentos brujos, de difundir la alegría y la felicidad en torno suyo.

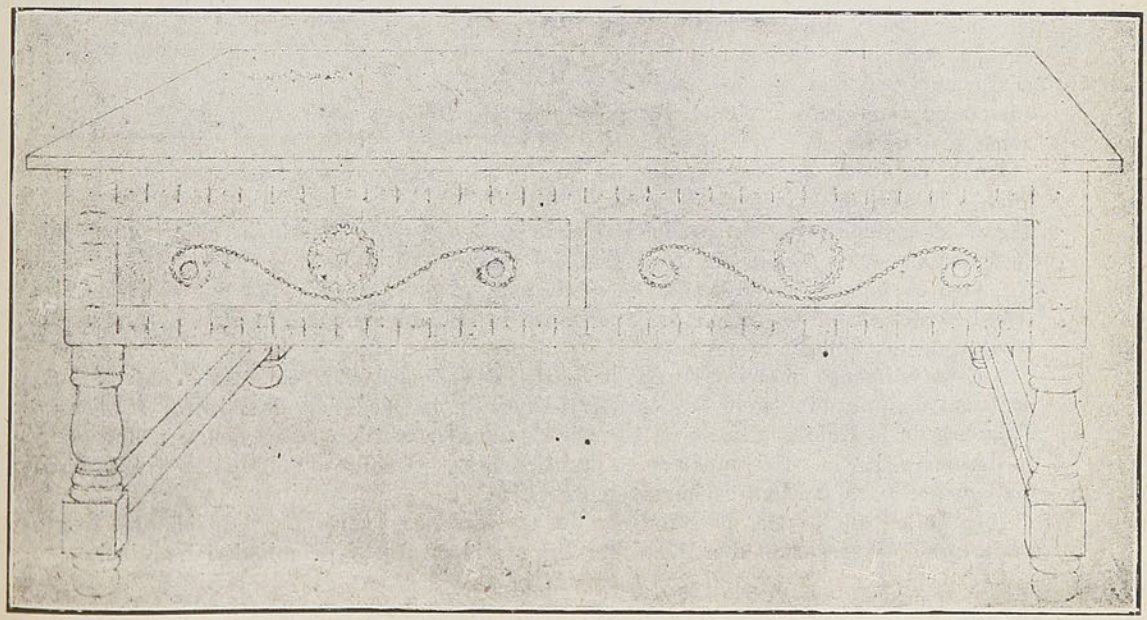
Nuestro propósito se reduce, por lo tanto, a inclinar los lectores a ese propósito de embellecimiento del hogar, dentro de modestas pretensiones y de gastos moderados. Demostrar que, así como todo hombre puede ser el escultor de su propia alma, puede también dar a cuanto le rodea una orientación artística que colaborase en la psicológica tarea.

Para ello estos artículos irán ilustrados con proyectos de mobiliario, decorados de habitaciones, reproducciones de grabados, telas y cacharros, etc...

Y como han de tener, además, un fin práctico, acompañarán a las descripciones y a los ejemplos gráficos, presupuestos de gastos que permitan calcular de un modo exacto—o aproximado, según se quiera gastar más o menos—lo que cuesta realizar este ideal de vivir, ejerciendo el "derecho a la belleza" ruskiniano.



Perchero de estilo español.



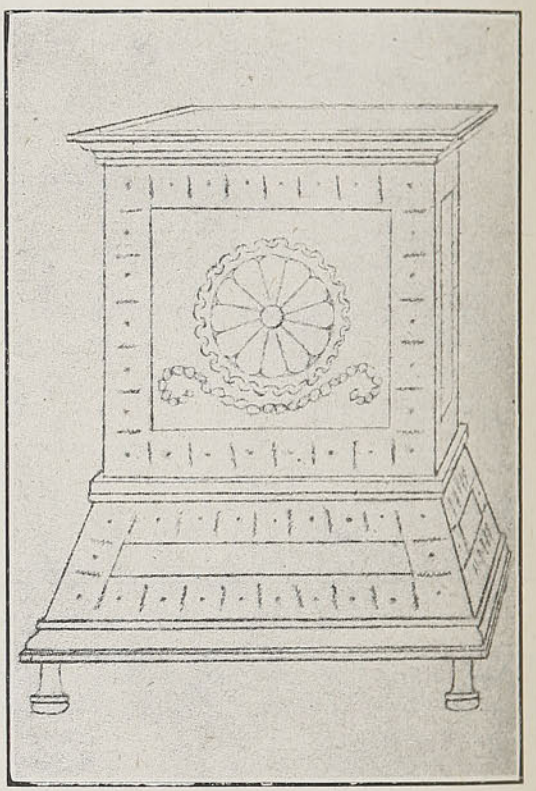
Mesa de comedor.

Comenzamos, teniendo en cuenta la estación actual, por el mobiliario y decorado de una casa de campo o "villa" de recreo, donde nos refugiamos durante los meses estivales, o en la que es grato aguardar el invierno durante la otoñada de los crepúsculos lentos y los paisajes áureos.

Como es natural, el "hall" es lo primero que debemos atender. Tiene en las casas de campo una excepcional importancia. Sin ser realmente una habitación, es acaso el lugar de la casa en que más place pasar el tiempo y en el que se reciben a las amistades y donde se acecha el final de las pasajera lluvia o de las horas postmeridianas para emprender la excursión proyectada; el sitio también en que las noches claras de diciembre entra la Luna su blanca luz de ensueño y tumbados en los butacones-mecedoras se oye el rumor lejano del mar como una dulce canturia y llega hasta nosotros el aire fresco de la noche perfumado de campo y de jardín.

Hemos supuesto una habitación de 8,30 metros de largo por 6,40 de ancho y 3,55 de altura, decorada con un sencillo zócalo, de dos metros de alto con largueros de madera— que sólo en los ángulos rebasan esta proporción, llegando hasta el techo—y terminan en una cornisa de la misma madera. Los largueros, la cornisa y la escalera, de columnas torneadas, son de pino pintado de un tono verde muy obscuro. Los entrepaños del zócalo van pintados de un tono gris verdoso, que se aclara en el espacio comprendido entre la cornisa y el techo, llegando en éste a ser casi blanco.

Suponemos también una chimenea, no tanto por sibaritismo de veraneantes que se complacen en dar a su casa la excelente posibilidad de encender fuego durante la canícula, cuanto porque ya decimos en un párrafo anterior que en las casas de campo es tan grato vivir el verano como el otoño.



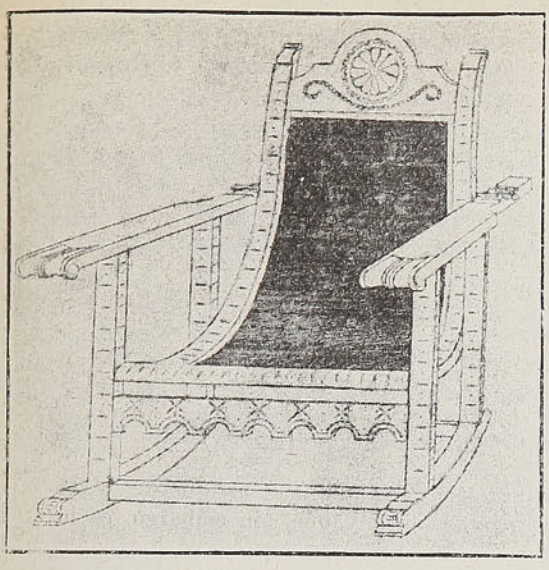
Bastonera y paragüero.

Sería, entonces, en los vésperos de finales de abril o comienzos de mayo, llegado el momento de, sin perder su carácter decorativo, cuando la chimenea adquiriese un aspecto práctico de la alegría del fuego.

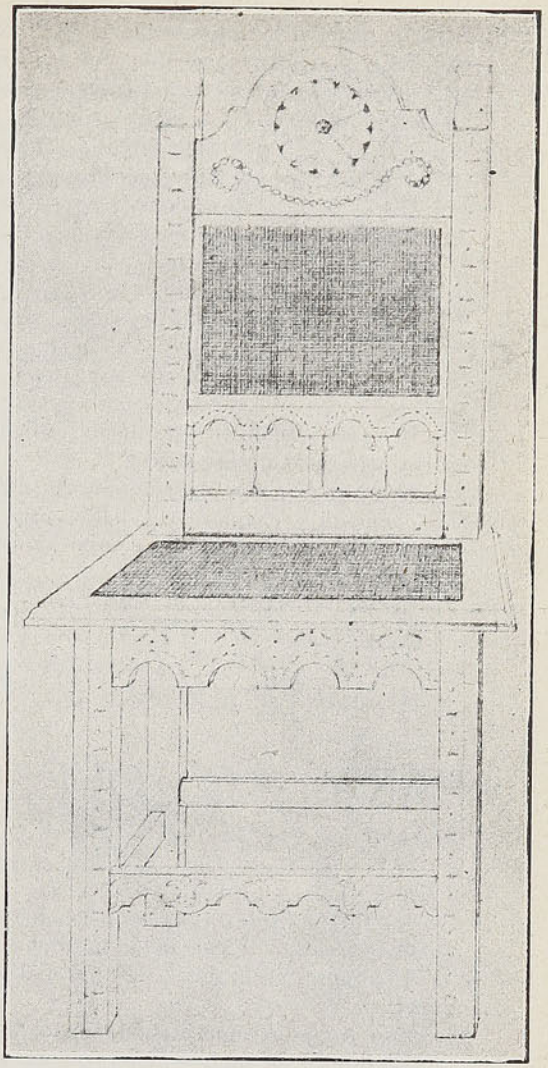
¿No os imagináis agrupados cerca de este fuego, invadidos ya por el prematuro temor de los primeros fríos, formando ante la chimenea una de esas escenas tan favoritas de los dibujantes ingleses?

Esta chimenea podría ser en su parte alta de azulejos cuadrados, de unos 20 centímetros, reproduciendo los característicos de la cerámica de Alcora, Manises o Talavera de la Reina, y en su parte baja de azulejos verdes, alargados, con una puerta de hierro. En la parte superior se practicaría un entrante de 50 centímetros aproximadamente para colocar cacharros o figurillas.

Claro es que puede prescindirse de la chimenea; pero no olvidéis que íbamos preparando el escenario donde colocar los muebles, objeto principal del artículo.



Mecedora imitando el estilo de los sillones frailunos.



Silla de estilo español.

Estos muebles habrán de tener un carácter netamente español. Nos parece muy bien este resurgimiento de los entusiasmos patrios por los estilos característicos de nuestra raza, que han hecho a los fabricantes de mobiliario abandonar los catálogos extranjeros para recorrer los museos y los almacenes de antigüedades y asomarse a las viejas casas mobiliarias.

Pero sin perder su traza española pueden y deben ser modernos y fuertes.

Para amueblar este "hall" podemos emplear una mesa, un perchero, dos sillones, seis sillas y siete maceteros.

Todos estos muebles son de pino pintado de verde claro, tallados con golpes de gubia y rosetas que ratifican el estilo español de sus líneas.

La mesa es de dos metros de largo por noventa centímetros de ancho. El perchero tiene dos bastoneras a ambos lados, tableros de rejilla en el centro y tres barras en la parte superior para los abrigos y sombreros.

La rejilla—también pintada de verde—son los respaldos y asientos de las sillas y los respaldos de los sillones.

Estos últimos, inspirados en los butacones fraileros y en las sillas de tijera, son además mecedoras, y puede dárseles mayor o menor inclinación al respaldo merced a una barra que entra en las distintas ranuras de un cajeado que tienen los brazos en la parte de atrás.

En cuanto a los maceteros, están sacados de los pies de antiguos ciriales.

¿Cuánto puede costar este mobiliario? Susceptible es de aumentos y disminuciones, según se elijan mejores maderas, se simplifiquen las tallas y sea mayor el nú-

mero de objetos y se prescinda del tallado y se reduzca el número de sillas y maceteros. Tal como está concebido por el señor Sáenz Santa María, nuestro colaborador artístico en esta serie de artículos, exige el siguiente presupuesto:

7 maceteros a 23 pesos. . . .	151	pesos
6 sillas a 68 pesos.	408	
2 sillones a 80 pesos.	160	„
1 perchero.	188	„
1 mesa.	150	„
Total.	1.057	pesos

Pero insistimos en que puede reducirse ese presupuesto cuando el dinero no esté en razón directa de los deseos.

Después de todo, lo principal era demostrar cómo podría amueblarse de modo sencillo, cómodo y elegante esa habitación que parece inútil y que, sin embargo, es indispensable en las casas de campo modernas.

J. F.

PARA LO QUE SIRVE EL DINERO

La fortuna que tanto apetecen los egoístas con el fin de disfrutar de bienes materiales es causa de continuas desdichas.

El dinero, es la causa por la cual se pierden tantas niñas desgraciadas y tantas almas.

Son pocos los que ambicionan el dinero con el fin de hacer felices a los demás.

El dinero en manos generosas es un gran elemento de vida y de ventura.

El rico debía ser el banquero del pobre, pues sólo con ese fin la Providencia ha sido pródiga, dándole más de lo necesario.

La misión de hacer el bien con el dinero que Dios ha puesto en nuestras manos es una obligación de la que tendremos que dar cuenta un día.

Los ricos son simples administradores de Dios.

⚜ ⚜ ⚜

La campaña contra la esclavitud blanca

En Nueva York, en Riverside Drive, entre las calles Ciento ochenta y nueve y Ciento noventa, se puede disfrutar de una de las más hermosas vistas de la ciudad. Desde allí se ven las aguas del Hudson en una gran extensión y también la verdura de Palisades Park. Este lugar se llama comunmente **Punto de inspiración.** Es el paraíso de los amantes. Allí van los enamorados en automóvil en las noches de verano, y a luces apagadas, dejan descansar el motor mientras ellos disfrutan del bello panorama.

En días pasados un juez de Nueva York condenó a veinte motoristas por estacionarse, a luces apagadas, en el **Punto de inspiración.**

Al trovador medioeval, que hacía su amor al pie de la ventana, le ha sucedido en esta época mecánica, el seductor en automóvil. En vez de la cítara, la corneta del **limousine.** Es frecuente que el seductor profesional lleve lentamente por Broadway su coche y haga señas a una chicuela solitaria, tentándola con un paseo vertiginoso por Riverside Drive o por la Quinta Avenida.

El otro día, cuatro jóvenes de estos seductores, elegantes y **opulentos, fueron** tomados presos por tratar de invitar a que subieran en sus coches a niñas que ellos no conocían.

Un hispano-americano, que había estado en este país hace diez años, al llegar nuevamente aquí hizo señas a una muchacha en la calle, invitándola a un "restaurant"; la muchacha ceptó. Comió con él. Después la invitó él a su hotel. La muchacha aceptó también. Pero allí la muchacha le mostró su placa de servicio de policía y lo tomó preso por seductor. Este es un caso frecuente. Ocurre aquí y en Chicago y en Boston y en Seattle.

El hispano-americano me dijo:

—Esta es una nueva Nueva York. No se puede beber un "coktail"; no se puede mirar a una muchacha. Los yanquis se están volviendo locos.

Y la verdad es que en esta vorágine de placer desmedido que envuelve al mundo después de la guerra, a este país principia a envolverlo una ola de puritanismo.

La campaña contra la esclavitud blanca toma forma agresiva en toda la República. Aquí es imposible la "cocotte" profesional, como la de París de la América española. No quiero decir que no exista, como la ley antialcohólica **no quiere decir** que no se burle a la policía o se viole la ley en algunos casos en connivencia con miembros deshonestos de la misma policía.

La muchacha neoyorquina, aún la que está deseosa de ser invitada a pasar un rato agradable en un "cabaret" o un teatro, tiene mucho cuidado de no insinuarse, siquiera con sus ojos maliciosos, al transeunte. Ocurrió no hace **mucho el siguiente** caso: dos muchachas bien parecidas iban por Broadway. Encontraron a un oficial del ejército y le dijeron "aló", con toda la bulliciosa alegría de sus veinte primaveras. El oficial les dijo si querían acompañarlo a un "cabaret" y como ellas aceptaran, fueron llevadas por él a la cárcel en vez de al teatro. El oficial del ejército era un detective disfrazado.

Tuvieron que pasar toda la noche presas, y al ser llevadas al día siguiente ante la presencia del juez, ellas protestaron su absoluta inocencia. Un minucioso examen de los antecedentes probó hasta la evidencia que eran dos muchachas **totalmente puras,** inocentes de toda segunda intención malsana, al saludar al hombre que llevaba el uniforme militar de la República como garantía de caballerosidad y pundonor. El caso fué ventilado en la prensa y se condenó duramente el propósito de la policía secreta en su campaña exagerada e indiscreta al combatir el comercio callejero del amor. Cito el incidente, no para aplaudirlo, sino para mostrar la agresividad de la campaña contra el vicio.

Este país tiene una fe profunda—que a nosotros los hispano-americanos nos parece candorosa—en lo que respecta a lo que pueden hacer la educación y la ley en la tarea de reformar, ya no sólo los hábitos, sino los rasgos ancestrales de la naturaleza humana. Se dan aquí a la labor de reformar con ardor, con frenesí. Ninguna dificultad, por grande que sea, les arredra.

¡Qué! ¿No pretenden de un solo golpe hacer que cien millones de seres humanos dejen el vino y el champagne, la cerveza y el whisky? ¿Imposible? Ensayemos, dicen, Han hecho ensayos de laboratorio, primero en ciudades, condados y estados. Ahora el ensayo es en grande escala.

A la América española le corresponde observar, seguir de cerca estos estudios experimentales y ver qué partido puede sacar de ellos. Hemos mirado mucho hacia Europa y hemos mirado poco hacia este lado de la América. Algunos de los grandes gestos de este país hemos tenido que observar y admirar, como ha sido el enorme tajo que le dieron al Continente uniendo dos océanos; pero los Estados Unidos están haciendo obra más intensa, más transcendental que la apertura del canal. Observemos, estudiemos, comparemos, adaptemos.

Es cierto; esta es una nueva Nueva York, como decía el hispano-americano. Pero no agreguemos, con culpable ligereza, que los yanquis se están volviendo locos. Loco fué llamado Galileo y loco llamaron a Colón.

TANCREDO PINOCHET

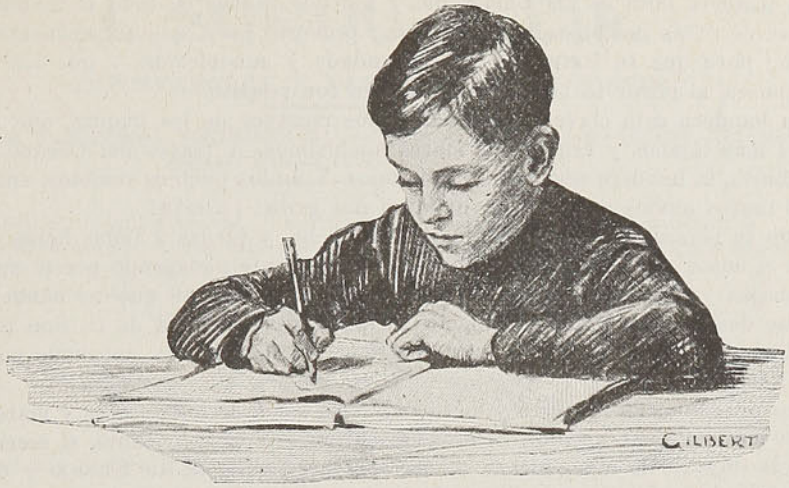
¿QUEREIS TENER PAZ?

Según la serenidad y resignación con que se sufra es luz interior que se derrama en el espíritu.

Practica el bien sin esperar recompensa.
Olvida siempre ofensas.
Ama a tus enemigos.
Huye de las alabanzas.
Busca desprecios.
Abre tu corazón a los pobres y desgraciados.
Que tu alma tienda siempre hacia el cielo como el acero al imán.
Devuelve siempre el bien por el mal.

⚜ ⚜ ⚜

LA PAGINA DEL NIÑO



LA BANDERA

Clava tus ojos en ese pedazo de tela, muchacho, y saluda desde el fondo de tu espíritu al símbolo de tu Patria.

Las ideas más puras y elevadas necesitan llegar a nuestra percepción por medio de símbolos. El símbolo de Chile es la bandera. ¡Cuando veas reunidos los colores del cielo y del mar, es la Patria entera, total y absoluta, lo que tus ojos contemplan!

El pedazo de tela se ha transfigurado ante tí; un espíritu glorioso e inmortal se ha trasladado a ese paño flotante; mira esa tela, y sentirás que entre sus hilos palpita el ser de la Patria, los anhelos y las esperanzas del porvenir.

Todo el pasado y el futuro de tu Nación están contenidos en la bandera. Si el viento sacude sus pliegues, parece que los antepasados nos vienen a hablar del fondo de sus tumbas; si el sol inflama sus colores, parece que nuestros descendientes nos gritan: ¡Nosotros también amaremos la Patria y la engrandeceremos!

Mira, muchacho, qué hermosa es tu bandera.

Todas las banderas son hermosas, como son hermosas todas las madres para sus hijos. Pero tu bandera es la más hermosa del mundo.

¿No es cierto que sientes palpitar tu corazón cuando ves pasar las compañías de soldados, y divisas sobre las brillantes bayonetas los colores de tu bandera? Al son arrogante de las cornetas y los tambores, la enseña de tu Patria se alza orgullosa, como el signo inmortal que nadie podrá abatir mientras alienten nuestros corazones.

La bandera está clavada en los puntos culminantes de la Nación, para atestiguar la independencia y el honor de la Patria. Está en lo alto de las torres y las fortalezas, a la entrada de los puertos y en la línea de las fronteras. Con esto nos indica la en-

seña nacional que el suelo de nuestros padres está defendido, y que nos pertenece eternamente, y que nuestros brazos sabrán defenderlo.

Pero la bandera de la Patria se lanza también a través del mundo, y allí, en los países extranjeros, reclama nuestro amor y nuestra vigilancia. Considera, muchacho, que tu bandera flota en las Embajadas y los Consulados de todo el mundo, y que los hombres de otras naciones la contemplan; procura, pues, que tus esfuerzos sean muy grandes, para que tu Patria se vea agrandada y ennoblecida, y que los hombres de otros países, al mirar tu bandera, la saluden con respeto.

La bandera está clavada también en los mástiles de los buques, que recorren los puertos más lejanos y cruzan los mares anchísimos. A través del Océano, en la soledad infinita, la bandera nos habla desde lejos. Y en los pueblos remotos, entre la multitud de tantos navíos extraños, la bandera nos grita: ¡Alerta!

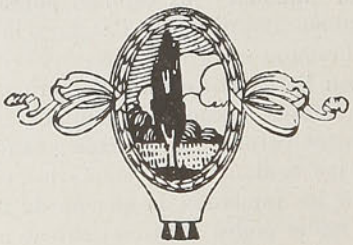
Pon tu pensamiento en la bandera, muchacho, y piensa a todas horas que el prestigio y el honor de tu Patria se hallan constantemente navegando por el mundo. Cuando trabajas y estudias, cuando ríes y sufres, ten presente que tu bandera está llamándote desde lejos, y que su honor y su prestigio dependen de tí. Pon toda tu alma en el trabajo y en el estudio, en tus emociones y sentimientos, pensando en la bandera de tu Patria.

Los productos de la tierra y de la industria salen de los puertos y marchan a recorrer los mercados extranjeros. Si eres agricultor, si eres fabricante, si escribes libros o si labras objetos de arte, piensa mucho que los frutos de tu trabajo y de tu inteligencia saldrán por el mundo, llevando encima los colores de tu bandera. ¿No te llena de emoción este pensamiento? En los mercados extranjeros, los trabajadores de otros países llevan también sus productos y se organiza la libre competencia. Los objetos de tu trabajo y de tu saber están allí luchando, y tú debes pensar que la bandera, el prestigio y el honor de tu Patria dependen del entusiasmo y de la fe que pones en tus obras.

No creas, pues, que a la Patria se la defiende solamente con las armas en la mano. La grandeza y el orgullo nacionales están constantemente en peligro; en todos los momentos del día puedes salvar a Chile y ennoblecerlo; lo que ahora mismo hacen tus manos o piensa tu cerebro, eso es útil al honor de tu Patria.

Si tú eres laborioso, asiduo y entusiasta, tus obras aumentarán el contenido de la Nación. Cuanto más grande, noble y virtuoso seas, más grande y poderosa será tu Patria. La salud de Chile depende de tí.

¡No apartes tu pensamiento de la bandera! ¡Qué ella esté junto a tí constantemente, blanca, azul y encarnada, como una brillante aurora primaveral.



BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53

Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condell Núm. 39

SOMBREROS DE TODAS CLASES, GUANTES, CAMISAS Y CUELLOS, CALCETINES, CORBATAS, BASTONES, PARAGUAS, IMPERMEABLES, PLAIDS, MALETAS, NECESSAIRES DE VIAJE, CARTERAS, etc.

A. LAUNAY

Unico Depositario en Santiago de los Afamados Sombreros

SCOTT DE LONDRES === GELOT DE PARIS

Ahumada 335.-Casilla 550 SANTIAGO.-Chile

Todos nuestros artículos son exclusivos para la casa y de primeras fábricas, **Inglesas y Francesas.**

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo
a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN DARÍ

Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

Santiago de Chile, Noviembre de 1920

AÑO II NUM. 27

MORRISON Y CIA.

Ofrece a sus distinguidos clientes, la oportunidad de adquirir por un precio muy reducido, los artículos que a continuación detallamos.

Garantizando que todos son de la mejor procedencia y con respecto a calidad, lo mejor en su clase.

ALFOMBRAS INGLESAS DE UNA PIEZA Y EN TIRAS PARA PASILLOS O ESCALERAS

LINOLEUMS INCRUSTADOS EN TODOS LOS ESTILOS

Y para los diferentes usos en el hogar.

CATRES INGLESES DE BRONCE Y FIERRO ESMALTADO

En modelos de gusto, para una plaza y plaza y media.

COCHES PLEGABLES PARA GUAGUA

Este último artículo lo hemos recibido recientemente y lo hemos marcado a un precio muy equitativo.

DEPARTAMENTO ESPECIAL DE

MORRISON Y CIA.

AHUMADA 65-77 — :: :: — **SANTIAGO**

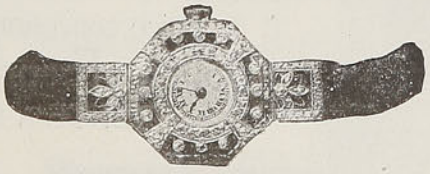
CASA WEIL
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet



SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

"LA CIUDAD DE LONDRES"
Novedades para Señoras
UNICA CASA IMPORTADORA
DE LOS INCOMPARABLES
Corsés "LA VIDA"

Teléfono Inglés 1316
" Nacional 520

Otero

SANTIAGO
Agustinas 923

PARIS
3 Cité D'Hauteville 3

VALPARAISO
Condell 330

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Enriqueta Figueroa de Guzmán Consejera			
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	242

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rozas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			
María Carmela Blanco de Vegarra	Huérfanos		

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
A			
Alcalde de Labatut, Aurora	Búlnes	545	
Alemparte de Cerveró, Emilia	Delicias	50	
Alamos de Vicuña, Josefina	Castro	236	
Azócar, Marta	Casilla	1534	
Aguirre de Ovalle, Dolores	Brasil, (altos)	23	
A de Búlnes, Teresa	Compañía	1412	
Aguirre de Montt, Teresa	San Martín	717	
Astaburuaga de Castillo, María	Ejército	141	
Aguirre María Angela			
Anguita de Figueroa, Julia	Delicias		
Alvárez de Solar, Rosa	Búlnes	18	
Armanet de Ovalle, Mercedes			
Altamirano de Alessandri, Julia	Delicias	580	
Aguirre de Aguirre, Isabel			
Astaburuaga de Vergara, Concepción	Huérfanos	1840	
B			
Bello de Lamarca, Matilde	Catedral	1472	
Bello de Vargas, Clarisa	Huérfanos	2419	
Baltra de Montenegro, Ana	Catedral	2238	
Bascuñan de Montes Eugenia			
Besa de Armanet, Raquel	Manuel Montt	2333	356
Besa de Quesney, Ana	Dieciocho	216	2420
Besa de Díaz, María	Manuel Montt	2266	
Brieba de Phillips, Teresa	Merced	391	
Besa de Donoso, Luisa	Av. Macul	1430	
Besa de Lecaros, Inés	Delicias	2013	1431
Besa de Lyon, Lucía	Delicias	2013	1431
Barros de Jara, Sofía	Catedral	1420	
Barros de Llona, Isabel	Agustinas	1818	
Blanlot de Marchant, Raquel	Ejército	32	
Baeza de Zegers, Laura	Morandé		
Baeza de González, María	Vergara	53	
Borgoño de Barros, Laura	Huérfanos	722	
Bromberg de Molina, Clotilde	Merced	322	
C			
Campillo de Figueroa, Elvira	Cochrane	154	
Carvallo de Pérez, Elvira	Compañía	1555	
Castillo de Ruiz Sofía	Castro	267	
Cádiz de Lagarrigue, Rosa	Jofré	353	
Correa de Garcés, Carmela	Ejército	220	
C. de Bello, Matilde	Catedral	1472	
Coo de Melo, Josefina	Vergara	239	
Cerda de Salas, Rosa	Santo Domingo	1526	
Costa de Anguita, Margarita	República	137	
Cortés de Aguirre, Emilia			
Covarrubias de Cruz, Sara	Santo Domingo	1628	
Cavero de Lastarria, Margarita	San Martín	73	
Cabrera M., Clara Rosa	Recoleta	817	
Cabrera M., María Ana	Recoleta	817	
Cousiño de Haenssler, Lola	Av. Subercaseaux	1250	
Correa de Cruz, Susana	Santo Domingo	1688	
D			
Domínguez de Fábres, Sara	Manuel Rodríguez	355	
De Pedregal de Cruz, Josefina	Loreto	269	
Donoso de Vergara, María de la Luz			
Del Campo de Servoin, Luisa	Compañía	2865	
Donoso de Concha, Elena			
Duval de Guzmán, Eugenia	Catedral	1655	
Dublé de Tonkin, Julia	Parque Forestal	560	

NOMBRE	CALLE	NUM.	
E			
Errázuriz de Aldunate, Pelagia	Huérfanos	1241	
Errázuriz de Ortúzar, María	Huérfanos	1815	
Edwards de Salas, Adela	Catedral	1294	
Eastman de Huneeus, Sofía	Santa Lucía	340	2754
Echazarreta de Errázuriz, Amelia	Compañía	1712	
Eguiguren de Matte, Laura	Moneda	1625	
Edwards de López, Elena	Dieciocho	133	
Edwards de Pérez, Lydia			1360
Errázuriz de Ortúzar, Sara	Av. República	301	
Echavarría Barriga, Sara	Monjitas	283	
Echeverría de Irarrázaval, Jesús	Huérfanos	1642	
Edwards, Lucía	Santo Domingo	1588	
Eguiguren de Méndez Laura	Galería Alessandri	24	
Egenau de Ferrer, María	Avenida Matta	640	
F			
			1825
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
F. de Puga Borne, Lucía	Santo Domingo	735	851
Ferrer de Ferrer, Margarita	Avenida Matta	640	
Fóster, Josefina	Compañía	1373	
Fóster de Reyes, Luisa	Delicias	1976	
Fóster de Besa, Teresa	Av. República	105	
Fóster de Donoso, Ana	Delicias	2004	
Fresno de Armanet, Adela	Delicias		
Fernández de Campino, Dominga	Delicias	1731	
Fóster de Zegers, Rosa	Av. República	157	
G			
Gomez de González, Margarita	Dieciocho	118	
Gatica de Oportot, Julia	Delicias	1151	
G. Huidobro de Montes, Raquel	Moneda	1829	270
González de Segovia, Celia	Carrascal	3200	
Goñi de Baeza, Isabel	Vergara	53	112
Gandarillas de Campaña, Fidela	Arturo Prat	814	
González de Valdés, Josefina	Delicias	1652	
Gandarillas de Pereira, Juana	Huérfanos	1248	
González de Rivas, Eduvigis	Delicias	1464	
G. de Guzmán M., Magdalena	Bandera	688	
Guzmán de Correa, Lucía	Santo Domingo	1294	
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús	Delicias	1721	
Gac de Correa, Carmela	Agustinas	2137	
Garmendia de Concha, Elena			
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana			1825
Granello (Sra. de)			
Grohnert de Ceballos, Isolde	Moneda	1840	
H			
Hurtado de Castillo, Victoria	Delicias	1091	
Huidobro de Fóster, Judith	Catedral	1548	
Huidobro de Costabal, Hortensia	Huérfanos	1642	
Huidobro de Cueto, Ester			
Huidobro de Solar, Tránsito			
Hörman Jorge			
Hoffman de Besa, Elvira	Monjitas	308	
Herrera de Valdés, Delia	Ahumada	83	
H. de Aguirre, Elena	San Isidro	162	
Hurtado de Edwards, Luisa			
I			
Isaza de Barros, Raquel	Santa Lucía	150	
Izquierdo de Reyes, Delia			
Iñiguez de Melo, Blanca	Delicias	1936	

NOMBRE	CALLE	NUM	TELEFONO
J			
Jara G. Huidobro, Inés	Parque Forestal	620	
L			
Lazcano de Balmaceda, María	Dieciocho	370	
Larraín de Fábres, Celinda	Rosas	1091	
Larraín de Olea, Rosa	Av. Manuel Montt	999	
Lazcano de González, M. Teresa	Santo Domingo	1844	
Lecaros de Rozas, Mercedes	Delicias	1438	946
Larraín de Pereira, Luz	Agustinas	1611	
Larraín de Harris, Laura	Búlnes	545	
Luco, Irene	Independencia	761	
León Luco, Josefina	Santo Domingo	588	180
Larraín de Ortúzar, Rita	Amunátegui	224	
Lazcano de Mackenna, Berta	Agustinas	138	
Lynch de Baeza, Julia	Carrera	172	
Larraín Bulnes, Lucía	M. Claro	1027	Prov. 150
Lynch de Gormáz, Luisa	San Diego	68	2699
Lecaros de Melo, Carmela	Catedral	1161	
Lecaros de Undurraga, Marta	Huérfanos		
Lira de Lira, Aurora			
M			
Melo de Claro, Margarita	Castro	27	
Martínez de Loveday, Leonor	Av. Vicuña Mackenna	98	
M. de Sanhueza Rosario	General Mackenna	427	
Montes de Montes, Rosario	Catedral	1809	
Matte de Prieto, Rosa E.	Compañía	1413	1975
Marín de Marín, Berta	Dieciocho	422	
Mac-Keelar de Ossa, Adela	Compañía	2876	232
Montt de Correa, Elena	Ejército	225	
Méndez E. Adela	Dieciocho	133	
Méndez E. Rosa	Dieciocho	133	
Méndez E. Sara	Dieciocho	133	
Menvielle de Larraín, Blanca	Castro	267	
Montt de Avendaño, Blanca	Carrera	110	
Matte de Lecaros, Rosario	Cienfuegos	128	
Montt de Avalos, Flora	Santo Domingo	1782	1251
Moreira de Cariola, Carmela	Santo Domingo	1368	
Moreira de Puelma, Laura	Bellavista	438	
Moreira de Burgos, Ofelia	Ejército	542	
Montt de Hörman, Elvira	Ahumada	83	
Maroto de Echeverría, María	Delicias	1494	
Montt de Montt, Rosa	Compañía		
Morandé de Huidobro, Josefina	Moneda	1965	
Méndez de Gana, Leonor	Dieciocho	146	
Manzano de Urrutia, Carmen	Agustinas	2573	
Montero Fuenzalida, Amalia			
O			
Ocampo de De la Cruz, Clemencia	Cueto	538	
Orrego Vicuña, Eugenio	Villavicencio	361	
Orrego Vicuña, Fernando	Villavicencio	361	
Orrego Vicuña, Germán	Villavicencio	361	
Ortúzar de Tagle, Inés	Ejército	450	
Ovalle de González, Ana Luisa	Dieciocho	715	
P			
P. de Barahona, Ester	Ejército	387	
Prieto de Espínola, Kerima	Brasil	88	
P. de Vergara, Joaquina	Cochrane	242	2830
Pérez de Carvallo, Enriqueta	Compañía	1681	
Pardo de Covarrubias, Ana	Santo Domingo	1628	1307
Pinto de Matte, Elena	Huérfanos	572	2375
Peró de Larraín, Elena	Moneda	730	1202
Pinto de Barceló, Rosa	Villavicencio	324	
Palma de Vial, María	Teatinos	148	
Pacheco de Bari, Amelia	Manuel Montt	2280	2938
Pardo de Searle, Adriana	Sazié	2290	

NOMBRE	CALLE	NCM.	
Parga de Silva, Mercedes	Catedral	2983	2331
Pérez de Fierro, Inés	Compañía	1573	
Pinto de García Zegers, Nieves	Brasil	567	
Prieto de Alvárez, Lía	Ejército	180	
Prieto de Noguera, Manuela	Delicias	1320	
Q			
Quesney de Campino, Victoria	Delicias	1686	
Quindos de Montalva, Juana	Serrano	155	
R			
R. de Espina, Elena	Delicias	1228	
Rivera de Marín, Antonia	Dieciocho		
Rivera de Torreti, Adolfina	Merced	304	1210
Reyes de Torres, Hortensia	Delicias	1976	1899
Rivas de Errázuriz, Inés	Dieciocho	164	1825
Ruiz de Tagle, Josefina	Huérfanos	1642	1431
Robinson de Barros, Sara	Moneda	1823	
Rodríguez de González, Leonor	Echáurren	292	
Rodríguez de Besa, Amalia	Delicias	2013	1891
Rozas de Urrejola, Mercedes	Morandé	147	
R. de Rondanelli, Elvira	Av. España	52	
Ruiz de Ossa, Elena	Cochrane	142	2251
Rozas de Larraín, Elena	Delicias	616	
Ramos de Balmaceda, Ester	Moneda	1631	2921
Ramos de Balmaceda S., Rosa	San Ignacio	89	339
Rivas de Subercaseaux, Mercedes	Delicias	1489	
S			
Saavedra de Bernales, Julia	Agustinas	1389	
S. de Cavieses, Carmela	Claras	144	
Salas de Huneeus Teresa	Dieciocho		989
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita	Ejército	273	2634
Sanfuentes de Iñiguez, Laura	Amunátegui	51	
Sepúlveda de Marchant Herminda	Santo Domingo		
Sotomayor de Rogers, María	Mosqueto	475	
Sepúlveda de Arrau Ercilia			Parque 9
Silva de Amunátegui, Eva	San Martín	77	
Serrano de Cabieses, Carmela	Ejército	495	
Salcedo de Cerda, María Mercedes	Agustinas	1975	
Serrano de Santa Cruz, Matilde	Av. Inglaterra	161	
Soto Rojas, Magdalena	San Antonio	56	
Sánchez de Arnolds, Mercedes	San Martín		
Subercaseaux Rivas Eugenia			
Solar de Fernández, Lucía	Vergara	92	
Solar de Bascuñán, Delia	Compañía	2310	
Stuven de Ossa, Sara	Riquelme	749	
T			
Tagle de Escobar, Blanca	Siglo XX	374	
Tagle de Vergara, María	Huérfanos	1642	
Toro de G. Huidobro, Luisa	Cochrane	145	
Toro de Phillips, Adriana	Teatinos	535	
Troncoso de Costa, Laura	Av. Amengual. Villa San Benito		
Torres de Rodríguez, Filomena	Cerro	91	
Tupper de Cuevas, Elisa	Riquelme	24	
Tupper de Izquierdo, Hortensia			
U			
Undurraga de Arteaga, Matilde	Rosas	1531	1744
Ureta de Aguirre, Virginia	Gálvez	154	
Urzúa de Latham, Luisa	Vergara	50	
Ugarte de Baeza, Adelaida	Huérfanos	1744	
V			
Vicuña de Orrego, María	Villavicencio	361	
Vergara de Barros, Sara	Gálvez	88	
Varas de Infante, Ana	Teatinos	76	
Velásco de Infante, Amelia	Rodríguez	148	

NOMBRE	CALLE	NUM.	
			732
Volarín, Adelaida	General Mackenna	419	
Vergara de Rodríguez, Inés	Cienfuegos	81	
Vergara de Vidal, Albina			152
Vial de Ugarte, Mercedes	Av. España	430	2632
Velasco de Rogers, Ema	Claras	56	230
Vicuña de Charlín, Paulina	Compañía	2115	
Valdés de Prado, María	San Antonio	463	
Varas de Huneeus, Laura	Compañía	1617	
Verdugo, Juana	Santo Domingo	444	
Videla de Velasco, Amelia	Monjitas	451	
Vicuña de Matta, Elvira	A. Ovalle	1475	
V. de Moraga, Isolina			
W			
Walker de Freire, María	Delicias	520	
Walker de Méndez, Nieves	Dieciocho	132	
Y			
Yáñez de Echeverría, Flora	San Antonio	734	
Z			
Zegers de Covarrubias, Manuela	Agustinas	1673	
Zañartu de Tagle, Raquel	Av. República	105	
Zegers de Echeñique, Isidora	Sto. Domingo	1334	
Zañartu de Besa, Elena	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Luisa	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Victoria	Compañía	1741	
Zuazagoitía, Lucía			

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio–Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

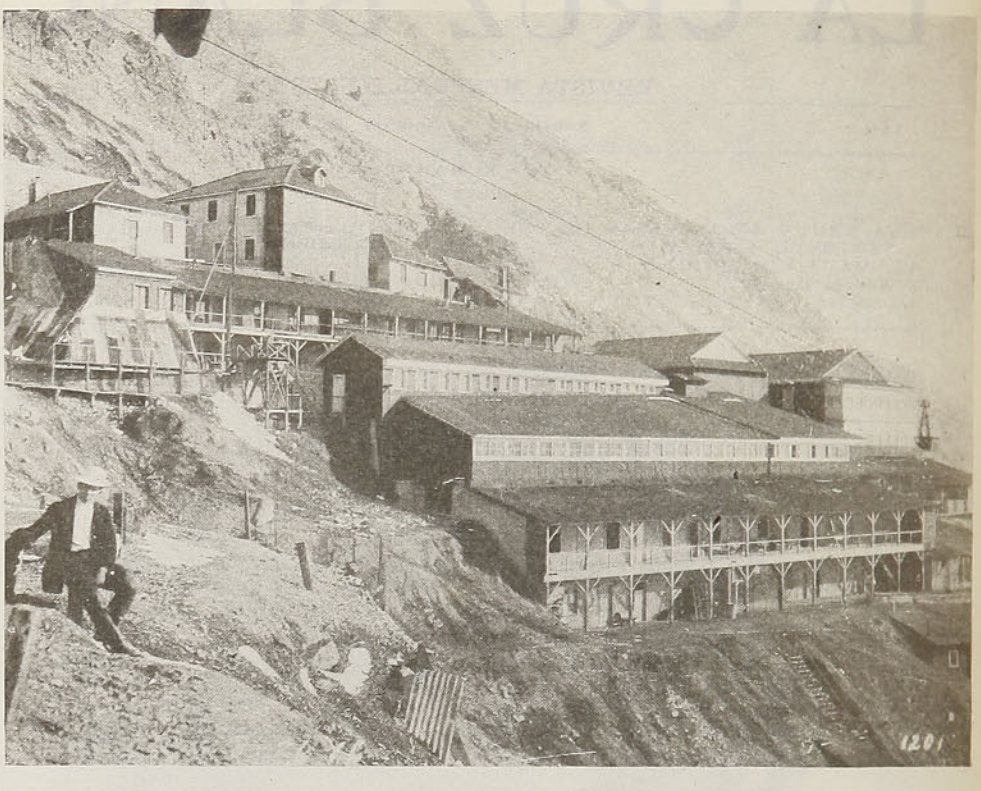
AÑO II | Santiago, Noviembre de 1920 | NUM 27

SUMARIO

	Pags.		Pags.
UNA VISITA A LAS MINAS DE "EL TENIENTE", por **A. E. S.**	114	EL PADRE Y LA HIJA, por **Eduardo Marquina**	128
EL MARTIRIO DE LOS NIÑOS, por **Andrés Revesz**	120	COCINA AMENA Y ECONÓMICA. . .	131
LA FUGA.	122	LA MUERTE DEL PADRE.	135
		PAGINA DEL NIÑO	139

Lectora:

Tú seguramente eres madre y creyente y, como tal, habrás dado muchas veces gracias a Dios por haberte concedido hijas con salud, lindas y buenas. Pues esa acción de gracias no debe ser como la del fariseo: "te doy gracias Señor porque no has permitido que yo sea como ese otro hombre." No. Cuando demos gracias a Dios por nuestras hijas sea **no permitiendo que otras de su edad puedan morirse moralmente por nuestra indiferencia, por nuestra frialdad o por nuestro egoismo.** En nombre del dolor, del desamparo, de las tristezas y de la vergüenza de la infancia y de la juventud de nuestro sexo, extendemos la mano pidién dote nos ayudes en la tarea redentora de "La Cruz Blanca".



Una visita a las Minas del Teniente

Largo tiempo hacía que conversando con un amigo sobre la cuestión social nos había dicho que él creía indispensable instalar en los establecimientos industriales la Oficina del Bienestar que existe en todas partes de Estados Unidos, y que ha dado muy buenos resultados.

—Aquí, me dijo, existe una muy bien instalada en el Mineral del Teniente y Ud. podría pedirle a alguien que la visitara y le informara de todos sus detalles.

Tuve que realizar un viaje a Cauquenes y quedando cerca de dicho Mineral me dieron deseos de hacerlo personalmente. En tren era imposible hacer el viaje de ida y vuelta en el mismo día, pero nos informaron que teniendo recomendaciones podríamos hacer el trayecto en un auto-línea en dos horas.

No nos fué difícil conseguirlo, y entusiasmadas acompañadas de algunos compañeros de hotel y amigos salimos a tomar los dos autos puestos a nuestra disposición. A pesar del gran deseo que tenía de ver la famosa Oficina del Bienestar y el Hospital del Teniente, si no hago un gran esfuerzo, me quedo en el Hotel de Cauquenes.

Nos presentaron un papel para firmar, el cual decía que la Compañía no respon-

día de accidente o muerte de los pasajeros. Eso me dió a comprender lo arriesgado del viaje que íbamos a emprender, pero más pudo en mí el deseo de ser útil en la cuestión social, que el temor del riesgo a que nos exponíamos.

Salió nuestro auto a poca velocidad: 30 kilómetros por hora. Es imposible gran velocidad en esa línea que es una maravilla del ingenio humano. Toda se compone de curvas grandes y chicas a orillas del río, en ascensión permanente, hasta llegar al Teniente que está situado en la cordillera, a 2,100 bajo la nieve.

El trayecto que recorrimos era bellísimo, si no fuera por lo peligroso de él, habríamos gozado con los paisajes que cada nueva curva nos presentaba; pero era tan angosto nuestro camino, y del lado derecho el cerro cortado a pique durante casi todo el viaje a una altura de doscientos metros.

Cada movimiento del auto nos hacía temer un descarrilamiento y caer al río. Confieso que, aunque soy gran admiradora de la naturaleza, pues nada me da a entender mejor la grandeza de Dios, no gocé en este viaje por el miedo que las curvas y los precipicios me inspiraban.

Llegamos por fin al nacimiento del Cachopoal, que cae en forma de hermosa cascada de una altura enorme. Desde este punto la vejetación de los cerros empieza a disminuir, hasta llegar a desaparecer en absoluto.

Forma el Mineral del Teniente un antiguo cráter de volcán extinguido.

Antes de llegar, la ascensión es más violenta, y el motor del auto comienza a fallar y a retroceder. Ya no era miedo el que sentía, sino espanto; ya me veía en el fondo del precipicio y pensaba en todos los míos. Felizmente se consiguió hacerlo subir muy lentamente, habiendo andado un buen trecho a pie.

Al llegar a la parte árida, se divisa el local que ocupa la Mina, aún no las casas. Es un espectáculo grandioso: dos grandes picachos azulados forman como portada a la cordillera que se yergue detrás, más elevada y cubierta de nieve donde se encuentra la Mina.

Llegamos por fin y para no hacernos subir por escalas interminables, dicen que nos van a llevar en ascensor. Subimos a un tablón enorme, creyendo que bajaría luego el ascensor como en los cerros de Valparaíso, y cuál no sería nuestra sorpresa y susto cuando el tablón empieza a moverse, y no nos quedó más remedio que cerrar los ojos, pues temíamos desvanecernos al ver la inmensa altura a que teníamos que llegar sin apoyo alguno. ¡Doscientos metros casi perpendiculares! Me consolaba que iba un sacerdote en compañía de nosotros, a quien pedí me sujetara, y que en caso de accidente no moriría sin absolución....

Una vez arriba, nos convidan para visitar los piques de la Mina, en el ferrocarril eléctrico, que la recorre y que tiene la extensión de ciento cincuenta kilómetros.

Con la experiencia anterior creí se trataba de un nuevo esfuerzo heróico impuesto a mis nervios ya bastante conmovidos, aún cuando no lo manifestaba, ¡cómo quedarme sola! No había más remedio que correr de nuevo el riesgo... Felizmente fuera del temor de encontrarme con alguna sorpresa como las anteriores, nada sucedió. Y pude admirar la obra maravillosa ejecutada por los yankees con un capital de 165 millones de pesos que en nueve años no han recibido utilidad alguna, pues todo lo han invertido en mejoras.

Primero atravesamos algunos kilómetros de túneles artificiales, hechos con el objeto de impedir que la nieve cubra la vía, y después entramos a los piques que están a seiscientos metros bajo la nieve.

Pregunté si muchas señoras habían visitado la Mina y me contestaron era yo la tercera. Cuento todas las peripecias que me pasaron para que ninguna se sienta tentada a hacerlo; no es excursión para señoras, por lo peligrosa y pesada, a pesar de ser muy interesante...

En la mitad de los piques está la Oficina distribuidora de la electricidad para

toda la Mina. La fuerza eléctrica se produce en Coya y llega allá por medio de alambres colocados en torreones de fierro.

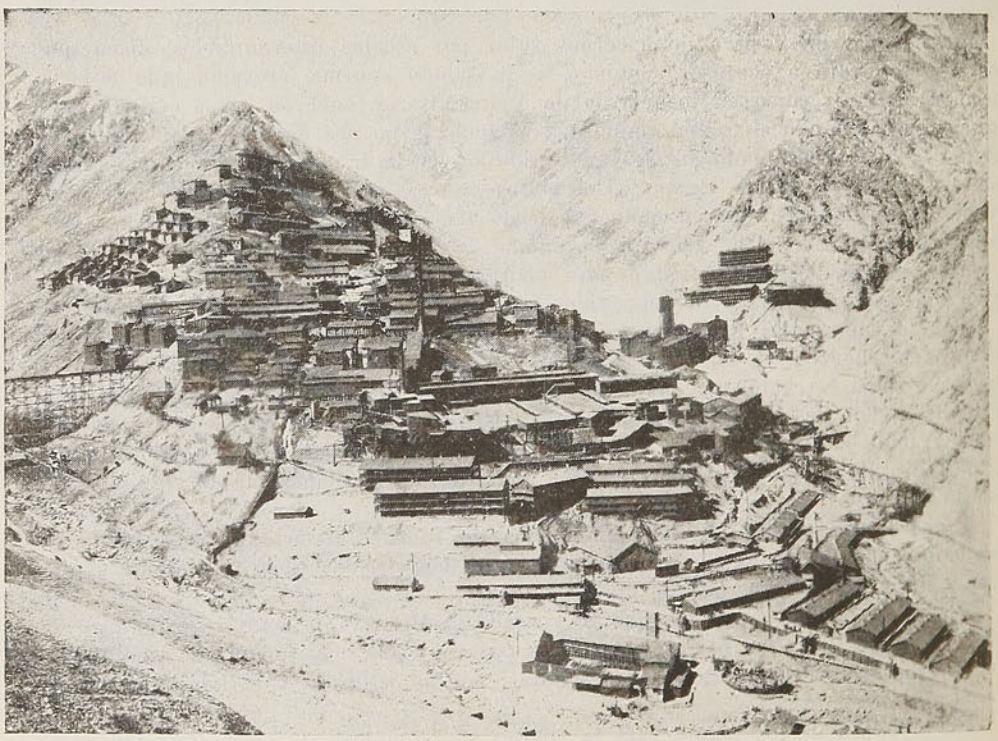
La Oficina, cavada en la roca misma, tendrá diez metros de ancho por treinta de largo y hay que admirar la perfección y el progreso de toda la instalación.

De allí los llevaron al Hotel, donde nos sirvieron un espléndido almuerzo. Es este un establecimiento con todas las comodidades modernas. Las piezas muy bien amuebladas y limpias, con cuartos de baño al lado con lavatorios con agua caliente y fría.

El pueblo, que tiene siete mil habitantes, tiene sus casas situadas en diferentes niveles, más o menos como en los cerros de Valparaíso, con excepción de una calle en que están más a nivel. Todas las casas de los empleados superiores son cómodas y pagan por ellas arriendos módicos. Las de los obreros son gratis, pero algo estrechas. En edificios separados las de los solteros, que llaman camarotes. Las de familia, la mayoría tienen sólo dos piezas.

Los edificios contienen hasta 60 casitas, con lavanderías, servicios higiénicos y demás pertinentes. La población está distribuída en secciones cada una de las cuales tiene servicio de aseadores que recorren el campamento a su cargo, recolectando las basuras. Cada edificio cuenta con instalaciones de agua potable e instalaciones contra incendio. Desde hace poco se principia a dotar las casas de alumbrado eléctrico.

Se ha preocupado la Compañía de resolver uno de los problemas sociales de mayor trascendencia, no admitiendo en sus campamentos familias que no estén legalmente constituídas. Pero solo ha mirado el lado legal de la cuestión, cuando con un pequeño esfuerzo habría conseguido constituir esas familias en la bendición religiosa, tan importante, pues se trata en su mayoría de familias chilenas, y por consiguiente católicas, a quienes no basta que la ley reconozca la legitimidad de su unión



que, para ellos como cristianos y católicos, es nula ante sus conciencias y Dios.

El sueldo del obrero es, en término medio, de siete pesos diarios.

Nos llevaron al Hospital, que creo es lo mejor que tiene el Teniente, con todos los adelantos modernos: Clínica de operaciones, dos salas de curaciones para dispensarios; uno de hombres y otro de mujeres, donde atienden diariamente cien enfermos. Rayos X, Clínica de oídos, naríz, garganta y ojos. Pensionado muy limpio y bien instalado. Me llamó la atención que todas las salas eran pintadas de blanco y los techos curvos, para evitar los ángulos donde se deposita tierra y microbios. Tres médicos y tres enfermeras extranjeras, lo atienden. Tiene capacidad para 25 enfermos. Había, cuando lo visitamos, varios enfermos de accidentes y otros de pulmonía, ninguno grave. Solo la grippe han tenido como epidemia en el Teniente, **y un solo enfermo de exantemático.**

Después de visitar el Hospital nos llevaron a ver la elaboración del cobre, desde que sale de la Mina hasta quedar convertido en barras. Pregunté primero en qué nos llevarían, temí los ascensores y los autos, y como este no era el objeto de mi visita y la maquinaria no tenía mayor interés para mí, estaba resuelta a quedarme, en caso que la locomoción fuera un nuevo experimento. Me respondieron que tendríamos que ir a pie y solo bajar algunas escaleras.

Con esta respuesta quedé tranquila y marchamos a visitar el establecimiento.

La maquinaria es una maravilla, según los entendidos, pero mi susto no fué menor que en el ascensor, cuando vi que teníamos que bajar una escalera muy parada, **muy poco mejor que las que usan los trabajadores.** La diferencia consistía en que estas tenían barandilla. Por fin me resolví, creyendo que se trataba de esa solamente, pero en cada piso me fué pasando lo mismo, creyendo ser la última, tomaba aliento y descendía. Por fin, después que ya había bajado siete piso en igual forma, y en cada uno de los cuales había hecho un esfuerzo sobrehumano, y en que ni veía la maquinaria pensando en la nueva escalera que me aguardaba, diviso con alegría una puerta que daba al cerro y por la cual podía escaparme sin volver a subir. Uno de los visitantes que gentilmente me había ayudado a pasar mis sustos me acompañó. Los otros siguieron bajando, creo que cinco pisos más.

Mientras tanto nosotros averiguamos donde estaba la Oficina del Bienestar, era lo que me interesaba, y nos dirigimos allá. No habríamos tenido tiempo de otra manera, pues sólo nos quedaba hora y media para regresar.

El Superintendente General del Departamento del Bienestar es el señor Mackenzie Walker, caballero escocés que atentamente nos acompañó en toda nuestra visita, y nos fué a buscar y regresó con nosotros a Cauquenes.

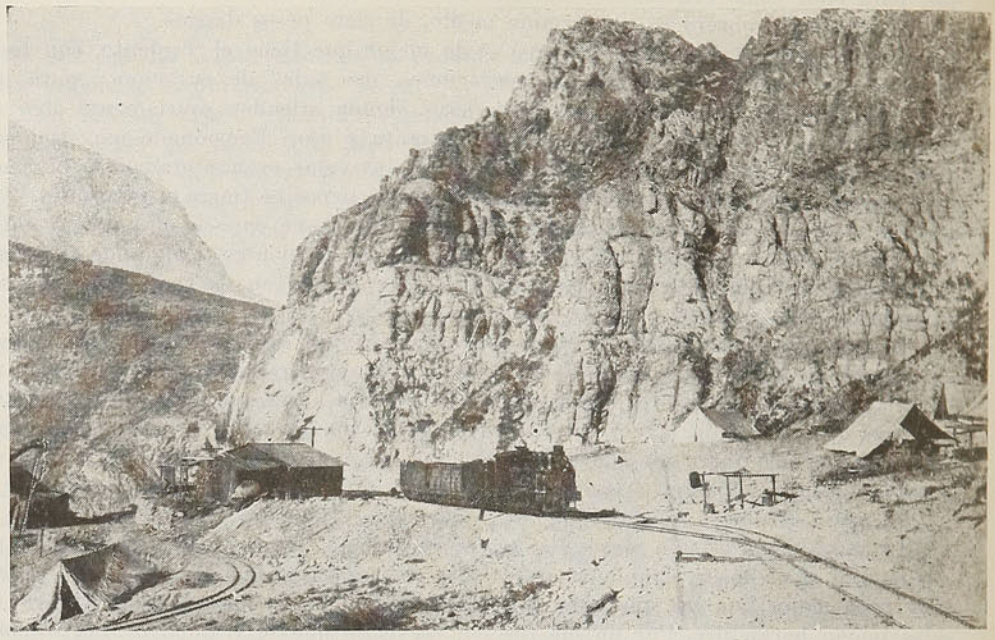
El Departamento del Bienestar se divide en tres secciones:

Primera sección.—Habitaciones. Repartición de ellas; Reparación e higiene en general. Segunda sección.—Policía particular. Ver que se cumplan los reglamentos de la Compañía. Represión del alcohol, del juego y de la inmoralidad. El primer local en Chile donde se ha implantado el "dry estate" y en que se impide en absoluto la esclavitud blanca. Tercera sección.—Social y educacional. Centros filarmónicos e instructivos. Sociedades de socorros. Federación de obreros, sin caja de resistencia.

En 1917 iniciaron un concurso mensual con diez y seis premios para las dueñas de casa que hubieran mantenido en completo aseo sus viviendas. Este concurso ha hecho un bien incalculable en el aseo general. Los premios han consistido en catres, colchones, cocinas económicas, etc., y en premios en dinero. ¡Qué digno de imitarse este concurso entre los propietarios de fundos!

Junto con el aseo de casas era necesario dar facilidades para el aseo personal, y se construyeron cinco casas de baños públicos gratuitos, con servicio de agua caliente y fría. El éxito de estas casas demuestra que el obrero aprovecha los medios que se le proporcionan para su bien personal.

La prohibición de la venta de bebidas alcohólicas es absoluta, y la Compañía



mantiene un cuerpo de policía particular compuesto de doscientos hombres, cuyo principal trabajo es impedir la entrada del alcohol en cualquiera de sus formas. Esto hace que individuos alcohólicos consuetudinarios al subir al Mineral se cambien en hombres sobrios y vuelvan a hacer la felicidad de sus familias. Qué de desear sería que esta represión alcohólica fuese extensiva a otras ciudades del país y pudiésemos tener aquí, como en Estados Unidos, diversas provincias que fuesen "Dry Estates". Qué distinto sería el progreso general del país y qué raza tan fuerte la nuestra!

En el Mineral existen cuatro escuelas fiscales de instrucción primaria; dos de hombres y dos de mujeres. Están en formación dos escuelas profesionales vocacionales, una de hombres y otra de mujeres. Hay además dos escuelas nocturnas para obreros con una asistencia media de 35 alumnos.

La instrucción es obligatoria y los padres deben mandar a los hijos hasta los catorce años. Los padres o personas responsables de los niños que no cumplen con esta disposición, caen bajo la sanción del Reglamento del Departamento del Bienestar. Las escuelas tienen capacidad para cien alumnos cada una.

Centros sociales.—Deportes y Recreaciones.—En el campamento funcionan cuatro biógrafos; dicen, se pasan siempre vistas morales y de fondo educativo; es de esperar que así sea. La población cuenta con una banda que ameniza todas las fiestas públicas. Ha construído locales y salones para clubs de empleados, centros sociales y deportivos para obreros y trabajadores en general. Tiene un Stadium con canchas para football, base-ball, pistas para carreras y demás deportes atléticos, canchas de juegos para niños, al centro del cual se ha construído un kiosko para la banda de músicos.

He querido dejar para el final, lo que a mi modo de ver es uno de los puntos más importantes y sin el cual no hay fundamento ni base moral de ninguna educación. Se contendrán de beber, mientras esté privados del alcohol, pero volverán a

las mismas tan pronto como tengan medios, pues no tienen el convencimiento, ni la fuerza para resistir, que sólo da la religión.

Pensar que catorce mil almas viven y mueren sin ningún auxilio religioso, pues no existe ninguna capilla, ni sacerdote en todo el Mineral, ni en ninguno de sus campamentos. Los directores que, muy bien intencionados, sin duda, han gastado miles en procurar el bienestar material; ¿no podrían gastar una pequeña suma en edificar una capilla y pagar un capellán? El bienestar que les proporcionan sería completo, en la seguridad que les reportaría un bien a ellos mismos, pues tendrían trabajadores más estrictos en el cumplimiento de sus deberes...

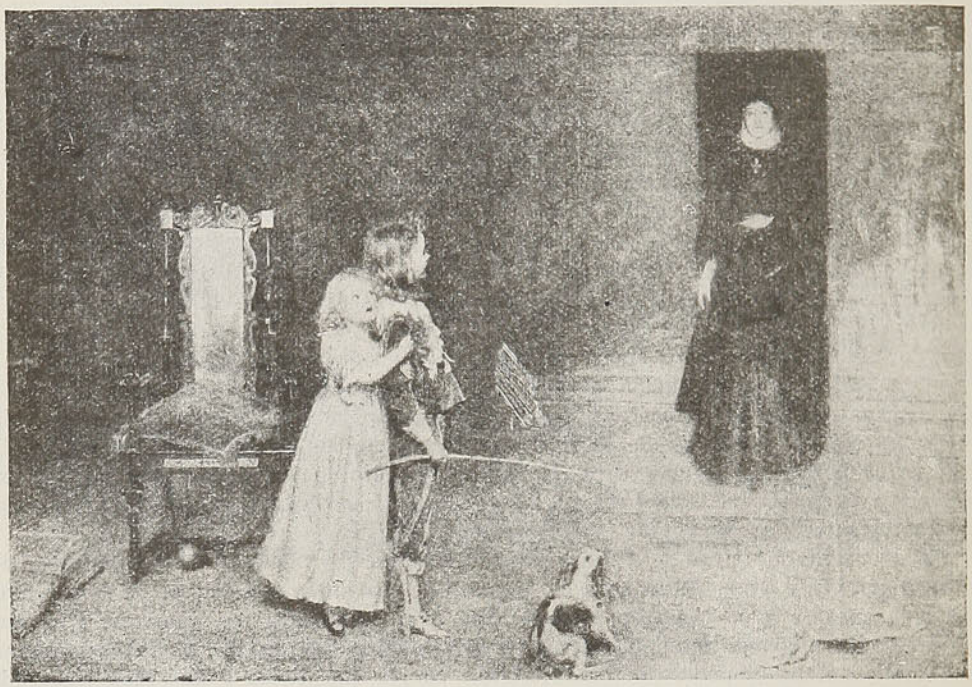
Se me dijo que el cura de Machalí estaba encargado del servicio religioso del campamento, pero que este servicio era muy irregular. La parroquia está muy lejos y hay veces que el párroco no ha podido ir en tres meses. ¿Cuántos morirán sin auxilio religiosos en ese tiempo; ¿Cuántos niños sin bautizar, y cuántos matrimonios sin bendecir?

Por su población y distancia necesitan auxilios religiosos permanentes.

Además de la población del Teniente mismo, existen desde Rancagua hasta allí muchos campamentos pertenecientes a la misma Compañía. En Coya donde está la fuerza eléctrica, en Barahona, la nueva fundación en construcción, en Sapos, la fábrica de ladrillos y varios otros. En conjunto, catorce mil habitantes. Por su extensión y población no sólo habría trabajo para un sacerdote, sino para varios que podrían recorrer los diferentes campamentos.

Del encantador rincón de Cauquenes, donde escribo estas líneas, diviso el sitio nevado que visité ayer. Es la hora del crepúsculo. La nieve está teñida de rosa tenue. La luna aparece y se eleva en el cielo. Sus rayos plateados me iluminan. Una que otra estrella aparece tímidamente en el firmamento, únicamente Venus deslumbra, semejando enorme y poderoso foco eléctrico. El río que diviso a mis pies, corriendo impetuoso a su fin. las hojas que agitadas por el viento parecen contarse entre ellas las cuitas del día, todo, me hace pensar y sentir infinita compasión por esas almas que viven allá arriba tan cerca del cielo, pero cuyas vidas estériles espiritualmente participan del hielo de las montañas en que viven. No tienen otra preocupación que el bienestar material, y arrancar a la tierra los tesoros que encierra. Parece que el corazón se les endurece y se asemeja al metal que elaboran: olvídanse en absoluto para el fin grande y elevado para el cual han sido creados. Y en este silencio elocuente en que Dios a través de las bellezas creadas me habla de una manera más íntima; pido a ese Dios misericordioso inspire a esos dirigentes tan bien intencionados, que tanto bien material han hecho a sus obreros, les aseguren lo que más llevadera les hará la dura vida de mineros, los auxilios religiosos permanentes, pues es lo único que falta para hacer de ese establecimiento minero un modelo de acción social práctica.

A. E. S.



EL MARTIRIO DE LOS NIÑOS

La primera impresión favorable que el extranjero tiene en Viena, suponiendo que no sale del centro, cambia brusca y dolorosamente en cuanto penetra en los barrios obreros.

El amable vicealcalde de Viena, Max Winter, un antiguo periodista socia demócrata, se ofrece a acompañarme en esta triste peregrinación.

—Indique usted mismo cualquiera de estas casas—me dice,—para que no se figure luego que le hemos presentado una escena de miseria inventada por nosotros.

El automóvil para delante de una casa obrera. Un gran número de niños está jugando en un patio mal cuidado. Los niños son flacos y pálidos; están vestidos de harapos y van descalzos.

—¿Dónde está tu madre?—le pregunto a un chico de unos nueve años.

—Se ha ido esta mañana para buscar cok en la basura.

—¿Y quién te dá de comer?

—Nadie. Hasta la noche que vuelve mi madre no como nada más que un pedazo de pan que me ha dejado.

—¿No tienes zapatos?

—No, señor. En el invierno pasado me dieron en la escuela un par de zapatos de madera, pero se estropearon muy pronto.

—¿Dónde está tu padre?

—Se ha muerto en la guerra.

Le doy una corona y nos dirigimos a un grupo de niñas que, al parecer, tienen de ocho a diez años.

—¿Cuántos años tienes?—pregunta el señor Winter a una niña.

—Trece años.

—¿Y tú?

—¿Yo? Catorce.

Nos alejamos de ellas, y el vicealcalde me dice:

—Aquí ve usted los efectos del hambre que los niños vieneses están sufriendo desde hace seis años. Son ya adolescentes y parecen niños. Casi todos están predestinados a la tisis, y los perderemos antes de que lleguen a los veinte años. Lo menos cien mil niños austriacos han perdido para siempre su salud, como consecuencia de la alimentación insuficiente. Excepto de los hijos de los "nuevos ricos", ningún niño ha probado la leche desde hace años ni comido un solo huevo. Sin la misericordia de las misiones extranjeras, habríamos perdido, inevitablemente, una generación entera.

Vamos a otra casa y bajamos a la cueva. Tocamos a una puerta; la abre una mujer que tiene el aspecto de una anciana. Nos encontramos en un cuarto semiobscuro, de tres metros de largo y metro y medio de ancho. En un colchón viejo y sucio está acostado una niñita. Otra niña, de unos ocho años, ayuda a su madre a separar por docenas un montón de corchetes. En toda la habitación no hay sino tres colchones y dos sillas.

La madre contesta con volubilidad a nuestras preguntas. Tiene cuatro hijas. La mayor tiene nueve años. La madre hace diez años que se casó; ahora tiene treinta. Su marido debe estar prisionero en Siberia, pero nada sabe de él.

¿Cuánto gana usted al día?

—Unas veinte coronas. Mi hija mayor busca cok en la basura, y por un kilo nos dan tres coronas.

—¿Y qué comen de ordinario? ¿Papas?

—No, señor. Las papas son demasiado caras. Nos piden por un kilo ocho coronas y hasta mas, de manera que comemos casi siempre zanahorias, que puedo conseguir por cinco coronas el kilo.

—Una vez he tomado "café blanco"—exclama la niña, queriendo indicar que ha bebido café con leche.

—¿Cuándo?—le pregunto.

La niña no comprende bien mi pregunta, y contesta.

—¡Oh, no sé cuándo voy a tomar otra vez "café blanco"!

—¿Tienes, por lo menos, bastante pan?

Ella baja los ojos y contesta:

—No, señor.

La madre se esfuerza por reír.

—¡Oh, ésta sería capaz de comerse hasta media libra de pan! ¡Nunca tiene bastante!

En este momento descubro en la pared una ilustración mala y barata, titulada "Reise durch Schlarafferland" (Viaje a través de Eldorado). A la suerte le gusta a veces esta especie de ironía cruel!...

ANDRES REVESZ.

:: LA FUGA ::

(FANTASIA PARA EL MES DE LOS DIFUNTOS)

La campana que les cuenta las horas a los que pasan la vida en Villahoz y sus caseríos, dijo de pronto en mitad de la noche...

—¡Las doce son!

La luna contemplaba desde el cielo las calles solitarias, las casas cerradas... Los vivos dormían... Nadie vió salir a los doce sones de lo alto del campanario, perseguidos por el silencio. Raudos cruzaron la cumbre del monte en cuya pendiente está Villahoz, y cuando pasaban sobre el cementerio que el pueblo tiene en lo más hondo de la pendiente opuesta, el único y altísimo ciprés que surge de allí dentro los detuvo y los ensartó en su negro punzón...; y ensartados como doce aros, resbalaron vibrando por el tronco abajo hasta dar en tierra con el aviso.

Las doce fueron también entre los muertos.

La luna, que iluminaba de lleno la pendiente donde se escalona el pueblo, no había traspuesto todavía la cumbre; en el lado opuesto, las cruces, las tapias, la tierra de los muertos y toda la ladera, estaban entre sombras.

Entre aquellas sombras se acurrucó el silencio, apretando junto a sí los doce aros recién apresados, los doce sones extinguidos ya y mirando fijamente una cruz negra, clavada en tierra como un puñal que había empezado a torcerse...

El Silencio no se espanta de nada. Todo puede mirarlo sin pestañear y sin que su corazón se altere nunca; porque el corazón del silencio no da latidos. Da miradas. Su corazón es su ojo más penetrante y de mirada más continua...

Por eso no parpadeó siquiera al ver que una cruz del camposanto oscilaba, se torcía e íbase desclavando poco a poco'.. Cuando se desclavó del todo y se tendió a lo largo, el silencio se agazapó muchísimo, pero siguió mirando más fijamente todavía.

Al hoyo que dejó la cruz, se desmoronaron los bordes poco a poco..., y se ensanchó.

Lentamente emergió luego de lo hondo una calavera blanquecina, que cuando puso las negras cuencas a ras de tierra cesó de sobresalir y quedóse un rato escudriñando todo el cementerio.

Después se hundió, y en seguida removióse la tierra delantera del hoyo, y por las grietas que entreabrió un empuje vigoroso, asomó un esqueleto que, incorporándose ágilmente, se puso en pie, se sacudió apresurado la tierra que traía pegada a los huesos y echó a andar...

Pero andaba muy mal, porque una pierna se le doblaba al revés.

Se preocupó y se detuvo; luego retrocedió hasta su zanja, y arrodillándose, hundió las manos entre la tierra removida y estuvo allí tanteando hasta que encontró lo que buscaba.

Pinzado entre el pulgar y el índice, extrajo un huesecillo, que examinó muy complacido breves instantes; después se incorporó, dobló una pierna para colocar el hallazgo en la mella del doblez, y al poner la pierna recta, quedó fijo en su sitio.

Cuando traspuso la cumbre del monte la luz de la luna, el ciprés del cementerio fué el primero que la vió; luego la vieron las tapias, después una cruz de piedra, y después todas las cruces... Entre aquellas cruces se encontró la luna también a un esqueleto que paseaba lentamente, sin espantar al Silencio.

La sombra del ciprés se tendía a lo largo del cementerio, se doblaba contra la tapia y desaparecía bruscamente. Por aquella franja obscura paseaba el esqueleto. Al llegar junto a la tapia, se volvía y recostaba en ella, quedábase inmóvil breves instantes mirando al ciprés finamente calado por los rayos de la luna. Luego reanudaba su paseo hasta llegar junto al tronco, y vuelto y detenido de nuevo, observaba atentamente la cinta de sombra que ascendía por la tapia arriba.

Cuando hizo esto varias veces, abandonó la sombra, dirigiéndose hacia un extremo del cementerio, donde, formando rinconera con el ángulo de la tapia, había una casetilla mal tejada que tenía una ventana abierta en un lado y una puerta entornada en el otro. A esta puerta se acercó el esqueleto, y empujándola suavemente, asomó la calavera dentro.

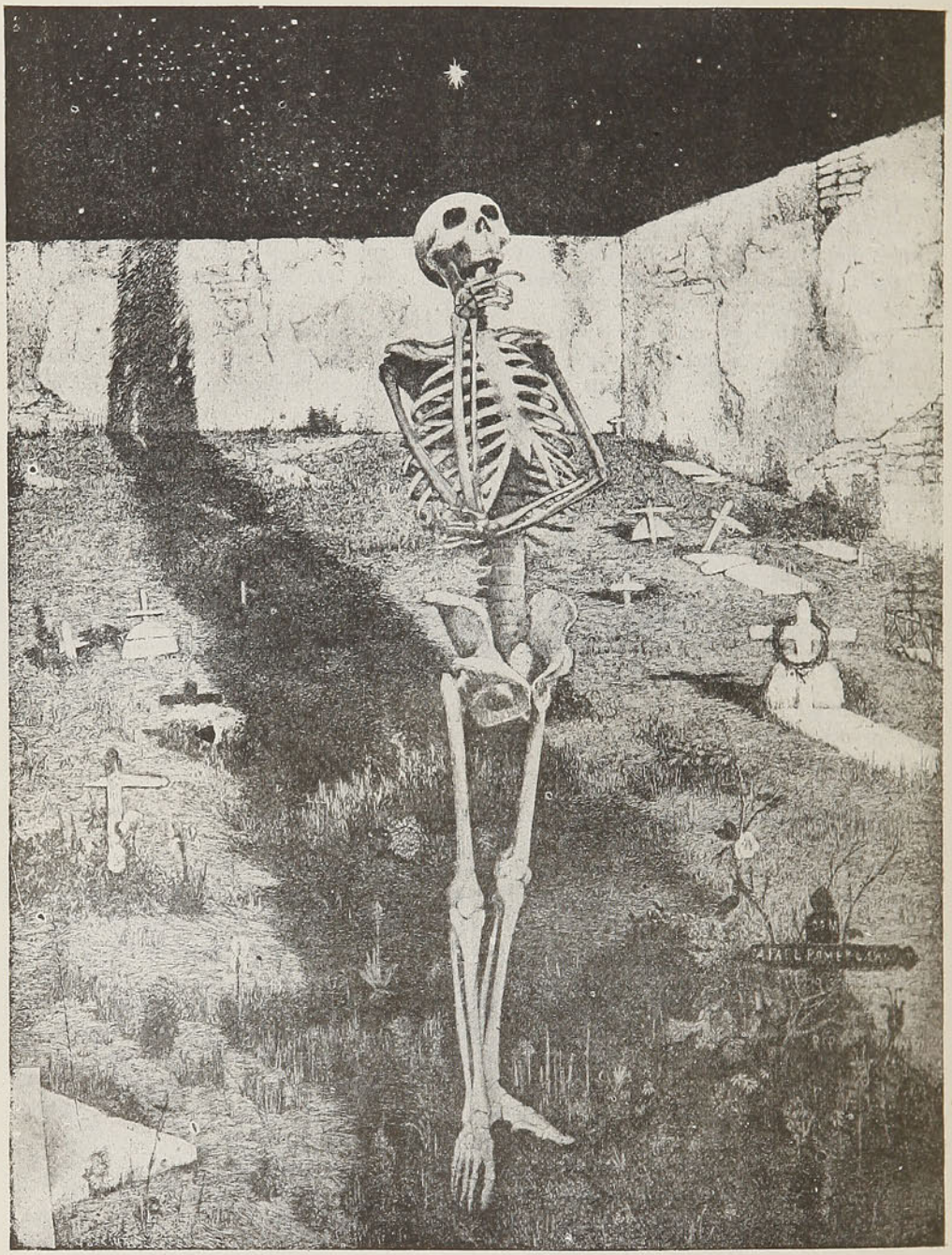
Vió varias coronas colgadas en la pared; en un rincón, palas y azadas; en el centro, dos tabladillos bajos, estrechos, y en otro rincón un montón de candeleros negros y los rollos de cuerdas que sirven para descender los ataudes a las fosas.

Entró despacio, y apoderándose de las cuerdas enroscadas, salió, cerrando tras sí la puerta con tanto cuidado que no pudo rechinar. Cuando estaba fuera y se había alejado unos pasos, soltó los cordeles en el suelo, y echó a correr.

Llegó ante una cruz, la desclavó de un tirón, e inclinándose ante el agujero, metió el brazo y, ahondando, ahondando, tocó en el cráneo del que allí dormía...

Poco después se removía aquella tierra y en seguida salió un segundo esqueleto. Se miraron... El primero, separándose, arrancó otra cruz cercana, e hizo igual que antes. El recién despertado, también hizo lo mismo al arrancar otra. La tierra se agrietaba y salía uno más... y luego otro... Los que salían, después de mirarse, iban corriendo a despertar a los demás.

Así se fueron despertando todos, y rápidamente se pobló el cementerio de esqueletos blanquecinos que, sin rumores ni crugidos de osamentas, se sacudían la tierra mútuamente buscábanse unos a otros los huesos extraviados, se abrazaban los que



Por la franja obscura que daba la sombra del ciprés, se paseaba el esqueleto.

tuvieron la misma sangre, besábanse los juramentados en amores, se estrechaban las manos los amigos, se miraban curiosamente los desconocidos...

Uno, sentado en el suelo, con su calavera entre las rodillas, sacaba afanosamente con un palitroque la tierra que tapiaba sus hondas cuencas; otro, empinándoes, exhi-

bía en alto una costilla que no le pertenecía; éste examinaba, muy encantado, su nombre escrito sobre una cruz pintada de azul..., aquél se había engarfiado de un salto al borde de la tapia, y miraba al campo..., el de más allá se paseaba con cómica gravedad, luciendo una vieja corona de siemprevivas que llevaba encasquetada hasta los superciliares... y el otro le seguía desquijarado de risa...

Muchos esqueletos pequeñines correteaban persiguiendo luces azules...

Todo esto lo vió la luna, y nada de esto turbaba al Silencio.

El primer esqueleto que salió de la tierra, había recogido de nuevo el rollo de cuerdas; lo había depositado al pie del ciprés, y junto al tronco se mantenía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el esternón, observando a los demás.

Unos cuantos se le acercaron, y él hizo señas para que se le reunieran todos.

Avisados unos a otros, pronto quedó formado en torno del ciprés un apretado corro de esqueletos, en cuyas calaveras, la luz de la luna sintió un escalofrío al posarse; después se contrajo en un punto y quedó inmóvil, ardiendo de curiosidad por saber lo que allí se dijera.

El esqueleto que los había reunido miró en derredor, y viendo que la paz, la quietud, eran absolutas, empezó:

"Señores: Os he despertado para deciros que debemos huir..."

Lo decía tan quedamente, que sólo entre los muertos se dice "así"; tan suavemente, que ni el aire sabía si lo llevaba... tan "silenciosamente, que un ruiseñor que pasaba la noche en el ciprés escogió aquel momento para cantar... Y sin embargo, antes que el ruiseñor cantara, había empezado el esqueleto a decir:

"Señores: Os he despertado para deciros que debemos huir.

"No comprendo cómo habéis podido dormir tanto tiempo, oprimidos bajo esta tierra pegajosa y fría. Para mí es molestísima la inmovilidad. Ni puedo ni quiero acostumbrarme a estar aquí enterrado. ¿Cómo lo resistís vosotros? Yo, "desde que pude", he salido todas las noches de mi zanja. Vosotros permanecíais inmóviles. Durmiendo siempre. Me apenaba veros dormir sin sueño. Porque no era que tuviéseis sueño. Era... que veníais "ya enseñados a estar aquí".

"¡Tenemos que estarnos muy quietos, porque estamos muertos!

"Y muy quietecitos estaríais todavía, si yo os hubiera demostrado con mi ejemplo que podemos movernos, aunque seamos muertos; que no por estar muertos hemos de estarnos quietos.

"No estándose inmóvil, muerto se está muy bien. No es lo malo estar muerto, no. Lo que sí es intolerable es estar aquí enterrados. Lo insoportable es que seamos "muertos-presos", y que tengamos que pasar la muerte entre esta tierra repugnante, ¡cuando tan fácil hubiera sido para los que no son todavía muertos, el habernos empujado hacia lo que nos hubiera sutilizado y aligerado tanto, que ya estaríamos cerca de donde tenemos que ir".

"¡Pero los que no están muertos todavía, no saben nada de esto!; por eso, en vez de darnos el impulso necesario, para que hubiésemos podido "alejarnos" fácilmente, nos han entorpecido el vuelo, nos han encerrado entre tierra, nos han enterrado en carne y hueso

"¡Y gracias que la carne dura poco! ¡Pero los huesos tardan! Y de tanto pasar la muerte a solas con ellos, nos vamos encariñando con nuestros huesos, hasta tal extremo, que el anhelo de ir "a donde tenemos que ir", se entibia y amengua, por no abandonarles hasta que no haya más remedio, hasta que estén reducidos a polvo.

"Si nos fuésemos ahora, tendríamos que llevárnoslos. Pensais eso, ¿verdad?

"Pues bien: ¡Nos iremos con nuestros huesos!

"Si no tuvimos a su tiempo las impalpables alas de ceniza, y ya que a nuestro

...y en lo alto del ciprés flameó una extraña flor de pétalos largos y blanquecinos: pétalos de esqueletos

estado presente le apena tanto la espera de las sutiles alas de polvo... ¡no las esperemos! ¡Vayámosnos sin alas! Tal como estamos, desaparecemos de aquí! y para que nadie sospeche nunca nada, ¡clavemos en seguida nuestras cruces! Alisemos corriendo la tierra que removimos... ¡y al aire!, que en haciendo de todo nuestro anhelo de huir una saeta, "iremos lejos".

"¿Que quién nos lanzará al aire? **Que quién nos dará el impulso que nos faltó?**

"Este ciprés. Ved su sombra.. , atraviesa el cementerio, se dobla, remonta la tapia y desaparece..."

Lo dijo tan secretamente, que el ruiseñor que estaba en el ciprés se decidió a clavar—cantando en aquel mismo momento—la más fina aguja de oro de su trino, en el ojo-corazón del silencio... y terminó el cantar, porque el ruiseñor se fué a vuelos de amoríos, **muy lejos del cementerio, dejando al ciprés a solas con los muertos.**

que ya habían acabado de clavar cruces y de aquietar tierra, y en derredor del árbol estaban mirándole de arriba a abajo.

Inesperadamente, se arrojaron en tropel sobre el árbol; se ciñeron a su tronco, se agruparon y ascendieron con vertiginosa agilidad por las ramas arriba.

El primero que llegó al tembloroso remate, hizo que el árbol iniciara una suave reverencia; en seguida llegó otro, y luego otro, y después, más y más...

...Y así, floreció rápidamente en lo más alto, una extraña flor de pétalos largos y blanquecinos, de pétalos de esqueletos. Al peso de tan inmensa corola, el ciprés se curvó todo emocionado, y llegó con la flor hasta la tierra y la besó con la punta de sus pétalos estirados, péndulos...

Habían hecho los muertos un hermoso arco triunfal para salir del cementerio.

Un arco... ¡y una ballesta! porque... con la cuerda que sirvió para bajarlos a las zanjas, ataron la punta del ciprés, y al darle suelta, el árbol se irguió con brusca y formidable violencia.

Llevaron el extremo libre de la cuerda hasta una cruz de piedra, la pasaron por uno de sus brazos y tiraron del ciprés.

Tenso, tendido, quedó el enorme arco, dispuesto a lanzar flechas al infinito.

¡Uno! ¡Cualquiera! El primero que quiso, subió por la curva del arco, y se tendió entre las ramas combadas, rígido con las manos pegadas a los fémures.

¡Al aire! Soltaron la cuerda, y el ciprés con ansia violenta recobró su rigidez y dió un soberbio impulso al esqueleto, que partió como una saeta, estirado, con el cráneo hacia atrás, con la mandíbula enfilada hacia adelante y los brazos pegados a los costados; hecho una flecha de hueso de sus huesos, desapareció.

¡Al aire! ¡Otro! Volvieron a tender el arco con ayuda de la cuerda, y al soltarla, de nuevo lanzó otro saeta de hueso, que se perdió en el cielo.

Y así, unos tras otros, iban partiendo impulsados por el ciprés.

La luna, que descendía ya toda amarilla de ver pasar ante ella tantos esqueletos rígidos y veloces, en cuanto pudo, bajó al horizonte y se escondió allí.

¡Otro! ¡otro!... y se fué el penúltimo, y quedó en el cementerio un solo esqueleto.

Era el más ágil, el más valiente, el más sabio. El que enseñó a los demás el camino del aire. No se quedaría en la tierra, no. También se iría.

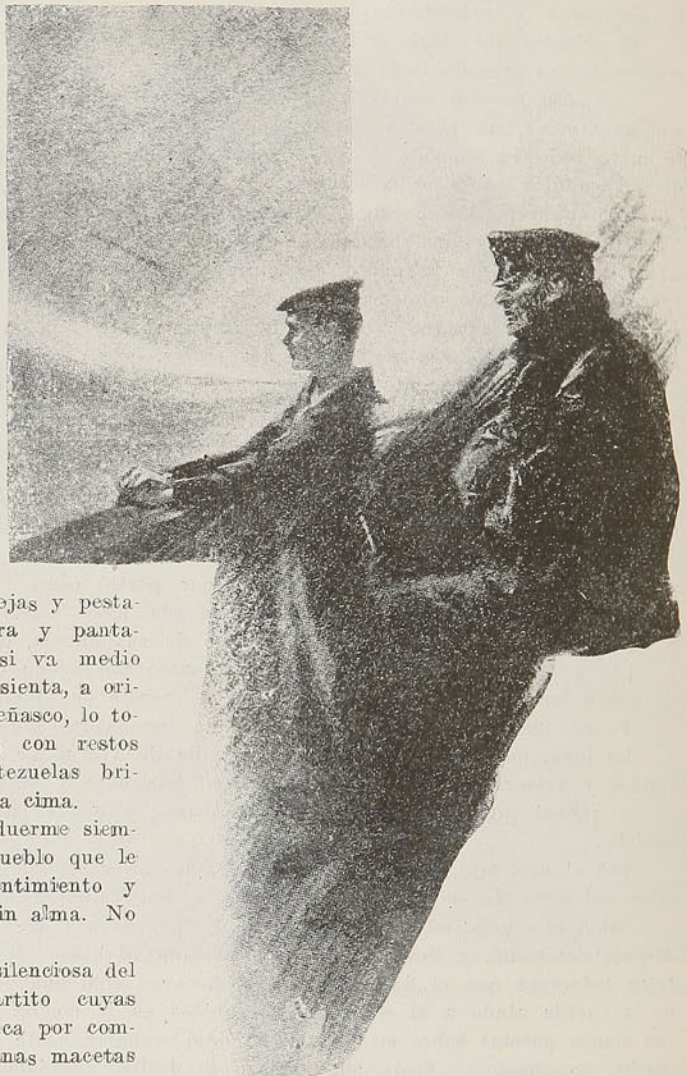
Subió al ciprés, ensanchó la lazada de la cuerda y la bajó más entre las ramas; después descendió, y llevando el largo extremo al brazo de la cruz, consiguió con astutos esfuerzos que el árbol cediera y formase arco una vez más. Dejó aquel extremo de la cuerda atado a la cruz. Luego, subióse en la comba del ciprés, y tendido, con las manos puestas sobre su cabeza, se dejó resbalar hasta la lazada, y la fué empujando, empujando... hasta que el lazo se deslizó rápidamente por el extremo agudo y tembloroso ¡y se salió! La cuerda fué serpenteando a enroscarse en la cruz; el ciprés se irguió dando cimbradas, y el esqueleto desapareció...

Entre las recién llegadas claridades verdosas del amanecer, el altísimo ciprés oscilaba todavía, **pero como no era el viento**, al irse la última estrella enviándole imperceptibles guiñadas de despedida, contestaba él ya con las más imperceptibles de todas sus reverencias.

Cuando el sol se asomó al horizonte y miró al ciprés de arriba a abajo, lo encontró muy erguido, inmóvil, serio, ¡como siempre!

....

EL PADRE Y LA HIJA



Duerme en todos los rincones. Bajo de estatura, pero macizo de carnes, es más bien informe que corpulento. Las manos, del largo remar, hinchadas y callosas, han perdido el juego esbelto y fino de los dedos: son dos enormes palas que, hundidas en el agua con bravura, podrían hacer andar o detener un barco. La cabeza desaparece bajo la abundancia viciosa de cabellos grises, y en la cara y en el cuello solo queda sitio para los ojos, con el matorral de la barba y el áspero erizarse de cejas y pestañas. Viste siempre zamarra y pantalón de paño obscuro, y si va medio dormido por la plaza o se sienta, a orillas del mar, junto a un peñasco, lo tomaríais por otro peñasco, con restos de vegetación, y dos bestezuelas brillantes—los dos ojos—en la cima.

Por lo demás, el viejo duerme siempre. Hay maliciosas del pueblo que le tienen por incapaz de sentimiento y encanecido en un vivir sin alma. No hagais caso.

En la casita obscura y silenciosa del enorme viejo hay un cuartito cuyas ventanas no se abren nunca por completo. Y hay en las ventanas macetas con plantas verdes, que se van secando. Como el cuarto queda siempre a obscuras, el viejo se encuentra bien allí, porque deja caer su mole en un rincón y cierra los ojos. En el otro rincón hay una cama, donde la hija del durmiente misterioso hace seis meses que agoniza. Era esbelta, era blanca, era alegre y parlotera. Saltaba, cuando niña, por las rodillas de su padre, como una gaviota por las crestas de una peña. Comentó el universo con la perenne sentencia de una sonrisa interminable y necesitó una agonía de medio año para apartarse de la vida. Era justamente cuando más ufana estaba y, con pompa de almendro que florece, comenzaban a dar fruto en sus mejillas las caricias de las cosas.

Durante el largo tránsito de aquella enfermedad horrible no aceptó el viejo consuelo de vecinas, ni se detuvo a dar detalles en los soportales de la plaza, ni habló

de malas noches pasadas de claro en claro, ni gimió, ni hizo aspavientos, ni dejó de salir con su barca, mar adentro, como tenía por costumbre.

Al revés. Menudeaban sus visitas al mar, y hubo noches en que desató dos veces las amarras de su bote. Las gentes achacaban a codicia por la pesca aquel pujar constante del enorme viejo, y las más bondadosas le disculpaban, comprendiendo y explicando la codicia por los gastos de la larga enfermedad...

Pero el viejo iba haciendo sus cosas mientras la Muerte hacía las suyas, y ambos se miraban y no se decían nada, ni decían nada a nadie...

Fué al amanecer. Abrióse de par en par la ventana del cuartito. Una racha fría, de madrugada, entró violentamente por el espacio abierto, derribando una maceta, que hizo, al caer, un ruido temeroso. El aire quedó sonando en la hojarasca de los otros tiestos... La enferma acababa de expirar... El viejo, soñoliento como siempre, la fué vistiendo con lentitud... La dejó en la cama bien tendida... Luego salió a la ventana y, colocando en ella el codo, hundió la mano en el matorral de la barba y se quedó mirando al mar. Sus ojos tenían un pequeño círculo sangriento...

Comenzaban a pasar gentes por la calle... El viejo llamó a una mujer, también entrada en años, que muchas veces, para que se franqueara con ella, le había dicho ser parienta suya...

Cuando la mujer entró en el cuarto, viendo a la muerta, quiso besarla, lloriqueando. De un empellón vigoroso hundió el viejo a la mujer en una silla y salió del cuarto murmurando:

—¡No la toques!... ¡Acompáñala!

El viejo tenía su bote anclado en la playa muy cerca de su casa. Andando perezosamente, con movimiento de oso, soltó las amarras y, entrando en el bote empuñó los remos.

Y a medida que avanzaba mar adentro, mientras el aire de la madrugada, sa-

cudiéndole la barba y alisándole las cejas, iba sacando a la luz sus facciones gigantescas, en el rostro del viejo se iba haciendo una transformación maravillosa. Los ojos, que siempre miraban más allá de las cosas, descansaban ahora en el agua, que no se acaba nunca. Las manos, inexpresivas y muertas, adquirían valor y calidad, unidas a los remos sin esfuerzo. Las piernas, cortas y abultadas, desaparecían en las entrañas obscuras de la barca. Y el sol naciente daba un relieve de oro al busto enorme del viejo, que se mantenía sobre el mar como el torso valiente de un Neptuno.

Mas: los labios del viejo, tan callados entre las gentes del pueblo, no dejaban ahora de moverse, en un monólogo interminable. Más: de sus ojos, sangrientos y llenos de angustia, corrían, largos y serenos, dos hilos de lágrimas gruesas y ardientes, que el viejo no trataba siquiera de enjugar en aquellas divinas soledades.

En un rincón de la barca enorme había un asiento, aderezado y pulido, con una bayeta blanca y dos almohadas; besó el viejo todo aquello, y, abandonando los remos, puso los dos brazos cruzados en uno de los costados del barco, hundió en aquella sima su cabeza y dejó caer las lágrimas en el agua... El marinero contaba su dolor al mar, seguro de que no cabía en otra parte...

Volviendo del entierro de la jovenzuela, hablando dos mujeres del efecto que había causado al viejo la muerte de su hija:

—La ha sentido poco...

—Estaba cansado de la enfermedad, tan larga.

—Apenas había expirado la pobre se marchó a pescar, dejándola abandonada...

—Si no soy yo no la acompaña nadie...

—Pero ¿no lo veis? Ahora no se mueve nunca del mar, que es lo que él quería...

Y el mar, amigo del viejo, gemía en el fondo dolorosamente.

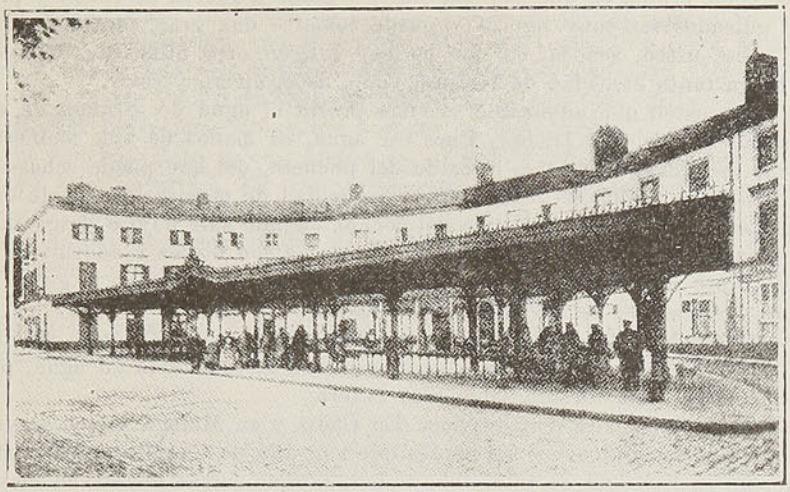
EDUARDO MARQUINA.

Naturaleza de la luz producida por ciertos insectos

Se sabe que un cierto número de insectos emiten en diversos períodos de su existencia una luz especial muy visible en la obscuridad; el **ver luisant** es el tipo más común de estos animales.

Respecto de la naturaleza de esta luminosidad, se han emitido las hipótesis más diferentes sin que desde luego, el problema haya sido resuelto de modo definitivo.

Un químico, M. Ives, ha pasado recientemente revista a los fenómenos de **luz fría** debidos a la florescencia, la electro-químico-luminiscencia, y los debidos a los organismos vivientes. Ha señalado que en los insectos la luminosidad dura aún dos años después de su muerte. Este interesante hecho demuestra que no se trata de un fenómeno biológico propiamente dicho y que esta luminosidad es debida verosímilmente a un fenómeno químico independiente de la vida. Habrá que orientar las investigaciones en un nuevo sentido. El ilustre J. H. Fabre, en su último estudio sobre el **ver luisant**, llega a la misma conclusión.



Mercado del pescado en Arras

COCINA AMENA Y ECONÓMICA

Prometimos a usted, señora nuestra, contarle el famoso engaño que con los "filetes de lenguado al estilo de Dieppe" hizo un cocinero parisién, engaño en el que cayeron muchos autores de libros de cocina, y entre ellos nuestro famoso Angel Muro. El tal cocinero se llamaba Marguerie y tenía un fondín de tercer orden en los bajos del teatro del Gimnasio en el "boulevard" Bonne-Nouvelle. Ese tal Marguerie se decía inventor de un guiso estupendo de lenguado, al que daba su nombre y que comenzó a afamarse en París, hasta el punto de enriquecer al titulado inventor. Acosado por los clientes curiosos comenzó a confesar que el secreto de su guiso consistía en que echaba "agua de ostras" a la salsa. Pero como la ostra es cara y da muy poca agua, y además las ostras no aparecían en ninguno de los guisos de Marguerie, la gente no creyó al cocinero, y éste, entonces, reveló su verdadero secreto: lo que echaba a la salsa del lenguado era "agua de mar". ¡Agua de mar! Así lo dicen varios libros franceses y así lo traduce Angel Muro en su "Practicón". ¡Pobre de la cocinera que intente cometer esa locura! Con agua de mar el guiso sabrá a demonios. Lo que el cocinero de París guisaba era sencillamente: el lenguado al estilo de Dieppe con agua de ostiones

El ostión debería ser una riqueza enorme en todo nuestro mar, donde se cría muy bien y debería extendérsele y fomentársele en criaderos artificiales por toda la costa. Estos criaderos no tendrían gasto ninguno, puesto que no necesitan cuidados como los de las ostras. Bastaría para que se criasen por millones, no agotarlos, sino explotarlos racionalmente, respetándolos en su período de desove y preparando cómodo lugar donde las crías se fijasen, no cogiendo más que las piezas grandes y defendiéndolos un poco de los cangrejos y otros enemigos.

El ostión es difícil de comer crudo, a menos que sea muy pequeño, y esta es una de las causas de su extinción; que se los coge apenas empiezan a formarse. En cambio de eso, el ostión es exquisito preparado en diversos guisos. Y, además de exquisito.

es de una potencia alimenticia enorme. Se la acusa de ser de difícil digestión, pero eso es cuando se come crudo, en que hay que hacerlo pasar a fuerza de limón y pimienta. En cambio, guisados son muy ligeros y puede comerse una gran cantidad sin riesgo alguno. Y, fíjese usted, señora, en que no hay ningún otro alimento, incluyendo la ostra, que tenga tanta cantidad de fósforo, yodo, ázoe, hierro y cal.

Ya ha visto usted qué admirable servicio presta el agua de ostiones en ese guiso de lenguados al estilo de Dieppe. Pues ese agua, en manos de una cocinera hábil, es un recurso tan admirable como el caldo del puchero, del que puede echarse tres o cuatro cucharadas a cualquier guisote en la seguridad de mejorarlo y darle un sabor y un bouquet especial. Al mismo caldo del cocido, cuando sale flojo o desgastado, una cucharada de agua de ostiones lo entona. Pero esto ya son filiíes y adornitos.

Lo importante es que los ostiones, cuya agua hemos utilizado en el guiso del lenguado, pueden aderezarse de los siguientes modos:

1.o **En tortilla.**—No hace falta receta. Se hace como cualquier otra, sin más que cuidar de que estén bien enjutos; esto es, que hayan soltado toda su agua, para que no se corte el huevo y la tortilla salga bien entera.

2.o **Fritos.**—Es una cosa deliciosísima. En Cádiz y en Málaga suelen servirlos así en las "tiendas de montañés", y las gentes que van allá de Castilla o del Norte creen que eso es una especialidad de tales tabernones, porque jamás los sirven en las fondas de medio tono ni en los hoteles de lujo, ni aun en las casas particulares. Los ostiones fritos se hacen exactamente igual que la meollada frita y que cualquier pescado frito al que se envuelve en huevo batido y pan rayado. Cuídese también de que estén bien secos. Los ostiones fritos están gustosísimos, lo mismo calentitos, acabados de sacar de la sartén que fiambres para merendar, acompañados de un vaso de cerveza o de buen vino de Jerez.

3.o **Al horno.**—Cuando el ostión está a medio jugo, se ponen varios, según su tamaño, no importando que sean muy grandes, en una cacerola de hacer huevos al plato. Agregarles un chorro de buen aceite, no mucho, pan rayado bien mezclado con ajos y perejil muy picados, y un polvo de pimienta.

Unos minutos al horno fuerte, y al servirlo en la mesa, que cada comensal le agregue unas gotas de limón a su gusto. En conchas de peregrino, una para cada comensal, se hace también este guiso.

4.o **Al gratin.**—Con cualquier salsa de gratin, están los ostiones muy ricos. Conviene para hacer este guiso no extraerles agua ninguna para que suelten en la salsa todo su jugo y no haya que agregarles ningun otra agua. Hay un gratin especial que he oído llamar en mis viajes "ostiones al gusto de Arras"... En estos momentos, oír hablar de Arras espanta y estremece. Allí no queda nada, ni casas, ni habitantes.

En mis archivos culinarios encuentro dos fotografías de la pescadería y del mercado de legumbres de la infortunada ciudad. Claro es que en Arras no se crían ostiones, pero en toda aquella región debe de haber un gran consumo de ellos. El hecho es que este gratín se hace casi exactamente como los ostiones al horno, sin más diferencia que éstos deben estar jugosos solamente, casi secos, mientras el gratín debe de tener caldo bastante suelto. Así, la diferencia está en que se echa aceite abundante en una tartera y además del pan rayado y del ajo y perejil picado se agrega una pizca de azafrán al mismo tiempo que se espolvorea de pimienta. Pero ya digo, aparte este guiso especial de Arras, puede llegarse en el gratin a todas las fantasías de la cocina francesa. En todas ellas están bien los ostiones.

5.o **En "sopa de puré".**—Sáqueseles bien el agua, primero dejando que destilen a su gusto en una pasadera media hora y luego forzándolos a soltar todo su jugo acercándolos bien al calor del horno. Cuando estén bien blancos y no presenten nada de aspecto gelatinoso, macháqueselos en un mortero hasta hacerlos papilla y luego esta papilla hágase pasar por pasadera muy fina. El agua que han soltado debe hervir, con hervor fuerte, dos minutos. Apártese. Echese entonces el puré. En una sartén fríanse unas rodajas o picatostes de pan que se colocan en el fondo de la sopera. En

este mismo aceite fríase una pizca de cebolla y otra de perejil muy picados, y antes de que la cebolla tome color una cucharada chica de pimienta y otra de harina. Al obscurecer, viértase todo esto sobre el caldo. Póngase a la lumbre. Cinco minutos de hervor no muy fuerte y viértase en la sopera sobre el pan frito. A la mesa.

6.o **Ostiones borrachos.**—Póngalos a cocer en una cacerola cualquiera, tal como salen de sus conchas. Esto es que cuecen en su propia agua. Luego, bien cocidos, los sacará usted y los escurrirá. En una sartén está friendo aceite; eche ajos partidos y perejil picado; luego, una cucharada de harina, y apenas coloree, vino blanco muy fino y muy ligero y unas cucharadas de caldo de puchero o cocido; deje usted que la salsa se consuma y espese un poco y, en seguida, bien caliente, a la mesa. Queda a gusto de cada comensal agregarles zumo de limón y pimienta.

7.o **Como los comía el "Lavi".**—El "Lavi" fué un torero, gaditano y tragón, cuyo nombre todavía suena un poco. Era muy aficionado a ostiones, y un tabernero

Plaza de la Vacquerie y Mercado de hortalizas de Arras

de Puerta de Tierra se pasaba la vida imaginando guisos de ostiones que agradaran al torero. Hasta que inventó el siguiente, al que bautizó con el ridículo nombre de "ostiones celestiales". Usted ha sacado los ostiones de sus conchas y los ha puesto a soltar agua en la pasadera. No tire las conchas cóncavas, sino, al contrario, elija las que hagan mejor asiento y puedan estar en el horno sin derramar lo que vamos a echarle. El interior de estas conchas lo untará usted con manteca de cerdo fría. Esta operación es forzoso hacerla con los dedos; no debe quedar ningún repliegue interior de la concha sin que lo humedezca la manteca. Aparte hace usted la siguiente salsa: En aceite muy bueno fríe un poco de puerro o cebolleta y perejil muy picados, y si encuentra setas buenas, aunque sean secas, pique también cuantas quiera. Agregue dos cucharadas de harina y, al colorear, un vaso pequeño de caldo de pescado o de puchero—es lo mismo—y otro de buen vino amontillado o Montilla y el agua que han soltado los ostiones, en proporción conveniente. Mejor que en la sartén, haga usted hervir lentamente esta salsa en una cacerola durante un ratito, y cuando esté bien ligada y haya espesado, va usted llenando con ella las conchas y en cada una colocando dos ostiones. Ponga las conchas en el horno bien fuerte, y a los cinco minutos o menos, a la mesa. Para manejar bien las conchas al llevarlas al horno, pueden colocarse en una parrilla o en un plato de horno. Y así, señora mía, comía el "Lavi" los ostiones.

Todavía podríamos apurar un poco mi recetario. Podríamos hablar de la famosa "sopa del cuarto de hora", en la que los ostiones son parte principalísima, ya que no sean el todo; pero me parece inútil mientras no consigamos que los pescaderos de Santiago traigan ostiones, que hoy no traen porque dicen que la gente no los quiere, y la gente no los quiere porque no sabe guisarlos. Mientras los ostiones vienen a Santiago, concretemos estos escarceos con unos cuantos aforismos:

1.o La ostra no debe guisarse; es una tontería y una simpleza.

2.o El ostión no debe comerse crudo. Ostra y ostión son, por lo tanto, cosas completamente distintas.

3.o Es una ridiculez llamar ostra al ostión, como hacen en algunos banquetes.

4.o La ostra tiene que ser cara. El ostión puede ser muy barato. Como su tamaño es mucho mayor que el de la ostra—puesto que, además, el Gobierno debiera prohibir la recolección de ostiones pequeños—resultaría, en realidad, más económico aun.

5.o Los médicos debieran enterarse de que hay un alimento riquísimo en fósforo y ázoe, que se llama ostión, y que ellos debieran recomendar a los convalecientes.

Y, finalmente, señora mía, envidiemos al "Lavi". En las tardes apacibles, sentado en el pórtico de uno de los ventorros de la Cortadura, mirando al mar bravío a uno y otro lado de la lengua de tierra, donde Napoleón se detuvo, ¡comía "ostiones celestiales"!...

—¡Pero, hija! ¡Por Dios, Sidonia, esta cocina huele que apesta!
—¡Naturalmente! Como que está al lado del tocador de la señora.

LA MUERTE DEL PADRE

El doctor Martín, después de treinta años de ímprobo trabajo en un populoso barrio de París, se retiró a descansar al campo, en una posesión de su propiedad. Gustaba de solazarse allí, con un rato de charla en el jardín, todas las tardes, después de comer.

Aquel día tenía por acompañante al notario y al cura del pueblo.

Los tres tomaban café, agradablemente, instalados en cómodos sillones de paja.

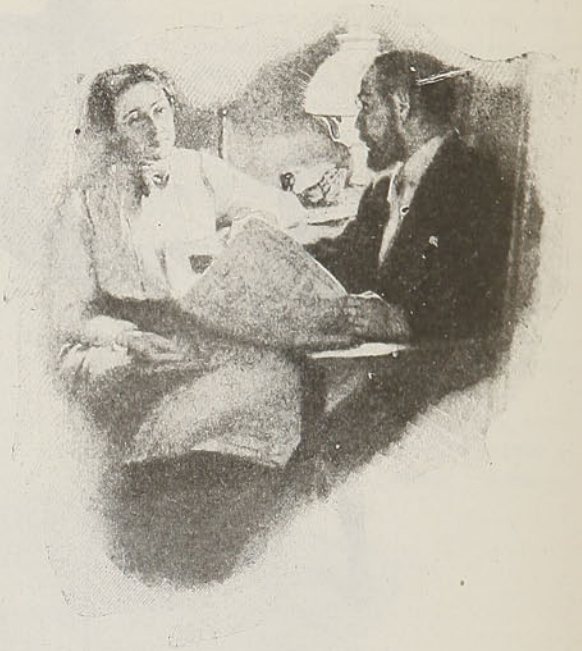
—He aquí el caso—dijo el doctor.—Me llamó aquella pobre familia un domingo por la tarde. Componíase ésta del padre, pintor de brocha gorda; de la madre, planchadora, y de cuatro hijos. El mayor, de siete años, y de seis, cuatro y tres, respectivamente, los demás. El cuarto en que vivían, sólo tenía una habitación, situada en el quinto piso de la casa.

La madre, una mujer de unos treinta años, de cara bondadosa, pero envejecida por los disgustos, me expuso el caso con voz conmovida.

Para llamarme, había aprovechado la ausencia del marido.

Se trataba del hijo menor, que no estaba enfermo, pero que no hablaba.

Esto, no obstante, el niño no era mudo; varias veces le sorprendieron moviendo los labios, como si murmurase para sus adentros.



Sin embargo, no quería hablar, y era horrible ver en él aquella extraña obstinación.

Mientras oía yo hablar a la madre, no dejaba de mirar a los cuatro muchachos, sentados todos alrededor de una mesa.

Tenían el verdadero tipo de los chicos de las afueras de París: enclenques, mal color y expresión de inteligencia y vivacidad.

Especialmente el pequeño, parecía muy listo y simpático: rubio, con cara inocentona, la frente despejada, escrutadores los ojos.

Su manera picaresca y graciosa de sonreir, con la cabeza inclinada hacia un lado, probaba que su comprensión era muy clara.

Mi primer cuidado fué el de hacerle algunas preguntas, el de obligarle a repetir palabras sencillas, que le iba diciendo: mamá, papá, buenas tardes. Pero inmediatamente bajó los ojos al oirme, se entristeció su rostro y los labios se cerraron, con dura contracción.

Era evidente que hubiese podido articular algunas palabras; pero se lo impedía algún fenómeno de invencible sensibilidad.

El caso me interesó extraordinariamente; tanto más cuanto que los tres hermanos mayores, por su parte, parecían tener una seriedad impropia de sus años.

Interrogué a la madre respecto de su vida familiar, y lancé una mirada por toda la habitación.

El lecho del matrimonio, ante el cual había una cortina; las camitas de los niños, la vajilla en los vasares, el armario y el aparador.

La habitación era clara y estaba limpia y aseada; el modesto mobiliario no revelaba miseria, y esto no obstante, había allí algo triste que oprimía el ánimo: poco a poco, iba apoderándose de mi una angustia que parecía flotar en aquel ambiente.

De pronto, empecé a ver claro: la madre se decidió a confesarme que su marido se embriagaba cada día, que no trabajaba casi nunca, que los maltrataba despiadadamente, dando grandes escándalos en casa, al final de los cuales, se accidentaba, quedando después amodorrado mucho tiempo.

Ya sabía lo suficiente, por lo pronto, me marché sin diagnosticar; pero diciendo que me avisasen al primer ataque de alcoholismo del padre.

Lo tuvo aquella misma noche.

Me encontré ante un hombre de unos treinta y cinco años, vestido con una blusa muy sucia y de extraviada mirada apoyado con una mano en el respaldo de una silla y

blandiendo con la otra una botella de vino vacía.

Un hipo angustioso cortaba sus frases incoherentes.

Apenas me vió, empezó a llenársele la boca de espumarajos, y le dió un ataque de epilepsia.

Dejó caer la botella que se rompió en mil pedazos contra el suelo y apenas tuvimos tiempo para sostenerle y evitar que cayese sobre los vidrios rotos.

Le acostamos en la cama y, después de algunas convulsiones, quedó inerte y pálido como un muerto.

Tal era, en ligeras variantes, el espectáculo que daba diariamente aquel padre a su familia.

Con aquello me consideré completamente documentado.

Desde el primer ataque del frenesí alcohólico, el horror pesaba permanentemente en la atmósfera que se respiraba entre las cuatro paredes de aquella estancia.

No se atrevían a jugar ni a reír apenas.

Cuando le veían entrar en casa, quedábanse como aterrorizados, inquietos, incapaces de moverse y enredar con la alegría propia de los niños.

Pero este efecto de terror rayaba en lo trágico en el pequeño.

Se encogía en su silla y permanecía durante horas enteras como petrificado, con los ojos muy abiertos.

Ningún defecto fisiológico impedía hablar al niño, inteligente y bien constituído como estaba; pero la horrible visión del delirio paternal había sofocado en él la explosión de la palabra.

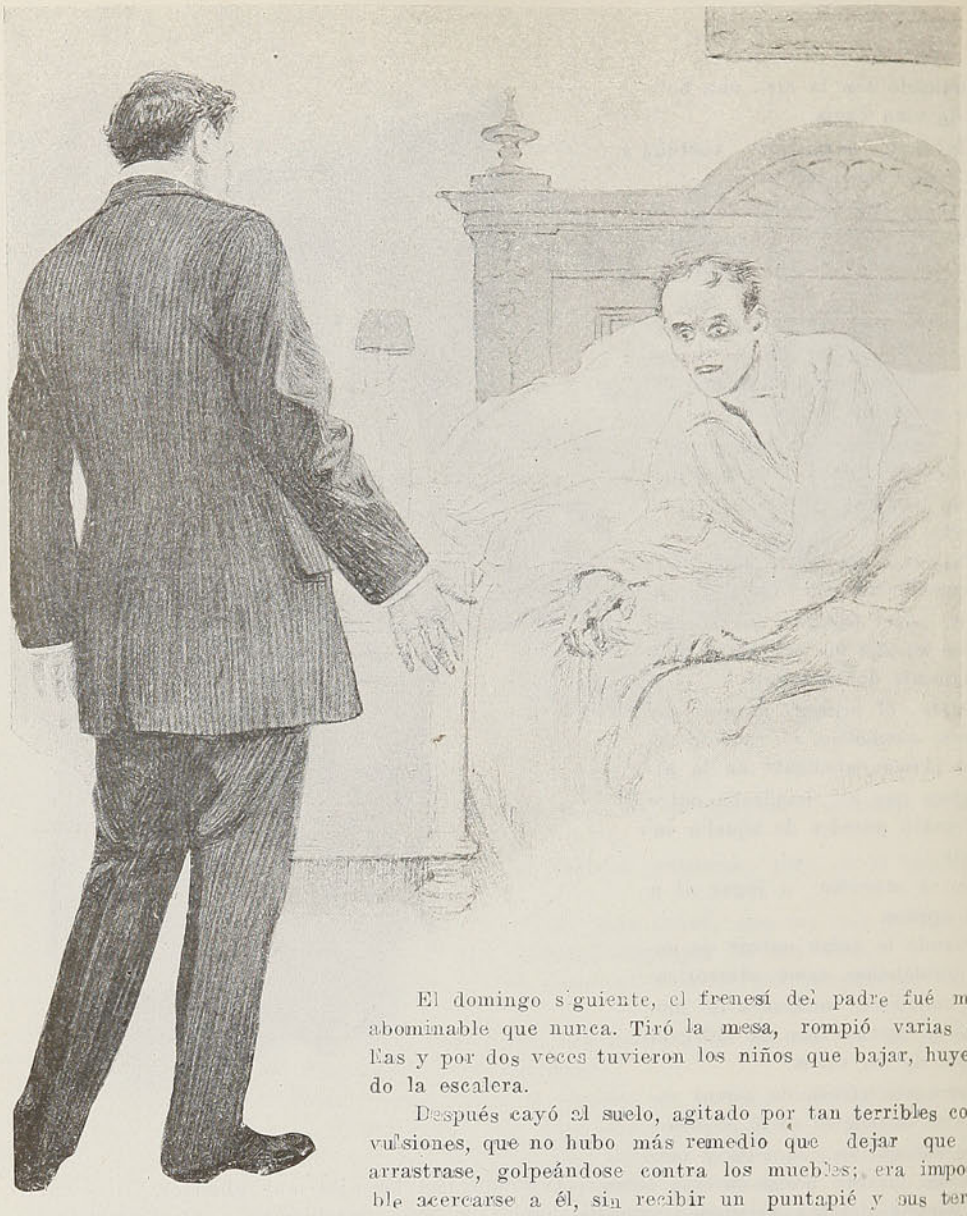
Cuando sus labios balbucieron el primer murmullo gracioso de todo niño, una amenaza brutal le dejó mudo.

Desde entonces, no le fué posible articular una sola palabra.

Sus ojos, sí hablaban; su cara era expresiva; debía hablar para sí, para sus adentros; pero el sonido se negaba a salir; el sonido tenía miedo de provocar una catástrofe.

El único remedio que podía haber para él era el de alejarle de París, de modo que no oyese el nombre de su padre.

Prometí ocuparme de ello, y después de haber recetado un calmante para el padre, dejé a la madre y a los niños, esperando que aquél despertase, inmóviles y acobardados con la vista fija en el lecho.



El domingo siguiente, el frenesí del padre fué más abominable que nunca. Tiró la mesa, rompió varias sillas y por dos veces tuvieron los niños que bajar, huyendo la escalera.

Después cayó al suelo, agitado por tan terribles convulsiones, que no hubo más remedio que dejar que se arrastrase, golpeándose contra los muebles; era imposible acercarse a él, sin recibir un puntapié y sus terribles puñetazos. Cuando al fin pudieron llevarlo al lecho, empezó a agitarse más atrozmente que de costumbre, antes de caer en la inmovilidad cataléptica.

Entonces, la madre y los hijos se atrevieron a moverse; pero quedaron silenciosos, oprimidos con la opresión persistente de su terror.

La madre se puso a preparar el calmante, volviendo la cabeza a cada momento hacia el lecho, y los niños mayores imitaban este movimiento de su madre, llenos de angustia, pues temían que el despertar de aquel miserable fuese también más violento que de costumbre.

Mas, de pronto, apareció que después del horror de una obscura noche de tormenta, despuntaba radiante el alba de un hermoso día primaveral.

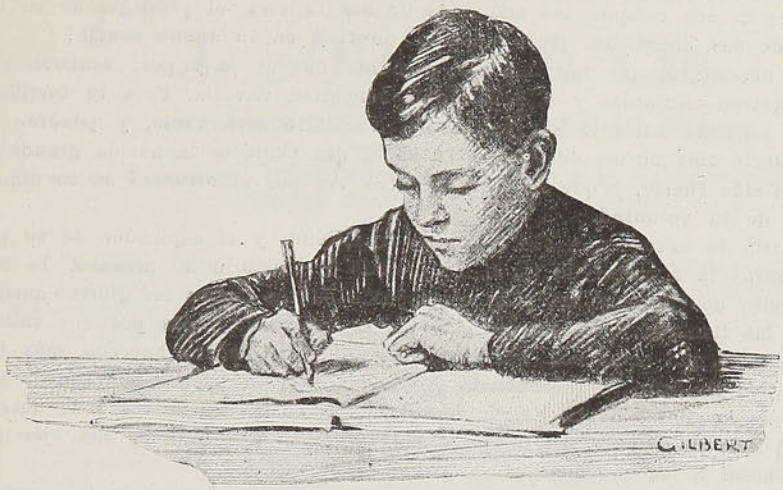
El hijo pequeño había permanecido sin moverse, encogido de espanto, como siempre, en su silla.

Después, empezó a moverse, se incorporó, abrió la boca y limpia, claramente, como un niño que hablase hacía ya tiempo, dijo:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ven... Dame un beso... Pónme el delantal nuevo... Vamos a la calle que hace muy buen día.

LEON FRAPIE.

LA PAGINA DEL NIÑO



TÚ ERES LA ESPERANZA DE CHILE

XVII

Hombre de mañana, hermosa promesa del chileno futuro... ¡en tu noble espíritu están todas las posibilidades! ¡Sobre tu cándida frente pesa la responsabilidad de defender y engrandecer a Chile!

Mientras los hombres de ahora nos agitamos en la sombría tragedia, y los hombres voraces y terribles de todo el mundo nos acosan con sus instigaciones y amenazas, tú amanecerás a un claro día de paz. Sobre tu vida pesa el deber de levantar el nombre y la realidad de la Patria a la mayor altura. Muchacho: tú que miras con inquieta mirada el espectáculo de este horrible momento y sientes ya la preocupación de tu destino, ¡prepárate a la lucha de mañana!

En tus manos juveniles dejarán los hombres el contenido glorioso de Chile. ¿Temblará tu ánimo ante lo inmenso de la carga?... ¡Prepárate a la lucha y al esfuerzo, cultiva tu voluntad, robustece tus nervios y tu salud, hazte duro y noble como un buen soldado que está dispuesto para la victoria como para el sacrificio! Tú heredarás el contenido de la Patria; en tus manos sentirás el peso del honroso deber. ¡Cuántas memorables tradiciones, cuántos invictos hechos, qué suerte de obras sublimes te confía la Patria! De ti aguarda Chile su salvación, y en tus ardientes ojos se adivina que serás digno continuador de tus antepasados.

Chile te impone el deber de continuar su Historia, de defenderla y de engrandecerla. Tu Patria espera de ti el esfuerzo máximo y el último sacrificio para la paz y para la guerra. ¡Disponte a defender el nombre de Chile contra las viles calumnias

de los extranjeros y contra la envenenada perfidia de los malos chilenos! ¡Coloca el nombre de Chile por encima de todo, como la esencia más sagrada de tu vida!

Chile es el arca santa de las glorias, los triunfos, los ensueños y las esperanzas. Su suelo está bañado con la sangre de tus abuelos y con el sudor de las generaciones. Y las flores de sus campos, las máquinas de sus talleres, el prestigio de su bandera, el honor de sus libertades. ¡todo depende de ti y en tu ánimo confía!

Acaso necesitarás oír las impuras perfidias de los enemigos; sentirás el vuelo de las siniestras calumnias y el paso de la rencorosa envidia. Pero tú fortificarás tu espíritu y seguirás adelante sin vacilación. Tu culto será Chile, y pondrás a Chile en el santuario más íntimo de tu ser. Tú sabes que Chile es la nación grande y generosa que ha sido fuerte, y que será grande otra vez por el esfuerzo de tu alma y por la energía de tu voluntad.

La Patria te encomienda sus gloriosas tradiciones y el esplendor de su porvenir. Tú continuarás la Historia de Chile, tú crearás la Historia de mañana. Te han confiado el tesoro de tus mayores. ¡Oh, cómo pesan en tus manos las glorias antiguas!...

¡Mira las llanuras y los montes, las bellas ensenadas y los poéticos valles! Esos rincones natales que amas con tan ingenuo cariño, tú puedes hacerlos más hermosos y alegres. Con tu brío, tu inteligencia y tu voluntad, tú puedes, muchacho, aumentar el número de las flores de tu Patria, hacer más copiosas sus mieses, más nutridas sus bibliotecas, más numerosas sus flotas y sus fábricas, mas grandes sus ejércitos, más ricos y dichosos a los chilenos.

¡Qué gloriosa misión te confía el cielo! Vas a ser hombre en la hora más crítica del mundo, cuando Chile tendrá que arrostrar los mayores riesgos. Pero al mismo tiempo, el destino te entrega una Patria que siente la oculta voz del pasado, que quiere elevarse a la grandeza y que no desfallecerá en su camino.

Atento a la voz de tu Patria, entusiasta en la labor y firme en el sacrificio, ¡muchacho, pon la vista en la bandera de Chile y ofréndale tu brazo, tu alma, tu sangre y tu vida entera!

FIN.

BARCELONA, PARIS, SANTIAGO VALPARAISO

J. SORDO & Cía.

IMPORTADORES Y FABRICANTES DE CORSES

Dirección Telegráfica: "SORDICON".—Clave A. B. C. 5.a EDICION.—Dirección Postal: Casilla 4555.—Teléf. Nac. 536

CORSES, fajas, cinturas, "soutien gorge" diversas formas y tamaños.
Nuestros corsés, fajas, cinturas, dan al cuerpo de las damas la figura correcta y elegante que exige la ULTIMA MODA.
La sección MEDIDAS merece nuestra especial atención.
Corsés y Petos para Jovencitas y Niñas

"LA COLMENA"

Antes Ahumada esq. de Moneda
Ahora en sus nuevos y grandes almacenes de la

Calle Estado. del Núm. 37 a 53
Donde también están instalados sus talleres.

En Valparaiso, Condell Núm. 39

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 165?. Teléfono 2700.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

G. Placier

AHUMADA 102, esq. MONEDA

Artículos de Sport en General

PING PONG

LAWN TENNIS ETC., ETC.

REDES

PELOTAS

RACKETS, etc., etc.

Esta Casa importa directamente sus artículos y los ofrece a precios sin competencia

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras
en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo
a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

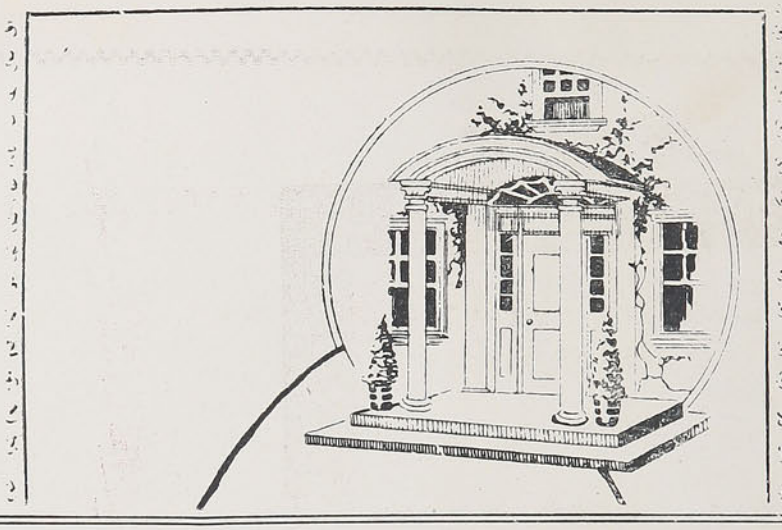
RUBEN DARI

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

Santiago de Chile, Diciembre de 1920

AÑO II NUM. 28



INSTALACIONES SANITARIAS

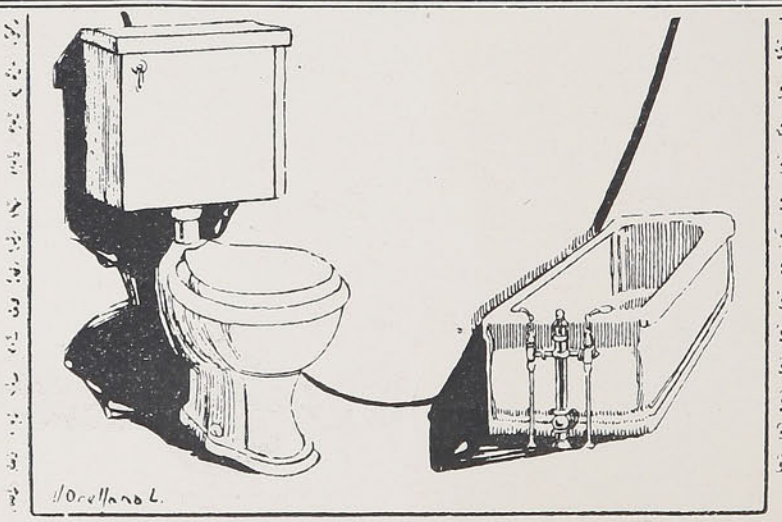
Un sello de distinción y buen gusto es el que caracteriza a nuestras excelentes instalaciones sanitarias.

Contamos para el objeto con experimentado personal y siempre empleamos en nuestros trabajos únicamente lo mejor que para estos servicios se ha fabricado.

Por cualquier instalación, sea de Salas de Baño, Calefacción Central o Servicios de Agua Caliente, sírvase consultarnos en nuestro departamento Sanitario

MORRISON Y CIA.

SANTIAGO



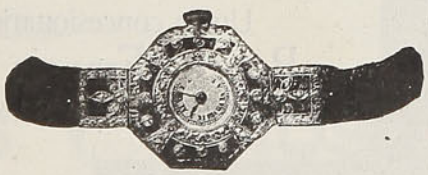
CASA WEIL
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet



C. B—1

SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio–Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Enriqueta Figueroa de Guzmán Consejera			
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1216
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
Presidenta de la 3.a Sección María Besa de Díaz	Manuel Montt	2266	242

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rozas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			
María Carmela Blanco de Vergara	Huérfanos		

A

Adriasola A., Briceyda.
Alamos de Castro, María.
Artigas, Marta.
A. de Valdés, Leticia.
Arrieta de Figueroa, Inés.
Alcalde de Labatut, Aurora.
Alemparte de Cerveró, Emilia.
Alamos de Vicuña, Josefina.
Azócar, Marta.
Aguirre de Ovalle, Dolores.
A. de Bulnes, Teresa
Aguirre de Montt, Teresa.
Astaburuaga de Castillo, María.
Aguirre María Angela.
Anguita de Figueroa, Julia.
Alvarez del Solar, Rosa.
Armanet de Ovalle, Mercedes.
Altamirano de Alessandri, Julia.
Aguirre de Aguirre, Isabel.
[illegible]ga de Vergara, Concepción
Adelaida H. de Phillips.

B

B. de Montero, Eugenia.
Baeza de Correa, Hortensia.
[illegible]ello de Lamarca, Matilde.
Bello de Vargas, Clarisa.
Baltra de Montenegro, Ana.
Bascuñán de Montes, Eugenia.
Besa de Armanet, Raquel.
Besa de Quesney, Ana.
Besa de Díasz, María.
Baeza de Saavedra, Elena.
Bolados de Oliva, Ana .
Badilla de Calvo Mackenna, Aurora.
B. de Benavente, Pastora.
Brieba de Phillips, Teresa.
Besa de Donoso, Luisa.
Besa de Lecaros, Inés.
Besa de Lyon, Lucía.
Barros de Jara, Sofía.
Barros de Llona, Isabel.
Blanlot de Marchant, Raquel.
Baeza de Zegers, Laura.
Baeza de González, María.
Borgoño de Barros, Laura.
Bromberg de Molina, Clotilde.

C

Cuevas de Larraín, Elena.
Castro A., María.
Castillo de Moreira, María.
Castillo de Lezaeta, Berta.
Campino de Figueroa, Elvira.
Carvallo de Pérez, Elvira.
Castillo de Ruiz, Sofía.
Cádiz de Lagarrigue, Rosa.
Correa de Cruz, Susana.
Correa de Garcés, Carmela.
C. de Bello, Matilde.
Coo de Melo, Josefina.
Cerda de Salas, Rosa.
Cortés de Aguirre, Emilia.
Costa de Anguita, Margarita.
Cavero de Lastarria, Margarita.
Covarrubias de Cruz, Sara.
Cabrera M., Clara Rosa.
Cabrera M., María Ana.
Cousiño de Haenssler Lola.

D

Domínguez de Fábres, Sara.
Dávila de Cruchaga, Victoria.
Dávila Izquierdo, Oscar.
Donoso de Vergara, María de la Luz.
Del Pedregal de Cruz, Josefina.
Del Campo de Servoin, Luisa.
Donoso de Concha, Elena.
Duval de Guzmán, Eugenia.
Dublé de Tonkin, Julia.

E

Echaurren de Dávila, Amelia.
Errázuriz de Rodríguez, Ana.
Errázuriz de del Campo, Margarita.
Echenique de Costabal, Sara.
Errázuriz de Aldunate, Pelagia.
Errázuriz de Ortúzar, María.
Edwards de Salas, Adela.
Eastman de Huneeus, Sofía.
Echazarreta de Errázuriz, Amelia.
Eguiguren de Mate, Laura.
Edawrds de López, Elena.
Edwards de Pérez, Lydia.
Errázuriz de Ortúzar, Sara.
Echavarría Barriga, Sara.
Echeverría de Irarrázaval, Jesús.
Edwards, Lucía.
Eguiguren de Méndez, Laura.
Egenau de Ferrer, María.

F

Fernández de Campino Dominga.
F. de Puga Borne, Lucía.
Ferrer de Ferrer Margarita.
Fóster, Josefina.
Fóster de Reyes, Luisa.
Fóster de Besa, Teresa.
Fóster de Donoso, Ana.
Fernández de Campino, Dominga
Fresno de Armanet, Adela.
Fóster de Zegers, Rosa.

G

G. de Germaín, Bertha.
G. Huidobro de Reyes, Elisa.
Gómez de González, Margarita.
Gatica de Oportot, Julia.
G. Huidobro de Montes, Raquel.
González de Segovia, Celia.
Goñi de Baeza, Isabel.
Gandarillas de Campaña, Fidela.
González de Valdés, Josefina.

Gandarillas de Pereira, Juana.
González de Rivas, Eduvigis.
G| de Guzmán M., Magdalena.
Guzmán de Correa, Lucía.
G| Huidobro de Valdivieso, Jesús.
Gac de Correa, Carmela.
Garmendia de Concha, Elena.
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana.
Granello (Sra. de).
Grohnet de Ceballos, Isolde.

H

Heen de Valledor, Vitalia.
Hernández de T., Elena.
H. de Phillips, Adelaida.
Hurtado de Concha, Mercedes.
Hurtado de Matte, Elvira.
Hurtado de Castillo, Victoria.
Huidobro de Fóster, Judith.
Huidobro de Costabal, Hortensia.
Huidobro de Cueto, Ester.
Huidobro de Solar, Tránsito.
Horman, Jorge.
Hoffman de Besa, Elvira.
Herrera de Valdés, Delia.
H. de Aguirre, Elena.
Hurtado de Edwards, Luisa.

I

Izquierdo Phillips, Adriana.
Izquierdo de Dávila, Adelaida.
Infante de Renard, Adela.
Izquierdo, Enriqueta.
Izquierdo Phillips, Sara.
Iñiguez de Hernández, Fanny.
Izquierdo, Mercedes.
Izquierdo de Castillo, Luz.
Isaza Barros, Raquel.
Izquierdo de Reyes, Delia.
Iñiguez de Melo, Blanca.

J

Jara G. Huidobro, Inés.

L

Letelier de Errázuriz, Ana.
Larraín de Irarrázaval, Ana.
Larraín de Echazarreta, Josefina.
Lazcano de Balmaceda, María.
Larraín de Fábres, Celinda.
Larraín de Olea, Rosa.
Lazcano de González, M. Teresa.
Lecaros de Rozas, Mercedes.
Larraín de Pereira, Luz.
Larraín de Harris, Laura.
Luco, Irene.
León Luco, Josefina.
Larraín de Ortúzar, Rita.
Lazcano de Mackenna, Berta.
Lynch de Baeza, Julia.
Larraín Bulnes, Lucía.
Lynch de Gormaz, Luisa.
Lecaros de Melo, Carmela.
Lecaros de Undurraga, Marta.
Lira de Lira, Aurora.

M

M. de Valdés, Eugenia.
María de Vicuña, Elena.
Moreira de Risopatrón, Melania.
Morel de Cerda, Sara.
Melo de Claro, Margarita.
Martínez de Loveday, Leonor.
M. de Sanhueza, Rosario.
Montes de Montes, Rosario.
Matte de Prieto, Rosa E.
Marín de Marín, Berta.
Mac-Keelar de Ossa, Adela.
Montt de Correa, Elena.
Méndez E., Adela.
Méndez E. Rosa.
Méndez E. Sara.
Menvielle de Larraín, Blanca.
Montt de Avendaño, Blanca.
Matte de Lecaros, Rosario.
Montt de Avalos, Flora.
Moreira de Cariola, Carmela.
Moreira de Puelma, Laura.
Moreira de Burgos, Ofelia.
Montt de Horman, Elvira.
Maroto de Echeverría, María.
Montt de Montt, Rosa
Morandé de Huidobro, Josefina.
Méndez de Gana, Leonor.
Manzano de Urrtuia, Carmen.
Montero Fuenzalida, Amalia.

N

Navarro de Peulma, Sara.

O

Ortúzar de Valdés, Ana Luisa.
Ovalle de Mac-Iver, Emma.
Ovalle de Correa, Paulina.
Ocampo de De a Cruz, Clemencia.
Orrego Vicuña, Eugenio.
Orrego Vicuña, Fernando.
Orrego Vicuña, Germán.
Ortúzar de Tagle, Inés.
Ovalle de González, Ana Luisa.

P

Phillips, Casilda.
Puelma de Bussey, Adelaida.
Prieto de Tupper,(Ignacia.
Phililps de Valdés, Isabel.
Palma de Riesco, Julia.
Pardo de Orrego, Luisa.
Phillips de Izquierdo, María.
Phillips de Lind, Mercedes.
P. de Barahona, Ester.
Prieto de Espínola, Kerima.
P. de Vergara, Joaquina.
Pérez de Carvallo, Enriqueta.
Pardo de Covarrubias, Ana.

Pinto de Matte, Elena.
Peró de Larraín, Elena
Pinto de Barceló, Rosa.
Palma de Vial, María.
Pacheco de Bari, Amelia.
Lardo de Searle, Adriana.
Prieto de Noguera, Manuela.
Prieto de Alvarez, Lía.
Parga de Silva, Mercedes.
Pérez de Fierro, Inés.
Pinto de García Zegers, Nieves.

Q

Quesney de Campino, Victoria.
Quindos de Montalva, Juana.

R

R. de Prunés, Adelfa.
Ruiz-Tagle de Antúnez, Dolores.
Rodríguez de Jordán, Laura.
Rojas de de la Cruz, Luisa.
Rojas de Gaete, Rita.
R. de Espina, Elena.
Rivera de Marín, Antonia.
Rivera de Torreti Adolina.
Reyes de Torres, Hortensia.
Rivas de Errázuriz, Inés.
Ruiz de Tagle, Josefina.
Róbinson de Barros, Sara.
Rodríguez de González, Leonor.
Rodríguez de Besa, Amalia.
Rozas de Urrejola, Mercedes.
R. de Rondanelli, Elvira.
Ruiz de Ossa, Elena.
Rozas de Larraín, Elena.
Ramos de Balmaceda, Ester.
Ramos de Balmaceda S., Rosa.
Rivas de Subercaseaux, Mercedes.

S

Saavedra de Bernales, Julia.
S. de Cavieses, Carmela.
Salas de Huneeus, Teresa .
Sanfuentes de Herquñigo, Margarita.
Sanfuentes de Iñiguez, Laura.
Sepúlveda de Marchant, Herminda.
Sotomayor de Rogers, María.
Sepúlveda de Arrau, Ercilia.
Silva de Amunátegui, Eva.
Soto de Beca, Rosa.
San Román de Magallanes, Sofía.
Sotomayor de Ramírez, Amanda.
Saavedra de Balmaceda, Amelia.
Serrano de Cabieses, Carmela.
Salcedo de Cerda, María Mercedes.
Serrano de Santa Cruz, Matilde.
Soto Rojas, Magdalena.
Sánchez de Arnolds, Mercedes.
Subercaseaux Rivas, Eugenia.
Solar de Fernández, Lucía.
Solar de Bascuñán, Delia.
Stuven de Ossa, Sara.

T

Tagle de Escobar, Blanca.
Tagle de Vergara, María.
Toro de G. Huidobro, Luisa.
Toro de Phillips, Adriana.
Toro de Izaza, Carmen.
Troncoso de Costa, Laura.
Torres de Rodríguez, Filomena.
Tupper de Cuevas, Elisa.
Tupper de Izquierdo, Hortensia.

U

Undurraga de Arteaga, Matilde.
Ureta de Aguirre, Virginia.
Urzúa de Latham, Luisa.
Ugarte de Baeza, Adelaida.

V

Valdés de Bascuñán, Amelia.
Vicuña de Pinto, Carmela.
Valledor Sánchez, Elvira.
Villegas de Rojas H., Elena.
Valdés de Larraín, Elena.
Valledor de Fuenzalida, Laura.
Valdivieso de Recabarren, Rosa.
Vicuña de Orrego, María.
Vergara de Barros, Sara.
Varas de Infante, Ana.
Vial de Ugarte, Mercedes.
Velasco de Rogers, Emma.
Vicuña de Charlín, Paulina.
Valdés de Prado, María.
Varas de Huneeus, Laura.
Verdugo, Juana.
Vicuña de Matta, Elvira.
V. de Moraga, Isolina.
Velasco de Infante, Amelia.
Volarín, Adelaida.
Videla de Velasco, Amelia.
Vergara de Rodríguez, Inés.
Vergara de Vidal, Albina.

W

Walker de Freire, María.
Walker de Méndez, Nieves.

Y

Yáñez de Echeverría, Flora.

Z

Zaldívar de Altamirano, Elvira.
Zegers de Covarrubias, Manuela.
Zañartu de Tagle, Raquel.
Zegers de Echenique, Isidora.
Zañartu de Besa, Elena.
Zuazagoitía, Luisa.
Zuazagoitía, Victoria.
Zuazagoitía, Lucía.

LA CRUZ BLANCA desea a todos sus amigos y subscriptores un feliz y próspero

AÑO NUEVO

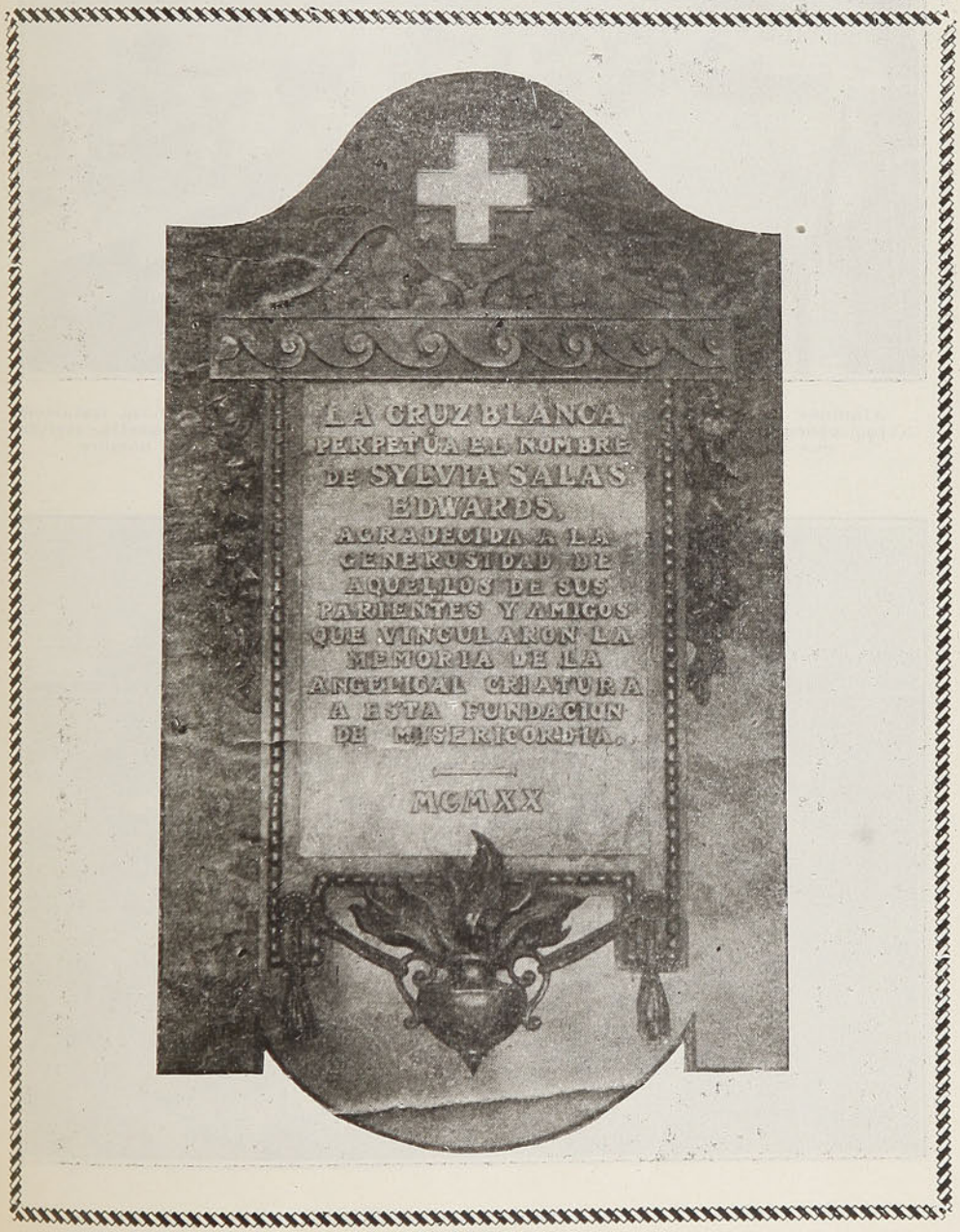
LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO II — Santiago, Diciembre de 1920 — NUM. 28

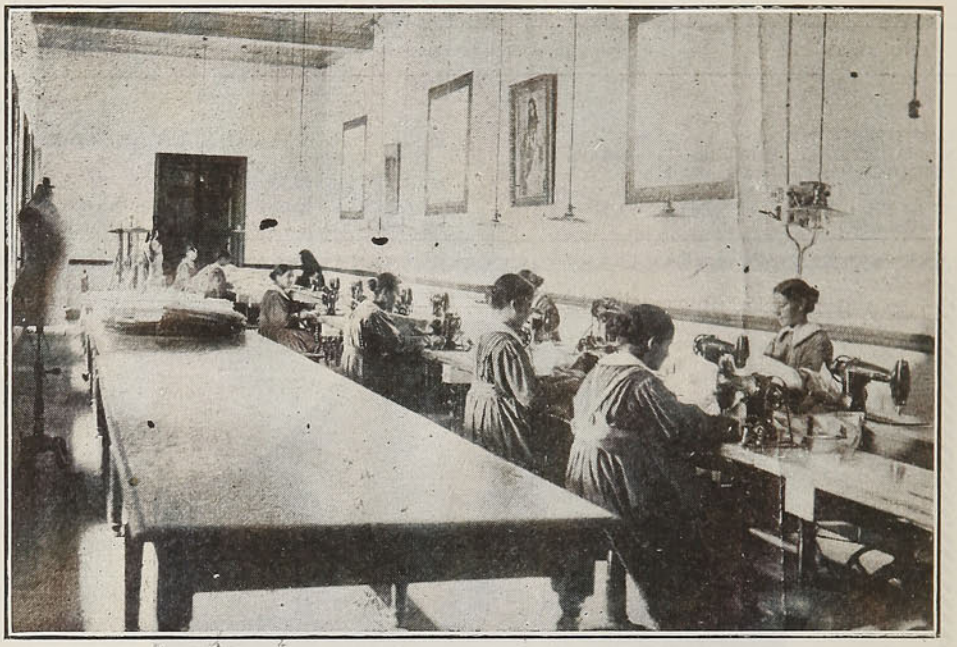
SUMARIO

	Págs.		Págs.
LAS DESDICHADAS, **A. E. S.**	144	DEL VERANO ANDALUZ, **J. Muñoz San Román**	161
MOSQUETERO, **Cinés de Alcántara**	150	SOBRE LA MALEDICENCIA Y LA CALUMNIA **Ramón Pérez de Ayala**	163
PREDICCIONES FAMOSAS	154	EL MUEBLE ARTISTICO MODERNO	165
LOS DOS CREPUSCULOS, **Luis Bello**	155		
NUESTRO PEOR ENEMIGO EN EL VERANO	158		

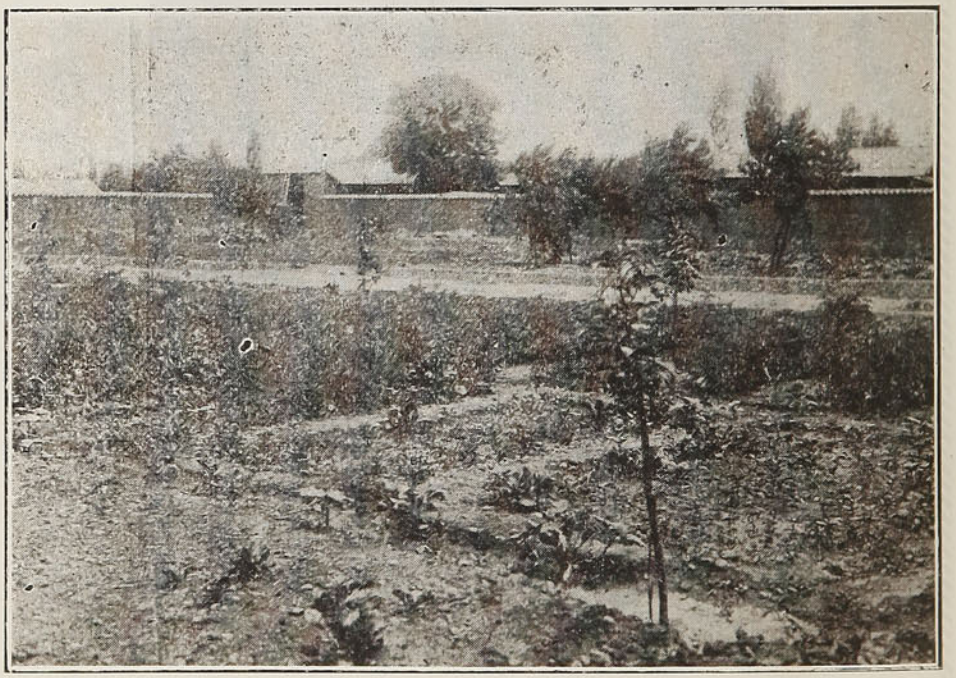


Artística placa de bronce sobre mármol que se ha colocado en el Colegio de "La Cruz Blanca", en memoria de Sylvia Salas Edwards.

COLEGIO DE "LA CRUZ BLANCA"



Alumnas trabajando en la sala de máquinas, cuya magnífica y valiosa instalación fué obsequiada a "La Cruz Blanca" por una piadosa dama de nuestra sociedad que, en su modestia, no ha querido dar a la publicidad su nombre.



Un pedazo del huerto... mal elegido por el fotógrafo, porque es de los peor cultivados.

En clase de labor, bajo la vigilancia de una santa monjita que baja los ojos ante el objetivo.

Alumnas en clase.

LAS DESDICHADAS

I

Era la hora en que todas las cosas adquieren mayor belleza. Lejos de la ciudad había huído, buscando reposo para mi alma tan angustiada cuya honda herida parecía sangrar más con el tiempo. ¿Qué harán los que no tienen fé?, me preguntaba. Y el dolor me enseñaba lo que nunca antes comprendí: el por qué esos seres desgraciados se quitan la vida.

Amaba, creía y esperaba, y sufría, sin embargo tanto cuanto el corazón y el alma son capaces, sin estallar ni sucumbir al dolor. Algo en las horas de angustia retenía mi existencia, haciéndome comprender que nada como el dolor expía y redime. Mi actividad natural reconcentrábase en su propio dolor sin creerlo por eso estéril ni ocioso. Sabía que esos momentos de agonía tenían un poder superior a toda la actividad anterior. Callaba, lloraba y oraba. Mi corazón más que plegaria formulada, era sumisa aceptación a la horrible prueba en que Dios en sus incomprensibles designios había querido someterme. Había sufrido tanto, que sentía un embotamiento general de todas mis facultades, y de un modo especial la energía de mi voluntad. Buscaba un lugar solitario y desconocido, con el fin de que en el silencio, lejos del comercio con las criaturas, Dios hablara a mi alma y me comunicara de nuevo las fuerzas y las energías perdidas.

El lugar escogido no podía ser más apropiado. Todo en él hablaba al alma. No existía, fuera de unas cuantas viviendas de campesinos, otra casa que aquella que habitábamos. El sitio donde estaba situada era muy pintoresco: entre las montañas, rodeadas todas ellas de vegetación exuberante, no había más valle que aquel, en que a los pies de la interminable cadena de montes serpenteaba como culebra plateada el vertiginoso río, cuyo ruido sentíamos de lejos, con ese ritmo cadencioso que semeja murmullo de voces, a ratos, o quejidos apagados de seres que sufren...

El sol reverberaba: era mediodía. Las montañas cercanas mostraban hasta la más pequeña yerbecita. Entre la espesura de los bosques adivinábanse sitios vírgenes, hermosísimos e inaccesibles por lo elevados. Prados verdes y tupidos como mullida alfombra en los faldeos y pequeños valles, formados a modo de terrazas en los cerros. Arboles en flor: olmos y almendros, contraste del verde suave y el blanco purísimo, y en sus enramadas un concierto de pájaros tan diversos en tono, como en cadencia, y, sin embargo, harmoniosas: trinos, notas graves, repiqueteos, música superior a cuanta haya compuesto el genio humano, tan superior como lo es siempre la naturaleza a los paisajes pintados. El aspecto del río era cambiante. En las partes en que el sol dábale de lleno, semejaba oro líquido en movimiento incesante; en las entradas y salidas que hacía por entre las montañas, las sombras y reflejos de éstas y su vegetación, lo convertían en aguas verdosas a veces, obscuras, cenagosas y profundas otras.

El cielo tan azul y diáfano de nuestra tierra, cielo que tanto extrañamos cuando estamos lejos de ella, formaba como una auréola a la cumbre de las montañas.

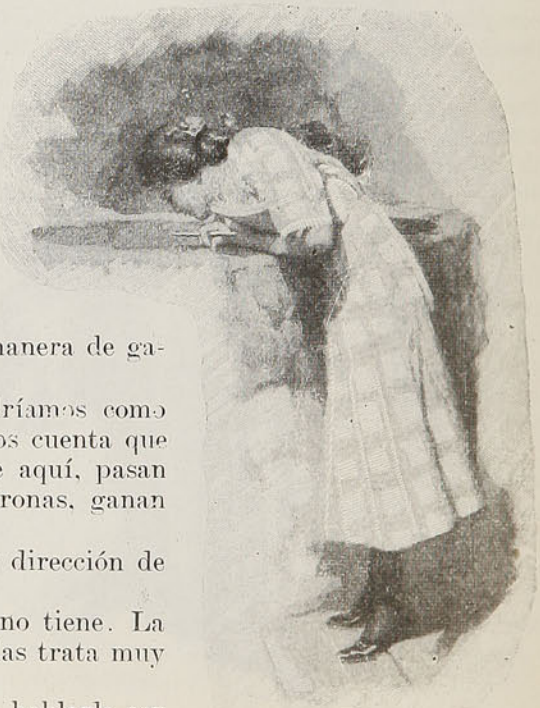
II

En nuestras excursiones matinales nos entretenía conversar con los habitantes del villorrio vecino. Es interesante conocer el modo de pensar y sentir de la sencilla gente de campo, tan diverso según el local y el alejamiento de los grandes centros, donde siempre si ganan en cuanto a conocimientos, pierden en cuanto a sencillez y moralidad. En una de esas casitas, nos dijo una mujer, que no teniendo de qué vivir, viuda y con una hija única, pensaba irse a la capital donde ambas encontrarían trabajo. Traté de disuadirla, pues sabía por experiencia a lo que se exponía, teniendo la hija sólo diecisiete años y siendo agraciada. Las tentaciones y ofertas de la ciudad serían numerosas y todas ellas encaminadas a perder a la pobre muchacha. Todo fué inútil.

Algunas noches después, tentada, por una bellísima luna.

salí sola a vagar contemplando un paisaje encantador. El sol al esconderse tras las montañas, había dejado en los picachos de éstas un nimbo de luz roja, y teñía de rosa tenue la nieve de los que a mayor distancia se divisaban. Tras uno de ellos asomó tímidamente como avergonzada de hacer su aparición después del astro rey, la luna, que inundó de suave, misteriosa y plateada claridad el panorama. El aletear y piar de las aves que se recogen a sus nidos había cesado, y sólo se escuchaba en aquella hermosísima noche de primavera el rumor de las aves nocturnas, el canto de las ranas, el murmullo del río y el ruído de las hojas de los árboles mecidas por el viento y que al ser agitadas, con el reflejo de la luna semejaban brillantes engastados en el aire.

Una que otra luz, diseminada a larga distancia en los cerros vecinos, hacía soñar en la vida solitaria y deliciosa de los antiguos anacoretas, dedicados por completo a una existencia de sacrificio y oración. Ensimismada estaba pensando en la vida de penitencia de esos contemplativos, envidiando quizás esa vida únicamente de oración, cuando sentí una voz que me trajo a la realidad de la vida.



—Señorita—me dijo la misma mujer que antes habíamos encontrado,— me voy mañana a la ciudad con mi niña.

—¿Insistes en tu idea, buena mujer? Bien te he explicado lo que se te espera en la capital. ¿No sería posible que buscaras aquí en tu pueblo alguna manera de ganarte la vida?

—No, señorita, aquí sólo tendríamos como comer, y una comadre de allá nos cuenta que ella y su hija, que se fueron de aquí, pasan muy bien. Llevan vida de patronas, ganan mucha plata y tienen lujo.

—¿Podrías darme el nombre y dirección de los patrones de tu comadre?

—Calle L... No... Patrones no tiene. La señora, que es la dueña de casa, las trata muy bien, como iguales.

Comprendí en el acto. Volví a hablarle con

más claridad aún del peligro que amenazaba a su hija sin lograr convencerla, y la ví alejarse con pena, pensando en esa muchacha que sería una nueva víctima.

III

Es la hora en que las capitales adquieren inusitado movimiento. La hora del trabajo y de la actividad ha concluído. Las luces de las calles empiezan a encenderse aún cuando todavía no hay obscuridad, pues el crepúsculo alumbra envolviendo en neblina sonrosada y transparente las calles y avenidas.

La nieve de la cordillera parece despedir luz propia, como si fuese porcelana o alabastro que un potente foco eléctrico iluminara por dentro.

La fragancia de los árboles en flor sugiere recuerdos de juventud primaveral y deliciosas ilusiones; oprime un poco el corazón a veces, pero lo eleva siempre. Los carruajes cruzan más veloces, van de regreso al hogar, donde espera la esposa y los hijos. Si mujeres los ocupan, van reclinadas perezosamente en cojines, y a través de la luz crepuscular parecen más bellas.

Este panorama presenciaron las dos mujeres que llegaron a la capital, madre e hija. Los primeros días estaban como aturdidas. ¡Qué magficencia! ¡Qué grandeza! *¡Qué tripulación de riquerío en la capital!* ¡Qué fácil debía ser ganar el dinero! ¡Tanto teatro! ¡Tanto coche! Aquí nadie se moriría de hambre, todos encontrarían colocación. No era cuestión más que de abrir la boca y decir lo que se quería ganar.

Ellas ya traían su plan: ambas entrarían a servir en una casa formal, de señores verdaderos, porque eso sí, ellas querían ganar dinero honradamente. Todo lo habían discurrido allá en las agrestes montañas del pueblo, al son del río que las atraviesa. Gran sorpresa les causó el notar que las cosas no sucedían como ellas se las habían imaginado en su tierra. No solo no encontraban lo que deseaban, sino que parecían querer enredarlas y llevarlas quién sabe donde... Al principio, dos o tres personas de su tierra prometieron ayudarlas y recomendarlas, pero, ¿de qué servían las recomendaciones de gente pobre y desconocida. Ellos tenían también sus asuntos, ¡qué les importaban los ajenos! Y después, vaya Ud. a colocar a dos mujeres que no han servido nunca y que quieren buenos sueldos y amos formales! Dos campesinas rudas, a quienes hay que empezar por enseñarles a andar y hablar, muy honradas sí... pero con tanta honradez, ¿qué...? Vale más en los tiempos que corremos, tener gracia, saber desenredarse... Un conocido preguntó a la mamá al descuido:

—¿No sabe la niña rasguear la guitarra y cantar una cueca rebién animada?

Ante tal pregunta la madre se escandalizó.

—No se asuste, ña Petita, le respondió el interlocutor, a veces las niñas aprenden estas cosas para entretenerse en la casa.

Otro día llegó un hombre a hacerles una oferta. En la posada en que estaban empezaban ya a atrasarse en los pagos. Habían gastado cuantos ahorros traían... Previos algunos rodeos, les dió ahí la noticia que había una colocación para la muchacha, muy buena... Muchas propinas... Y puede ganar hasta veinte pesos diarios si la niña es complaciente... únicamente que... no sé... si Uds... prefieren otra cosa... Pero lo que sucede es que lo que Uds. desean no se encuentra... En las casas dicen que quieren sirvientes expertas, no les gusta enseñar. Aquí puede aprender. Puede...

—¿Y qué colocación es esa? preguntaron con igual afán madre e hija.

—Es... es en mi casa... una continuación, un servicio que apenas es servicio... Todo lo hacen mujeres... Hay música, hay canto... Es precioso.

Las dos mujeres se miraron y comprendieron.

—Muchas gracias, mi niña no sirve para eso — protestó con energía, recato y roja de ira la madre.

—Nó, nó, cualquier cosa, pero eso nó, prefiero morir de hambre, declaró a su vez la muchacha encendida.

Se fué el desconocido, no sin dejarles su dirección antes y dijo fuerte, como para que le oyeran las dos desdichadas:

—Allá veremos en ocho días, cuando el hambre apure y el dinero concluya, si tienen tantos melindres para aceptar lo que les ofrezco. Otras he conocido lo mismo y sitiadas por hambre se revuelven al fin.

Era la hora deliciosa del anochecer. Salieron a tomar aire fresco, el de la posada las ahogaba. Lloraban ambas: el insulto recibido y la infame proposición las dejaba heridas en su honra. Llevaban los ojos como puños. Santiago les parecía con su lujo, con su alegría primaveral, un desierto cruel donde no tenían cabida las mujeres honradas y donde las fieras rondan alrededor de las que, como ellas, sienten hambre material.

Volvieron a la miserable posada, donde la patrona las aguardaba. No era mala mujer, al principio había tenido paciencia y se interesaba por la niña dulce y buena que no se avergonzaba de ayudar en la cocina fregando platos y cepillando los zapatos y ropas de los huéspedes que pagaban al contado.

Pero todo tiene su límite, ella no era millonaria para seguir a ciegas los impulsos de su

buen corazón. Las llamó a su cuarto y les dijo que aquello no podía continuar, que daban algo a cuenta o se marchaban.

Era necesario que se dieran cuenta que la que vive de su trabajo diario no puede dar de comer gratis a los demás. Que lo sentía mucho. lo sentía en el alma, pero los negocios son negocios y no establecimientos de beneficencia. Por esa noche podrían quedar aún, pero si nada podían pagarle al día siguiente, tendrían que buscar una posada donde les dieran comida y alojamiento al fiado.

Descorazonadas se encerraron en su cuarto, hubo lamentos y lágrimas. Ya se veían vagando por las calles sin techo ni pan.

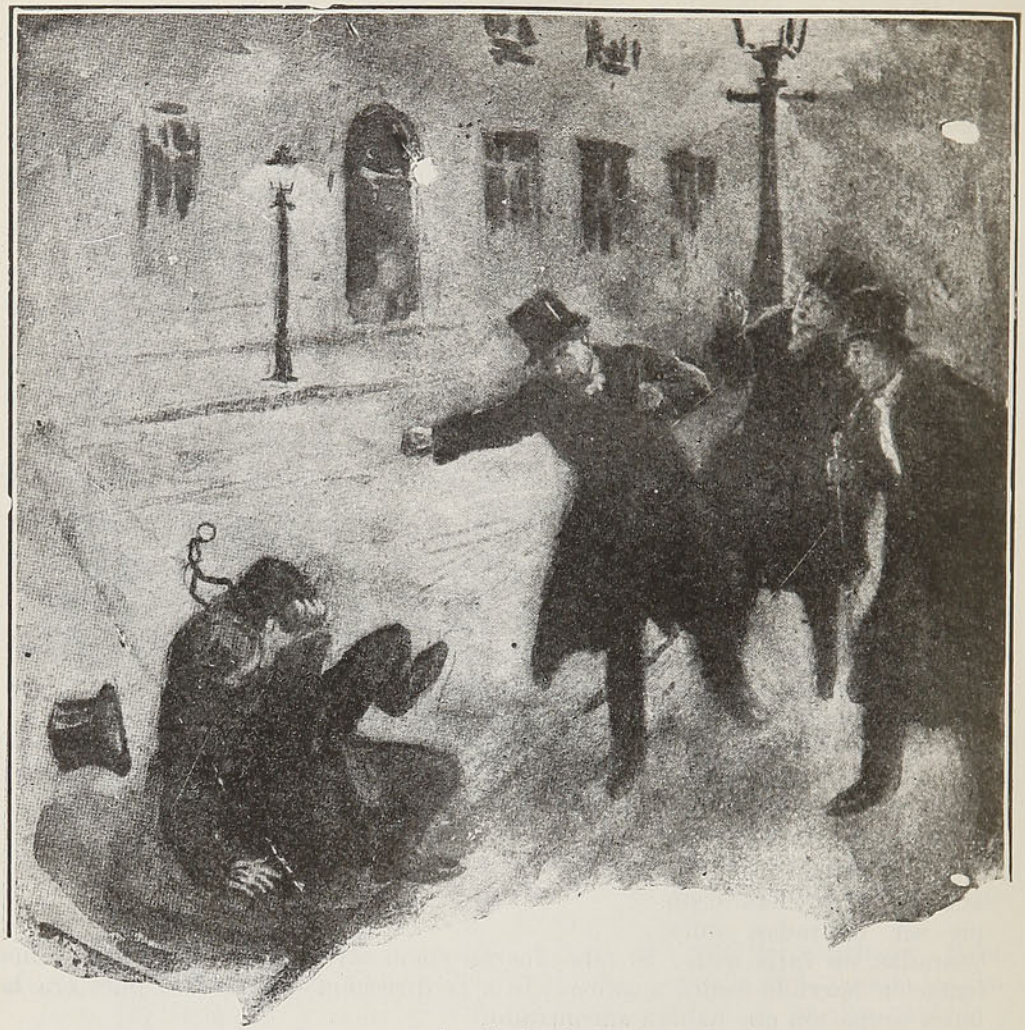
Al día siguiente echaron a andar por las calles, a golpear en diferentes puertas ofreciendo sus servicios, a leer anuncios. a ofrecerse hasta a las señoras que pasaban. Unas se encogían de hombros, otras les daban repulsas secas y duras. Era visto que ser honradas, muy honradas, no valía nada. Si ellas fueran como otras, no se verían así. Una tentación horrible asaltó a ambas: ir a la dirección que tenían, pues era la única ocupación que habían encontrado.

Pasaban en esos momentos por la puerta de la Catedral y salía de allí una señora a quien decidieron por último pedir ayuda. Dios que vela por los suyos y nunca prueba más allá de sus fuerzas a las criaturas, permitió fuese la misma señora que conocieran allá en su tierra. Tan pronto como se dió cuenta del peligro que corrían, puso todo de su parte para colocarlas en casas honradas y serias.

Y desde ese día conoció lo necesario que se hacía la oficina de colocación en Santiago para las pobres muchachas que vienen de provincias en busca de colocación, a Santiago y que sólo encuentran abiertas las puertas del crimen y el vicio que las explota y pierde para siempre.

A. E. S.

⚜ ⚜



—Le dí dos bofetadas soberbias...

MOSQUETERO

CUENTO

Por Ginés de Alcántara

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

—No insistas, hombre... Hay lance, pero no merece comentario... Si exhibir recuerdos íntimos ante la indiferencia de la gente, me hace el efecto desastroso de esos museos a los que entra un burgués que tose, bosteza, y hasta furtivamente escupe, en el cuarto que albergó los ensueños y las meditaciones de un grande hombre. Además, los recuerdos son como los reyes: desvirtúan su prestigio al prodigarse.

Y Juan Istúriz, despojándose de su airosa capa y haciendo con ella un molinete, la arrojó, en seguida, sobre el diván de terciopelo azul. Crugió el desvencijado mueble al sentirse oprimido, como una protesta a nuestros ocios en ese casino de tercer orden, donde íbamos en busca de un bebistrajo endulzado que pasaba por café, y, sobre todo... a comentar, saboreándolos, unos chismecillos que daba como noticias el único diario del pueblo. Una hoja, redactada por un galeno viejo y filosofante, que mordía sin tener dientes, y por un boticario gruñón, que miraba a su clientela por encima de los anteojos, y que machacaba raíces llevándole el ritmo a los versos de Zorrilla.

Juan era un prestigio entre nosotros; más aun, un prestigio de ciudad. Alto, delgado, no muy moreno, girando en los momentos de ira—que eran frecuentes—unos ojos de tigre que parecían un tizón; mirándonos confuso, con mansedumbre de recental, cuando le repetíamos algún juicio halagador que a las muchachas del pueblo le merecía su varonil apostura, nosotros le llamábamos—sabiendo bien a qué atenernos—"Byron". Porque Juan Istúriz, á mas de usar melena, claudicaba levemente al andar, y para nosotros,—pueblerinos acostumbrados a las aventuras del pariodiquín,—la cojera de nuestro amigo, era un prestigio más que añadir a su vida que calculábamos romancesca, y uno de cuyos mejores capítulos debía ser el que aclarara el por qué de ese defecto físico, cuyo origen Juan envolvía en el mayor misterio.

Nuestro hombre había heredado en ese pueblo un caserón, y en él se refugiaba a menudo, viniendo por temporadas desde la corte, para intentar, sin duda, que el aire lugareño le aventara el "spleen", o le aliviara el desencanto. Y siempre, después de una semana de encerrona, le teníamos en nuestra tertulia asombrándonos—sin que ninguno de nosotros, solapados señoritines, lo confesáramos—con su aire señorial y displicente, de príncipe bien hallado en su destierro.

Ese día habíamos bebido más que de ordinario—¡qué invierno aquél!—y la satisfacción de sentirnos al abrigo se tradujo en imprudentes confidencias sentimentales, que, por otra parte, no ofrecían mayor novedad que la de oír en alta voz lo que todo el pueblo había comentado cuchicheando. ¡Como no hubiera la secreta intención de estimular a Juan, que bebía más que todos, pero que charlaba menos que ninguno... Y con lo que tendrá que contar!... pensábamos con íntimo regodeo.

Valido yo de un lejano parentesco que me autorizaba a tutear al de la corte, no cejaba en mi empeño de arrancarle algún secreto a la esfinge.

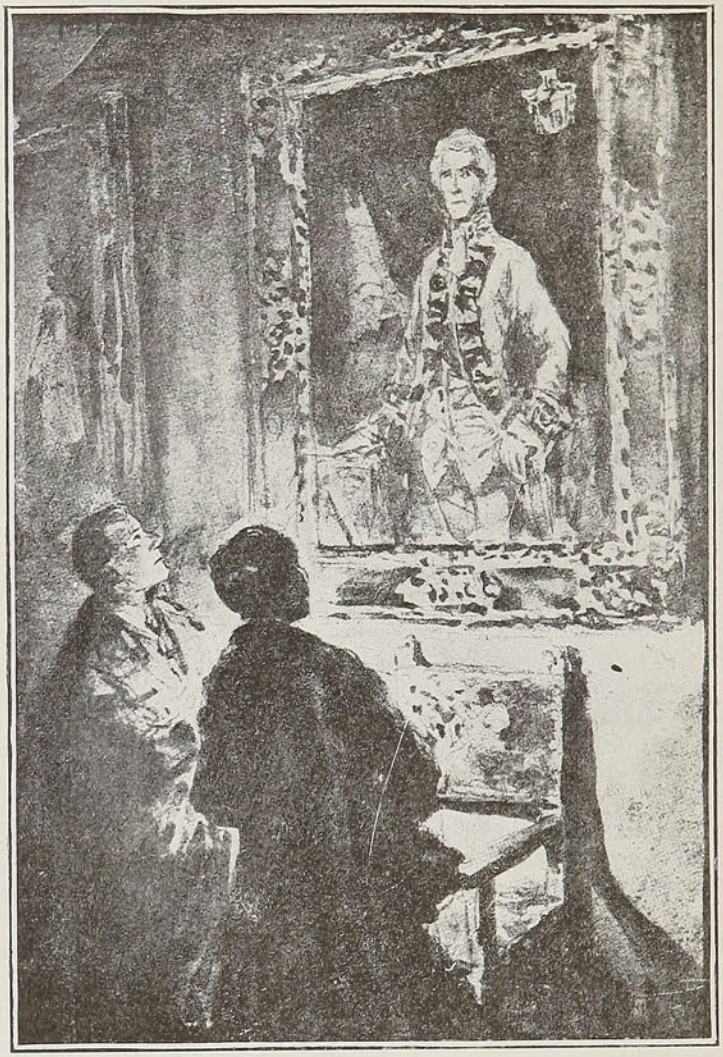
—¡Vamos, hombre! no te finjas que vienes cayendo de un nido. Empieza, que sabemos que no terminarás tan pronto... El nombre trae compromisos, y no en balde te pusieron el del Tenorio... Aclara nuestras dudas... Sácanos, por fin, de la curiosidad... ¿Por qué te quedaste cojo?... Aventurilla tendremos... A que es un lance digno de una tragedia clásica...

Y fué entonces, cuando Juan Istúriz, entre solemne y triste, nos arguyó:

—No insistas, hombre... Hay lance, pero no merece comentario...

Diluviaba cuando abandonamos el casino. Yo, con la disculpa de que a Juan le sería más cómodo marchar apoyado en mi brazo, la acompañé hasta el portal de su casona; y, naturalmente, se realizó todo mi plan secreto, porque Juan me invitó a comer en su compañía.

A la luz de un candil que llevaba su criado subimos la escalera interior, y penetramos a una sala con muchos y antiquísimos sillones, de los que parecía iban a desprenderse muchas sombras. Sombras de cardenales, de guerreros, de labradores-hidalgos; todos ascendientes de Juan, y cuyos retratos pendían en los muros. Y entre esas telas, y en el sitio de honor, una que representaba a un marqués, su bisabuelo, que tuvo energías de león y audacias



—Cada día me siento mas nieto de ese abuelo!

de pirata, y que, muerta una linda mujer que fué su novia, rondó tres días con sus noches la sepultura, llorando entre sollozos que parecían rugidos, y rechazando a los servidores que iban a buscarle, con actitudes de tigre que se revolviera llevando una flecha bien hincada en el flanco...

Juan, que me vió detenerme ante el retrato del marqués, adivinó lo que yo pensaba, porque me dijo como si continuara mi pensamiento:

—¡Qué hermosa historia!... Cada día me siento más nieto de ese abuelo.

—¿Tú?...

—¿Te extraña, acaso?... Mi abuelo fué justiciero hasta la crueldad con los ruines y con los malvados, aunque fueran poderosos y fuertes... Yo también he sido cruel con un hipócrita, maestro en herir a traición... Aquí está la prueba.

Y mi amigo se daba recias palmadas sobre la pierna claudicante.

Los ojos de Juan echaban chispas. Sus pupilas se clavaban insistente-

mente en las mías... Yo retrocedí, porque me pareció que volvía a la infancia, y que experimentaba la misteriosa sensación, que sacudía mis nervios, hasta hacerme temblar, cuando mi nodriza, relatándome un cuento de brujas o de aparecidos, me prevenía con voz cavernosa, como de quien desea ejercer una sugestión: "Niño, ahora va a pasar algo, muy trágico y terrible..."

Sentí un alivio infinito cuando oí decir a Juan:

—Ven, hombre, sentémonos... No me mires con esos ojos de espanto, en los que estoy leyendo que me crees loco... ¡Vaya con el señorito de pueblo, que nació entre montes y vive entre truenos y relámpagos, y lleva, sin embargo, en vez de alma, un pichón con las alas cortadas!... Ven, hombre, siéntate aquí, que te voy a dar tema para que dejes boquiabiertos a los hombrecillos chismosos del casino.

Y Juan, cogiéndome por los hombros, me embutió en un sillón gótico que tenía una talla primorosa en el respaldo, dejándose caer, en seguida, sobre una silla forrada de terciopelo y guarnecida de clavos de plata que remedaban la forma de una flor.

—Una noche—comenzó Juan—que regresábamos en alegre turba de la ópera, se nos agregó un mozo a quien yo escasamente conocía; de esos que se ponen monóculo para consolarse de que les sea imposible exhibirse detrás de una vidriera. Charlando, llegamos bien pronto al eterno tema: las mujeres. Alguien dijo al pasar: —"¿Se fijaron ustedes en la "toilette" tan discreta que llevaba la mujer de Jiménez?..." El recién llegado apuntó con sorna: —Toilette despistante... —¿Despistante, por qué? insistí yo. —Porque cuando se es imprudente en la vida conviene ser prudente en el descote...

Yo sentí tronar dentro de mi alma la voz de mi abuelo el justiciero: —Hijo, aquí sobran las razones... Y yéndome encima del que injuriaba, le dí dos bofetadas soberbias, de las que se llevarían un gran premio, en un concurso internacional de box... El mozuelo se levantó tambaleándose... Me acometió, inesperadamente, con agilidad de gato montés, y... mientras él huía, yo, a la luz de un farol, me arrancaba el cortaplumas que ese cobarde me había clavado en un muslo... La herida se enconó,—¡como que la había producido un ponzoñoso!—y el resultado fué quedarme parecido al lord romántico de Missolonghi...

—Pero, tú estarías enamorado secretamente de esa mujer?—inquirí yo apasionado por el relato.

—¡Quiá!... Si era una mujercita vulgar, que apenas hablaba; con unos ojillos mansos, que no resistían dos miradas seguidas, y con una boca grande, por la que rodaba siempre una sonrisa tímida de benevolencia... Pero, a mí me constaba que esa mujer era buena a carta cabal; que había soportado, entre sonrisas, toda una existencia de perpetuo sacrificio. Como sabía también que esa mujer era capaz de dar la vida por su marido, como sólo saben darla los héroes o los santos: sin buscar una mirada de gratitud, ni solicitar de nadie una palabra de aliento...

—Pero, a buen seguro,—insistí yo,—que ahora estás arrepentido de esa quijotada...

—¿Yo?—protestó airadamente Juan—. Te prometo por la memoria de mi abuelo, que, a ser posible, volvería a repetir lo hecho... Además, te seré franco, si en ese instante de locura sólo quise defender aisladamente a una mujer, acaso defendí también, con inconsciencia, uno de los más hermosos ideales de la humanidad. Un ideal que se afianza en esta época dolorosa, en la que vemos razas que liquidan vergonzosamente todo un pasado de civilización. El grande, el soberbio ideal del que puede ser cifra toda honesta mujer, aunque sea muy humilde... La mujer que nos quiere más, porque nos

cree más suyos en la hora en que todos nos desprecian... La mujer, que cuando somos jóvenes y no tenemos más que sus caricias, asiente cuando le decimos que nos falta todo. La misma mujer, que cuando somos viejos y nos encontramos con que esa mujer nos falta, nos hace pensar que nada tenemos aunque nos sobre el dinero y nos envuelva la gloria...

. . . . . .

Cuando el criado apareció en la puerta para anunciarnos la comida, y Juan se levantó, indiferente, para seguirle, yo—gran escéptico y denostador implacable de nuestra época—sentí un escalofrío mezcla de terror y de orgullo... Porque me pareció que la altiva y leonina cabeza de Juan, podía cobijarse sin temores bajo la cimera empenachada del Cid

PREDICCIONES FAMOSAS

Independientemente de los profetas de la Biblia, ha habido en la Humanidad profetas menores, por llamarlos de algún modo, que, sin dedicarse al oficio que tantas quiebras tiene, han tenido el presentimiento del futuro en momento determinado de su vida.

En 1863, el emperador Guillermo de Alemania, cuando no era más que rey de Prusia, paseaba con Bismarck y varios personajes de su corte por el campo, cuando percibieron una joven gitana, decidora de la buena ventura ajena.

Uno de los compañeros del rey le entregó una pieza de oro, y, con gran contentamiento de la concurrencia, le dijo la buena ventura. Después, todos quisieron que se la dijese, incluso el propio rey, que tendió su mano hacia la gitana.

—Veo—dijo—una gran corona, muchas guerras, muchos laureles y mucha sangre... Y veo también que la línea de la vida se detiene en los noventa años.

En septiembre de 1873, una banda de bohemios fué detenida en el departamento del Loira y compareció ante el tribunal correccional de Montbrisson, acusados de vagabundaje, quien los condenó a unos cuantos meses de prisión.

En el momento en que el tribunal acababa de pronunciar la sentencia, uno de los condenados se levantó del banco y, con voz amenazante, dijo a los jueces:

—¡No os doy ni por un año de vida!

Tres meses después el alguacil murió. Dos meses más tadre, el relator desaparecía a su vez, y no había transcurrido el año sin que dos jueces y el suplente descendiesen a la tumba.

Al cabo del plazo fijado por el bohemio, sólo vivía el presidente del Tribunal.

GUILLERMO RITTWAGEN.

LOS DOS CREPÚSCULOS

I

¿Qué le importaba la primavera a la hermana Angeles? Todas las estaciones eran iguales para ella.

No podía ver en los árboles brotes nuevos, ni la luz del sol llegaba hasta sus ojos sino para herirlos. El mundo se acababa en las paredes del jardín, mejor aún en las paredes del colegio, porqde no quería salir nunca. Tenía su clase de párvulas. Cierto que ni con gafas ni sin ellas alcanzaban a ver a las niñas sus ojos turbios; pero las conocía por la voz, y su ilusión era creer que no volaba una mosca sin que ella lo notara.

Brotaban en el jardín las primeras rosas; poblábase el alero de los tejados de golondrinas tempraneras, y por el cielo azul, purísimo y transparente, flotaban nubecillas blancas como ilusiones y ensueños infantiles. Pero la hermana Angeles dormitaba detrás de sus gafas... ¿Qué le importa a ella la primavera?

Las niñas sentían en las venas un hormigueo diabólico. Como estaban solas con la hermana Angeles podían divertirse y alborotar y llamarse unas a otras en voz alta. Saltaban los bancos, revolvían los pupitres, volcaban los tinteros... De vez en cuando la hermana alzaba la cabeza y volvía a dormirse, murmurando: —¡Niñas!

Y cuando estaban las niñas así, Carmen (la señorita Carmen), apareció en la puerta. Huyeron todas a sus puestos, rojas como la grana; metieron las narices en sus libros de lectura, y calló la clase con un silencio tan absoluto, que la hermana Angeles se despertó sobresaltada, como si hubiere caído de pronto en el vacío. La señorita Carmen no dijo una palabra. Muy seria, muy grave, muy majestuosa como siempre, sentóse ante una mesa, llamó a las párvulas y empezó su lección. Traía arreboladas las mejillas, y bajo el curvo velo de las pestañas brillaban en sus ojos jucecitas inquietas. Ni las niñas ni la hermana Angeles podían adivinar su excitación, pero estaba radiante de alegría.

¿Por qué? La señorita Carmen no era ya alumna. Su único sueño, el de llamarse hermana como las profesoras; el de tener su clase, su lección, sus niñas; como un derecho, no como concesión pasajera, iba a realizarse muy pronto. Tenía valor para abandonar el mundo, para dedicarse de lleno a su vocación. Iba a profesar en seguida, y mientras cumpliese sus años de noviciado, la clase sería suya. La superiora acababa de decírselo.

—Hija mía: te queremos tanto; tienes un talento tan claro y una voluntad tan hermosa, y, además, eres tan buena, que deseamos guardarte con nosotras. La pobre hermana Angeles está muy ancianita; no vé, no oye a las niñas..., se burlan de ella y no hacen caso. ¡Hija mía, vosotras tenéis que sustituirnos! ¡Hacen falta manos jóvenes para sostener el peso que se cae de las nuestras!

II

Cuando se enteró la hermana Angeles no dijo una palabra. Era verdad: estaba muy achacosa; no veía de cerca ni de lejos; las niñas se burlaban. Bien comprendía ella las mudanzas del tiempo. La vida es tránsito, y para la pobre hermana, ¡cuán lento, cuán fatigoso el paso por la vida!

La superiora la llamó a su cuarto:— "Hermana Angeles—, la dijo—, quiero que me oiga usted bien. Es un asunto de orden interior, de disciplina del colegio."

La única voz que llegaba claramente a los oídos de sor Angeles era de la superiora, acaso porque la autoridad y el cariño aguzaban y sutilizaban sus sentidos. No necesitó oirlo dos veces. La disciplina del colegio exigía que ella cediese el puesto a una hermana más joven.

—Tendremos con nosotras a Carmen, que es un prodigio de dulzura y de talento. Profesará muy pronto. Está acotumbrada ya a dar la clase de las párvulas. Angeles, mi buena Angeles, las dos vamos inclinándonos ya hacia la tierra que nos espera. Hacen falta manos jóvenes para sostener el peso que se cae de las nuestras.

III

"...Ya que te encierras para siempre y abandonas el mundo, déjanos que hoy te llenemos de flores."

Las amigas pusieron en el vestido negro de Carmencita las flores más alegres, en la cintura y en el pecho manojos apretados de rosas, y entre los cabellos un clavel abierto. Querían que entrase alegremente en su refugio y que conservase de la vida que abandonaba, un recuerdo fragante. Todos los amigos, ¡todos!, la llenaron de flores también.

—Carmencita, antes de que te vayas, tienes que oirnos, para que sepas lo hermosa que eres. Como ya no hemos de ver los ojos de Carmen, sino los de una hermana; como no hemos de verte sonreír como ahora, ni lucirán como hoy los bucles de tus cabellos, déjanos que te queramos y admiremos a nuestra Carmencita. Ya te respetaremos después como hermana y te veneraremos como santa.

Llegó Carmen a las gradas del colegio, se despidió de todos y subió de un vuelo la escalera. En su cuarto de colegiala dejó las flores esparcidas sobre la mesa, sobre el lecho, sobre sus libros de estudio y de oración. Luego abrió la ventana del jardín y por ella entraron tumultuosamente trinos de pájaros y efluvios de arboleda. ¡Qué hermoso estaba el cielo y cuán misteriosa la umbría! Creyó Carmen que antes de aquella primavera apacible no había habido ninguna, y que iba a durar eternamente.

Se apartó de la ventana para entrar en la clase, cuando vió llegar a la hermana Angeles, y detrás de ella otra hermana con un rimero de libros en los brazos. Eran todos los recuerdos de la ancianita, las páginas que habían entretenido sus horas de soledad.

—Así como tienes mis niñas—dijo a Carmen,— quiero que tengas también estos tesoros que yo no puedo volver a repasar.

Eran libros viejos de pedagogía, vidas de santos, obras piadosas y místicas. Abrió Carmen las primeras hojas y vió en casi todas una fecha: "Abril, 1830."

—Es la fecha de mi entrada en el colegio.

¡Más de sesenta años habían pasado desde entonces! Otro libro con cubierta de pergamino recio y amarillento llevaba en tinta pálida una fecha más vieja: "1780".

—Hija mía, me lo dió una hermanita, como yo te lo doy a ti.

Carmen sintió que corría por sus venas una frialdad extraña. La infundían temor y respeto aquellos libros cien veces repasados, como si en ellos estuviera el alma de sus antiguas dueñas y en ellos hubiera de quedarse también la suya.

—Y ahora, óyeme, Carmen: como no he de volver al rincón de la clase, pide a las niñas que ningún día dejen de venir a mi celda; quiero sentirlas cerca de mí, para saber que vivo todavía.

¿Por quién fueron las lágrimas que asomaron a los ojos de Carmen? ¿Fué la piedad para la pobre anciana o para su propio porvenir? Besó las manos de la hermana Angeles y entró en la clase.

— IV —

Todos los días antes de entrar en la clase, las mayorcitas se asomaban a la celda.

—¡Buenos días, hermana. Angeles!

Con esto se cercioraba de que no la habían olvidado, y el timbre de aquellas voces bastaba para que la obscuridad de su ceguera estuviese habitada por coros de ángeles. Algunas llegaban a besarla la mano; otras cumplían diariamente por rutina y pasaban de prisa con cierto pavor supersticioso.

Hasta que un día llegaron a su oído otras voces angélicas, y desde las puertas del cielo vió que la llamaba un enjambre bullicioso y alado. Estaban esperándola las almas puras de sus niñas, todas las que en sesenta años había visto abandonar la tierra, dejando en la clase de párvulas un banquito vacío.

LUIS BELLO.

AMOR

Cuando sientas vacío en la vida, busca al que sufre y amálo.

Siempre que sientas nostalgias, llena tu vida de amor, lleva el rayo de sol de caridad a alguna alma o cuerpo herido de muerte.

En cuanto sientas deseos de matar el tiempo frívolamente, ve a buscar la miseria y verás como se deslizan las horas y te dan la felicidad que anhelabas.

NUESTRO PEOR ENEMIGO EN EL VERANO

ULTIMOS DESCUBRIMIENTOS DE LA CIENCIA MEDICA

Las moscas son el principal vehículo de la parálisis infantil, de la fiebre tifoidea, de la difteria y de la tuberculosis

De que la mosca común, aquella que nos rodea y molesta con marcada impertinencia durante estos meses de verano es uno de los peligros más grandes que amenaza a la humanidad, están hoy contestes todas las altas autoridades científicas, europeas y norteamericanas.

La diseminación mediante este insecto, de la epidemia de parálisis infantil que invadió a Nueva York, constituye sólo una de las tantas razones existentes para que se persiga con toda tenacidad a la inmunda mosca. La parálisis infantil es particularmente horrible porque tan cruelmente deforma a las criaturas, pero su poder destructivo de la vida humana es mucho menos grave que la fiebre tifoidea, enfermedad que, como se ha comprobado, es debida, en gran parte, al mismo insecto. Está igualmente reconocido que a la instrumentalidad de la mosca debemos más aún la propagación de la tuberculosis que de la misma parálisis infantil.

Investigaciones científica

En todo el mundo los hombres de ciencia se dedican actualmente con el mayor interés al estudio de las moscas, a descubrir los males que causa en la salud pública y a indicar los nuevos métodos tendientes a exterminarlas.

El eminente doctor Leland Ossian Howard, jefe del Departamento de Entomología de los Estados Unidos desde 1894, propone que se le dé a la mosca común el nombre de "mosca tifoidea", porque su simple nombre no sugiere su carácter mortífero.

En 1915 hubo 250.000 casos de fiebre tifoidea en Estados Unidos, y 35 mil de los mismos resultaron fatales. Durante la guerra entre España y Norte América, moscas que habían trepado sobre materias infectadas, se posaban sobre la comida de los soldados, dejando rastros de infección y como consecuencia ocurrieron infinidad de casos de fiebre tifoidea. En cambio, entre la oficialidad, cuyas carpas estaban protegidas contra las moscas mediante persianas especiales, apenas se dió uno que otro caso. La enfermedad desapareció por completo durante el invierno, cuando ya no había moscas. El agua infectada no constituía un factor importante en aquellos campamentos, puesto que se comprobó que la mayoría de los casos debiéronse exclusivamente a las moscas. El ochenta por ciento de las bajas en aquella guerra fueron causadas por la tifoidea.

El peligro de la infección es grandemente aumentado por el hecho de que los gérmenes de la tifoidea pueden permanecer activos en los intestinos del afectado, por mucho tiempo, después que ha desaparecido la fiebre. El doctor George A. Soper ha descubierto últimamente el caso de una cocinera

que había servido en casa de varias familias residentes en los suburbios de Nueva York.

Ella se curó completamente de la fiebre tifoidea, pero contagió a cada una de las familias donde estuviera empleada. El mismo doctor Howard ha podido comprobar más tarde varios casos idénticos.

La fiebre tifoidea

La "mosca tifoidea" es también un vehículo diseminador de la tuberculosis. El doctor Frederies T. Lond, distinguido hombre de ciencia de la ciudad de Boston, dice:

"Las moscas pueden ingerir esputo tuberculoso y bacilos tubérculos, cuya virulencia dura hasta más de quince días".

Debe, pues, procurarse por todos los medios posibles, no sólo evitar que las materias emanadas de los tuberculosos estén en contacto con las moscas, sino proteger de ese insecto a los enfermos, tanto por su propio bien como por el resto de la comunidad.

Los profesores W. M. Esten y C. J. Mason, jefes de la estación experimental del Estado de Conecticut, quienes han contado de 550 a 6.600.000 bacterias en las moscas, pudieron observar que estos insectos transportan la contaminación desde el corral de los chanchos hasta los galpones donde se ordeñan las vacas.

"El único remedio para evitar este grave estado de cosas—dicen dichos profesores—es colocar los chanchos lo más lejos posible del lugar de ordeña, llevando hasta la exageración el cuidado de que no haya moscas donde estén las vacas o la leche".

Para extirpar las larvas

Para información del Gobierno norteamericano el Dr. Howard ha estudiado detenidamente la historia de estos perniciosos insectos, encontrando que cada mosca pone 120 huevos, y que en Washington, por ejemplo, durante el verano se produce una generación cada diez días. En sus experimentos observó que sus moscas sólo criaban en el escremento de los caballos, más la evidencia indica que se reproducen también en varias otras clases de inmundicias. Sus conclusiones son, sin embargo, que la vasta mayoría procede de los establos de los caballos.

Después de repetidos ensayos el Ministerio de Agricultura de Estados Unidos recomienda como eficaz el regadío de esas fuentes de origen con una solución de un cuarto de kilo de eléboro en polvo en diez galones de agua (bien mezclado y dejándolo reposar unas 24 horas), con lo cual se logrará destruir todos los gusanos, huevos y larvas allí ocultos. Casi iguales resultados, aunque no tan seguros, pueden obtenerse desparramando sobre dichas fuentes de infección, abundante borax en polvo, rociándolo después con agua a fin de que penetre por todo el estiercol.

Procreación maravillosa

Ultimamente se ha hecho un cálculo basado en los experimentos del profesor Howard, el que demuestra que una mosca puede tener, entre el 1.o de junio y septiembre 28 (o sea entre el primero de diciembre y el veintiocho de marzo en nuestro país, 4.353.654.672.000.000.000.000 descendientes.

La prestigiosa revista médica "(The London Lancet" anuncia que la propagación del tifus, fiebre eruptiva, completamente distinta de la tifoidea,

proviene de las moscas, y que el tifus ocurre siempre donde reina la suciedad y la insuficiente alimentación. Ha prevalecido constantemente en Rusia y se dice que durante la guerra, debióse a esa enfermedad el que se suspendiera la primera invasión rusa a Austria porque mató y postró a sinnúmero de hombres.

La parálisis infantil

He aquí cómo el doctor C. E. Winslow, experto del Museo Norteamericano de Historia Natural, en las enfermedades contagiosas propaladas por los insectos, describe algunos experimentos llevados a cabo respecto a la parálisis infantil:

"El profesor M. J. Rosenau, de la Universidad de Haward, logró producir la poliomyelitis (parálisis infantil), en seis de los doce monos picados por moscas de establo, (Stomoxys calcitrans), a las que se les permitió comer en el cuerpo de otro mono que padecía de dicha enfermedad.

"Las conclusiones a que arribó el profesor Rosenau han sido confirmadas por los doctores Anderson y Frost, del Departamento Nacional de Higiene de Estados Unidos.

"No existe, naturalmente, la seguridad de que el flagelo sea siempre transmitido por la Stomoxys. Los trabajos de investigación del doctor Flexner, el de los observadores suizos y el que se hayan dado ciertos casos en tiempo frío, sugieren poderosamente que algunas veces la parálisis infantil puede propagarse por medio del contacto directo de los seres humanos u otros medios, que mediante la picadura de las moscas. Por otra parte, es cosa cierta que la picadura de la mosca de establo constituye uno de los medios más seguros por los cuales se adquiere la enfermedad.

"Los hábitos de vida de la Stomoxys, o mosca de establo—termina diciendo el doctor Winslow—difieren grandemente de la mosca doméstica. La Stomoxys es una mosca picadora que se alimenta de la sangre de los grandes vertebrados. Se la encuentra en los alrededores de las casas, especialmente donde hay también ganado caballar y vacuno, pero suele conservarse fuera aprovechando la temperatura alta y los rayos del sol, y con raras excepciones, apenas entra en las casas hasta durnte la noche o con anticipación a la lluvia".

En una palabra, todos los principales investigadores de ambos mundos convienen en que la mosca es nuestro peor enemigo, sobre todo en el verano. y aconsejan contra ella una guerra sin cuartel.

❀ ❀ ❀

Del Verano Andaluz

El Patio Sevillano

Contiguo al zaguán—estancia avalorada por la solería de blanco mármol, alicatado de azulejos y artesonado de caoba fina—se halla el patio, también con solería de mármoles, y con azulejería reluciente, con columnas gentiles, sobre las que descansan los blancos techos de las estancias superiores, y con una musical fuente, cuyo prodigio de ritmo y de frescor nunca será bien loado.

El patio es el refugio y consuelo contra los rigores del calor sevillano, que no habrá torturas que se le parezcan.

Suena la campanilla con voz de plata, ábrese la cancela y entra en el patio doña Salud.

Es el mediodía. En la calle, casi desierta, un vaho de horno sofoca a los transeuntes, y, al decir de las gentes, en el cielo se achicharran los pájaros.

Llamas vivas descienden sobre la blanca ciudad, la Sevilla donosa y gentil.

En la calle se escucha el pregón largo, lamentoso, lleno de pesadumbre, de un pobre vendedor ambulante. Y el sol ciega, y el ambiente es de brasa.

Doña Salud, luego de serenarse, dedica sus saludos a doña Dolores, la ingenua dueña de la casa.

Y prosigue: —¡Ay, hija mía, le dan a una avenates de loca con ezte calor de los infiernos! He estado a punto de gritar que vinieran a apagarme, porque creí que venía ardiendo en llamas vivas.

Doña Dolores.—Y es que no habrá calor igual. Nosotros, los sevillanos, para todo somos especiales. Nos ponemos a tener alegría, eche usted alegría; nos metemos a hacer procesiones, vengan procesiones; nos enredamos a preparar una feria... y a ver si la igualan. Y así con todo lo demás. Tenemos calor, y ya es el *non plus ultra*.

Doña Salud.—Como que hoy llegamos a los sesenta.

Doña Dolores.—Mira tú que si luego, a la hora de los infiernos, no nos desquitaran los calores pasados...

Doña Salud.—Sería para volver a morirse de una sofocación. Mi mari-

do me lo suele decir: —Pero, mujer, a qué tanto rezo, si los sevillanos con sus calores tienen la gloria asegurada—. Y así tiene que ser...

Doña Dolores.—Y después de todo, gracias a estos patios. Cuando en la calle estamos a 50, dentro a 25: mitad por mitad. Aquí se respira. El mármol da frescura, el toldo da sombra y frescura, la fuente de alegría, música y frescura.

Doña Salud.—Y un sueño que no se puede aguantar.

Doña Dolores.—¡Ay, hija mía! déjame tú de otra cosa. En este tiempo, mientras se duerme, se vive. Así se pudiera una tirar los tres meses en un cerrar de ojos de medio año.

Una mano abre suavemente la puerta del zaguán, y una voz melosa dice a medio tono: ¡El florero!

Doña Dolores le ordena que se acerque, y el muchacho llega hasta la cancela, llevando al brazo el canasto repleto de su fresca y fragante mercancía. Trae dalias, mosquetas, nardos y jazmines. Doña Dolores le compra jazmines, porque, según ella, el perfume de estas flores le da sensación de fresco.

Vuelven a sonar en la calle los lamentosos y apesadumbrados pregones. La campana del reloj señala las dos de la tarde. Hora de siesta.

Blandamente se mueven en las mecedoras ambas amigas, y no tarda el sueño en poseerlas.

El toldo del patio deja a veces escapar un rayo de sol, que ilumina súbitamente las discretas sombras con que el patio se viste.

El surtidor y los canarios cantan a porfía, y son sus voces frescas, como son frescos los mármoles de la fuente.

En esta hora de calma y bochorno, es sólo en el patio donde se refugiaron el bienestar y la vida.

Por las calles azotan las brasas del infierno.

J. MUÑOZ SAN ROMAN

Los obreros que trabajan en las salinas, se cree que están inmunizados para muchas enfermedades, entre ellas: el cólera, sarampión, escarlatina y la influenza.

La mayoría de los barcos hundidos por los submarinos alemanes han sido atacados cuando había mar gruesa, pues entonces es difícil determinar la presencia del sumergible por las burbujas de aire que llegan a la superficie.

De cada mil personas, sólo seis llegan a cumplir los setenta y cinco años.

Los que no han visto pintar miniaturas no pueden figurarse el trabajo que representa una obra de éstas. En realidad cuesta más trabajo pintar una miniatura que un lienzo grande. Los pinceles, algunos de los cuales no tienen más que media docena de pelos, hacen trazos tan finos, que generalmente hay que manejarlos con cristal de aumento.

SOBRE LA MALEDICENCIA Y LA CALUMNIA

Entre las flaquezas y anomalías de la naturaleza humana, he notado una, sobremanera paradójica y contradictoria, que me deja doblemente humillado, por mi calidad de hombre y porque no acierto a explicármelo. Me refiero a la aptitud de la generalidad de los hombres para resolver el problema del conocimiento; a su capacidad para asumir verdades. Como quiera que la verdad no adopta sino forma intelectual (adecuatio intellectu et re, adecuación de la inteligencia y la cosa, según la definió Santo Tomás) y la inteligencia es un delicado instrumento cuya función eminente consiste en recoger verdades, como la de un reloj en marcar la hora o la de un vaso en contener el líquido, parece lo más lógico que el hombre simpatice con la verdad y repugne el error y la mentira. Pero, por anomalía y flaqueza, la mente humana se abroquela y resiste casi siempre contra la verdad y abre incautamente, cuando no con fanfarría, sus poternas ante el error. El instrumento intelectual, en la mayor parte de los hombres, no cumple bien su peculiar función. Dicho de otro modo: la mayor parte de los hombres son algo tontos.

No ofrece duda que hay más tontos que listos; pero, asimismo, estoy persuadido que hay más, muchos más, buenos que malos. De donde debiera seguirse que la mayor parte de los hombres se muestren mejor dispuestos a escoger las naticias y juicios que enaltecen a un semejante, que no aquella insinuaciones y confidencias menos preciadoras del prójimo. Y, sin embargo, acaece al contrario. ¿Por tonterías? Sí; y en parte, por cobardía.

La propensión a absorber y luego propagar murmuraciones maliciosas y calumniosas es mayor cuanto más baja, plebeya e inculta se halla la naturaleza del individuo. Y a medida que la naturaleza se eleva, educa y ennoblece, atenúase, hasta desaparecer, el hábito de murmurar sin fundamento en materias que tocan la honra ajena. Para un ánimo noble nada hay tan repugnante y doloroso como oír infamar nombres ausentes, por manera liviana y jocosa, sin acompañar la acusación de prueba. Nada más vil que la calumnia. Y la vileza se agrava cuando la calumnia es solapada y clandestina. ¡Desgraciado el pueblo en donde la calumnia que a la ventura aventan el intrigante, el desalmado o el insensato, cae siempre en terreno fértil y a propósito!

En Madrid se deja como al descuido, en mitad del arroyo, una calumnia cualquiera, la más abominable y monstruosa, y a las veinticuatro horas la repite todo el mundo con aplomo, certidumbre y fruición. ¿Esto qué es? Cobardía, cobardía, cobardía. Por cobardía social permanecen impunes todos los delitos públicos y se conculcan a mansalva los eternos principios de la equidad y de la justicia. Y las sanciones colectivas, no osando sacar el pecho fuera a mostrarse con ejemplaridad solemne, embóscanse en la penumbra y esgrimen por únicas armas de vindicta la maledicencia y la calumnia, que así lastiman, hieren y matan al inocente como al culpable.

En Madrid, si juzgamos por lo que aseguran en corrillos quienes dicen bien informados, no hay honra sana, ni políticos de conducta limpia, ni mujer honesta. Si el fuego de la ira divina cayese sobre todas las lenguas maldicientes de Madrid y las carbonizase, estoy por creer que el Gobierno ya no tenía que preocuparse del problema del carbón.

Por cobardía nadie se levanta a acusar a otros en la luz.

Por cobardía, cuando aparece por caso un acusador valiente, con austeridad moral y abstecido de pruebas, la opinión comienza por apiadarse de los que están en entredicho, y concluye por resolverse contra el fiscal, motejándole de perturbar y mal patriota.

Se dirá que los hombres todos son naturalmente maldicientes y calumniadores; que lo que aquí ocurre, ocurre igualmente en los demás países, y que es una utopía pretender concluir con estos vicios. Grave equivocación. En una comunidad de hombres cultos no se admite la difamación gratuita. Lo que aquí pudiera parecer utopía es realidad cotidiana en otras naciones: en aquellas naciones en donde así que apunta verosímil sospecha sobre la conducta de un hombre, se tiene el valor de comprobarlo claramente e imponer la sanción adecuada. Quienes hayan vivido en Inglaterra y en los Estados Unidos saben que allí no existe la difamación clandestina, precisamente porque se confía en el propio valor cívico y social. Mientras una persona no haya sido acusada, juzgada y residenciada públicamente, se supone que su conducta, en materia de honra, es intachable.

Al que os comunique confidencialmente un hecho que daña la honra de alguien, preguntadle: "¿tiene usted la prueba inconcusa?" Si él declara que lo reproduce a título de información, podéis decirle: "es usted un miserable". Si afirma que posee la prueba, podéis decirle: "es usted un miserable". Si afirma que posee la prueba, pero no quiere hacer público uso de ella podéis decirle: "pues cállese usted, o, de lo contrario, sigue usted siendo un miserable".

Y lo que digo de las personas se puede aplicar a aquellos periódicos (¡tan numerosos en Madrid!) que jamás se atreven a formular un cargo concreto, y no hay día que no incurran en alguna sugestión calumniosa y malévola.

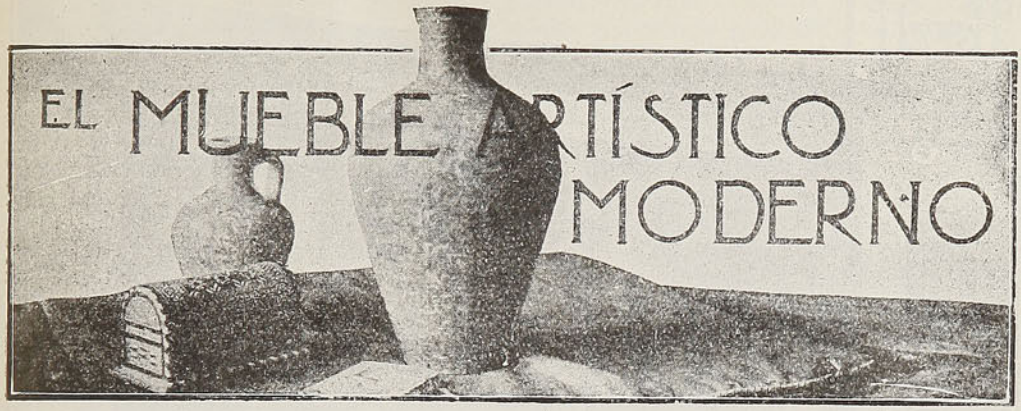
Pensad que, como advierte Quintiliano, el maldiciente y el malhechor sólo se distinguen en que al primero le falta la ocasión.

Y ya que no todos poseen entereza bastante para arremeter contra maldicientes y calumniadores, sigan, cuando menos, los advertimientos de San Juan Crisóstomo: "Que la frialdad extendida sobre tu rostro haga helarse las palabras entre los labios del maldiciente: que tu silencio sea condenación flagrante de su mala acción, pues nadie habla de grado cuando los demás escuchan a disgusto".

Tened, por último, presente esta sagaz observación de un moralista: "Todo el mundo sonríe a la maledicencia. Pero, así que un hombre honrado se adelanta a desenmascararla, todo el mundo se coloca del lado de él y en contra de ella". Esta verdad, acreditada por la experiencia, nos reconcilia con las flaquezas y anomalías de la naturaleza humana.

RAMON PEREZ DE AYALA.

⚜ ⚜



Pasaron felizmente los tiempos en que la elegancia de una casa se medía por los metros de "pelouche empleados en su arreglo. Aquellas espantosas sillerías enguatadas de seda con botoncitos, las horribles imitaciones de mármoles y tapices, las estatuas de bronce, coloreado de pacotilla; las fotografías de familia iluminadas, los complicados cortinajes, las plantas artificiales, todo el lujo ramplón y sin carácter de nuestros abuelos, que va unido a los recuerdos de mi infancia, sufrió un veto definitivo.

Fué la época de mal gusto europeo que corresponde a los reinados de Luis Felipe y Napoleón, en Francia, y al de la Reina Victoria, en Inglaterra, de cuyo género es modelo acabado el crispante mobiliario y decorado del Palacio de Windsor.

Las predicaciones de Ruskin llevaron por el mundo una reacción favorable al arte, que fijó de nuevo en el mueblaje su atención despierta.

Las industrias artísticas se multiplicaron, poniendo al alcance de la multitud objetos de graciosas líneas y color agradable, que antes sólo podían ser regalo de unos cuantos.

Claro es que eran menos perfectos y acabados que los modelos y que el vaciado; los moldes y las máquinas reemplazaron a la labor personal del artística en cada uno de los cachivaches; pero la clase media, y aun la pobre, pudo orear la sordidez de sus hogares con un reflejo de arte.

Los franceses, con excelente tino, buscaron en su rica tradición, patrones para el mueblaje moderno.

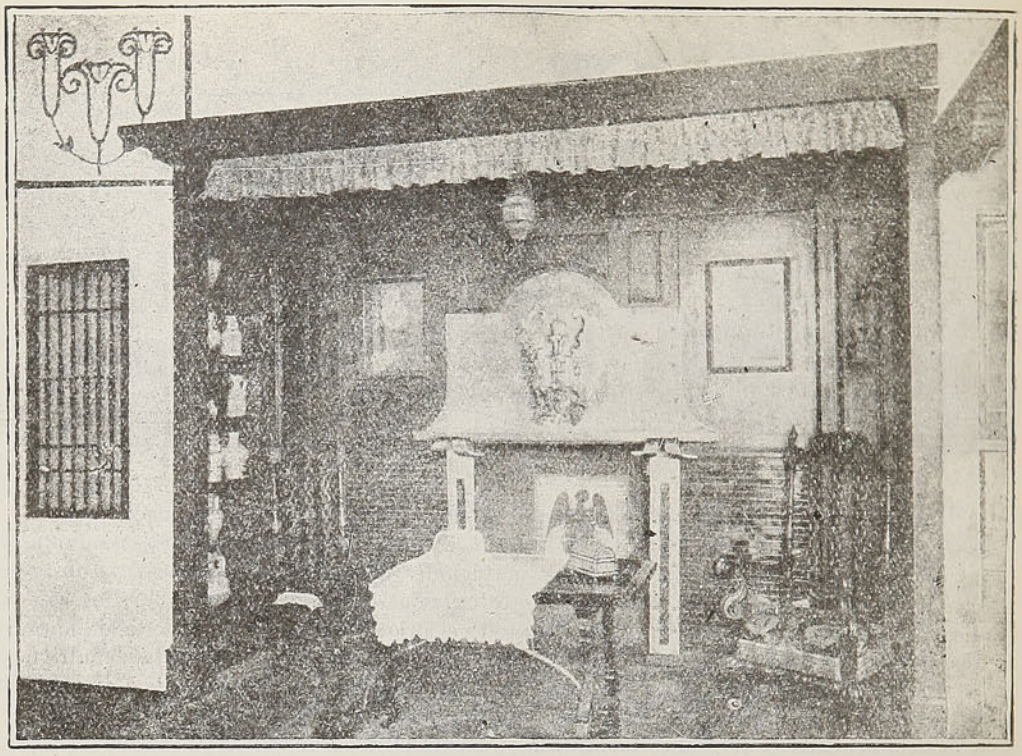
Por fortuna para ellos, los guarda-muebles del Estado y los Palacios de Versalles, Fontainebleau, Compiegne, Petit Trianon, Grand Trianon, por no citar más que las residencias nacionales, sin referirnos a las privadas, que las hay espléndidas, tal es el Chateau de Dampierre, estaban atestados de muebles primorosos, la mayoría firmados por sus autores.

De allí salieron dibujos y acuarelas que llevaron por doquiera "el gusto francés".

En Madrid, con ese "panurguismo" que nos hace adoptar todo lo extraño, aunque retrasadamente. se recibió y acató la orden. Por esas calles y paseos, con la complicidad del "cemento armado", se disfrazaron de "Trianones" y "Versalles" muchas casas y hoteles. ¡Baratito, eso sí!: yeso, escayola y purpurina. Interiormente se derrocharon la laca blanca, los lazos de seda, los grabados del "Bon Marché, los almohadones de 3,95 del Louvre y los biombos dorados de 39 francos de las galerías Lafayette o trois Quartiers.

La manía por los muebles blancos llegó a tanto, que una señora amiga mía quiso dar un barnicito claro a cierta mesa Renacimiento de ébano.

Pero, al fin y al cabo, todo ese movimiento era "pastiche", copia, imitación ser-



Salón moderno inspirado en el arte español de los siglos VI y XVII

vil de estilos muertos, que sólo a una justificación, a una momificación del Arte podría conducir.

Una reacción se produjo en Inglaterra y Austria, principalmente, a la que contribuyó Rurkin con su célebre defensa del pintor Turner y de los prerrafaelistas.

Había que volver a la naturaleza; podar el espíritu de enseñanzas históricas, y frente al mundo exterior buscar la fuentecilla de fresca y transparente linfa en que bebieron los primitivos.

Sólo ante la inspiración directa del natural surgiría la escuela de nuestra edad, aquella que reflejaría el modo de ser moderno.

Los Maple y sus discípulos construyeron algunos muebles de gran solidez y esbelta línea e iniciaron una orientación algo anárquica, denominada "moderne estyle", que se desbordó por Europa. Cierto es que, a pesar del afectado olvido, mostrado por sus prosélitos con relación a las escuelas históricas y a toda otra fuente de inspiración que no fuese la Naturaleza, hubo en este movimiento muchas influencias extrañas, notoriamente orientales. ¡Dios sabe cuántos motivos "originales" sobre los que hoy se apesadumbra para dormir o sestear la humanidad de un buen señor no fueron en su origen adorno de un templo egipcio, de una pagoda o palacio indio, acaso de una torre japonesa!

Alemania dió con actividad a la fabricación del mueble "moderne style", con alcance industrial. Bare, Bertsch, Adelbert, Niemiger, Richord, Riemerschmid, conquistaron en ellos renombre.

En la Exposición del mueblaje inaugurada en Darnestad, hacia el 1908, figuraron sinnúmero de interiores modernistas. La mayoría eran antiestéticos. Los decorados que habían de completar las salas del Casino de Wiesbaden eran simplemente deplo-

rables. Un "hall", algún salón inspirado por viejos gustos tudescos (el Wieder Mayer, por ejemplo) se salvaba del desastre general. Dos cosas quedaron de aquella Exposición: las casas baratas, en las que se habían armonizado habilísimamente una inverosímil economía con un sencillo buen tono y la proscripción definitiva de los salones pintorescos. a la manera de "estudio", en que se mezclaban mil cachivaches de procedencia, color y estilo diferente. La persona que en lo sucesivo amueblase un salón habría de hacerlo sobre una idea central, a la que subordinaría el decorado total. Las artes todas habían de concurrir a este conjunto único.

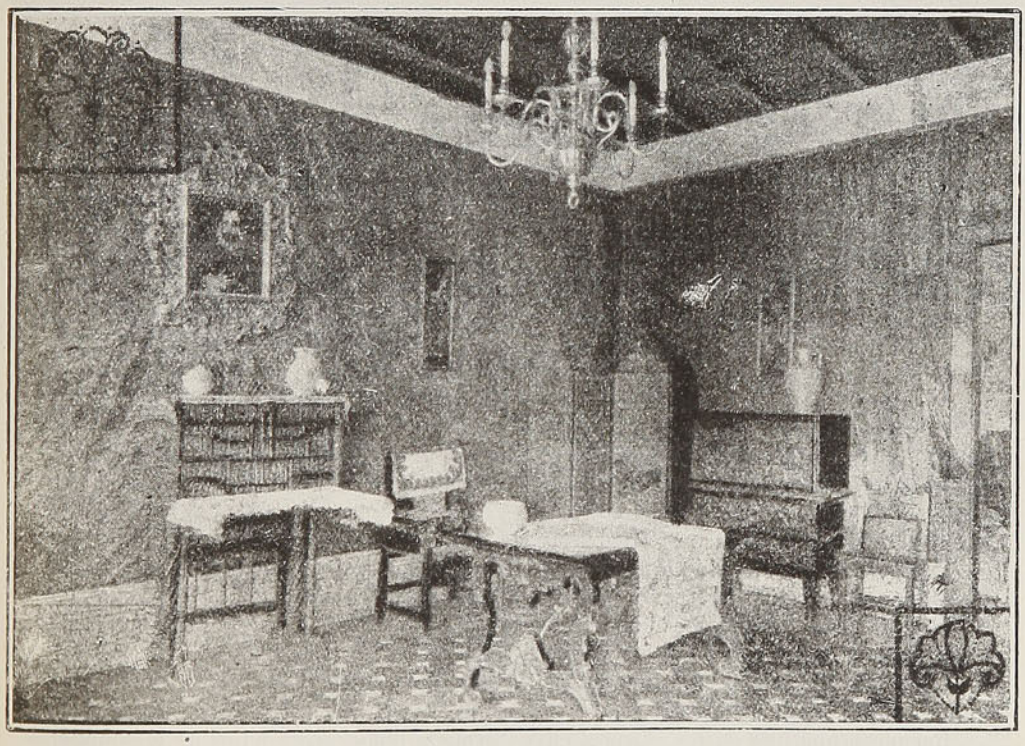
El "estilo" modernista era peligroso. Se prestaba demasiado a la fantasía personal de los tapiceros. no refrenada por la cultura. Pronto vimos, bajo la bandera modernista tal cúmulo de adefesios, que las gentes se apartaron con desvío de una escuela que llenaba las casas de sillas incómodas; mujeres verdes desmelenadas, nenúfares y trazos retorcidos.

Era preciso inventar algo nuevo, y como siempre que el arte occidental experimenta síntomas de agotamiento, vuelve sus ojos a Oriente, tornólos esta vez también.

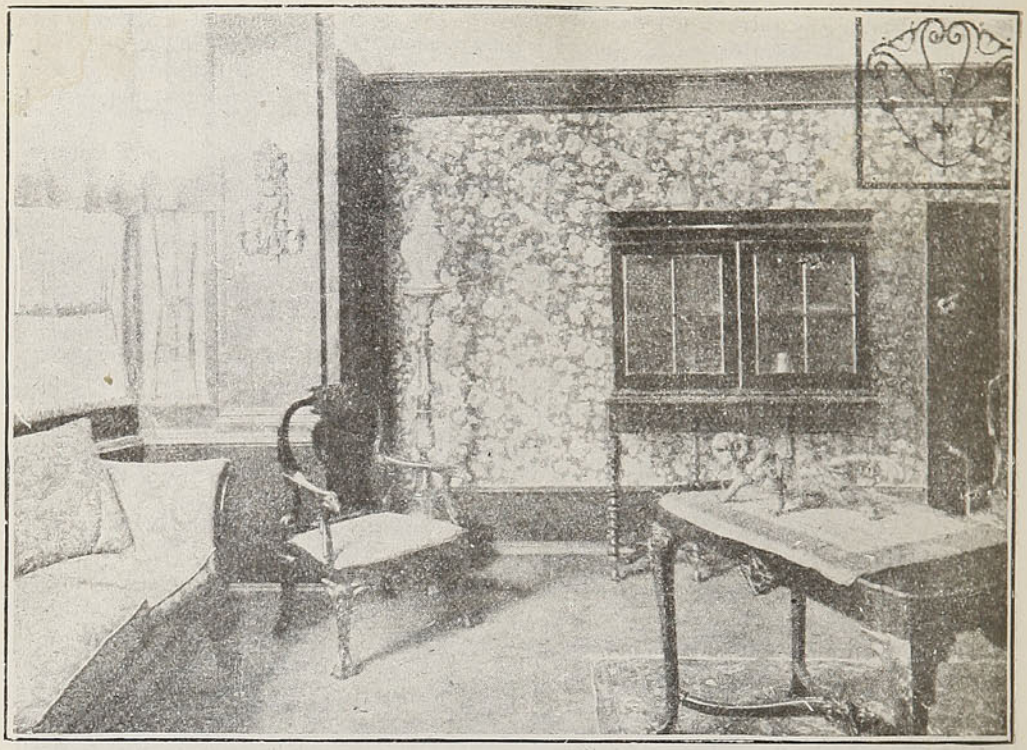
Fué necesario que la moda se desbordase impetuosa hacia los gustos orientales, para que las mundanas se decidieran por los tonos de color violentos. El rojo y el verde, el amarillo y el azul. el amaranto y el violeta; los colores más chillones y contradictorios se casaron en los vestidos femeninos.

El efecto fué mágico. La vista se acostumbró pronto al deslumbramiento y encontró los fondos para estas figuras demasiado sosas.

Poiret y Martine. inspirándose parcialmente en antiguos muebles ingleses y telas bizantinas, en parte copiando iniciativas de la señora de Errázuriz y de Misstress Brook, amasaron un patrón reciente que ahora empieza a llegar por estas tierras de Castilla.



Salón español, siglo XVII



Salón Poiret-Martine

En cierto modo recuerda el estilo de Chippendal, famoso mueblista inglés. de finales del siglo XVIII, que creó una manera personalísima, mezclando a capricho en sus muebles el estilo Luis XV con el gótico y el chino. Son sus modelos más acabados, la alcoba china por él dibujada para el Castillo de Claydan House (Buckinghamshire) y los salones de Harewoods House (Yorkshire). En España, particularmente en Andalucía, se conservan bellos muebles de este gusto.

El estilo Poiret Martine toma al Chippendal, entre otras cosas. la violencia de los colores que han de estar sabiamente combinados para armonizar y la pasión por las lacas chinas.

Las habitaciones no serían ya desvaídas de tono, sino verdaderos fondos de pintor, capaces de entonar las figuras vestidas de colorines.

Es preciso hacer justicia a una semicompatriota nuestra, de exquisito criterio artístico. que fué quien primero que nadie, hace ya años, mandó decorar sus salones del Boulevard Flandrin, a la manera adoptada después por Martine.

Me refiero a Eugenia de Errázuriz.

Misstress Brook, una pintora inglesa de gran fortuna y talento que habitualmente reside en París, amuebló su casa de la Avenida del Trocadero con muebles negros, alfombras del mismo tono, cortinajes sombríos (azul o violeta obscuro o negro) con bordados de plata, grandes espejos un poco verdosos, velados por gasas argentinas, y cuadros de entonación gris. Sobre los canapés se amontonan almohadones de tela de oro o de plata, de telas bizantinas muy ricas en hilos de metal precioso, de negro terciopelo o de blanca seda.

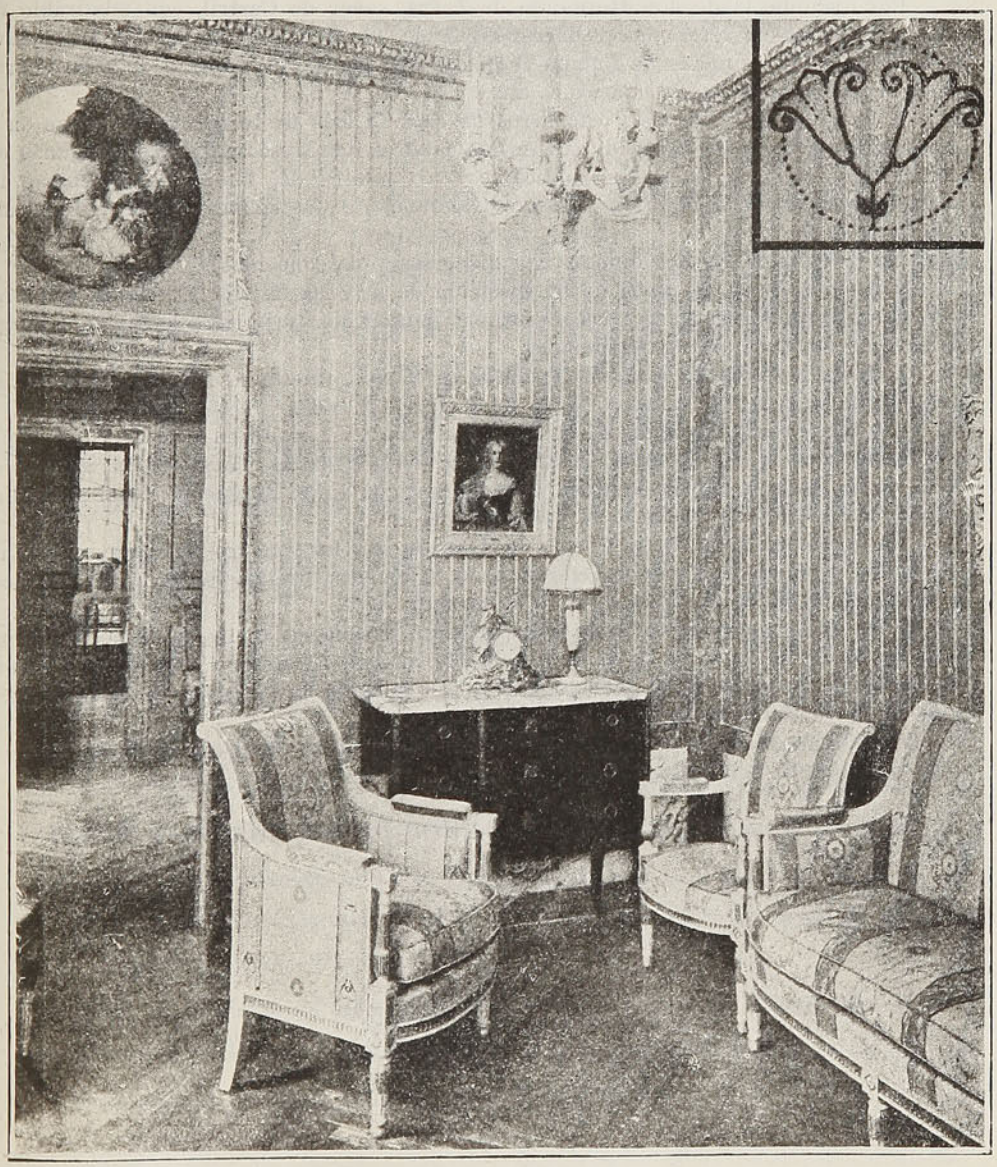
Recuerdo que uno de los cojines, cuya forma copiaba la de aquellos almohadones. sobre los cuales se arrodillan en el coro de San Lorenzo de El Escorial las estatuas

orantes de Carlos V y Felipe II, era de un tejido de plata satinísimo, suave al tacto como un plumón de ave. Parecía el cojín un ser vivo.

Una de las piezas más curiosas es la azotea.

Una balaustrada de madera negra que precede a otra de cristal, cierra la terraza por el lado de la calle, a manera de balcón. Entre cada barrote un búcaro de plata sostiene un grupo de azucenas. El suelo aparece cubierto por un tapiz negro, negra es la tela que forma el techo y negras las butacas profundas y las sillas. A la derecha, un cuadro de Misstress Brook que representaba una escena fantástica entre la mujer y la muerte, está velada por gasa de plata, como el espejo que frente por frente, lo copiaba en su cristal incierto.

Esta modalidad última de la moda en el mobiliario, es de mucha distinción y belleza. cuando se realiza con parsimonia.



Sala estilo Carlos IV de España

Algunos completan estos interiores con estatuas chinescas o cacharros de violento colorido: rojo, amarillo, verde nativo, que exultan sobre la negrura de la entonación general.

Al orientarse la moda hacia lo sombrío, se acerca al viejo estilo español de los siglos XVI y XVII.

Madame Errázuriz construyó su hotel de Londres como una casa de hidalgo castellano que hubiera vivido en tiempo de los Austrias.

No olvidó los suelos de ladrillo y azulejo (alambrilla), ni los sillones fraileros, ni los damascos rojos y los jarros de Talavera.

Esta casa tuvo éxito inmenso en Inglaterra.

Hoy ¡gracias a Dios! retorna España a la tradición.

Quedan algunas casas muy hermosas en Granada.

Por ejemplo, la de don Hernando de Zafra, señor de Castril, con admirable fachada plateresca y artesonados soberanos; la de los Tirs, perteneciente a los Palavicini, de Italia; marqueses de Campo-Tejar; la del conde de Tendilla. de gran sobriedad; el palacio del conde Luque. etc., etc.

Y en cuanto a muebles y cacharros de casa, a más de la que puede verse en el Museo Arqueológico de Madrid, existen los cuadros del Museo del Prado, algunas estancias de reales palacios, las colecciones particulares del duque de Valencia, del marqués de Cerralbo, del señor Lázaro Galdiano, de Casteñones, Osma y Laiglesia, entre otros.

mos ver'' reunidos muchos objetos hoy dispersos y desconocidos!

¡Qué interesante no sería una Exposición de la Casa Española ''donde pudiéra-

Esa Exposición serviría para orientar a industriales y público hacia un resurgimiento de nuestras artes tradicionales.

Todavía por fortuna quedan elementos en el país. raicillas de la vieja cepa, capaces de producir nuevas ramas.

Los telares del Albaicín, de Baza y las Alpujarras. producen tapices y telas que no desmerecen de los moriscos; existen en Granada tallistas maravillosos. muchos de ellos dedicados a la fabricación del ''mueble antiguo''; un bargueño actual granadino es muy difícil de diferenciarse de uno auténtico).

En la Escuela de Artes y Oficios de Granada hay un maestro cerrajero, cuyos herrajes son prodigios de cincelado; Fajalauza, Talavera, Triana, Segovia, son fábricas admirables de cerámica; Palma hace tapices muy ricos.

¿Por qué no aprovechar todo eso que brota espontáneamente, a despecho de mil dificultades? ¿Por qué no se ha de establecer un estilo moderno español que busque sus progenitores en el árbol genealógico de la raza, pero que no sea una mera duplicación de modelos fenecidos?

Apunta en el horizonte un renacimiento cultural hispano que debemos realizar dentro de nosotros mismos con nuestra sangre y nuestra carne propia.

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTIN

J. SORDO

MADRID, BARCELONA, PARIS.

CASA CENTRAL
SANTIAGO
Estado 37-53

SUCURSAL
VALPARAISO
Condell 47

"LA COLMENA"

Gran premio de honor exp. 1910

FABRICAMOS: corsés, fajas, cinturas sosténsenos, etc., etc.
IMPORTAMOS: ropa blanca fina en seda, hilo o batistas

ESPECIALIDADES

Corsés sobre medida -:- Ajuares para novia

NOTA: ATENDEMOS PEDIDOS ENVIANDO GIRO POSTAL, LETRA BANCARIA, ETC., ETC.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 1652. Teléfono 2700.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

SEÑORA:

necesitamos que Ud. nos busque UNA subscriptora para esta revista.

EN HUERFANOS 1580

se reciben órdenes.

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras
en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

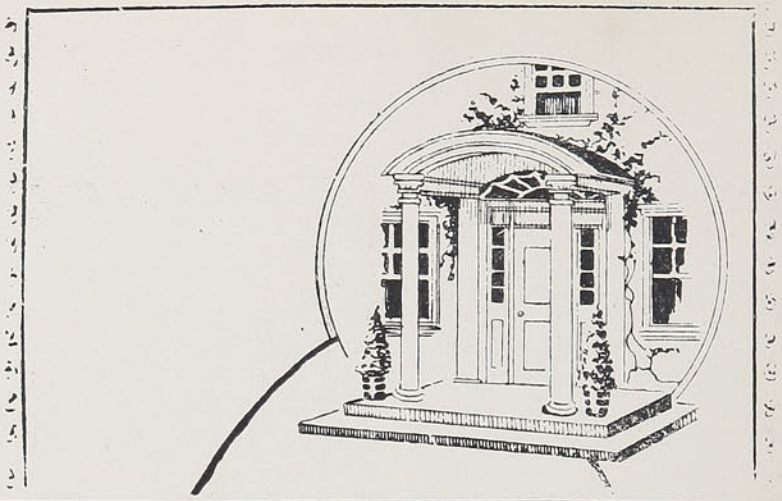
RUBEN DAR

la Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

Santiago de Chile, Enero de 1921

AÑO III NUM. 29



INSTALACIONES SANITARIAS

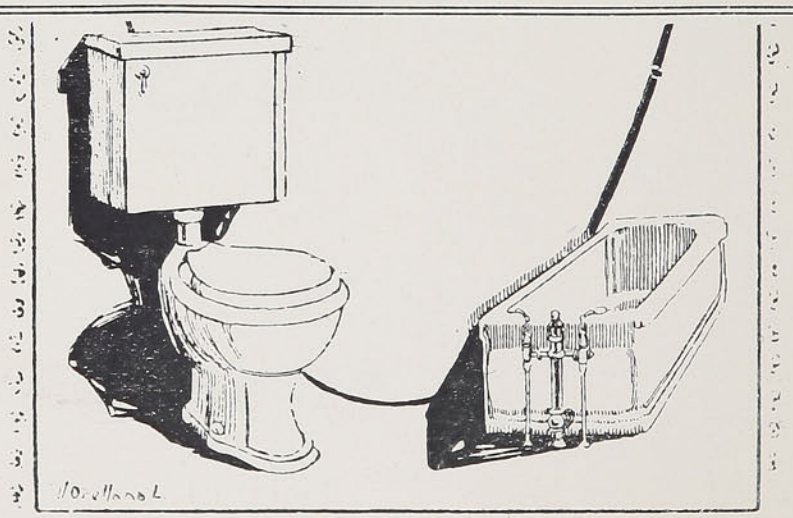
Un sello de distinción y buen gusto es el que caracteriza a nuestras excelentes instalaciones sanitarias.

Contamos para el objeto con experimentado personal y siempre empleamos en nuestros trabajos únicamente lo mejor que para estos servicios se ha fabricado.

Por cualquier instalación, sea de Salas de Baño, Calefacción Central o Servicios de Agua Caliente, sírvase consultarnos en nuestro departamento Sanitario

MORRISON Y CIA.

SANTIAGO



CASA WEIL

JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

C. B—1

SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio–Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Enriqueta Figueroa de Guzmán Consejera			
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	242

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rozas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			
María Carmela Blanco de Vergara	Huérfanos		

A

Adriasola A., Briceyda.
Alamos de Castro, María.
Artigas, Marta.
A. de Valdés, Leticia.
Arrieta de Figueroa, Inés.
Alcalde de Labatut, Aurora.
Alemparte de Cerveró, Emilia.
Alamos de Vicuña, Josefina.
Azócar, Marta.
Aguirre de Ovalle, Dolores.
A. de Bulnes, Teresa
Aguirre de Montt, Teresa.
Astaburuaga de Castillo, María.
Aguirre María Angela.
Anguita de Figueroa, Julia.
Alvarez del Solar, Rosa.
Armanet de Ovalle, Mercedes.
Altamirano de Alessandri, Julia.
Aguirre de Aguirre, Isabel.
[illegible]a de Vergara, Concepción
Adelaida H. de Phillips.

B

B. de Montero, Eugenia.
Baeza de Correa, Hortensia.
Bello de Lamarca, Matilde.
Bello de Vargas, Clarisa.
Baltra de Montenegro, Ana.
Bascuñán de Montes, Eugenia.
Besa de Armanet, Raquel.
Besa de Quesney, Ana.
Besa de Díasz, María.
Baeza de Saavedra, Elena.
Bolados de Oliva, Ana .
Badilla de Calvo Mackenna, Aurora.
B. de Benavente, Pastora.
Brieba de Phillips, Teresa.
Besa de Donoso, Luisa.
Besa de Lecaros, Inés.
Besa de Lyon, Lucía.
Barros de Jara, Sofía.
Barros de Llona, Isabel.
Blanlot de Marchant, Raquel.
Baeza de Zegers, Laura.
Baeza de González, María.
Borgoño de Barros, Laura.
Bromberg de Molina, Clotilde.

C

Cuevas de Larraín, Elena.
Castro A., María.
Castillo de Moreira, María.
Castillo de Lezaeta, Berta.
Campino de Figueroa, Elvira.
Carvallo de Pérez, Elvira.
Castillo de Ruiz, Sofía.
Cádiz de Lagarrigue, Rosa.
Correa de Cruz, Susana.
Correa de Garcés, Carmela.
C. de Bello, Matilde.
Coo de Melo, Josefina.
Cerda de Salas, Rosa.
Cortés de Aguirre, Emilia.
Costa de Anguita, Margarita.
Cavero de Lastarria, Margarita.
Covarrubias de Cruz, Sara.
Cabrera M., Clara Rosa.
Cabrera M., María Ana.
Cousiño de Haenssler Lola.

D

Domínguez de Fábres, Sara.
Dávila de Cruchaga, Victoria.
Dávila Izquierdo, Oscar.
Donoso de Vergara, María de la Luz
Del Pedregal de Cruz, Josefina.
Del Campo de Servoin, Luisa.
Donoso de Concha, Elena.
Duval de Guzmán, Eugenia.
Dublé de Tonkin, Julia.

E

Echaurren de Dávila, Amelia.
Errázuriz de Rodríguez, Ana.
Errázuriz de del Campo, Margarita.
Echenique de Costabal, Sara.
Errázuriz de Aldunate, Pelagia.
Errázuriz de Ortúzar, María.
Edwards de Salas, Adela.
Eastman de Huneeus, Sofía.
Echazarreta de Errázuriz, Amelia.
Eguiguren de Mate, Laura.
Edawrds de López, Elena.
Edwards de Pérez, Lydia.
Errázuriz de Ortúzar, Sara.
Echavarría Barriga, Sara.
Echeverría de Irarrázaval, Jesús.
Edwards, Lucía.
Eguiguren de Méndez, Laura.
Egenau de Ferrer, María.

F

Fernández de Campino Dominga.
F. de Puga Borne, Lucía.
Ferrer de Ferrer Margarita.
Fóster, Josefina.
Fóster de Reyes, Luisa.
Fóster de Besa, Teresa.
Fóster de Donoso, Ana.
Fernández de Campino, Dominga
Fresno de Armanet, Adela.
Fóster de Zegers, Rosa.

G

G. de Germaín, Bertha.
G. Huidobro de Reyes, Elisa.
Gómez de González, Margarita.
Gatica de Oportot, Julia.
G. Huidobro de Montes, Raquel.
González de Segovia, Celia.
Goñi de Baeza, Isabel.
Gandarillas de Campaña, Fidela.
González de Valdés, Josefina.

Gandarillas de Pereira, Juana.
González de Rivas, Eduvigis.
G| de Guzmán M., Magdalena.
Guzmán de Correa, Lucía.
G| Huidobro de Valdivieso, Jesús.
Gac de Correa, Carmela.
Garmendia de Concha, Elena.
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana
Granello (Sra. de).
Grohnet de Ceballos, Isolde.

H

Heen de Valledor, Vitalia.
Hernández de T., Elena.
H. de Phillips, Adelaida.
Hurtado de Concha, Mercedes.
Hurtado de Matte, Elvira.
Hurtado de Castillo, Victoria.
Huidobro de Fóster, Judith.
Huidobro de Costabal, Hortensia.
Huidobro de Cueto, Ester.
Huidobro de Solar, Tránsito.
Horman, Jorge.
Hoffman de Besa, Elvira.
Herrera de Valdés, Delia.
H. de Aguirre, Elena.
Hurtado de Edwards, Luisa.

I

Izquierdo Phillips, Adriana.
Izquierdo de Dávila, Adelaida.
Infante de Renard, Adelaida.
Izquierdo, Enriqueta.
Izquierdo Phillips, Sara.
Iñiguez de Hernández, Fanny.
Izquierdo, Mercedes.
Izquierdo de Castillo, Luz.
Isaza Barros, Raquel.
Izquierdo de Reyes, Delia.
Iñiguez de Melo, Blanca.

J

Jara G. Huidobro, Inés.

L

Letelier de Errázuriz, Ana.
Larraín de Irarrázaval. Ana.
Larraín de Echazarreta. Josefina.
Lazcano de Balmaceda. María.
Larraín de Fábres, Celinda.
Larraín de Olea, Rosa.
Lazcano de González, M. Teresa.
Lecaros de Rozas, Mercedes.
Larraín de Pereira, Luz.
Larraín de Harris, Laura.
Luco, Irene.
León Luco, Josefina.
Larraín de Ortúzar, Rita.
Lazcano de Mackenna, Berta.
Lynch de Baeza, Julia.
Larraín Bulnes, Lucía.
Lynch de Gormaz, Luisa.
Lecaros de Melo, Carmela.
Lecaros de Undurraga, Marta.
Lira de Lira, Aurora.

M

M. de Valdés, Eugenia.
María de Vicuña, Elena.
Moreira de Risopatrón, Melania.
Morel de Cerda, Sara.
Melo de Claro, Margarita.
Martínez de Loveday, Leonor.
M. de Sanhueza, Rosario.
Montes de Montes, Rosario.
Matte de Prieto, Rosa E.
Marín de Marín, Berta.
Mac-Keelar de Ossa, Adela.
Montt de Correa, Elena.
Méndez E., Adela.
Méndez E. Rosa.
Méndez E. Sara.
Menvielle de Larraín, Blanca.
Montt de Avendaño, Blanca.
Matte de Lecaros, Rosario.
Montt de Avalos, Flora.
Moreira de Cariola, Carmela.
Moreira de Puelma, Laura.
Moreira de Burgos, Ofelia.
Montt de Horman, Elvira.
Maroto de Echeverría, María.
Montt de Montt, Rosa
Morandé de Huidobro, Josefina.
Méndez de Gana, Leonor.
Manzano de Urrutia, Carmen.
Montero Fuenzalida, Amalia.

N

Navarro de Puelma, Sara.

O

Ortúzar de Valdés, Ana Luisa.
Ovalle de Mac-Iver, Emma.
Ovalle de Correa, Paulina.
Ocampo de De la Cruz, Clemencia.
Orrego Vicuña, Eugenio.
Orrego Vicuña, Fernando.
Orrego Vicuña, Germán.
Ortúzar de Tagle, Inés.
Ovalle de González, Ana Luisa.

P

Phillips, Casilda.
Puelma de Bussey, Adelaida.
Prieto de Tupper, Ignacia.
Phillips de Valdés, Isabel.
Palma de Riesco, Julia.
Pardo de Orrego, Luisa.
Phillips de Izquierdo, María.
Phillips de Lind, Mercedes.
P. de Barahona, Ester.
Prieto de Espínola, Kerima.
P. de Vergara, Joaquina.
Pórez de Carvallo, Enriqueta.
Pardo de Covarrubias, Ana.

Pinto de Matte, Elena.
Peró de Larraín, Elena.
Pinto de Barceló, Rosa.
Palma de Vial, María.
Pacheco de Bari, Amelia.
Lardo de Searle, Adriana.
Prieto de Noguera, Manuela.
Prieto de Alvarez, Lía.
Parga de Silva, Mercedes.
Pérez de Fierro, Inés.
Pinto de García Zegers, Nieves.

Q

Quesney de Campino, Victoria.
Quindos de Montalva, Juana.

R

R. de Prunés, Adelfa.
Ruiz-Tagle de Antúnez, Dolores.
Rodríguez de Jordán, Laura.
Rojas de de la Cruz, Luisa.
Rojas de Gaete, Rita.
R. de Espina, Elena.
Rivera de Marín, Antonia.
Rivera de Torreti Adolfina.
Reyes de Torres, Hortensia.
Rivas de Errázuriz, Inés.
Ruiz de Tagle, Josefina.
Róbinson de Barros, Sara.
Rodríguez de González, Leonor.
Rodríguez de Besa, Amalia.
Rozas de Urrejola, Mercedes.
R. de Rondanelli, Elvira.
Ruiz de Ossa, Elena.
Rozas de Larraín, Elena.
Ramos de Balmaceda, Ester.
Ramos de Balmaceda S., Rosa.
Rivas de Subercaseaux, Mercedes.

S

Saavedra de Bernales, Julia.
S. de Cavieses, Carmela.
Salas de Huneeus, Teresa .
Sanfuentes de Herquñigo, Margarita.
Sanfuentes de Iñiguez, Laura.
Sepúlveda de Marchant, Herminda.
Sotomayor de Rogers, María.
Sepúlveda de Arrau, Ercilia.
Silva de Amunátegui, Eva.
Soto de Beca, Rosa.
San Román de Magallanes, Sofía.
Sotomayor de Ramírez, Amanda.
Saavedra de Balmaceda, Amelia.
Serrano de Cabieses, Carmela.
Salcedo de Cerda, María Mercedes.
Serrano de Santa Cruz, Matilde.
Soto Rojas, Magdalena.
Sánchez de Arnolds, Mercedes.
Subercaseaux Rivas, Eugenia.
Solar de Fernández, Lucía.
Solar de Bascuñán, Delia.
Stuven de Ossa, Sara.
Tagle de Escobar, Bianca.
Tagle de Vergara, María.
Toro de G. Huidobro, Luisa.
Toro de Phillips, Adriana.
Toro de Izaza, Carmen.
Troncoso de Costa, Laura.
Torres de Rodríguez, Filomena.
Tupper de Cuevas, Elisa.
Tupper de Izquierdo, Hortensia.

U

Undurraga de Arteaga, Matilde.
Ureta de Aguirre, Virginia.
Urzúa de Latham, Luisa.
Ugarte de Baeza, Adelaida.

V

Valdés de Bascuñán, Amelia.
Vicuña de Pinto, Carmela.
Valledor Sánchez, Elvira.
Villegas de Rojas H., Elena.
Valdés de Larraín, Elena.
Valledor de Fuenzalida, Laura.
Valdivieso de Recabarren, Rosa.
Vicuña de Orrego, María.
Vergara de Barros, Sara.
Varas de Infante, Ana.
Vial de Ugarte, Mercedes.
Velasco de Rogers, Emma.
Vicuña de Charlín, Paulina.
Valdés de Prado, María.
Varas de Huneeus, Laura.
Verdugo, Juana.
Vicuña de Matta, Elvira.
V. de Moraga, Isolina.
Velasco de Infante, Amelia.
Volarín, Adelaida.
Videla de Velasco, Amelia.
Vergara de Rodríguez, Inés.
Vergara de Vidal, Albina.

W

Walker de Freire, María.
Walker de Méndez, Nieves.

Y

Yáñez de Echeverría, Flora.

Z

Zaldívar de Altamirano, Elvira.
Zegers de Covarrubias, Manuela.
Zañartu de Tagle, Raquel.
Zegers de Echenique, Isidora.
Zañartu de Besa, Elena.
Zuazagoitía, Luisa.
Zuazagoitía, Victoria.
Zuazagoitía, Lucía.

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO III — Santiago de Chile, enero de 1921 — NUM. 29

SUMARIO

	Págs.
SINTESIS DE LA DOCTRINA ESPIRITISTA	172
EL ENTUSIASMO, **Ricardo León**	183
UNA MARTIR COMO HAY MUCHAS	175
EL TEATRO DE LA VIDA, EL DESMENO	19v
¿QUE ES LA CLASE MEDIA?, **Andrenio**	178
ESCUELAS DEL HOGAR, **Cármen de Burgos**	184
GOLPE DE GRACIA, **Roberto Molina**	181
DESDE RUSIA, REGIAS INTIMIDADES, **Sofía Casanova**	191
MODOS LE JUGARSE LA VIDA, **Par-**	
CUBRIMIENTO DE LA INFANCIA	198
LOS FERROCARRILES, **Por Azorin**	189

LA EDUCACION DE UN PRINCIPE

S. A. R. el Príncipe don Alfonso, heredero de la corona de España, haciendo vida de cuartel como cabo del Regimiento Inmemorial del rey, a que pertenece.

SINTESIS DE LA DOCTRINA ESPIRITISTA

El hombre consta de tres elementos, según la teoría espiritista: el cuerpo material o visible, el alma o ser inmaterial, que es el espíritu encarnado en el cuerpo. y el lazo que une al alma y el cuerpo, principio intermedio entre la materia y el espíritu.

Los espíritus, según los espiritistas, revisten temporalmente una envoltura material perecedera, cuya destrucción a causa de la muerte constituye nuevamente un estado de libertad.

El lazo o periespíritu que une el alma y el cuerpo es una especie de envoltura semimaterial.

La muerte destruye el cuerpo. pero el espíritu conserva el periespíritu, que constituye con el alma un cuerpo etéreo invisible. pero que puede hacerse visible accidentalmente y palpable en las apariciones del espiritismo.

Los espíritus, según esta doctrina, fueron creados antes de unirse a los cuerpos. y se perfeccionan pasando por diferentes grados de la jerarquía espiritista, y se realiza por medio de las encarnaciones impuestas como expiación a unos y como misión a otros.

El espiritismo niega la unión sustancial y personal del alma con el cuerpo. Las almas tienen existencia anterior a los cuerpos y pasan a otros. De aquí resulta que el cuerpo para el alma viene a ser como una casa de alquiler. De esta suerte, mi alma no es propia y exclusivamente mía, sino que antes tuvo otro cuerpo y después llegará a habitar los cuerpos de otros individuos. Esto es lo que el espiritismo llama preexistencia y reencarnación de las almas.

Para el espiritismo moderno las encarnaciones son siempre progresivas; la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que se haga para llegar a la perfección.

El hombre de bien es encarnación de un espíritu bueno, y el hombre perverso lo es de un espíritu maligno; de donde se deduce que el espiritismo niega implícitamente la libertad humana.

Los espíritus no encarnados o errantes, no ocupan una región determinada, sino que andan por todas partes en el espacio formando una población invisible que se agita a nuestro lado.

Los espíritus se manifiestan espontáneamente o se les puede evocar y obtener revelaciones de ultratumba.

Su buena orientación

La doctrina espiritista se halla plagada de graves errores; pero los positivistas y materialistas podrían verse forzados, por la evidencia de los hechos, a admitir un mundo espiritual y podrían convencerse, no del espíritu supersticioso, pero sí del verdadero espiritualismo católico.

El espiritismo debería convencer de la necesidad que tiene el alma humana de comunicarse con Dios. Estas comunicaciones no deben ser las estrambóticas y falsas del espiritismo, sino la humilde, la dulce, la serena y devota proclamada por la piedad cristiana.

Así el espiritismo viene a ser, en frase de un eminente apologista, una prueba brillante de la verdad del catolicismo, del mismo modo que la moneda falsa es, por el contrario, una prueba brillante de que hay otra moneda legítima.

Lo que es curioso es ver la Ciencia, ¡la Ciencia!, procediendo por ese famoso método experimental de que tanto se habla, y atestiguando la realidad de todos los he-

chos sobrenaturales que a principios del siglo se calificaban de imposturas y supercherías.

Monseñor Elie Meric hace constar que, merced a todas esas investigaciones, el materialismo está vencido. Los más hostiles a la religión cristiana, en sus investigaciones experimentales, vense obligados a reconocer hoy que ni aún para explicar la actividad vital, bastan las fuerzas físico-químicas. Y se ve aparecer el alma, forma del cuerpo humano.

Constituye un gran triunfo para la Iglesia y alegría para el espíritu el ver por fin la metafísica, la filosofía y las ciencias, reunirse para condenar el materialismo y afirmar la existencia del alma y su inmortalidad.

El doctor Lapponi dice que en los fenómenos espiritistas vémonos forzados a ver fenómenos de orden sobrenatural.

Parece indispensable admitir, como causa de los hechos analizados, seres inmateriales que, mediante esos singulares fenómenos, nos atestiguan y nos prueban su existencia... A estos seres es a los que nosotros los hombres llamados espíritus... Entre esos seres existen los que fueron buenos, y una vez cumplida y terminada su vida sobre la tierra, dejarán su cuerpo en el mundo sensible, y se irán con lo que constituye y forma el principio operante, el espíritu, hacia regiones más serenas.

Preexistencia de las almas

Hay en la doctrina espiritista cuatro puntos característicos, que son como cuatro eslabones seguidos en una cadena de errores; tales son: la preexistencia de las almas, la metempsicosis, la supervivencia en los planetas y la negación de las penas eternas.

Preexistencia. La esencia de esta doctrina consiste en afirmar que las almas no han sido creadas en el momento de unirse al cuerpo, sino, antes bien, desde toda la eternidad, como afirmaron Platón y los maniqueos, bien en el tiempo como pretendieron los origenistas.

La razón de la preexistencia está en que, según los origenistas, priscialianistas y los modernos espiritistas, las almas de los hombres, o son los mismos ángeles malos que en castigo de su pecado han sido obligados a unirse al cuerpo corruptible, o naturalezas completas e independientes, que podían subsistir por sí mismas.

Esta doctrina fué profesada por Pitágoras y por los egipcios, de los cuales las recibieron los platónicos, Empedocles, Porfirio y algunos hebreos. La han hecho suya en nuestros tiempos Allan Kardec, Juan Reynaud, Camilo Flammarión y los espiritistas.

¿Y en qué se fundan? Parte en el *magister dixit* de los pitagóricos, parte en algunos textos mal entendidos y peor interpretados de la Sagrada Escritura.

Las hipótesis de la preexistencia de las almas resultan falsas.

Con razón dice Santo Tomás que el alma humana no tendría su natural perfección si no hubiera estado unida al cuerpo; y, por tanto, que no era conveniente crearla sino para unirse al cuerpo.

Dicen los espiritistas que el no acordarnos de nuestra existencia anterior no es tan extraño como parece a primera vista; no nos acordamos de lo que hicimos en los primeros años de nuestra infancia; por lo tanto, nada tiene de particular que no nos acordemos de anteriores a ella.

Dice muy bien Santo Tomás: "Podría tolerarse la opinión de los pitagóricos suponiendo que el alma humana es en sí una substancia completa y que no se une al cuerpo como forma suya, sino solamente para regirlo y gobernarlo."

Pero siendo, como es, forma del cuerpo, y por lo tanto una parte natural del compuesto humano, esto es de todo punto imposible. Porque es cosa manifiesta que Dios crió las primeras cosas poniéndolas en el estado perfecto de su naturaleza, según lo exigía la especie de cada una.

La preexistencia de las almas no sólo es una afirmación gratuita, sino que está también en pugna con los dictámenes de la razón. No es extraño que los Concilios y los Papas hayan lanzado anatemas contra ella.

Intimamente relacionada con la preexistencia va en el espiritismo la metempsicosis o transmigración de las almas. Entiéndese por esto la opinión errónea y tan difundida hoy en día, que pretende que nuestra alma al separarse del cuerpo comienza a informar de nuevo otros cuerpos humanos, bien en esta tierra, bien en otros planetas.

Esta doctrina, profesada ya antiguamente en Egipto y en la India, ha sido nuevamente admitida por los espiritistas.

Los budhistas abrazaron también la metempsicosis brahmánica y clasificaron las emigraciones por grados. Seis son las principales para llegar al Nirvana, término de las reencarnaciones: debe morar primero en un habitante del infierno, después en un animal, para convertirse luego en un demonio famélico, en genio, en hombre y finalmente en dios. Por estas transmigraciones ascendentes o descendentes, según el mérito o desmérito de sus acciones, tienen que pasar las almas de todos los hombres, conforme a la ley del budismo. En la posesión del Nirvana está la suma bienaventuranza, término de las transmigraciones, el absoluto quietismo.

Donde la metempsicosis ha hecho más prosélitos ha sido entre los espiritistas.

Para llegar a la perfección, según ellos, no hay necesidad de gracia sobrenatural, ni de fe en Jesucristo, ni de nada de lo que la Iglesia enseña. El gran medio de purificación consiste en las sucesivas reencarnaciones; de modo que encarnando las almas una o dos veces, se purifican poco a poco y satisfacen la pena de sus culpas. Estas encarnaciones sucesivas son siempre en gran número, pues el progreso es casi infinito.

En la última encarnación el epíritu es bienaventurado, espíritu puro.

La marcha de los espíritus es siempre progresiva, pueden descender como hombre, pero no como espíritus.

Cómo han averiguado todo esto que los demás mortales ignoramos, en nuestra creencia, que el alma es nuestra y forma con nuestro cuerpo el YO, o sea nuestra persona?

¿Cuántas veces esta pobre alma que yo juzgaba exclusivamente mía irá mudando de cuerpo, como éste cambia de camisas?

Ni los mismos espiritistas lo saben ni pueden decir.

* * *

⚜ ⚜ ⚜

UNA MARTIR COMO HAY MUCHAS

El cielo azul, azul cobalto; penachos dispersos de nubes blanquísimas tachonaban el firmamento y flotaban mecidas por el aire hasta desaparecer. Corría un vientecillo tibio y nadie que no la presenciara habría sospechado la tormenta que unas horas antes se desencadenó sobre la ciudad. El sol brillaba de nuevo y al acariciar con sus rayos los objetos, tornábalos en oro bruñido.

La señora Sancio, reclinada en su auto, miraba con aire indiferente la hermosa tarde de verano, el bullicio de la ciudad, todo concertado en una nota vibrante de vida, color, felicidad. Su mirada adquiría, cuando estaba sola, horrible angustia, y parecía perderse en añoranzas, en un sólo punto fijo, lejano y obscuro, que toda la luz de aquel sol estival no alcanzaba a esclarecer ni a iluminar.... Nadie tampoco pudo penetrar ni bajar al fondo de la tormenta de su corazón. La expresión de su rostro era severa; se la habría acusado de frialdad, si sus ojos no la hubieran traicionado delatando sufrimiento físico o moral, y si una sonrisa muy humana no asomara de vez en cuando a su semblante iluminándolo con dulzura incomparable.

La severidad aparente, era la pantalla tras la cual encubría discretamente la ternura que guardaba en el santuario íntimo de su alma.

Las vidrieras de las tiendas ostentaban juguetes y regalos de Pascua. Flotaba en el ambiente felicidad comunicativa y espiritual.

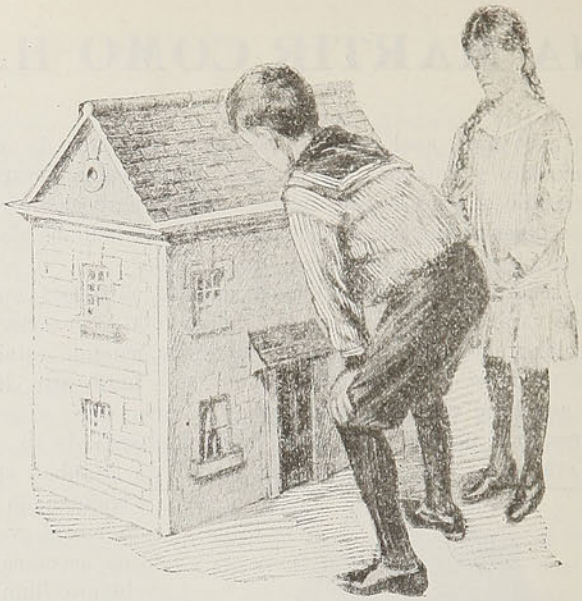
La señora Sancio fijóse en una lujosa vidriera, detuvo el auto y entró a la tienda. Hizo numerosas compras sin ostentación y como si todo ello no tuviera mayor interés, y al llegar a la caja a pagar, un ligero estremecimiento demostró cierta emoción, extraña en ella, que tan acostumbrada estaba a dominarse siempre.

Hay ciertas almas a las cuales por pudores de sufrimientos incomprendidos o sensibilidades desconocidas, les parece audaz profanación dar a entender, aún a sus íntimos, las emociones o delicados sentimientos interiores con que Dios dotó sus corazones.

A su lado, marcada por el hambre y la miseria, una pequeñuela pedía le vendieran un muñeco que la había cautivado, pero el precio de él era mayor que los cuarenta centavos que componían su capital, y las lágrimas caían silenciosas por las mejillas de la chica.

—Si no tengo más, — decía — y es tan lindo.

—El Niño Jesús te lo regala, es tuyo, — díjole la señora pasándole el muñeco y pagando ella su valor.



La niña, en su felicidad, olvidó agradecer a su bienhechora y fuese de la tienda. La señora la siguió con la vista; y cuando ella, a su vez, salió, vió a la niña que con mano extendida y plañidera voz, imploraba de los transeúntes. "Un veinte para pan, mi madre está enferma, tengo hambre." Tuvo la intención de alagarle una moneda; pero, ¿sería eso lo mejor para la chica? Se acercó a ella y le pidió su dirección, alejándose en seguida.

Era ya tarde, dirigióse a su casa, prometiéndose visitar al día siguiente la enferma.

Temprano pidió el auto; detúvose en los suburbios de la ciudad, en una de esas pocilgas en que viven hacinados todos, hombres, mujeres, niños y animales, vergüenza de nuestro país. Esa era la dirección que le había dado la niña que horas antes encontrara.

Para saber de Luisa Pérez se acercó a una puerta donde le dijeron vivía la mayordoma del tugurio. Golpeó, y por una ventanilla que más parecía forado, apareció la cabeza de Ña Rosalía, la mayordoma, con su cara rubicunda como remolacha, con ojos redondos y saltones como los de una langosta, tan escasa de nariz como sobrada de boca, y con voz estridente y recalcada preguntó qué se ofrecía.

—¿Dónde vive Luisa Pérez?

—El cuarto de la esquina, encima de la acequia, — contestó la mujer, — y después de examinar a la señora, continuó:

—Es es el cuarto más pequeño y obscuro, pero el más barato de todo el conventillo. Está muy malita la pobre Luisa, señorita; ya vino el señor cura y le trajo los sacramentos. Dios se lo pagará a usted si hace algo por ella y recoge a la chica.

Cuando entró Elena en la habitación, la pobre mujer estaba en sus últimos momentos. Hubiérase dicho que el

aceite de la Santa Unción, había infiltrado reposo en su cuerpo, paz y tranquilidad en su alma. Se conocía que abandonaba sin resistencia un mundo en que la vida había sido para ella campo de ruda y tremenda batalla con la miseria, el sufrimiento y la maldad, y que, colocada en ese punto que señala la frontera entre el tiempo y la eternidad, miraba el pasado sin remordimientos y el porvenir sin temores.

Pues había luchado hasta el heroísmo por mantenerse siempre honrada, y moría con la aureola del martirio sobre la frente. Era de las que reciben la muerte sonrientes, porque la deshonra fué siempre para ellas el negro fantasma que las persiguió incesante con halagos y ofertas que rechazaron.

Viuda, joven y buenamoza, se había dedicado con gran esfuerzo al trabajo, y con economías y sacrificio ganaba el sustento para sí y para aquella linda criatura que sentada en un rincón del cuarto, asistía, sin darse cuenta, a aquella agonía, grande en su sencillez, solemne en su desamparo y soledad.

La frente de la moribunda se iba cubriendo de mortal palidez. Empezaron a dilatarse y oscurecerse aquellos ojos grandes y buscaron desatentados en su último esfuerzo en los rincones, algo muy pequeño, hermoso y delicado, que pronto quedaría sin protección ni amparo.

Elena comprendió el significado de aquella mirada, tomó a la niña en los brazos y la acercó a la moribunda.

—No se preocupe de la niña,—le dijo con voz que los sollozos entrecortaban,—yo cuidaré de ella.

La infortunada madre trató de hacer un supremo esfuerzo para levantar la cabeza; pero la muerte, más rápida que el amor, dejó flotando en los labios de la madre aquel beso postrero en que iba condensada toda su ternura.

La dolorosa tragedia de aquella existencia pura y honrada había terminado como terminan tantas que han cruzado nuestras vidas, sin que sospechemos siquiera los heroísmos que encierran esas vidas laboriosas de sacrificios continuos.

Los ángeles, sin duda, entonaban arriba un himno de bienvenida al espíritu hermano que acababa de llegar a las luminosas cumbres de la gloria, mostrando aún las heridas y sombras del destierro y el martirio.

En el desmantelado cuarto del conventillo quedaba una masa rígida, helada y yerta. En los labios de la muerta se dibujaba el último beso de ternura que no alcanzara a dar, y que la madre adoptiva dió con amor a la chica, estrechándola entre sus brazos.

A. E. S.

⚜ ⚜ ⚜

EL TEATRO DE LA VIDA

¿QUE ES LA CLASE MEDIA?

Se habla con frecuencia en los periódicos de la clase media. Es muy natural. La mayoría de los lectores de los periódicos pertenecen a la clase media; los periodistas mismos proceden de ella casi todos; además, la clase media ha venido desempeñando el principal papel en la política, en el comercio, en la industria, en la cultura, desde el siglo XIX. Ha sido el plantel de los modernos elementos directores.

Hablamos de la clase media como de una cosa conocida, inconfundible; pero basta fijarse en las distintas condiciones y zonas sociales a que se aplica esa elástica denominación de "clase media", para comprender que se trata de un concepto muy borroso e impreciso, más bien de una denominación que de un concepto. Hasta tal punto que se siente la tentación de preguntarse si verdaderamente existe una clase media.

Y es que, más que una clase media, existen clases medias que varían históricamente, y que no son las mismas tampoco en todos los pueblos. Decía antes que se habla frecuentemente de la clase media en los periódicos, de sus necesidades y sus aspiraciones; con frecuencia, para ponerla en parangón con el proletariado y sostener la tesis de que la clase media está peor que la obrera; tesis que no es de ahora, pero que sólo ahora ha empezado a ser verdad, y a demostrarse en algunos países por una *emigración descendente,* en los casos del maestro, o del burócrata que abandona su profesión, para dedicarse a un oficio mecánico. En realidad, verdaderos estudios acerca de la situación y los problemas de las clases medias, apenas se han escrito en España. Puede citarse el del profesor Algarra, de la Universidad de Barcelona, que en pocas páginas traza un cuadro bastante completo de la nueva legislación de las clases medias en los diferentes países, y plantea el problema fundamental de la definición de la clase media, desde el punto de vista económico.

La dificultad que ofrecen las cuestiones económicas tocante a las clases medias, empieza en la determinación de su sujeto. El concepto del obrero, o hablando con más precisión, del asalariado, es claro: es el que trabaja por cuenta de otro mediante una retribución. El concepto del patrono o capitalista es también bastante claro: es el que hace trabajar a otros por su cuenta, el que aporta a una empresa económica el capital. Cierto es que en la práctica las realidades que corresponden a estos conceptos no están delimitadas con la precisión de figuras geométricas. Muchos patronos, gran número de capitalistas, trabajan como directores o gerentes de industrias.

Un obrero, además de su condición de asalariado, puede tener una acción de una sociedad anónima y ser, bajo este aspecto capitalista, una fracción de capitalista. La vida social no se encierra en formas inmutables, como la cristalización de los minerales. Es muy difícil precisar dónde acaba el obrero y dónde empieza el capitalista; pero, sin embargo, estos conceptos ofrecen más fijeza que el de la clase media, desde el punto de vista económico, que es el que hay que considerar al admitir que tiene un problema económico y tratar de resolverle o de *disolverle,* que es el proceso más natural y frecuente en los problemas sociales, los cuales rara vez se eliminan y resuelven con una fórmula o receta, sino que se van suavizando y transformando en el curso del tiempo, hasta ser substituídos por otros. Si la clase media o las clases medias no tuvieran una caracterización económica, no se podría hablar razonadamente de su problema económico. Si la clase media estuviera compuesta de gentes ni pobres ni ricas, el economista les daría la enhorabuena, y expresaría la razonable aspiración de que ese estado se extendiese a masas de población cada vez más numerosas. No es de desear que haya pobres, como no sea pensando en el Reino de los Cielos. Una nación puede ser rica, sin necesidad de multimillonarios. Las sociedades anónimas permiten reunir grandes capitales para todo género de empresas reproductivas, allí donde la riqueza está difundida en la masa social. Los ricos, como excepción, van siendo algo superfluo.

¿Cuál será, pues, la característica de la clase media, desde el punto de vista económico? El profesor Algarra, reconociendo la dificultad de precisar el concepto, la halla en la continuación de los dos elementos, capital y trabajo, en el pequeño comercio, en las pequeñas industrias, y en aquellas situaciones en que no se vive exclusivamente del trabajo, ni se podría vivir tan sólo del exiguo capital que se posee. La nueva legislación de las clases medias en diferentes países de Europa—la que se considera legislación de clases medias—parte de este supuesto, que es la definición económica más aproximada que puede darse de una clase media.

Sin embargo, no coincide con el concepto usual de la clase media en España. La noción corriente de la clase media entre nosotros está determinada por ciertos factores no pertenecientes a la economía, sino a las maneras, a las costumbres, a la educación. Se la ha llamado proletariado de levita, concepto anticuado, perteneciente a la época en que el obrerismo comprendía exclusivamente, en el concepto común al menos, al trabajo manual. Un proletariado, vístase como se vista, es proletariado. Ocurre, sin embargo, que como la vida social de una época es el resultado de un proceso histórico muy complejo, los factores intelectuales y morales de una clase que ha sido intermedia y que se convierte en proletariado o se acerca a esta situación, por efecto de nuevas circunstancias económicas, hacen que conserve una psicología especial de clase y que no tenga conciencia de ser tal proletariado, ni sienta afinidad hacia el proletariado histórico, por decirlo así, o sea el proletariado que lleva tiempo en condición de tal.

Pero los problemas económicos de las clases medias sólo pueden plantearse razonadamente en relación con situaciones económicas. Perjudica a las clases medias, concebidas desde un punto de vista de educación y de maneras sociales, el supuesto de ser

clases de señoritos, la idea que envuelve esa misma frase de proletariado de levita. La levita, por sí sola, no puede preocupar al legislador moderno, como no le preocupan los blasones de la aristocracia histórica. No es una promesa de la constitución de la sociedad ideal el que haya gentes finas y ordinarias, gentes educadas e ineducadas. La aspiración cultural, operando por medio de la escuela única, del perfeccionamiento de la enseñanza primaria, y de la difusión popular de los grados superiores de enseñanza, al mismo tiempo que de la elevación de las enseñanzas profesionales, tiende a otra cosa: a crear un tipo general de cultura, que en uno de sus aspectos supone una difusión de las buenas maneras de la educación, entendida en el sentido de los hábitos de civilización, de higiene, etc. La proposición de que no conviene que los pobres se ilustren, es hoy tan arcaica como la de la utilidad de la esclavitud. De este modo, la oposición entre el obrero y el señor va perdiendo la realidad que históricamente ha tenido y que todavía conserva.

ANDRENIO

⚜ ⚜ ⚜

ARENAS...

El demonio, que es un gran sembrador de absurdos, ha puesto en nuestros corazones el disparate de pensar que los dones de Dios son nuestros. No nos viste con plumas de pavo real, nos viste con plumas arrancadas a las alas de la santa modestia.

Ese hombre que atraviesa la calle y se ilumina del sol, debe estar loco, porque cree que aquella luz es de él. El alma que se adormece de vanidades y convierte el usufructo de las gracias, en propiedad, es más loca que aquel hombre, porque el sol de la naturaleza no se ofende cuando lo desposeen de su luz, pero Dios nos ha creado, redimido y conservado, y tiene derecho a que no le robemos su gloria.

La humildad es la verdad, según se ha dicho, y además de la verdad, es la vida. La soberbia es la muerte.

⚜ ⚜ ⚜

GOLPE DE GRACIA

Cuando Dolores entró, Luciano acababa de regresar del trabajo. Venía ella de casa de su padre, que estaba enfermo. Eran las ocho de la noche. La mujer llegaba sofocada, porque había venido de prisa, temiendo la impaciencia de Luciano y las diabluras de los chicos, que eran revoltosos y pendencieros.

—¿Cómo está tu padre?

—Está muy mal el pobre—dijo la mujer con voz velada por la emoción—. Creo que no sale de la noche.

—¿Qué dices?—exclamó Luciano sorprendido y alzándose del asiento. En su rostro brillaba un relámpago de alegría, aunque disimulaba lo posible para que Dolores no lo advirtiese. La muerte del suegro, que había sido la esperanza de aquel hombre durante los ocho angustiosos años de matrimonio, era entonces su salvación. El tío *Calcicas* gozaba fama de hombre rico, a pesar de que vivía miserablemente. Habitaba en los arrabales, en una vieja casa de su propiedad, de grieteados muros y un tejadito lleno de goterones. Era viudo y vivía completamente solo, sin consentir que nadie le atendiese en sus menesteres y necesidades domésticas. Se decía que guardaba oro enterrado.

—Viéndole tan mal esta tarde—continuó Dolores—, mandé llamar al médico. Don Miguel ha dicho que con la edad que tiene es imposible que resista la enfermedad.

—¿Y quién queda ahora en la casa?—preguntó Luciano con un interés que revelaba su avaricia.

—Las vecinas, que son las que entran y salen continuamente.

—¡Las vecinas! A toda esa gente hay que barrerla con una escoba. Mira, tú da de cenar a los chicos y acuéstalos. Después cierras y te vas a casa de tu padre. Yo soy ahora mismo, no sea la casualidad que le suceda algo y se encuentre sólo.

Dolores interrumpió su trajín para mirar a Luciano.

—¿Pero tú no cenas?

—No tengo ganas. ¡Para cenar estoy! He tenido un disgusto con don Luis. Ya no trabajo en la casa.

Aquella noticia traía una nueva tribulación para la mujer. Del fondo de su alma saliía un grito rebelde, por la avaricia de su padre, que se había negrado siempre a socorrerles; pero al punto, como si aquellos pensamientos encerrasen un abominable pecado, los rechazaba, recogiéndose dentro de sí misma, en un deseo de llorar desconsoladamente, como un tributo al anciano que iba a morir. Pero aquellos ojos, saturados de visiones tristes y escenas de miseria en su propio hogar, habían llorado ya mucho por el hambre de sus hijos, y este solo dolor íntimo la conmovía.

Cuando volvió a los arrabales. halló a Luciano solo, que se paseaba por el dormi-

torio, frente al enfermo. Este, bajo la garra de la disnea, no podía hablar; pero miraba con mortal ansiedad a sus hijos, y ellos, emocionados por el espectáculo terrible, olvidábanse de su preocupación y discurrían mil medios para salvar al moribundo. En algún momento la hija abandonaba el dormitorio, presa de una congoja y una angustia sin fin, y abría las ventanas para que entrase más aire en la habitación. Pasado el ataque, articulaba el viejo algunas palabras ininteligibles. Los esposos escuchaban atentos. Sin duda, conociendo su muerte, el buen anciano iba a revelarles algo extraordinario.

—¡Dame agua!

—Sí, padre; ahora mismo.

—Quítame ropa.

—No, padre; que hace frío.

Y no decía más.

Era una noche de diciembre. Había cesado el viento y comenzaba a llover torrencialmente. Con el rumor de la lluvia mezclábanse mil ruidos de la noche: los perros vagabundos, el agua que caía despeñada por la pendiente de las montañas y el mugir violento del río próximo, cuya crecida era peligrosa.

Luciano abandonó el dormitorio. Hubiera querido descerrajar las arcas; inspeccionarlo todo en seguida para ver si era cierta aquella leyenda del oro escondido; pero la presencia de su mujer le contenía, y también un cierto respeto a la majestad de la muerte, que parecía tomar posesión del viejo y marcaba su huella en aquel rostro violáceo que íbase lentamente desfigurando. De repente, en el silencio vibró con extraño acento la voz de Dolores:

—¡Luciano, Luciano!

—Estoy aquí, mujer!

—Mi padre quiere hablarnos... ¿Ha dicho usted en el arca grande?... ¿La del rincón?

El viejo movía afirmativamente la cabeza. Luciano tomó las llaves y salió. Dentro del arca, sobre la ropa blanca y apretada, se leía en un papel escrito: "en la puerta de la calle, debajo del escalón grande".

¡Qué capricho de avaro! ¡Cuántas veces Dolores, sentada en aquel escalón, había estado aguardando que regresara su padre de la huerta para implorar la caridad de una peseta, de dos reales, de algo que mitigara el hambre de los hijos en los días sin trabajo!

En el alma de la mujer operábase ahora una profunda transformación. Conjurados los apuros económicos por la revelación y asentimiento de su padre, brotaba de repente en su corazón agradecido un nuevo amor sin límites, y se afanaba en prodigar cuidados al enfermo, en un ansia infinita de prolongar aquella vida que se iba hundiendo en la nada.

Luciano, bajo la lluvia, y afrontando el furor de la noche, trabajaba en la calle removiendo con un pico las piedras del escalón. Alzadas las losas, descubríase un fondo hueco y obscuro. A tientas sacó hasta tres grandes orzas tapadas con pedazos de cuero. Colocó otra vez las piedras en su lugar y se incorporó jadeante. No sentía la lluvia ni el frío. Entró en la casa, cerrando nuevamente la puerta. A la luz de un candil examinaba las orzas. Ocultó dos de ellas en la cocina, y tomando un cuchillo que había sobre la mesa, empuñábalo con la diestra para defenderse, y con la otra mano sujetaba la orza por el asa. Así hizo uno, dos o tres viajes sin despertar a los niños. El dinero quedaba bien guardado. Al regreso del último viaje escuchó a lo lejos la voz del sereno que cantaba las tres de la madrugada.

Dolores, al oírle entrar, salió muy contenta. Luciano llegaba contento también. Ya no tendría que humillarse más ante aquel don Luis déspota y grosero. Pero era otra la alegría de la esposa.

—Mi padre está mejor. Parece más tranquilo.

Luciano tuvo un estremecimiento. Acaso había obrado con ligereza precipitándose

a tomar lo que aún no era suyo. Entraron en la alcoba. El enfermo quería hablar. Su voz era fina, apagada, lejana, tal que si saliera de un hondo subterráneo.

—¿Cómo se siente usted?

El enfermo movió lentamente la cabeza. Tenía afilada la nariz, pegados los cabellos a las sienes, inmóviles los ojos, como si hubiera perdido a visión. Extendía las manos por el embozo.

—¿Dónde estabas?—dijo con claridad, como si la vida entrase otra vez en aquel organismo moribundo—. ¿Adónde has ido?

Y Luciano, acercándose a la cabecera, contestó ingenuamente, con una irreflexión tal vez disculpable, pero gravísima:

—He sacado el dinero...

¡Oh, qué horrible gesto se pintó en el rostro del tío *Calcicas!*

Pero como el yerno no comprendía aquella agitación repentina y aquel balbucir trémulo y confuso, llamó a su mujer, que en la cocina preparaba un líquido caliente:

—¡Dolores, Dolores!

Cuando la hija entró, el enfermo estaba en período agónico.

—Me quería hablar, y de repente...—dijo Luciano.

—¡Padre, padre!—gritaba Dolores... ¡Padre, padre!—repetía con ansia, rugiendo como una fiera herida—. ¡Padre, padre!

El tío *Calcicas* no hizo ya signo ni moviento alguno. Dolores, abrazada al caliente cadáver, seguía llamando a su padre, y decía:

—¡Ahora que íbamos a ser tan felices!...

Afuera Luciano, avergonzado como un criminal y emocionado por los gritos de su mujer, hacía esfuerzos por contener las lágrimas.

ROBERTO MOLINA.

EL ENTUSIASMO

El entusiasmo es la espada mejor para el combate de la vida.

El hombre grande es el hombre a quien todo produce un vuelco de emoción.

Sentirse arrebatado por el simple espectáculo de las cosas es conocer de golpe la importancia, la significación, el secreto de la realidad.

Porque la vida no es una ciencia sino un arte; hay que sentirla en vez de razonarla.

Para vivir es preciso ante todo sensibilidad. Estamos llenos de fórmulas y abstracciones; nuestra filosofía es una escuela de falacias y orgullos; ahogamos las sencillas verdades bajo un turbión de palabras engañadoras y abandonamos las fuentes eternas de la alegría, los bienes fundamentales.

Duros y esquivos a la enseñanza de la naturaleza, dejamos pasar el silencio del río caudaloso de las más fuertes y hondas sensaciones.

La vida es buena o mala, triste o alegre, según el cristal con que se la mire. ¿Por qué mirarla con ojos turbios?

Ni aun el dolor merece desdén ni rebeldía, ya que es la fuente del amor eterno.

Cuando lleguemos al final de la jornada, de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios y abrasado nuestras mejillas y arrancado al alma una chispa de luz.

El único bien que me queda en el mundo—ha dicho un poeta—es el haber llorado algunas veces.

RICARDO LEON.

ESCUELAS DEL HOGAR

Por una paradoja inexplicable en España, que tiene la mujer fama de casera y familiar, es el país en que menos han logrado implantarse las Escuelas del Hogar. Ha sido para nosotras más fácil ir a los institutos y las universidades que crear una enseñanza práctica que eduque a la mujer para su misión de directora de la familia y que sepa serlo de un modo consciente.

Una escuela del hogar no es un instituto de enseñanza de Gramática, Geografía, Matemáticas y demás materias de cultura que la mujer aprende en otros centros destinados a distinto fin. Que la mujer es culta se supone. No va allí a aprender esas materias, sino a aprender lo que es necesario, además, para regir una casa.

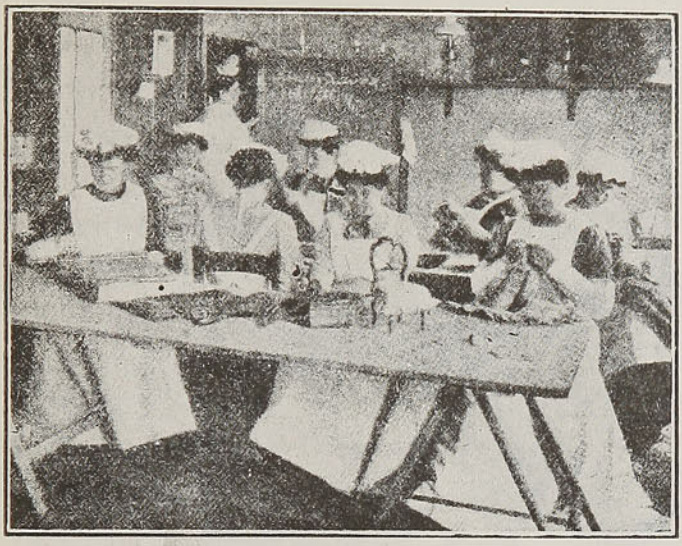
A pesar de las distintas formas de organización de estas escuelas, la nota predominante en ellas es la de estar formadas como un verdadero hogar. Un hogar en el que la dueña tuviese que bastarse a sí misma, sin imponer a otras la servidumbre, y que, por lo tanto, tuviese que entender de todo y no arredrarse ante lo cruel del trabajo.

Así, por ejemplo, la Escuela Nacional de Cocina y Economía doméstica de Londres, "The National Training School of Cookery and other Branches of domestic economy", tiene un curso de alumnas internas donde se hace la vida de familia y se aprende lo que a ella se refiere. Las alumnas de estos cursos guisan, laban, planchan, cosen y cortan sus ropas; arreglan sus trajes; hacen las compras necesarias, llevan la contabilidad doméstica, aprenden los principios necesarios de química aplicada a la alimentación y las reglas de higiene que no deben ignorar. En los ratos de ocio cada una se dedica, como en la propia casa, a su ocupación favorita, a labor. música o lectura.

Alumnas de una Escuela del Hogar danesa

Hay otro curso externo en el que aprenden la cocina del obrero, la de la clase media, la alta cocina y la preparación de alimentos a propósito para niños, enfermos y ancianos. Después de

estos cursos se da un diploma que permite aspirar a plazan en escue as de esta clas , y que facilita grandemente la colocación de las diplomadas.



Alumnas de una Escuela del Hogar Inglesa

Existen, además, un curso elemental para niñas, externas, y unas lecciones públicas a las que pueden asistir señoras deseosa de adquirir estas lecciones útiles o de aprender a preparar determinado platos. Este curso es teórico y práctico; la profesora explica la fórmula y luego la ejecuta a la vista de todos.

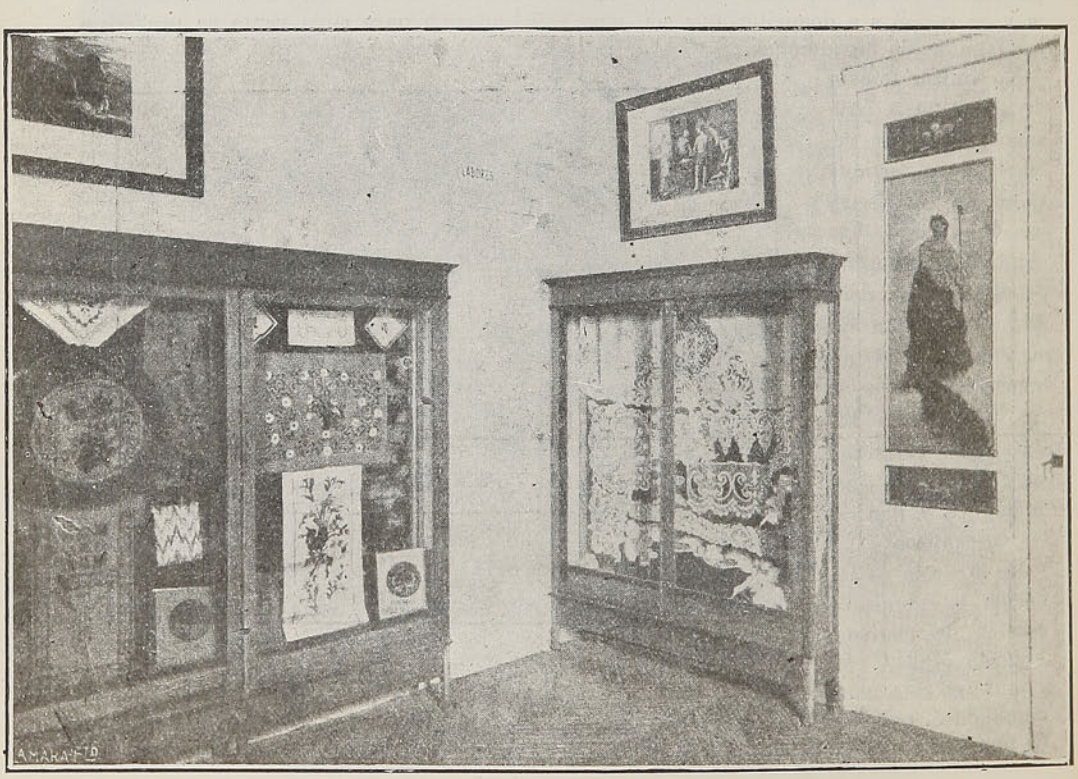
Es un espectáculo maravilloso el de la actividad de este escuela, el número de alumnas que guisan y preparan alimentos en las grandes y amplias cocinas, de una limpieza y de una alegría dignas de admiración. Las elegantes cocineras tienen a su disposición pinches que friegan y limpian, evitándoles ese ingrato trabajo. Las comidas preparadas se venden a precios muy económicos en un restaurant anexo a la misma escuela y en raciones a domicilio, que son muy solicitadas, y para cuya venta se prefiere a las familias de las alumnas.

En Suiza, tomando por tipo a Lausanne, donde se celebró el importante Congreso de Escuelas de menaje, hay una escuela normal de este género, donde se preparan las maestras para las innumerables escuelas que existen en todos los cantones, pues en toda escuela pública se dan estas enseñanzas.

Alumnas de una Escuela del Hogar berlinesa

En Francia es conocida la admirable escuela de madame Augusta Malle Uvois, y tanto en esta nación como en Bélgica y Alemania, los cursillos de Cocina y Economía ambulantes, que llevaban estas enseñanzas a las aldeas y cortijadas, han sido vehículos de una verdadera y útil cultura.

Un grupo de alumnas de la escuela del hogar de Madrid, almorzando en el comedor de esta institución



Exposición de labores realizadas por las alumnas de la Escuela del Hogar de Madrid

Clase de bordado donde las alumnas de la Escuela de Madrid trabajan al aire libre

Paso sobre esto para detenerme en una de las Escuelas del Hogar más perfectas que he conocido, después de visitar las anteriores y las de Suecia y Noruega. Es una Escuela del Hogar en Copenhague, que visité bajo los auspicios del representante de España, señor López Aguera.

Es el ideal y el tipo de las escuelas de este género. Situada en las afueras, con una inmensa huerta y jardín, las habitaciones para las alumnas son pabellones en los que cada una tiene su habitación. Cada pabellón tiene capacidad para ocho alumnas, que forman una familia. De esta familia, cada una tiene a su cargo una ocupación semanal. Una hace las compas, lleva las cuentas y dirige a las demás; otra va a la cocina, con las de los otros grupos, y prepara la comida: otra ha de cuidar del lavado; la otra de la plancha; ésta de hacer las camas; aquella de enumerar, quitar manchas, etc.

La salida de clase en la Escuela de Madrid

Las restantes cortan, cosen y componen las prendas de vestir. Cada semana se cambian las ocupaciones, y dos de cada familia pasan a formar parte de otra familia, para mantener en todas el mismo afecto y cordialidad.

No olvidaré nunca el espectáculo de aquella escuela alegre, clara, llena de fraternidad y de risas, en la que un grupo de jovencitas lavaba y tendía las ropas al aire libre un con regocijo que hacía fiesta de su ingrata tarea. Todas iban tocadas con gorros blancos, esos gorros blancos que sustituyen a los pañuelos mal enlazados con que se cubren la cabeza las dueñas de casa en los días de limpieza. Porque la Escuela del Hogar parece que despoja de su rudeza los trabajos y que se adquiere, al mismo tiempo que la maestría para ejecutarlos, la gracia y cierto coquetería que hace los hogares agradables y amenos.

Esas mujeres, al par que parecían prepararse para una vida práctica, parecían también prepararse para algo así como el amor, un amor seguro, fundamental, que no excluye el encanto; algo que triunfa de la monotonía de las tareas domésticas y da a la mujer cierta categoría de colaboradora en el trabajo cotidiano, como si todas las labores se realizasen al desempeñarlas sabiamente.

Aquella escuela del hogar no era un colegio con disciplina, ni siquiera una escuela profesional: era una congregación de mujeres para hacer la vida fácil y agradable, como un milagro que hicieran sus manos.

Ninguna casa tan agradable, tan limpia; la cocina de cobres relucientes que parecen ser sólo un adorno, como esas habitaciones típicas que se conservan en los museos.

Las ropas tendidas, blancas y finas como ropas de escaparate, y, sin embargo, todo eso se usa, se utiliza y su perfección es la perfección de las cosas hechas de un modo afectuoso.

A la hora del te, reunidas en el jardín ante las mesitas, puestas con manteles bordados, se veía todo el afecto que las unía, y la pureza, la sencillez de costumbres, lo llena de sanidades de aquella vida en común. Todo estaba cuidado exquisito, y las delicadas manos que habían confeccionado las pastas, puding y sandwiches, tocaban el piano y acompañaban el himno nacional, cuya letra, en idioma danés, se perdía para nosotros y sólo nos hacía gozar la armonía de la música y de las voces.

Entre nosotros, la única Escuela del Hogar existe en Madrid, y no se ajusta al tipo de las citadas, porque tiene que luchar con la falta de preparación y de ambiente que existe entre nosotras. Se puede decir que es un tímido ensayo; pero un ensayo afortunado por la competencia del profesorado y los excelentes resultados conseguidos.

Indudablemente, esta Escuela del Hogar está llamada a ser una especie de Normal de su ramo, para que en ellas se formen maestras y se implante una escuela semejante en cada provincia, con el fin de que se creen numerosas escuelas del hogar, como escuelas primarias, donde la mujer reciba una enseñanza indispensable en su vida.

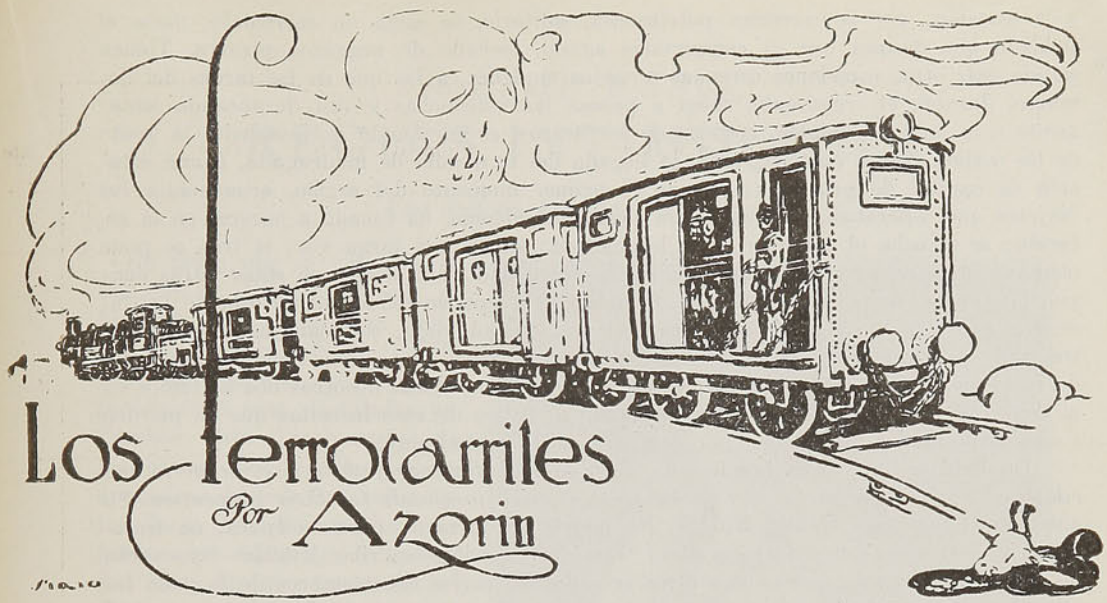
El pequeño y lindo jardín se ha dividido en lotes, sorteados entre las alumnas, que se encargan de su cultivo; y se ha implantado el sistema de dar las clases orales al aire libre, cosa que no se hace en ningún otro centro y que tan gran importancia tiene en las escuelas femeninas.

Es una mezcla de escuela del hogar, de escuelas de institutrices y de escuela de artes y oficios. Se ve que se busca una orientación, una implantación definitiva; da la impresión de un vivero del que ha de salir semilla para llenar toda la ciudad, como si tuviese una cátedra en todos los hogares.

Ese mismo complemento que forman las conferencias para la mujer, organizadas este curso, demuestra el deseo de cultura, de amplias tendencias en que la escuela se informa.

Ante este espectáculo se piensa con satisfacción que la educación de la mujer española entra en un cauce de serenidad, sin caer en ese tipo manoseado de la marisabidilla, y dejando de tener ese analfabetismo que les parecía hasta ahora como una gracia necesaria a su belleza.

CARMEN DE BURGOS



Los ferrocarriles

Por Azorín

Toda Bélgica es una gran ciudad. Todo el mundo viaja con una facilidad extraordinaria. Frecuentemente se ve a una linda joven, "elegantemente vestida", penetrar en un coche del tren. Aun estando el carruaje lleno de hombres, no haya miedo de que nadie se desmande ni haga ni diga nada que pueda ofender o ruborizar a la viajera. "Lo que en un caso igual—escribe Lafuente—sucedería en España lo puede suponer el curioso lector". De pronto el tren entra en un largo y elevado viaducto. "Espectáculo raro" es entonces ver el rápido convoy marchar por encima de los carruajes que allá abajo pasan por los arcos del puente. Otras veces el tren penetra en un túnel. "Imponente" es ese momento. El ruido de la máquina junto con el estrépito de los coches resuena hórridamente bajo la bóveda; sólo acá y allá una lucecita rompe la densa obscuridad; pasan veloces en las tinieblas, rasgándolas, las chispas y carbones desprendidos de la máquina... Y bruscamente, aparecen de nuevo la luz, el paisaje, el campo ancho y libre. ¿Qué sensaciones más gratas, más artísticas que éstas? Mesonero Romanos protestaba contra los "señores poetas" que, existiendo el "asombroso espectáculo" de los caminos de hierro, afirman que "el siglo actual carece de poesía." Describe Mesonero la poesía de los caminos de hierro en sus diversas fases, ya de día, ya durante la noche. Encantaba ese espectáculo también a Lafuente. "Magnífico y sorprendente cuadro—escribe—; mil veces aún más interesante y más poético cuando se presencia en horas avanzadas de una noche obscura". Sí; tienen una profunda poesía los caminos de hierro. La tienen las anchas, inmensas estaciones de las grandes urbes, con su ir y venir incesante—vaivén eterno de la vida—de multitud de trenes; los silbatos agudos de las locomotoras que repercuten bajo las vastas bóvedas de cristales; el barbotar clamoroso del vapor en las calderas; el zurrir estridente de las carretillas; el tráfago de la muchedumbre; el llegar raudo, impetuoso de los veloces expresos; el formar pausado de los largos y brillantes vagones de los trenes de lujo, que han de partir un momento después; el adiós de una despedida inquietante, que no sabemos qué misterio doloroso ha de llevar en sí; el alejarse de un tren hacia las campiñas lejanas y calladas, hacia los mares azules. Tienen poesía las pequeñas estaciones en que un tren lento se detiene largamente, en una mañana abrasadora de verano; el sol lo llena todo y ciega las lejanías; todo es silencio; unos pájaros pían en las acacias que hay frente

a la estación; por la carretera polvorienta, solitaria, se aleja un carricoche, hacia el poblado que destaca con su campanario agudo, techado de negruzca pizarra. Tienen poesía esas otras estaciones cercanas a viejas ciudades, a las que en las tardes del domingo, durante el crepúsculo, salen a pasear las muchachas y van devaneando lentamente a lo largo del andén, cogidas de los brazos, escudriñando curiosamente la gente de los coches. Tiene, en fin, poesía, la llegada del tren, allá de madrugada, a una estación de capital de provincia; pasado el primer momento del arribo, acomodados los viajeros que esperaban, el silencio, un profundo silencio, ha tonado a hacerse en la estación; se escucha el resoplar de la locomotora; suena una larga voz; el tren se pone otra vez en marcha; y allá a lo lejos, en la obscuridad de la noche, en estas horas densas, profundas, de la madrugada, se columbra el parpadeo tenue, misterioso, de las lucecitas que brillan en la ciudad dormida: una ciudad vieja, con callejuelas estrechas, con una ancha catedral, con una fonda destartalada, en la que ahora, sacando de su modorra al mozo, va a entrar un viajero recién llegado, mientras nosotros nos alejamos en el tren, por la campiña negra, contemplando el titileo de esas lucecitas que se pierden y surgen de nuevo, que acaban por desaparecer definitivamenté.

En 1846 se publicó en Londres un libro titulado *Railways; their rise, progress and construction; with remarks on railway accidents and proposals for their prevention.* Su autor es el ingeniero Robert Ritchie. No podría encontrarse, para su época, un tratado más completo sobre ferrocarriles. "Los ferrocarriles—escribe Ritchie—removerán los prejuicios y harán que unos a otros se conozcan mejor los miembros de la gran familia humana; tenderán así a promover la civilización y a mantener la paz del mundo." Cinco años después, en 1851, el mismo año en que se inauguraba el ferrocarril de Madrid a Aranjuez, se publicaba una *Guía* de esta última ciudad; la publicaba Francisco Nard. Lleva como apéndice esta *Guía*—dedicada a los viajeros del ferrocarril—un apéndice en que se hace la historia de los caminos de hierro, y especialmente la del novísimo de Madrid a Aranjuez. El autor canta entusiasmado las ventajas de los nuevos caminos. Sus resultados serán incalculables para las relaciones internacionales y para el bienestar de los pueblos. "A los caminos de hierro—dice el autor—deberemos lo que hasta aquí no han podido conseguir ni los más profundos filósofos ni los diplomáticos más hábiles". Cuando en una semana se pueda recorrer toda Europa, conoceránse mejor los nacionales de todos los países, podrán unirse todos con otros vínculos distintos de los de una falaz diplomacia. Se establecerá entre todos una mancomunidad indisoluble de intereses, ideas y simpatías. "En fin—termina el autor,—será tan difícil hacer la guerra como es hoy mantenerse en la paz; y los pueblos, tendiéndose las manos, serán felices merced a los caminos de hierro".

No podían sospechar el ingeniero inglés y el escritor español—así como todos los que hablaban en el mismo sentido allá en el alborear de los caminos de hierro;—no podían sospechar, al hacer a los ferrocarries propagadores de la paz universal, el alcance de sus palabras: alcance en sentido opuesto, negativo. Cuando ante el amago de una guerra—dice hoy el proletariado internacional—podamos hacer que cesen de marchar los trenes, la paz del mundo será un hecho. Los ferrocarriles serán la paz.

⚜ ⚜ ⚜

DESDE RUSIA

REGIAS INTIMIDADES

Una antigua, pero sugestiva crónica

En tanto que se urbaniza la Comunidad Petersburguesa, se ha dado una disposición bienhechora para la infancia: la de que asilos, escuelas y *cunas* del proletariado sean instalados en Zarskoe Sielo. Los palacios de la realeza, los jardines, que, apenados, dejaron los hijos de los Zares, hoy desterrados; los bosques saludables que se extienden hasta Danloz, aromando residencias amables; todo el *confort* y las bellezas creadas y cultivadas por dos siglos de autócratas se pondrán al servicio de la exangue descendencia proletaria.

Como cada Zar o Zarina, cada gran duque o gran señor derrocharon sus dineros en edificar y acomodar a su gusto sus palacios y jardines, van a tener los chiquillos pobres sorpresas encantadoras, y van a aprender gráficamente la historia de su patria. En los parques del gran palacio hallarán cascadas, laberintos, lagos y *montañas* rusas, que les divertirán, y en un sendero reservado, cierto monumento obscuro y melancólico. Es el que planeó la gran Catalina para enterramiento de sus perros favoritos.

La tristeza de la Emperatriz, les hizo digno epitafio en versos. Era el conde de Segur diplomático de grandes recursos intelectuales, y no le costó esfuerzo adular a la Semíramis en las cenizas de sus canes, a los que dedicó con otras expresivas, esta alada frase:

"Ici mourut zemir et les Graces en deuil doivent jeter de fleurs sur son cercueil."

También el palacio pequeño, el Alejandresky, que habitaron los Emperadores destronados, va a albergar instituciones escolares y niños pobres. Es la ministra de Instrucción Pública de la Comunidad Petersburguesa la que inicia ese cambio. La señora Gunachavska anhela dar a la enclenque chiquillería condiciones de desarrollo higiénico y de instrucción amplia. Es loable la reforma de la inteligente ministra: pero perdóneme Dios si le culpo de poner en su buen deseo hacia el proletariado una inquina profunda hacia los poseedores imperiales, y de sentir tanta satisfacción en dar buenas casas a los hijos de los proletarios, como de quitárselas a los hijos de los Zares. Ordenada la transformación de Zarskoe Sielo, por última vez las gentes curiosas entran en las habitaciones privadas de Nicolás II y su familia, que un extraño respeto revolucionario ha dejado intactas.

No corresponde en buen gusto, refinamiento y suntuosidad el mobiliario del pala-

cio al pretendido lujo asiático de la Corte moscovita. Estilo inglés moderno y algunas antiguas piezas Imperio ruso, alternando con cuadros mínimos y fotografías decoran el amplio dormitorio, que se halla en el centro de dos filas de salones, donde vivían en la intimidad doméstica el Emperador y su esposa.

Los dos lechos, que están juntos, y cubiertos con una sola colcha, de palideces rosadas, son dorados y vulgares. A la derecha del lecho que ocupó la Emperatriz vense en el muro, y de arriba abajo, leones y reliquias engarzadas en vieja orfebrería. Entre ellas, una hornacina vacía hace pensar que hubo el alivio, al partir, de llevarse alguna imagen de su devoción la triste soberana. En otro testero, y también en largo y estrecho *paneau*, hay imágenes católicas.

En el inmediato saloncillo aún se hallan en estantes y mesas los libros que leyó la Zarina. Son todos ingleses: de historia y medicina algunos, y los demás de teosofía. Muy instruída la Emperatriz, se dedicó—buscando consuelo a penas íntimas y al dolor de reinar—al estudio de los misterios índicos, iniciada por la princesa Meleza de Montenegro y su hermana, la mujer del gran duque Nicolás Nicolaewicz. *Cuando serenamente se defina el carácter de la última zarina y su influencia, se aclarará que su afición por el faquirismo y la Yoga nublaron la sana percepción de su espíritu.* Su ansia intelectual, de descubrir lo arcano, y las causas y las leyes del misterio infinitos, que es el mundo y la vida, la abstrajo, la aisló de la sociedad vana de su Corte. Entre su marido, dominado por las altas cualidades de ella; sus cinco hijos y tres o cuatro personas que compartían la intimidad de los soberanos, vivió Alicia de Hesse una existencia recóndita y mística. Su misticismo ortodoxo—con reminiscencia de faquirismo milagroso—fué explotado por palaciegos ambiciosos y políticos nefastos. ¡Pobre Emperatriz! Sobre ella han descargado los rusos su rabia de vencidos y su impotente encono de raza abúlica. La *alemanota*, a quien se culpó "de traición de Estado", fué educada en Inglaterra, y su lengua familiar es el inglés. Desde el destierro escribe, cuando le es permitido, a una linajuda dama—primera en su Corte durante años—; a su amiga maternal, como llama a dicha señora, y refiere la vida que hacen los desterrados en Toldek. "Los días son monótonos, iguales... Todos trabajamos, llenando las horas. Estos tiempos difíciles servirán a afirmar el carácter de mis hijos, que están bien y alegres, alegrándonos...

El Emperador da lecciones de historia al príncipe. De noche, él nos lee, como antes lo hacía en nuestras veladas".

Lecciones de historia del Zar destronado al heredero abrirán en el alma infantil los manantiales de la misericordia. ¿Señalarán los errores, las culpas de un sistema medioeval que Nicolás II no tuvo la intención de transformar, salvándose? ¿Cómo explicará el egregio maestro los parricidios de Pedro el Grande y de Catalina II, y el estrangulamiento del hijo de ésta? ¿Qué dirá Nicolás II a su hijo de las muertes en plena calle de su abuelo Alejandro II y su tío Sergio, despedazados por bombas?

¿Se embravecerá con odio atávico el corazón del príncipe, o la comprensión de la época moderna y el reconocimiento de la evolución social del mundo descubrirá nuevos horizontes a su porvenir?

La educación de las criaturas nacidas en el trono constituye el más árduo tema de la pedagogía, y no creo que el niño Romanoff rompa el molde dinástico, según el cual se educaron sus antecesores dos siglos.

En el palacio de Zarskeo Sielo, que la ministra republicana va a entregar al proletariado escolar, hay una prueba de que los niños de los autócratas se portan como quienes son, por muy vestidos a la inglesa que se presenten en público.

En la sala de estudio de las princesas, inmediata a los dormitorios—donde se acomodaban de dos en dos, cual hijas de burgueses en casa pequeña— hállase en la puerta interior un plieguecillo con este aviso:

"Quien entre aquí sin llamar será muerto".

La altiva y traviesa princesita que escribió tal frase se puso, inconscientemente, a tono con el bárbaro Código penal de los autócratas, sus abuelos; pero en otro país y en otra situación su alma infantil hablará de otro modo.

SOFIA CASANOVA

MODOS DE JUGARSE LA VIDA

RECUERDOS DE MILLAN ASTRAY

En el penal de Zaragoza: el primer conflicto.—La puñalada del faccioso y la intervención de "El Feo".—Explicación sentimental.—Dos momentos difíciles.—El negro orador.—Mamed Casanova, su valentía y su popularidad.—La sublevación de Santoña: Mamed y los asesinos.—En la boca del lobo.—La frialdad de Riopérez.—El triunfo de los domadores.

—Señor Millán Astray, usted, que se ha jugado la vida en varias ocasiones, jamás cuenta en sus artículos cómo se la ha jugado. ¿Me lo quiere decir?

—Hombre "Parmeno"!..' A mí la idea de que me tomen por un "guapo", o de que sospechen que yo me figuro que lo soy, me horripila. No he sido un valentón, sino un caballero, y sólo me han impulsado los estímulos del deber. Y eso me ha hecho suprimir en mis artículos cuanto pudiese parecer jactancioso'... Pero si usted se compromete...

—A todo. Transmitiré sus palabras con una fidelidad absoluta y no se ruborizará su modestia. Con que al grano. ¿Dónde lo quisieron matar la primera vez?

—En Zaragoza. Era yo muy tiernecito. Hice oposiciones, gané la plaza mejor, y cambié la redacción de "El Día"—en la que manchaba papel, enamorado del periodismo—por el infierno del penal zaragozano. Su director—su comandante, como se decía en aquella época—un andaluz muy terne, compadeciéndose de mí, al darme posesión, con mucha socasronería, me dijo que me habían engañado, porque una cosa era mandar periódico, amedrentado, entré en el establecimiento. ¡Qué terrible impresión aquélla....! Un cielo anubarrado, un patio enorme, dividido por la cuchillada de una esquina y 1.800 criaturas que se descubrieron y se formaron para oír la lectura de mi nombramiento. Lo leyó el andaluz que me dió un apretón de manos, deseándome buena suerte, y se fué en seguida, y entonces me apuntó el segundo: "Mande tocar encierro". Y murmuré la orden, y rompió a tocar la charanga y desfilaron los penados de dos en dos. No pude dormir. Recordaba las voces de los hermanos de la San de Cristo que, la víspera, habían recorrido

las calles pidiendo por el alma de un desdichado a quien iban a ajusticiar y veía a los presos todos iguales, rapados, rasurados y uniformados, y oía el ruido del agua de la acequia. Hasta quise dimitir. Pero me tranquilicé poco a poco y me animé al notar que mis pupilos se portaban como unas excelentes personas. Y pasaron los días, y fuí conociendo al personal y estudiando a los caballeros peligrosos, y ya los trataba como a corderos, cuando me enseñaron las garras.

—¿Por qué?

—Por casualidad, sin odio contra mí. Fué en marzo, el día de una fiesta cívica. Estaba yo en el Casino; me dijeron que los aragoneses y los navarros se querían morder las entrañas y aunque aquella peligrosa novedad me alarmó, me planté en el penal como una centella. Los empleados, que habían cerrado las puertas, no querían dejarme pasar; pero me impuse y entré... y se me oprimió el corazón. El patio donde corrían, bramaban y luchaban 1.800 demonios, era una sucursal del infierno. Grité y gritaron, avancé y no retrocedieron, y, no sabía qué hacer cuando un brutal banquillazo que le quitó el tubo a mi sombrero de copa, dejándome con el ala en la cabeza, me iluminó. Había que vencer a la fuerza con la fuerza, y a la temeridad con la temeridad... Y me fijé en uno de los cabecillas del motín—un hombrazo de Terazona—y empuñé una vara, y me arrojé sobre él, decidido a morir si no restablecía el orden y a los cinco minutos los mil ochocientos demonios eran mil ochocientos infelices.

—¿Y le guardó rencor el hombrazo?

—No. Era muy valiente y muy noble. Y como se me rindieron también sus rivales en guapeza, habría vivido en paz si no me hubiese asechado la malevolencia de un miserable. Este miserable, Florencio Navarro, antiguo soldado del cabecilla carlista Rosas Samaniego, era uno del montón, porque para distinguirse por valeroso en presidio hay que tener muchas agallas. Le castigué, salió muy sumiso del calabozo, y una mañana, a la hora del rancho, mientras le enseñaba yo un detalle del penal a un forastero, saltó sobre mí a traición y me hirió con un puñal en la espalda. Por fortuna no fuí yo el que rodó muerto. ¿Y sabe usted por qué no caí atravesado? Porque desvió el arma Ramón Huson, "El Feo". Sí, hombre, "El Feo". El protagonista de una novela de Francos Rodríguez y de un drama del pobre Dicenta.

—¿"El Lobo"?

—Justo. Aunque Huson era hombre de pésimos antecedentes, le hice entrar en mi despacho y le dí las gracias. "Cuenta con mi ayuda. Si no le hubieras desviado el arma a ese cobarde no viviría yo". Fué tan grande la frialdad con que me replicó, que me asombré: "Se diría que sientes que me haya salvado". "Sentírlo, no lo siento. Ahora que yo no pensé en usted. Pensé en su hija, en su Pilarica..." Y me contó que un día en el rastrillo, le pidió a mi pequeñuela una cosa que nadie le había dado jamás: un beso, y que la niña se lo dió, y agregó sencillamente: "No habrá quién le toque a su padre estando yo a su lao".

—¿Y estuvo mucho tiempo junto a usted?

—Poco. Y en algunas ocasiones me pudo hacer falta. Sobre todo en los momentos difíciles de Cartagena y de Valencia. A Cartagena fuí el 86, días después de la intentona republicana que le costó la vida al General Fajardo, para meter en cintura a la gente del penal. Y la dominé porque ya tenía yo bastante habilidad y mucho crédito facilísimamente. En cambio en Valencia, estuve a punto de sucumbir. Dirigía yo a los dos mil hombres clausurados en San Miguel de los Reyes, y un día apaleó un empleado a un preso, y el preso. con el auxilio de sus camaradas, se defendió victoriosamente, y fué expulsado el apaleador. Engreídos por el triunfo, le prohibieron entrar en el patio, y decidieron suprimir los cabos de vara, y en tales momentos, al iniciarse el motín, penetré yo con el despedido.—"¡A ver! ¡A formar!" Formaron el cuadro, me coloqué yo en el centro y grité otra orden: "¡Que salga el rebelde al frente de la brigada!" Avanzó automáticamente, y me aproveché yo: "Ahora va usted al calabozo y luego veré si le han castigado con justicia".

—¿Y obedeció y le permitieron obedecer?

—Después de unos segundos de vacilación. Hubo algo como una oleada, y yo, temí que se derrumbasen las paredes vivas al cuadro para reducirme a polvo; pero no perdí la serenidad y dije torvadamente y con gran lentitud: "Cuidado con lo que hacéis". Y no hicieron nada, y fuí obedecido. Nací.

—¿Y no tardó en volver a nacer?

—Varios años. Nací por tercera vez en La Habana. Era yo secretario del Gobierno Civil y Martínez Campos, que me conocía, me envió al penal de la Punta para reprimir la insurrección. En el penal, lleno de espantosos criminales de distintas razas, había un estrépito ensordecedor cuando llegué, y a duras penas conseguí que formasen; pero se reían, borrachos, sin oírme, y unos de los caudillos de aquella chusma— un negro atlético que voluntariamente substituía al verdugo por una módica retribución—quiso tomarme el pelo: "Caye, señol, que pido la palabra". Pero le atiné con tal estacazo en la jeta, que se desplomó hecho un guiñapo. "¿Qué, hay más caballeros oradores?" Y no hubo más oradores.

—Habrá estudiado usted unos tipos soberbios.

—Imagínese. Pero nadie me ha interesado como Manuel Casanova. Cometió un homicidio, le prendieron, se escapó, anduvo mucho tiempo perseguido, y cuando se había hecho popular en toda Galicia por su astucia y por su valor temerario, le denunció un amigo suyo y le recluyeron en el penal de La Coruña. Y fué como si el demonio se hubiese metido en el penal. Le adoraban los presos, le temían los guardianes, hacía su santa voluntad. Era una especie de rey. ¡Hasta le llegó a telegrafiar al Ministro de Gracia y Justicia "prohibiéndole" que se trasladase a ciertos empleados!... Me pidieron que restableciese la disciplina en el presidio, y fuí y me apresuré a visitar a Casanova, que estaba en un calabozo amarrado en blanca y con guardia de vista... ¡Y me sorprendió de tal modo...!

—Pues...

—Porque el famoso bandolero era un niño de diez y nueve años. Un niño hercúleo, guapo, amable e inteligente. Me encerré con él—contrariando a sus carceleros, a los que mi acción les parecía audacísima—y principié a interrogarle: ¿Quién eres? Un hombre. Y usted ¿quién es? Tu jefe y el amo de aquí. Con que ¡ojo! que según te portes me por-

taré yo. Noté que se sonreía, y añadí: "Pero no tengas miedo, que mientras te sujeten esos grillos serás sagrado para mí". Y volvió a sonreírse y se incorporó de pronto, con una agilidad felina, dió un salto y se irguió frente a mí sin hierros. Retrocedí con viveza, empuñando el revólver, y se tranquilizó: "No hay cuidado, señor jefe. Es que le ha querido demostrar que para mí no hay grillos". Hablamos un rato—yo sin acritud y él con una respetuosa arrogancia—y se confió a mí: No era rebelde sino caritativo, y perseguía

a los empleados porque maltrataban a los reclusos. A él no, por miedo. Como él se escaparía para matar al que le denunció y a cuantos le ofendiesen... Y yo me convencí de que se escaparía, y logré trasladarlo al castillo de San Antón.

—¡Pobre Mamed! Aquel mozo guapo, inteligente y fortísimo al que los pescadores al pasar remando frente a su calabozo, saludaban con vivas; hoy, anublada su razón es una sombra de hombre. El pavor que supo inspirar le ha matado.

—Y usted ¿no la ha vuelto a ver?

Le volví a ver y en unos instantes de regular apuro. Los presidiarios de Santoña habían asesinado de dos tiros—porque disponían hasta de armas de fuego—al Director del penal, don Inocencio Alvarez, y fuí yo delegado por el Gobierno para restablecer el orden. Me habían hecho grandísimos elogios de un empleado al que no conocía, y le escogí para que me acompañase. Nos reunimos en Valladolid, le dije lo que esperaban de nosotros, le confesé que no me gustaría pedir más auxiliares y me replicó sencillamente: "Sí. Para eso, con usted y yo, sobramos". Era don Alvaro Riopérez, hoy Director de la Cárcel Modelo de Madrid. Llegamos a Santoña al anochecer. Aquella noche nos presentamos en el penal, Riopérez y yo. Entré en el calabozo, donde había doce reclusos, para averiguar cuál de ellos era el más asesino, y me encontré con Casanova, que en seguida me habló: "Don José, usté no me tomará por un cobarde. Yo mato cara a cara, no a traición". Por la mañana nos apersonamos en el patio, solos, sin tropa ni gente del penal, y nos rodearon los ochocientos reclusos, mocetones sin disciplina. que no admitían cabos de varas, que no consentían que los rapasen y que se pasaban con idéntica tranquilidad que si estuvieran en la plaza de un aldeorrio. Y eso parecía el patio, con sus mesas cargadas de comestibles, con sus bancos convertidos en mostradores de taberna, y con sus montones de periódicos. Cuando pasamos el rastrillo y cerraron la puerta detrás de nosotros, se le apagó la voz a los que pregonaban y todos quedaron inmóviles. Extinguían condena en Sontoña muchos individuos que habían estado en penales dirigidos por mí—en Ceuta especialmente—y lo que éstos habían contado unido a las referencias de Mamed y sus compañeros de calabozo, impresionó a los rebeldes. Y yo, que lo comprendí, los traté como un domador hubiese tratado a unas hienas: "¡A formar". Un grupo no se movió y Riopérez, sin alterarse, con tanta frialdad como dulzura, les invitó a cumplir la orden: "¿Os llevo a puntapiés a la fila, hijitos?"

—¿Y formaron?

—¿Qué remedio les quedaba? ¿Nos iban a matar...? Y cortemos aquí el relato, para no aburrir a los lectores.

PARMENO

EL TEATRO DE LA VIDA

EL DESCUBRIMIENTO DE LA INFANCIA

Azorín comenta en un artículo el interés creciente hacia el niño, que es uno de los rasgos de nuestra época. El hecho es indudable. Obedece a diversas causas intelectuales, morales y económicas. El desarrollo de los conocimientos ha permitido estudiar mejor la multitud de cuestiones que se relacionan con la infancia: el desenvolvimiento de la mentalidad del niño, la formación de su carácter, las etapas de la evolución física, las posibilidades de la educación. El conocimiento es de por sí *asociacionista:* un conocimiento conduce a otros, y van así relacionándose los datos adquiridos. Pero el saber tiene, además, la virtud de despertar el interés hacia los objetos del conocimiento, en la doble forma de la curiosidad y del amor. Cada saber es un estímulo para la adquisición de otros, y un llamamiento que presenta a nuestra sensibilidad las cosas que va alumbrando la luz intelectual. ¡Virtud divina del conocimiento que no se contenta con iluminar, sino que enciende la llama cordial!

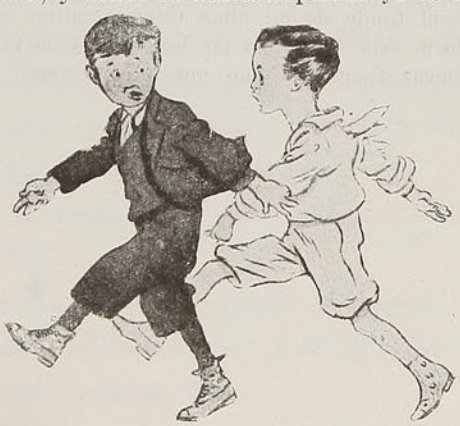
También en la atención creciente hacia la infancia influyen causas morales. Se ha afinado nuestro poder de emoción, nuestra sensibilidad ante el dolor, nuestra compasión hacia los débiles. Ello no es fruto de doctrinas, sino acumulación de herencias que han ido alejándonos cada vez más de la rudeza y barbarie primitivas. Es este el verdadero tesoro de la Humanidad, lo mejor del legado de las generaciones, la base verdadera de la civilización. Al mismo tiempo apreciamos, mejor que nunca se ha apreciado, la gravedad que tiene el traer seres a la vida; la responsabilidad que con ellos contrae, por solidaridad, la generación que los ve nacer y de la que han de ser herederos.

El factor económico, presente en todos los fenómenos sociales, actúa también en este nuevo estado de espíritu respecto a la infancia. El orden de los valores económicos ha ido modificándose y transformándose en el curso de la Historia. En nuestro tiempo, el primero de los valores económicos es el hombre mismo, por su capacidad de trabajo. La tierra, la riqueza mobiliaria, y no digamos los objetos preciosos, que son la manifestación alegórica de la riqueza, se inclinan ante él y le ceden el paso, porque el trabajo es el instrumento para la conquista de todos esos bienes, y, en los días actuales, la riqueza menos inestable. La importancia de un pueblo depende de lo que sean sus hombres. Desde el problema numérico de la población hasta la jerarquía que establece en los grupos humanos, la mayor capacidad del individuo para la vida civil, los Estados, las naciones, las sociedades humanas, están clasificados por el valor que en ellos ha adquirido el hombre.

⚜ ⚜ ⚜

Sí; el interés hacia el niño ha crecido extraordinariamente y aumentará todavía. El principal negocio de Estado, la meta de toda política constructiva será formar las nuevas generaciones. Mas no vayamos a deducir de ahí que hemos descubierto al niño. El escaso papel que representa el niño en la literatura—que es uno de los datos en que se fija *Azorín* — no debe exagerarse. Ciertos géneros literarios son nuevos, relativamente y no era posible que en sus albores abarcaran la complejidad de representaciones que permite la madurez. La literatura, como la historia, tuvo en un principio el sentido de la consagración de lo memorable, de lo extraordinario, de lo que merecía, por salirse de lo vulgar, el recuerdo de los hombres. El aprecio del espectáculo de la vida cotidiana, el descubrimiento de la poesía y del interés de lo vulgar, supone un afinamiento estético, una educación de la atención, una depuración desinteresada de la curiosidad intelectual y del sentido de lo bello, que no podían ser en manera alguna originales, porque la representación nació como una facultad segunda, como una antorcha, para guiarnos por el mundo, de suerte que nos defendiera y conservara, y ha sido menester una larga evolución para que se desprendiese de aquella servidumbre primera, se hiciese independiente y descubriese en sí riquezas y finalidades propias.

Mas todavía en ciertos géneros primitivos de literatura, en los textos religiosos y en la floresta hagiográfica, la revelación del niño se anticipa. Claro es que libros o estudios tan hondamente analíticos como los capítulos de *El Alba* en el *Jean Christophe*, de Romain Rolland, donde se pretende reconstruir la vida mental del niño desde la cuna; como el *Vingtrass*, de Jules Valles, o el *Poil de Carotte* de Renard, memorias de infancia dolorida, donde palpita una evocación autobiográfica, sólo podían producirse en una época analítica, educada en la observación, y donde se hubiese operado ya la conversión de la estética hacia las cosas humildes y comunes, hacia los hechos de la vida cotidiana.



Mas este interés creciente hacia la infancia, al preocupar al político, al hombre de ciencia, al economista, al artista, y al hacernos a todos colaboradores directos o indirectos del maestro, ¿ha de restar importancia al papel de la mujer junto a la cuna? Pensamos que no. En primer término, la maternidad es mucho más que el alumbramiento. Biológica y socialmente, la maternidad se prolonga en los cuidados que requiere la infancia. Hay como un nexo espiritual que liga al espíritu de la mujer con los primeros

balbuceos del espíritu del niño; por eso la mujer es insubstituíble en la enseñanza de párvulos. Estamos, por otra parte, en plena emancipación femenina, y el cuidado y la protección del niño es uno de los lemas más indiscutibles inscritos en las banderas reivindicadoras de la mujer. El hombre de ciencia, el estadista, el economista, el artista, consagrarán cada día mayor atención a los problemas de la infancia, ¿quién lo duda?, pero no prevalecerán sobre la mano suave y la mirada amorosa de la mujer.

ANDRENIO

⚜ ⚜ ⚜

MURMULLOS NOCTURNOS

Los árboles se estremecen con la brisa nocturna, gimen o cantan; el murmullo de las hojas semeja conversación queda y secreta en que se cuentan cuitas o alegrías. Las flores marchitas por el calor estival del día elévanse erguidas de nuevo sobre sus tallos. Otras se han cerrado para no abrirse hasta el día siguiente, con el primer beso del sol naciente.

Gran silencio, la ciudad dormida ya, nadie vela... ¿Y yo?... Sí, la misteriosa y secreta voz habla con mayor elocuencia en estas horas. Siento mayores ansias de Infinito. Y en estas vigilias en que mi alma reposa de las agitaciones del día, escucha palabras misteriosas cuya profundidad penetra mejor a solas, a obscuras y sin ruido.

El cielo cuajado de maravillosas luces suspendidas en el aire, sin que mano humana alguna las sostenga. La inmensidad del mar que diviso lejos, cuyo límite en el horizonte se pierde, y cuyo ruido único parece invadir el silencio de todos los seres y las cosas, que hablan con profundidad infinita de la inmensidad, bondad y belleza de Dios a través de las criaturas y las cosas.

Trato de descubrir la gloria del Criador.

En un ángulo obscuro de mi cuarto, cae sobre una imagen de Cristo un tímido rayo de luz plateada. El cuerpo de la imagen tórnase muy luminoso, los labios de Cristo parecen balbucir palabras que no alcanzo a percibir, me acerco, lo beso, y en el fondo de mi alma estas palabras repercuten con profundidad misteriosa: "Mi gloria está oculta en las ignominias de mi cruz". Estrecho la imagen adorada, siento nuevas fuerzas. Como nunca comprendo el valor del sufrimiento y de la cruz.

⚜ ⚜ ⚜

J. SORDO

MADRID, BARCELONA, PARIS.

CASA CENTRAL
SANTIAGO
Estado 37-53

SUCURSAL
VALPARAISO
Condell 47

"LA COLMENA"

Gran premio de honor exp. 1910

FABRICAMOS: corsés, fajas, cinturas sosténsenos, etc., etc.
IMPORTAMOS: ropa blanca fina en seda, hilo o batistas

ESPECIALIDADES

Corsés sobre medida -:- Ajuares para novia

NOTA: ATENDEMOS PEDIDOS ENVIANDO GIRO POSTAL, LETRA BANCARIA, ETC., ETC.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si **desean ser socias** activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir y las direcciones.**

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 1652. Teléfono 2700.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Especificos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

SEÑORA:

necesitamos que Ud. nos busque UNA subscriptora para esta revista.

EN HUERFANOS 1580

se reciben órdenes.

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTOÑO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

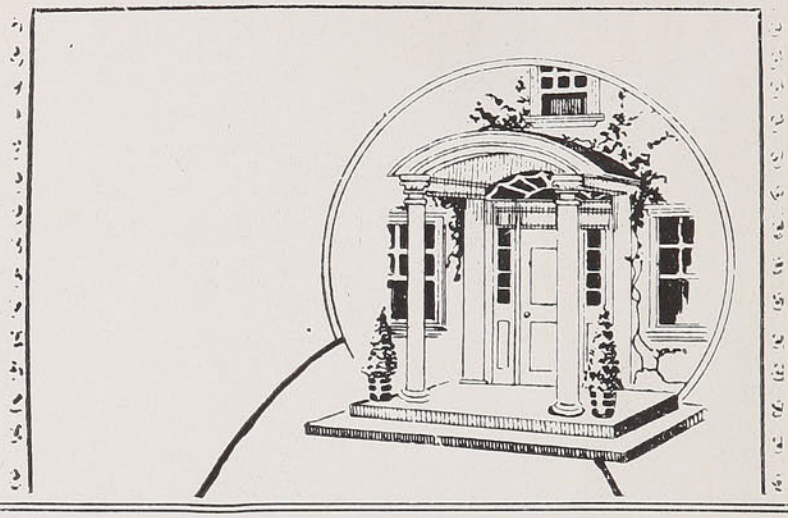
Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

RUBEN DARI

Santiago de Chile, Febrero de 1921

AÑO III NUM. 30



INSTALACIONES SANITARIAS

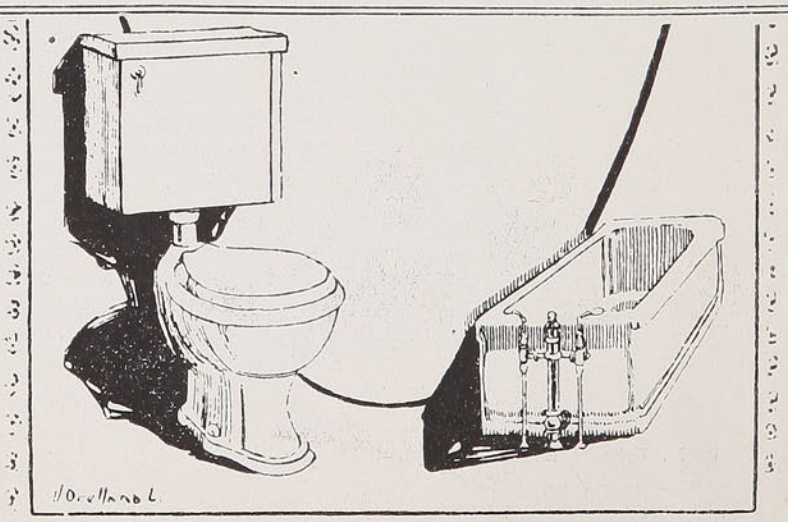
Un sello de distinción y buen gusto es el que caracteriza a nuestras excelentes instalaciones sanitarias.

Contamos para el objeto con experimentado personal y siempre empleamos en nuestros trabajos únicamente lo mejor que para estos servicios se ha fabricado.

Por cualquier instalación, sea de Salas de Baño, Calefacción Central o Servicios de Agua Caliente, sírvase consultarnos en nuestro departamento Sanitario

MORRISON Y CIA.

SANTIAGO



CASA WEIL
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

C. B—1

SEÑORA O SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS".

Unico concesionario:

Botica Francia – Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio–Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

EN MERCED, 391 se reciben órdenes

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10
Por seis meses	„ 6
El ejemplar	„ 1

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580, y la revista está a la venta en la Librería de Zamorano y Caperán.

COMPAÑIA casi Esq. PLAZA

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards.

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Enriqueta Figueroa de Guzmán Consejera			
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.a Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2a Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.a Sección	Manuel Montt	2266	242

DIRECTORAS:

NOMBRE	CALLE	NUM.	TELEFONO
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rozas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			
María Carmela Blanco de Vergara	Huérfanos		

A

Adriasola A., Briceyda.
Alamos de Castro, María.
Artigas, Marta.
A. de Valdés, Leticia.
Arrieta de Figueroa, Inés.
Alcalde de Labatut, Aurora.
Alemparte de Cerveró, Emilia.
Alamos de Vicuña, Josefina.
Azócar, Marta.
Aguirre de Ovalle, Dolores.
A. de Bulnes, Teresa
Aguirre de Montt, Teresa.
Astaburuaga de Castillo, María.
Aguirre María Angela.
Anguita de Figueroa, Julia.
Alvarez del Solar, Rosa.
Armanet de Ovalle, Mercedes.
Altamirano de Alessandri, Julia.
Aguirre de Aguirre, Isabel.
Astaburuaga de Vergara, Concepción
Adelaida H. de Phillips.

B

B. de Montero, Eugenia.
Baeza de Correa, Hortensia.
Bello de Lamarca, Matilde.
Bello de Vargas, Clarisa.
Baltra de Montenegro, Ana.
Bascuñán de Montes, Eugenia.
Besa de Armanet, Raquel.
Besa de Quesney, Ana.
Besa de Díasz, María.
Baeza de Saavedra, Elena.
Bolados de Oliva, Ana .
Badilla de Calvo Mackenna, Aurora.
B. de Benavente, Pastora.
Brieba de Phillips, Teresa.
Besa de Donoso, Luisa.
Besa de Lecaros, Inés.
Besa de Lyon, Lucía.
Barros de Jara, Sofía.
Barros de Llona, Isabel.
Blanlot de Marchant, Raquel.
Baeza de Zegers, Laura.
Baeza de González, María.
Borgoño de Barros, Laura.
Bromberg de Molina, Clotilde.

C

Cuevas de Larraín, Elena.
Castro A., María.
Castillo de Moreira, María.
Castillo de Lezaeta, Berta.
Campino de Figueroa, Elvira.
Carvallo de Pérez, Elvira.
Castillo de Ruiz, Sofía.
Cádiz de Lagarrigue, Rosa.
Correa de Cruz, Susana.
Correa de Garcés, Carmela.
C. de Bello, Matilde.
Coo de Melo, Josefina.
Cerda de Salas, Rosa.
Cortés de Aguirre, Emilia.
Costa de Anguita, Margarita.
Cavero de Lastarria, Margarita.
Covarrubias de Cruz, Sara.
Cabrera M., Clara Rosa.
Cabrera M., María Ana.
Cousiño de Haenssler Lola.

D

Domínguez de Fábres, Sara.
Dávila de Cruchaga, Victoria.
Dávila Izquierdo, Oscar.
Donoso de Vergara, María de la Luz
Del Pedregal de Cruz, Josefina.
Del Campo de Servoin, Luisa.
Donoso de Concha, Elena.
Duval de Guzmán, Eugenia.
Dublé de Tonkin, Julia.

E

Echaurren de Dávila, Amelia.
Errázuriz de Rodríguez, Ana.
Errázuriz de del Campo, Margarita.
Echenique de Costabal, Sara.
Errázuriz de Aldunate, Pelagia.
Errázuriz de Ortúzar, María.
Edwards de Salas, Adela.
Eastman de Huneeus, Sofía.
Echazarreta de Errázuriz, Amelia.
Eguiguren de Mate, Laura.
Edawrds de López, Elena.
Edwards de Pérez, Lydia.
Errázuriz de Ortúzar, Sara.
Echavarría Barriga, Sara.
Echeverría de Irarrázaval, Jesús.
Edwards, Lucía.
Eguiguren de Méndez, Laura.
Egenau de Ferrer, María.

F

Fernández de Campino Dominga.
F. de Puga Borne, Lucía.
Ferrer de Ferrer Margarita.
Fóster, Josefina.
Fóster de Reyes, Luisa.
Fóster de Besa, Teresa.
Fóster de Donoso, Ana.
Fernández de Campino, Dominga
Fresno de Armanet, Adela.
Fóster de Zegers, Rosa.

G

G. de Germaín, Bertha.
G. Huidobro de Reyes, Elisa.
Gómez de González, Margarita.
Gatica de Oportot, Julia.
G. Huidobro de Montes, Raquel.
González de Segovia, Celia.
Goñi de Baeza, Isabel.
Gandarillas de Campaña, Fidela.
González de Valdés, Josefina.

Gandarillas de Pereira, Juana.
González de Rivas, Eduvigis.
G| de Guzmán M., Magdalena.
Guzmán de Correa, Lucía.
G| Huidobro de Valdivieso, Jesús.
Gac de Correa, Carmela.
Garmendia de Concha, Elena.
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana
Granello (Sra. de).
Grohnet de Ceballos, Isolde.

H

Heen de Valledor, Vitalia.
Hernández de T., Elena.
H. de Phillips, Adelaida.
Hurtado de Concha, Mercedes.
Hurtado de Matte, Elvira.
Hurtado de Castillo, Victoria.
Huidobro de Fóster, Judith.
Huidobro de Costabal, Hortensia.
Huidobro de Cueto, Ester.
Huidobro de Solar, Tránsito.
Horman, Jorge.
Hoffman de Besa, Elvira.
Herrera de Valdés, Delia.
H. de Aguirre, Elena.
Hurtado de Edwards, Luisa.

I

Izquierdo Phillips, Adriana.
Izquierdo de Dávila, Adelaida.
Infante de Renard, Adelaida.
Izquierdo, Enriqueta.
Izquierdo Phillips, Sara.
Iñiguez de Hernández, Fanny.
Izquierdo, Mercedes.
Izquierdo de Castillo, Luz.
Isaza Barros, Raquel.
Izquierdo de Reyes, Delia.
Iñiguez de Melo, Blanca.

J

Jara G. Huidobro, Inés.

L

Letelier de Errázuriz, Ana.
Larraín de Irarrázaval, Ana.
Larraín de Echazarreta, Josefina.
Lazcano de Balmaceda, María.
Larraín de Fábres, Celinda.
Larraín de Olea, Rosa.
Lazcano de González, M. Teresa.
Lecaros de Rozas, Mercedes.
Larraín de Pereira, Luz.
Larraín de Harris, Laura.
Luco, Irene.
León Luco, Josefina.
Larraín de Ortúzar, Rita.
Lazcano de Mackenna, Berta.
Lynch de Baeza, Julia.
Larraín Bulnes, Lucía.
Lynch de Gormaz, Luisa.
Lecaros de Melo, Carmela.
Lecaros de Undurraga, Marta.
Lira de Lira, Aurora.

M

M. de Valdés, Eugenia.
María de Vicuña, Elena.
Moreira de Risopatrón, Melania.
Morel de Cerda, Sara.
Melo de Claro, Margarita.
Martínez de Loveday, Leonor.
M. de Sanhueza, Rosario.
Montes de Montes, Rosario.
Matte de Prieto, Rosa E.
Marín de Marín, Berta.
Mac-Keelar de Ossa, Adela.
Montt de Correa, Elena.
Méndez E., Adela.
Méndez E. Rosa.
Méndez E. Sara.
Menvielle de Larraín, Blanca.
Montt de Avendaño, Blanca.
Matte de Lecaros, Rosario.
Montt de Avalos, Flora.
Moreira de Cariola, Carmela.
Moreira de Puelma, Laura.
Moreira de Burgos, Ofelia.
Montt de Horman, Elvira.
Maroto de Echeverría, María.
Montt de Montt, Rosa
Morandé de Huidobro, Josefina.
Méndez de Gana, Leonor.
Manzano de Urrutia, Carmen.
Montero Fuenzalida, Amalia.

N

Navarro de Puelma, Sara.

O

Ortúzar de Valdés, Ana Luisa.
Ovalle de Mac-Iver, Emma.
Ovalle de Correa, Paulina.
Ocampo de De la Cruz, Clemencia.
Orrego Vicuña, Eugenio.
Orrego Vicuña, Fernando.
Orrego Vicuña, Germán.
Ortúzar de Tagle, Inés.
Ovalle de González, Ana Luisa.

P

Phillips, Casilda.
Puelma de Bussey, Adelaida.
Prieto de Tupper, Ignacia.
Phillips de Valdés, Isabel.
Palma de Riesco, Julia.
Pardo de Orrego, Luisa.
Phillips de Izquierdo, María.
Phillips de Lind, Mercedes.
P. de Barahona, Ester.
Prieto de Espínola, Kerima.
P. de Vergara, Joaquina.
Pérez de Carvallo, Enriqueta.
Pardo de Covarrubias, Ana.

Peró de Larraín, Elena.
Pinto de Barceló, Rosa.
Palma de Vial, María.
Pacheco de Bari, Amelia.
Lardo de Searle, Adriana.
Prieto de Noguera, Manuela.
Prieto de Alvarez, Lía.
Parga de Silva, Mercedes.
Pérez de Fierro, Inés.
Pinto de García Zegers, Nieves.

Q

Quesney de Campino, Victoria.
Quindos de Montalva, Juana.

R

R. de Prunés, Adelfa.
Ruiz-Tagle de Antúnez, Dolores.
Rodríguez de Jordán, Laura.
Rojas de de la Cruz, Luisa.
Rojas de Gaete, Rita.
R. de Espina, Elena.
Rivera de Marín, Antonia.
Rivera de Torreti Adolfina.
Reyes de Torres, Hortensia.
Rivas de Errázuriz, Inés.
Ruiz de Tagle, Josefina.
Róbinson de Barros, Sara.
Rodríguez de González, Leonor.
Rodríguez de Besa, Amalia.
Rozas de Urrejola, Mercedes.
R. de Rondanelli, Elvira.
Ruiz de Ossa, Elena.
Rozas de Larraín, Elena.
Ramos de Balmaceda, Ester.
Ramos de Balmaceda S., Rosa.
Rivas de Subercaseaux, Mercedes.

S

Saavedra de Bernales, Julia.
S. de Cavieses, Carmela.
Salas de Huneeus, Teresa .
Sanfuentes de Herquñigo, Margarita.
Sanfuentes de Iñiguez, Laura.
Sepúlveda de Marchant, Herminda.
Sotomayor de Rogers, María.
Sepúlveda de Arrau, Ercilia.
Silva de Amunátegui, Eva.
Soto de Beca, Rosa.
San Román de Magallanes, Sofía.
Sotomayor de Ramírez, Amanda.
Saavedra de Balmaceda, Amelia.
Serrano de Cabieses, Carmela.
Salcedo de Cerda, María Mercedes.
Serrano de Santa Cruz, Matilde.
Soto Rojas, Magdalena.
Sánchez de Arnolds, Mercedes.
Subercaseaux Rivas, Eugenia.
Solar de Fernández, Lucía.
Solar de Bascuñán, Delia.
Stuven de Ossa, Sara.
Tagle de Escobar, Blanca.
Tagle de Vergara, María.
Toro de G. Huidobro, Luisa.
Toro de Phillips, Adriana.
Toro de Izaza, Carmen.
Troncoso de Costa, Laura.
Torres de Rodríguez, Filomena.
Tupper de Cuevas, Elisa.
Tupper de Izquierdo, Hortensia.

U

Undurraga de Arteaga, Matilde.
Ureta de Aguirre, Virginia.
Urzúa de Latham, Luisa.
Ugarte de Baeza, Adelaida.

V

Valdés de Bascuñán, Amelia.
Vicuña de Pinto, Carmela.
Valledor Sánchez, Elvira.
Villegas de Rojas H., Elena.
Valdés de Larraín, Elena.
Valledor de Fuenzalida, Laura.
Valdivieso de Recabarren, Rosa.
Vicuña de Orrego, María.
Vergara de Barros, Sara.
Varas de Infante, Ana.
Vial de Ugarte, Mercedes.
Velasco de Rogers, Emma.
Vicuña de Charlín, Paulina.
Valdés de Prado, María.
Varas de Huneeus, Laura.
Verdugo, Juana.
Vicuña de Matta, Elvira.
V. de Moraga, Isolina.
Velasco de Infante, Amelia.
Volarín, Adelaida.
Videla de Velasco, Amelia.
Vergara de Rodríguez, Inés.
Vergara de Vidal, Albina.

W

Walker de Freire, María.
Walker de Méndez, Nieves.

Y

Yáñez de Echeverría, Flora.

Z

Zaldívar de Altamirano, Elvira.
Zegers de Covarrubias, Manuela.
Zañartu de Tagle, Raquel.
Zegers de Echenique, Isidora.
Zañartu de Besa, Elena.
Zuazagoitía, Luisa.
Zuazagoitía, Victoria.
Zuazagoitía, Lucía.

LA CRUZ BLANCA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO III | Santiago de Chile, febrero de 1921 | NUM. 30

SUMARIO

	Págs.		Págs.
LA DIVINA FAZ DE JESUCRISTO..	202	LAS GOLONDRINNAS EN EL CALVARIO	222
LOS BAILES MODERNOS	211	SOR MARIA AMADA DE JESUS....	225
ALFONSO XIII	217	UN SERMON	227

LA AUTORA DE UN LIBRO FAMOSO

Madame Augustus Craven, (nacida de la Ferronnays), autora del libro tan conocido y admirable **"Le récit d'une soeur".**

LA DIVINA FAZ DE JESUCRISTO

Viva ha sido la discusión que, acerca del tipo de Jesucristo, han venido sosteniendo teólogos e historiadores de todos los tiempos.

Autoridades como Tertuliano, San Cirilo y la Iglesia Africana, han venido suponiendo, apoyados en ciertas profecías, que su rostro debió ser de escasa belleza.

Contra la opinión de los que así piensan respecto a la figura del Salvador, otros autores místicos abogan en sentido contrario, asegurando que el rostro y continente del Nazareno fueron hermosos. San Anastasio, San Ambrosio, Justo de Urgel y otros muchos, especialmente los Padres de la Iglesia Asiática, así lo dicen, siendo de esta misma opinión todos los padres de la Iglesia de Occidente, quienes, de acuerdo con San Carlos Borromeo y lo que la Antropología nos enseña, suponen que todo espíritu superior, toda elevada inteligencia, rara vez se cobija en cuerpo maltrecho y rostro feo.

La influencia de Jesús en las multitudes antes de exponer sus doctrinas, indica claramente que su rostro y su figura tuvo una irresistible simpatía.

En una descripción, muy atinada, que Lentalo hace de la figura del Hijo de Dios, nos asegura que era alto, de proporciones regulares, de ovalado rostro, aguileño, ojos garzos, pelo largo y ondeado de nazareno, barba partida y no muy poblada; caracteres todos que corresponden al tipo semítico primitivo, raza cuyos lineamientos aún vemos esculpidos en los bajorrelieves romanos.

Nicéforo dice que Cristo fué de un semblante vivo, apacible, hermoso, nó redondo, bien que algo cari-largo; de color parecido al trigo colorado, pero algo moreno. Su estatura era de siete palmos; sus ojos rubios, resplandecientes y perspicaces. Las cejas muy arqueadas, la barba roja y no muy larga. El pelo, que tiraba a rubio, bastante largo, y cayendo hacia la espalda. La nariz aguileña.

Supuesto paño con que la Verónica enjugó la faz de Jesucristo. Fué hallado en la tumba de San Silvestre.

Fresco del siglo II, hallado en las catacumbas romanas, y actualmente en el Museo del Vaticano.

Según la *Histórica familia Sacra*, de Sandini (XVII; 287 y siguientes), el retrato personal del Hijo de Dios, tal como lo conservó la antigüedad y ha venido siendo trasmitido a los posteriores siglos, es el siguiente: "Un rostro bellísimo y lleno de animación y de vida; el cabello algo rubio, no muy espeso y un poco rizado; las cejas negras y un poco arqueadas. Los ojos, de color de aceituna, brillaban con una gracia admirable. Tenía la nariz recta; la barba rubia y medianamente larga; el cabello bastante largo, pues nunca tocó su cabeza la navaja ni la mano de hombre alguno, excepto la mano de su Santísima Madre durante su infancia. Llevaba el cuello algo inclinado, de suerte que su ademán no era demasiado arrogante ni erguido. Su tez era de color trigueño y ligeramente sonrosada. La gravedad, la prudencia y la serenidad se hermanaban en El y resplandecían en su semblante hermoso. En una palabra, era del todo semejante a su escogidísima e inmaculada Madre en lo corporal."

La fantasía, en lo que se refiere a particulares rasgos de la fisonomía de Jesús, vemos que ha llegado en algunos, como Nicéforo, al extremo de señalar la talla de su cuerpo.

Este hecho tiene, sin embargo, un fundamento histórico y de claro origen. La ley judaica establecía que los patrones de pesas y medidas fueran guardados en el Santuario ("Levítico", cap. XIX, versículos 35-36), y que cada familia conservara copia de ellos ("Deuteronomio", capítulo XXV, vers. 13-15)

El emperador Constantino ordenó, a su vez, que el codo, patrón del hidrómetro, con que se medían los estados de agua del Nilo, fuese trasladado del templo pagano del Dios Serapio, a la Iglesia Cristiana (Casiodoro. "Opera omnia", tomo I, página 215.)

Tal disposición mantúvose vigente en Italia hasta el tiempo de la República (Muratori. "Antiquitates Italiae", vol. II, pág. 97.) No es, pues, de extrañar que en tales circunstancias los eclesiásticos quisieran aplicar estos patrones a diversos objetos piadosos, y muy especialmente al cuerpo de Jesucristo. Supónese que para hacer cálculos apróximados sobre su talla, to-

marían como modelo las imágenes más antiguas y celebradas de Jesús; acaso la de la iglesia del Salvador, de uno de los palacios de Constantino, o quizás la del Santo Sudario, existen en la capilla real de Turín.

Quién sabe, dice un escritor, si tomando una relación proporcional de Palestina, y adoptando un número trino, determinaran la estatua de Jesús, que fijaron en tres brazas de Palestina, que equivalen a 1,6644 metros.

Son varios los códices florentinos que tratan este asunto de la talla del Salvador, y aun de la figura de su cuerpo. El Ricardiano del siglo XIV (n. 1294. c. 103), le atribuye una altura de 1,744 metros; otro "Ricardiano", del siglo JV (n. 1653. c. 56), habla de 1,60 metros; un "Laurenciano", de la primera mitad del siglo XIV, nos da la medida de tres brazos florentinos, o sea tres veces 0,584 metros; esto es. 1,752 metros.

Claro está que tales medidas del divino Cuerpo, a pesar del fundamento histórico en que parecen basadas, no por eso dejan de ser otra cosa que piadosas suposiciones de lo que pudo ser.

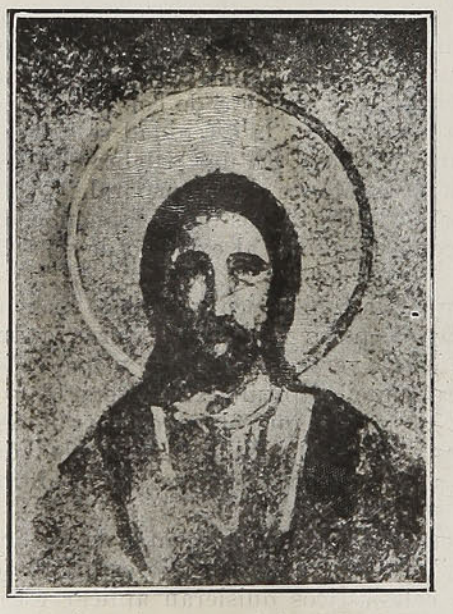
Por lo que se refiere a la historia de la iconografía convencional de Jesús en el arte, mucho, muchísimo es lo que se ha escrito y sigue escribiéndose desde el invento de Guttemberg.

Buenas obras de consulta son para los que quieran enterarse con algún detalle de este asunto, la de Lipsius, "Cristusbelder", editada en Berlín, 1897; y la de Hopenot, "Le Crucifix dans l'aime des saints, et dans notre vie". París, 1903.

Otros más han escrito mucho, y algo bastante curioso, sobre esta materia.

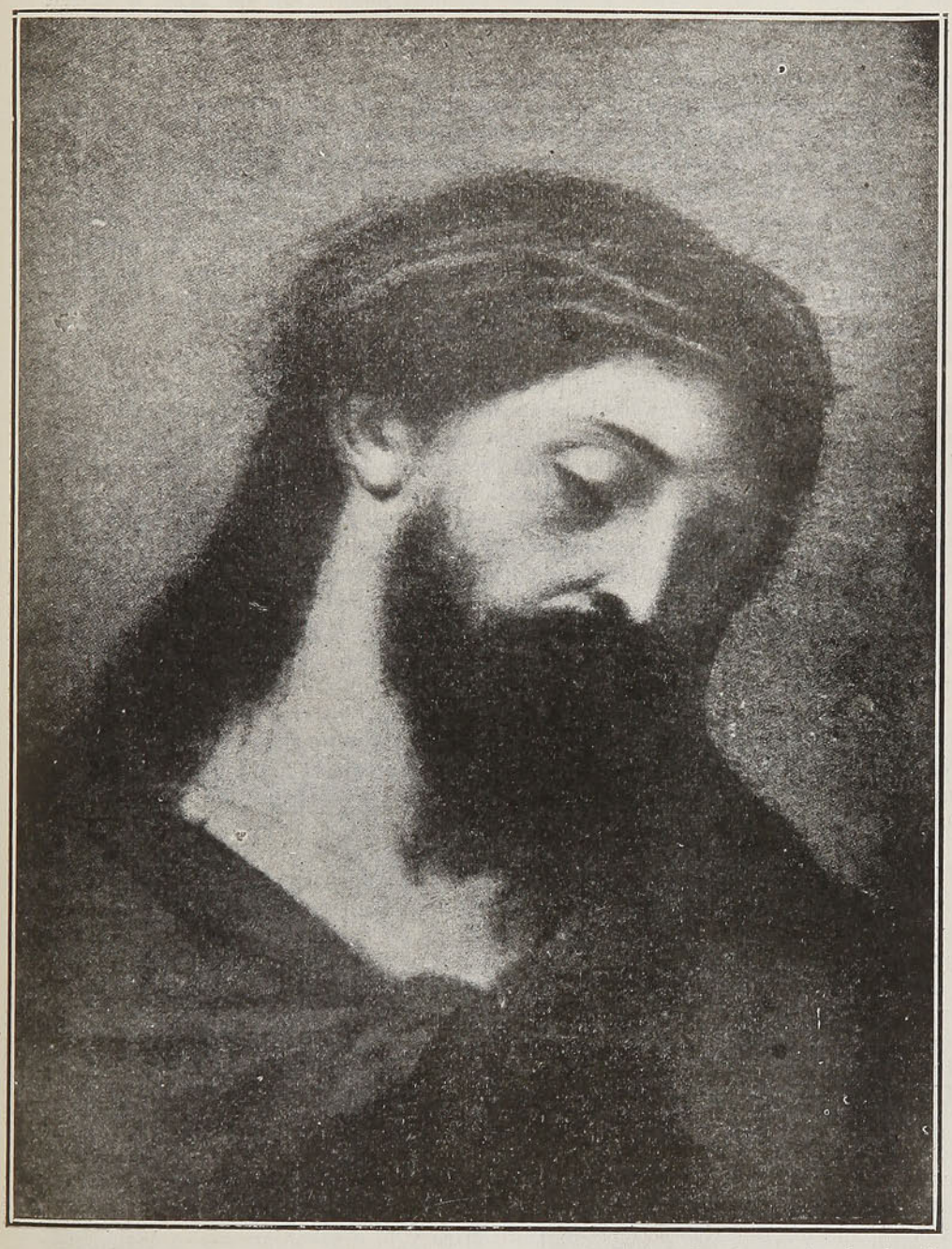
Winkelman, que ha hecho la historia crítica de todos los tipos que de la Augusta Figura de Cristo, han compuesto los más célebres artistas del mundo, dice que ninguno le satisface como tipo de semejanza.

Got Reiskii y otros muchos escritores han venido haciendo, a su vez,



Mosaico bizantino del siglo II. En el Tesoro de San Marcos. Venecia.

Cabeza de Jesús. Cuadro de Miguel Angel



Ecce-Homo, de Murillo. Existente en el Museo del Prado.

concienzudos estudios sobre este debatido asunto, no faltando entre ellos algunos pretendidos eruditos que se atreven a afirmar que todas las figuras que artistas de diferentes épocas han venido dándonos como imagen verdadera del Hijo de Dios, entre ellas las que se atribuyen a Nicodemus, resul-

tan apócrifas y sin ninguna razón de verdad, pues creen no llegó a existir retrato auténtico del Divino Crucificado.

Grande es el atrevimiento de estos pretendidos sabios que, así, en absoluto, creen poder aseverar que cuantas imágenes hasta nosotros han llegado como representaciones fieles de la verdadera efigie del humilde Nazareno, sólo son caprichosas creaciones de piadosa fantasía artística.

Difícil, si no imposible, la empresa de asentar, con pruebas históricas y arqueológicas que satisfagan las exigencias de la moderna críítica, afirmaciones definitivas y documentadas de la verdad histórica sobre este asunto; muchos son otros, sin embargo, los críticos y eruditos que han venido mirando con mayor interés y respeto los retratos del Santo Sudario, y el que de Jesús existe en el cementerio de Domitila, los cuales dan alguna clara noción del tipo tradicional que, generalmente ha sido seguido por la mayor parte de los artistas en sus obras del Crucificado.

Otra interesantísima imagen de Jesús Nazareno, también muy respetada por la tradición, es la que en la actualidad se venera en una iglesia de Génova. Encuadrado en rico marco lleno de relieves y arabescos, consérvase el precioso lienzo, cuya historia es bien accidentada, y acerca de cuyo origen acaban de encontrarse en muy reciente fecha año 1906, curiosísimos datos El abate Golfe halló, en Egipto, un manuscrito griego, en piel de gacela. Su interpretación es la siguiente: "El rey Abgar, de Edeso, creyendo en los milagros que operaba Jesús, pidióle salud. Restituyósela el Hijo de Dios y, agradecido el monarca, quiso tener un retrato de su Salvador. A fin de lograrlo, envió al templo un mensajero. Al escuchar su misión, el Señor sumergió su rostro en el agua, enjugándose con un lienzo, en donde para siempre quedó impresa su Santa Faz."

Lo verdaderamente interesante de este relato es que su texto conviene con la historia del retrato de Génova, conservado en Edeso hasta el siglo X, en que lo robaron los mulsulmanes. Dos centurias más tarde, Romano, emperador de Bizancio, trasladó este lienzo a Constantinopla, desde donde fué después llevado a Italia.

Del otro no menos curioso retrato de Cristo nos hablan también los eclesiásticos escritos: nos referimos al denominado "del olivete", impreso, según los indicados textos, en un lienzo con que el Nazareno se limpiara el rostro cuando comenzó en la cruenta agonía de rezos y súplicas a su Padre, "a sudar sangre". Este lienzo, según afirmación del P. Crettero, se venera en Baviera.

Dicen también los viejos escritos, que el año 32 se hizo, por orden expresa del emperador Tiberio César, en forma de camafeo, otro retrato de Jesús, de altura de metro y medio por medio de ancho, el cual retrato pasó de Roma a Constantinopla, donde fué conservado hasta que se le ofreció al papa ¡Urbano VIII.

Avalorando estos antiguos gráficos de la divina faz del Salvador, existen diferentes documentos que, si bien no se consideran canónicos tienen al menos la fuerza y autoridad de las tradiciones seculares. Y según éstas si la forma es como el medio de expresión de la alta o baja misión de los seres, y la belleza humana es la perfección anatómica y la desemejanza con las formas animales la figura de Jesús es indudable hubo de ser de una belleza casi perfecta y absoluta. La raza a que perteneció bella en demasía y la grandeza de su misión redentora, debieron producir la forma de mayor perfección de cuantas han existido sobre la tierra.

Probado como queda que desde los primeros tiempos del Cristianismo,

en vida de los pripios apóstoles, figuraba ya en los mosaicos de las basílicas cristianas la imagen sacrosanta de Cristo, ¿quién de los pretendidos sabios y petulantes eruditos se atreve a afirmar que el retrato del divino sacrificado del Gólgota ha sido siempre una invención moderna? ¿Quién el que pueda negar que, desde los citados primeros tiempos del Cristianismo a nuetros días siempre hubo de existir tan veneranda imagen tal cual hoy existe?...

En todo este largo espacio de tiempo, cientos y miles de artistas de diferentes nacionalidades y religiones han venido reproduciendo el retrato del Salvador, y es verdaderamente asombroso que casi la totalidad de las figuras reproducidas acusen una asombrosa semejanza. Yes que, indudablemente, todas, o casi todas esas figuras, fueron copiadas de un mismo modelo.

Después de las crueles, sangrientas persecuciones que siguieron a los prédicas cristianas de los apóstoles Pedro y Pablo, en Roma, probado está que la imagen de Cristo fué amparadora de las tumbas de los primeros mártires.

Los frescos de las catacumbas son testimonio irrecusable de este aserto, siendo muy explicable la en un principio extraña circunstancia de que, en los frescos más antiguos, apenas si se deja ver en símbolo la figura de Jesucristo, en tanto que, ya en los siglos II y III aparecen figuras nimbadas y rematadas por una cruz. El motivo de esta diferencia lo explica claramente un razonamiento detenido de aquellas épocas de sangrientas persecuciones. Los primeros retratos pudieron ser hechos en vida de los apóstoles, cuando Pedro y Pablo predicaron en las propias catacumbas y cuando, por lo tanto, no hacía falta indicación alguna para dar a conocer la presentación del Nazareno;

Cabeza de Jesús. Estudio de Leonardo de Vinci. Museo de Breda, Milán.

Tipo de Jesús. Cuadro de Andrea de Sarto. Museo Pitti, Florencia.

después muertos los discípulos del Señor, los que en en vida hubieron de tratar al divino Maestro, para que no ofreciera duda a los demás creyentes la imagen que representara a Cristo, acordaron nimbarla con un signo, con el de la cruz, para que todos los fieles que no pudieron conocerle en vida comprendieran que aquella era la verdadera efigie del Salvador. Como, también por enpinturas de aquel a quien todos conocían como fundador de la secta tan abotonces, fuera grande el deseo de creyentes y de artistas de ordenar y hacer rrecida en Roma, con objeto de rehuir el peligro que pudiera acarrearles el verse en posesión de tal imagen, acudieron al símbolo para representar al Crucificado.

A esto obedecen las dos alegorías que se encuentran con frecuencia en los frescos de las catacumbas: en una, Cristo aparece como Orfeo, catequizando a las fieras; en la otra. llevando sobre sus espaldas un cordero herido.

Los rostros de estas dos figuras, el que representa a Orfeo y el alegórico del Buen Pastor, son los que, tanto entonces como ahora, han venido representando casi siempre, con garantía de toda autoridad el semblante del glorioso Resucitado.

Otra prueba de la autencidad que nos ofrecen tales retratos, hállase, asímismo, dentro de estos antros catacumbales.

Sabido es que los frescos s epintaban sobre las tumbas de los mártires cristianos, tumbas que permanecieron cerradas a toda curiosidad durante muchísimo tiempo es, también, que para proceder al enterramiento de aquellos primeros fieles, se acostumbraba a extender una capa de fresca argamasa, sobre la cual, después de centurias de siglos, se han venido encontrando en estos enterramientos la impronta de aquellos cuerpos. Junto a la cabecera de los muertos despojos de los sacerdotes, era costumbre colocar el cáliz que usaran como oficiantes; cáliz que era de cristal y llevaba grabadas en su base, por la parte interior, símbolos o figuras relativas a la fe cristiana. Ahora bien; como la base del cáliz hundiérse en la fresca argamasa, donde permaneciera oculta e intacta durante tanto tiempo, ha permitido, y permite, puedan verse las imágenes en ella grabadas. Y siendo, como era costumbre, en primera centuria de la cristiana Era, el retratarse, claro es que, en la base de algunos de estos vasos sagrados, se veían, junto a la imagen que representara al Salvador, el del mártir o discípulo allí inhumado.

Así vemos que entre las bases de cálices que, extraídos de las catacumbas romanas, se conservan en el Museo del Vaticano, hállasen algunos que ostentan los retratos de Pedro y de Pablo, de Juan, de Lino y de Dámaso, agrupados en medallones donde a su vez, figuraba la imagen de Jesucristo, libre de todo simbolismo. Esto hace suponer, cuerdamente en vida de los allí inhumados, no creyeron éstos necesario llamar la atención con ningún particular signo acerca de la autencidad de las personas allí retratadas.

Por si este razonamiento pareciera de débil fundamento, hay más aún para comprobar que la efigie de Cristo no tuvo por base de garantía y de verdad un solo ejemplo aislado.

Siendo costumbre pagana extender un sudario pintado sobre los cadáveres, de esta costumbre, nació la cristiana idea de envolver a los difuntos en sudarios, sobre los cuales apareciera pintada la santa imagen de que fuera "Salus infirmorum" de todo buen creyente.

De aquí los diversos sudarios pintados por artistas romanos para las tumbas de los primeros mártires del Cristianismo que yacieron en los antros catacumbales; sudarios que, en su mayor parte, se guardan muy bien en di-

El Salvador, del Tiziano. Existente en el Museo de Florencia

La santa faz. Valiosa pintura anónima.

versos templos de la Cristiandad, venerándose indebidamente como paños de la Verónica.

De uno de estos sudarios, aquél que cubriera la tumba de San Silvestre, copió, dicen, fielmente, Miguel Angel su último retrato del Crucificado, aceptando el prepotente genio de aquel hombre sin igual como buena e inmejorable la tosca figura de artista anónimo, pero que pudo muy bien ser contemporáneo del Salvador del mundo.

Aparece, pues, comprobado, con cuanto consignado queda, que, como dejamos dicho, la efigie del Crucificado del Gólgota no guarda por fundamento de autenticidad, un solo ejemplo aislado, ni una sola particular forma de arte, sino varias y distintas.

Los mosaicos de las basílicas y los frescos, sudarios y vasos sagrados de las catacumbas, dan imágenes de la sagrada faz de Cristo, tan semejantes, algunos, entre sí, que ningúncrítico que los conozca se negaría a afirmar, ante detenido estudio de todas ellas, obedezcan a un solo único original.

Sir Wyke Bayliss, escritor y erudito de reconocidos méritos, en apoyo de esta tésis sienta, en sus hermosas obras *Rex Regnum* y *The Critic*, las conclusiones siguientes: "Que tenemos una imagen de Cristo universalmente reconocida como tal, hasta el punto de que todos sabemos lo que representa. Que dicha imagen no puede ser de invención moderna, porque ya existía en tiempos del Renacimiento. Que tampoco se debe a los artistas del Renacimiento, porque conocida fué con mil años de anterioridad las basílicas. Que no pudo ser invención de los pintores de las basílicas, por cuanto ya existía en las cata-

cumbas antes de que la Iglesia Cristiana fuera emancipada por Constantino, a principos del IV siglo. Que no tuvo su origen en el siglo IV, pues se la encuentra en los primeros tiempos de dicha Cristiana Iglesia, no como ejemplo aislado, y sí en casi todas las formas de las artes pictóricas y plásticas. Que fué pintada en época en la cual el retratarse era común práctica del pueblo. Que fué grabada, como "retrato hecho en vida de los apóstoles, compañeros y discípulos de Cristo, éstos, al aceptarla como buena y exacta, y al permitir que como tal fuera grabada en sus cálices, dan con ello testimonio irrefragable de su autenticidad indubitada."

Conformes con estas atinadas conclusiones de Sir Wyke Bayliss, creemos firmemente que, tanto la Religión como la Historia y como el Arte, no han tenido necesidad alguna de inventar nada para poder ofrecer al mundo la sagrada efigie del que fuera sublime Redentor del género humno. Bastó para ello con copiar su divina faz, cuando entre los hombres habitó hecho Hombre.

* *

En época del Renacimiento del Arte, la augusta figura de Cristo surge en los cuadros de Rafael y Miguel Angel, de Alberto Durero y Correggio y y de otros diversos, insignes pintores. Todos guardan una semejanza entre sí y si retrocedemos a la cuarta centuria, donde en los mosaicos de las basílicas cristianas se ve reproducida la sagrada efigie, ejecutada por artistas de distintas procedencias y nacionalidades, veremos, asímismo, que sigue esta semejanza entre las diversas obras.

Y verse puede que mientras fray Angélico lo traslada al lienzo pintando de rodillas en su celda del monasterio de Fiésoli, Alberto Durero, el famoso grabador luterano, lo lleva a las páginas de la Biblia protestante, no siendo esto lo extraño, sino que los dos elementos, tan opuestos el uno del otro, coinciden en la expresión del rostro de sus obras.

Más aún: cien años antes de Lutero, cuando hubo de producirse el gran Cisma y Bizancio y Roma se vieron en la necesidad de separarse, dando lugar al desacuerdo entre pontífices y patriarcas, tanto los artistas latinos como los griegos, continuaron reproduciendo la imagen del Crucificado, y todos venían concibiendo la misma o parecidísima augusta faz. Quien vea el esmalte bizantino que se guarla en San Marcos, en Venecia, y pueda cotejarle con un fresco que, procedente de las catacumbas romanas, y obra de los siglos II o III se conserva en el Museo Vaticano, podrá comprobar la gran semejanza de estas dos obras, tan distanciadas por el tiempo.

Y si a más primitiva edad queremos remontarnos, aún podremos ver que la imagen de Cristo, como ya dejamos dicho, existía en los frescos de las catacumbas correspondientes a los siglos II y III de nuestra Era, en donde la figura del Salvador aparecía representada por Orfeo o por el Buen Pastor simbolismo estos que entonces, como ahora, y como seguirá siendo siempre, son los que han venido representando, en sucesivas épocas, el verdadero semblante del Hombre Dios.

Nada, pues, tuvo que inventar, como dejamos dicho, ni la Religión, ni la Historia, ni el Arte para hacer llegar hasta nosotros los rasgos fisonómicos del divino Galileo. Bastó, como dejamos manifestado, con copiar su divina, augusta faz, cuando estuvo entre los hombres, hecho Hombre.

V. de DIEZ VICARIO.

LOS BAILES MODERNOS

De la enérgica pastoral del señor Arzobispo de Montevideo Iltmo. don Juan Francisco Aragone, tomamos los siguientes párrafos:

I

La creciente ola de paganismo que avanza con vertiginoso empuje, enseñoreándose de la sociedad, adquiere todas sus formas de disolución moral en las manifestaciones de la coreografía moderna, cumplido remedo de las diversiones que caracterizaron a los pueblos más bárbaros y relajados del orbe.

Y no se califique de hiperbólica nuestra afirmación. Las sociedades paganas hicieron del placer sensual la suprema aspiración de sus espíritus, el ideal de sus iniciativas y empresas. Nada perdonaron para conseguirlo; pero a esa aspiración satisfecha, siguióle el derrumbe de todo honor, de toda virtud. Y tanto descendieron aquellos pueblos del nivel de las buenas costumbres y de las virtudes naturales, que revolcándose en el fango, se confundieron con él, y, siguiendo la voz del capricho y del egoísmo, olvidaron los dictados de la justicia y de la caridad. De aquí, necesariamente, la creación de la fuerza como norma de moralidad de los actos individuales y colectivos.

La historia, con su fallo inflexible e inapelable, comprueba ampliamente estos asertos.

Y bien: ¿qué buscan y apetecen las danzas modernas, con el conjunto vergonzoso de procacidades que las caracteriza? ¿Agradar a Dios? Huelga la respuesta. ¿Beneficiar a la sociedad? De los muelles salones de baile jamás podrán salir modelos de virtud ni elementos de labor. ¿Robustecer la salud Incontables son las víctimas de agudas y funestas enfermedades contraída con las salas coreográficas. ¿Divertirse? Un país civilizado no puede tolerar diversiones en que se juega con la modestia y el pudor.

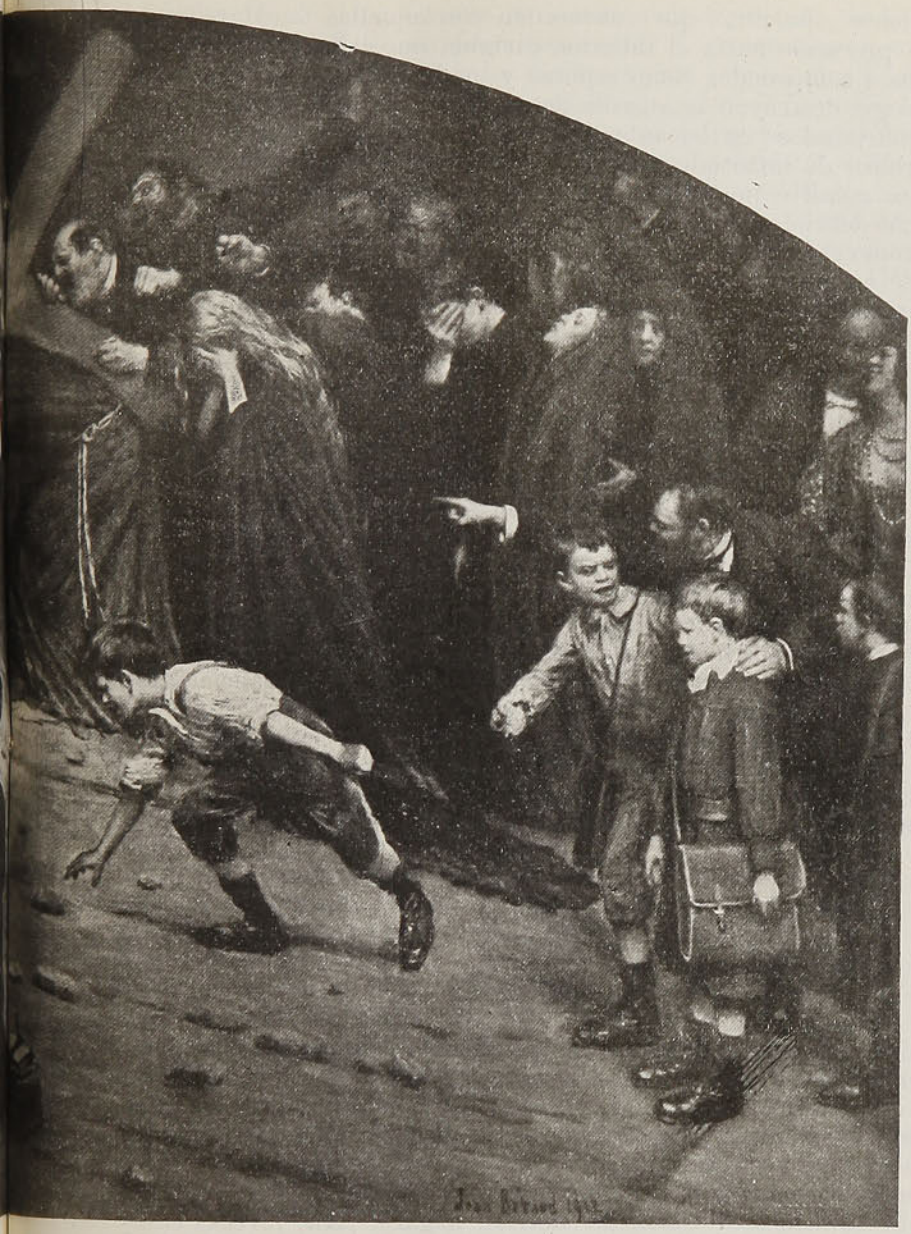
Su lógico resultado, ha de ser, pues, irremisiblemente, la relajación del bien y el aumento del vicio, en todas sus abominables manifestaciones. Con indiscutible propiedad, por tanto, podemos tildar a esos espectáculos, valiéndonos de las denominaciones que San Ambrosio aplicó a bailes de su época, semejantes a las que denunciamos: "conjunto de iniquidades, escollos de la inocencia y sepulcro del pudor".

Muy acertado andaba San Juan Crisóstomo cuando decía que "si durante la noche resplandecieran en el firmamento tantas estrellas como pecados mortales se cometen en los bailes, la noche más obscura se convertiría en el día

(Continúa en la pág. 214)

A LAS SOCIAS DE "LA

Un nuevo año empezamos juntas, dándonos a repetir con el mism
Nuestra sociedad sigue obedeciendo al designio de **salvar a la mujer**
en nosotras mismas del espíritu de sacrificio y de la capacidad de cont
Algo hemos andado, pero, mucho muchísimo nos queda todavía I
Con los ojos fijos en el Soberano Señor de las Amarguras, pidám
por nuestro desmayo, por nuestra inconstancia, por nuestro desalien
sar las filas de esos desventurados que hacen más pesada la Cruz sobre
Que del fondo de nuestras almas.—infantilizadas, como las de esc
la violencia de nuestra fe, más parezca un clamor impetuoso: **Misericor**
berla preparado con nuestro valor, con nuestra hmmildad y con nuestra



UZ BLANCA''

ritu, las mismas salvadoras palabras.
la mujer, y a esto no llegaremos sino con un cultivo jamás interrumpido
ión.
legar a la cima.
que no consienta jamás que por nuestra falta de fe, por nuestro cansancio,
por nuestra cobardía, vayan **tantas almas que pudieron salvarse** a engro-
Divinos Hombros.
os, simbólicamente interpretados por el artista—suba una palabra, que, por
Y que Dios nos las otorgue, en este año de 1921, después de nosotras ha-
anza.

más resplandeciente", palabras que concuerdan con aquellas de Marchand: "el baile es una procesión hacia el infierno, dirigida por el mismo Satanás".

No llegamos a comprender cómo esposas y madres, olvidando el decoro que su estado exige, destruyan la aureola de dignidad que debiera brillar en sus frentes, convirtiéndose en bacantes, pues tales danzas, en frase de San Agustín, "son restos de saturnales, bacanales y orgías del paganismo"; más aun: no podemos admitir, por su absurdidad inaudita, que padres y madres que, con exquisita delicadeza cultivan la mente y el corazón de sus hijas, alejando de ellas, como el jardinero de tierna flor, los rayos abrasadores del estío y los peligros de un ambiente inficionado, no tengan ningún escrúpulo, ningún temor de introducirlas, llegadas a la pubertad, en esos salones de baile, donde todo impresiona desfavorablemente los sentidos; donde todo converge a excitar las pasiones más repugnantes y a empañar, sino a destruir, por completo, la inocencia y el pudor.

¿Consentirían, acaso, esos progenitores que, en sus casas, como dice Nyssen, en sus salas, a su propia vista, un joven se permitiera con sus hijas esas libertades propias de los bailes modernos? ¿Ah, no? ¿Y por qué las autorizan en los salones de danza? ¿No adquiere ahí el peligro una potencialidad invencible, por las músicas lascivas, los trajes inmodestos, la agitación febril y el alejamiento de los danzantes de los que pueden vigilar su conducta, los movimientos escandalosos, unido todo esto a un sinnúmero de otras circunstancias más graves aun, que omitimos en obsequio al pudor y a nuestra dignidad? ¿Creen, por ventura, que sus hijas, más aún, que los jóvenes con quienes danzan están despojados de pasiones, que estimuladas por mil circunstancias graves al mal, pueden en un instante arrojarlas al abismo de la perdición? ¿Y qué decir de los maridos que consienten a sus esposas tomar participación en estas danzas? ¡Ah, cuántos crímenes, cuántas iniquidades, cuántas desgracias de todo género, capaces de helar la sangre en las venas, tienen su origen y hasta su doloroso epílogo en esas corruptoras salas de baile!

II

"¿Acaso, dirían algunos, no hemos de divertirnos?" Sí, divertíos en buena hora; pero no con menoscabo de las buenas costumbres. La ley de Cristo no condena los esparcimientos nobles, las diversiones honestas; antes bien, los aconseja y promueve; lo que prohibe, sí, y con palabras de fuego, son las manifestaciones del impudor y la lascivia, que constituyen, precisamente, la esencia de las danzas contemporáneas que reprobamos.

"Pero, replican, hemos de constituir nuestro hogar". ¡Ah, jóvenes casaderas! no es en esas danzas frecuentadas, ordinariamente, como escribe Nyssen y lo comprueba la experiencia diaria, por jóvenes disipados, irreligiosos e inmorales, a donde van a concertarse enlaces halagadores, a buscarse la felicidad para una familia. Desgraciados, por otra parte, sí, mil veces desgraciados los jóvenes que hacen su elección entre mujeres que rivalizan por su coquetería y habilidad en bailar. Una esposa amante, una compañera solícita, una madre abnegada no saldrán jamás de las locuras y lascivias de esos salones de danza.

¿Y no es el baile, insisten, una antiquísima práctica de los pueblos? ¿A qué, pues, condenarlo con tanta severidad? Ciertamente, el origen del baile se pierde en la inmensidad de los tiempos; pero siempre que ha sido motivo de perversión por sus características impúdicas, sobre él ha caído la condenación enérgica y vibrante, de todos los defensores de moralidad pública y privada.

Más aún: la razón natural protesta enérgicamente y se desata en vibrantes dicterios contra la impudicia del baile, en el seno de las sociedades paganas, por boca de sus más ilustres filósofos y oradores. Basta oír a Séneca que los bailes afeminan y corrompen el corazón; a Aristóteles, recomendar a los jueces y magistrados que prohiban el baile a la juventud; a Ovidio, poeta nada moral, llamar a los salones de bailes lugares de naufragio del pudor, y a los bailes, semillas de vicios; a Demóstenes a hacer odiosos a los que acompañaban al rey de Macedonia, por haber bailado; baste oír, como compendio de todas las citas que podríamos aducir, de lejanas épocas, la del eximio orador Cicerón, príncipe de los tribunos romanos: "No puede esto creerse (que Lucio Murena haya bailado), sobre todo en un cónsul, sino suponiendo en su conducta anterior, vicios que hagan posible tal desorden. Ninguno que conserva su dignidad baila en su casa ni en un banquete, donde reina la sobriedad, a no ser que llegue a ponerse loco o ebrio. El baile es el último de los vicios, pues los supone y contiene a todos, y es compañero inseparable de la lujuria".

¿No habéis oído ya, en el decurso de esta pastoral, la voz de los padres de la iglesia condenando y proscribiendo esas diversiones? Recordemos, sin embargo, a Tertuliano, que los llama "tiempos de Venus y cloacas de impurezas"; a San Basilio, que los califica de "fraguas de obscenidades"; y a San Cipriano, atestiguando que "esos espectáculos corrompen las costumbres, alimentan los vicios, encienden el fuego de las pasiones y manchan el corazón".

Por último, vanamente, se empeñan los defensores de la coreografía moderna en insistir que, sobre las danzas contemporáneas, no puede caer una apreciación tan severa, ya que no tienen el carácter inmoral que se les atribuye.

¿Y qué significan, preguntamos, las frecuentes recriminaciones de la iglesia, en los tonos más graves y solemnes; las palabras del romano pontífice asegurando que esas danzas destruyen los últimos vestigios de la modestia; los anatemas de los concilios, entre los cuales tienen para nosotros una importancia excepcional los del concilio de la América Latina; las enérgicas protestas de todos los obispos del orbe; la doctrina de la totalidad de los teólogos moralistas contemporáneos, los gritos de la prensa sensata, qué significa todo esto, sino una condenación incontestable de la gran inconveniencia, del peligro inminente para las buenas costumbres?

¿Qué expresan esos constantes dolorosos lamentos que levantan por todas partes, la conciencia de las familias honestas, ante los bailes del día, sino que ella se siente ofendida, avergonzada ante tales espectáculos?

No; mil veces no; una persona sensata y recatada no puede, en forma alguna, sostener, con íntima convicción, que tales bailes sean diversiones, inicuas o diferentes por el contrario, debe, necesariamente, calificarlos de bochornosos para los que se entregan a ellos y de ofensivos para la sociedad en cuyo seno se efectúan.

III

Por tanto, Nos, en nuestro carácter de pastor de las almas, cuyo bien debemos custodiar, promover y consolidar aun a costa de los mayores sacrificios, con toda nuestra autoridad:

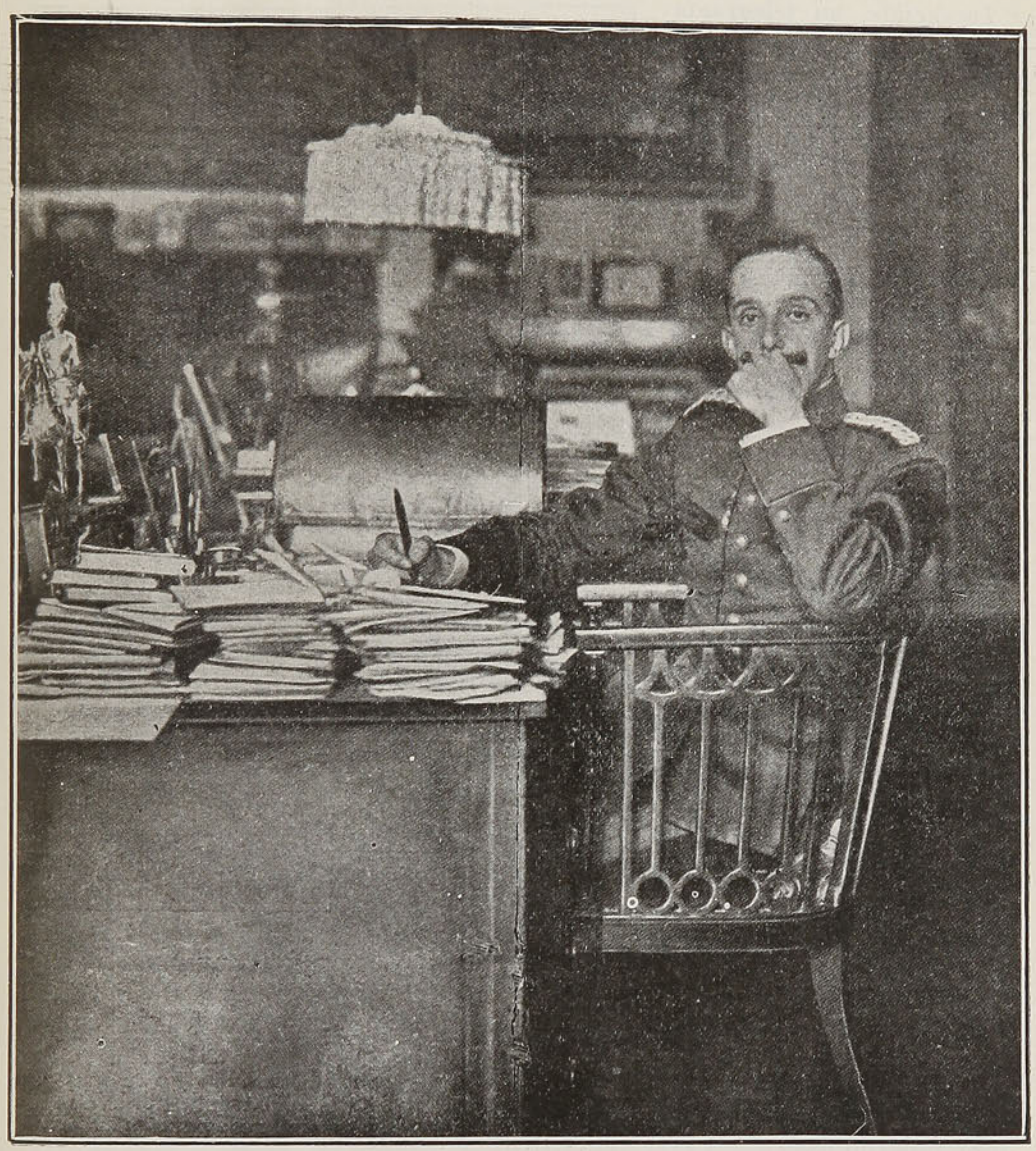
Condenamos toda tendencia a establecer o difundir e nnuestra sociedad los bailes paganos, germen fecundo de las defecciones morales más abominables.

Condenados toda tendencia a establcer o difundir en nuestra sociedad y "fox-trot", ya que ellas, entre todas las que hoy se cultivan son abiertamente reprobadas por su abierta lascivia.

Condenamos, también, los mal llamados "bailes de caridad". No podemos concebir, mucho menos aceptar una caridad bailando y desnuda, para enjugar las lágrimas de nuestros hermanos que sufren y lloran, heridos por el infortunio. La caridad, compañera de la modestia, no puede consentir que se pierdan las almas con pretexto de salvar los cuerpos.

Condenamos igualmente, los "bailes infantiles", institución diabólica doblemente reprobable, ya que a su naturaleza inconveniente se une la finalidad de corromper la inocencia de la niñez, cuyo corazón debiera ser siempre asiento de la gracia de Dios y templo vivo del Espíritu Santo. "Gravísimamente, en el Señor—como dice el concilio de la América Latina—amonestamos a los padres que no expongan sus propios hijos a tanto peligro".

Condenamos los excesos del lujo y los derroches de los bienes de fortuna, de que se hace gala en esas fiestas, rechazados, desde luego, y con sanciones terribles, por las leyes del Señor, que enseñan e imponen la modestia y la sencillez, y reprobados por las necesidades de la hora presente, tan llena de angustia y privaciones para las clases humildes de la sociedad.



El rey trabaja.—Se piensa siempre en las fiestas palatinas, en las excursiones cinegéticas en los deportes, como feliz privilegio de la realeza. Y, sin embargo, hay que pensar también en las horas silenciosas y fecundas, cuando el monarca trabaja. Algunas noches al cruzar el transeunte solitario la calle de Bailén ve encendida una luz en el despacho del monarca. Es esa luz vigilante que habla en la paz nocturna de alguien que cumple con su deber y gana su vida.

ALFONSO XIII

(Cuya próxima visita a nuestro país acaba de anunciar el cable)

El día 10 de octubre de 1912, el Rey de España y el Presidente de la República francesa firmaron en Cartagena, a bordo del acorazado inglés

Invencible, un telegrama dirigido a "Su Majestad el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña y territorios británicos de allende los mares, Emperador de las Indias."

Aquel telegrama decía lo siguiente: "Unímonos para agradecer a V. M. el haber enviado el *Invencible* a estas aguas. Hemos tenido suma satisfacción en visitar ambos juntamente este hermoso buque. Rogamos a V. M. reciba nuevas seguridades de nuestra cordial amistad.—*Alfonso; Poincaré*".

Después, un largo período de seis años hasta que el Rey de España atraviesa la frontera de su reino para estrechar la mano que firmó después de la suya y para ratificar cabalmente al Rey de Inglaterra la seguridad de su amistad.

SS. MM. los Reyes de España en 1906 en los días rosados, ilusionados, de su noviazgo en Mouriscot.

Alfonso XIII ha vuelto a cruzar las calles de París como en 1905, cuando en la de Rohan estalló entre los coraceros franceses que escoltaban el coche presidencial una bomba. Ha vuelto a visitar Londres y los lugares regios como en 1906, cuando el idilio de Mouriscot con la Princesa Ena Victoria de Battenberg, rubia, espigada y blanca como una princesita de cuento de hadas.

Entre aquel mozo de veintidós, de veintitrés años, y este hombre que ya pisa el umbral de su segunda juventud, nada parece haber cambiado. Es siempre gallardo, sonriente, afable, desenvuelto de ademanes, ingeniosa y fácil la palabra, contagiosos los impulsos de su simpatía.

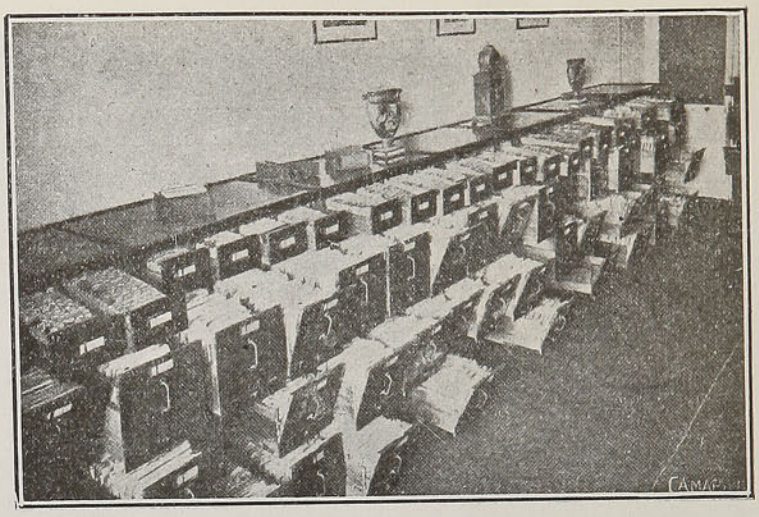
Y mientras tanto, Francia, Inglaterra, España misma, han cambiado. Las tres naciones son hoy más fuertes que en los días lejanos de las visitas de Alfonso XIII y en los más recientes de la visita de Poincaré. Francia e Inglaterra, fortalecidas por la gloriosa lucha que les otorgó el legítimo triunfo. España, por la renovación de sus energías patrias bajo la atmósfera fecunda de la paz.

El Rey ha encontrado un París distinto, un poco grave, un poco silencioso, por el cual cruzan los inválidos y las mujeres enlutadas. Luego, al visitar las regiones devastadas, al poner su pie en Verdun, la heroica, la inconquista-

S. M. la Reina de España, en la actualidad.

ble, sintió que los ojos se le turbaban de llanto.

Y entonces ha podido darse cuenta de cómo su labor de misericordia durante la guerra fué oportuna y de cómo tiene recho al respeto y la gratitud de franceses ingleses y belgas.



La antología del dolor.—En las oficinas regias, creadas para aliviar la situación de los prisioneros y combatientes de la guerra europea, lo ficheros y clasificadores de correspondencia se duplicaban, se heptaplicaban, se multiplicaban. Era una marea ascendente e incesante; todo el dolor humano que acudía en busca del rey misericordioso.

Razones de Estado, los enconados partidismos que dividieron a España durante la guerra, no autorizaban otra ayuda que la del amor a todos los que sufrían cautiverio, heridas y desamparo. Alfonso XIII, educado en el heroísmo y en la trágica época del desastre colonial, que señala precisamente el punto de partida de nuestrare novación, hubo de acallar sus ímpetus juveniles, orientados en el sentido liberal y romántico, triunfantes hoy, por fortuna, para la Humanidad. Desciñó su espada y cogió la pluma para mantener correspondencia con las Embajadas y Legaciones de todo el mundo, interesándose por la suerte de los combatientes infortunados.

Alfonso XIII conservó durante la guerra una neutralidad noble, hidalga, en la que vibraba toda la generosidad de nuestra raza y en la que se podían basar positivas garantías futuras. No fué la suya neutralidad egoísta y fría, de indiferencia contemplativa, de criterio obstinadamente contrario a toda intervención.

No. La neutralidad de Alfonso XIII tuvo una radiación expresiva de bondad. No se cruzó de brazos. Los abría a los distintos adversarios con un ademán fraternal. Practicaba la intervención cordial, efusiva, que no enviaba nuevas víctimas al otro lado del horizonte, sino servía de intermediario entre los más humildes súbditos y las más altas personalidades de las naciones beligerantes.

Hubo un tiempo en que la expansiva y natural energía de la mocedad hizo juzgar con cierta ligereza al Rey. Se hablaba de sus cacerías, de sus deportes, como de una frivolidad incompatible con la suprema dirección del Estado.

Poco a poco se llegó a la rectificación de este concepto equivocado. Su actitud frente a la guerra europea autorizó la rectificación. Debajo de los arminos latía un corazón de hombre recto, juicioso. Ceñía la corona una frente capaz de pensamientos elevados, y él, que tuvo y conserva bravo instinto de guerrero, supo posponer las marciales ansias y entregarse a una labor purificadora y dulce.

A mediados de 1915 empezó Alfonso XIII a intervenir con su clemencia en la guerra. Primero colaboró con el Presidente Wilson en el *Comité de socorros alimenticios*, que alivió los males de la cautiva y heroica Bélgica. Luego cotidianamente escribía a los jefes de los Estados beligerantes, solicitando indultos e informes de heridos y prisioneros. Cotidianamente llegaban al Palacio Real cartas ingenuas y trágicas, firmadas por madres, por esposas, por ancianos o por niños que presentían la orfandad.

Al principio se dedicaron dos salas de la secretaría particular del Rey para las oficinas de recepción, clasificación y expedición de toda esta antología del dolor. Después hubo necesidad de aumentar las oficinas. Ya eran nueve, diez, doce salas, con más de cincuenta empleados que trabajaban desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde.

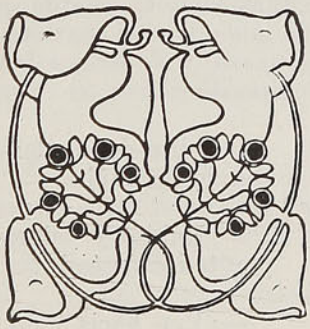
Por todo ello, en estos momentos de reconstrucción internacional, de liquidación de culpas ,purgación de errores y satisfacción íntima de aciertos, Alfonso XIII recibe en París, condecorado con la cruz de la gratitud de Francia y de la gratitud de Bélgica, a un grupo de mujeres, de niños, de inválidos, a quienes otorgó el triste y consolador beneficio de su amparo.

No será realmente Alfonso XIII de los hombres a quienes el vencido o el vencedor puedan abochornar con esta pregunta:

—Tú, ¿qué hiciste mientras nosotros luchábamos?

Porque él podrá contestar:

—Atenuar vuestro cautiverio, restañar vuestras heridas, ligar de nuevo vuestros afectos familiares, llevar pan a vuestra miseria...



LAS GOLONDRINAS EN EL CALVARIO

Sobre la cruz de la veleta que corona el rústico campanario de la aldea, el tordo solitario saluda con su penetrante silbido al rutilante disco de Venus, próximo a desaparecer entre las primeras claridades del día.

Las últimas sombras de la noche huyen ondulando entre la luz cinérea de la nueva aurora, y el canto vibrante del gallo hace desperezarse al labriego que abandona el lecho para empuñar la esteva del arado.

Alineadas como reclutas sobre la cuerda que cruza los ventanales de la granja, una doble fila de golondrinas charloteaba sin cesar, yendo desde la cuerda al interior del granero y de éste a la cuerda, que se balanceaba al peso de sus menudos cuerpecillos.

—Solito de abril
ven hacia mí!
(Decía una de ellas.)
—¡Rubito y colorado,
por todas deseado!
(Cantaba la otra.)
—¡Ven hacia aquí
pintando los campos
de colores mil!
—¡Que sí, que sí!
Que salga el sol de abril!

—¡Silencio, bachilleras! — dijo la voz de otra golondrina desde el interior del desván.

—No nos regañe, madre; queremos ver el sol, y aún no ha sonado el *Angelus*.

—Hoy están mudas las campanas: no esperéis que el tío Pedro las haga hablar sus canciones de bronce; hoy es el día triste, el día santo...

—¿Qué dices, madre?

Que hoy está muerto Dios, hijitas mías, y es día de llorar y no de reír. Hoy es el Viernes Santo.

—¿Y qué es el Viernes Santo?

—Entrad, aquí al calor que despide el grano, y madre-abuelita os contará la historia triste, el drama sangriento que hoy conmemora el mundo.

Las golondrinas abrieron sus alas y, entrando en el edificio, se alinearon en los salientes de las vigas; hasta el tordo abandonó su atalaya de la torre y vino a posarse en el alféizar de la ventana, para gozar de la narración de la vieja golondrina.

⚜ ⚜ ⚜

Madre-abuelita se situó en el centro del corro, espulgó el albo plumaje de su pechuga, y dijo:

"—Habéis de saber, hijas mías, que en otro tiempo nuestra raza era muy grande, muy poderosa entre las aves del cielo.

"Recorría sin cesar el mundo desde Poniente a Levante, desde el Mediodía al Septentrión, anunciando la época de la germinación de los frutos, de la primavera con sus galas de flores y su luz esplendente.

"De esto hace ya muchos años, más de ciento y de doscientos y de mil...

"Un día llegó a nosotras una de nuestras hermanas, que se había quedado en Palestina, un país lejano, muy lejano, mucho, mucho...

Venía sudorosa y jadeante, sin fuerzas para mover sus alas, casi apagado el brillo de sus negros ojos.

"—¿Qué pasa? — le preguntamos. — ¿Quién te persigue?

"—Nadie — nos contestó. — Pluguiera al cielo que el nebli me hubiese dado la muerte entre sus garras antes de ver lo que he visto.

"Y nos contó que el pueblo de Jerusalén, amotinado contra un joven galileo cuyo delito era predicar el amor universal, le había preso y sentenciado a muerte.

"Que aquellas carnes purísimas en las que la tersura de la juventud amasaba pétalos de rosa y alburas de perlas, estaban llagadas y sangrientas por los golpes recibidos.

"Que por mofa y escarnio, sus verdugos habían ceñido a sus sienes una corona de punzadoras espinas, y que en las hondonadas de Gólgota resonaba el golpe del martillo que labraba la cruz en la cual había de morir como un criminal el que venía a desterrar el crimen de entre los hombres.

"No quisimos oír más, y volamos a Palestina.

"Volamos sin descanso día y noche, y un viernes, a las dos de la tarde, llegamos al Calvario...

"¡Ya era tarde!

"Cristo-Jesús pendía de la cruz entre dos reos de muerte, y por su cuerpo quebrantado y cubierto de heridas, se deslizaban negros cuajarones de sangre, que iban a morir en las blancas tocas de su madre.

"¡María la mártir, la Inmaculada, la Reina del Cielo, asistía casi exánime a la agonía de su hijo divino... !

"En tropel nos lanzamos sobre la cruz y quisimos con nuestras uñas y nuestros picos romper aquellos bárbaros hierros que taladraban las manos y los pies del Santo sobre los Santos.

"Pero, ¡ay!, nuestras uñas se arrancaban y nuestros picos endebles se torcían sobre la dureza de los clavos.

"Sin desmayar en la empresa, comenzamos a levantar las espinas que laceraban la frente del Mártir, y mientras nos alentábamos unas a otras, otros pájaros de nuestra misma especie pasaban silbando entre nosotras y haciendo eco a las carcajadas y silbidos de los verdugos.

"Y tembló la tierra y estremecióse el cielo.

"Surcó el rayo de las profundidades de la nube y el sol se obscureció y abriéronse los abismos para que hasta la muerte fuera testigo de aquel horrendo sacrilegio.

"Algunas de nosotras huyeron espantadas; otras quedaron allí trabajando por disminuir los dolores de Cristo, en la única forma que era posible a su debilidad.

"Un joven que acompañaba y sostenía a la madre del Crucificado, tendió hacia nosotras sus manos y nos bendijo, diciendo:

"¡Oh, criaturas del Señor! Vosotras sois de corazón más sano que el hombre.

"En memoria de vuestra misericordia, esa sangre que mancha vuestro cuello quedará perenne como blasón de nobleza.

"Respetará el hombre vuestra vida y os tendrá como nuncio de venturas. En todas partes hallaréis hospitalidad y cariño."

Y volviéndose hacia los vencejos que continuaban gritando en torno de la cabeza del Redentor, el joven apóstol exclamó:

"Y vosotros, desgraciados, que os burlais de nuestra agonía, que vuestra planta no pueda fijarse sobre la tierra, ni halléis reposo sino en los huecos del derruído muro. Sea negra vuestra carne, como desde ahora lo será vuestra pluma, y el hombre os destruya donde quiera que emigréis en busca de hogar.

"¡Amén, amén! — dijo la voz de los ángeles.

"Y ved, hijas mías, por qué vuestro manto azul se cubrió de luto por la muerte del Justo y su sangre coagulada esmalta nuestras gargantas. Ved por qué al enmudecer las campanas el día del Viernes Santo, la golondrina debe enmudecer también y llorar la maldad de los hombres."

Calló la anciana avecilla y la bandada se recogió en silencio a los ángulos del granero, mientras la moza de la granja cantaba a media voz:

"En el monte Calvario
las golondrinas,
le quitaron a Cristo
cien mil espinas."

ANTONIO PAREJA SERRADA.

SOR MARIA AMADA DE JESUS

Hay historias de almas santas que despiertan de una manera más intensa el amor a Jesucristo y a sus santos; deseos más vehementes de sacrificarnos, y un amor mezcla de admiración, respeto y gratitud a Dios, que se comunica de tal manera con esos seres privilegiados de la gracia, que llega a transformarlos en El.

Hoy las vidas de santos no se escriben como antiguamente, ocultándose defectos, y haciendo resaltar virtudes heróicas y al alcance únicamente de los que han vencido y correspondido durante largos años a la gracia. Esas luchas de almas, tan interesantes, se pasaban por alto, dejando en la más completa obscuridad en esta materia a los que leíamos esas vidas, produciendo en nosotros desalientos, pues, como los sentimos todos, creíamos que los santos eran santos porque nacían así, sin darnos cuenta siquiera, que la misma inclinación al mal que sentimos tuvieron ellos, y que fueron santos porque a fuerza de vencimientos llegaron a dominar la naturaleza. Esto que en las vidas escritas hoy vemos y que ignorábamos entonces, nos hacía alejarnos de aspiraciones elevadas, puesto que en nosotros no existía sino el amor a todo lo que es goce y comodidad, mientras creíamos que esas almas amaron al sacrificio y el sufrimiento sin tener ni luchas ni combates. La vida de Sor María Amada de Jesús, que es una de esas maravillas en que parece Dios desea hacer gala de la profusión de sus dones con aquellos que corresponden a su gracia, nos demuestra cómo las madres pueden y deben formar almas que sean la corona más pura que jamás creatura presentara a su Creador.

A sus santos, Dios los elige donde quiere y cuando quiere; algunos los escoge entre el fausto, el lujo, las coronas; a otras almas envilecidas con todos los vicios las levanta en un momento y las eleva a gran santidad; por último, las que fueron siempre suyas, las que nunca lo negaron, las que seguirán al Cordero, las rodea de los más exquisitos cuidados, las hace nacer entre santos, para que ni el hálito del mal empañe jamás esas almas vírgenes. De estas últimas fué Sor María Amada de Jesús.

Fué su padre, Juan Víctor Quoniam, jefe de familia y humilde jardinero. Nació María Eugenia Dorotea Quoniam, más tarde Sor María Amada de Jesús, el 14 de enero de 1839.

De los más pobres fué su hogar, visitado por el sufrimiento y la enfermedad y dirigido por una santa mujer, la madre, María Luisa Frappier, de virtud heróica, como tendremos ocasión de probarlo por el relato que de ella hace su hija. Mientras el marido a fuerza de trabajo, sostenía a su familia, a pesar de la enfermedad que lo aquejaba, y por la cual pronto dejaría huérfanos a los suyos, su mujer edificaba a todos los que la rodeaban.

A los veinte años rehusó casarse, formando un hogar que la habría puesto a cubierto de todas las necesidades que más tarde tuvo que sufrir. Su deseo era ser virgen y pobre. Nadie comprendió cómo más tarde aceptó una propo-

sición de matrimonio que la hizo aceptar la miseria, constituyéndola madre de cinco pequeñuelos más tarde.

Francisco Augusto, el mayor; el segundo, Mauricio, llamado el pequeño santo, envidia de los ángeles desde la cuna; Dorotea, ardientemente deseada por sus padres después de los hombres, y más tarde dos ángeles que fueron a hacer compañía en el cielo a sus hermanos que los reclamaban.

Los cuidados con que la madre rodeó a estas creaturas desde que vinieron al mundo sería difícil de describir. Esa humilde mujer campesina, sencilla, sin ciencia según el mundo, poseía la única verdadera y les daba nociones de Dios y de las cosas santas con tanta claridad y unción que nos revela una vida interior intensa. Sor Amada de Jesús lo revela aún más en estas líneas: "Desde antes de mi nacimiento Jesús se me acercó desde el corazón de mi madre, donde residía siempre y donde frecuentemente venía por la Comunión. Parecía que predestinaba a mi alma a sembrar en ella virtudes, la inclinación al bien y el horror al mal. No me rehusó nada y me prodigó en abundancia todo lo que pudo hacer de mí una santa, y una gran santa".

Nació esta niña en una cabaña con techo de paja, piso de tierra endurecida, en medio de los rigores de un invierno crudísimo, sin tener su madre lo suficiente con qué cubrirla, por cuyo motivo enfermóse y hubo de bautizarla inmediatamente. No sería uno de los juegos del Divino Esposo, que quería que esa alma tan suya andando el tiempo, fuese desde los primeros momentos de su vida, templo del Espíritu Santo. La niña no bien hubo recibido el bautismo, recobró la salud. La madre atenta a los primeros fulgores de su inteligencia, quiso que la primera imagen que aprendiera a conocer fuese la de Jesús, y que su nombre divino fuera el primero que balbucearan sus labios infantiles. Como esposa cristiana, los primeros cariños fueron para el padre, reservándose ella únicamente el derecho de formar esa alma confiada a su cuidado.

Treinta años más tarde, Sor Amada de Jesús recuerda con admiración la manera con que su madre le inculcó los principios de la vida cristiana: "Veo aún con qué respeto, con qué devoción me enseñaba a hacer la señal de la cruz, a juntar mis manos para rezar! La miraba y la volvía a mirar, y algo de ella se me trasmitía entonces a mí. ¡Qué cuidado, qué atención respecto a todo lo que se relacionaba con mi alma o al desarrollo de mis facultades! ¡Cómo secundaba ella la gracia en este trabajo interior que principia con la vida y no concluye sino con ella!"

"Del corazón de mi madre, continúa ella, Dios comunicó el fuego de su amor hasta mis huesos, quemó mi carne y por su gracia, ese fuego sagrado debía permanecer encendido en medio de todos los desastres, sobrevivir a todas las ruínas y ser el único que reinara en mí."

Apenas entendía la niña y pedía le hablara únicamente de Dios, y la madre, feliz de poder inculcar constantemente lo que tenía en su corazón. La madre y la niña jamás se cansaban, la una en escuchar, la otra en hablar y el fuego de la madre comunicábase insensiblemente a la pequeña. Hablaba y el Espíritu Santo movía el alma de la niña y Dios sentía deseos de demostrarse íntimamente a su predilecta. Tenía sólo cuatro años.

Resultado de una de estas conversaciones en que la señora Quoniam, hablando de Dios lo había llamado el Altísimo, fué la primera comunicación de Dios. La niña, al oír estas palabras, pareció recogerse más que de costum-

bre, y, como lo hacía a menudo, retiróse para saborear sola lo que había oído; cuando de súbito, con fuerza irresistible, con los ojos fijos en el cielo, se pone a repetir: El Altísimo. Dejémosla hablar a ella: El Altísimo, dijo, y bajando mis miradas hacia mí. ¡Qué pequeña soy! De súbito, el Espíritu de mi Bien Amado me elevó a las alturas inaccesibles, no una vez sino varias, hasta el Altísimo, un solo Dios en tres personas. El Espíritu Santo, como águila maternal, me tenía como pequeño aguilucho en los brazos de su caridad, a fin de que soportara el fuego del sol de justicia, para que permaneciera en presencia del Padre, en el cual se me revelaba el Hijo y que soportase el exceso de felicidad al saber que estaba destinada, yo frágil y débil criatura, a ser la esposa de mi Señor, si consentía en ello. Consentí y fuí la prometida de mi Bien Amado."

Toda la eternidad me fué revelada en este favor, y mientras se me revelaban las realidades del mundo invisible, las que aquí abajo me parecían un sueño. Había comprendido en un instante que venía de Dios e iba a Dios. Vivía más en el cielo que en la tierra. Todas las criaturas, exceptuando mi madre, no eran para mí más que átomos. Me estimaba, con justa razón, el más pequeño de todos; sin embargo, sentía que nadie era digno de poseer mi corazón, sin dejar por esto de maravillarme, como diariamente me sucede y me sucederá eternamente, de que mi Bien Amado lo desee para El solo, El tan grande, El tan santo, El tan perfecto, El que habita regiones tan superiores, El tan lleno de gloria y de majestad."

No nos queda otro sentimiento al leer esto que el de la más profunda admiración de las maravillas que obra Dios en sus santos! ¡Elevar un alma a los cuatro años a esas alturas, lo que con otras no lo hace sino después de largos años de luchas y de sufrimientos! ¡Feliz creatura y feliz madre que supo tan temprano despertar esa alma a desear lo eterno y a despreciar los bienes perecederos de la tierra!

Después de las páginas anteriores, hemos visto cómo esa madre iba poco a poco con tino y talento, desde que despertó la inteligencia en su hija, dirigiendo todos sus actos a un solo y único fin. ¿Podremos dudar que depende de la madre, casi exclusivamente, la formación de almas santas? Madres de la tierra, haced de vuestros hijos santos, ya véis que para ello no necesitáis ni tener grandes riquezas, ni poseer talento según el mundo: basta únicamente que tengáis amor a Dios y que deseéis que reine en absoluto en los corazones de vuestros hijos. Si sois pobres y no podéis darles junto con la vida otra cosa que pobreza y sufrimiento, hacedles ricos en bienes imperecederos, que son los únicos verdaderos. Si sois ricas y con la vida les dais todo cuanto ella puede hacerlas feliz, enseñadles con el ejemplo primero cuán poco vale todo aquello si los aparta de Dios, que los bienes, cuando son concedidos por el cielo son una responsabilidad más de la que tendremos que dar cuenta si hacemos de ellas fines y no medios para alcanzar la vida eterna.

Despertóse, como fácilmente se comprende, en Dorotea, después del favor recibido, deseos de soledad, de silencio y de oración, deseos que se aumentaron andando el tiempo.

Acercóse a su madre y le confió cómo había visto abrirse el cielo y el anuncio de la promesa que se le había hecho de ser esposa de Jesucristo. La señora Quoniam recibió la noticia, como es de suponerlo, con el más profundo agradecimiento a su Dios, que sabía recompensar magnánimamente sus esfuerzos para formar esa alma únicamente para El, y guardó el secreto en silencio en lo más profundo de su corazón, y se sentía cada día más inclinada

dió fácilmente al pedido que le hizo la niña de entretenerse diariamente dos horas con su Dios. Cuando la veía retirarse a un rincón o arrodillarse a los pies de algunas de sus imgágenes favoritas, evitaba todo ruído y se unía de lejos a la oración de la niña, sin dejar sus ocupaciones. Si el padre volvía en esos momentos, le hacía dulces señas, que la niña estaba en oración, para que no la interrumpiera, y el humilde hombre esperaba largo tiempo, para no estorbar los celestiales coloquios de su hija. Cuando concluía y veía a su padre, se iba a echar, con el candor de sus años, en sus brazos.

La ternura y dulzura de la madre no impedía que su dirección fuera seria y firme con sus hijos. Quería formar santos, era necesario enseñarles a renunciarse y a mortificar sus deseos.

Dorotea amaba mucho las flores; el padre, conociendo el gusto de su hija, le había hecho un jardincito en un rincón de la casa. Ver las rosas y las lilas en botón, abrirse y secarse en seguida era un gran gusto para la niña; la madre, frecuentemente cogía las más bellas. Era bien duro, dice ella, pero para mi madre y para Jesús no podía negar ninguna ni nada.

El padre en el trabajo, los hermanos en la escuela y la madre sola con la niña, aprovechaba de esta soledad para instruirla acerca de Dios y enseñarle a llevar *vida de intimidad con su Señor.*

Desde su primera edad, acompañaba a su madre al campo en la cosecha, pero se ocupaba más en contemplar las bellezas de la naturaleza y en cantar cánticos en los cuales invitaba a todas las creaturas a alabar al Señor, que en recoger las espigas olvidadas por los segadores. De vuelta en su ranchito, servía a su padre y a sus hermanos.

La mirada vigilante de la madre no descuidaba un momento a sus hijos. Sabia y dulcemente dirigía las aspiraciones de esa almas infantiles, moderaba sus ímpetus, les mostraba cuando era necesario los peligros y trataba en lo posible de que esos niños vivieran como los ángeles en el cielo. Se preocupaba aún de la clase de alimentos que eran más a propósito para hacerlos más dulces y menos vehementes, evitando todo alimento suculento y condimentado, para que por temperamento les fuese fácil aplicarse a las cosas divinas.

La simplicidad y la ingenuidad, todo encantaba en la piadosa niña. Sin embargo, los defectos que se demostraban a veces hacían que la madre tomara todas las precauciones para protegr la gracia en esa alma contra las reivindicaciones de la naturaleza.

No fué el orgullo, sino el amor propio el que despertó la primera inquietud de la madre, y decía a su hija: "Grandeza de alma es amar el único divino objeto digno del corazón de un cristiano; amor propio es olvidar su origen y su nada." Cree que la niña pueda más tarde temer ser humillada, le inspira el amor a las humillaciones para imitar a Jesucristo a quien amaba ardientemente.

Otro día, para matar en su hija el amor propio, la señora Quoniam le dijo que quizás en adelante tendría que mendigar como los limosneros, a los cuales ella daba a veces un pedazo de pan. Turbóse la niña mucho con esto, y nno se le escapó a la madre el sentimiento de la chica.

"Algún tiempo después, dice ella misma, no sé si por probarme o previniendo lo que iba a suceder, mi madre me puso un saquito sobre la espalda como los pordioseros, y me mandó a implorar la caridad de puerta en puerta. Una profunda tristeza se apoderó de mí; mi madre incomparable me se-

guía con la vista. Las personas a quiénes me dirijía, me acariciaban, pero nada me consolaba y volví tan humillada como cuando salí. ¡Oh bondad de mi Dios! recuerdo que interiormente sentía la felicidad de un alma que se ha vencido, aún cuando lo hice tan imperfectamente. Perdon, Señor, perdón. Mi madre me había contado que tú habías vivido entre nosotros pobre y humillado, yo siempre impresionada con el resplandor de tu gloria no había comprendido la grandeza de tu eclipse aparente!

¡Qué madre tan admirable! No desperdiciaba ocación en que su hija hiciese un acto de virtud, afianzando en su alma la base sólida de la humildad que debía hacerla subir tanto en santidad.

Otra vez rehusaba besar una prima que tenía algunos granitos en la cara, que eran contagiosos. La madre la llama aparte y le dice que el Señor abrazó nuestra naturaleza vil y leprosa por amor a nosotros. Entonces la niña dice: Gracias y perdón Señor, bajo el encanto de la hermosura de tu humildad no lo había comprendido, y recompensaste este pequeño acto miserable quitándome para siempre una cobarde delicadeza.

No es raro que con tan admirable maestra espiritual, la niña ascendiera rápidamente.

Con este pequeño estracto no podemos dejar de relatar el período doloroso de la vida de tan grande alma.

La señora Quoniam dió a luz un tercer hijo que pronto voló al cielo.

Jamás mi madre, dice Amada de Jesús, habia sido probada con la pérdida de un hijo, su dolor fué inmenso, pero al mismo tiempo tenía gran paz en el sufrimiento.

La muerte principia y continúa hiriendo el hogar. Mauricio, segundo hermano de Dorotea, cae enfermo. Dos años mayor que ésta, dotado de celestiales y condiciones, rivalizaba con la madre en los cuidados con que rodeaban a Dorotea. Fué juzgado digno y maduro para el cielo. En la última enfermedad de este niño era tal el prestigio de santidad que tenía entre maestros y compañeros de colegio, que la casa se vió asediada de visitantes que se retiraban diciendo: "Hemos visto al pequeño santo."

La madre temió que el niño se apercibiera de la admiración y veneración que su virtud despertaba entre los que lo conocían; pero el niño, absorto cada vez más en el objeto de su amor, nada escuchaba ni veía. A medida que se agravaba y se acercaba el término, su sonrisa y sus conversaciones eran celestiales, como si viera a Dios en el cielo o como si bajara de él. Se entristecía si le hablaban de mejoría.

"Era su alma — dice la hermana — la constante explosión de un volcán de amor. No le habléis de mejoría si no queréis entristecerlo; habladle mejor de la visión de Dios."

"Un día — dice Dorotea — se quejó levemente. Mi madre, conociendo su virtud, como no deseaba desperdiciara ocasión de merecimientos, le hizo una observación a este respecto, como sólo ella sabía hacerlo. El entonces le pidió una imagen del Sagrado Corazón, y desde ese instante hasta su último suspiro sacó fuerzas sobrenaturales de la fuente inagotable de ese abismo. Era hermoso verlo en las crisis más dolorosas, mirar la imagen y sonreír como lo haría un serafín."

"Poco antes de su muerte tuvo un éxtasis; mi madre creyó que se trataba de una fatiga. Pero de súbito, su cuerpo se elevó en el aire, atraído por el objeto que se mostraba a su alma, y ese ángel de la tierra, semejando un ángel del cielo, permaneció suspendido sobre su cama repitiendo en alta voz:

"Mi Dios, os amo." Cuando mi madre lo vió, guardó silencio y esperó. Jamás le preguntó lo que pasó o vió por temor de envanecerlo o despertar en él el amor propio."

"Pocos días después murió apaciblemente en los brazos de la que se regocijará eternamente de haberle dado vida. En los últimos momentos de mi hemano, se diría que mi madre agonizaba con él. Después de su muerte participaba en su felicidad eterna, sus ojos echaban chispas, su tez sonrosada como en los días que recibía alguna visita divina, las lágrimas no conseguían desvanecer el brillo de sus ojos, ni borrar la celestial sonrisa de sus labios. La visitaban, más que para consolarla, para contemplar de cerca su celestial resignación."

"Viendo a mi madre en esos instantes de favores divinos, era imposible ya olvidarla."

Dorotea sintió mucho a sus hermanos, sobre todo el último, cuya alma predestinada tenía tanta semejanza con la suya.

Esta familia de santos fué visitada de nuevo por la prueba: la enfermedad había agotado todos los recursos y no tenían otro alimento que pan negro y verduras cocidas en agua. En cuanto a muebles, una sola cama, dos armarios, una mesa y algunas sillas, todo muy usado y viejo y de lo que ningún partido podía sacarse vendiéndolo.

(*Continuará*).

J. SORDO

MADRID, BARCELONA, PARIS.

CASA CENTRAL
SANTIAGO
Estado 37-53

SUCURSAL
VALPARAISO
Condell 47

"LA COLMENA"

Gran premio de honor exp. 1910

FABRICAMOS: corsés, fajas, cinturas sosténsenos, etc., etc.
IMPORTAMOS: ropa blanca fina en seda, hilo o batistas

ESPECIALIDADES

Corsés sobre medida -:- Ajuares para novia

NOTA: ATENDEMOS PEDIDOS ENVIANDO GIRO POSTAL, LETRA BANCARIA, ETC., ETC.

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de la Cruz Blanca, dirigirse a la presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o suscriptoras y con la **suma que desean contribuir y las direcciones.**

Para mandar limosnas a la tesorera Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida, nuestros **fondos han tocado a su fin.**

Para suscribirse a la Revista a la prosecretaria Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580.—Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas a la vice presidenta Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807 o a la consejera Josefina González de Valdés Delicias 1652. Teléfono 2700.

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577.

SEÑORA:

necesitamos que Ud. nos busque UNA subscriptora para esta revista.

EN HUERFANOS 1580

se reciben órdenes.

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75-D. SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras
en Paris, Londres y New-York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay además veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso deméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del Interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogos general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA-VERANO y OTONO-INVIERNO

Dirigir la correspondencia a

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO

Lodo vil que se hace nube,
es preferible por todo

a nube que se hace lodo;
esta cae y aquel sube.

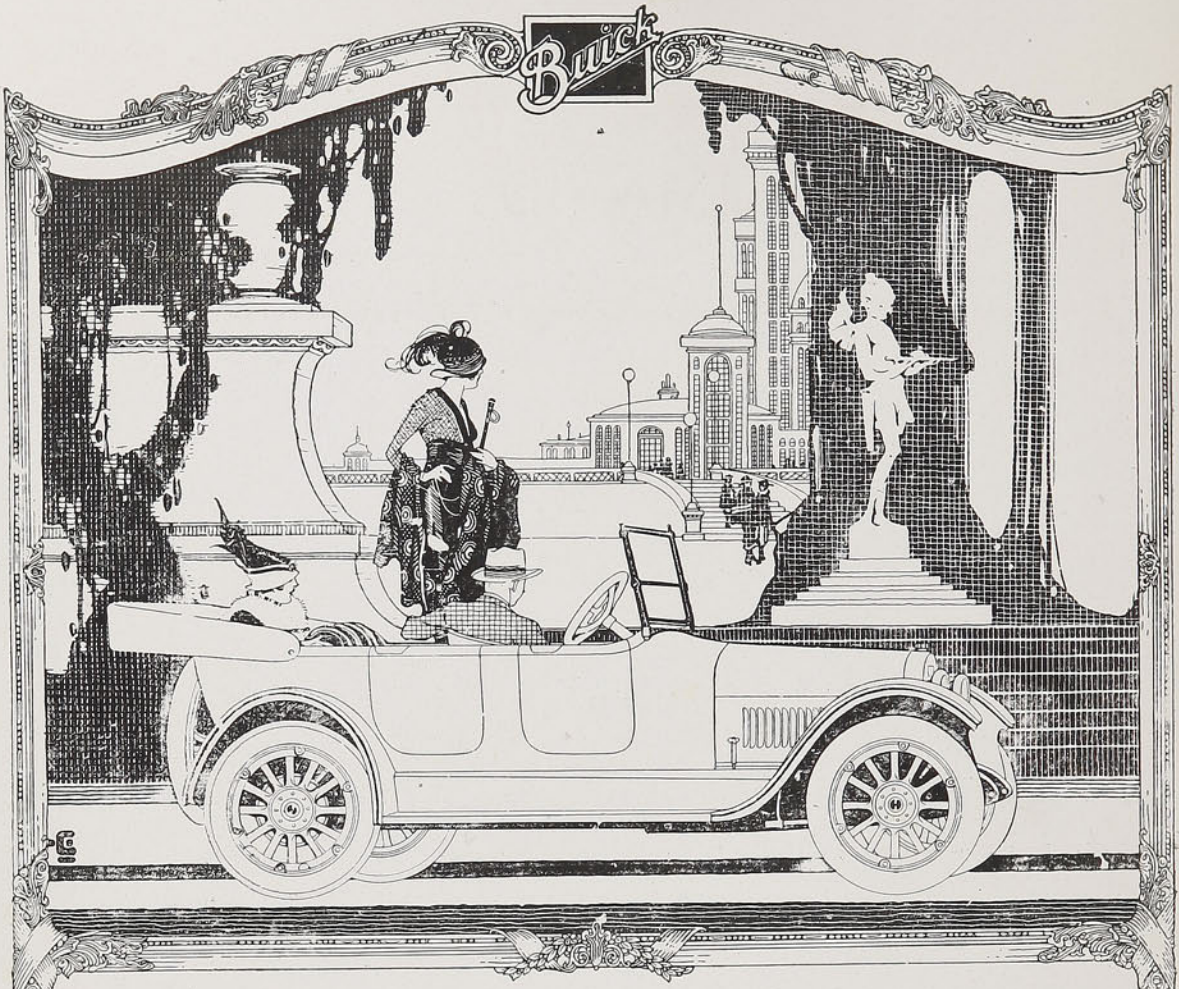
RUBEN D

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

Santiago de Chile, Marzo-Abril de 1921

Núm. 31 y 32



ALGUIEN ha dicho que cada *Buick* que se pone en circulación, abre el camino para la venta de muchos otros.

Es ésta una manera peculiar de decir que la seguridad y solidez del *Buick* lo imponen a simple vista.

Ello explica la demanda cada vez mayor que tiene el *Buick* en todas partes, lo mismo que las bondades de este coche explican su gran popularidad entre quienes lo guían.

Importadores: Departamento de Automóviles de

MORRISON & Co.

AHUMADA 65-77 **SANTIAGO**

SUMARIO

Núms. 31-32 — Marzo-Abril

	Pág.
Portadilla	231
Teosofistas, mentalistas, espiritistas, pentecostales y metodistas	232
Pecar	235
Señora doña Elvira Montt de Hörmann	236
Poema dedicado a la señora Elvira Montt de Hörmann	237
Un recuerdo	240
Modas. Apostolado de la media vara	243
Frutos del dolor	246
Acerca de las lecturas. Terribles efectos de los libros malos	250
Los Reyes de Bélgica en la América del Norte.—Un rasgo de valor de la Reina	254
Martes Santo	255
Los Motetes	258
¡Al grano! ¡Al grano!	262
Tribunales de niños	264
Sor María Amada de Jesús (Continuación)	266

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de "La Cruz Blanca", dirigirse a la Presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o subscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas, a la Tesorera, Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida; **nuestros fondos han tocado a su fin.**

Para subscribirse a la Revista, a la Prosecretaria, Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580. Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas, a la Vice-presidenta, Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807; o a la Consejera, Josefina González de Valdés, Delicias 1652. Teléfono 2700.

CASA WEIL
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

SEÑORA:

Todos sus encargos de ropa blanca, ajuares para novias y bebés, bordados en blanco y artísticos, alfombras de yute (gran moda) y de Esmirna, cojines, etc., hágalos al Colegio-Reformatorio de "La Cruz Blanca". Quedará usted complacida por la calidad del trabajo y cooperará a una grande obra de misericordia.

En MERCED 391, se reciben órdenes

TARIFA DE SUBSCRIPCION

"La Cruz Blanca", vale:

Por un año	$ 10.00
Por seis meses	6.00
El ejemplar	1.00

Las subscripciones se reciben en Huérfanos 1580.

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

Nombre	Calle	Núm.	Teléf.
Adela Edwards de Salas. . . . . Presidenta	Catedral.	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz. . . . . Vice-Presidenta	Morandé.	775	807
Elena Pinto de Matte. . . . . Vice-Presidenta	Huérfanos.	572	2230
Enriqueta Figueroa de Guzmán. . . . . Consejera			
Juana Quindos de Montalva. . . . . Secretaria	Serrano.	155	1853
Josefina Fóster. . . . . Tesorera	Huérfanos.	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez. . . . . Pro-Secretaria	Huérfanos.	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres. . . . . Pro-Tesorera	Delicias.	1976	1210
Josefina González de Valdés. . . . . Presidenta de la 1.ª Sección	Delicias.	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz. . . . . Presidenta de la 2.ª Sección	Dieciocho.	164	1899
María Besa de Díaz. . . . . Presidenta de la 3.ª Sección	Manuel Montt . . .	2266	242

DIRECTORAS:

Nombre	Calle	Núm.	Teléf.
Margarita Sanfuentes de Echenique. . .	Ejército.	27	989
Elena Peró de Larraín.	Moneda.	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa.	Delicias.	2013	1431
Teresa Fóster de Besa.	República.	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas.	Delicias.	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster.	Huérfanos.	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara.	San Antonio. . . .	530	734
Mercedes Rozas de Urrejola.	Morandé.	147	1891
Luisa Urzúa de Latham.	Huérfanos.	1744	1744
Luisa Besa de Donoso.	Av. Macul.	1430	
Nieves Walker de Méndez.	Dieciocho.	133	
Teresa Brieba de Phillips.	Merced.	1391	
María Walker de Freire.	Delicias.	520	
María Claro de Peña.	Merced.		
Blanca Sanfuentes de Bulnes.	Claras.	198	
Delia Echeverría de Errázuriz.	Morandé.	775	207
Ana Besa de Quesney.	Dieciocho.	216	356
Rosario Sampaio de Bruna.			
María Carmela Blanco de Vergara. . . .	Huérfanos.		

SOCIAS

A

Adriasola A., Briceyda
Alamos de Castro, María
Artigas, Marta
A. de Valdés, Leticia
Arrieta de Figueroa, Inés
Alcalde de Labatut, Aurora
Alemparte de Cerveró, Emilia
Alamos de Vicuña, Josefina
Azócar, Marta
Aguirre de Ovalle, Dolores
A. de Bulnes, Teresa
Aguirre de Montt, Teresa
Astaburuaga de Castillo, María
Aguirre, María Angela
Anguita de Figueroa, Julia
Alvarez del Solar, Rosa
Armanet de Ovalle, Mercedes
Altamirano de Alessandri, Julia
Aguirre de Aguirre, Isabel
Astaburuaga de Vergara, Concepción
Adelaida H., de Phillips

B

B. de Montero, Eugenia
Baeza de Correa, Hortensia
Bello de Lamarca, Matilde
Bello de Vargas, Clarisa
Baltra de Montenegro, Ana
Bascuñán de Montes, Eugenia
Besa de Armanet, Raquel
Besa de Quesney, Ana
Besa de Díaz, María
Baeza de Saavedra, Elena
Bolados de Oliva, Ana
Badilla de Calvo Mackenna, Aurora
B. de Benavente, Pastora
Brieba de Phillips, Teresa
Besa de Donoso, Luisa
Besa de Lecaros, Inés
Besa de Lyon, Lucía
Barros de Jara, Sofía
Barros de Llona, Isabel
Blanlot de Marchant, Raquel
Baeza de Zegers, Laura
Baeza de González, María
Borgoño de Barros, Laura
Bromberg de Molina, Clotilde
Bianchi de Bianchi, María

C

Cuevas de Larraín, Elena
Castro A., María
Castillo de Moreira, María
Castillo de Lezaeta, Berta
Campino de Figueroa, Elvira
Carvallo de Pérez, Elvira
Castillo de Ruiz, Sofía
Cádiz de Lagarrigue, Rosa
Correa de Cruz, Suzana
Correa de Garcés, Carmela
C. de Bello, Matilde
Coo de Melo, Josefina
Cerda de Salas, Rosa
Cortés de Aguirre, Emilia
Costa de Anguita, Margarita
Cavero de Lastarria, Margarita
Covarrubias de Cruz, Sara
Cabrera M., Clara Rosa
Cabrera M., María Ana
Cousiño de Haenssler, Lola

D

Domínguez de Fabres, Sara
Dávila de Cruchaga, Victoria
Dávila Izquierdo, Oscar
Donoso de Vergara, María de la Luz
Del Pedregal de Cruz, Josefina
Del Campo de Servoin, Luisa
Donoso de Concha, Elena
Duval de Guzmán, Eugenia
Dublé de Tonkin, Julia

E

Echaurren de Dávila, Amelia
Errázuriz de Rodríguez, Ana
Errázuriz de del Campo, Margarita
Echenique de Costabal, Sara
Errázuriz de Aldunate, Pelagia
Errázuriz de Ortúzar, María
Edwards de Salas, Adela
Eastman de Huneeus, Sofía
Echazarreta de Errázuriz, Amelia
Eguiguren de Matte, Laura
Edwards de López, Elena
Edwards de Pérez, Lydia
Errázuriz de Ortúzar, Sara
Echavarría Barriga, Sara
Echeverría de Irarrázaval, Jesús
Edwards, Lucía
Eguiguren de Méndez, Laura
Egenau de Ferrer, María

F

F. de Puga Borne, Lucía
Ferrer de Ferrer, Margarita
Fóster, Josefina
Fóster de Reyes, Luisa
Fóster de Besa, Teresa
Fóster de Donoso, Ana
Fernández de Campino, Dominga
Fresno de Armanet, Adela
Fóster de Zegers, Rosa

G

G. de Germain, Bertha
G. Huidobro de Reyes, Elisa
Gómez de González, Margarita
Gatica de Oportot, Julia
G. Huidobro de Montes, Raquel
González de Segovia, Celia

Goñi de Baeza, Isabel
Gandarillas de Campaña, Fidela
González de Valdés, Josefina
Gandarillas de Pereira, Juana
González de Rivas, Eduvigis
G. de Guzmán M., Magdalena
Guzmán de Correa, Lucía
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús
Gac de Correa, Carmela
Garmendia de Concha, Elena
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana
Granello (Sra. de)
Grohnert de Ceballos, Isolde

H

Heen de Valledor, Vitalia
Hernández de T., Elena
H. de Phillips, Adelaida
Hurtado de Concha, Mercedes
Hurtado de Matte, Elvira
Hurtado de Castillo, Victoria
Huidobro de Fóster, Judith
Huidobro de Costabal, Hortensia
Huidobro de Cueto, Ester
Huidobro de Solar, Tránsito
Hormann, Jorge
Hoffman de Besa, Elvira
Herrera de Valdés, Delia
H. de Aguirre, Elena
Hurtado de Edwards, Luisa

I

Izquierdo Phillips, Adriana
Izquierdo de Dávila, Adelaida
Infante de Renard, Adelaida
Izquierdo, Enriqueta
Izquierdo Phillips, Sara
Iñiguez de Hernández, Fanny
Izquierdo, Mercedes
Izquierdo de Castillo, Luz
Isaza Barros, Raquel
Izquierdo de Reyes, Delia
Iñiguez de Melo, Blanca
Iñiguez de Bunster, Graciela

J

Jara G. Huidobro, Inés

L

Leteller de Errázuriz, Ana
Larraín de Irarrázaval, Ana
Larraín de Echazarreta, Josefina
Lazcano de Balmaceda, María
Larraín de Fabres, Celinda
Larraín de Olea, Rosa
Lazcano de González, M. Teresa
Lecaros de Rozas, Mercedes
Larraín de Pereira, Luz
Larraín de Harris, Laura
Luco, Irene
León Luco, Josefina
Larraín de Ortúzar, Rita
Lazcano de Mackenna, Berta
Lynch de Baeza, Julia
Larraín Bulnes, Lucía
Lynch de Gormáz, Luisa
Lecaros de Melo, Carmela
Lecaros de Undurraga, Marta
Lira de Lira, Aurora

M

M. de Valdés, Eugenia
María de Vicuña, Elena
Moreira de Risopatrón, Melania
Morel de Cerda, Sara
Melo de Claro, Margarita
Martínez de Loveday, Leonor
M. de Sanhueza, Rosario
Montes de Montes, Rosario
Matte de Prieto, Rosa E.
Marín de Marín, Berta
Mac-Kellar de Ossa, Elena
Montt de Correa, Elena
Méndez E., Adela
Méndez E., Rosa
Méndez E., Sara
Menvielle de Larraín, Blanca
Montt de Avendaño, Blanca
Matte de Lecaros, Rosario
Montt de Avalos, Flora
Moreira de Cariola, Carmela
Moreira de Puelma, Laura
Moreira de Burgos, Ofelia
Montt de Hormann, Elvira
Maroto de Echeverría, María
Montt de Montt, Rosa
Morandé de Huidobro, Josefina
Méndez de Gana, Leonor
Manzano de Urrutia, Carmen
Montero Fuenzalida, Amalia

N

Navarro de Puelma, Sara

O

Ortúzar de Valdés, Ana Luisa
Ovalle de Mac-Iver, Emma
Ovalle de Correa, Paulina
Ocampo de De la Cruz, Clemencia
Orrego Vicuña, Eugenio
Orrego Vicuña, Fernando
Orrego Vicuña, Germán
Ortúzar de Tagle, Inés
Ovalle de González, Ana Luisa

P

Phillips, Casilda
Puelma de Bussey, Adelaida
Prieto de Tupper, Ignacia
Phillips de Valdés, Isabel
Palma de Riesco, Julia
Pardo de Orrego, Luisa
Phillips de Izquierdo, María
Phillips de Lind, Mercedes
P. de Barahona, Ester
Prieto de Espínola, Kerima

P. de Vergara, Joaquina
Pérez de Carvallo, Enriqueta
Pardo de Covarrubias, Ana
Pinto de Matte, Elena
Peró de Larraín, Elena
Pinto de Barceló, Rosa
Palma de Vial, María
Pacheco de Bari, Amelia
Pardo de Searle, Adriana
Prieto de Noguera, Manuela
Prieto de Alvarez, Lía
Parga de Silva, Mercedes
Pérez de Fierro, Inés
Pinto de García Zegers, Nieves

Q

Quesney de Campino, Victoria
Quindos de Montalva, Juana

R

R. de Prunés, Adelfa
Ruiz Tagle de Antúnez, Dolores
Rodríguez de Jordán, Laura
Rojas de De la Cruz, Luisa
Rojas de Gaete, Rita
R. de Espina, Elena
Rivera de Marín, Antonia
Rivera de Torretti, Adolfina
Reyes de Torres, Hortensia
Rivas de Errázuriz, Inés
Ruiz de Tagle, Josefina
Róbinson de Barros, Sara
Rodríguez de González, Leonor
Rodríguez de Besa, Amalia
Rozas de Urrejola, Mercedes
R. de Rondanelli, Elvira
Ruiz de Ossa, Elena
Rozas de Larraín, Elena
Ramos de Balmaceda, Ester
Ramos de Balmaceda S., Rosa
Rivas de Subercaseaux, Mercedes
Rogat de de la Barra, Victoria

S

Saavedra de Bernales, Julia
S. de Cavieses, Carmela
Salas de Huneeus, Teresa
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita
Sanfuentes de Iñiguez, Laura
Sanhueza Correa, Amanda
Sepúlveda de Marchant, Herminda
Sotomayor de Rogers, María
Sepúlveda de Arrau, Ercilia
Silva de Amunátegui, Eva
Soto de Beca, Rosa
San Román de Magallanes, Sofía
Sotomayor de Ramírez, Amanda
Saavedra de Balmaceda, Amelia
Serrano de Cabieses, Carmela
Salcedo de Cerda, María Mercedes
Serrano de Santa Cruz, Matilde
Soto Rojas, Magdalena
Sánchez de Arnolds, Mercedes
Subercaseaux Rivas, Eugenia
Solar de Fernández, Lucía
Sanhuesa Correa, Amanda
Solar de Bascuñán, Delia
Stuven de Ossa, Sara

T

Tagle de Escobar, Blanca
Tagle de Vergara, María
Toro de G. Huidobro, Luisa
Toro de Phillips, Adriana
Toro de Isaza, Carmen
Trigos, María Cristina de
Troncoso de Costa, Laura
Torres de Rodríguez, Filomena
Tupper de Cuevas, Elisa
Tupper de Izquierdo, Hortensia

U

Ureta de Aguirre, Virginia
Urzúa de Latham, Luisa
Ugarte de Baeza, Adelaida
Undurraga de Arteaga, Matilde

V

Valdés de Bascuñán, Amelia
Vicuña de Pinto, Carmela
Valledor Sánchez, Elvira
Villegas de Rojas H., Elena
Valdés de Larraín, Elena
Valledor de Fuenzalida, Laura
Valdivieso de Recabarren, Rosa
Vicuña de Orrego, María
Vergara de Barros, Sara
Varas de Infante, Ana
Vial de Ugarte, Mercedes
Velasco de Rogers, Emma
Vicuña de Charlín, Paulina
Valdés de Prado, María
Varas de Huneeus, Laura
Verdugo, Juana
Vicuña de Matta, Elvira
V. de Moraga, Isolina
Velasco de Infante, Amelia
Volarín, Adelaida
Videla de Velasco, Amelia
Vergara de Rodríguez, Inés
Vergara de Vidal, Albina

W

Walker de Freire, María
Walker de Méndez, Nieves

Y

Yáñez de Echeverría, Flora

Z

Zaldívar de Altamirano, Elvira
Zegers de Covarrubias, Manuela
Zañartu de Tagle, Raquel
Zegers de Echenique, Isidora
Zañartu de Besa, Elena
Zuazagoitía, Luisa
Zuazagoitía, Victoria
Zuazagoitía, Lucía

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO III | Santiago de Chile, Marzo-Abril de 1921 | Núms. 31 y 32

El Sumario va en la primera página de la Revista.

Lectora: En nombre de todas las miserias, de todos los dolores y de todas las desgracias que alberga nuestro Colegio - Reformatorio, extendemos la mano ante tí pidiéndote un recuerdo de caridad para "La Cruz Blanca".

TEOSOFISTAS, MENTALISTAS, ESPIRITISTAS, PENTECOSTALES Y METODISTAS

Curioso y necesario nos parece dar a conocer el enorme incremento que los errores religiosos están tomando entre nosotros, tanto en las altas clases como en el pueblo. Las primeras se dejan alucinar por las doctrinas espiritistas, teosóficas o mentalistas; y las otras por las diversas sectas protestantes, por el dinero que les ofrecen al seguirlas, y que con objeto de propaganda envían del extranjero.

Las sectas protestantes que se esparcen en nuestro país son las que entre los protestantes mismos denominan "Baja Iglesia" de lo más funesto para nuestro pueblo, pues, además de otros graves inconvenientes, tiene el de producir histéricos que degeneran en monomaníacos y locos. Metodistas y Pentecostales, son las sectas más bajas del protestantismo y mientras menos elevadas son, más se alejan de la Religión Católica. La que llaman Alta Iglesia Anglicana, sólo se diferencia de nosotros en que no acepta la Infabilidad del Santo Padre. Al entrar en sus templos y presenciar sus ceremonias creeríamos encontrarnos en una Iglesia Católica. Que el pueblo ignorante se engañe y se deje seducir por lucro, no es de extrañar. Pero sorprende sobremanera ver personas a quienes se tiene por ilustradas e inteligentes, admitir entusiasmadas como credo, lo que ellas se imaginan revela cierta superioridad intelectual, y mirar con aire compasivo las personas que conservan y practican íntegramente las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia Católica. Las hemos oído decir con aire de conmiseración: "¡Pobrecita, aún no ha evolucionado!" Hacen consistir esta evolución en abrazar algunos de los errores de que está plagado el Budhismo.

Si tratamos de descubrir la raíz del mal que nos está invadiendo, veremos con gran sorpresa que todos estos errores tienen un mismo origen: las almas están muertas o adormecidas al bien y buscan la felicidad en dos centros, que pueden dividirse en dos categorías, sin tomar en cuenta la multitud de pequeñas variantes. El uno puede llamarse abuso de luz: el orgullo, y el otro abuso de fuego: sensualismo. Esta doble fuerza, intelectual o moral, es la que ahoga todo germen divino en el alma humana. Búscase el alma a sí misma, niégase al sacrificio, internándose en los errores de un falso misticismo absurdo, que infesta todas las páginas de las filosofías panteístas y que tiende a la desaparición del individuo y de sus facultades. Se embeben en lecturas, tanto más peligrosas cuanto mayor sea el vacío de sus vidas sin ideales, y cuando menos felicidad les ha cabido en suerte. Creen encontrar en la teosofía la clave de toda la felicidad, presente y futura. Búrlanse del misticismo cristiano que trabaja en la glorificación de todo individuo por medio del sacrificio. Sin dar, en ese nuevo credo que abrazan, con otra cosa que en el vacío. Ignoran que sólo el sacrificio es acto puro que da la libertad a la voluntad. Buscarse a sí misma y aspirar como suprema ambición la propia satisfacción o algún bien finito, es encadenar y limitar la voluntad infinita del hombre. Encerrada en estos dos estrechísimos círculos, el del sensualismo y el orgullo, nos aprisionamos. En el primero, hacemos consistir nuestra grandeza en la satisfacción que damos a los

sentidos y le ponemos límites a lo infinito, ahogándonos en pequeñez y miseria. En el segundo, la aprisionamos, buscando sutilezas que fomenten nuestro orgullo, en una ciencia que creemos poseer, y que nos aleja cada vez más de la verdad.

La Humanidad no es más que debilidad y miseria, perdió ya su belleza primitiva, no puede ya amar el bien sin esfuerzo. Las virtudes no son ya estados naturales, sino ascensiones dolorosas del alma que sale de sí misma, por medio del sacrificio, para ir a Dios. Después del pecado, el vacío llena el santuario íntimo en que debía morar el principio de la vida eterna. Y busca en lo caduco algo que llene ese vacío. Si aún cree en la felicidad tal cual el mundo la comprende, pronto se desengaña, aún cuando no lo confiese, pues Dios imprime en la substancia misma del alma esa desolación que se deja transparentar y adivinar a ojos expertos, que no se detienen en la superficie y apariencia, sino que penetran con esa doble vista que da Dios a las almas que lo buscan de veras.

Buscarse a sí misma en religiones que den mayor libertad a las pasiones o al pensamiento, es alejarse cada vez más de la felicidad. No hay más que un recurso y un camino para encontrar la felicidad, por extraño que parezca: el Evangelio y la Cruz.

Pretender encontrar a Dios alejándose del Evangelio y del Cristianismo, es poseer un alma enferma, ciega y egoísta, cerrar la entrada a los bienes que proceden de Dios, negándole lo que le pertenece. El amor a Dios y al prójimo sin sacrificio y abnegación, es sólo ilusoria quimera.

Hay que persuadirse que en medio del inmenso progreso, la Humanidad languidece, porque libran una batalla de vida o muerte dos fuerzas antagónicas: el vicio perpetua y constantemente excitado y la religión, que condena y prohibe en absoluto las costumbres, los espectáculos, la literatura, el arte provocados por la tolerancia de las leyes sin Dios, y con el apoyo de los gobiernos anticristianos.

La voluntad que Dios atrae hacia lo infinito, se ahoga en fango y da en el vacío. Todo lo que no contenga sacrificio es ídolo e imagen.

Si el mundo de los sentidos es mi tesoro, mi corazón está allí y es esclavo. Si el mundo de la ciencia sin Dios es mi bien, mi corazón está allí y languidece.

Fuera de estos dos círculos estrechos en que encadenamos la voluntad al cuerpo y a la inteligencia, hay otro que en realidad es infinito, y es en ese tercer mundo, tan desconocido hoy, en el que hay que entrar para ser libres.

Cortad todas las amarras que ligan la voluntad al cuerpo y obtendríamos entonces la verdadera libertad.

En el siglo XIV recrudeció en Francia el misticismo escabroso de almas sin Dios ni ley. Hoy también mézclanse doctrinas y credos falsos, tratan de desterrar de ellos el ascetismo y la moral cristiana que les han enseñado a despreciar, y entonces, como con infusiones de cicuta, lúpulos y otras yerbas espirituales materializadas, acaban de revolver sus cerebros ya desequilibrados.

Los siglos XVI y XVII son los de los éxtasis de Villalpando y Catilina, que llegan a la unión con Dios con sólo desearlo.

Los quietistas no necesitan de sacramentos ni de sacrificios, no hay obras buenas ni malas. De allí nacen hoy, como entonces, las inmoralidades más repugnantes, mezcla estrambótica de misticismo y grosería, de religión e impiedad, de ideas

cristianas y paganas, desequilibrio absoluto moral y mental, que obra como por vía de encantamiento sobre ciertos cerebros, que, aparentando inteligencia por cierta viveza de imaginación desarrollada con detrimento de otras facultades intelectuales, no poseen criterio alguno: pobres desequilibrados, ávidos de novedades, deseosos de salir del marco seguro de moral trazado por el dogma católico, pretenden ser inteligencias superiores que no se dejan engañar. Sin embargo, al rechazar la verdad, adoptan y creen doctrinas falsas de origen buhdista, y sólo inspiran la más lastimosa de las conmiseraciones a todo criterio sano.

Creen estas almas que el mal en pequeña dosis, sin abuso, es necesario y conveniente; que el bien tal cual lo entiende el cristianismo católico es monótono y exagerado. Que el mal administrado homeopáticamente y mezclado en forma de ensalada rusa al bien, tiene grandes ventajas. De aquí nacen grandes errores modernos.

El ateísmo se imagina que Dios es el enemigo del hombre, y, por consiguiente, se le hace necesario suprimirlo.

El panteísmo sostiene que la creación es enemiga irreconciliable con Dios: de aquí nace la necesidad de negar la individualidad de la criatura.

El protestantismo admite la interpretación del Evangelio a voluntad del interpretador, es decir: verdades tegiversadas o suprimidas, según convenga.

A cualquier lado que miremos, filosofía, religión, ciencia, arte, política o a la vida misma, nos encontramos de frente con el mismo error deseando ahogar o sacrificar la verdad, mutilándola, o aceptando fragmentos o jirones de la verdad total.

Todos los que hacen a un lado la autoridad de la Iglesia, le reprochan su tiranía. Los que miramos los ataques adheridos a la doctrina católica, sacamos de ellos una lección instructiva y práctica.

Le reprochan ser anticuada, intransigente, defectos que le han causado la muerte. En general, cuando el tirano muere, se le deja en paz: ¡ya no molesta! Pero a la Iglesia se le hace un reproche contradictorio: de haber muerto hace siglos, y de oponerse a los adelantos y a la evolución del siglo actual.

Si ha muerto, como sostienen, no puede molestar ni oponerse a nada. Si se opone al avance del error y molesta a los espíritus modernos, es que no ha muerto.

Cuando el paganismo expiraba, Virgilio constató su muerte y la constató sin odio. Cuando una creencia muere, pasa inmediatamente a la categoría de curiosidad o el ataque es tan extraño para el que la estudia o examina, como es extraño para un naturalista atacar el cadáver que diseca.

Es curioso y revelador estudiar con calma, qué es lo que contienen en el fondo estos ataques directos a la Iglesia Católica: contienen fe, de la que no pueden prescindir.

¿Por qué ahogar gritos de odio y rabia cuando es tan fácil desobedecer? Es que por una exigencia profunda y secreta quisieran imponer silencio a la voz soberana de la verdad, que no pueden ahogar y les molesta interiormente quitándoles la tranquilidad y el sueño.

El que se aparta de la Iglesia no puede decir con calma: "No creo, es falsa la doctrina católica", sino que dice con voz agitada: "La Iglesia Católica ha muerto

porque no ha querido evolucionar". Y agrega un instante después de esta declaración: "¡Es tan intransigente y tirana!", sin comprender lo absurdo de sostener estas dos ideas en contraposición: ¡cadáver, intransigente y tiránico!

Lo que le molesta no es la doctrina católica, sino la necesidad que siente de la verdad inconmovible que trata de sofocar, y que ahoga con gritos de odio a la Iglesia.

La Iglesia le molesta aún cuando calle; su silencio le reprocha su abandono, y si habla, también le fastidia. Silencio o elocuencia, ambos son causa de acusación, pues ambas cosas reprochan la fe traicionada por el dominiio de uno de los dos círculos en que han aprisionado sus almas: el de la materia o el de las sutilezas espirituales de la ciencia lejos del Cristianismo y del Evangelio.

FIDES.

PECAR

En la armonía eterna, pecar es disonancia;
pecar proyecta sombras en la blancura astral.
El justo es una música y un verso, una fragancia
y un cristal.

En la madeja santa de luz de los destinos,
pecar es negro nudo, tosco nudo aislador;
pecar es una piedra tirada en los caminos
del amor...

Pecar es red de acero para el plumaje ingrávido;
membrana en la pupila que quiere contemplar
el ideal, parálisis en el sueño, ávido
de volar.

¡Oh, mi alma ya no empañes tu pura esencia ignota;
no te rezagues de la bandada que, veloz,
traza una gran V trémula en la extensión remota.
¡Oh, mi alma, une al gran coro de los mundos, la nota
de tu voz...

AMADO NERVO.

Señora doña Elvira Montt de Hörmann,

fallecida en Marzo de este año, y cuyo desaparecimiento ha constituído una gran pérdida para nuestra sociedad.

POEMA

EN UN CANTO

dedicado a la memoria
de mi esposa, señora

ELVIRA MONTT

Cumplida tu misión en este mundo
en una aurora santa,
haciendo a manos llenas
el bien al pobre, al triste moribundo
para aliviar sus penas,
que en tu bondad revela virtud tanta,
quiero seguir viviendo en tu memoria
dulcísima y querida;
quiero desahogarme en este canto,
sin herir tu modestia ni tu gloria,
y, excusarás te escriba en pergaminos,
bajo copiosos pinos,
lo que me dicta el corazón en llanto,
el dolor que he sufrido en esta vida.

Fué tu vida un ejemplo de ternura,
de amor y de dulzura
para tus semejantes y tus hijos.
Fué pródiga tu mano
para el sediento, el ciego y el anciano,
para el mendigo, el huérfano y el niño.
Todos en esta tierra te bendicen,
y en voz alta me dicen
que siempre te recuerdan con cariño.
¡Embarga el llanto mi alma dolorida,
y al despuntar la aurora,
de noche, a toda hora,
persíguenme tu imagen por doquiera
y, si un río de lágrimas vertiera,

siempre serían pocas,
si llorar aún pudiera
para anegar tu cripta con mi llanto,
ante tu augusto altar color de armiño,
en el viejo y querido Camposanto!

Partiste, sin encono y sin pasiones,
sin proferir tus labios
ninguna queja amarga
y sin maledicencias para nadie.
Duermes ahora el sueño de los justos,
muy cerca de tu padre,
al lado de tu madre,
bajo la fría losa del sepulcro;
mas, tengo la certeza
que tu alma está en los cielos
del ángel de tu guarda acompañada;
y, aunque no necesites de mis rezos
desde que con la fe que Dios te diera,
cual santa inmaculada,
viviste en este mundo,
feliz, la vida entera,
jamás te olvidaré en mis oraciones.

El Cristo que estrechaste
en tu mano en las horas de agonía,
Aquél... que tanto amaste,
que bendito está y lleno de indulgencias,
vela por mi alma al frente de mi lecho
toda la larga noche, obscura y fría.
Al acostarme, con unción lo beso
y es mi fiel compañero,
tu más grato recuerdo,
que conservar deseo hasta mi muerte.
Con tu mirada fija en mi pupila
puedes estar tranquila,
que, sin remordimiento... lo confieso:
siempre supe quererte
con amor verdadero!
Entre flores naciste,
y sólo tú supiste,
con tu gracia, entre miles,
inspirarme en mis años juveniles.

El llanto me conforta y me consuela,
y más lágrimas vierto,
más se alivian mis penas y congojas,

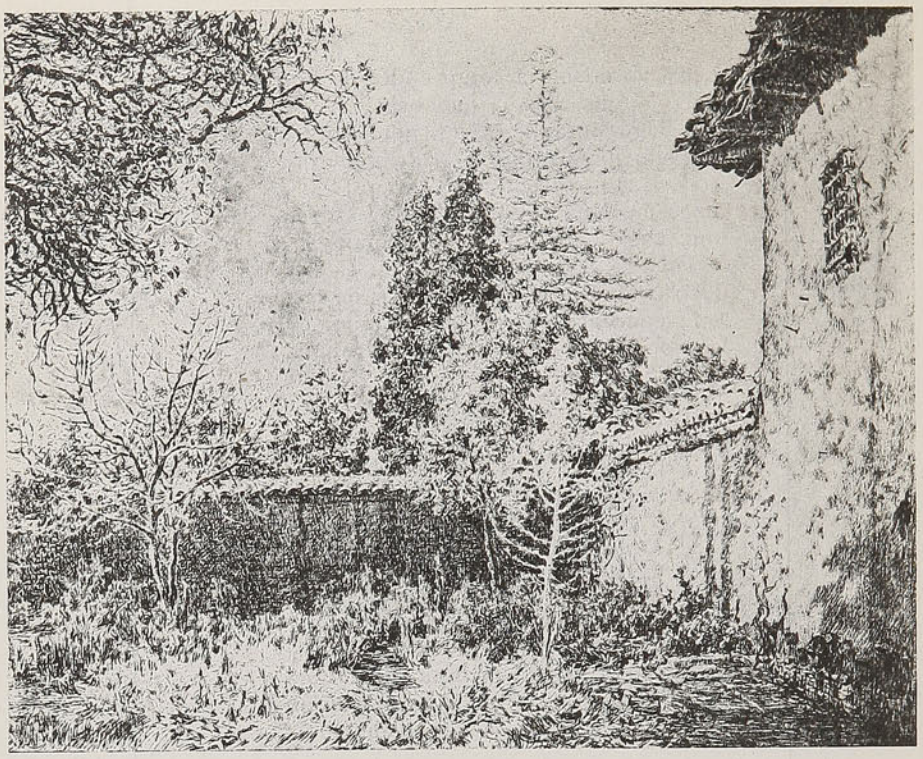
pero, yo mismo a comprender no acierto,
que tu sola memoria
me haga llorar a mares, por ventura.
Todo lo que fué tuyo, lo venero,
lo acaricio y lo quiero,
pues me hace recordar mejores días,
que pasara en tu dulce compañía.
Prenda sagrada es para mí tu anillo,
lazo es de unión de tu alma y de la mía,
que guardaré en mi seno eternamente
como prueba de amor y de ternura.

Tengo aún vivo el recuerdo
de tu perfil divino,
de tus cabellos de oro,
tu precioso tesoro,
cuando por vez primera
sola, te ví bajar de tu carroza.
Cautivóme al instante
tu leve andar de frágil mariposa,
y era tan dulce y tierna tu mirada
de virgen pudorosa,
que en esa misma tarde que te viera,
bajo el ramaje de una hermosa higuera,
quedó escrito y resuelto mi destino.

No fué de ostentaciones
tu vida, ni tu muerte!
Quien vela por el ciego, el desvalido,
por privaciones tantas que padece
el leproso en inmundos aposentos,
en un islote solitario y triste,
mi admiración merece.
Así también comprendo yo la vida,
sin vanidad, sin odios ni pasiones:
que sólo hay un camino
que nos conduce al cielo codiciado,
senda que, con amor y tanto tino,
en silencio tú misma recorriste.

Te digo adiós, adiós, hasta mañana,
y cuando luzca el sol por mi ventana,
sólo Jesús podrá aliviar mis penas,
entre rosas y blancas azucenas,
que para siempre aromarán tu altar,
pues nadie, Elvira, te podrá olvidar.

JORGE HORMANN SORUCO



Rinconcito Santiaguino (Recoleta).—Dibujo del notable artista don Carlos Dorlhiac.

UN RECUERDO

(17 de Diciembre de 1906).

Ayer el Glosador se levantó muy tarde. Pero la luz del mediodía brillaba débil e indecisamente, como una claridad de madrugada; tan densa era la niebla. A través de la niebla, fuése en serenidad a ser testigo—en serenidad—de una página de Historia.

Del principio al fin, esta página se produjo serenamente. Serenamente también quisiera narrarla.

17 de Diciembre de 1906. En este día, obedeciendo a las conminaciones del Gobierno de Francia, el Cardenal Richard, Arzobispo de París, abandonó el palacio Arzobispal para instalarse provisionalmente en un piso de un inmueble situado en la rue de Babylone, propiedad de M. Denys Cochin, diputado por el distrito del Sena y miembro distinguido del catolicismo político francés, quien había ofrecido a Su Eminencia aquella hospitalidad.

La rue de Grenelle, donde se encuentra el Palacio Arzobispal, es una de las más tristes del noble barrio que se extiende desde el bulevar Saint-Germain hasta los Inválidos. Otras calles del mismo bulevar ofrecen una quietud señorial; palacios cerrados y altas tapias de jardines, ocupan callada y limpiamente su extensión. La rue de Grenelle tiene negras tiendas, y las tapias de los jardines de sus palacios

aparecen manchadas por la litografía insolente de carteles innobles. En estos días las litografías insolentes anuncian que los bazares están llenos de juguetes para los presentes de Navidad; lo anuncian con refuerzo de figuras del Evangelio... Producían una vaga angustia esas figuras del Evangelio, a lo largo de la rue de Grenelle, entre la niebla de ese mediodía que os digo.

La angustia, la agitación hacían palidecer los rostros, encendían un poco los ojos de las gentes que allí habían acudido desde las once. Pero reinaba un gran silencio. Había mandamiento formal, superior de orden y serenidad. La multitud ante la amplia puerta cerrada del palacio arzobispal, se apaciguaba. Era una multitud compacta, negra como la de un entierro. Gran número de sacerdotes. Gran número de señoras, muchas de ellas completamente enlutadas.

Hacia el mediodía, la portezuela que da acceso al patio del palacio, se abrió. La ocupó una banda de jóvenes. Eran miembros de la Sociedad de Estudiantes Católicos de París. Llevaban, prendido por un alfiler, un escapulario de franela blanca, con el Sagrado Corazón bordado en lana roja. Se encargaron del servicio de orden y de la recepción de la personas admitidas a entrar en el patio. Aconsejaban calma a todos, con voz que temblaba un poco, de complicidad involuntaria ante la excitación de algún exaltado...

A la una, el patio estaba lleno de bote en bote. El Glosador no olvidará jamás el aspecto de la multitud reunida en este patio. La niebla se había desvanecido bastante, pero el día quedó nublado. De cara al día nublado, aquella multitud permanecía silenciosa, solemne.

De pronto se elevó una gran voz. Pero no era un grito lo que lanzó la gran voz. Era un cántico.

Cantó: "Creo en un Dios Padre, Todopoderoso..."

Y con ella, millares entonaron el Credo.

Cantaron, rezaron largamente aún todas. Al cántico, a la plegaria, iniciados en el patio, respondían desde la calle el cántico, la plegaria, como una ola a otra ola.

Las olas se hinchaban, crecían. Subían formidables. Un momento parecían amenazadoras. Bajaban en seguida en una ancha y dolorosa serenidad.

Serenidad. Ni una sola maldición, ni una sola expresión de dolor o de cólera. Serenidad. Una oración, un cántico.

Después, avasalladoramente: "Parce Domine, parce populo tuo!"

Una vez y otra, alguna voz trágica repitió: "Parce Domine, parce populo tuo!"

Y nuevamente el silencio. En el silencio, hacia el cielo nublado, una dama levantó un Cristo de ciertas dimensiones. Todo el mundo se arrodilló entonces.

Un momento de angustia. Circuló, salida de no sabe donde, esta noticia: "El Cardenal Ricard se niega a salir. Dice que no abandonará esta casa si un funcionario del Gobierno no pone mano sobre él".

El paso del rumor por la multitud iba acompañado de resonancias de tempestad. Pero aquél era falso. Monseñor Amette lo declaró así, con palabras dulces y lentas. En seguida, rumor y agitación murieron. Sólo llegó a percibirse, rezagado, un grito: "¡Viva la Iglesia!..." Pero cantaron las campanas.

Cantaron las campanas. Esto era mejor. Esto era más doloroso y más sereno. Esto era más digno de aquella jornada de duelo mudo.

Cantaron las campanas. Lloraban en el aire gris.

Eran las dos apenas y ya parecía ser el ocaso. Una señal. Pasó el silencio, imponente. El Cardenal apareció.

Su larga figura se apoyó en el brazo de Monseñor Amette. Le seguían los Abbés Thomas, Clement y varios otros prelados... Se inclinaron las cabezas. Ni una voz ni un respiro se oyó.

El Cardenal estaba pálido, fatigado. Yo no sabré decir si había llorado o si estaba llorando entonces. Temblaba.

El brazo trémulo se elevó sobre el cuerpo trémulo dibujando una bendición. Todo el mundo la recibió arrodillado. Y, todavía, ni una voz, ni un aliento...

Un cupé, con un caballo negro enganchado, esperaba al Cardenal doloroso. Pero en el momento de subir a él, un remolino se produjo. Por un instante, confusión, gritos; fué desenganchado el caballo. Luego el coche se puso lentamente en marcha, empujado por los manifestantes... Y otra vez la manifestación se volvió pausada y silenciosa. Otra vez a lo largo del bulevar de los Inválidos se produjo en el seno de la multitud, y a los ojos de los expectadores, la conciencia y la visión de que era la Historia la que pasaba.

Cuando se llegó a la casa de M. Cochin, Monseñor Richard bendijo todavía a la multitud en silencio... Monseñor Amette, desde una ventana del piso bajo, la convocó para media hora más tarde, en San Francisco Javier. Y dispersóse la multitud. Cerráronse las puertas del jardín. Allá del jardín, el Arzobispo de París quedó solo. Había obscurecido ya. Hacía mucho frío.

Más tarde, en San Francisco Javier, Monseñor Amette subió a la cátedra. Apareció en ella resplandeciente, la mitra en la cabeza; en la mano, el báculo. Se esperaban con ansiedad sus palabras. Dijo nada más:

"No separéis nunca a Dios de Francia, en vuestras oraciones".

Casas pobres (Chillán).—Dibujo de don Carlos Dorlhiac.

Apostolado de la Media Vara

Dos caballeros que no pueden hablar cinco minutos seguidos sin disputar; y vaya si se ponen serios y se acaloran, levantan los puños cuando van faltando palabras, saliva y razones, y después de todo se quedan sin sacar la consabida luz que dicen sale de la discusión. El otro día les sorprendí bregando con esta interesante cuestión: Concepto moral de la mujer.

Si digo a Ud, apretaba el más viejo de los contrincantes, que yo soy de los que suscriben con gusto la famosa proposición: La mujer es el animal más parecido al hombre.....

Eso es sencillamente una barbaridad y una grosería tan injusta como falsa, replicaba todo nervioso el amigo. La mujer, es la dulce compañera del hombre, la encarnación de la poesía y del ideal, el ángel suavizador de las asperezas de la vida...

Si, todo lo que Ud. quiera y con Ud. todos los poetas románticos y melenudos que han hecho de la mujer una especie de ídolo encantado, pero sacando de la humanidad femenina un cinco por ciento, no más, de mujeres a las que, yo de buen grado concedo todavía más que Ud. y sus amigos los de melena, sacando ese cinco por ciento, repito, las demás; quiere Ud. que le diga lo que son, pues allá vá. Son perchas en donde se cuelga el sueldo y a veces el honor de los benévolos papás o maridos convertidos en trapos, pieles, flores, alhajas, o baratijas; son escaparates ambulantes de vanidades, y mentiras bonitas

en los que se podría poner este letrero: Se venden al más tonto. Pasan la vida divirtiendo a la humanidad masculina con exhibiciones arlequinescas de modas ridículas; son esclavas con aires de reinas, del vestido a la última moda por más extravagante, incómodo o antiestético que esté sea, del tacón, del escote, del peinado, de la inmodestia a la moda son...

—Pero; todavía más ¿todavía le queda bilis contra las pobres mujeres?.

Sí, y más le digo, que cuando las veo pasearse tan inmodestas ni en la religiosidad y la fé de ellas creo. Ni en los rezos y cruces que hacen ante los Santos, ni siquiera en las limosnas que dan, y me parece burla verlas arrodilladas ante los confesionarios, las que desobedecen por seguir la moda a los confesores, Obispos y al mismo Papa y comulgando amigo mío, comulgando, al Jesús sencillo, puro, escotadas, con los brazos desnudos, tan frívolas, inmodestas y tan llenas de mundo!...

—Yo creía que iba escampando y veo que la cosa se está poniendo seria— Colma la medida, todos, sacerdotes, Obispos, y el Santo Padre, incluso gobiernos protestantes, claman contra la inmodestia de la moda actual, y las elegantes responden, a estos clamores tan justos desnudándose más y salen a la calle como hace cinco años no se habrían atrevido a hacerlo la más desvergonzada; ¿y qué digo a la calle? metiéndose a la Iglesia y acercándose al mismo altar.

—Todo eso, intercalé yo, ó gran parte de eso podría remediarse del modo más sencillo del mundo, con un remedio de mi invención. ¡Con una media vara! Sí, señor; con media vara volvería la normalidad al mundo femenino.

¿Cómo? ¿Rompiendo muchas en las espalda y piernas de esas insensatas?

—No, hombre no voy tan lejos ni soy tan cruel.

Todo se reduce a que las señoras de aquel cinco por ciento que Ud. exceptuaba, y que yo me atrevo a aumentar a mayor tanto, se propongan con todo interés a practicar el **apostolado de la media vara de** ... tela entre sus familias y conocidas. La elegancia no perdería nada con que nuestras distinguidas señoritas echaran media varita más a sus vestidos. Me conformaría con que repartieran la media vara por abajo y por arriba. ¡Qué media vara más bien distribuida, los moralistas más exigentes quedarían satisfechos! Pues ahora vosotras que no habeís perdido el seso, ni caído en las lamentables extravagancias; a trabajar por la media vara.

Por compasión a vuestras hermanas y a vuestro sexo seriamente amenazado con esas modas revolucionarias del pudor, hasta por amor al arte y estética pública trabajad por la media vara más de tela.

A NUESTROS SUBSCRIPTORES

Por razones imposibles de subsanar por la Dirección de "La Cruz Blanca", ésta ha aparecido con un gran retraso durante los últimos meses.

Ello fué debido a que la empresa encargada de imprimirla se vió imposibilitada de dar el oportuno cumplimiento.

En nuestro deseo de que el atraso no continúe, hemos decidido que los meses Marzo-Abril y Mayo-Junio aparezcan en dos ejemplares de mayor número de páginas que el corriente.

A contar del mes de Julio, "La Cruz Blanca" irá al público en otro formato mucho más elegante y manuable que el que ha tenido hasta ahora, e introducirá valiosas reformas en su material de lectura.

Ojalá esto compense a nuestros subscriptores del involuntario retraso y les estimule a seguir favoreciendo a una publicación que encarna el elevado espíritu y generosos ideales de una grande obra de misericordia.

FRUTOS DEL DOLOR

Patrimonio de poetas es el dolor y algo así como la raíz de su alma y médula de su poesía. De poeta es padecer, con refinado y estético sufrir, tornando el daño en provecho y convirtiendo sus propias lacerías en lindas perlas y fragantes rosas. La bellísima imagen—harto reproducida—del sándalo que perfuma la segur que le hiere, es la más noble y exacta que fantasía humana pudo concebir para retrato y símbolo de poetas.

Quiero contaros, a este propósito, un cuentecillo con dejo de fábula y aires de leyenda que oí de labios del pueblo, sesteando yo un día a la sombra de unas moreras, no lejos de un parlero manantial. La frescura del sitio, el rumor del agua, la serenidad de los cielos, el habla sentenciosa de los campesinos, trajéronme a la memoria el recuerdo de las antiguas fábulas, siendo grande parte el gusto y provecho de la ingenua narración.

Hela aquí, despojada, al pasar de aquellos labios a los míos, de su puro y sutil aroma de antaño.

Hallábase el pobre Job, aquel desventurado poeta de la Biblia, presa de la maligna enfermedad que las Sagradas Escrituras refieren: taladraban su carne agudos clavos; encendíasele la sangre con la fiebre; huía de sus párpados el sueño, y todos estos males se juntaban, para mayor tortura, con extremada pobreza, que no consentían, para alivio de ellos, techo ni abrigo, cama ni regalo, sustento ni medicina, ni otro alguno de esos consuelos que los enfermos tener suelen. Era su lecho el polvo de la tierra; su medicina una teja rota; su alivio la esperada querella de su dura cónyuge; con todo lo cual fuese acabando el triste, pero no con prisa, que fuera más ligero tormento, sino templadamente y poco a poco, para más largo y refinado padecer.

Acordábase el pobrecillo—como es hábito del que sufre, traer a la memoria el placer pasado—de toda aquella salud y abundancia del destruído hogar, de sus siete hijos, hermosos como cedros del Líbano, y de sus tres hijas, semejantes a las rosas de Jericó; de sus criados y haciendas, de sus ovejas y camellos, de los banquetes generosos con que en la casa de sus deudos alegró antaño sus días...

Evocaba después toda las escenas de ruina y desolación que al presente estado le trajeron, y caíanle, mansas, de los ojos, las lágrimas.

Reprendíale su mujer con aspereza, convidándole a estéril desesperación, pero el santísimo poeta volvía al cielo los angustiados ojos, espejos de infinito dolor y de infinita paciencia, y decía aquellas palabras eternas, ungidas por el amor de Dios... "Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré a la tierra; el Señor lo dió y el Señor lo ha tomado; sea su nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos..."

II

Llegaron a esta sazón cuatro amigos al lugar donde Job paraba. Apenas acertaron a verle de tal guisa, con el cuerpo desnudo y lacerado, los ojos llenos de lágrimas, el roto monjil caído y la sucia teja en sus crispados dedos, conocieron con

toda su áspera realidad aquel terrible infortunio. Eran estos amigos personas de calidad y aún se cree que fueran reyes. Al alzar la vista y ver a Job, poniendo el grito en los cielos, lloraron con fuerza, rasgaron sus vestiduras y esparcieron polvo sobre sus cabezas; y sentáronse en el suelo por siete días y siete noches y no hablaron palabra; de tal modo el espectáculo de aquella desventura habíales traspasado el corazón.

Al cabo Job abrió los labios; rompió el silencio y maldijo el día en que nació y la noche en que fué concebido y deseó para aquella noche obscuridad eterna y muerte amarga; que no fuese ayuntada a la cuenta de los días y de los años; que permaneciera por siempre solitaria, sin estrellas ni canciones; que en vano esperase la luz y jamás viera abrirse los suaves párpados de la mañana.

Y esto, no por impaciencia ni cólera, como advierte el divino Fray Luis de León, sino por aborrecimiento natural de los trabajos de la vida y de su condición miserable, sujeta a tan desastrosos reveses; por donde es mejor morir que vivir y la suerte de los muertos más descansada que la de los vivos. Querellarse no es, al cabo, señal de ánimo impaciente, pues el mismo Jesús, que calló siempre en medio de sus males, quejóse al fin en el último de ellos, diciendo en la Cruz con voz angustiada y triste: "¡Padre mío! ¿Por qué me has desamparado?" Con lo cual daba a entender que el Justo, sin exceder la paciencia, puede rogar a Dios, si es servido, que le acabe el dolor con la vida.

III

Llegó al fin un momento en que harto Job de avivar con la memoria del bien pasado el sentido de la miseria presente y de ahondar en su propio dolor, buscando las raíces de él y toda su negra filosofía: habiendo hecho plática y disputa sus amigos de la desventura que lloraron, hasta remover en el alma de Job todas las dudas, llegó un momento en que, apareciéndose Dios a los ojos del lastimado poeta, le enseñó cuán en vano pretendía averiguar las razones de las cosas y penetrar en los divinos juicios; le animó a contender con El sobre la pasada disputa, y Job, lleno de humildad, se arrepintió de la ligereza y descuido de sus palabras.

Y sucedió entonces que el Señor comenzó a darle señales de su piedad y a aliviar un poco sus padecimientos.

Uno de los mayores era el calor del sol que durante el día dábale con fuerza y acrecentaba el ardor de la calentura y el picor doloroso de las llagas.

Pero he aquí que una mañana brotó de aquella tierra, bañada por el llanto del cuitado, un arbolillo forastero de ramas lisas y derechas, cubiertas de recortadas hojas, que fué creciendo con rapidez nunca vista y llegó a cobijar el cuerpo de Job y a refrescarle con su sombra amiga. Las llagas de su cuerpo comenzaron a secarse, y la fiebre a descender de hora en hora, y aquel temblor y angustia y tribulación de su cuerpo y de su alma a convertirse en llanto y salir afuera de sus ojos, en provechosas lágrimas, de esas que lavan de paso el corazón y le reparan y consuelan.

Caían las costras que afeaban sus miembros; borrábanse las hondas cicatrices; volvía la piel a su primer estado, limpia y sana, teñida de un puro color de rosa.

Los gusanos resbalaban y caían como granos de trigo sobre la tierra; deslizá-

banse por ella, semejante a un hormiguero y se refugiaban en el árbol que prestó sombra y frescura a Job, subiendo hasta las ramas y mordiendo las hojas tiernas salpicadas de rocío...

IV

Un día, presto ya Job a recobrar sus hijos, su salud y sus bienes, que habían de venir poco a poco, doblados y engrandecidos por el dolor, holgábase mirando el árbol que tanto le consolara en su pasada aflicción, y... ¡cuál no sería su sorpresa al ver que aquellos gusanos que de su carne martirizada habían salido, poblaban ahora el árbol como de gotas de ámbar y menuditos piñones, y echaban de sus boquitas un hilo sutilísimo y reluciente, parecido a un rayo de sol, con el cual hilo fabricaban un precioso capullo, donde reía la luz como en un pepita de oro! Y después de un capullo otro y otro, hasta llenar todas las ramas del arbolito forastero, que parecía una vid cuajada de dorados racimos.

Job, entonces, halló que aquellos racimos eran de un plumón precioso y suave, grato a los ojos y delicioso al tacto, y juzgó que tejiéndole, como el cáñamo y el lino, podrían aderezarse opulentas vestiduras y bordados primorosos, que fueran el encanto y la alegría del hombre, y, sobre todo, de la mujer...

Y juró fabricar, en cuanto le fuera dado, una rica túnica, para ponérsela en lugar de la que había roto, y alabó el nombre de Dios que, por el dolor y la paciencia de un hombre solo, dió a todos los hombres el primer capullo de seda...

. . . . . .

Tal vez algunas de vosotras, lindas y amables lectoras, no supiérais que fué debido al buen Job, a aquel atormentado poeta de la Biblia, el espléndido regalo de la seda.

Sí; de los gusanos que roían su carne nacieron esos otros preciosos gusanos, cuya baba sutil ofrece a vuestros hermosos cuerpos finísima cobertura. Aquellas enconadas landres que picaron su piel, encendiéndola en fiebres y humores, tornáronse como de oro, y destilaron la hebra de seda, semejante a un rayito de sol.

Con lo cual quedó cumplida la ley eterna de nuestro vivir, que brota con estremecimientos de las entrañas y hace cuajar la belleza en senos divinamente atormentados, como frutos peregrinos del dolor y de la paciencia...

RICARDO LEON

UN RINCON DE SEGOVIA
Aguafuerte de Ricardo Baroja

Terribles efectos de los libros malos

"Los libros contienen en sí una descendencia viviente tan activa como el alma de la cual descienden".—**Milton.**

El terrible poder del libro.— De los libros podríase repetir lo que dice la Sagrada Escritura de la lengua; ellos otorgan bendición o maldición, y producen la vida o la muerte.

Entre sus hojas soplan apacibles brisas de bonanza o silban terribles vientos de tempestad.

Entre sus palabras juguetea candorosamente el ángel de la luz, o se agita en convulsiones tremendas el espíritu de las tinieblas.

"Hay libros—escribe el Dr. Frédault—que han causado tantas desgracias como una epidemia. ¡Quién pudiera calcular el número de jóvenes que son víctimas de las malas lecturas!"

"Los libros—dice Proal—pueden ser más grandes bienhechores y los más insignes malhechores de la humanidad".

Y esto por sus efectos.

Las ideas que brotan de los libros dejan su huella profunda en la mente, como ciertos ácidos al tocar algún metal.

Y esa huella no se borra: es como un surco que después de haber recibido y fecundado en su seno la semilla, la devuelve centuplicada.

Algunos hechos.— Así se conciben ciertos hechos al parecer inexplicables, como efectos estupendos debidos a causas al parecer infecundas.

Lamartine, con su "Historia de los Girondinos" derrocó un trono.

Napoleón a ninguno temió como a la escritora madame Staël, la cual molestaba extraordinariamente al César francés con los agudos alfilerazos de su pluma.

El "Werther" de Goethe ocasionó muchísimos suicidios por querer imitar al protagonista de la novela.

En estos últimos tiempos las producciones literarias subversivas, difundidas cual marea mundial, han precipitado tremendos conflictos.

Antes del año 1789 no se habían hecho más que tres ediciones de las otras de Voltaire, de Diderot y de Rousseau.

Durante la revolución no se hizo más que una sola; bajo el colsulado y el Imperio, ninguna. Napoleón I que disponía de un millón de bayonetas, decía:— "Yo no creo que puedo gobernar a un pueblo que lee a Rosseau y Voltaire".

Después tales escritos inundaron el mundo, y le han traído cien veces al borde del abismo.

Desde entonces cientos de malhechores de la pluma, apostados tras resmas de papel, han asaltado con su estilo a las generaciones sucesivas robándoles la fé, la moral, el pudor...

Y otros cientos se levantaron más tarde que predicando con la pluma doctrinas subversivas, sublevaron a las muchedumbres y las lanzaron tras el emblema rojo del socialismo y maximalismo, entrando a sangre y fuego en los templos de la religión y del arte y poniendo a saco los tesoros de una civilización veinte veces secular.

¡Cuan cierta es la frase evangélica: Quien siembra vientos, recoge tempestad!

"¡Mercaderes del pensamiento!"... En estos tiempos abundan más los malhechores de la pluma que los mismos bandidos de las encrucijadas.

La razón es que a éstos se les persigue, y a aquéllos se les deja sueltos y se les condecora y se les levanta hasta el pináculo de la gloria.

¡Menguados tiempos en que se rinden honores a los más canallescos mercaderes del pensamiento!...

¿No es éste acaso un retroceso en el camino de la animalidad?

"Dramaturgos y novelistas—afirma el P. Félix— que fingen escandalizarse ante algunas raras condescendencias de la casuística cristiana, no se avergüenzan de extender el **dorado velo** de su nueva moral sobre todos los crímenes, todas las disoluciones, todas las crueldades, y a veces sobre todo género de maldades...

¡Oh! ¿quién vendrá con el látigo en la mano, a arrojar del santuario de las letras a esos mercaderes del pensamiento humano? ¿Quién vendrá a barrer del templo esas inmundicias que han acumulado la inmoralidad, el cinismo y el agiotaje de la literatura corruptora? ¿Quién sabrá azotar con animosa indignación todas esas fealdades y depravaciones literarias, que, rebajando y deshonrando la dignidad del arte, rebajan y deshonran a la humanidad misma?". (1)

¡Quién sabrá azotar como se merecen, estos viles mercaderes del pensamiento humano...?

"La desvergüenza no es genio".— No sabríamos explicarnos como no se les cae de vergüenza la cara a estos profanadores del pensamiento, si no es porque han hundido en el fango el último destello del rubor...

A estos tales les vendría muy bien lo que a ciertos líricos plebeyos dijo admirablemente López de Ayala:

"No quiera Dios que en rimas insolentes
Al mundo dé de mi pesar indicios,
Imitando a esos genios impudentes
Que alzan la voz para cantar sus vicios.

(1) Causa de la decadencia artística.

Yo busco retirado de las gentes
De la amistad los dulces beneficios,
No hay causa ni razón que me convenza
De que es genio la falta de vergüenza".

No, la desvergüenza no es genio: es el instinto impudente que se asoma a las ventanas del hombre para ludibrio de las gentes.

Satisfacción de un escritor.— Los escritores debieran poder repetir lo que ha escrito uno de los más célebres novelistas modernos.

En una de sus obras dice: "Hay algo de lo cual nadie en este mundo me puede despojar, y es la dulce satisfacción de saber que algunas de mis páginas han hecho asomar la risa a los labios, y otras, lágrimas de ternura a los ojos; es la certidumbre consoladora de que nadie ha salido de la lectura de mis novelas menos puro y menos noble de lo que era".

Este escritor comprendía el formidable alcance de la palabra escrita, y la muy formidable responsabilidad de quien la escribe.

"Reos de lesa verdad".— Como hay reos de lesa moral, así hay reos de lesa verdad.

Hay hombres pérfidos, sembradores de mentiras, corruptores de la inteligencia humana, nacida para la verdad.

Voltaire, escribiendo a su amigo Thiriot (1), le daba éste "filosófico" consejo:

"La mentira es una gran virtud cuando hace bien. **Es necesario mentir como un diablo,** no tímidamente y algunas veces, sino audazmente y siempre".

Y dejaba a sus secuaces la consigna vergonzosa:

"Mentid, mentid, que siempre algo queda".

No fuera suficiente desterrar, lejos del consorcio humano, a estos hombres maléficos: y poco fuera encerarles, cual **galeotos** del pensamiento...

Comentario de una página de Dante.—M. de Bornier, en su discurso de recepción en la Academia francesa, evocó el recuerdo de Francisca de Rímini, a quien Dante encontrara en el Infierno, condenada a consecuencia de la lectura de un mal libro,—diciendo:

"Todos conocéis los versos del Dante en el canto V del **infierno,** el anatema más terrible que se ha lanzado contra las obras corruptoras, uno de esos gritos del genio que resuenan en un poema como rugidos del león en la montaña. Ese verso alude a una novela célebre: **Lancelot du Lac,** en la cual **Galeoto hace el vil papel de tercero en los culpables amores del héroe y la heroína.** Cuando Dante interroga a Francisco, arrebatada en unión de Paolo a través del infierno del adulterio, ella le cuenta cómo la lectura de aquella nove-

(1) Carta a Thiriot, 21 de Octubre de 1736.

la los arrastró a la falta irreparable, y termina con este verso, cuya energía no puede reflejar ninguna traducción:

Galeotto fú il libro e chi lo scrisse:

¡Para nosotros, **Galeoto fué el libro y quien lo escribió!**"

"¡**Galeoto!**... ¡Ahí tenéis al eterno corruptor, que puede cambiar de nombre, pero que es el mismo en todos los países; ahí le tenéis condenado a la infamia por el justiciero inflexible! ¿Ha habido jamás lección más cruel y más útil al mismo tiempo? ¡Ay! ¿Qué hombre puede responder de la pureza absoluta de sus obras?...

¡Quien para lograr un aplauso ofrece al público uno de esos versos o una de esas máximas que dejan una huella duradera en las almas... es **Galeoto**! ¡Quien mancilla el honor, insulta al genio, calumnia a la virtud y proporciona al vicio y al odio infames triunfos... es **Galeoto!** ¡Y hasta quien por temor al ridículo y a las burlas de los malvados, por una cobardía notoria, no dice lo que en su sentir conviene y debe decirse... es **Galeoto!**".

¡Galeotos!.....

Innumerables son los escritores que merecen este nombre.

Es preciso huír de ellos, pues con su pluma, cual puñal escondido en un ramillete de flores, asesinan traidoramente en plena calle.

GABRIEL DE LA PAZ

MIGAJAS

Si se da una mirada al mundo, lo primero que se ofrece a nuestra vista es el espíritu positivo.

Jamás en ninguna época se ha calculado tanto. Jamás el hombre ha dado una mirada tan prosaica y realista.

Las bellezas del arte, la elocuencia y poesía, se hacen a un lado como antigüalla: su época pasó. El hombre moderno, el joven moderno, me atrevería aún a decir el niño moderno, son calculistas que no tienen en vista otra cosa que la utilidad.

El joven moderno cuenta, pesa y mide. El estusiasmo le parece algo así como una antigua imprudencia. Teme escuchar esa voz que cautivaba el mundo de antaño y que actualmente no la seguiría ni un colegial.

La cifra es la reina del mundo. Digo la cifra y no el número. El número es ley matemática y puede cautivarnos. La cifra es la aplicación del número utilitario al detalle de la vida.

UN RASGO DE VALOR DE LA REINA

Reina de Bélgica

LOS soberanos belgas acaban de hacer un viaje triunfal a través de los Estados Unidos. Este, según el corresponsal de un cotidiano inglés, se vió turbado momentáneamente por un episodio que pudo tener trágicas consecuencias.

La Reina, en compañía del Rey y de su séquito, estaban visitando en el pueblo de Yosemit el Jardín Zoológico, en el que había un león enjaulado. La Reina le acarició en los barrotes y después, repentinamente, sin que nadie pudiera evitarlo, penetró en la jaula. El león, que hasta entonces había permanecido dócil, empezó a rugir, adelantándose hacia la Soberana y mostrando sus garras. La Reina, con pasmosa tranquilidad, salió rápidamente, retrocediendo de la jaula antes que nadie tuviera tiempo de intervenir. Sonriente, bromeó con su real esposo, cuya cara, descompuesta, denotaba la impresión de que estaba poseído.

MARTES SANTO

Los tres días que mediaron entre la triunfal entrada de Jesús en Jerusalem y la Sagrada Cena y principio de la Pasión, los encontramos en los Evangelios todos llenos de divina predicación, como si el Redentor, en previsión de su próxima partida, se apresurara a esparcir la semilla de su palabra, cual sembrador que ve acercarse el fin de la jornada.

Aquí encontramos la maldición de la higuera que no da fruto y el echar del templo a los mecaderes; multiplícanse las parábolas y las interpretaciones de los hechos que ocurren a Jesús y a sus discípulos y la discusión con escribas y fariseos y todos los incrédulos e impugnadores de la celestial doctrina toma en boca del Hijo de Dios una viveza y una como santa irritación que parece anunciar el trágico fin.

Así a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo, es decir a la gente que sería entonces la más respetable y de más prestigio en el espíritu de la ciudad, les opone aquella tremenda parábola **de los que son y lo que parecen**: un hombre tenía dos hijos, y dijo al primero: Vete hoy a trabajar a mi viña; y él contestó: No quiero; más luego arrepentido se fué a ella. Y al segundo le dijo del mismo modo y respondió: Voy; más no fué. ¿Cual de los dos cumplió la voluntad del padre? El primero contestan los otros. Jesús les dice: "En verdad os digo que los publicanos y las rameras os irán delante en el Reino de Dios; pues vino Juan a vosotros por caminos de justicia y no le creísteis; y los publicanos y las rameras le creyeron".

Y en otro lugar aquellas sublimes palabras que transcribe San Juan cuando dice que Jesús levantó la voz y dijo: "Quien cree en Mí, no es en Mí propiamente, sino en el que me envió; y quien a mí me vé ve al que me envio. Yo he venido como luz al mundo, para que no permanezca en tinieblas todo aquel que en mí cree. Y si alguno oye mis palabras y no las observa, no le juzgo yo, que no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo". ¡Oh cómo sentimos a todo el Cristo, a todo el espíritu del cristianismo en estas palabras inmortales!

Y al otro día ¡con qué divina serenidad, con qué alta razón, divina y humana al mismo tiempo, destruye las blandas argucias que con hipócrita buena fe le tienden los fariseos para desprestigiarlo ante el pueblo o hacerlo aparecer como un vulgar rebelde a Roma, dominadora de los judíos! "¿ Es lícito o nó a los judíos pagar el impuesto al Cesar?" Nos parece ver los rostros de picardía de los fariseos mirándose unos a otros, satisfechos de su propia agudeza al poner al predicador en tal aprieto. Más. ¿qué podía la mezquina argucia ante la divina serenidad? Ni con palabras de divinidad se digna el Cristo satisfacer la duda artera sino que, poniendo en cierto modo la respuesta al nivel de la pregunta, con una simple demostración humana, civil, deja despreciativamente confundida la miserable astucia: ¿Por qué me tentais, hipócritas? les dice y pidiendo una moneda de aquellas con

que se pagaba el tributo, preguntó: ¿De quién es este busto y este letrero? —Del César contestaron. "Dad, pues, al César lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios" ¡Como se descubre en este argumento tan llano y proporcionado a los contradictores, la alteza de la divina predicación que, según justa observación que recientemente hemos leído se cierne por encima de la época en que fué dada y de todas las agitaciones de todas las épocas y hace su actualidad perenne. El Evangelio puede ser predicado siempre con las mismas palabras, porque la palabra de Dios está fuera de la historia; o si se quiere, dentro de toda historia, lo cual bien meditado viene a ser lo mismo.

Es de notar el aspecto que ofrecen generalmente los contradictores de Jesús, que no se ponen frente a frente de él afirmando otra doctrina, sino que, como queriendo aceptar hipócritamente la suya, simulan dudas, escrúpulos; le tratan como a un irreflexivo, como a un arrebatado, a un inocente alucinado, ellos, los sabios, los listos, los hombres de juicio, los hombres de pro. Y siempre la respuesta de Jesús se destaca simple sobre la complicación de la pregunta, abrumadora de toda sabiduría en su sencillez. Le ponen enigmas a descifrar, y El no descifra, sino que deslumbra al enigma volviéndolo cegado a la obscura madriguera. Le ponen la ley de Moisés, que El proclama en su pureza, como inconciliable con la resurrección que El predica: Moisés manda que si alguno muriese sin tener hijo, la viuda case con el hermano del muerto. Pues una se casó así sucesivamente con siete hermanos: ¿de cual de los siete será el día de la resurrección? Y Jesús (Oh Dios ¡parece verle echando luz de sus labios) les dice estas divinas palabras: "Errais no sabiendo las escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni serán dados en casamiento, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo!".

¿Cómo era posible que ante esos torrentes de luz no cayeran aquellos hombres a sus plantas y le confesaran por Hijo de Dios sin más pruebas? Porque se comprende que el pueblo más inculto fuera fascinado por los milagros materiales; pero para estos contradictores, para estos sabios y sacerdotes, para estos escribas y fariseos, para estos intelectuales, qué mayor milagro que esas respuestas resplandecientes de divinidad? ¡Ah! pero esto fuera si ellos no hubieran sido frios, entendimientos secados, sacos de muertos silogismos. De ahí la terrible cólera de Jesús contra ellos y que su divina elocuencia se desatara fulminante como un anatema contra esos peores enemigos de Dios:

"¡Ay! de vosotros, escribas y fariseos hipócritas que cerrais a los hombres el reino de los cielos, pues ni entrais ni dejais entrar. . . Rodeais la mar y la tierra para ganar un prosélito, y cuando le teneis le haceis dos veces más digno del infierno que vosotros. . . Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que diezmais la hierba buena y el eneldo y el comino, y habeis dejado las cosas que son más importantes de la ley, la justicia, la misericordia y la fe. . . Guías ciegos que colais el mosquito y os tragais el camello... ¡Ay! de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que sois semejan-

tes a los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos a los hombres y dentro están llenos de huesos muertos y de toda suciedad. Así también vosotros de fuera os mostrais en verdad justos a los hombres, más dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad... Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huireis del juicio de la Gehenna?".

Espanta y arrebata esa indignación de Jesús contra toda falsedad. El, que lleva doquier la palabra de amor y de perdón, solo ante la soberbia y el engaño desata su santa cólera y amargura, que se desparrama luego en la sublime queja: "Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas, y apedreas a aquellos que a tí son enviados" ¡Cuantas veces quise allegar tus hijos como la gallina allega sus polluelos bajo el ala, y no quisiste! "Y después la tremenda profecía: "He aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo que desde ahora no me vereis hasta que digais: Bendito el que viene en nombre del Señor".

Y tras este terror y, sin embargo esta esperanza, viene pronto la inefable Cena del Jueves Santo y la noche de la Pasión redentora.

MIGAJAS

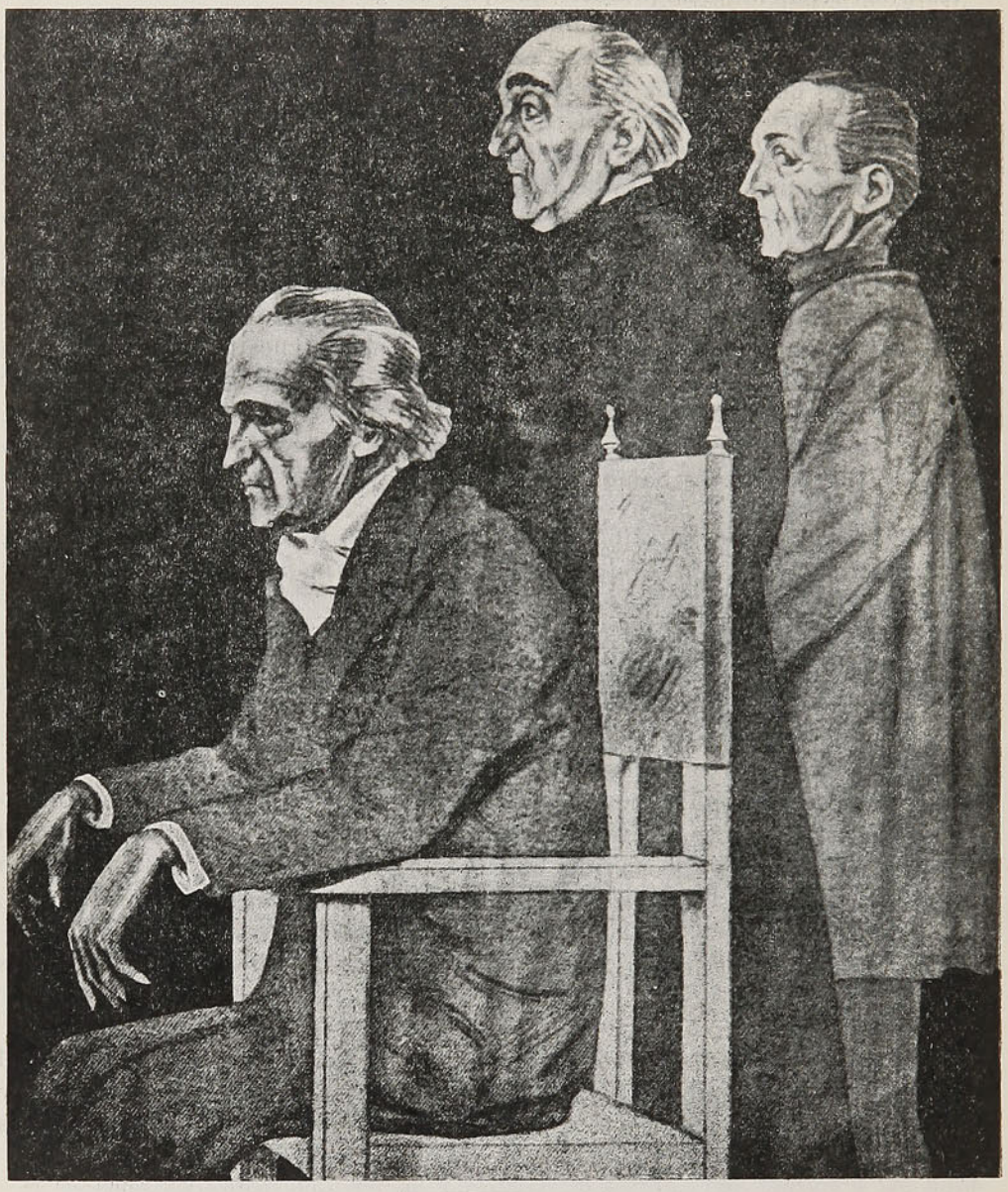
No sólo de pan vive el hombre, vive de aspiraciones.

Quitarle las aspiraciones sanas y elevadas, y se abandonará a aspiraciones locas. La aspiración es la respiración de su alma. Cuando la respiración verdadera no le es ya permitida, busca el aire que le falta en una respiración artificial malsana. La aspiración legítima a la grandeza sana y verdadera, aprisionada al nacer por la mediocridad que nivela y la avaricia que calcula, el hombre encamina hacia la falsa y loca grandeza sus extraviadas aspiraciones.

La mediocridad teme el sentimiento religioso como si amenazara el órden y la razón pública. El hombre mediocre se somete ante Voltaire, y se revela contra toda ciencia. Su divisa y su grito es: Osado contra Dios sólo.

La salvaguardia más elevada y segura que la razón posee es la fe. La fe satisface la adoración sin extraviarla.

Pero cuando el hombre no cree en Dios, se puede que en un momento de orgullo se imagine que él mismo es ese dios. El orgullo hace perder la cabeza y avanzar exasperado, destruyendo todo a su paso, incluso la idea del Ser Supremo Creador del Universo, pues supone superioridad que aplasta al orgulloso que se rebela.



LOS MOTETES

(Cuento)

—Tiene usted que venir un día a oir una monja de Santa Mónica. La madre Superiora, que se ha enterado de que anda usted por estas tierras, me ha rogado que se lo suplique a usted.

Así le había dicho su gran amigo el capellán del convento, y he aquí la causa de que, dando de mano a sus rebuscas de música sagrada en los antifonarios de la

catedral, hallárase el maestro aquella tarde repantigado en un sillón del presbiterio de la iglesia; pues que la clausura le impedía entrar en el Monasterio. Acompañábale el buen cura de las monjas y un sacristán, por si precisaba sus servicios.

Algo receloso permanecía el maestro, ya experimentado en esas pruebas de joyas artísticas inéditas; pero como el sillón era blando y densa la obscuridad, pues sólo iluminaban el templo dos cirios del sagrario y una lámpara colgada delante de un Cristo, prometíase indemnizarse con un—aunque fuera rápido—sueñecillo compensador. Por lo mismo que su nombre gozaba de fama mundial, no se había atrevido a rechazar la proposición, sin contar el peso de su afecto al padre capellán de las monjas.

Tras del plano de picudos hierros que, como dientes de carnívoro, defendían el coro, emplazado a la izquierda del presbiterio, brillaron súbitamente dos luces mortecinas y paralelas que iluminaron débilmente el interior. El maestro adivinó, más bien que vió, las velas de un atril, y después, siempre confusamente, pero acostumbrados ya sus ojos a la obscuridad, acertó a descubrir varias figuras blancas que se deslizaban con lento andar. Y de pronto, acordes suavísimos de órgano expresivo, que sonaron como celeste música en el silencio misterioso, y a poco una voz de mujer que rompió a cantar.

El gran maestro, que estaba ya en la obertura de su presunto sueño, sacudió instintivamente su modorra y escuchó con atención. Una soprano notabilísima, rica en agudos y fraseando con facilidad. Conocíasele falta de educación musical. Y, sobre todo, nada de ese acento gangoso, de nariz, que alcanza entre las monjas la categoría de un dogma.

—¿Qué le parece a usted?—preguntóle al maestro el capellán, luego que la monja hubo cantado una sentida romanza.

—¡No está formada, pero es artista de veras!

—¿No le pesa haber venido?

—¡Nó, y le confieso que accedí a venir por compromiso, un poco escamado; pero ahora me alegro de haberla oído!

Cantó la monjita dos o tres piezas con igual finura. Su acento revelaba exquisito sentimiento y, por supuesto, juventud, primaverales años. El maestro era un corrido cincuentón: pero los cincuenta son todavía, y aún sin adverbio, compatibles con la curiosidad, y el compositor hubiera querido ver la cara a la cantante. Por eso le bailaron los ojos cuando, ya en la sacristía, entró un mandadero del convento a decir al reducido aerópago que la madre abadesa le rogaba encarecidamente que pasase un momento al locutorio.

Una no muy amplia estancia de encalados muros, sobre los que negreaban cuadros antiguos. Sillas de paja, solería de ladrillo, la reja defensora. Allí esperaba la madre abadesa, verdadera figura de Zurbarán, envuelta en sus blancos paños de dominica, que en la cabeza orlaban la pálida faz, ya surcada por las acusadoras arrugas de más de seis lustros. No la acompañaba monja alguna, lo cual contrarió no poco al maestro, pues le acuciaba el deseo de conocer a la cantante. Le consoló la vista de una mesita portátil que soportaba jarros de cristal, diáfanos vasos, compoteras con almíbar, pilas de bizcochos.

—Es la hora de la merienda—dijo la abadesa—y yo ruego a usted que nos hon-

re, y excuso decirle cuánto le agradezco que se haya dignado oír a nuestra hermana.

Sentáronse. El maestro tomó la palabra.

—La Comunidad puede sentirse satisfecha, madre... Cuenta con una verdadera artista.

—Nuestra severísima regla nos impide que sor Lucila pueda dar a usted personalmente las gracias; pero esté seguro que agradecerá profundamente su juicio ya que Dios se ha servido dotarla de ese precioso don.

Habían dejado enfriar un poco el chocolate. La Superiora abrumaba de atenciones al maestro, que, siendo goloso en demasía, se dejaba abrumar.

—¡Exquisito chocolate!—exclamó hundiendo un bizcocho en la jícara.

—Puedo alabarlo sin ofender a Dios, pues es regalo de nuestro venerable Prelado. ¡Pruebe de este dulce de grosella hecho en casa!

—¡Riquísimo! ¡Tan notable como la monja que acabo de oír!

Rióse la ocurrencia. Superiora y capellán cambiaron una mirada de inteligencia. Este carraspeó como para darse ánimos, y dijo, después de sorber ruidosamente lo que quedaba en su jícara:

—¡Bueno, pues animado por sus palabras y por su bondad, me voy a permitir dirigirle un ruego que es un sablazo!

—¡Hable usted!—Y el maestro la emprendió otra vez con el dulce.

—¡Pues iré derecho al grano! La madre Superiora, aquí presente, no se atreve a manifestárselo a usted directamente; pero el otro día me dijo: ya sé que no merecemos que ese maestro tan famoso se ocupe de nosotras; pero ahora que tenemos una hermana que canta tan bien, si por mediación de usted nos quisiera escribir unos motetes nuevos para nuestras funciones... Claro es que habrían de ser arregladitos. El convento es pobre, ¡lo sostienen los donativos de las buenas almas!

El maestro se echó a reír ruidosamente, y exclamó relamiéndose:

—¡Bien urdida la encerrona! Pero... me gusta la monja. ¡Es artista!

—¿Eso quiere decir?—Y el acento de la abadesa temblaba.

—¡Que haré los motetes lo más barato posible! ¿Quedan ustedes contentos?

—¡Lo que se va a regocijar la Comunidad, y no digo nada sor Lucila! ¡Ya pediremos hoy a Dios por su salud después de vísperas!—Y la abadesa no sabía cómo expresar de modo elocuente su gratitud.

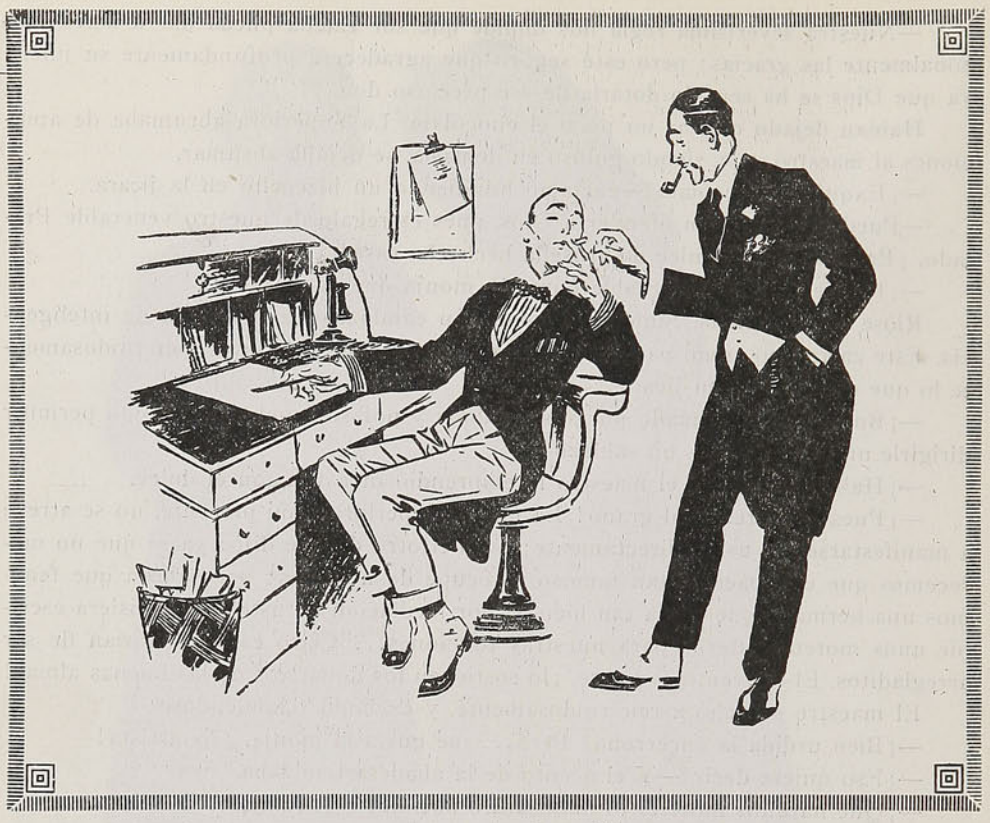
—Adelante.

—Ese pliego para su Reverencia, madre Superiora.

Un papel de música garrapateado de notas y una carta. ¡Lo que esperaba hacía tres semanas, en unos eternos días de zozobra, en los que el capellán no había podido husmear qué iba a llevar su amigo a las monjas! Echó los ojos a la espístola con un miedo cerval. Recordaba la opinión de algunos allegados al convento, conocedores del encargo. Aún haciendo rebaja, ¡un dineral! ¡Pues buenos son los artistas, y más los músicos!

Dos letras. El semblante de la pobre mujer resplandeció de júbilo. "La ruego que acepte los motetes que deseaba, y que la prometí componer lo más barato posible, y, siendo un goloso atroz, me contento con un tarro de ese almíbar de grosella con que usted me obsequió cuando oí a la monja, y que no tiene igual en el mundo, ¡como hecho por manos benditas!"

ALFONSO PEREZ NIEVA



¡AL GRANO! ¡AL GRANO!

—No ha mucho tiempo, acontecióle a uno de mis amigos que viaja mucho, verse obligado a visitar a cierto banquero inglés, hombre atareadísimo. Introducido en un escritorio, y abierta apenas la mampara, el visitante se halló ante un sujeto de edad incierta, que escribía presurosamente apretando entre los labios un cigarro sin lumbre. Antes que el señor levantara los ojos del papel, y se dignara darse cuenta de la presencia de mi amigo, trascurrieron dos largos minutos. Durante esta espera, mi amigo tuvo ocasión de recorrer con la vista las paredes del escritorio, y penetrarse del contenido de ciertos peregrinos cartelones que de las mismas colgaban, constituyendo el único adorno del despacho. En estos cartelones había diversas frases escritas en caracteres muy visibles. El primero, que era el más cercano al techo, rezaba lo siguiente:

"Buenos días. Sigo sin novedad, gracias. ¿Y usted, sigue bien? Me alegro infinito"

Decía el segundo cartelón:

Ya he visto, ya como está el tiempo. ¡Qué le vamos a hacer! Si estuviéra-

mos en Nápoles llovería menos. ¡Aquello es hermoso! En invierno hace más frío que en verano. Conformes".

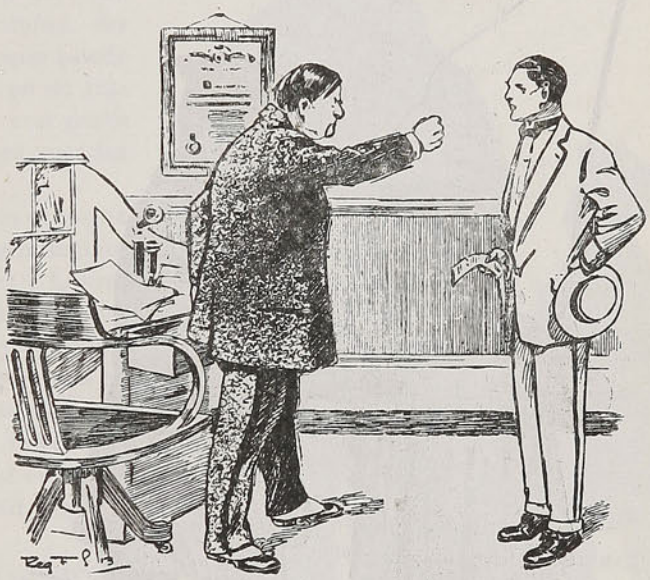
En el tercero se leía:

"Sí. si. La prensa me ha informado de todo. La situación es crítica. Convenido. No tengo inconveniente alguno en afirmar como usted, que los tiempos son malos, y que a este paso no se puede saber adónde iremos a parar".

Y el último cartelón decía:

"Vaya usted con Dios. Muy señor mío. He tenido mucho gusto en saludarle. Gracias. No hay de qué. A sus órdenes".

Para comprender de lo que se trataba, no tuvo mi amigo necesidad de leer el último cartel. Eran aquellas fórmulas de saludo y despedida, de preguntas y respuestas, y comentarios, correspondientes a otras tantas fórmulas propias de los visitantes a quienes el tiempo huelga y son impertérritos cultivadores del lugar común. De esta suerte el atareado banquero invitaba a las gentes a entrar en materia sin dilación. Era como si les dijera, sin malgastar en ello ni un segundo solamente: Al grano! ¡Al grano!



¡Cuán discreto procedimiento...! ¡Ah si siempre pudiéramos aplicarlo!

Si nos fuera posible fijar, para análogos fines, análogos rótulos en reuniones y congresos, en solemnidades literarias, o en el teatro.

En el teatro por ejemplo, donde pululan tantas prolijidades, donde hallan cabida tantos lugares comunes ¿no podría establecerse la costumbre, de dotar los palcos y las butacas de ciertos cartelitos blancos, en los que el espectador pudiera exponer sus conminaciones?

Entonces veríamos que espectador de una comedia francesa moderna escribiría a los diez minutos de haberse levantado el telón:

"Ya sé, galante caballero, que llegará usted a los más tiernos sentimientos para con la señora del dueño de la casa. Ya sé que cuando ella se divorcie para casarse con usted, usted volverá a estar enamorado de su señora legítima, que a su vez se divorció para contraer matrimonio con M. de Rougemonte... Dénse prisa, señoras y señores".

TRIBUNALES DE NIÑOS

La revista **"Pro Infancia"**, publicada por el Consejo Superior de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad, anuncia en uno de sus números últimamente publicados, la fundación, en Inglaterra, de la primera colonia de niños, copia de las comunidades infantiles con tan buen éxito establecidas en los Estados Unidos.

Dice "Pro Infancia": En los Estados Unidos, los niños y niñas que han cometido algún delito no van a las cárceles. Se les confina en una granja y se les deja que se gobiernen como les plazca. Eligen por sufragio universal, directo y secreto, un Presidente, un juez y un administrador.

El juez dicta las sentencias, las comunica por escrito a las autoridades y estas las hacen cumplir a los sentenciados.

Sir Montagu que ha estudiado el funcionamiento de estas colonias americanas, asegura que los resultados obtenidos son admirables.

Hay algunas, las más numerosas, que tienen su Palacio de Gobierno, su Parlamento en miniatura, su cárcel pública, su Juzgado de paz.

Niños y niñas votan a sus diputados, y estos deliberan y redactan las leyes que el Presidente de la pequeña república aplica inexorable.

En una conferencia dada por Sir Montagu en Londres, dijo: Yo creía

que esas colonias eran cosa de juego; pero cuando ví cómo un juez de trece años condenaba por robo a un muchacho de catorce, a dos meses de cárcel, y cuando ví que el condenado ingresaba en la cárcel de la Colonia, resignado con su suerte, comprendí que aquello era más serio de lo que yo suponía.

Los fallos de los infantiles jueces son notables por su moderación y sabiduría. Cuando alguno es injusto, todos los electores de la Colonia se reunen en asamblea, destituyendo al juez y eligen otro. Igual proceden con el presidente si no gobierna con rectitud.

El administrador, es decir, el Ministro de Hacienda, presenta sus cuentas todos los meses. Los presupuestos son mensuales.

Los niños trabajan en diversos oficios y el Estado compra las obras ejecutadas. Cada uno puede disponer de lo ganado con su trabajo, pero ha de pagar con parte de ello las contribuciones votadas por las Cámaras.

Según Sir Montagu los niños de peores inclinaciones se enmiendan y vuélvense trabajadores y honrados a los pocos meses de practicar la ciudadanía y vivir entregados a si mismos. ¿Cuándo llegaremos en Chile a conseguir algo semejante? ¿Cuándo llegaremos a borrar de nuestra legislación penal el funesto concepto de la maldad, ingénita en el hombre?

El deber social de la reparación, para ser justo ha de pesar en sus sentencias tanto la responsabilidad del delincuente como la responsabilidad social.

Si el delincuente es deudor a la sociedad de una reparación. ¡Cuantas veces la sociedad no estará en deuda con él de Amor y de Justicia!

¿Y si el delincuente es un niño abandonado? Entonces la responsabilidad social es mayor y la sociedad es la que debe imponerse el fecundo trabajo de enoblecer y dignificar a una criatura humana.

¡La maldad de los hombres! Yo no sé si hay hombres malos. Pero niños malos, sé que no los hay, no puede haberlos. Todos somos malos ante el odio, ante la crueldad, ante la justicia. Pero no pregunteis por nosotros a los que nos odian; preguntad a los que nos aman. En ellos está la verdad de nuestra vida. Solo el que de nadie pudo hacerse amar puede ser malo en absoluto. Y si todos nos amáramos como buenos, ¿es posible que nadie fuera malo?

SOR MARIA AMADA DE JESUS

(Continuación)

Mientras la pobreza era cada día mayor en la familia Quoniam, el Señor hacía el vacío en esos corazones para que le pertenecieran por entero.

El hermano único de Dorotea, debió abandonar el hogar para aprender un oficio.

La revolución de 1848 estalló.

Esto afectó mucho a la madre de Dorotea, herida de muerte por la enfermedad que más tarde tuvo fatal desenlace. Las agitaciones de afuera y la miseria de su hogar, continuaron minando su frágil constitución. La señora Quoniam se consumía y sintiendo que no podría luchar largo tiempo contra su mal, mostraba y enseñaba todos los cuidados y necesidades del pobre hogar a Dorotea.

"Tenía nueve años y medio y abandoné definitivamente la clase para cuidar a mi madre y suplirla en los quehaceres domésticos, feliz aunque indigna de ser su hija y su sirviente", dice Dorotea.

"Madrugaba, hacía mis oraciones, me informaba de la salud de mi santa enferma, ordenaba la casa, daba el desayuno a mi padre".

Mi madre se hacía ella todo lo que podía, revelándome tanto en la enfermedad como cuando estaba buena, lo que debía ser un alma que se había consagrado a Dios.

"Fuí un día advertida anteriormente, que mi madre iba pronto a recojer en gozo lo que había sembrado en lágrimas. La previne y le pregunté si no desearía recibir los últimos sacramentos. Después de un momento de reflexión me dijo que en efecto creía que ya era tiempo, me envió a buscar su director y se acordó que la ceremonia tendría lugar al día siguiente.

Cuando el sacerdote llegó todo estaba pronto. Yo, más muerta que viva, tenía aún fuerza para mirar a mi madre. ¡Qué espectáculo! Su semblante pálido y enflaquecido, se rejuveneció y adquirió color sonrosado. La sonrisa de los bienaventurados se dibujaba en los labios, sus ojos fijos en mí parecían no verme, aún cuando su mirada era viva y brillante. Cuando terminó la ceremonia me acerqué a ella y le pregunté como era posible que estuviera tan feliz viendónos tan afligidos.

Se sonrió y me hizo comprender que el Señor había derramado en su alma algunas gotas del torrente de delicias con que inunda a los bienaventurados en el cielo.

A mi padre no le quedaban más que dos meses de vida. En la estación más rigurosa del año, regaba con el sudor de su frente la tierra. Me sentía feliz de poderlos cuidar a los dos y devolverles los servicios que les debía. Mi padre fué llevado al hospital. La despedida de ambos fué tanto más dolorosa, cuanto que los dos sabían su gravísimo estado.

Se admiraban que yo pudiera resistir tanto cansancio y a mí me sorprendía mucho más haber sobrevivido a tanta emoción.

Era evidente que mi madre no viviría más que días. La imágen de Cristo que trató de trazar en mi alma, estaba terminada. Y no le quedaba más que recibir la corona de vida. Iba a continuar desde las alturas del cielo su obra en mí.

El 8 de Enero de 1849 entraba al anochecer en una apacible agonía. A su pedido fuí en busca de su confesor para advertirle su estado y reclamar su asistencia, pero había sido llamado de otra parroquia. Mi madre recibió la noticia con una calma admirable, y sin demostrar ninguna sorpresa, estaba siempre pronta para toda clase de sacrificios.

Era ya tarde y mis parientes que estaban presentes deseaban que descansara. Viendo el consuelo que mi madre recibía con mi presencia, la interrogué con la mirada y traté al mismo tiempo de hacerla comprender cuan penoso me era abandonarla en ese momento. Lo comprendió y lo sintió aún más, pero fiel a esta última gracia de desprendimiento acató la voluntad de mis tios. Su ejemplo me dió valor, bajé el crucifijo de la muralla y se lo día a besar, lo que hizo con gran ternura.

Habiéndole besado a mi vez, me retiré en silencio con el fin de obedecer. Jamás un acto me había costado tanto, las dos agonizábamos. Sea la esperanza vaga de ver a mi madre al día siguiente, sea la tranquilidad que me dió el verla atendida, o más bien el efecto de esa divina voluntad que todo lo arregla, lo cierto es que me dormí penosa pero profundamente.

La agonía de mi madre se prolongó toda la noche. Me dicen que antes de morir se enderezó en la cama para divisarme. Le preguntaron si deseaba me despertaran y respondió negativamente. Siempre he pensado que en ese supremo instante me bendijo, pues me lo había prometido.

Hacía una hora que mi madre había abandonado el destierro cuando me arrojé sobre sus despojos para venerarlos y empaparlos en mis lágrimas. Estuve una hora sola con mi madre. Hora santa, durante la cual eras tú, oh Jesús, mi único apoyo. Os juraba por ese corazón que me había amado tanto no amar a otro que a Vos. Me volví entonces a la Santísima Virgen y le rogué protegiera mi juramento y me considerara más que nunca su hija.

Desde entonces estoy dispuesta a toda clase de sufrimientos Había comprendido que Jesús me amaba como su Padre lo había amado a El. Esta disposición me ponía en la imposibilidad de gozar sin sentir tristeza y melancolía, efecto de la gracia y no de la naturaleza.

Además el amor que sentía por Jesús y el que Jesús me tenía había hecho brotar en mi corazón los estigmas de la cruz y una inagotable felicidad. Era, por la misericordia de Dios, de las que sufren y que no inspiran compasión.

MARMOLES

de fantasía para muebles de estilo

Estatuas, Objetos de Arte y Columnas de Mármol

Ornamentación para interior de casas

OFRECE:

SANTIAGO CEPPI

CALLE CASTRO 78 -:- SANTIAGO

CASA SANTO DOMINGO

KATZ, BRENNER Y CÍA

CATEDRAL 1063

SEDAS -:- LANAS -:- ALGODONES

PAQUETERIA

ALFOMBRAS -:- CORTINAS -:- CRETONAS

MENAJE -:- JUGUETERIA

CONFECCIONES

PIELES -:- BORDADOS -:- OBJETOS DE FANTASIA

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577

SEÑORA:

necesitamos que usted nos busque UNA SUBSCRIPTORA para esta Revista.

En

HUERFANOS 1580

se reciben órdenes

SEÑORA o SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS"

UNICO CONCESIONARIO:

BOTICA FRANCIA -:- Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

THE CHILIAN STORES

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75 - D SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras

en París, Londres y New - York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay, además, veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar, y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso doméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogo general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA - VERANO y OTOÑO - INVIERNO

Dirigir la correspondencia

Gath & Chaves Ltd.

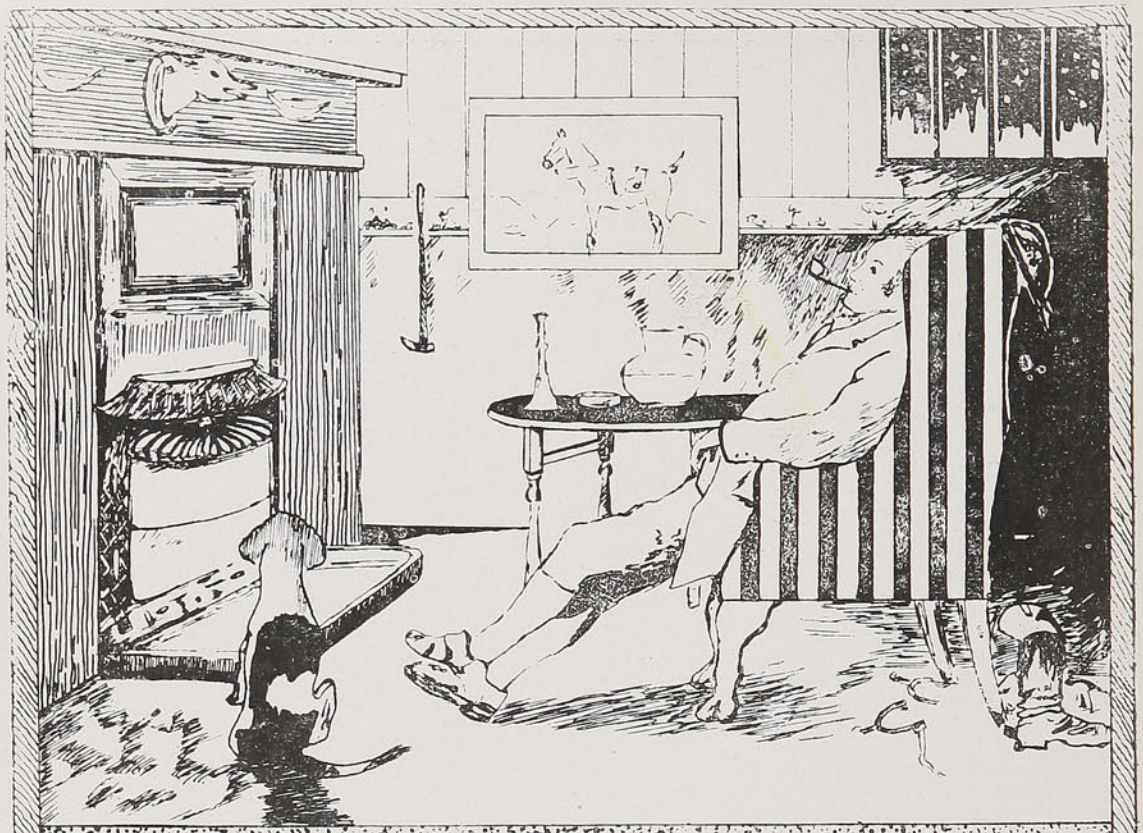
SANTIAGO

e nube que se hace lodo:

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL

Santiago de Chile, Mayo-Junio de 1921



NADA QUE IGUALE

a nuestras Estufas a Gas y, en especial, a nuestros **Radiadores de fabricación inglesa.**
Ellos constituyen la última palabra en este útil artefacto de calefacción.
Sin ser los más caros, garantizamos que no tienen competidor respecto a **economía en el consumo** y, por consiguiente, en poco tiempo le habrán costado mucho menos que cualquiera otro de inferior calidad.

Importadores: Departamento Sanitario

MORRISON Y CIA.

Ahumada 65-77 :: Santiago

SUMARIO

Núms. 33-34 — Mayo-Junio

	Pág.
El despertar del sentimiento religioso en el niño	270
El viejo de las limas	279
La lucha contra la pornografía	282
Lo que dicen los poetas	286
La formación del corazón	288
En la Cruz está la salvación	291
La ilusión de la luz	295
El milagro	298
El Rey de los belgas oye misa	299
Sic transit gloria mundi	300
Filosofía de lo que llama la atención	302
El arrayán	304
Un axioma filosófico	306
El infolio	310
Para combatir la apendicitis	316

INTERESA A TODOS

Para ingresar a la Sociedad de "La Cruz Blanca", dirigirse a la Presidenta, Adela Edwards de Salas, Catedral 1294. Indicando si desean ser socias activas o subscriptoras y con la **suma que desean contribuir** y las direcciones.

Para mandar limosnas, a la Tesorera, Josefina Fóster, Huérfanos 1642. Todo se recibe agradecida; **nuestros fondos han tocado a su fin.**

Para subscribirse a la Revista, a la Prosecretaria, Lidia Edwards de Pérez, Huérfanos 1580. Teléfono 2754.

Para la admisión de niñas, a la Vice-presidenta, Amelia Echazarreta de Errázuriz, Morandé esquina San Pablo. Teléfono 807; o a la Consejera, Josefina González de Valdés, Delicias 1652. Teléfono 2700.

CASA WEIL
JOYEROS

BRILLANTES-PERLAS
OBJETOS DE ARTE

SANTIAGO:
Estado 354 — Casilla 376

VALPARAISO:
Esmeralda 129 — Casilla 203

PARIS:
26, Rue Cadet

EL PERSONAL DE "LA CRUZ BLANCA"

PRESIDENTAS HONORARIAS

Ana Echazarreta de Sanfuentes

Trinidad Ramírez de Rivas

M. Luisa Mac-Clure de Edwards

JUNTA DIRECTIVA DE "LA CRUZ BLANCA"

Nombre	Calle	Núm.	Teléf.
Adela Edwards de Salas Presidenta	Catedral	1294	318
Amelia Echazarreta de Errázuriz Vice-Presidenta	Morandé	775	807
Elena Pinto de Matte Vice-Presidenta	Huérfanos	572	2230
Enriqueta Figueroa de Guzmán Consejera			
Juana Quindos de Montalva Secretaria	Serrano	155	1853
Josefina Fóster Tesorera	Huérfanos	1642	1825
Lydia Edwards de Pérez Pro-Secretaria	Huérfanos	1580	2754
Hortensia Reyes de Torres Pro-Tesorera	Delicias	1976	1210
Josefina González de Valdés Presidenta de la 1.ª Sección	Delicias	1652	2700
Inés Rivas de Errázuriz Presidenta de la 2.ª Sección	Dieciocho	164	1899
María Besa de Díaz Presidenta de la 3.ª Sección	Manuel Montt	2266	242

DIRECTORAS:

Nombre	Calle	Núm.	Teléf.
Margarita Sanfuentes de Echenique	Ejército	27	989
Elena Peró de Larraín	Moneda	370	1307
Amalia Rodríguez de Besa	Delicias	2013	1431
Teresa Fóster de Besa	República	105	851
Mercedes Lecaros de Rozas	Delicias	1438	946
Judith G. Huidobro de Fóster	Huérfanos	1642	1825
Mercedes Santa Cruz de Vergara	San Antonio	530	734
Mercedes Rozas de Urrejola	Morandé	147	1891
Luisa Urzúa de Latham	Huérfanos	1744	1744
Luisa Besa de Donoso	Av. Macul	1430	
Nieves Walker de Méndez	Dieciocho	133	
Teresa Brieba de Phillips	Merced	1391	
María Walker de Freire	Delicias	520	
María Claro de Peña	Merced		
Blanca Sanfuentes de Bulnes	Claras	198	
Delia Echeverría de Errázuriz	Morandé	775	207
Ana Besa de Quesney	Dieciocho	216	356
Rosario Sampaio de Bruna			
María Carmela Blanco de Vergara	Huérfanos		

SOCIAS

A

Adriasola A., Briceyda
Alamos de Castro, María
Artigas, Marta
A. de Valdés, Leticia
Arrieta de Figueroa, Inés
Alcalde de Labatut, Aurora
Alemparte de Cerveró, Emilia
Alamos de Vicuña, Josefina
Azócar, Marta
Aguirre de Ovalle, Dolores
A. de Bulnes, Teresa
Aguirre de Montt, Teresa
Astaburuaga de Castillo, María
Aguirre, María Angela
Anguita de Figueroa, Julia
Alvarez del Solar, Rosa
Armanet de Ovalle, Mercedes
Altamirano de Alessandri, Julia
Aguirre de Aguirre, Isabel
Astaburuaga de Vergara, Concepción
Adelaida H., de Phillips

B

B. de Montero, Eugenia
Baeza de Correa, Hortensia
Bello de Lamarca, Matilde
Bello de Vargas, Clarisa
Baltra de Montenegro, Ana
Bascuñán de Montes, Eugenia
Besa de Armanet, Raquel
Besa de Quesney, Ana
Besa de Díaz, María
Baeza de Saavedra, Elena
Bolados de Oliva, Ana
Badilla de Calvo Mackenna, Aurora
B. de Benavente, Pastora
Brieba de Phillips, Teresa
Besa de Donoso, Luisa
Besa de Lecaros, Inés
Besa de Lyon, Lucía
Barros de Jara, Sofía
Barros de Llona, Isabel
Blanlot de Marchant, Raquel
Baeza de Zegers, Laura
Baeza de González, María
Borgoño de Barros, Laura
Bromberg de Molina, Clotilde
Bianchi de Bianchi, María

C

Cuevas de Larraín, Elena
Castro A., María
Castillo de Moreira, María
Castillo de Lezaeta, Berta
Campino de Figueroa, Elvira
Carvallo de Pérez, Elvira
Castillo de Ruiz, Sofía
Cádiz de Lagarrigue, Rosa
Correa de Cruz, Suzana
Correa de Garcés, Carmela
C. de Bello, Matilde
Coo de Melo, Josefina
Cerda de Salas, Rosa
Cortés de Aguirre, Emilia
Costa de Anguita, Margarita
Cavero de Lastarria, Margarita
Covarrubias de Cruz, Sara
Cabrera M., Clara Rosa
Cabrera M., María Ana
Cousiño de Haenssler, Lola

D

Domínguez de Fabres, Sara
Dávila de Cruchaga, Victoria
Dávila Izquierdo, Oscar
Donoso de Vergara, María de la Luz
Del Pedregal de Cruz, Josefina
Del Campo de Servoin, Luisa
Donoso de Concha, Elena
Duval de Guzmán, Eugenia
Dublé de Tonkin, Julia

E

Echaurren de Dávila, Amelia
Errázuriz de Rodríguez, Ana
Errázuriz de del Campo, Margarita
Echenique de Costabal, Sara
Errázuriz de Aldunate, Pelagia
Errázuriz de Ortúzar, María
Edwards de Salas, Adela
Eastman de Huneeus, Sofía
Echazarreta de Errázuriz, Amelia
Eguiguren de Matte, Laura
Edwards de López, Elena
Edwards de Pérez, Lydia
Errázuriz de Ortúzar, Sara
Echavarría Barriga, Sara
Echeverría de Irarrázaval, Jesús
Edwards, Lucía
Eguiguren de Méndez, Laura
Egenau de Ferrer, María

F

F. de Puga Borne, Lucía
Ferrer de Ferrer, Margarita
Fóster, Josefina
Fóster de Reyes, Luisa
Fóster de Besa, Teresa
Fóster de Donoso, Ana
Fernández de Campino, Dominga
Fresno de Armanet, Adela
Fóster de Zegers, Rosa

G

G. de Germain, Bertha
G. Huidobro de Reyes, Elisa
Gómez de González, Margarita
Gatica de Oportot, Julia
G. Huidobro de Montes, Raquel
González de Segovia, Celia

Goñi de Baeza, Isabel
Gandarillas de Campaña, Fidela
González de Valdés, Josefina
Gandarillas de Pereira, Juana
González de Rivas, Eduvigis
G. de Guzmán M., Magdalena
Guzmán de Correa, Lucía
G. Huidobro de Valdivieso, Jesús
Gac de Correa, Carmela
Garmendia de Concha, Elena
Guzmán de Márquez de la Plata, Ana
Granello (Sra. de)
Grohnert de Ceballos, Isolde

H

Heen de Valledor, Vitalia
Hernández de T., Elena
H. de Phillips, Adelaida
Hurtado de Concha, Mercedes
Hurtado de Matte, Elvira
Hurtado de Castillo, Victoria
Huidobro de Fóster, Judith
Huidobro de Costabal, Hortensia
Huidobro de Cueto, Ester
Huidobro de Solar, Tránsito
Hormann, Jorge
Hoffman de Besa, Elvira
Herrera de Valdés, Delia
H. de Aguirre, Elena
Hurtado de Edwards, Luisa

I

Izquierdo Phillips, Adriana
Izquierdo de Dávila, Adelaida
Infante de Renard, Adelaida
Izquierdo, Enriqueta
Izquierdo Phillips, Sara
Iñiguez de Hernández, Fanny
Izquierdo, Mercedes
Izquierdo de Castillo, Luz
Isaza Barros, Raquel
Izquierdo de Reyes, Delia
Iñiguez de Melo, Blanca
Iñiguez de Bunster, Graciela

J

Jara G. Huidobro, Inés

L

Letelier de Errázuriz, Ana
Larraín de Irarrázaval, Ana
Larraín de Echazarreta, Josefina
Lazcano de Balmaceda, María
Larraín de Fabres, Celinda
Larraín de Olea, Rosa
Lazcano de González, M. Teresa
Lecaros de Rozas, Mercedes
Larraín de Pereira, Luz
Larraín de Harris, Laura
Luco, Irene
León Luco, Josefina
Larraín de Ortúzar, Rita
Lazcano de Mackenna, Berta
Lynch de Baeza, Julia
Larraín Bulnes, Lucía
Lynch de Gormáz, Luisa
Lecaros de Melo, Carmela
Lecaros de Undurraga, Marta
Lira de Lira, Aurora

M

M. de Valdés, Eugenia
María de Vicuña, Elena
Moreira de Risopatrón, Melania
Morel de Cerdá, Sara
Melo de Claro, Margarita
Martínez de Loveday, Leonor
M. de Sanhueza, Rosario
Montes de Montes, Rosario
Matte de Prieto, Rosa E.
Marín de Marín, Berta
Mac-Kellar de Ossa, Elena
Montt de Correa, Elena
Méndez E., Adela
Méndez E., Rosa
Méndez E., Sara
Menvielle de Larraín, Blanca
Montt de Avendaño, Blanca
Matte de Lecaros, Rosario
Montt de Avalos, Flora
Moreira de Cariola, Carmela
Moreira de Puelma, Laura
Moreira de Burgos, Ofelia
Montt de Hormann, Elvira
Maroto de Echeverría, María
Montt de Montt, Rosa
Morandé de Huidobro, Josefina
Méndez de Gana, Leonor
Manzano de Urrutia, Carmen
Montero Fuenzalida, Amalia

N

Navarro de Puelma, Sara

O

Ortúzar de Valdés, Ana Luisa
Ovalle de Mac-Iver, Emma
Ovalle de Correa, Paulina
Ocampo de De la Cruz, Clemencia
Orrego Vicuña, Eugenio
Orrego Vicuña, Fernando
Orrego Vicuña, Germán
Ortúzar de Tagle, Inés
Ovalle de González, Ana Luisa

P

Phillips, Casilda
Puelma de Bussey, Adelaida
Prieto de Tupper, Ignacia
Phillips de Valdés, Isabel
Palma de Riesco, Julia
Pardo de Orrego, Luisa
Phillips de Izquierdo, María
Phillips de Lind, Mercedes
P. de Barahona, Ester
Prieto de Espínola, Kerima

P. de Vergara, Joaquina
Pérez de Carvallo, Enriqueta
Pardo de Covarrubias, Ana
Pinto de Matte, Elena
Peró de Larraín, Elena
Pinto de Barceló, Rosa
Palma de Vial, María
Pacheco de Bari, Amelia
Pardo de Searle, Adriana
Prieto de Noguera, Manuela
Prieto de Alvarez, Lía
Parga de Silva, Mercedes
Pérez de Fierro, Inés
Pinto de García Zegers, Nieves

Q

Quesney de Campino, Victoria
Quindos de Montalva, Juana

R

R. de Prunés, Adelfa
Ruiz Tagle de Antúnez, Dolores
Rodríguez de Jordán, Laura
Rojas de De la Cruz, Luisa
Rojas de Gaete, Rita
R. de Espina, Elena
Rivera de Marín, Antonia
Rivera de Torretti, Adolfina
Reyes de Torres, Hortensia
Rivas de Errázuriz, Inés
Ruiz de Tagle, Josefina
Róbinson de Barros, Sara
Rodríguez de González, Leonor
Rodríguez de Besa, Amalia
Rozas de Urrejola, Mercedes
R. de Rondanelli, Elvira
Ruiz de Ossa, Elena
Rozas de Larraín, Elena
Ramos de Balmaceda, Ester
Ramos de Balmaceda S., Rosa
Rivas de Subercaseaux, Mercedes
Rogat de de la Barra, Victoria

S

Saavedra de Bernales, Julia
S. de Cavieses, Carmela
Salas de Huneeus, Teresa
Sanfuentes de Herquíñigo, Margarita
Sanfuentes de Iñiguez, Laura
Sanhueza Correa, Amanda
Sepúlveda de Marchant, Herminda
Sotomayor de Rogers, María
Sepúlveda de Arrau, Ercilia
Silva de Amunátegui, Eva
Soto de Beca, Rosa
San Román de Magallanes, Sofía
Sotomayor de Ramírez, Amanda
Saavedra de Balmaceda, Amelia
Serrano de Cabieses, Carmela
Salcedo de Cerda, María Mercedes
Serrano de Santa Cruz, Matilde
Soto Rojas, Magdalena
Sánchez de Arnolds, Mercedes
Subercaseaux Rivas, Eugenia
Solar de Fernández, Lucía
Sanhuesa Correa, Amanda
Solar de Bascuñán, Delia
Stuven de Ossa, Sara

T

Tagle de Escobar, Blanca
Tagle de Vergara, María
Toro de G. Huidobro, Luisa
Toro de Phillips, Adriana
Toro de Isaza, Carmen
Trigos, María Cristina de
Troncoso de Costa, Laura
Torres de Rodríguez, Filomena
Tupper de Cuevas, Elisa
Tupper de Izquierdo, Hortensia

U

Ureta de Aguirre, Virginia
Urzúa de Latham, Luisa
Ugarte de Baeza, Adelaida
Undurraga de Arteaga, Matilde

V

Valdés de Bascuñán, Amelia
Vicuña de Pinto, Carmela
Valledor Sánchez, Elvira
Villegas de Rojas H., Elena
Valdés de Larraín, Elena
Valledor de Fuenzalida, Laura
Valdivieso de Recabarren, Rosa
Vicuña de Orrego, María
Vergara de Barros, Sara
Varas de Infante, Ana
Vial de Ugarte, Mercedes
Velasco de Rogers, Emma
Vicuña de Charlín, Paulina
Valdés de Prado, María
Varas de Huneeus, Laura
Verdugo, Juana
Vicuña de Matta, Elvira
V. de Moraga, Isolina
Velasco de Infante, Amelia
Volarín, Adelaida
Videla de Velasco, Amelia
Vergara de Rodríguez, Inés
Vergara de Vidal, Albina

W

Walker de Freire, María
Walker de Méndez, Nieves

Y

Yáñez de Echeverría, Flora

Z

Zaldívar de Altamirano, Elvira
Zegers de Covarrubias, Manuela
Zañartu de Tagle, Raquel
Zegers de Echenique, Isidora
Zañartu de Besa, Elena
Zuazagoitía, Luisa
Zuazagoitía, Victoria
Zuazagoitía, Lucía

La Cruz Blanca

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

AÑO III | Santiago de Chile, Mayo-Junio de 1921 | Núms. 33 y 34

El Sumario va en la primera página de la Revista.

Lectora que, como esta mujer, te envuelves en costosas pieles para resguardarte del frío de estos atardeceres de invierno, ¿sonreirías también como ella si te refiriéramos la dolorosa historia de las víctimas de la maldad humana que recoge "La Cruz Blanca", y cuya relación te haría el efecto de un interminable cuento triste...?

El despertar del sentimiento religioso en el niño

Bien poco se necesita para marchitar una flor y reducir a la nada todas las promesas de fecundidad en una planta vigorosa.

Toda la capacidad y madurez del hombre encuentránse en estado naciente y en germen en el niño. No son más que instintos materiales. Estos, es cierto, se afirman después de la misma manera que el tallo de la planta se eleva de la simiente. Pero otros se revelan más y más delicados y sutiles. Tan delicados, tan sutiles tan fugitivos en sus primeras manifestaciones, que nuestros ojos materiales y groseros no los advierten, o nuestros espíritus prevenidos, búrlanse de ellos.

Es milagroso que el instinto religioso del niño resista estos choques de imcomprensión, de burlas o de silencio. Es un milagro que en el medio pagano de los filosofismos, de anarquía moral, de pasión por el goce y la riqueza, este principio de espiritualidad se desarrolle espontáneamente; o permanezca en el alma ese gérmen adormecido, que una nada muchas veces hace revivir.

A no ser que haya muerto ahogado... como sucede en la sangre de un tísico, a quien un malestar general advierte apenas, que una batalla fatal se libra entre los fagocitos y los microbios mortíferos.

Así, en el alma del niño, bajo la envoltura apacible del cuerpo, el genio maléfico, con todos los aliados que le proporciona el ambiente, triunfa contra el espíritu salvador. La voluntad creadora puede operar una resurrección, pero el asesinato se ha consumado a pesar de esto...

El hombre es doble. La naturaleza ha puesto en él, con el sentido del misterio, el apetito feroz de la vida, de la vida física, del cuerpo y de los sentidos. La inteligencia puede servir al sentido del misterio, como puede servir al apetito de la vida. Que el uno o el otro la acapare, se produce el desequilibrio. El hombre que en todo vé misterio y se entrega a ello aún cuando sea solo apariencia quimérica o construcción imaginaria, se vuelve supersticioso y fanático. El hombre que no ejerce más que sus sentidos y les dedica una fé exclusiva, llega a ser materialista y se amputa el alma; o al menos su alma es como no existiera, puesto que no tolera ninguna de sus manifestaciones y niega sus necesidades como sus intuiciones. De esta manera, su destino humano deja de realizarse. La naturaleza descubre con prudencia sus más preciosos tesoros: la flor, el alma. La flor no se abre antes de que el tallo pueda sostenerla. La criatura pequeña, que nace desnuda y desvalida en el vasto universo, debe adaptarse al medio material en que va a vivir, puesto que la falta de esta adaptación acarrearía como consecuencia natural la muerte. En toda edad, las necesidades que se satisfacen sostienen la vida, y son las más apremiantes, son, y deben ser, normalmente, las primeras que se sa-

tisfacen. Iniciación brutal y dolorosa, pues es con el llanto que el recien nacido aprende a respirar. Establecido el ritmo, come y duerme. Un nuevo ser toma posesión de la vida. ¡De qué interés será esa existencia! Es el poder de crecer que le dá su valor. Después de las ruidosas manifestaciones de sus primeras y urgentes necesidades, otras necesidades lo reclaman, pero mucho más discretamente, puesto que son más específicos, en cuanto a la naturaleza humana. El niño quiere conocer; enseguida quiere amar; y quiere orar.

Nos enorgullece su deseo de conocer; espiamos sus primeras explosiones de amor; ¿no saludaremos con gozo el despertar de su sentimiento religioso? Sucede con frecuencia que herimos sus sentimientos rudamente. Poco religiosos nosotros mismos, no queremos que el niño pueda desear elevarse de donde nosotros hemos decidido bajar; y dejamos para más tarde la cultura de sus aptitudes virtuosas. Algunas afirman de una vez por todas, que la intuición religiosa es debilidad atávica, o ilusión crepuscular, que el gran día de la ciencia debe disipar hoy o mañana,— afirman—, y la actitud despreciable y desdeñosa corta las alas que deseaban extenderse para cruzar el espacio.

¿Quién sabe si no avanzaremos aún más y no llegue el día en que despreciemos las manifestaciones de amor de nuestros hijos?

Explosiones tan fuera de sitio, para el objeto,—dirán,— sin utilidad práctica, sin fundamento razonable, y que no hace otra cosa que retardar la adaptación rigurosa de nuestro ser a las duras condiciones de la lucha por la vida.

Mientras favorece la adaptación, la educación no puede desconocerlo, cuando la estorbe, puesto que implica el dón de sí mismo, un sacrificio sin espíritu de devolución, la educación lo reprobará.

¡Dios no lo permita! En este estado la inteligencia humana, cuyo único objetivo sería el bienestar material, se desarrollaría en un solo sentido, y en el peor de los sentidos. No vamos todavía a hacer consistir en eso nuestro ideal. Y sin embargo es allí donde nos lleva la lógica de ciertos sistemas de educación "La primera hora de la instrucción, ha dicho Pestalozzi— e hizo de este principio la base de su gran reforma de sistemas educativos— la primera hora de la educación es la hora del nacimiento.

¿Qué se instruye primero en el niño? Los sentidos. Si el educador desea ayudar a la naturaleza en esa primera iniciación, lo hace por ejercícios sensitivos. Cuando la mano sabe tocar y el ojo ver, el entendimiento aprende a distinguir los objetos, en seguida a comprender su significado, el uso los hace entrar en la inteligencia que principia a despertar, el lenguaje les da un nombre.

La relación de las imágenes se establece; la vida intelectual y afectiva que incubaba en la sombra ideas confusas, se manifiesta al fin por medio de gestos inarticulados de cariño, de aversión, y busca la manera de desarrollarse por medio de preguntas, de deseos.

La parte de la madre, en muchos casos, es decisiva.

¿La voluntad se manifiesta más tarde?

Un pedagogo preguntaba a una madre de familia a que edad, según ella,

comenzaba la educación moral. "A los tres años— respondió ella. Después reflexionó: a los tres años qué de costumbre no ha tomado ya el niño y para adquirirlas hay que guiarlo" ¡Se corrigió: "Al año" Pero al año, el niño ya ha visto, observado, sentido hablado, querido, amado! La madre corrigió sus primeras respuestas: "Al nacer" dijo.

Si el pedagogo hubiese preguntado: "¿A qué edad debe comenzar la educación religiosa?" suponiendo que él y la interrogada hiciesen caso de la cuestión religiosa, una serie de reflexiones deducidas de la anterior habría obligado a la madre a la misma respuesta: "Al nacer" Pestalozzi habría estado de acuerdo, pues él no separaba la educación moral de la educación religiosa, ni la educación intelectual de la educación moral.

Monseñor Dupanloup desarrolla con vigor esta misma idea. "La educación del hombre principia al nacer" dice en el segundo capítulo de su obra "La Educación" y todo concurre a ello".

Luego, cualquier facultad de que se trate, es desde el nacimiento que hay que ver en el niño de mañana, es la semilla que la planta entera se elabora, tallo, raíz, flor, y hasta el fruto. Admitimos sin dificultad que es bueno formar los hábitos morales desde la cuna, convenimos aún que se pueden guiar las adquisiciones intelectuales fundamentales. ¿Vamos, por qué juzgamos superficialmente, a rehusar tomar parte en la primera formación religiosa?

Sin embargo, no es paradoja afirmar: SI NO FORMAMOS RELIGIOSAMENTE, FORMAMOS LAICAMENTE ¿Sostendréis vosotros, acaso, que de todos los instintos del niño, es solo el instinto religioso que debe dejársele abandonado a sí mismo?

Tened cuidado, no sea que la riqueza tan bien cultivada del jardín espiritual, no haya previsto ningún sitio para el sentimiento de lo divino, el último en manifestarse, y que, por atrofia de sus gérmenes fecundantes, el exuberante prado no dé sus frutos...

Oigo la objeción y veo la sonrisa: "Un niño de un año no puede interesarse por lo divino". Ciertamente, yo no lo pretendo.

¿Pero, se interesa más por lo hermoso, en cuanto a hermoso? Sin embargo, lo habéis rodeado de belleza. Lo habéis vestido de colores claros; le habéis dado frescas muñecas; habéis arreglado en armoniosos ramos las flores que él arrancaba en los campos; le habéis cantado bonitas canciones. Una impresión confusa se ha desprendido de este conjunto; de todas las imágenes que habéis escogido para él, y que se han incorporado poco a poco en el campo de su memoria, guarda un estracto. Su personalidad futura, queda impregnada, por una parte, de sonidos, de colores, del orden y de la claridad de las cosas que han rodeado su cuna. Poco a poco a esas imágenes antiguas se sobrepondrán imágenes análogas, sin cesar renovadas, y la idea se separará: su conocimiento de las flores, cuando tenga dos años, estará formado de todas las sensaciones alegres acumuladas por las flores de sus primeros tiempos; su sensibilidad musical, de todas las canciones murmuradas a sus oídos distraídos de bebé; la claridad de su espíritu, de su contacto prolongado con

la armonía y la luz; el amor a su madre, del recuerdo de todos los besos, de todos los cuidados, de todas las alegrías que le han venido de ella.

Las ideas del pequeño, son sus costumbres. Que todas las mañanas el niño arrullado en los brazos maternales, haya besado una imágen del Niño

Jesús, y juntas sus manos haya balbuciado: "Jesús, os amo con todo mi corazón. Dios mío, bendecid a mamá" el día en que le dirán, aunque su espíritu sea aún incapáz de concebir el misterio divino: "Tú amas a Jesús y Jesús te ama. Dios es Aquel que ha creado todo. Dios quiere que tú seas bueno", ese

día el niño comprenderá tanto como comprende muchas cosas que le dicen durante el día, creyéndolas que están más al alcance de su espíritu.

Un niño que desde su cuna ve a su madre ponerse de rodillas todas las mañanas, quedar en silencio, sin movimiento largo tiempo, está preparado para orar.

Un niño a quien de tiempo en tiempo se le lleva a la iglesia y sobre quien cae el silencio recogido de las bóvedas donde se cierne el vuelo de los ángeles, ha entrado ya en la vida religiosa, tanto como a la misma edad, ha entrado en la vida social o en la vida moral.

No se trata para él hasta que se haya claramente dado cuenta de su propia existencia y de la del mundo, de producir un acto conciente de religión, como tampoco en el dominio intelectual se puede pretender hacerle adquirir nociones positivas. Se le prepara solamente, y esto es muy grande. ¿Su bautismo no lo ha preparado sobrenaturalmente? Se le dispone a utilizar su bautismo. Cualquier otro trabajo de parte del educador, contraría la naturaleza, se anticipa a la hora, tiende a mecanizar las facultades, y concluye por atrofiar los verdaderos instintos tan seguramente como consigue también falsearlos.

La primera regla en materia de educación es la sinceridad y el método más seguro es el natural. El cultivo que mejora las plantas silvestres no debe ser antinatural, porque mataría en vez de mejorar. De la misma manera, la educación que es un cultivo, debe, tomarse sus indicaciones en la naturaleza del ser humano crearle una atmósfera favorable al nacimiento y desarrollo de sus propias tendencias. ¿No habría hasta los tres años más derechos que los de la vida física? Hay a esa edad otra cosa en el niño que no es la vida animal. La vida intelectual, a causa de la plenitud que promete para más tarde y en lo más hondo dentro, en lo profundo, la vida espiritual, tienen también derechos a la educación, derechos anteriores a su nacimiento. Porque con el niño, existen desde antes que este viera la luz.

Esta atmósfera favorable al crecimiento integral del ser humano está compuesta de mil pequeñas naderías que la malevolencia no debe ridiculizar.

Ignorantes como somos, del trabajo secreto que se realiza en el alma infantil, nos permitiremos juzgar con aplomo que esto o aquello no tiene importancia. ¿No es necesario saber ser pueril para ocuparse de un niño? Con esta condición solamente se tiene éxito. ¿Quién se atreve a reirse de los discursos incoherentes, de las tonterías, de los gestos de una joven madre tratando de hacer sonreir a su guagua? ¡Pobre ser si se le privara de esto!

Evidentemente, esto no tiene ninguna importancia en sí, que el niño haga su pequeña oración,— que él no puede ni aún pronunciar, delante de una imágen o estatuita del niño Jesús o delante de una fotografía cualquiera. Llevando las cosas con un poco de más rigor, puede decirse, que, puesto que él no oye nada de las palabras de la oración, todo el juego es inútil, salvo que el niño ría, porque la madre hace otro tanto. Sin embargo, un día llegará en que eso no será inútil. ¿Qué día? ¿Quien puede indicarlo con certidum-

bre? Supongamos una fecha fija: el gesto las palabras serán nuevos en esta fecha, no podrán así tener sobre la personalidad que se bosqueja, la misma repercusión que una costumbre ya fijada en los órganos y unida a un tono de voz a una expresión materna, cotumbre que poco a poco ha adquirido una significación más cercana de lo que se cree a aquella que damos al acto de la oración.

Besar una imágen del niño Jesús todos los días, en ese momento, ¡qué riqueza comunicada a esta noción confusa todavía! No es, se comprende, la imágen cualquiera que yo suponía hace poco, ¡ a la madre en su buena fé le parecería esto un crimen! Ella misma pone ternura en el gesto con que la presenta a los labios poco diestros. El niño sin darse cuenta, sabe que el amor une a su madre, a él y a la imágen y el objeto de la imágen se imprime en su mente y se hace como algo inseparable de la oración.

El vuelve a encontrarla esta imágen, en el sitio impresionante donde se arrodilla y donde no se habla; se forman asociaciones de ideas y vienen a ser habituales.

¿Todo esto es el sentimiento religioso? Nada inconciente es propiamente sentimiento religioso. El sentimiento religioso auténtico sale a luz más tarde de adentro para afuera y no de afuera para adentro.

Bien desheredados son los seres humanos, si existen, que no han oído jamás esa voz. Voz sorda cuando el alma no ha salido de su sopor que la educación o el genio propio no la han hecho salir. Voz poderosa, fuerte y dulce, dulce hasta ahogar el corazón en alegría, y fuerte hasta hacerlo triunfar del mundo cuando las alas se han abierto y que nada ha podido cerrarle el camino. Una niñita de tres años contemplaba el Océano desde lo alto de un peñasco, con su madre. Había oído muchas veces hablar de Dios: no obstante su alegría al entrar en una iglesia y su actitud piadosa durante su oración, no eran indicios suficientes para que ese nombre "Dios", representara **alguien** para ella. Los poetas y las madres ven muchas cosas en la mirada soñadora de los niños. ¿Cómo hubieran ellos llamado la paz del rostro de esta niñita, tan en armonía con la vasta paz del espectáculo que ella veía, mis bien que miraba?

Una dulce serenidad atestiguaba que estaba impresionada. La madre se detuvo. Con un movimiento de los brazos mostró toda la extensión y la niña siguió el moimievnto: la extensión del mar, la extensión del cielo. "¡Qué grande y bella es la casa del Buen Dios! Es ahí que El habita. En todas partes... El está allá, y arriba, y cerca de nosotros y en nosotros. El está en el cielo y en nuestro corazón.

O Dios, mi Dios que yo amo tanto, gracias por haber hecho cosas tan bellas y por permanecer en ellas, a fin de que tengamos todo esto para mirarlo y a Vos para amar! Gracias por haberme dado mi hijita. El grande y querido Buen Dios sabe hacer el mar, sabe hacer el cielo. El sabe hacer esta florcita amarilla tan bonita. El ha hecho también esta niñita y es El quien le ha dado una mamá que la quiere".

¿En qué ven que un niño de tres años entienda tal lenguaje? En todo;

en el sonido de su voz ligeramente admirada y también emocionada, en la presión de su manito, en la expresión de sus ojos que dicen siempre más que sus palabras, pobres palabras tan tiernas, tan limitadas, tan inadecuadas a las maravillas que suceden en el alma infantil. Nosotros, las personas grandes, no podemos pensar sin hablar. Pero escuchémosnos vivir por dentro y hagamos, si se puede, un gran silencio. El contacto se establece entre la realidad de nuestra alma y las realidades invisibles. Bello, puro, luminosoo, divino, no son ya durante ese silencio interior, palabras, sino maravillas verdaderas. La materia se reviste como de un ropaje espléndido. Expresar estas maravillas es empobrecerlas.

El niño que vive ordinariamente en la superficie de su ser, no sabe establecer el silencio; es por bocanadas indistintas que el sentimiento de su vida profunda se revela a él mismo. Todavía es más incapaz que nosotros de exteriorizar con palabras sus sentimientos, y nosotros querríamos, para creer que tiene la intuición de Dios, querríamos que nos hablara de ello, cuando generalmente, no le hemos aún enseñado las palabras que en rigor lo expresarían.

Nó, el niño no puede hablar de Dios, pero lo conoce a su manera. Y si vive en una atmósfera que no disipe este conocimiento, atmósfera exterior de vida familiar, atmósfera interior de una conciencia recta, Dios se manifestará más y más a su corazón, no para perturbar el ritmo de la vida corriente, sino al contrario, para estimularla y darle su alta significación de harmonía

El niño sincero, quiero decir el niño que no se hace ilusiones sobre sus estados interiores, habla rara vez de lo que no está todavía maduro en él; y lo que dice es tanto más significativo.

Un niño de este tipo no se esforzaba por tener en la iglesia un recogimiento del cual no era capaz, y aún en sus días de comunión, todo le distraía. Se conocía que él empleaba poco de su tiempo en decir y aún menos todavía en inventar fórmulas de oración. ¿Entonces que hacía? Se quedaba simplemente bajo la mirada de Dios. Lo confirma esta confidencia: "Los días en que he comulgado, tengo el alma muy a mi gusto".

He aquí otro ejemplo tomado en otro ambiente: un kindergarten popular de niños. Las familias de esos niños no les hablan nunca de Dios. Porque, hablarles de ello es llevar una hoja de palma los Domingos de Ramos, o poner los zapatitos en la chimenea la Nochebuena y aún persignarse cuando pasa un entierro qué es a lo que se reduce demasiado a menudo las religión en los medios obreros, cuando ella no consiste "en comer curas".

En ese kindergarten, una joven llevó un día una hermosa peonía roja. Tenía el sentimiento de la naturaleza y el don de revelar a los niños sus propias impresiones, que tan frecuentemente dejan los niños escapar cuando las tiene, o sienten, sin contarlas a nadie Supo, pues, interesar su pequeño mundo, en el color, la forma, la delicadeza de esa obra maestra: una flor fresca abierta. Era necesario que la turbulencia natural de la edad, fuera apaciguada un momento para que pudiera nacer la admiración. Al sentimien-

to de admiración que despertó en su auditorio, la joven habló entonces de Dios ¿Quién ha hecho esta flor, que encontraís tan hermosa?... "Dios que nos ama y desea nuestra alegría. Y, por otra parte, El quiere que le conozcamos para que también le amemos. Entonces El ha hecho el sol, los árboles y

los animales, y todo lo bello nos hace pensar en Dios. A El no lo vemos, pero vemos lo que ha hecho para nosotros".

Todos los niños estaban serios; habían comprendido. Algo indecible había encontrado eco en lo más profundo de sus seres; en silencio ellos escuchaban ese eco. Entonces, de repente, una pequeñita de cuatro años, tomó la flor con aire extasiado y a boca llena la besó.

El mismo gesto fué repetido por cada uno de los niños, como un rito sa-

grado con el cual todos estuvieran de acuerdo, por haber comulgado en la misma emoción.

El corazón se inquieta al relato de este hecho. La divina presencia, después de una única revelación va a velarse para siempre a esos pobres pequeñitos creados para vivir de ella y en ella ¿El tesoro les ha sido mostrado para que no gocen jamás de él?

¡Ah! ¿dar a Dios a los niños es tarea de los padres; si los padres lo rechazan y cierran sus puertas a Dios, como pueden darlo?

Con relativa facilidad pueden fabricarse una máscara, una voz, un lenguaje; pero la iniciación religiosa como queremos comprenderla, de adentro y no de fuera, es una comunicación de alma a alma; y formar un alma es un trabajo difícil y de largo aliento. Por mucha voluntad que haya de educar a los niños de una manera profundamente cristiana, por mucha tenacidad que se ponga para rodearlos de objetos y palabras piadosas, cualquier proceder que se emplee, si no hay convicción, no se llega más que a una obra artificial, es decir a una obra sin sinceridad. El sutil olfato del niño, descubre las actitudes que mandan y enseñan sin practicarlas personalmente. Dócil puede ser; con todo eso sois falsos y él también. Todas las armonías religiosas tan sabiamente buscadas, han tenido un sonido hueco y falso. Y llega un día en que las disonancias se dilatan y no se pueden soportar. Es la dislocación.

Madres, impregnad, pues, vosotras mismas a vuestros niños del conocimiento instuitivo de Dios. Dios está en todas partes para el que sabe abrir los ojos. aprended a ver si no lo sabéis, y luego, abrid los ojos de nuestros pequeñuelos sus miradas, comunicad a vuestras lecciones toda la riqueza y la variedad del mundo creado, del mundo revelado. La revelación, es, en una palabra concreta, la Encarnación. Todas las dificultades de la enseñanza religiosa, Jesús las resuelve. No niego los errores posible, las nociones supersticiosas, las deformaciones; deformaciones y errores pasajeros, si la adivinación del amor maternal espía esas manifestaciones, las prevee y las rechaza.

En estas materias tan delicadas, es bueno, sin embargo, conocer los escollos, y deben estudiarse para aplicar la marcha de la enseñanza religiosa, siendo este mejor método a lo que dedicaré un próximo artículo.

María Farges.

EL VIEJO DE LAS LIMAS

Nunca Leoncia se había sentido más triste que aquella perruna noche de invierno, última del año, en que la lluvia se desataba torrencial y las violentas ráfagas, sacudiendo el arbolado del parque, desmelenaban sus ramas escuetas, sin hojas. Lúgubres silbidos estremecían las altas ventanas de la torre y producían la impresión de hallarse a bordo de un barco que corre desatado temporal. En noches tales, todas las penas vuelven, como espectros llamados por conjuro de bruja, y el aire se puebla de seres invisibles, enemigos. La impresión es de agobiador desconsuelo. Y Leoncia, sumida en un sopor de melancolía, segura de no encontrar alivio, apoyaba en el borde de la chimenea sus pies, y pensaba en lo vano, en lo inútil de todo. Ningún bien era cierto, y la memoria sólo conservaba la impronta de los males, grabada más hondamente que la de las alegrías...

Adelantaba la noche en su curso; el silbo del viento se hacía más estridente y desgarrador, cuando resonó la campana de la verja, con toque pre-

suroso, como angustiado. ¿Quién a tales horas? ¿Con un tiempo tan horrible? Y, como se repitiese la llamada, al fin mandó que abriesen. Poco después entró en la sala, bien resguardada y tibia, una extraña figura.

Era un viejo caduco, de indefinible edad, a quien hasta pudiera considerarse centenario.

Venía chorreando, dejando un reguero, que dibujaba el zig-zag de sus pasos temblorosos. La contera de su paraguas soltaba un riachuelo, y al descubrirse, el sombrero de fieltro volcó un charco. Se oía claramente entrechocarse sus mandíbulas, y titubeaba, como próximo a desplomarse.

—Siéntese, abuelo... ¿De dónde viene, con este temporal? Arrímese a la lumbre... A ver, pronto, caldo caliente, o café, o cognac...

El vejestorio se acogió a la magnífica chimenea, entre cuyas columnas de granito, la hoguera, cebada con nuevos cepos de seco pino, se alzaba en movible pirámide de oro, toda girones flameantes.

El café hervía, y sin recelo de abrasarse, lo trasegó el viandante a su estómago helado. Chasqueaba la lengua de placer, y reanimado, sonreía. Parecía como si le hubiesen quitado, de golpe, treinta años.

—Siempre ando por los caminos— declaró.— No ceso, porque mi comercio me obliga. Si me parase, sería una gran desgracia...

Despojado de su capote, presentaba los lomos a la hoguera bienhechora, que arrancaba de sus vestiduras húmedas un vaho denso. Luego se volvió, y tendió las manos, restregándolas. Vió Leoncia que del cinturón de cuero del carcamal pendía una bolsa voluminosa, repleta.

—¿Y puede saberse qué vende usted? Yo le compraría...

Recelaba vagamente que fuese un malhechor, porque, mirándole a la claridad de la lámpara y de la llama, encontraba que parecía recio y sólido: su espinazo se enderezaba, su cutis amoratado y marchito recobraba coloración saludable, y su pelo, al secarse, se arremolinaba con brío en las sienes. ¿Traería armas? También era imprudencia acoger así al primer vagabundo...

Sin responder verbalmente a la pregunta, el viejo desabrochó el cinto, soltó el bolsón, abrió su cierre de metal.

Calmoso, extrajo paquetitos, estrechos y largos, cuidadosamente envueltos en papeles de seda. Con precaución deslió uno, y puso sobre la mesa, bajo el círculo de luz de la lámpara, una hilera de limas de acero, resplandecientes, de diversos tamaños, marcadas con letras y cifras diferentes. Las ordenó, las examinó y eligió una, que separó de las demás, recogiéndolas en el bolso otra vez.

Sonreía el viejo, en el fondo de sus barbazas, ya secas, plateadas y grises como las propias limas.

—Son—murmuró—limas medicinales. ¡Limas prodigiosas! Lo que ellas no sanen, ningún remedio del mundo lo sanará. Aquí tengo, justamente, la que usted necesita...

Y tendió a Leoncia una limita bastante prolongada, con cifras de oro.

—Tómela usted sin recelo... Nadie puede dejar de emplear mis limas— prosiguió el vagabundo con fruición.— A fuerza de rodar por cami-

nos y veredas, sufriendo agua y sol, nieve y canícula, he aprendido una sabiduría que debo comunicar a los mortales: no hay padecimiento que mis limas no curen. Nada resiste a su lenta acción, de cada minuto. Todo lo van royendo, poquito a poco, sin que se den cuenta los enfermos de cómo les viene la salud. Como que ni lo notan: y a veces, cuando ya no sienten mal, creen padecerlo todavía. ¡Estas limitas, qué monada! Ri, ri... Un poco de polvo, un poco de materia inerte... ¡y desaparecen los sufrimientos, los dolores, los daños, los cuidados, todo lo que parecía que no iba a cabarse nunca!

Leoncia empezaba a darse cuenta, a entender la parábola del vejestorio.

—¡Si supiese usted las cosas que yo he limado!— añadió él, lleno de orgullo.— Pueblos, tronos, ideas, poderes, todo ha cedido a mis limas, todo, todo... El mundo es una serpiente que muerde mis limas sin mellarlas. ¡Descrea usted de todo, excepto de mis limas!

Y como Leoncia ya había comprendido, y permanecía atónita, el viejo, con sonrisa indefinible, avanzó, puso los dos pies dentro de la chimenea enorme, metió la cabeza en la honda campana, y el fuego, prendiendo en sus melenas de acero claro y en su barba argentada, lo envolvió, consumiendo rápidamente su forma, mientras su voz cascada y lejana murmuraba, como en sueños:

—Yo paso, yo permanezco, yo soy la manifestación de la eternidad...

—¡El tiempo se ha ido! suspiró Leoncia, recogiendo la brillante lima, y leyendo en su hoja bruñida: "1921" Otro año...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

MIGAJAS

La duda es una enfermedad del espíritu a quien le faltan fuerzas para afirmar.

Un escritor ingenioso llamaba a una mujer hacendosa y al mismo tiempo instruída: hormiga con alas.

LA LUCHA CONTRA LA PORNOGRAFIA

Juzgamos conveniente dar a la publicidad este artículo sobre mala lectura, uno de los fines que se propone combatir "La Cruz Blanca".

Ya habéis oído hablar repetidas veces de pobreza; a sus miserias y males habéis acudido con eficaz auxilio, pero otra clase de miseria pide vuestra atención y vuestra ayuda. Hay diversas formas de pobreza, de desnudeces, de hambre y de sed.

Si Dante volviera a escribir, evocaría sin duda a la que me refiero, como errantes y ciegas, ávidas de ciencia en las calles de nuestros grandes centros, las manos crispadas sobre el corazón, queriendo arrancar los arcanos secretos de sus latidos, nó a la Divinidad de donde emanan, sino a la materia en evolución.

Hay también miserias espirituales, hay almas que se les oprime, se abusa de ellas, y se les reduce a enfermedades mortales por medio de libros, folletos, diarios y revistas.

Beben el veneno que se les infiltra poco a poco en la fuente misma donde debieron beber ciencia verdadera. A primera vista los creemos sabios y felices, pero al observarlos con mayor atención los ojos acostumbrados a penetrar más profundamente, no se escapa la laxitud, el hastío de la vida que sienten en el fondo, la angustia de lo desconocido, el vacío del más allá, una sed y hambre insaciable de ciencia sin Dios, verdadera miseria y pobreza espiritual, por la obscuridad absoluta en que viven.

Los encontraréis en bibliotecas y librerías, desenterrando libros que lleven luz a sus entendimientos atrofiados, por decirlo así, con la libertad del pensamiento. Avidos de todas las literaturas y ciencias, buscando esa agua que sacia, de la cual le habló Cristo a la Samaritana, y nada les satisface, pues, perturbada la razón con

una crítica disolvente de la doctrina de Cristo, falseada en los textos de enseñanza y libros que han leído, se apartan cada vez más de la luz y de la verdad.

Es para estos semi-sabios y libromaníacos que pido vuestro concurso y ayuda para evitar que al número de ellos se agreguen nuevos satélites.

Cayó en sus manos de niños uno de esos tantos libros expuestos a la venta por libreros sin conciencia; la curiosidad primero, la malicia más tarde fué arrancando, junto con la virtud, toda idea de Dios; amigos, conversaciones, instrucción, espectáculos, todo parece se confabuló para hacer de aquel hombre la constante negación a todos los grandes ideales y a toda idea levantada.

Más desgraciado que malo, le cabe menos responsabilidad que a muchos de nosotros que hemos visto vender impasibles, sin hacer nada por evitar se expongan en vidrieras, libros cuyos títulos nosotros, en la edad madura, no podemos leer sin sentir toda la repugnancia de su contenido.

En la edad en que principia a despertar nuestra inteligencia, en que las pasiones están todas en ebullición, sin saber aún el rumbo que tomarán, no es la figura del Cristo la que se presenta al adolescente, ávido de sensaciones; la figura conocida del Maestro envuelto en su blanco ropaje de pureza, rodeado de ese nimbo de claridades celestiales, que despiden las mortificaciones de los sentidos y las virtudes cristianas; nó; hay que mostrarle el lodazal, la miseria humana en sus más denigrantes vicios, y es preciso que a la inocencia del corazón, que todo lo ignora en teoría como en práctica, se le abran de par en par los ojos apenas entreabiertos para el mal, que columbran sin comprender, y se muestre lo peor de la escuela naturalista, del análisis patológico de una literatura que no sólo pinta la corrupción y el fango sino que hace caer a los que la leen en ese mismo fango que quieren pintar.

La literatura moderna está impregnada de la atmósfera actual; aún los que han evolucionado, como Bourget, no pueden dejar de mezclar páginas del más refinado sensualismo con otras de la más alta espiritualidad. Así en **"Le sens de la mort"**, de este autor, apesar del hondo sentido moral que encierra, no es un libro que puede ponerse en todas las manos.

Nos gustaría, sí, que en sus obras no pasara tanto por la materia y el realismo de la vida para llegar al alma en escenas que, sin desmedro de su talento, podría suprimir. Nos demostraría mejor su genio y sería más de nuestro agrado si, como dijo Menéndez Pelayo, refiriéndose a los clásicos, produjera obras compactas que, como cuerpos sanos e íntegros, reciban hermosura del mismo principio de que reciben fortaleza.

Hemos leído con suma repugnancia la producción literaria femenina de una autora moderna. Indigna ver lujo de descripciones inmundas en plumas femeninas; parece que éstas no debieran jamás describir materia sino espíritu, flaqueza y nó carácter, y que eso sea la musa inspiradora de algunas intelectuales a la moderna que no aciertan a comprender que para subir no es necesario descender a tanta debilidad humana. ¿Por qué no emprender vuelos de águilas e imitar los genios sublimes de los clásicos de nuestra madre patria?

La producción de otros países no despierta en nosotros el interés de la literatura francesa; se la conoce menos aquí.

Muy raro es el que lee **"la insulsa novela inglesa"**, como dicen. Aún a ésta han

dado últimamente algunos de sus autores un rumbo más picante y menos inocente: muchos de estos autores han caído en el Indice.

Muchos hay que piensan que la religión y la literatura deben separarse, sin mezclarse, y leen y dejan leer, so pretexto de instrucción, cuanto cae en sus manos. Por una parte rinden culto al Cristo a quien adoran en lo más íntimo del corazón y de la inteligencia, y por otra parte lo combaten en público, aceptando las enseñanzas de Rousseau, de Goethe, de Nietzsche, Voltaire, Renan y otros que, como Maeterlinck, exaltan la sensibilidad en un idealismo alucinado, creando un falso misticismo.

Los libros y la prensa neutra son infinitamente más peligrosos que los abiertamente malos e impíos, que rechazamos instintivamente. Se nos infiltran las ideas de los primeros sin saber cómo ni cuándo, disminuyendo la pureza de nuestras convicciones, haciéndonos perder la noción de la verdad y del bien, porque no la defienden o hacen caso omiso de ella.

Hay una manera terrible y eficaz de cambiar el recto criterio: es la conspiración del silencio en libros y prensa que se llama neutral.

En la prensa, en el libro y en la revista existen diversos grados y especies de perversidad que corrompen. Los hay abiertamente sectarios, no hablan de Dios sin blasfemar, ni de la Iglesia sino para insultarla y para excitar contra ella el odio y el desprecio y no retroceden ni ante la calumnia, siempre que la puedan lanzar con cierto viso de verdad y de buen espíritu; pero hay otra manera más eficaz de introducirse en hogares cristianos e ir poco a poco cambiando el criterio moral y religioso: la neutralidad y el silencio cuando se traten cuestiones religiosas o morales.

Espanta pensar con qué ligereza se abren las puertas de nuestros hogares a libros, revistas y diarios, sin averiguar su contenido y que son a veces o casi siempre la causa de los mayores desastres morales en la familia. Es un desconocido a quien se le permite enseñar todo lo que contiene, convenga o nó, instruya o desmoralice, sin que nadie le vaya a la mano. Puede robar la inocencia de un corazón puro en un instante y hacer sacudir el yugo de los sagrados deberes de la familia.

Los libros neutros disimulan sus ataques, guardan todas las apariencias de las buenas costumbres e ideas que pretenden defender y causan mayor daño por ser más pérfidos. Dan vuelta las enseñanzas de la Iglesia o para hacer burla disimulada de ellas o para ponerlas en abierta contraposición con la razón. No atacan abiertamente la moral, pero cuentan los crímenes y escándalos sociales con lujo de detalles. Las pasiones bajas son miradas con indulgencia y se burlan disimuladamente siempre de las leyes sagradas del matrimonio y la familia.

Estas son las publicaciones inmorales, anticristianas con que quieren ahogar lo que aún nos resta de fe y de virtudes cristianas, nuestros enemigos.

¿Podremos nosotros permanecer impasibles ante el inmenso daño ocasionado por las malas lecturas estando en nuestra mano el remediarlo en parte?

Todos tenemos conciencia de nuestros deberes, conciencia adormecida a veces, porque nadie se ha dado el trabajo de señalarnos el mal y la manera de combatirlo. Para luchar con eficacia debemos empezar a ejercer nuestras facultades prohibitivas:

1.° Con nosotros mismos y con las personas en las cuales ejercemos alguna influencia y no leer, comprar o introducir en nuestros hogares diarios, libros o revistas que tengan tendencias neutras, ni mucho menos aquellas que sean francamente inmorales o antireligiosas.

2.° Tratar de influir entre parientes y amigos para que hagan otro tanto.

3.° Destruir cuanto libro o periódico malo caiga en nuestras manos.

4.° Influir en librerías para que no se vendan libros inmorales a menores y no se expongan visiblemente.

He ahí la manera y el cómo evitar las malas lecturas. Veamos ahora los medios de propagar la buena:

1.° Subscribirse uno mismo a periódicos y revistas cristinas; comprar los libros buenos que se publiquen o que se importen.

2.° Leídos por nosotros, hacerlos después circular en la familia y amigos o conocidos.

3.° Usar de nuestra influencia para que se subscriban a periódicos y revistas cristianas y se compren libros buenos.

4.° Las que puedan hacerlo, deben colaborar con artículos de actualidad en las revistas y en la prensa católica para darle mayor interés. Esto hará sea leída por un mayor número de personas, dándole así gran circulación.

5.° No atacar la prensa cristiana cuando yerre o cuando no estemos de acuerdo.

6.° Defenderla si es atacada; si hay quejas justas, influir en sus directores para la enmienda.

Hasta aquí la obra individual de propaganda; la colectiva es mucho más eficaz. Para este objeto se puede formar un comité compuesto de miembros de la Buena Prensa que estudie la manera de difundir prácticamente la buena lectura.

Mucho queda por decir sobre los daños de la mala lectura y sobre la influencia directa que viene formando la conciencia y el criterio colectivo del país.

MIGAJAS

La dulzura es la plenitud de la fuerza.

Creer y amar; y vivir para amar y creer: he ahí el ideal.

LO QUE DICEN LOS POETAS

MI REINA DE LA FIESTA

Verás... ¡Yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra...
que aquel romero triste, de pálidos verdores
y de áspera corteza,
que desmedrado y viejo,
de flores, todavía, se viste en primavera,

y todavía ofrece su néctar delicado,
que buscan las abejas!

. . . . . .

¿Qué? ¿Quieres que haga versos?
Pues he de hacerte versos y tantos como quieras!
Yo romperé mi lanza
luchando en el torneo brillante de las letras,
y venceré en la lucha para que tú sonrías...
¡para que tú lo veas!
Tú me harás intrépido: para lograr el triunfo
he de agotar mis fuerzas...
Tú me verás magnánimo tirar todo un tesoro:
¡el escondido y santo tesoro de mis penas!...
Me voy haciendo viejo,
como el romero triste del alto de la sierra;
¡pero aún me quedan flores y néctar delicado
que dar a las abejas!

. . . . . .

Yo lucharé, aunque sufra sangrando de la herida
que tengo en lo profundo del corazón abierta...
mas, quédese en secreto si alcanzo la victoria,
y "aquél" y tú, sabedlo, sin que otro más lo sepa.
Yo quiero, si es que triunfo, que seas elegida
la reina de la fiesta,
y quiero que te elija, ciñéndose triunfante
mis lauros de poeta,
el mozo aquel que adoras,
aquel que en tus ensueños con sus amores reina.

. . . . . .

¿Que es esto un sacrificio?
¿Que acaso no me falten amores que merezcan
de mi glorioso triunfo
la delicada ofrenda?
Verdad que no me faltan amores, que en amores
cifré mi vida entera;
pero los tengo lejos...
¡tan lejos, que no aguardo que ya a mi lado vuelvan!
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
se despedían secas...
se fueron una tarde con sus azules ojos,
con sus miradas tristes, con sus sonrisas tiernas!...
Se fueron y no vuelven...
Ha tiempo que me espera
la niña encantadora de los azules ojos,
de las miradas dulces, de las sonrisas tiernas...
Ha tiempo que me aguarda... ¡durmiendo eternamente
debajo de una flores, la reina de la fiesta!

VICENTE MEDINA

LA FORMACION DEL CORAZON

El corazón es el centro motor del sentimiento que remueve el alma en sus profundidades más recónditas.

Todas las acciones nacen en el corazón. El corazón mal dirigido obscurece la claridad interior, ofrece grados de dicha y felicidad que fascinan, y las personas se entregan embelesadas a las mayores desgracias. Oculta lo reprensible de las acciones cubriéndolas con el atractivo de la dicha y el placer. Adormece el alma y la hace soñar en felicidades ficticias y falsas.

El corazón bien dirigido es la fuerza motriz de todo lo grande y bueno. Si el acto intelectual o la mirada interior nos descubre una alta verdad, puede esto movernos o atraernos, pero es incapaz de producir el efecto ni la emoción que el fuego del amor dará a nuestra alma y a nuestras acciones.

Por el acto de la voluntad o el amor, es que el alma se desprende de sí mismo, sale de sus estrechos límites, se lanza, se dá, y se transforma. La inteligencia atrae hacia ella lo que mira o contempla, pero el amor la lleva hacia lo que desea. El amor es sentimiento universal, es el pan de todos, pobres y ricos. Toda criatura humana ama y se dá. Se es más o menos feliz en la elección; se entrega o se dá el corazón a un ser más o menos digno, pero siempre las criaturas están entregando o dando sus mejores afectos.

Es imperiosa e irresistible atracción, la que siente el corazón humano de desbordarse y salir fuera de sí mismo; es ley universal y se obedece a ella.

De aquí nacen los más amargos sufrimientos de la vida, y también los más dulces goces y las mayores de nuestras grandezas, como las más viles abyecciones; las grandes acciones y pensamientos, como también los más abyectos y malvados nacen en el corazón. Esto nos revela la importancia que en nuestra vida tiene el corazón, de donde emana el amor.

La educación del corazón es tan penosa como lo es la de la razón y la de la voluntad. Nuestro principal deber a este respecto no es sofocar sus sentimientos y reprimirlos, sino darle pensamiento dignos que lo dignifiquen y eleven. No son escasa en número las almas en las que la primera educación ahogó en gérmen toda sensibilidad sofocando toda expansión y sentimiento. Es evidente que se nace más o menos dotado a este respecto como en otros, pero la educación primera y la atmósfera del medio en que se vive, son grandes factores que dan vida o muerte a esa delicada flor que llamamos sentimientos.

Si se deja desarrollar el egoísmo y no se combate en un principio todo sentimiento o acción mezquina y baja, será germen de semilla malsana más tarde de que impedirá al corazón su desarrollo total y elevado.

La desconfianza, el odio, la indiferencia, los goces egoístas, la crítica, son fatales para la vida del corazón, y ejerce mayor influencia cuanto mayor sea el egoísmo, la crítica, la frivolidad de las personas con quienes vivimos o tratamos. Es el ejemplo o la atmósfera que nos rodea, lo que atrofia, mata o engrandece el corazón.

Los gérmenes de amor y ternura que se encuentran en todo humano corazon, tienen necesidad dede que nacen de un dulce rocío y cultivo para que al desarrollarse produzcan flores. Más que rocío de ternura, de palabras, necesita la influencia de abnegación de actos. Las teorías no influyen en las almas; es la actitud personal y todas las pequeñas virtudes practicadas las que desarrollan el corazón del hombre y le dan la vida que lo hará grande en el porvenir; enseñándole con el ejemplo que; las pasiones dominadas y los sacrificios, son lo único que engrandece sin envilecer.

¿Cuántas ocasiones de comprobar esto hemos tenido en nuestra obra?

Cómo se han ganado esos corazones y esas almas que al principio nos parecían de imposible acceso? ¿Se han necesitado severos castigos? No, la dulzura, el sacrificio, la abnegación, han sido las únicas armas empleadas en su reforma ¡Y qué reforma! Cambiadas por completo, pensamientos, sentimiento, todo, la formación del corazón exige procedimientos muy diversos a los empleados para la formación de la razón y de la voluntad. La voluntad y la razón exigen cultura más directa y deben ser dirigidos, reglamentados a cada instante y de mil maneras. El corazón, por el contrario, fior excesivamente delicada, tiene necesidad de florecer sin que lo perturben influencias extrañas que lo harán producir malezas o yerbas locas. No es en los libros que se aprende a amar, no se consigue tampoco por mandato imperativo, es viviendo una vida de sacrificio contínuo, en una atmósfera de dulzura, y abnegación. El amor produce y acrecienta el amor en otros corazones.

Las facultades del corazón se desarrollan con el ejemplo, enseñando que sólo se debe dar a lo grande y elevado: a Dios, a la familia, a la patria y a la humanidad.

El que no abre su corazón a ninguno de estos amores está fatalmente destinado a caer en los amores que envilecen, y arrastrará su corazón en la corrupción y el lodo: o sentirá poco a poco atrofiarse la voluntad de amar y dará en el egoísmo.

Cuántos cautivan su corazón con vulgaridades o placeres fútiles, cuando no llegan a ser viles. El tiempo lo emplean en gozar y olvidan lo único que levantaría sus sentimientos descarriados y envilecidos. Miran siempre a su altura o hacia abajo, nunca hacia arriba. Tienen miedo de indagar sobre los males que afligen la humanidad, sobre las desgracias que amenazan al país. Miedo tiene también de formar una familia y de constituir un hogar, porque los goces de familia están indisolublemente ligados a deberes y solicitudes y de estos no quieren ni oir hablar siquiera.

¿Qué hacen entonces? Se aturden en goces vulgares y malsanos.

Hay muchos seres cuyos corazones dejan de latir mucho ante que su muerte se verifique, encontrando difícil elevarse por medio de una vida de abnegación, sacrifican todo y todo a su egoismo. No sospechan que encontrarían felicidad y goce (la única que se puede encontrar en la tierra) si se resolvieran a saltar la valla del egoísmo que los cerca, no pueden creer que hay que salir de sí mismo para encontrar algo, y mueren en el aburrimiento y hastío de la vida que se han creado y en que han querido vivir.

El paganismo estaba convencido que en el mundo no debían existir más que dos razas: una privilegiada, descendiente de héroes y semi-dioses y una raza destinada a la esclavitud y al servicio de esa raza superior.

Algo parecido ha pasado en los tiempos presentes en que olvidando las enseñanzas evangélicas hemos vuelto al paganismo de antaño que ha traído como consecuencia lógica la revuelta social mundial y la lucha de clases.

El cristianismo estableció en toda su pureza y vigor el amor a Dios, a la familia y a la humanidad. El amor disipó el temor sin destruir el respeto. El paganismo toleraba mucho y divorcio, poligámia, derecho de vida y muerte sobre mujer, hijos y esclavos. La doctrina de Cristo sostuvo que la plenitud de la ley era amar. Jesús exigió que el matrimonio fuese el don total e irrevocable de un sólo hombre y una sola mujer. La sociedad conyugal se transformó; la unidad e indisolubilidad responde a esa necesidad del corazón que hace decir al que ama: ¡Vuestro únicamente y para siempre! Al cambiar y transformarse la sociedad y al proclamar la ley del amor, se transformó todo.

Hoy también leyes humanas establecidas fuera de las enseñanzas de Cristo toleran todo.

El cristianismo encontró el único medio de exaltar, purificar y engrandecer la facultad afectiva del hombre. El hombre siente deseos de amar, su corazón busca amores y Jesús le dice: Ama a Dios. El hombre siente deseos de envilecerse dejando cautivar los tesoros de su ternura en seres inferiores; le muestra entonces la Belleza Suprema y le dice: Ama.

El hombre siente deseos de excluir de su corazón a alguna criatura o a algún enemigo; le muestra el Eterno, el Inmenso, el Increado, amando como Dios y muriendo en su cruz como hombre, por amor, perdonando siempre, y le dice: Ama.

Amando y poseyendo a Dios el corazón humano habrá aumentado su capacidad hasta lo infinito. Cuando un corazón os pertenece, oh mi Dios, todas las criaturas caben en él, y las más miserables y pobres se aman más precisamente porque lo son y más necesitan de la ley universal del amor. Las luchas de clases cesan y el Amor de los Amores que el cristianismo impone y que es la fuente de donde emanan todos los otros, es el precepto esencial y fundamental de toda vida moral. Todos los otros amores deben apoyarse en este amor grande y único y derivarse de él. Habremos entonces conseguido restablecer el órden social y moral que la sociedad actual ha desquiciado, porque olvida y desoye el precepto del amor.

EN LA CRUZ ESTA LA SALVACION

En vano buscan los hombres el remedio a los males que aquejan a la sociedad moderna, en los complicados mecanismos de las leyes y de las humanas instituciones.

El mal tiene raíces tan hondas que hasta ellas no logran llegar los remedios humanos.

Las leyes pueden señalar a los hombres un camino, y pueden reprimir y castigar con severas sanciones a los que se aparten de él.

Pero las leyes no podrán jamás inspirar los pensamientos, ni mucho menos dirigir o vigorizar las humanas voluntades.

Para lograr este objetivo, el único fecundo en positivos resultados, es necesaria una fuerza que penetre a lo más íntimo del hombre, que ilumine los entendimientos, que se enseñoree de las voluntades, que excite sus fuerzas y constantemente las avive y las sostenga.

Una fuerza semejante no puede venir sino de Dios.

Ella contradice en efecto, nuestras naturales inclinaciones y eleva nuestra vida orientándola no ya por los limitados horizontes de la tierra sino hacia las visiones de lo infinito.

Tales pensamientos cobran nuevo colorido más recio vigor, y ponen más de manifiesto su indubitable verdad cuando fijamos nuestra vista en el hondo, triste y pavoroso problema que evocan los muros de esta santa casa.

Es la mujer flor hermosa y delicada, que, erguida sobre el ondulante tallo de la planta, muestra al sol sus colores y envía al cielo sus perfumes.

El vendaval de las pasiones suele agitarla, y roto el frágil tallo que la sostenía, se inclina hacia la tierra y cae sobre el lodo.

Otras veces es la mano artera del hombre la que, con engaño o con violencia, la corta, para arrojarla muy pronto al cieno.

¿Quién la defenderá de tantos peligros? ¿Quién amparará su debilidad? ¿Quién la recogerá después de caída para devolverle lo que ha perdido?

Si la mujer todo lo debe temer del sensualismo, si la mujer no tiene más amparo que el de la honestidad, no espereis nada del mundo ni de lo que ha dado en llamarse la moderna civilización.

En efecto, a medida que las sociedades se alejan del cristianismo y de su espíritu, van haciéndose más y más sensuales, hasta no reconocer más Dios que el capricho, la ambición y los placeres.

Nunca por otra parte ha habido un conjunto de circunstancias más adecuado para impulsar a los hombres por la pendiente de todas las pasiones y para debilitar la resistencia de la mujer.

Se ha elevado el desenfreno a la categoría de un principio al cual han rendido acatamiento las autoridades y las leyes...

¡Oh, qué fuerte se levanta de la tierra al cielo, como condenación de nuestra pretendida cultura la voz de millares de mujeres sacrificadas para siempre!

¡Son ellas niñas incautas arrancadas al calor de los hogares, son mujeres arrojadas al cauce turbulento y cenagoso!

Basta el sólo conventillo para explicar— iba a decir equivocadamente para justificar todo. Agregad la desorganización de las familias, los vicios, la miseria y la impreparación de la madre, los errados rumbos de la enseñanza, el callejeo, el taller, el bajo salario, la inmoralidad ambiente, el impune atrevimiento de la muchachada... sumado esto al contagio del libro, del diario, de la conversación, del biógrafo...

Decidme si habrá leyes para remediar todo esto...

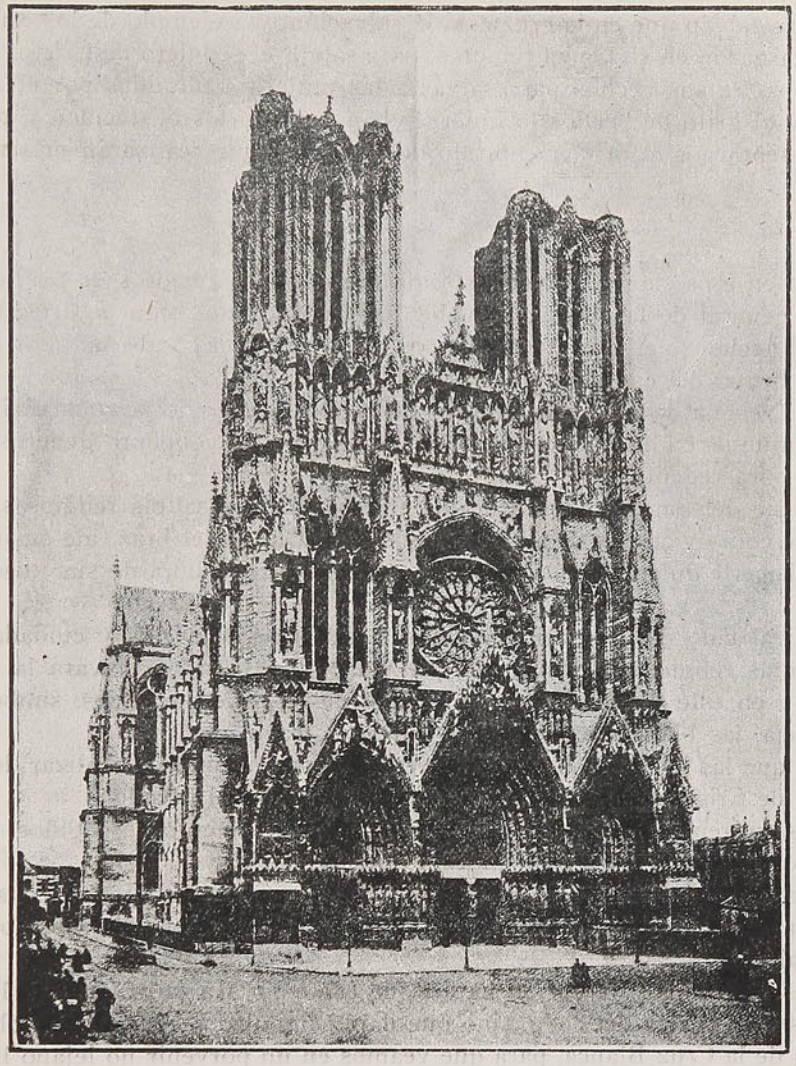
¡Ay! de las vencidas, para ellas la organización social no tiene una mano que las levante y las redima. ¿Qué digo? la sociedad escribe sobre el umbral de la desgracia el fatídico: "Lascieti ogni speranza o voi ch'entrate" Y son mujeres y tienen alma... y tienen corazón, suele no faltarles aún viviendo en la obscuridad y en el fango el agijón del remordimiento, el asco de su miseria y el ansia de una redención que les parece imposible.

¿Quién les advertirá el peligro antes de caer? ¿Quién les dará voluntad cuando han puesto el pie sobre las redes? ¿Quién las arrancará de las manos traidoras que las arrastran a su perdición? ¿Quién quebrantará sus cadenas? ¿Quién les dirá "Levántate y camina"?

Fué un día de redención.

Al impulso del amor al Sagrado Corazón de Jesús, llegaron en alegre y bullicioso tropel a los conventillos de Santiago, numerosas damas de nuestra sociedad para hacer brillar por un día siquiera el sol de la alegría en medio de las nubes del triste invierno de la familia obrera.

Ellas vieron entonces que la obra redentora del Divino Corazón se estre-



llaba ante la corrupción horriblemente precoz de las niñas, siguieron los pasos de éstas y vieron como muchas iban a sumergirse en la ciénaga infecta de la vergüenza y el pecado.

Eran mujeres como lo eran ellas y esto hizo nacer en sus almas una santa ambición caldeada por el amor de Cristo.

Y así nació la Cruz Blanca.

Desde hace muchos años otras santas mujeres inspiradas y urgidas por la misma caridad del Buen Pastor, tenían casas y asilos para las caídas y han hecho y seguirán haciendo prodigios para inspirar en esas pobres almas, el amor de Cristo, que quema y vivifica, y para formar a su lado nuevas Magdalenas, a quienes se ha perdonado, porque han amado mucho.

Pero la Cruz Blanca quiso abrazar el problema desde su origen y en toda su pavorosa realidad y amplitud.

Ellas sabían que en la cruz está la salvación, y a ejemplo de los cruzados que la cargaron en siglos ya remotos, para salvar el sepulcro de Cristo, la han tomado sobre sus pechos para salvar a las mujeres redimidas por el mismo Cristo y al grito de "¡Dios lo quiere!" han vencido los obstáculos y pueden hoy presentarnos el primer capítulo de lo mucho que realizarán más tarde.

Allí en esos claustros que inspiran al alma pensamientos de paz, está el cuartel general de las buenas y valientes cruzadas que, con la Cruz Blanca sobre el pecho, salen a esgrimir las armas de su pureza y de su amor contra la obra brutal del egoísmo y de las pasiones.

Allí se guarda el divino secreto de la fortaleza y de la constancia, que Jesús infunde en las almas humildes que quieren cooperar generosamente a su obra redentora.

Al pie del Sagrario están de día y de noche las santas religiosas, ofreciéndose como víctimas delante de Jesús para detener el brazo de su justicia y para hacerle dulce violencia a fin de que apresure la hora de sus misericordias.

Allí al lado del Sagrario veremos, bendecidas por Dios y cuidadas por esas santas religiosas a las almas que manchó el pecado y lavará la divina gracia, y en este jardín florecerán al lado de los lirios morados, símbolo de penitencia, las blancas azucenas de pureza inmaculada.

Lo que las leyes y las instituciones humanas no pueden realizar, lo hará la Cruz de Cristo: salvar las almas a quienes perdió el pecado.

Las vírgenes santas del Señor, son los instrumentos escogidos por la misericordia divina para realizar esta obra redentora.

Cuan grande aparece la caridad de Cristo a nuestros ojos al considerar que ella las ha traído a este humilde rincón para ser humildes servidoras de tantas almas.

Las oraciones y la acción harán que ese asilo sea no solamente la casa de Dios y la puerta del cielo, sino que darán impulso y eficacia a la obra redentora de la Cruz Blanca, para que veamos en un porvenir no lejano libertada a la mujer y ennoblecida la sociedad al sentirse inmune de la abyección en que hoy las pasiones y las complicidades humanas la tienen sumergida.

Cuando las sombras de la noche envuelvan nuestra ciudad... las iglesias cerrarán sus puertas, delante de los tabernáculos sólo quedará palpitando la débil luz de la mística lámpara... el pecado volverá a provocar sobre nuestras cabezas la ira del cielo; pero allí... al pie de ese Sagrario contemplará Jesús a esas santas mujeres que estarán rendidas de amor ante El, implorando para nosotros su misericordia, su gracia y su perdón.

¡Oidlas, Señor, y tened compasión de nuestro pueblo! Oidlas, y bendecid esa obra redentora.

LA ILUSIÓN DE LA LUZ

LA desventura de sus ojos ciegos le aniquila, y detiene a la juventud que llega hasta el mozo débilmente, sin pasiones violentas, sin esperanzas ambiciosas. El alma de un niño vive cautiva en el lánguido cuerpo del hombre: esta alma infantil echa profundas raíces en todo cuanto la vida pone delante de unas manos investigadoras, hundidas en las tinieblas Y en los avances dolorosos, Mauro suele encontrar el lisonjero auxilio de su prima Rosa.

Entonces el ciego sonríe, afirma el paso y yérgue el frágil busto. Entonces Mauro hombrea, chancero y locuaz, coqueteando ingenuamente con la ilusión de la luz.

—¡Qué día tan hermoso!— dice. —Mira cómo resplandece el sol.

—¡Sí, resplandece mucho!—murmura Rosa, contemplando con inmensa pesadumbre los muertos ojos, rutilantes y vacíos como anillo sin piedra...

Rosa y Mauro salen a paseo. Ella enlaza el brazo redondo con el de su primo, y le lleva con blandura por los senderos fonjes de la mies.

No le previene de este riesgo ni del otro, sino que se los evita para halagarle con la piedad de los dulces engaños, y así, con una picardía llena de misericordia, le va diciendo:

—Subiremos los tres escalones de ese portillo.

El ciego, como si viera delante la elevada pradería adonde se dirigen, responde:

—Sí, vamos a subir.

Sigue la niña encantándole con la encantadora ficción:

—Ya tenemos aquí las madreselvas; las alcanzaré yo que soy más alta que tú.

—Eso es, alcánzalas... ¡Qué preciosas!

La muchacha logra las flores y hace en seguida un ramillete, desordenado y magnífico, desbordante de perfumes.

—Toma— prenuncia, colocándole en las manos abiertas, del ciego.

Y él tiene la cara llena de gozo; está corriendo por la campiña, saltando portillos, cosechando flores, posee la luz, amanece en su alma...

Entretanto, la verdadera poseedora de la claridad y la alegría, la mujer que refleja su radiante juventud en el triste mozo y le ayuda a construir el castillo de las ilusiones, tiene una nube de pena en el semblante hechicero y unas gotas de amargura en la cantarina voz.

Porque el sentimiento noble de la muchacha goza y sufre cada vez que Mauro se ilusiona fingiéndose a sí mismo que la luz es suya y que es suya la felicidad...

Andando, andando, siente Rosa la fatiga de su primo, y dice, levan-

tando siempre la quimera del ciego:

—Vamos a descansar debajo de aquellos robles; mira que sombra tan buena.

—Es verdad— asiente el cuitado, y con su fiel lazarillo va a sentarse al robledo, entre gladiolos y juncos, a la orilla suave de una arroyada.

Pero la sombra no cae nunca en el camino del infeliz cuando Rosa le guía. Ella cuida muy bien de que fulgure el sol de la confianza ante los ojos apagados, y sabe decir mentiras puras que acercan y descubren la vida a los sentidos del enfermo.

Así, junto a Rosa, ve Mauro la apacible hondura del bosque y la mansa corriente del arroyo; las alas temblorosas de los pájaros, abiertas sobre los nidos; el dorado corazón de las margaritas, abierto sobre las hojas blancas, encima de los campos, el monte lueñe y obscuro, infiesto hacia las nubes con el alma norteña del paisaje...

—Volveremos a casa— dice la niña cuando el mozo reposa. Y vuelve a conducirle despacito por las sendas más fáciles, charlando y mintiendo con alegre caridad. Le acompaña hasta su puerta, da un aldabonazo para advertir el regreso y se despide del primo hasta otro día.

—¡Adiós, Rosa!

—¡Adiós!

Desaparece ligera, y desde el fondo de la casa gritan al muchacho:

—Aguarda, ya voy a buscarte; no subas tú solo, que vas a tropezar.

La advertencia es solícita, la voz es cariñosa, una voz de mujer, quizá de madre... Pero el encanto de la luz se ha roto; Mauro vuelve a ser ciego; ya la vida no es suya, se ha rasgado una vez más el velo de su corazón.

Da un paso vacilante hacia la puerta, repitiendo ansioso, con los labios descoloridos:

——Adiós, Rosa!

Es decir, ¡adiós, ilusión de la luz, sublime engaño; adiós quimera del sol, mentira santa de la felicidad!...

Y el pobre delirante, ebrio de angustia, caído en la noche, hunde en las tinieblas sus manos pálidas...

Concha Espina

EL MILAGRO

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
Muy pronto mis tinieblas se enjoyarán de luz...
Hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Mi frente, ayer marchita y obscura, se levanta
hoy aguardando el místico beso del ideal.
Mi corazón es nido celeste donde canta
el ruiseñor de Alfeo su canción de cristal!

...Dudé, ¿por qué negarlo? y en las olas me hundía
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero tú me tendiste la diestra y sonreía
tu boca murmurando: "Hombre de poca fe".

¡Qué mengua! Desconfiaba de tí, como si fuese
algo imposible el alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor...

Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles fragua
una fe de diamantes mi excelsa voluntad.
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún frescura y el tiempo eternidad.

AMADO NERVO

EL REY DE LOS BELGAS OYE MISA

Es la Panne una humilde aldea perdida entre las dunas, en el último extremo del territorio de Bélgica que aún queda libre. Y en medio de las dunas se levanta una capilla diminuta y blanca, linda, clara y llena de candor. Allí dice misa un sacerdote todas las mañanas, mientras muy cerca rimbomban los cañones.

El sacerdote dice misa para mujeres arrodilladas y para soldados belgas que oran de pie, con los brazos cruzados. También la dice para un gallardo oficial que cada mañana aparece en un oratorio lateral, y que nadie ocupa sino él. Este soldado alto, es el Rey andante, el Rey caballero, Alberto de Bélgica.

Una literata francesa, Colette Yver, refiere con su hermoso talento en la conocida revista parisiense "Lectures pour tous", la impresión inolvidable que le causó aquel Rey, que una fría madrugada oraba de rodillas, mientras afuera rugía la desatada tempestad.

"Va a comenzar la misa. Se espera al sacerdote. De repente se abre una puerta del oratorio, y un soldado de elevada estatura, envuelto en un gran capote, llega súbitamente, se hinca de rodillas, junta sus manos desnudas, nerviosas e inquietas, y dobla la cerviz.

"El sacerdote sube al altar. Se escuchan las palabras latinas. El soldado del capote lleva las insignias de teniente general. Sin embargo, se nota una juventud excesiva en su perfil inclinado de rubio enérgico, perfil vigoroso, curtido, de pelo ardiendo. Su cabellera cae sobre la frente muy alta, muy majestuosa y tristísima.

"Kyrie eleison, Kyrie eleison, suplica el cura. El viento sacude con fuerza los ventanales.

"De rodillas, siempre inmóvil y pensativo, el soldado escucha el trágico viento. Sus manos febriles se crispan.

"Señor, sé que ese soldado tan grave y sencillo, arrodillado junto a mí, es un Rey sobre el cual están fijos los ojos de toda la tierra. Sé que no ha mucho reinaba sobre lindas y poéticas ciudades. Si este Rey que aquí se halla, Señor, lo ha perdido todo, es un combatiente a vuestra diestra... Devolvedle la palma, Señor, devolvedle el reino. El es, ante Vos, al Bélgica viva y mártir.

"Un silencio interior, lleno de paz y suavidad, responde al estruendo de fuera. Ya se ha murmurado el oficio. Cuando el monaguillo agita en el aire las notas de su campanilla, el soldado del capote, arrodillado, inclina la cabeza.

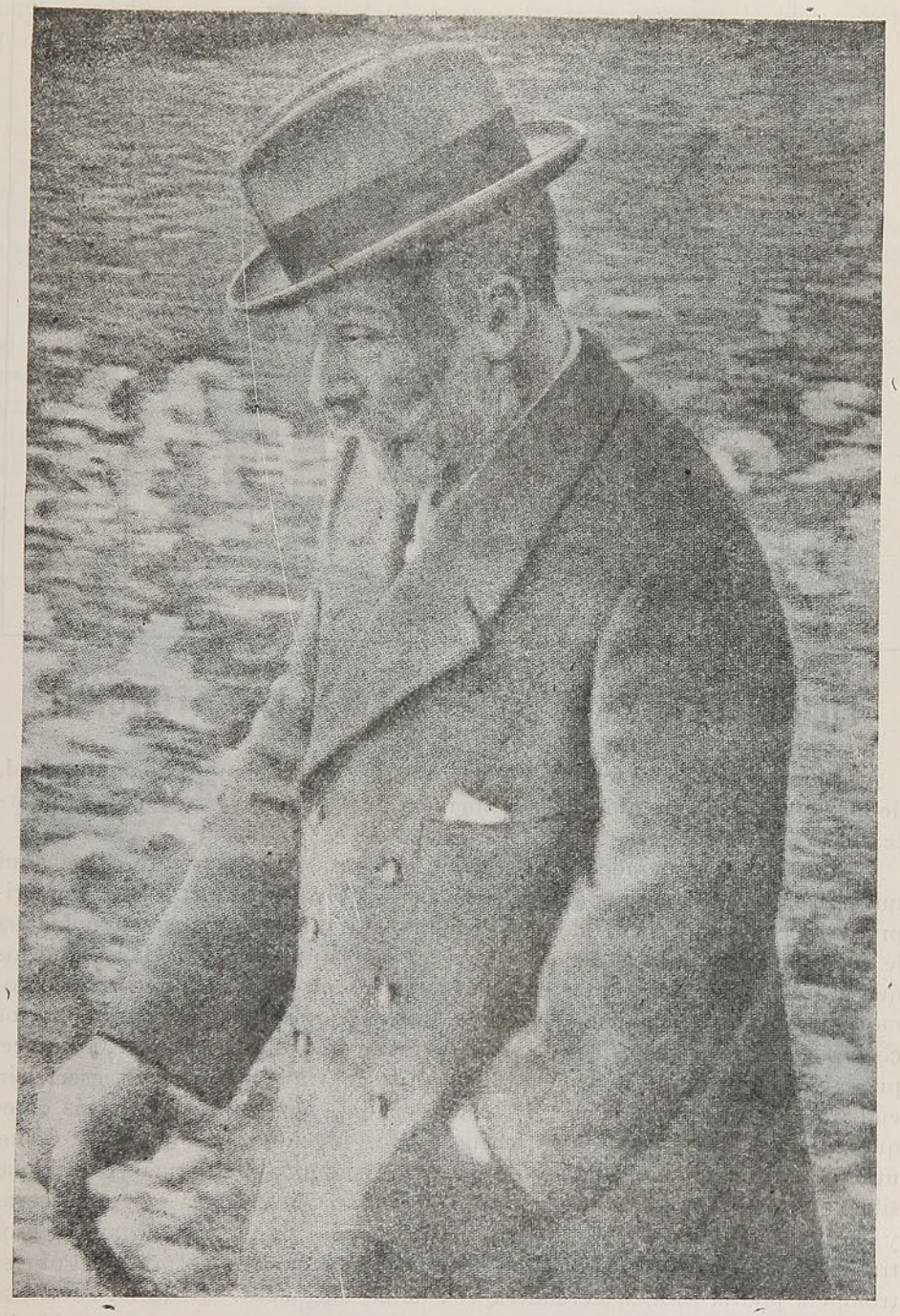
"Y cuando esta misa ardiente se acaba, leo en la expresión del rostro real la profundidad de la preocupación que lo domina.

".....Ite missa est.

"Con rápido movimiento el soldado se levanta. Pasos acelerados suenan en las baldosas. Y desaparece con su oficial de ordenanza...".

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI...

El Emperador Guillermo II de Alemania en pleno poderío.



Reciente retrato del ex-Emperador Guillermo II. (Ampliación de una instantánea obtenida subrepticiamente por un "amateur" fotográfico en Amerongen, donde se halla desterrado voluntariamente el monarca vencido).

FILOSOFIA DE LO QUE LLAMA LA ATENCION

Me tropiezo con mi amigo. Va en compañía de un hombre de media edad, de aire marcadamente aldeano. Cambiamos unas palabras. En un corto aparte, mi amigo se confiesa.

—¡Estoy desesperado!... Este que arrostro es mi pariente. Pasa aquí unos días, llegado de la montaña, de la más esquiva montaña. Y esto por priprimera vez en su vida. Todos los elementos de nuestra existencia ciudadana le son nuevos, no solo aquellos traídos por adelantos muy recientes, sino los que nosotros ya encontramos establecidos al nacer. Este hombre ha visto como novedad, no ya tranvías eléctricos, cinematógrafos y toboganes, sino los coches y las vespasianas, y luego los avestruces, y luego el mar... Parece, pues, que tendría que ir de maravilla en descubrimiento. Querrás creer, sin embargo, que ni una sola vez, ha condescendido a admirarse. Querrás creer que ante los espectáculos más hermosos, los inventos más imprevistos, los útiles y artilugios más sutiles y de más valor práctico, ha permanecido impasible y desdeñoso, como dandy esplínico, avezado a las más perfectas cosas y fatigado de ellas. "¡Mire usted— le he gritado yo mire como andan esos tranvías! ¡Sin caballos! El no ha manifestado la menor sorpresa. "Por esa trompeta podría salir la verdadera voz de su bisabuelo!" El lo ha encontrado perfectamente natural. "Si le parece, nos llegaremos a ver el mar". No ha

manifestado el menor deseo de ello... Y así, en todo... Nada le extraña, nada le sorprende, nada le interesa, nada le llama la atención. ¡Estoy desesperado! ¡No lo entiendo!".

—Los psicólogos te dirían, amigo mío:

Que es condición, para que la atención se despierte, el previo interés.

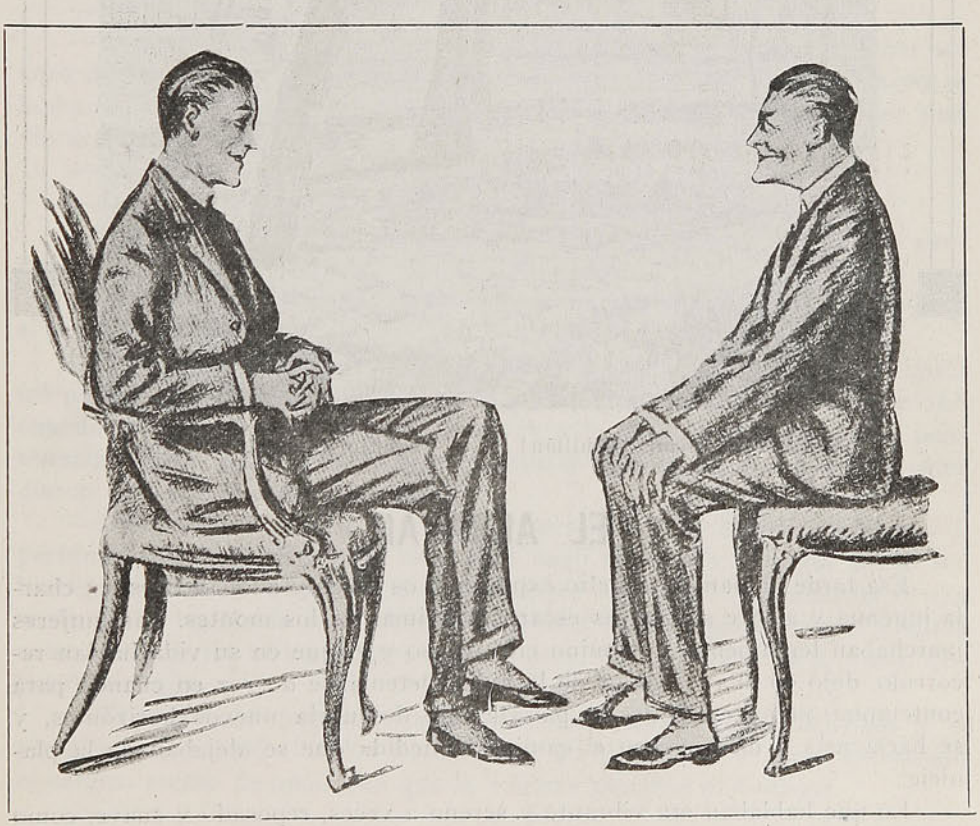
Pero que es condición para que el interés se despirte, el previo saber.

Mejor, que el interés no es más que una máscara, que cubre de emoción el saber.

Esto te dirían, amigo mío, los psicólogos. Y, si no ellos, yo te diría que no hay atención sino para las cosas que interesan al sujeto, y que el sujeto no se interesa sino por aquello que conoce, al menos por analogía.

...Cuando aquí llegaba la conversación, nuestros ojos se dirigieron hacia el rústico compañero. Precisamente, en aquel instante, nuestro rústico compañero había tomado una actitud de admiración beata, y la más curiosa alegría se reflejaba en su semblante... Le llamamos y no contestó: estaba distraído, absorto sin duda en la contemplación de algo que le llenaba de maravilla y de placer...

Por allí cerca exhibía un pajarero una lechuza enjaulada...



Capilla Franciscana (Chillán) Dibujo de Carlos Dorlhiac

EL ARRAYAN

Esa tarde habíamos resuelto explorar. Los niños y adolescentes, en charla ingénua y alegre subían las escarpadas cimas de los montes. Las mujeres marchaban lentamente, el camino era penoso y el que en su vida habían recorrido, dejó en ellas el dolor de la vida. Deteníanse de vez en cuando para contemplar mejor el hermoso paisaje que descubría nuevos horizontes, y se hacía más y más penoso el camino a medida que se alejaban de la planicie.

Lo que hablaban era vibrante y sereno a veces, reposado y suave, como susurro, otras.

El aislamiento del mundo, lejos de todo bullicio de la ciudad, las hacía percibir mejor el dulce llamado a una vida más intensa y de mayores sufrimientos

Los pájaros, en los espesos árboles del bosque, elevaban un gran concierto unísono y retumbante en la gran soledad del paraje. De vez en cuando llegaban hasta ellas las risas de los niños que habían avanzado con la premura y agilidad de los años que aún no pesan ni detienen.

Las hojas secas juntaban su rumor quedo y triste a las dos voces que parecían cantar, tal era la vibración de su alma al descubrir en la belleza creada, el reflejo del Creador.

La naturaleza fingía esperar la obscuridad de la noche.

El atardecer extendía su manto en los sitios lejanos cubriéndolos con el misterio de la penumbra.

Los árboles y el agua levantaban un murmullo, atreviéndose a juntarlo a las voces humanas y después que unidos dijeron las mismas bellas cosas del Creador, de amor, y de dulzura, un arrayán suspendió su canto y formuló esta pregunta:

—¿De dónde venís y quienes sois?

Respondieron las voces:

—Somos almas.

—Lo sospechaba— respondió el arrayán —sólo así se explica el vibrar sonoro de sus acentos armoniosos. Pero decidme vosotras, ¿cómo otras voces humanas, cuyos acentos repercutieron en estas soledades no producían sino vibraciones inarmónicas?

—Esas son almas aprisionadas en cuerpos.

—Dichosas vosotras— añadió— que no temeís a la muerte.

—Porque vivir— respondieron,— no es vivir gozando, sino sufrir cantando.

—Yo también ofrezco al Creador como plegaria el susurro de mis hojas y el perfume de mis flores.

—Nosotras ofrecemos como plegaria el llanto de nuestros ojos, y nuestro perfume es el dolor. Seguiremos cantando el cántico eterno de amor aún cuando nuestro corazón se pare. Echarán a la fosa nuestros cuerpos, pero nuestras almas inmortales volarán y llevarán tras sí las almas a las cuales dieron vida por el dolor que redime.

—Dichosas vosotras— respondió el arrayán—. Yo aspiro a cantar y a perfumar mientras viva, hace cien años hago lo mismo. Cumplo así la voluntad del Creador que aquí en esta soledad me puso. Una mañana o una tarde, habré concluído en el silencio... Mudo quedaré para siempre y nadie se acordará de mí, ni los pájaros que cantaron en mis ramas, ni el viento que pulsó mis hojas.

—Teneís razón respondieron— dichosas nosotras cuyas lágrimas y el perfume que exhaló el dolor no concluye en el silencio y sigue entonando el cántico eterno de amor con que la criatura glorifica al Creador.

UN AXIOMA FILOSOFICO

Hay un axioma filosófico muy claro para los que se entienden en achaques de latines y es:

Sublata causa, sublata effectu: lo que en buen romance suena así:

Quitada la causa, quitado el efecto.

Nos parece que esta verdad es muy clara aún para los de más duras entendederas.

Mas, para que la verdad aparezca aún más clara y luzca aún en las inteligencias más obtusas, contemos la historia de un clavo, escrita para otra República hermana de Chile, pero que, reproducida, podría convenirnos a nosotros a las mil maravillas.

Dice pues la historia o cuento:

Historia de un clavo.

Había en cierto lugar un clavo, en el que todos al pasar, se rasgaban los vestidos. Era una verdadera desesperación para aquella pobre gente, obligada a cada momento a gastar en agujas e hilo; recoser y remendar y pasar por el pueblo más miserables y andrajoso del mundo. Era enecesario buscar un remedio y dijeron: "Es preciso unirlos y ayudarnos unos a otros".

Dicho y hecho: fundaron sociedades de mútuo remiendo, ligas de resistencia contra el clavo, cooperativas de consumo para la venta y la adquisición de agujas, redes, anillos, tijeras, telas, etc., uniones profesionales de remendones y remendonas... y tanto hicieron y tanto dijeron que llegaron hasta, a fuerza de conferencias, comicios y protestas, a obtener del Supremo Gobierno la fundación de una caja pro-andrajosos y la institución de un cuerpo de guardias con la obligación de alejar al pueblo del Clavo. Y paracía todo remediado. Más sucedía que cuandos más eran los remedios, tanto menos se cuidaba la gente del Clavo;— porque, decía, al fin y al cabo no falta quien eche un remiendo: sin necesidad de todos aquellos ahorcadores y come-panes de guardias que lo cogen a uno cada momento por el sobrecuello para gritarle en los oídos. "¡Cuidado con el Clavo! ¡Atención al Clavo!".

Así, en vez de disminuír el mal humor, la miseria y los andrajos, aumentaban siempre cada día más, con gran desesperación de la gente bien intencionada; mucho más que se comenzaba a murmurar contra los excesivos impuestos y se temía que de un día a otro debiera estallar alguna cosa nada buena.

Un día, mientras el señor alcalde reunió al pueblo en la plaza para ver qué remedios se podían adoptar para evitar tanto mal; y uno decía esto y otro decía aquello: se levantó un quídam, que debía ser un gran talento, y dijo:— Escuchadme, ¿de qué cosa os quejais tanto?

—¡Demasiados impuestos! demasiada miseria— aulló la muchedumbre.

—Está bien; ¿por qué hay impuestos y miseria?

—Por mantener las guardias, la caja pro-andrajosos, las cooperativas, las

ligas, las uniones profesionales y tantas y tantas otras cosas que nos hacen perder la cabeza...

—Y las guardias, la caja, las cooperativas, las uniones profesionales y tantas otras historias que os hacen perder la cabeza, ¿qué objeto tienen?

—Han sido establecidas para disminuír a los andrajosos...

—Y ¿por qué hay andrajosos?

—A causa de las roturas.

—¿Y estas roturas quién las hace?

—¡El Clavo!

—Pues entonces, tontos, ¡quitad el Clavo!— anadió con más fuerza aquel gran talento e id en paz, que todo habrá concluído.

Un aplauso ruidosísimo acogió a aquel portento de ingenio. El clavo fué quitado y el bienestar y la paz volvieron a aquella población.

También en esta República hay un gran clavo en el que sus habitantes se rasgan el cuerpo y el alma, y hay tantos hombres de buena voluntad, que creen remediarlo con remendar; pero de este modo no llegarán a conseguirlo. ¡Es preciso arrancar el Clavo!

¿Entendéis, amigos míos, de qué **clavo** os hablo?

EL ALCOHOLISMO: He aquí el Clavo.

Evitar la tentación

Ante todo, como hemos dicho, es preciso quitar las causas del alcoholismo.

Desde el punto de vista individual, eso equivale a evitar la tentación.

Para el borracho, el licor es la tentación.

Exclama Salomón: "¿Para quién son los ayes? ¿para qué padre son las desdichas? ¿contra quién serán las riñas? ¿para quién los precipicios? ¿para quién las heridas sin motivo alguno?...

"¿No son éstos los dados al vino, y los que hallan sus delicias en apurar copas?

"**¡Ah! no mires el vino cuando bermejea**; cuando resalta su color en el vidrio: él entra suavemente; mas a la postre muerde como culebra, y esparce veneno como el basilisco".

Lo mismo repetimos nosotros al borracho: "No mires al vino cuando bermejea"...

Es decir, aleja de tu casa el licor, pues es un enemigo que te asecharía constantemente y te haría caer en alguna emboscada...

¡Cuántos "super-hombres", al tropezar con una botella han caído miserablemente!...

Evitar las tabernas.

Tentación son también las tabernas, madrigueras del crimen y focos de infección física y moral.

Pidieron una vez a Bautru que definiese la **taberna**. y él contestó: "Es un lugar donde se venden los vicios por litro".

Decía el ilustre Arzobispo Casanova: "Se deberían formar Juntas de Salvación contra los bodegones y demás establecimientos que con patente o sin ella envenenan al pobre pueblo. No hay barrio, no hay calle donde no se divise alguna de esas fatales casas".

Aléjate de las tabernas y de cuantos compañeros las frecuentan... Estos son todos hombres depravados, indignos de tu amistad.

Aprende a gozar de las dulzuras de la familia, todas las horas que te dejan libres tus ocupaciones, y especialmente el Domingo, que es día de templo y de casa...

Cultivar ideales nobles

Cultiva, además, ideales nobles y elevados.

A medida que te elevarás por la cultura del espíritu, por la ilustración de la mente y por la santidad de la vida, sentirás la dulzura de los goces del espíritu, inmensamente superiores a los bajos y brutales placeres de la bebida.

Y experimentarás el legítimo orgullo de ser hombre, de valer algo, de haberte reconquistado...

El célebre cirujano de Viena, Lorenz, decía: "Yo soy cirujano. Mis éxitos dependen de que tengo mente lúcida, nervios fuertes y buenos músculos. Nadie puede beber alcohol en cualquier forma, sin perjuicio de estas dotes! por esto como cirujano no debo tomar alcohol".

Pues bien, recuerda que **nadie puede beber alcohol en cualquier forma, sin perjuicio de las dotes varoniles** que distinguen al hombre culto, honrado y sano.

Ser buen cristiano.

Sobre todo, sé buen cristiano.

El cristianismo considera la intemperancia un pecado y la templanza una virtud cardinal.

Y enseña y pide prácticamente el ejercicio de la **mortificación**— esa gran virtud que enfrena todos los instintos del cuerpo para dar más libre expansión a los vuelos del alma.

Además la Religión posee cien medios más, sobrenaturales— como los Sacramentos, especialmente la Confesión y Comunión, la oración, las sanciones divinas— para libertad al hombre de la esclavitud del pecado y hacerle hijo de Dios.

Ningún borracho es buen cristiano; y vice-versa, ningún buen cristiano es borracho.

Aconsejamos además, que repitas con frecuencia la plegaria del Eclesiástico:

Quita de mí, Señor, la intemperancia de la gula (1).

Firmeza de propósito.

La práctica de la Religión te dará firmeza de propósito.

Recuerda que el propósito es una de las cinco cosas que se exigen para recibir dignamente el Sacramento de la Penitencia o Confesión.

Un ejemplo edificante.

Imita el propósito de Carlos XII, rey de Suecia.

Este, siendo todavía muy joven, se embriagó un día y faltó al respeto a su madre. Penetrada ésta de dolor, se encerró en su aposento y no se dejó ver de su hijo en todo el día siguiente. Extrañado Carlos, se enteró de la causa, y entonces mandó llenar un vaso de vino y se presentó ante su madre: "Madre mía,— le dijo,— he sabido que ayer os ofendí, sin haberme dado motivo alguno de vuestra parte. Vengo a pediros perdón, y a fin de que no vuelva a caer jamás en la embriaguez bebo este vaso a vuestra salud; será el último de mi vida".

Y cumplió su palabra, no volviendo a probar el vino en toda su vida.

¿Tendrás tú ánimo y valor para cumplir propósito semejante?...

No seas cobarde. Se trata de tu propio interés, temporal y eterno.

Reforma radical . . . .

Ni vengas con objeciones. Que si te bastaría acaso ser temperante, en lugar de ser totalmente abstinente...

¡Valor! La reforma ha de ser radical: **sé abstinente, integralmente.**

La gota de licor, cayendo diariamente, cavaría bien pronto la piedra de tus buenos propósitos...

¿Acaso no tienes la experiencia de lo pasado?... (2)

---

(1) Eclesiástico XXIII, 6.

(2) Del libro "Alcoholismo" por B. Gentilini.

EL INFOLIO

I

Cuando la gran puerta se hubo cerrado, la pequeña Cilia no supo si debía reír o llorar, porque ignoraba por completo las emociones de la soledad.

Doce años tenía, y desde el día de su nacimiento no la habían dejado por más de cinco minutos sola consigo misma. De noche, dormía en la habitación de su madre; por las mañanas estudiaba bajo la dirección de su joven institutora, y por las tardes era como el centro y el objeto amado de toda la familia. Diez personas en torno de ella no la asombraban, pero en cambio desconocía la soledad como Sigifredo desconocía el temor.

Y he aquí que se hallaba sola, completamente sola, y que esa soledad duraría por lo menos dos horas.

Su padre había salido de París para asistir a una partida de caza, y su madre acababa de irse en coche, llevándose consigo al cochero y al lacayo. La doncella y su marido, el camarero, estaban en provincia, adonde habían ido a enterrar un pariente. El cocinero y el pinche también habían salido, cada uno por su lado, pues era domingo y ese día se les daba permiso para ir a pasear, de suerte que Mlle. Ci-

lia se había quedado en casa bajo la vigilancia única, y tal vez un tanto despreocupada, de su institutora madrileña, la cual le daba clases de español.

Desgraciadamente, la **señorita** (como la llamaba su discípula) parecía tener sus razones para salir igualmente a dar un paseo. Aquel día habíase mostrado terriblemente nerviosa, distraída y fácil al llanto. Cilia la quería mucho y quiso saber los motivos de su pesar. Entonces, bruscamente, la señorita le manifestó que iba a salir y que no podía llevarla consigo, pero que, dentro de dos horas, estaría de retorno sin falta. En todo caso, era necesario que la señora no supiese nada, y Cilia le probaría su tierna afección si consentía en permanecer sola y en ser muy formal durante su ausencia.

Cilia prometió, sin saber a punto fijo lo que prometía, puesto que la soledad y ella jamás se habían visto frente a frente. La señorita sujetó con un largo alfiler su sombrero negro, besó rápidamente a la chicuela inmóvil, y las dos puertas de la estancia se cerraron antes de que Cilia hubiera tenido tiempo de comprender lo que acababa de ocurrirle.

Melancólicamente, sentóse en una silla que había detrás de ella y lanzó un gran suspiro.

Todo el mundo la había abandonado.

Así, pues, de las cien personas que tanto la amaban y se lo repetían sin cesar, padres, abuelos, criados, aya, tíos, ninguna había permanecido a su lado para hacerle la corte. ¿Cómo explicar aquel fenómeno? Cilia jamás había previsto la angustia de una situación semejante.

La chicuela levantóse en puntillas y se puso a pasearse de estancia en estancia y de salón en salón. El vasto palacio en que había nacido la intimidaba por primera vez. Después de haber reflexionado mucho, Cilia observó que en la casa desierta reinaba, en pleno día, el silencio de la noche. Nada más inquietante que ciertos trastornos de las horas por las tinieblas del sonido como por las de la luz. Sin duda el sol brillaba afuera, pero en la calma súbita de las cosas que la rodeaban. Cilia temblaba como bajo un eclipse.

Muy formal, sentóse al piano y abrió el primer tomo de Schumann, en la página que contenía su melodía preferida, **Regreso del Teatro**, y quiso tocarla. Pero la resonancia brusca del primer acorde la hizo saltar de su taburete y caer por tierra, con tanta violencia repercutió en los cuatro muros. La niña no se atrevió a continuar.

Siempre a pasitos cortos, dirigióse a la ventana. El gran patio enlosado y las altas puertas cerradas de la cochera y del establo componían, como de costumbre, el escenario demasiado conocido y siempre desierto de sus contemplaciones perezosas. Aún la casilla del perro tenía cierto aspecto de mansión vacía desde la partida para la caza. Cilia proyectó su aliento sobre la lisura de los vidrios y escribió en ellos, con la punta del dedo: "Estoy muy aburrida".

Súbito, una idea, una idea feliz, iluminó su cabecilla loca.

El palacio tenía tres pisos, y todo el tercero estaba ocupado por una vasta biblioteca, vedada a la niña, para la cual había dos regiones superiores completamente inaccesibles: la primera era aquella biblioteca; la segunda, el firmamento. Sin embargo... ¿Quién la impedía explorar durante su hora de independencia la pri-

mera y más tentadora de las zonas por ella desconocidas? ¿Quién se lo impedía? ¿Su conciencia? Nó. Cilia la tenía muy escrupulosa, pero solamente en lo que se relacionaba con las faltas y pecados cuya gravedad comprendía. En el tercer piso, como en el primero, estaba resuelta a no hacer nada que fuese vituperable. Sería allí muy formal y modosa, no rompería nada, marcharía de puntillas y no dejaría huella alguna de su visita secreta...

No sin un poco de temor subió la escalera...

Cada nuevo peldaño, jamás hollado por la flexible suela de sus pantuflas color de rosa, la asustaba a la vez y la interesaba como una zona de terreno virgen en un viaje de exploración. Había veintiocho entre el segundo y el tercer piso. Cuando hubo llegado al rellano, Cilia miró hacia abajo con el sentimiento emocionado de quien huella el ápice del mundo.

En el rellano, la doble puerta de la biblioteca se hallaba entreabierta. Empujada por la niña, un tanto atemorizada, giró majestuosamente en la sombra, tal como si hubiera sido la puerta del Misterio, y Cilia se coló en la punta de los pies...

II

La biblioteca se alargaba en forma de catedral muy alta, muy profunda y muy sombría, con vidrieras historiadas encima de los anaqueles. Una muchedumbre de libros negros (Cilia calculó más de diez millones de libros) cubría los muros a la derecha, a la izquierda, y aún enfrente de ella, allá a lo lejos... Cilia gustaba mucho de los libros. ¡Aquellos debían contener historias tan divertidas! Sin duda, bien podía darse a sí misma el gusto de leer un rato. Nadie lo sabría. Y luego, con ello no le haría mal a nadie. ¿Por qué prohibírselo?

La dificultad estaba en la elección. ¿Cómo escoger un libro entre diez millones de volúmenes? ¿Cuál tomar? El más hermoso. Y el más hermoso era de fijo el más grande. Precisamente delante de ella, en la parte más baja de un anaquel, se veía el lomo negro y floreado de oro de un infolio gigantesco.

Oh, aquél sin duda no era un libro. Nadie hace libros semejantes.

Cilia recordó que antaño le habían regalado, como presente de Navidad, una gran caja de juguetes que tenía la forma de un grueso volumen.

—¡Si fuera un juego!—pensó.

Y se inclinó para leer el título.

En grandes mayúsculas doradas, el título decía:

Hagiograph hispanor.

Los conocimientos bibliográficos y latinos de la lectora eran aún demasiado rudimentarios para que pudiese completar la frase en su forma verdadera: **Hagiographorum hispanorum opera selectissima.**

La chicuela se llevó un dedo a la boca y se dijo, después de cavilar un poco:

—Un hagiógrafo español... debe ser un juego mecánico.

Convencida de esto, tomó una rápida decisión. Asió con ambas manos el enorme infolio, casi tan grande como ella, y tiró de él, con la cintura doblada por el esfuerzo... El volumen, arrancado de su puesto, deslizóse sobre la plancha y cayó en el suelo con estrépito.

Cilia respiró a plenos pulmones, orgullosa de su fuerza y, más aún, de su audacia; mas no atrevióse a transportar a otra parte el pesado fardo. Siempre con las dos manos hizo girar la pesada pasta sobre sus goznes, y retrocedió luego algunos pasos...

La obscuridad aumentaba en torno de ella. El día fenecía rápidamente. Un largo reflejo, que bajaba de una vidriera azulosa, iluminaba el frontispicio negro del infolio que acababa de abrir...

Una santa española, con el hábito de las carmelitas, se dibujaba allí en un paisaje vagamente africano. En una mano tenía un látigo y en la otra un corazón inmenso que chorreaba sangre.

Cilia, asustada, retrocedió más aún.

Pronto no hubo en la vasta estancia otra luz que la que iluminaba el fantasma pálido y triste de la santa. Mientras más se adueñaban las sombras de los contornos, más se iluminaba de blanco la extraña imagen.

Parecía crecer, animarse, mover los ojos.

Un soplo de aire, venido del paisaje circundante, agitaba las amplios pliegues de su hábito.

Inclinaba la cabeza.

Por fin habló:

—Cecilia...

La pobre chicuela, casi muerta de espanto, cayó de hinojos.

—Señora...—respondió débilmente.

No obstante, rehízose un poco, y pensando que a todas las religiosas se les debe decir "hermanas", murmuró cortesmente:

—Mi santa...

La aparición respondió:

—No temas.

—¡Oh, no tengo miedo,—exclamó Cilia, con el rostro pálido,—pero me siento muy intimidada... Perdonadme, mi santa.

Mientras balbucía sus respuestas, contemplaba el hábito gotante de la inmortal, su túnica negra, el escapulario, las sandalias que le calzaban los pies desnudos y, sobre todo, su vasta estatura, su gran manto albo como la luz.

—Acércate—dijo la santa,—acércate más... ¿Qué puedo hacer por tí?... ¿Tienes algo que decirme, o más bien, algo que pedirme?

Cilia cobró ánimo.

—Sí, tengo algo que pediros, mi santa. ¡Hay tantas cosas que deseara saber! Y vos lo debéis saber todo, puesto que venís del cielo.

—Pues bien: te permito que me hagas tres preguntas. Tres, ni una sola más. Habla. Te escucho y te responderé, hija mía...

Sin vacilar, la niña hizo su primera interrogación:

—¿Por qué se me prohibe venir aquí?

La santa respondió lentamente:

—Porque las vigas y los anaqueles y las hojas y los grabados de toda esta biblioteca son el tronco y las ramas y las hojas y las flores del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

—La Ciencia del Bien y del Mal,—replicó la niña—¿qué es eso?

—Es el conocimiento de la vida.

—¡La vida!—volvió a repetir la niña.—¡Oh, quiero saber lo que habrá de ser la mía!...

La santa se estremeció imperceptiblemente.

—Piensa que esa es la última pregunta que me haces, hija mía. Reflexiona un poco. ¿No te agradaría más hacerme otra?

Mas la pequeña, que poco a poco se había ido tranquilizando, insistió:

—Nó... nó... he ahí lo que más me importa saber.

—Si te respondo, te arrepentirás de haberme interrogado.

Cilia palideció y vaciló de nuevo. Mas continuó con voz muy dulce:

—Respondedme, mi santa... Me lo prometisteis.

—Entonces la aparición elevó al cielo la mano que sostenía el corazón ensangrentado, y de la víscera empezaron a caer gotas de sangre, primero una a una, como lágrimas; luego en chorro, como sollozos.

—Podría—exclamó sordamente—abrir el libro de tu vida... saber cómo... de qué lado... en qué forma... y demás circunstancias. Pero, ¿para qué? Todas las vidas humanas son niveladas por el mismo rodillo inexorable, y como quiera que sea tu vida, siempre será la vida. Escúchame bien, pobre hija mía: Tú vives de ilusiones y de esperanzas, pero tu ilusión se desvanecerá, tus esperanzas serán arrancadas. Nunca, jamás, conseguirás conservar lo que quieres, ni poseer lo que anhelas, ni realizar lo que sueñas... Perseguirás la dicha en carrera insensata, y siempre tu mano hallará el vacío, y tus rodillas hollarán la tierra y tu frente caerá sobre tus rodillas con un desaliento tan hondo, que tú creerás morir. Morirás tantas veces cuantas veas disiparse uno de tus sueños. Tu último día no será el más negro de los que te restan por vivir...

Una ola de sangre brotó del corazón suspendido.

Escúchame: Alguna vez amarás. Un sentimiento nuevo, extraño, inefablemente luminoso y tierno invadirá tu alma crédula, la cual confundirálo con la felicidad. Pues bien: mientras más alegrías te haya prometido, más flagelará tu cuerpo y tu espíritu con su triple tralla de horror, de desesperación y de disgusto. Por grande que sea tu amor, morirá entre los dolores y las lágrimas, y tus sufrimientos serán tan punzantes, que no es posible pintarlos...

El corazón se dilató varias veces con violencia. La sangre roja continuaba cayendo.

—Todavía hay más... Serás madre. Ah, esta vez creerás haber hallado verdaderamente el camino de la vida feliz. ¡Tu hijo!... ¡Tu hijo!... ¡Con cuánto afán lo desearás para tí misma y para él, en tus brazos!... Mas desde el día en que Dios te lo haya prometido, las lágrimas no cesarán de correr por tus mejillas. Dolores terribles para obtenerlo, esfuerzos y penas de todos los días para conservarlo, terror si se halla enfermo, desgarramiento incurable si Dios te lo quita de la misma manera que te lo dió. Entonces comprenderás que el infortunio sube como una marea al asalto de la vida humana y que, de año en año, engrosa sus olas de sollozos.

El corazón se ensanchaba semejante a un sol ponentino. Ya casi no se veía su forma, pues la sangre desbordaba en torno de él.

—En suma—continuó la santa—haz la cuenta que todos los seres que hoy amas y sabe que ninguno de ellos estará a tu cabecera en el día en que, anciana y sintiéndote casi extranjera en mundo nuevo, morirás horriblemente sola. Ya verás a tus cuatro abuelos, tan bondadosos y amados, desaparecer uno tras otro de los lugares en que estabas habituada a darles tus caricias. Verás a tu madre expirar, acaso después de una agonía que te dejará el alma para siempre llena de espanto; colocarás a tu padre muerto entre un ataúd de pino, entre dos capas de aserrín para que su podredumbre no se filtre por las rendijas de la caja fúnebre, mal clavada...

—¡Dios mío!

—Cilia, en el último grado del espanto, gritaba, rogaba, tendía las manos:

—Nó, mi santa, no me digáis eso... nó... nó...

Suplicante, quiso asir los pliegues del manto luminoso, pero al través de la visión imponderable sus manos tocaron el pergamino del enorme infolio, el cual, enhiesto sobre su borde inferior, desplomóse de repente con estrépito, haciendo crujir el enmaderado, en tanto que en la nube de polvo azuloso levantada por su caída, se esfumaba la imagen de Santa Teresa de Jesús.

En el mismo momento, la puerta abrióse... Bruscamente, catorce bombillos eléctricos se encendieron y Cilia escuchó la voz de su padre, que gritaba con acento de furor, que ella jamás le había conocido:

—Cecilia... niña traviesa... con que estabas aquí!

Ah, la pobre pequeña no se hallaba en estado de responder y escuchó la voz paternal con una especie de extravío extraño; vió en ese estallido de ira el comienzo de los infortunios de la vida, y con una explosión de lágrimas, se dejó caer, casi desmayada, sobre el pavimento.

III

—Quiero morir en seguida, en seguida... en seguida,—repetía la niña.

El padre, inquieto, aproximóse e interrogóla. ¿Qué había pasado? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué había entrado allí y por qué ese grito de desesperación? Pero ella no quería responder. Ella sólo quería morir.

Sollozó por más de una hora, sin poder explicar su pena. Lloraba con la frente hundida en el hombro de su padre, que la arrullaba como a una chicuela, hasta que al fin, con vocecilla débil, monótona y desesperada como la de los moribundos, que pronuncian sus últimas palabras, la niña se puso a repetir lo que había oído de labios de la santa.

Su padre escuchaba hablar con emoción sonriente; pero, a pesar de los esfuerzos de su voluntad, no pudo impedir que las lágrimas asomasen a sus ojos cuando la pequeña hubo acabado su narración...

Entonces estrechóla contra su pecho. Sus robustas manos afectuosas ciñeron la cabecita blonda inundada de lágrimas y díjole a su hija con ternura profunda:

—Nena mía, consuélate. Dios castigó tu desobediencia: he ahí lo que le sucede a las niñas que entran a una biblioteca. Se informan de ciertas cosas sobre la vida que no tienen necesidad de saber...

Luego, tras una vacilación, murmuró en voz baja:

—... y que no son verdaderas.

Cilia levantó los ojos:

—¿Cómo? ¿No son verdaderas? ¿Lo que me dijo la santa no es verdad?

—Nó, la santa quiso darte un susto para castigar tu curiosidad, hija mía. La vida es todo lo contrario del cuadro que te hizo. La vida es bella... La vida es dulce... La vida es buena... Todo es felicidad...

Y de nuevo se esforzó por sonreír.

La niña lo miró por largo tiempo... Luego, se apretó contra él con toda su fuerza, temblando de la cabeza a los pies.

Para combatir la apendicitis

El profesor Paúl Delbert, miembro de la Academia de Medicina de París en comunicación al Congreso de Cirugía, reunido en la capital francesa, da cuenta de los resultados obtenidos en trece casos de apendicitis de una gravedad excepcional mediante inyecciones intravenosas o hipodérmicas de cincuenta a cien centímetros cúbicos de suero antigangrenoso de Weinberg.

A las pocas horas de hecha esta inyección, los signos de infecciones general desaparecen y el sujeto parece como si resucitara.

El doctor Delbert dice que los resultados de esta terapéutica fueron tan felices que se pueden considerar desde luego como un nuevo método el tratamiento de la apendicitis por el suero, sin recurrir a la intervención quirúrgica.

SANTIAGO

CASA FRANCESA

VALPARAISO

CASA DE ALTA REPUTACION POR SUS
ARTICULOS DE LUJO Y DE GRAN MODA

EN NUESTRA SECCION DE
SOMBREROS ADORNADOS
OFRECEMOS PARA CADA ESTACION
LAS MAS ELEGANTES
CREACIONES

ROPA INTERIOR
BONETERIA
Y LENCERIA
DE SEDA

SECCION ESPECIAL
DE TRAJES SASTRE
Y VESTIDOS ELEGANTES
SOBRE MEDIDA, A CARGO DE
CORTADORES PARISIENSES

PERFUMERIA COTY, HOUBIGANT, etc.
GUANTES de la afamada marca "PERRIN"
QUITASOLES y MALETINES de GRAN MODA

POR CADA VAPOR RECIBIMOS LAS ULTIMAS
NOVEDADES DE LA ESTACION

CASA BURGALAT

Artículos de Alta Novedad

PARA

SEÑORAS Y NIÑOS

MARMOLES

de fantasía para muebles de estilo

Estatuas, Objetos de Arte y Columnas de Mármol

Ornamentación para interior de casas

OFRECE:

SANTIAGO CEPPI

CALLE CASTRO 78 -:- SANTIAGO

CASA STO. DOMINGO

KATZ, BRENNER Y CÍA

CATEDRAL 1063

SEDAS -:- LANAS -:- ALGODONES

PAQUETERIA

ALFOMBRAS -:- CORTINAS -:- CRETONAS

MENAJE -:- JUGUETERIA

CONFECCIONES

PIELES -:- BORDADOS -:- OBJETOS DE FANTASIA

Droguería & Botica Klein

Huérfanos esq. Bandera

Tel. Ing. 1725 **SANTIAGO** **Casilla 1762**

IMPORTACION DIRECTA de toda clase de Específicos, Drogas, Perfumería, Utensilios para Médicos y Hospitales.

PROPIETARIOS DEL "LABORATORIO NACIONAL"

Esta Casa, fundada hace 30 años, es una de las que goza de mayor prestigio entre las casas similares debido a la invariable corrección de sus procedimientos y a la modicidad de sus precios.
El despacho de recetas es atendido por farmacéuticos titulados en las Universidades de Europa y de Chile.

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Profesoras de primeras letras, enseñanza secundaria, música, etc., honorables y muy recomendadas, ofrece a las señoras el Pensionado de Estudios Superiores.

DELICIAS 2577

SEÑORA:

necesitamos que usted nos busque UNA SUBSCRIPTORA para esta Revista.

En

HUERFANOS 1580

se reciben órdenes

SEÑORA o SEÑORITA

¿Quiere usted conservar su belleza y encanto juvenil? Use CREMA, AGUA BLANCA y POLVOS "SEVE DE LYS"

UNICO CONCESIONARIO:

BOTICA FRANCIA -:- Estado 154

FRENTE A SAN AGUSTIN

THE CHILIAN STORES

Gath & Chaves Ltd.

CASILLA 75 - D SANTIAGO

(Sociedad Anónima Inglesa)

Sede en Londres, 8 Grosby Square

Casa de Compras

en París, Londres y New - York

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

Hay, además, veinte departamentos de venta dedicados a Menaje, Mueblería, Valijería, Sport, Juguetería, Perfumería, y artículos de Tocador, Bazar, y objetos de arte, Tejidos y Sederías, Garnitures, Blanco y ropa de uso doméstico, Comestibles, Licores, etc.

La Sección Provincias atiende los pedidos del interior de la República, que son despachados con prontitud, aceptando devueltos los artículos que no sean del agrado del comprador.

Pidan Catálogo general que distribuye la Casa a precios de cada una de las estaciones de

PRIMAVERA - VERANO y OTOÑO - INVIERNO

Dirigir la correspondencia

Gath & Chaves Ltd.

SANTIAGO